

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN**  
Departamento de Ética y Sociología



TESIS DOCTORAL

**La ética en el pensamiento de Quevedo**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR  
PRESENTADA POR

**Jesús Moral Barrio**

DIRECTOR:

**José Todolí Duque**

Madrid, 2015

Jesús Moral Barrio

TP  
1981  
200



x-53-104576-7

LA ETICA EN EL PENSAMIENTO FILOSOFICO DE QUEVEDO

Departamento de Etica y Sociología  
Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación  
Universidad Complutense de Madrid  
1981



© Jesús Moral Barrio  
Edita e imprime la Editorial de la Universidad  
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía  
Noviciado, 3 Madrid-8  
Madrid, 1981  
Xerox 9200 XB 480  
Depósito Legal: M-31074-1981

TESIS PARA LA OBTENCION  
DEL GRADO DE DOCTOR

Dirigida por el Catedrático

DR. DN. JOSE TODOLI DUQUE

de  
la

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Por Jesús Moral Barrio.





" L A  
E T I C A  
E N  
E L  
P E N S A M I E N T O  
D E  
Q U E V E D O "

( 1 º parte )

•



## FE DE ERRATAS

Página ..... 13 en la línea 6, dice: extro ... debe decir estro ,

Página ..... 40 en la línea 3 dice: Samosanta, debe decir: Samosata

página ..... 149 en la línea 28 dice: inmortalidad, debe decir:  
existencia.....

página ..... 314 en la línea 19, dice renancentista, debe decir:  
prerenancentista

página ..... 423 en la línea 13 dice: Anouilh, debe decir: Gide, A.

Página..... 702 en línea 2 dice: Obras de consulta, debe decir:  
Bibliografía fuente

Página.... 705 en la línea 1 dice: Bibliografía ordenada, debe decir:  
Bibliografía general y específica

página..... 714 en la línea 1 dice: bibliografía ordenada, debe decir:  
Bibliografía específica en revistas.



## I N D I C E S

### I LA REALIZACION ETICA DE QUEVEDO

---

1.1.	SU IDEAL ETICO.....	9
1.1.1.	El sí-mismo de D. Francisco .....	13
1.1.2.	Los autorretratos y los retratos de Quevedo.....	20
1.1.3.	Quevedo se ve a sí mismo .....	38
1.2.	LO CONSTITUTIVAMENTE INFLUYENTE EN QUEVEDO.....	38
1.2.1.	Las circunstancias ambientales..	45
1.2.2.	Las circunstancias políticas....	55
1.2.3.	Las costumbres sociales.....	73
1.3.	SU RECIEDUMBRE ETICA.....	85
1.3.1.	Lo que queda del estoicismo de Quevedo.....	92
1.3.2.	El penitente de S. Marcos .....	104
1.4	LA REALIZACION DE SU PERSONALIDAD EN LA LUCHA ETICA.	
1.4.1.	Su temple ético.....	107
1.4.2.	La última etapa del camino ...	115
	Notas al capítulo I.....	127

## II    LOS PRINCIPIOS DE LA ETICA DE QUEVEDO

2.1.	LA BÚSQUEDA DE PRINCIPIOS ETICOS.....	140
2.1.1.	Lo teleológico .....	144
2.1.2.	Los conceptos de mundo, hombre, Dios..	146
2.1.3.	La vivencia como principio de apelación ética.....	151
2.2.	LA ESTRUCTURA DE UNA AXIOLOGIA	
2.2.1	EL VALOR DE AUTENTICIDAD O EL VER POR DENTRO.....	153
1.	El mundo visto por dentro .....	159
2.	El hombre visto por dentro.....	205
3.	Las cosas vistas por dentro .....	242
2.2.2.	LA SUPERACION DEL CUIDADO	
1..	El hombre concreto, ser en cuidado .....	252
2.	El hombre, lugar de eticidad.....	261
3.	Ambito y formas de responsabilidad..	265
2.3.2.	HACIA UN NUEVO ARQUETIPO .....	280
1.	La superación de la confusión .....	285
2.	Crítica de los valores de la cultura.	294
2.2.4.	LA AUTOSUPERACION.....	298
2.2.5.	REALIDAD Y PLURALISMO.....	304
2.3.	HACIA UNA TRANSCENDENCIA DE LA REALIDAD.....	315
	Notas al capítulo II .....	322

### III LA MUERTE, MOTIVO ETICO PARA QUEVEDO

3.1.	HACIA UNA FILOSOFIA DE LA MUERTE .....	347
3.2.	SÉNTIDO ESCATOLOGICO DEL HOMBRE .....	350
3.2.1.	La muerte, única verdad indiscutible ..	371
3.2.2.	La muerte, verdad desnuda.....	378
3.2.3.	La muerte, primera determinación ca- tegorial humana.....	388
3.3.	LA MUERTE, AGUIJON DE LA VIDA.....	397
3.3.1.	Obsesionante "leiv-motiv" del pensa- miento ético de Quevedo .....	401
3.4.	LA MUERTE, DEFINIDOR DE SU IDEARIO HUMANO...	414
3.4.1.	La fragilidad .....	422
3.4.2.	La temporalidad.....	424
3.4.3.	La muerte igualadora.....	431
3.5.	LA MUERTE, SIGNO ETICO PARA LA VIDA.....	437
3.5.1.	Proceso de trnscendencia antropoló- gica por la muerte.....	450
3.5.2.	Introducción en el misterio de la muer- te.....	453
3.6.	LA TRANSCENDENCIA COMO ESPERANZA CRISTIANA...	464
	Notas al capítulo III .....	476



#### IV FUENTES ETICAS DE QUEVEDO

---

4.1.	LA DOBLE FILIACION ETICA DE QUEVEDO	
4.1.1.	Los motivos históricos.....	499
4.1.2.	Las circunstancias personales .....	50i
4.2.	LA BIBLIA, FUENTE ETICA DE QUEVEDO	
4.2.1.	Signo de la Contrarreforma.....	504
4.2.2.	Enseña personal.....	510
4.3.	LAS PREFERENCIAS BIBLICAS DE QUEVEDO.....	513
4.3.1.	Nuevo Testamento.....	515
4.3.2.	Job y el Eclesiastés.....	519
4.3.3.	S. Pablo, guía preferido.....	527
4.4.	LAS FUENTES HETEROCRISTIANAS.	
4.4.1.	Al encuentro del Estoicismo .....	538
4.4.2.	Quevedo y Séneca se encuentran....	543
4.4.3.	El Neostoicismo de la Contrarreforma.	565
4.4.4.	Del Estoicismo al Agustinismo .....	578
4.4.5.	Los satíricos latinos y Quevedo ....	586
4.5.	OTRAS FUENTES ETICAS DE QUEVEDO.	
4.5.1.	Para los Sueños .....	596
4.5.2.	Para la Política de Dios.....	603
4.5.3.	Para el Buscón.....	606

## V CRITICA Y PROYECCION DE SU PENSAMIENTO ETICO

5.1 CRÍTICA A SU PENSAMIENTO ETICO .....	611
5.1.1. Etica de intención o Etica de escarmiento.....	622
5.1.2. Las ambiciones de Quevedo: .....	630
1. Ambición de aristocracia.	
2. Ambición política.	
3. Ambición literaria.	
5.1.3 ¿Negación de la vida y fascinación por la fealdad?.....	645
5.1.4. ¿Estoico convencido o conservador a ultranza?	654
5.2 PROYECCIÓN DE SU PENSAMIENTO ETICO:.....	659
Quevedo autor leído,Quevedo autor imitado	
Quevedo fuente de inspiración	
5.3. CONCLUSIONES .....	672
Notas a los capítulos IV y V .....	679
5.4. BIBLIOGRAFIA.....	702

#### ABREVIATURAS Y OBSERVACIONES .

En las notas o llamadas que completan el texto se usan las abreviaturas siguientes:

- O.C.p. - Obras Completas de Quevedo en prosa;  
nos referimos siempre a las publicadas  
por Editorial Aguilar, Madrid, 1961, con  
estudio preliminar y notas de Felicidad  
Buendía.
- O.C.v. - Obras Completas de Quevedo en verso;  
nos referimos siempre a las publicadas  
por la Editorial Planeta, de Barcelona,  
1963, Introducción, bibliografía y notas  
de D. José M. Blecua.
- o. c. - Obra citada con anterioridad en el texto.

Excepcionalmente se usa como texto de referencia y citación el de las Obras Completas editadas por D. A. Fernández Guerra, pero se advierte en su momento oportuno, y se indica mediante una nota aclaratoria.

Las notas se enumeran sucesivamente hasta el final de cada uno de los capítulos del trabajo, donde se encontrarán todas las referencias indicadas.

La bibliografía consta solo al final del trabajo. Está dispuesta alfabéticamente por libros y por revistas.

La enumeración sistemática inicial de los índices es significativa:

la primera cifra indica el capítulo a que pertenece,  
la segunda al apartado y la tercera a la subdivisión  
que se hay considerado dentro dentro de éste último.

### A MODO DE PRESENTACION

Siendo alumno de Historia de la Literatura , oí en varias ocasiones al Dr. J. M. Blecua presentar a D. Francisco de Quevedo, como el hombre de riqueza impresionante, ni suficientemente conocido, ni bien comprendido en nuestra Historia de la Literatura.

Me entraron grandes deseos de meterme a investigar el mundo quevedesco y contribuir a su mejor entendimiento, bajo un punto de vista filosófico.

Mi tarea ha sido laboriosa, y no creo haber agotado todas las posibilidades. Ni en la obra ni en la persona de D. Francisco se llega fácilmente a su final.

He tenido muchos alicientes que me han movido y animado en mi caminar hacia el descubrimiento del pensamiento ético de Quevedo: su variedad, su autenticidad; pero sobre todo, el ver las contradicciones , la torcidas interpretaciones que se dieron en su vida y en la historia posterior a su muerte.

Artículos en revistas, con ideas relativas al tema; las tesis inéditas de Dn. Lascaris Comneno y de Dn. F. Ruiloba P. , me han inducido a encaminarme por este filón, que por no estar investigado, me permitía trabajar con amplitud de miras. Sin embargo, su inmensa obra, los muchos manuscritos conservados, la proximidad y la fecundidad de Quevedo, me han llevado de Biblioteca en Biblioteca, horas y días leyendo y anotando, cotejando y midiendo.

Me pareció que el pensamiento de Quevedo era tema lo suficientemente rico para permitirme enjuiciar al autor completo, descubrir valores olvidados o desconocidos, y contribuir con esta aportación, no acabada, a una mejor interpretación, y a una justificación de lo que ha sido y puede ser la obra que vedesca en el pensamiento ético español del s. XVI y XVII.

Mi especial agradecimiento al Dr. José Todolí D. que en todo momento me ha alentado en la consecución de esta tarea.

En las manos benévolas del tribunal pongo un trabajo hecho con ilusión, como tributo de respeto al genio del barroco que fue D. Francisco de Quevedo y Villegas.

C a p í t u l o    I

" L A

R E A L I Z A C I O N

E T Í C A

D E

Q U E V E D O "

# I. LA REALIZACION ETICA DE QUEVEDO

## 1. 1. SU IDEAL ETICO

Al escritor, como el caminante que emprende un camino, cuando pisa tierra y comienza a andar, se le abren cien caminos. Al principio todos son hacederos, como si la voluntad fuese dueña y señora del mundo, pero cuando el caminante elige y se determina, se aventura en uno y deja noventa y nueve. Las posibilidades quedan como miembros amputados o como cuerdas flojas que reclaman. En Quevedo, más que en muchos otros autores, se nos presenta como complicada encrucijada de muchas posibilidades y, al elegir, necesariamente renunciamos a otras.

Nos hemos decidido a afrontar una dimensión importante, formidablemente rica: Su personalidad interior: Las categorías de señ D. Francisco de Quevedo y Villegas.

Fieles á su mismo vitalismo, examinaremos las circunstancias político-sociales que contribuyeron a constituir esta personalidad.

Como principal dimensión proyectiva, de sostén, creemos que su alma ascética y su intención moralizadora, alumbrarán la reciedumbre de cristiano convencido.

No hemos podido eludir, el examinar a fuer de sinceros, una dimensión que intuimos muy fuerte y acaso capaz de unificar en él todas las otras tendencias de cima y de abismo, tan características de su personalidad rica y compleja.

El testimonio de Alfonso Reyes es bien elocuente, en materia en que le podemos calificar de maestro:

"No hay duda que la personalidad humana logró en otras épocas mayor amplitud que la que hoy conceden las necesidades y permiten las costumbres. Nos sorprende hoy la facilidad con que aquellos hombres del siglo de oro recorrían la

escala de las pasiones de uno a otro paradójico extremo y, hundidos a los pies de la picaresca, alzaban los ojos con arrebató místico!" (1)

"El deleitar aprovechando" de Gabriel Tellez, o la ejemplar armadura ascética de la obra gracianesca parece está su perada en la obra didáctico moral de Quevedo y, según él mismo piensa, al escribir el Buscón, tendría que redimirle de otros escritos menos graves, y cumple con el principio general que señala Américo Castro, de que, en el Idearium de nuestro siglo XVII, rara vez encontramos la filiación o germen del moderno patrimonio ideal.

Es un tránsito de ideas especulativas que del mundo filosófico se traslada al mundo de la práctica, tendencia que rehuye el trato con la metafísica.

Frente a una corriente especulativa de un Calderón y la Escolástica, los Fray Luís de Granada, León o S. Juan de la Cruz, Sta. Teresa y Miguel de Molinos, hay una realidad vital política que tiene mayor rapidez de movimiento, de cambio. La cultura tarda más en mudarse... Rocroy y la desgracia... hacen mirar atrás con nostalgia aguda; Séneca atrae como un imán y Quevedo conecta rápidamente con el temple estoico del pasado, del presente y podríamos decir que del futuro.

Séneca le atrae independientemente de que haya sido o no español, sino porque es "estoico"; es el mismo temple con el que conecta con Job, con Pablo de Tarso o Jeremías, porque fueron posturas de acción, normas o causas de voluntad, puntos de partida de auténtico valor. Solo esta manera de encontrarse y sentir interiormente, permite ajustar el deseo con los sucesos y las cosas, procura libertad, quietud y paz al mismo tiempo que evita las quejas y la perturbación.

Con todo, Quevedo no es un hombre que se pueda encerrar

en un sistema, a pesar de su temple equivalente. Ni la su-  
ciedad de los cínicos, ni el suicidio de Séneca, ni la "apa-  
theia" estoica, ni la maldad de las pasiones calarán en él,  
hasta hacerle abandonar, cambiar, otras soluciones más defi-  
nitivas.

Parafrasea a los estoicos, pero les da nuevo sentido:

- "No perdemos los hijos o la hacienda: los pagamos  
a quien nos los prestó.

Porque en Quevedo tenemos con ventaja un Epicteto espa-  
ñol, un Crésipo claro, un Zenón menos duro, un Antípater más  
breve, un Cleantes vivo y un Séneca cristiano" (2)

La solución del problema de la vida y de la muerte, el  
cambio del signo en el valor positivo que halla en ellas  
(3) ...

El pensamiento ético y ascético se dan la mano en Que-  
vedo y tienen que ver con la reciedumbre de su personali-  
dad toda.

Lo ético como el pensar que afirma la morada del hombre  
en el ser, y la verdad del ser como elemento originario del  
hombre.

El "lugar" que el hombre porta en sí mismo de su actitud  
interior, de su referencia a sí mismo, de su actitud al mun-  
do, es el suelo firme, sostén de la "praxis" de la que bro-  
tan los actos humanos.

Naturalmente engloba a la moral, pues es su modo o forma  
de vida. No se refiere necesariamente a lo religioso, si bien  
está abierto a sus manifestaciones.

Quevedo ha querido ser fiel a sus principios éticos.

La fidelidad de la autenticidad; la fidelidad de la rea-  
lidad, la fidelidad a la vida y a la muerte...

Dar testimonio fiel de todo lo que veían sus ojos, para  
que empezase a estar patente a los ojos de los que no querían



ver en su tiempo, o de los que no sabemos mirar en todos los tiempos. Por eso se excusa de entrometerse vivo, donde otros solo pueden entrar muertos. A descubrir lo oculto y que otros no ven porque lo tapan los hábitos, los vestidos, las apariencias... las mentiras, y las medias verdades.

La fidelidad a sí mismo que le exigió elegir con firmeza y decisión; quizá, el tormento, la pena, el anonimato y la muerte; proceso de su ascetismo completo: la huida de la contemporización, el bienestar, y tranquila posesión que da la adulación, el ocultar, callar y acceder.

Con ello, Quevedo, trasciende más allá de las cosas, más allá de la muerte.

### 1.1.1. El sí mismo de Don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas

Buscando ese sí-mismo, de referencia ética, importan poco aunque importan, los datos cronológicos y geográficos, pero valen más los otros del curriculum, que por distintos medios y modos podemos conseguir.

Don Rafael Alberti nos presta el éxtro poético y descriptivo para ambientar y abrir el pórtico de este despliegue, verdaderamente rico y caleidoscópico.

"Hablar de Quevedo es hablar de un poeta extraño, de un alma en claroscuro violento, de un hombre endiabrado con fulgores de ángel, de un espantoso, amarillo, torturado ser: una mística, llama de azufre retorcida, un ascético hueso mondo, pelado, una desconocida exhalación en permanente zigzagueo, una vida en constante extertor, en robusta agonía"..

Dejando de lado el lirismo exuberante y la grandilocuencia, a que a veces el conferenciante se siente halagado en derivar, por el aplauso interno de los oyentes, difícilmente daríamos en el clavo mejor, para empezar a entrar en la personalidad de Don Francisco.

Don Rafael Alberti sigue en su pintura descriptiva:

"Si a los poetas hubiera que clasificarlos en lo físico entre hermosos y feos, a D. Francisco de Quevedo le sería todavía elogiosa la denominación de horrible:

Horrible era, no sólo por el antipático, perilludo y bigotudo rostro, desgraciado aún más a causa de unos enormes anteojos empingorotados sobre la nariz, sino por su general desgualdrajez y gran renguera, buen blanco para las iras de todos sus enemigos y especial: para el más feroz y no menos antipático Don Luís de Góngora!"

En su descripción pictórica, alega Alberti a lo ambiental, a los personajes que le rodean, a las sombras que pro-

yectan, y a las influencias mutuas sobre sus retratos barrocos.

"No siente yo muy atrayente, a pesar de muchos rasgos que acreditan lo contrario, al mismo Lope de Vega, y no digamos nada del jorobeta de Don Juan Ruiz de Alarcón, ni hasta el menor, citando unos cuantos insignes, Calderón de la Barca:

"Una como alimonada luz biliar envuelve a los escritores de esa España de Felipe III y Felipe IV, reyes pálidos y jetudos, cuyas imágenes, soportadas hoy por nosotros en los muros de los musos, únicamente como sustancia plástica, dijéranse las proyectoras de ese desagradable resplandor. Caras, y culpemos de esto al realismo mortal de nuestros pintores, de despedir huéspedes; narigudeces y caídos labios de crecidas vegetaciones, impasibilidades, pajarracos o francos gestos de atravesados e insufribles!"

Pasando de las teorías a una realidad, Alberti nos pone ante los ojos la visión barroquista de nuestros pintores que tienen que ver con los retratos, con el alma y con el cuerpo de la existencia de sus personajes.

"No olvidaré jamás mi primera visita al Prado de Madrid.

Después de la maravilla dionisiaca de Italia y los flamencos, el sobrecogedor apagamiento, la extraña luz oscura de la escuela española. Venía yo de los cielos y mares azules. Una clara primavera adolescente, que se me identificó de súbito con los áureos Tiziano; los opulentos Veronés. La pintura española solo recordaba el tenue azul guadarrameño sobre el que se levanta, en lo alto de un inmenso caballete, el primoroso niño Príncipe Baltasar Carlos, de Velázquez. Pero no sospechaba yo los hondos negros, las imponentes tenebrosidades, el espíritu triste, severo, melancólico, a pesar de las repentinas luminarias de un Goya, de nuestros pintores.

Y si me sorprendió el color, más extrañeza me causó la repetida complacencia en la temática desagradable o violenta: allí los bobos, los enenos, las pústulas, mataduras y zarrag pastroserías de los lisiados de Murillo; el tracoma, el bocio y los harapos de los mendigos de Ribera, cuando no las crujientes brutalidades de sus martirios; las cabezas cortadas de Valdés Leal; las figuras pintadas a escobazos de Herrera; toda la trapería vociferante y endiablada de Goya. Una especie de verdadera danza o sufrimiento de la muerte, o de cosas a punto de morir, de pobre vida horrible en ronda. Y eso que yo como iluso y primerizo pintor, no me había asomado a su literatura, a la representadora por la palabra escrita de ese mismo sol de la miseria, rueda de las desdichas, corte de los milagros de la muerte que los pinceles me mostraban. Tendrían que caer en mis manos Cervantes y Lázaro el de Tormes y Guzmán de Alfarache, y el Agustín de Rojas, del viaje entretenido y, sobre todo, ese Quevedo del Buscón, de los Sueños, de las jácaras, los sonetos y los romances, de la vida lastimada e hiriente, para comprender que ya esa España agónica y cansada de los cuadros era la misma de los libros. Amarga luz, fúnebre y divertido carnaval del descenso de un pueblo. Dolor y retortijones de hambre, bascas y morisquetas de la muerte, que los vivos y encandilados lentes de Don Francisco va a aumentar, a encalabrar hasta lo insoportable! (4)

Rafael Alberti ha recorrido rápidamente el panorama pictórico y de exagerado tenebrismo pesimista. Ha terminado en los lentes escrutadores de Don Francisco que ven y penetran todo, con este tinte biliar, con un sabor acibarado que destilan tantos acontecimientos, tantos seres que pululan por el Madrid roto y sucio de sus días, imposible; a cojetadas por sus calles malolientes, perdido en medio de sus plazo-

letas, con rabo y cuernos del diablo, presidiendo la rueda de todas las figuras, endriagos o fantasmas que ríen o lloran en sus sueños y en la imaginación bullente y creadora en danza de endemoniados y muertos de sus versos y de sus prosas... los soldados, los jueces, los alguaciles, los médicos, los boticarios, las damas gordas y flacas, las engañadas y las doncellas que no son, los viejos verdes, las suegras y los maridos, maduros por la lidia, los beodos, los truhanes, los embusteros, los calvos, las narices, los gatos, los chinches, las pulgas, las flores, las legumbres, acompañados del desengaño, la hipocresía, la envidia, la discordia, la guerra, el llanto, el olvido, y, cerrando el cortejo, la segadora guadaña de la muerte.

La pedagogía del Siglo XVII, en lo político como en lo escolar, profesó el apotegma de que: "La letra con sangre entra".

Acardenalando a Quevedo, habíale explicado la vida su magna lección de las cosas y en su despierto soñar de cada día, de cada noche de su vida, las ve girar en torno suyo, mientras puede llamar por sus nombres a los personajes de la danza, por los que tienen o por los que en torbellino endiablado inventa sin cesar.

No ignoraba cuán incoercible suele ser la opción humana, ante determinaciones matizadas y aún contrapuestas entre sí, porque lo quiere de ese modo el deliberado respeto divino al libre albedrío de la criatura racional. Pero fiel a su personalidad, inhiesto en medio del círculo, vomita las más crudas, las más hirientes, las más mortíferas verdades. Flagelo en mano contra los siete vicios capitales, chasquea a diestra y a siniestra el látigo moralizador, sermoneando.

Y aunque él suele andar, a menudo, de patas en el infierno, predica la virtud, gritando más que todos los diablos.

Quevedo se reconoce como hombre frío, cerebral y calculador. Trabajador incansable y luchador. Dos maneras de no estar nunca excesivamente solo. Unas veces rodeado de enemigos o de amigos interesados y siempre de libros, amigos mudos por quienes se comunica con los vivos y con los muertos.

Por ellos también lucha, trabaja, vence, satiriza, sermonea o hace obra de predicador ético, porque es escarmiento de unos y escándalo de otros. Censuras y prohibiciones contribuyeron a que pudiera afirmarse: Quevedo, el escritor de quien más se habla y menos se lee.

Quevedo místico, filósofo, moralista y sangriento de escarnio como si juntara en sí el verano y el invierno de Cagtilla.

Quevedo se reconoce incapaz de no intervenir, de callar, de aguantar una especie de furia, una pasión política, que es como obsesión de su vida, como herencia recibida, como alma vivida y que supone y lleva consigo:

favor y desfavor, destierro y huida, condenas y persecuciones y cárceles, torturas y la misma muerte adelantada.

Yo he venido al mundo para intervenir, podría explicar D. Francisco, ni estar mirando, ni parado y sentado puedo aguantar, cuando algo importante y, ¡ocurrieron tantas cosas decisivas en su derredor!

Como si Quevedo tuvieran una especie de nostalgia de: Imperio, grandeza, mando, y, al no poder capitanear, por falta de ocasiones, medios, quizá condiciones físicas, se dedicó a otro tipo de creación política a otro tipo de mando, el intelectual, la filosofía política. Como intelectual estricto, tratando de atenerse a la verdad probada, Quevedo se atreve a proclamarla, a escribirla, a dictarla para alguien.

Si hubiera tenido más poder efectivo, quizá no se hubiera quedado en intrigante. No obstante D. Francisco no es un mero intrigante cortesano pagado y mandado; sus rectificaciones por convicción probada, prueban una especie de armazón y osamenta inteligente, y una actitud ética constante de una fidelidad a sí mismo a prueba, sometida con dureza y eficacia.

Sin embargo, Quevedo es poliédrico, tempestuoso, de claro oscuro horizonte, idealista en el fondo, para quien la realidad no se casaba con sus sueños sobre la realidad, es decir, volador a ras del suelo como si fuese chapoteando albañales, va con verbo cadente, a veces enamorado, a veces virulento y muy culto, muy claro, muy duro, dilacerado y rebotado de pared en prisión, de desengaño en limpias consecuencias, de desprecio en soledad, de escándalo en meditación...

"Breve combate de importuna guerra,  
en mi defensa, soy peligro sumo,  
y mientras con mis armas me consumo,  
ménos me hospeda el cuerpo, que me entierra," (5)

Tal vez creyó que para obtener, basta idear; quizá se le olvidaron las lecciones de la vida, cuando pensó que para lograr eran suficientes el pensamiento y la imaginación. Por el contrario siempre vamos con-nosotros-mismos y, aunque el "mundo" y el contraste, el encuentro y la diversidad maduren antes y, a veces, ahorren camino, el sí-mismo, ahí está y con él reinamos o fracasamos.

Parece que va con el mismo ardor al ditirambo que a la cárcel.

"No he de callar por más que con el dedo ya tocando la boca, ya la frente, silencio avises o amenazas miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿Nunca se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente? (6)

¿Testimoniar la verdad objetiva?, ¡con los riesgos que suponía en el ámbito poco evolucionado éticamente, y cuando las ventajas podían ser tan pocas!.

Pero su inestabilidad le hizo pasar frecuentemente del libelo a la adulación, de la saña contra sus presuntos enemigos a la puesta en servicio al mejor postor entre los bastidores y tenebrosidades. Varapaleó a unos y a otros, lejos de la cordialidad o el verdadero amor que admira y sabe renunciar, imperó el rencor natural, el hacer gracia o el envidioso flagelo no siempre cortés, ni justo.

Pero veamos cómo se ve a sí mismo D.Francisco en este ambiente desalmado.



### 1.1.2. Autorretrato de Quevedo

Quevedo describe su historia

En "Desvelos soñolientos y en discursos de verdades soñadas", editado en Barcelona 1627, refiere su nacimiento y las propiedades que le comunicó.

Ni la luna llegaba a cuarto menguante, ni el sol quiso alumbrar, porque nació de noche...

Libra le hizo inclinado a pesas y medidas.

León, Escorpio, Virgo y Aries le prestan sus símbolos; en una burla de horóscopo, entre los que destaca el don de la lengua de Escorpión que el mismo confiesa, y la mala suerte con que puede escribir su destino, como con tinta su malaventura. "Murieron luego mis padres..." y en toda mala suerte, yerros, desventuras y desgracias:

"aguarda hasta que yo pase,  
si ha de caerse una teja;  
aciértanme las pedradas,  
las curas solo me yerran.  
No hay necio que no me hable,  
ni vieja que no me quiera,  
ni pobre que no me pida  
ni rico que no me ofenda.

.....

Aquesto Fabio cantaba  
a los balcones y rejas  
de Aminta, que aún de olvidarle  
le han dicho que no se acuerda." (7)

A ningún poeta que canta a su amada, se le ocurriría retratarse y ponerse como un trapo, como lo hace Quevedo. Don Luís de Góngora le diría que tiene "bajos los versos y tris-

tes los colores", pero creamos encontrar algo más que versos por versos y colores por colores, en este sumergirse autístico de D. Francisco, porque el bañarse en esa luz, pobre luz, debía ser por algo, que hemos de tratar de adivinar en este autorretratarse, como si dibujara nuevamente otro Sueño o otro Buscón.

Se autorretrata con la crueldad del que se mirase en un espejo y se viera repetido varias veces en sucesión progresiva y deformante, como si aquellas sus malditas antiparras, le añadieran, en el centro de sus cristales, imágenes suyas de su amargor de su visión desesperada, entre burlesca y de muerte.

Quevedo se autodescribe.

Con más ecuanimidad objetiva que sus críticos, ninguno dijo en burlas tantas veras, se retrató a sí mismo en sus palabras, en sus mudanzas, en sus antagonismos; bien que, hay que confesarlo también, nunca sabemos a qué carta nos podemos quedar, ¿a la carta de más de sus severas reconvenciones?, ¿a la carta de menos de sus letrillas jácara y romances?

Lo temperamentamente satírico, la violencia pasional de satada, el pesimismo tétrico y un parentesco estrecho entre estoicismo y picaresca manera de entender la vida, superan en Quevedo todos los complejos de inferioridad, que no dejan de estar presentes y actuantes pero que no quiere encubrirlos ni ocultarlos. ¿Produce angustia, escalofrío o repugnancia a sí mismo?

Quevedo se autorretrata de forma más profundamente burlesca, satírica, atrevida pero juvenilmente combativa y alegremente zumbona en el: "Memorial que dió don Francisco de Quevedo y Villegas en una Academia, pidiendo plaza en ella" (8)

"Don Francisco de Quevedo, hijo de sus obras y padrasto

de las ajenas, dice: Que habiendo venido a su noticia las constituciones del cabildo del regodeo, como comrade que ha sido y es de la Carcajada y Risa; atento a que es hombre de bien, nacido para el mal, hijo de algo para ser hombre de muchas fuerzas y de otras tantas flaquezas; puesto en tal estado que de comer en alguno, se cae del suyo de hambre; persona que si hubiera echado a dormir, no faltaran mantas con la buena fama que tiene; ha echado muchas veces el pecho al agua por no tener vino; es rico y tiene muchos juros, de por vida de Dios; señor del valle de lágrimas; que ha tenido y tiene, así en la corte como fuera de ella, muy grandes cargos de conciencia, dando de todos muy buenas cuentas, pero no rezándolas".

Poeta cerebral y de imaginación brillante, que domina todos los resortes y palancas del idioma; intelectual, es decir, frío y prudente, analizador, enjuiciador y observador a espaldas de sentimientos, le llevó a acertar en muchas realidades y a contradecirse con la estabilidad afectiva de su corazón.

Quevedo profundiza en su descriptiva risa estallante y de satada, con pinceladas de colorido para quien los pecados y las tentaciones tienen no se qué tinte de gracia que le inclina a compadecer más a que maldecir.

"Ordenado de Corona pero no de vida; que es de buen entendimiento pero no de buena memoria; es corto de vista como de ventura; hombre dado al diablo prestado al mundo y encomendado a la carne; rasgado de ojos y de conciencia; negro de cabello y de dicha; largo de frente y de razones, quebrado de color y de piernas, blanco de cara y de todo, falto de pies y de juicio, mozo amostachado y diestro en jugar las armas, a los naipes y otros juegos; y poeta, sobre todo, hablando en perdón, descompuesto componedor de coplas, señala-

do de la mano de Dios. Por todo lo cual y atento a sus buenos deseos, pide a vuestra merced pudiéndolo hacer a la puerta de una iglesia por cojo; le admitan en la dicha compañía del Placer, dándole en ella alguna plaza muerta, aunque sea de hambre; que en ello recibirá merced y harán carmen con los frailes (9)

¿Despeja nuestras dudas y llega a darnos un concepto claro y definitivo?

Lo luminoso y claro de sus intenciones e ideas de la verdad, el bien, la justicia, lo enrevesado de su vida y escritos con altibajos y significados que siembran enigmas de perplejidad, tan complicada como su pensamiento, como sus hazañas, como la inmensa gama de sus hechos ante sus otros retratos.

#### Quevedó mira a su alma

Max Sheler ha acusado al romántico de resentido; huye del mundo circundante para refugiarse en el pasado (para consolarse, porque no puede soportar la vida presente) Huír al pasado, huír al futuro, dos formas muy diversas de huír y no estar en el presente. Quevedo también huye; pero veamos porqué, no le podemos calificar fácilmente de romántico, también se resiste a ser futurista, pero su huída al fondo de su alma, tiene algún motivo.

"Sin ser juez de la pelota;

juzgar las faltas me agrada"...(10).

Así empieza una letrilla satírica de su autorretrato, pero el análisis mejor y más interesante lo hace en la famosa sátira a una Dama; escrita en tercetos (11) y, en su segunda parte:

"No es como mi vida tu estatura,  
que, por no decir ruín, quise ponello:  
bien larga has menester la sepultura.

Es como tu linaje mi cabello  
oscuro y negro; tanta su limpieza  
que parece que no has llegado a vello.

Es como tu conciencia mi cabeza,  
ancha, bien repartida, suficiente  
para mostrar por señas mi agudeza.

No es de tu avara condición mi frente;  
que es larga y blanca, con algunas viejas  
heridas, testimonio de valiente.

Son como tus espaldas mis dos cejas,  
en arco, con los pelos algo rojos,  
de la color de las tostadas tejas.

Son como tus mentiras mis narices,  
grandes y gruesas; mira como escarbas  
contra tí, mi Belisa: no me atices.

Y así: las barbas levantadas, la boca salida, los dientes  
espesos, el gaxate estirado, los hombros derribados,  
los brazos flacos, las manos abiertas y largas.

Como tu pensamiento tengo yo el pecho  
alto y en generosa compostura,  
donde pueden caber honra y provecho.

Como es tu vida tengo la cintura,  
estrecha, sin barranco ni caverna  
que parezco costal en la figura.

Esta mi imagen es mi retrato  
a donde estoy pintado tan al vivo,  
que se conoce bien mi garabato".(12)

Alma dolorida, la de Quevedo, que no puede olvidar; que difícilmente perdona; tan resentido en lo profundo, que su alma no olvida... Soberbia, cruel y, la tiranía y venganza dominan con la miseria el amor y, amenazan ahogarla.

La sutil venganza y la soberbia de la rebeldía

El pícaro y el estoico están muy próximos en un talante, cuya semejanza es de parecido grande y equivalente. Dominar con la rebeldía y el desprecio de la no necesidad, del bastarse a sí mismo y satisfacerse con sus miserias. Domina con la pobreza, inunda con la miseria. En este sentido, a veces, se nota un regodearse de los harapos y un orgullo soberbio de la rebeldía protesta contra lo establecido, lo que parece bien, lo que es tenido por honrado. El Buscón es como una gran rapsodia de la miseria.

¿Hasta qué punto es autobiográfico? ¿Es un retratarse por dentro de Quevedo, visto de fuera?

"Si voy a decir verdad  
de nadie se me da nada,  
que el ánima apicarada  
me ha dado esta libertad"

Hay una amarga estimación de los hombres, de las cosas, de los hechos y los oficios, un juicio pesimista de fondo triste que, a pesar de lo jocundo y lo bullicioso del color, deja una amargura, una desazonada inquietud, porque lo ha llenado todo de lo infrahumano, y, todo lo elevado, heroico, amable, ha sido sustituido por un resentimiento despiadado y una sombría crudeza se proyecta sobre la vi-

sión del mundo y de los hombres.

Hay intención satírica, realismo y estilización, pero Que vedo va mucho más allá. La realidad no es punto de llegada, es lugar de pérdida para que su originalidad, su poderosa imaginación, creen y produzcan nuevos aspectos. La transcendencia ético-ascética, que de esto se deduce, llega, a veces a conclusiones importantes, en relación con su mismo entenderse y saberse.

Esta, como visión de espejo, confesión y retrato indirecto, es la muestra que completa el cuadro de su ver por dentro y decir a fuera, lo que es D. Francisco:

"Muchos dicen mal de mi  
y yo digo mal de muchos;  
mi decir es más valiente,  
por ser tantos y ser uno.

Que todos digan la verdad,  
por imposible lo juzgo;  
que yo la diga de todos,  
con mi licencia lo dudo.

Por eso no los condeno  
por eso no les disculpo;  
no faltará quien no crea  
a los otros y a los unos.(13)

Lo hemos notado ya, su postura valiente y su sinceridad no le dejaban callar fácilmente el error y tergiversar las cosas.

Su postura orgullosa, a veces desafiante, ante todos uno solo, en juzgar, decir, proponer autoridad...

Esta imagen oscura, a drede, que nos da, adquiere ciertamente claridad con sus mismas palabras-confesión.

"Yo doy que por condición  
 tenga la propia del humo.  
 que tizno y hago llorar,  
 y de la luz salgo obscuro.  
 .....

Yo confieso que mi vida  
 es una mesa de trucos  
 zarandas, golpes, idas  
 y malogrados apuntos."(14)

Nadie mejor que él para saberlo y para decirlo. Leo Spitzer, hablando del Buscón, dice que es la mezcla conjugada del anhelo de aventura y de huida del mundo; pero hay que añadir que su vida es una búsqueda de la verdad, humorismo y sinceridad, de profunda significación humana.

Don Francisco Quevedo contaba 52 años y nos deja una descripción "madura" o al menos muy diferente de sus otros autorretratos anteriores. Al dedicar las Cuatro pestes del mundo al Duque de Medinaceli, su amigo, le confiesa su situación delicada y nos hace esta indicación:

"Hanme desamparado las fuerzas, confiésanlo vacilando los pies, temblando las manos; huyóse el color del cabello y vistióse de ceniza la barba; los ojos inhábiles para recibir luz, miran la noche; saqueada de años la boca, ni puede disponer el alimento ni gobernar la voz; las venas para calentarse necesitan la fiebre; las rugas han desamoldado las facciones, y el pelejo se ve disforme con el dibujo de la calavera, que por él trasluce. Ninguna cosa me da más horror que el espejo en que me miro; cuanto más fielmente me representa, más fiéramente me espanta" (15)

Quevedo está meditando sobre los estragos del tiempo, en su figura, en su cuerpo.

Este autorretrato nos sirve de puente maravilloso entre



sus descripciones humorísticas, caricaturescas, pero acaso mirándose más profundamente el alma, sin hacer caso del cuerpo, y éste en que su físico empieza a cobrar importancia y a reclamar atención, y que es necesario tener en cuenta en Quevedo.

A Don Quijote no le podemos representar cumplidamente sin Rocinante, sin su albarada de caballero andante; a Don Francisco es imposible imaginarlo sin su apéndice nasal cumplido y sus antiparras, que se llaman desde él, "quevedos",... sin alguno de sus defectos físicos.

Quevedo los reconoce con la falta de fiera agresividad, y como reclamando atención y piedad, quizá protección, de su poderoso amigo.

### 1.1.2. Los retratos físicos de D. F. de Quevedo (16)

Pablo Antonio de Tarsia lo describe así: "Fué don Francisco de mediana estatura, pelo negro y algo encrespado, la frente grande, sus ojos muy vivos; pero tan corto de vista, que llevaba continuamente anteojos; la nariz y los demás miembros proporcionados; (17) y de medio cuerpo arriba fué bien hecho, aunque cojo y lisiado de entrambos pies que los tenía torcidos hacia dentro; algo abultado, sin que le afease; muy blanco de cara, y en lo más principal de su persona concurrieron las señales que los fisónomos celebran por indicio de buen temperamento y virtuosa inclinación!" (18)

Contrastan estas descripciones benevolentas con expresiones del propio Quevedo que, aunque hilarantes y humorísticas, parecerían soporte de una realidad. Es preciso puntualizar que el ímpetu creador y la originalidad, y sus ideas y pretensiones, le hicieron estirar su nariz o su cojera como al Domine Cabra.

Sus datos cronológicos pueden ser también imagen y retrato de su realidad física.

Pero tratemos de una dificultad difícil de superar: la figura de Quevedo ha sido parabolizada, contrahecha y deshecha, ridiculizada por la leyenda, el cuento y el chisme, y, la labor estará en descubrir lo expúreo y lo puro para quedarnos con lo cierto; pero tratemos de recorrer las galerías de los museos, para clasificar los perfiles físicos que revelan su alma y plasman su genio y figura.

Antonio Papell los ordena de esta manera (19): retrato de Juan de Noort, ejecutado en 1628 para la edición de Epicteto y Focílides español (20). No usa lentes, presenta larga melena, ojos grandes y vivos, nariz recta y larga, bigotes de cuidadas guías y perilla.

El retrato atribuido a Velazquez o a Van der Hammen, Quevedo, en pleno vigor físico, tiene el pelo intensamente negro, abundante bigote, minúscula perilla, ojos negros, vivos y de mirada penetrante.

Retrato de Pacheco, ejecutado en 1626 en un viaje efectuado a Sevilla por el escritor madrileño. Ostenta Quevedo cuerpo muy robusto, corta melena, bigote no muy cuidado, ojos pequeños y nariz voluminosa y deformada.

El retrato de la colección Wellington. Representa un hombre que dejó la juventud hace tiempo y en cuyo semblante se ven retratados las graves preocupaciones que la acucian. Debe tener más de 50 años y en el cabello que le pende sobre los hombros, muestra las primeras canas. Lleva bigote y barba. Los cristales de los "quevedos" son ahumados, y a través de ellos se destacan unos ojillos vivos e inteligentes.

El retrato pintado por Murillo aparenta unos 60 años, y va completamente rasurado, circunstancia muy rara en su época y muy digna de tenerse en cuenta. El cabello grisáceo y ligeramente ondulado le cuelga sobre los hombros, que en el frontal esboza la calvicie. Tiene las cejas muy pobladas. Sus ojos grandes, negros y hermosos. La boca carnosa y la nariz aguileña.

No podemos detenernos a ver las diferencias y decidírnos por el más auténtico, pero sí podemos completar su retrato cronológico con datos y fechas que lo rodean y aclaran con determinaciones que puntualizan, quizá, el porque de ciertas variantes físicas o de expresión.

La versión de Pacheco presenta a Quevedo con poderosa cabeza, rostro fuerte y bigote mosquetero, nariz de judío, labio inferior abultado, mentón tesonero...

El momento de la vida que es el retrato de Pacheco puede revelar, al menos algunas motivaciones, al margen de los

valores estéticos o pictóricos:

lleva anteojos para agudizar sus ojos miopes pero "muy vivos", con el curioso comentario que añade Tarsia, que puede patentizar estupefacción.

En la pintura que le hace Velázquez tenía Quevedo unos 48 años (1628). Quevedo meditativo, tenso de inteligencia, despiertísimo, sin agresividad. Parece mirar de reojo, como si tuviese en cuenta que le estaban retratando las entre telas, como él solía radiografiar con su pluma y su palabra.

Entre ambos retratos (el de Pacheco, el de Velázquez), hay la diferencia no sólo cronológica sino de actitud, atracción del alma que lo ha plasmado y el genio' que se descubre dentro.

Hay un busto de Quevedo en la Biblioteca Nacional. Me he parado delante de él, queriendo penetrar en su interior y en el alma que el artista le quiso poner. Las arrugas de su rostro acusan la ancianidad, los trabajos y las dificultades, la expresión marcada del rostro. La mirada de sus ojos miopes ha logrado ser reflejada por el escultor hábilmente y su fisionomía, melancólica y severa adquiere vida y una cierta nobleza. Entrecejo, labios gruesos, muchas cicatrices y frente ancha y despejada. Este es Quevedo por fuera pero ¿Cuál es su retrato por dentro?

### 1.1.3. Quevedo se ve a sí mismo; Quevedo por dentro.

Su rostro, mirado de perfil, da la impresión de un ave, y patentiza su carácter decidido, enérgico, sin eufemismos. Temperamento áspero y de pocos amigos. Los angulosos perfiles reflejan orgullo, indiferencia, quizá amargura sufrida y aguantada mucho tiempo. Pero observamos más cuidadosamente e investiguemos sobre su psicología.

El Duque de Maura, gran conocedor de Quevedo, lo describe así (21):

"Tengo para mí que el potencial afectivo excedió considerablemente a las posibilidades de expansión que se le desperaron en todo el curso de su existencia.

Eché de menos, desde la infancia, de algún entrañable afecto varonil, de padre, hermano mayor, o amigo paternal que pudiera servirle, según las circunstancias, de mentor, guía, sermoneador, confidente, colaborador y hasta cómplice (22).

Eché de menos la dulce y cordial compañía de la mujer y el calor del hogar que nunca tuvo.

Desasistido de alientos confortadores, se tuvo que enfrentar a salvajes pasiones ajenas y padecer incontables miserias propias.

Puesto en la alternativa, como todos los mortales que sobresalen, de ser envidiado o compadecido, eligió lo primero, hasta que por la sevicia de la vida cayó en lo segundo".

Soler Cayetano, pretendiendo hacer precisamente un análisis y diagnóstico psicológico del temperamento y carácter de D. Francisco, toma nota de todos los actos que le ayudan a clasificarlo y calificar su actitud y constitución interna.

Cada uno significará algo en su apreciación, digna de

ser tenida en su debido valor:

"Era de buena estatura, el cabello negro, limpio y algo encrespado, la cabeza ancha y bien repartida, blanco el rostro, larga y espaciosa la frente, con algunas viejas heridas, testimonio de su valor. Tenía las narices grandes y gruesas y los ojos muy vivos y rasgados; pero tan corto de vista que llevaba anteojos continuamente. Fue abultado de cuerpo, de hombros derribados y robustos; de brazos flacos pero bien hechos y galanos; cojo y lisado de entrambos pies que los tenía torcidos hacia dentro; de ingenio pronto y feliz, agudo en los dichos y profundo en las sentencias.

Era diestro en las armas, de atrevido corazón y consultor de todos los valientes.

De imaginación brillante, carácter violento, de arrebatadas pasiones; pronto en inventar y de penetración sagacísima. Las ciencias que poseyó fueron tantas y las dominó en tal extremo, que sin lisonja pudo decirle "van der Hammen" que era tan universal en todas las materias y tan particular en cada ciencia o arte, que nadie juzga sino que nació para lo primero que toma entre las manos o que fue criado para todas" (23).

Para conocer profundamente a Quevedo es preciso conocer muchas cosas: las condiciones morales, sociales, y económicas en que sus posibilidades tuvieron que desenvolverse, pero, y sobre todo, investigar al detalle los complejos psicológicos que se traducen en su vida y escritos; enjuiciar sus estudios, consignar sus viajes, amistades que modifican su concepción del mundo; penetrar en su ardoroso bregar, en su infortunio, en sus penas y alegrías; precisar y exhibir la constitución física.

Algunos de estos pasos están adelantados. Naturalmente se nos escaparán otros o no podremos llegar por los lími-

tes que nos hemos trazado.

Sus defectos físicos contribuyeron más de lo que se puede calcular a fijar su carácter; vamos a detenernos en las alusiones, que al paso encontramos en sus propias palabras. En la contestación a Valerio Vicencio sobre la famosa polémica de "Su espada por Santiago" dice expresamente: que yo soy cojo y ciego; si lo negare, mentiría de pies a cabeza, a pesar de mis ojos y de mi paso.

Ya hemos visto como se retrata en el Memorial pidiendo plaza en una Academia, con sus deficiencias físicas bien resaltadas. Más, si cabe, en la sátira a una dama, también traída.

En un romance en respuesta al duque de Lerma, le pone esta afirmación:

El cojear en los versos,  
eso es, señor, retratarme,

En las quintillas a las fiestas en que cayeron todos los toreadores, termina con esta alusión:

¿Y quién puede sino un cojo  
abogar por las caídas?

Y en los pleitos y trabajos varios, de la torre de Juan Abad, se acuerda de sus sufrimientos y desdichas:

Aquí cobro enfermedades,  
que no rentas y tributos;  
y mando todos mis miembros,  
y aún destos no mando algunos.

Así lo han visto otros:

González Palencia ha estudiado a Quevedo por dentro, y ha conocido su hondura como pocos.

"Yo creo -dice- que en Quevedo hay que reconocer violencia de sentimientos, exaltación de pasiones, desenfreno, a veces, procacidad, crueldad, implacable en los ataques y en

las burlas, falta de moderación tolerante en los juicios, concretados a menudo en terribles dicterios; pero por encima de todo y envolviéndolo todo como un velo de nobleza, hay un ansia insatisfecha de justicia, desinteresado espíritu de rectitud, romanticismo de caballero andante, culto a los ideales religiosos y patrióticos, devoción por la amistad y admiración tan fervorosa y ferviente de los méritos ajenos que obligan a exculpar, y casi absolver, con benevolencia sus frecuentes pecados.

No solo es un moralista, sino que se puede decir que no aspira a ser más que un hombre a quien y ante quien sobre todo preocupa el aspecto ético de los grandes problemas humanos" (24).

Quevedo nos parece como un alma a quien muchas cosas se le quedan pequeñas: El cuerpo algo roto y desgraciado para un espíritu alto y noble; el mundo donde está preso, busca compañía por huír de sí mismo, la expresión, porque ha de pasar de la claridad a la clarividencia; su tiempo, y por eso tienen visos de profeta escatológico.

La obscura emoción humana que da la reflexión intelectual que trasfiere a otro plano la realidad, aunque sea pasando por lo grotesco y la deformación antirrealista.

La interioridad rica, sabia, basada en la idea bíblica de corazón, frente a lo que hoy se ha dado en llamar ética de los sentimientos, que hacía tener en él una firmeza y posibilidad de segura recuperación.

Una espiritualidad de desierto, con sus tentaciones y peligros, con sus rebeliones y compensaciones, como en Job, como... Jeremías.

Por eso, más que Job, cuyo muladar no estaba en las tinieblas y podía consolarse mirando al cielo, la luz y a las estrellas, escribirá D. Francisco desde la cárcel, su-



mido en su dolor purificadorio:

"Mi mansión se reduce a una pieza subterránea, tan húmeda como un manantial; tan obscura que en ella siempre es noche y tan fría que nunca deja de parecer enero. Tiene sin ponderación más traza de sepulcro que de cárcel"...(25)

A Quevedo se le murió la infancia de repente; se le murieron la niñez y la juventud y también la mocedad. La edad varonil agonizó sin darse cuenta. El cabello y la barba se le tiñeron de ceniza de súbito, los ojos ya no ven sino la noche; las venas para calentarse necesitan el ardor de la fiebre y a través del pellejo se dibuja la calavera. Quevedo empieza a transformarse en una de sus grandes ideas: la muerte en vida, la vida en muerte. En esta hora en cuando suenan mejor algunos de sus versos:

"Huye sin percibirse lento el día"...

o bien:

"Todo, todo tras sí lo lleva el año breve"...

Principalmente aquel expresivo, ¡Ah de la vida!:

¡Ah de la vida! ¿Nadie responde?

¡Aquí los antaños que he vivido!

La fortuna mis tiempos ha mordido;

las Horas mi locura las esconde.

!Qué sin saber cómo ni a donde

la salud y la edad se hayan huído!

Falta la vida, asiste lo vivido

y no hay calamidad que no me ronde.

.....

En el hoy y mañana y ayer, junto

pañales y mortaja, y quedado

presentes sucesiones de difunto. (26)

¿Nadie responde?

Quevedo no tiene eco ni respuesta a tantas preguntas.

Nadie responde porque está muy solo. Desde que nació, casi, está sin eco suficiente. Ni en el Alcázar, ni en el patio bullanguero, ni en Alcalá con sus miles de estudiantes, creo que hasta en la misma "Academia de la risa", siempre se encontraba solo, como si hablara para alguien que está lejos, ausente, del futuro.

¿Egoísta bastarse a sí mismo? ¿Orgullosa superarse a sí mismo, inconformista y rebelde? o bien ¿es un escarmentar y sacar experiencia en la propia carne, una ascesis superadora, que trasciende y purifica?

Madrid, Alcalá, Valladolid, Nápoles, Sicilia, Venecia, Sevilla,...ninguna la retiene.

Las horas y los días, los cargos y los trabajos, todo se sucede como si tuviera que aprovechar para estabilizarse, definirse y quedarse en algo seguro.

Todo es en él sucesiones de presentes, "pero presentes de difuntos"...

## 1.2. LO CONSTITUTIVAMENTE INFLUYENTE EN QUEVEDO

### Las circunstancias más influyentes en su alma ética

Quevedo podría empezar a definirse diciendo que es un hombre del siglo XVII, el de la decadencia de los Austrias, que tiene su principio en la muerte de Felipe II (1598) o quizá diez años antes, cuando el desastre de la Invencible.

Pero nada más aventurado que pretender resumir en unas cuantas frases el ambiente de la época de Quevedo (1580-1645).

Con esta palabra "ambiente" se pretende sintetizar vanamente un mundo infinito, formado por estratos antropológicos y éticamente diferentes, a veces opuestos, y siempre en perpetua evolución.

Cuando esto pasa a nuestro lado, ya es difícil empeño; cuando es en una época remota se pierde el aroma impreciso de lo vivo, que se desvanece, cuando se exhala y que no se puede evocar. Pero con estas reservas, se tiene sin embargo que tratar el ambiente en el que se movió Quevedo.

Sirviéndome de la pluma de D. Gregorio Marañón, lo calificamos de "hipertrofia" del espíritu nacional (27); general pereza (28), agotamiento del espíritu idealista (29); la religiosidad y el fanatismo (30); profundidad de la fe monárquica; la inmoralidad de las costumbres; licencia y perversión sexuales; frivolidad y altivez; despreocupación por lo universal" (31)

Una afirmación de la ética más universalista: estar donde quiera que hay elección. Obrar como todo el mundo o confundir lo moral y lo social... Frente a esta universalidad la singularidad existencial: "atreverse por poca cosa, atreverse a todo y entre otras cosas a sustraerse a los engañosos halagos de la historia mundial, para llegar a ser nada" (32). Entre ambos extremos y más inclinado al lado de acá

de la balanza, Quevedo sintió y vivió activamente los problemas de su tiempo.

"La estancia del hombre contiene y conserva la venida de lo que pertenece al hombre en su esencia, la abertura de su estancia hace aparecer lo que adviene a su esencia que viviendo así se detiene en su cercanía!" (33) La cotidianidad, el advenimiento y la abertura de Heidegger, en el "ethos" es lo que entendemos importante examinar en Quevedo que, en poesía y en prosa, en burla y en veras, quiso cauterizar tantas heridas que afectaban a los hombres de su tiempo y que por lo mismo no pudo ser ajeno a su influjo y reciprocidad.

La curiosidad ingénita llevó al "Caballero de la tenaza" a observar la vida en torno suyo.

Pocos como él aciertan a sorprender las mudanzas y transformaciones de que es capaz el alma humana; verdadero corchete moral de su tiempo, sorprende los vicios, pecados y delitos, los ensarta en cadenas de galeotes en su galera literaria. Por el mar de su imaginación remarán eternamente azotados con la penca de su pluma.

Agitado y satírico no conoce reposo y equilibrio espiritual, de moderación y calma; es vigoroso, enfático, a veces, tonante, ausente de sencillez y modestia.

Reflejo de su alma, transferencia a su alma, ya turbulenta de por sí. Si solo Quevedo hubiese sido delatador y verdugo, si él solo hubiese observado la desolación y depravación, pero como veremos, en las costumbres, en la política, en multitud de hechos concretos existía, no solo bajo la cruel mirada del miope escrutador, sino a la preocupada vista de Mateo Alemán, Luján de Saavedra y tantos otros.

Hay una motivación genérica que nos parece descubrir en Quevedo con especial agudeza y que ha sido estudiada por

Díaz Plaza como pérdida del arquetipo (34). Es en efecto un motivo de moralidad, de ética y ascética, de comportamiento y opinión pública el haberse pegado a los transcendentalismos medievalistas y de los encumbramientos del siglo de oro, a la dura realidad terrestre de encontrarse de pronto de carne y sangre. No es que ya no sean capaces de elevar en vertical hacia la transcendencia, es que lo horizontal del proyecto domina y la añoranza del bien pasado como puro, remoto e inalcanzable, llena, embarga y mueve.

Cuando D. Francisco empieza a recordar tiempos pasados:

"Un godo, que en una cueva en la montaña  
guardó, pudo cobrar las dos Castillas...(35).

La historia mediaval y la de los grandes imperios salta a su memoria, como la época gloriosa ideal perdida:

"!Oh Roma! ¿Por qué culpa han merecido  
grandes principios estos fines feos? (36)

O aquel otro soneto a las causas de la ruina de Roma, cuyo primer verso comienza:

"En el juicio, el favor; y la ventura,  
vehal; el oro, pálido tirano (37)

El de "Los ingleses, Señor, y los persanos..." pero sobre todo la "Silva a Roma antigua y moderna:

... Allí el arte vi el atrevimiento,  
pues Marco Aurelio en su caballo armado  
... Oh coronas o cetros imperiales.

Ahora los tiempos gloriosos pasados, confirmando la caída del ídolo y del ideal, sobre una realidad cuya proyección es más horizontal que vertical.

Aunque separado por tantas culturas y épocas, las circunstancias, quizá, semejantes, pusieron en la mente de Luciano de Samosata parecidos argumentos. Este en el Imperio de los Antoninos, que extiende su inmenso dominio de relati

va paz y prosperidad exterior, está minado, sin embargo interiormente por gérmenes de decadencia. (38)

Quevedo, tan agudo observador como Luciano, nos describe, en paralelo, quiénes y cuales son los verdaderos causantes de la ruina que amenaza:

Luciano de S.

Pero ¿qué es eso? No es Tasicles el filósofo? No puede ser otro. Desde luego: lleva la barba suelta y levantadas las cejas y anda sumiso en altas meditaciones, con una mirada de Titano, el cabello echado hacia atrás sobre la frente, un típico Boreas o Tritón, tal como los pintó Zeuxis. Tiene un aspecto bien aderezado, y es elegante en el andar, comedido en el traje. Por la mañana suelta mil máximas sobre la virtud e increpa a los que se dan a los placeres, y alaba la buena medida. Pero cuando, después del baño llega a comer, y el criado le pone un buen vaso-le gusta puro-, entonces, como si bebiera el agua de Lete, se pone a demostrar todo lo contrario

Quevedo

Fué el caso que entré en San Pedro a buscar a licenciado Calabrés, clérigo de bonete de tresaltos hecho a modo de medio celemín; orillo por ceñidor y no muy apretado; ojos de espulgo, vivos y bulliciosos, puños de Corinto, asomo de camisas por cuello, rosario en mano, disciplina en cinto, zapato grande y de ramplón, y oreja sorda, mangas de escaramuza y calados de rasgones, los brazos en jarra y las manos en garfio; habla entre penitente y disciplinante, derribado el cuello al hombre, como buen tirador que apunta al blanco (mayormente si es blanco de México o de Segovia), los ojos bajos y muy clavados en el suelo, como el que codicioso busca en él cuartos, y los pensamientos ti-  
ples; la color a partes hen

de lo que había dicho por la mañana. Como un milano se abalanza sobre la carne de los demás y empuja con el codo al vecino, se llena la barba de salsa, se hincha como un perro y se echa sobre los platos como si en ello hubiera de hallar la virtud, mientras que con el índice rebaña cuidadosamente el mundo, para no dejar ni un poco de salsa. A esto no deja de quejarse aunque le den toda la torta y se quede él solo con el cerdo entero...

Pero aún cuando no está bebido vence a todos por sus mentiras, impudencia y codicia. Es el primero entre los aduladores, perjura con suma habilidad. La hechicería le vadelante y la desfachatez le sigue. En suma, es un producto perfecto, cabal en todos los aspectos, y completo en mil modos.

(Diálogos) pág. 54 y 55

dida y a partes quebrada; muy tardón en la misa y abreviador en la mesa; gran cazador de diablos, tanto que sustentaba el cuerpo a puros espíritus. Entendíasele de ensalmar, haciendo al bendecir unas cruces mayores que las de los mal casados. Trafa en la capa remiendos sobresano; hacia el desaliño santidad, contaba revelaciones, y si se descuidaban en creerle, hacía milagros que me cansó. Este, señor, era uno de los que Cristo llamó sepulcros hermosos, por fuera blanqueados y llenos de molduras, y por dentro pudrición y gusanos; fingiendo en lo exterior honestidad, siendo en el interior del alma disoluto y de muy ancha y rasgada conciencia. Era en buen romance hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma y fábula con voz.

(Alquacil Alguacilado)

pág. 166

Dejando aparte lo sarcástico, este retrato del mundo circunstancial funerario, es todo un análisis social en el que también coincide con el samosatense:

Para demostrar lo absurdo de las creencias populares acerca de la muerte y del más allá, Luciano les dedica un Diálogo: el "De Luctu"; con su acostumbrada viveza describe el duelo de los parientes y amigos, y particularmente del viejo padre del difunto, mientras que en boca de éste pone la alabanza de la muerte, como estado de quietud y completa indiferencia, habiéndose por fin acabado todas las necesidades y deseos humanos. Así el cadáver de un hombre joven tendido en un ataúd constituye la medida que permite sopesar con total exactitud los valores de la vida terrena; de esta lógica aterradora se harán eco los difuntos del Infierno enmendado, declarando con mil extremosos detalles los motivos para no querer volver a la tierra.

Pero además, Quevedo se fija no tanto en las ceremonias como en la manera de llevarlas a cabo. El cortejo mortuario son su banda de luces, campanillas y muñidores...

"Venían, envainados en unos sayos grandes de diferentes colores, unos pícaros, haciendo una taracea de mullidores. Pasó esta recua incensando con las campanillas; seguían los muchachos de la doctrina, meninos de la muerte y lacayuelos del ataúd, chirriando la calavera, gritando su letanía; luego las órdenes, y tras ellos los clérigos, que, galopeando los responsos, contaban de portante abreviando, porque no se derrietiesen las velas y tener tiempo para sumir otro; seguíanse luego doce galloferos, hipócritas de la pobreza, con doce hachas, acompañando el cuerpo y abrigando a los de la Capacha, que, hombreando, testificaban el peso de la difunta. (39)

Pero se mete con todos: los clérigos y religiosos, "los



de la capacha, (hermanos de S. Juan de Dios), los chicos, los clérigos, la viuda, que tiene un cuerpo de responso y un alma de aleluyas...

Donde más profundiza en un análisis circunstancial con influencia en su ética es en esa forma de rezar de "corvas almas" inclinadas al suelo, que no parece sino que se la han copiado el uno al otro:

Luciano:

Sus oraciones rezaban así: "¡O Júpiter, que yo llegue a ser rey!" "O Júpiter, haz que me crezcan la cebolla y el ajo!" "O dioses, que mi padre se muera pronto!". Luego diría uno: "¡Que yo herede la propiedad de mi mujer!" "Que no me descubran en mis maquinaciones contra mi hermano!" "Que salga bien del pleito!" "Que me coronen en los juegos olímpicos!"

(Oraciones a Júpiter)

Quevedo:

Quien os vió en un rincón, medrosos de ser oídos, pedir murmurando: "Señor, muera mi padre, y acabe yo de suceder en su hacienda; llevaos a vuestro reino a mi mayor hermano, y aseguradme a mi el mayorazgo; halle yo una mina debajo de mis pies; el rey se incline a favorecerme, y véame yo cargado de sus favores... Y haced esto, que si lo haceis yo os prometo de casar dos queríanos, de vestir seis pobres y de daros frontales".

(Oraciones de los que se atreven a Dios y aguardan a coger solos los retablos)

### 1.2.1. Las circunstancias más condicionantes:

#### Las ambientales

Hay hechos muy concretos que en su desarrollo psicológico, vital, explican la manera indeleble de una posible actuación: En 1580 el viejo Duque de Alba entraba triunfalmente en Lisboa y hacía jurar por rey de Portugal a Felipe II, y Quevedo abre los ojos cuando el imperio llega a su cumbre.

A los seis años perdió a su primogénito, y a su madre entró a formar parte de la servidumbre de la infanta Isabel Clara Eugenia. Seguramente esta ausencia fue cubierta por un alto caballero, que difícilmente pudo suplir el cariño paterno con su celosa salvaguarda.

D. Agustín de Villanueva, protonotario de Aragón, pariente suyo, debió cuidar, al menos por algún tiempo, de su educación.

Benjamín entre cuatro hermanos, acostumbrado a desenvolverse en la soledad de su casa y en la sociedad de sus hermanos mayores, él aprendió a luchar en un medio no muy próximo pero.

Sabemos al detalle la institucionalización del servicio real de la época. La disposición de las viviendas y todo el "habitat" y ambiente que les rodeaba (40).

Pero entremos de la mano de un tan experto investigador como el Duque de Maura, para observar sigilosamente el desenvolvimiento influyente en el temperamento, el carácter y la formación de la visión de la realidad: Pedro (41) y Francisco se sentirían atraídos por el hervidero del patio del Alcazar real, feria de novedades, donde concurrían hombres de todas las cataduras, peor hablados que las inquilinas del ático (solteras o viudas) y de muy menos correctos

modales parejamente chismosos, pero por eso precisamente de la más atractiva frecuentación.

No podemos extrañarnos de un temperamento, en Quevedo, entre reconcentrado y amargado, duro y solitario y de su visión pesimista de la realidad.

Ni siquiera le era dado compartir ese solaz fisgoneo precoz con los juegos propios de su edad, en compañía de otros muchachos; porque era zambo y su andar equivalía a la cojera. Una operación quirúrgica, trivial hoy, en quirófanos de especialistas, hubiera enderezado sus pies torcidos hacia dentro y, permitiéndole separar sus rodillas viciosamente juntas, hubiera enderezado acaso, por añadidura, la trayectoria entera de su vida.

La calle debía ser para él un vedado Edén. La amistad, algo fabuloso.

Propenso, Francisco, por aprendiz de cojo y maestro de orgullo a vayas y burlas ajenas, irreprimibles en la infancia cruel, gustaría de perderse inadvertido entre corros de personas mayores que no reparaban en él, ni para recrear zumbones los ojos, ni para contener discretos la lengua.

Agudo de comprensión y bien enseñado de maneras, debió hablar poco y escuchar mucho y las gratuitas lecciones recibidas en aquella Universidad, al aire libre, donde solo se cursaban con provecho los siete pecados capitales, le enseñaron muy pronto cuanto a su ideal no conviene todavía saber de las miserias humanas.

En casa se hablaba de sus Majestades con verdadera unción. Los desgraciados sucesos debieron exaltar su infantil imaginación... La madre, al regreso del servicio palaciego, comentaría en la mesa el estupor palatino ante la infausta guerra con Francia, las osadías del corsario Drake, el dramático fracaso de la Invencible, las incursiones sangrientas

de Barbarroja y de Dragut.

Los primeros actos que conocemos nos le retratan entre díscolo y obediente, altivo y bravenel.

Quevedo cojo y huérfano no pudo ser caudillo de guerras infantiles.

Sus contados amigos se lo dirán cándidamente, benévola o malévolamente y el refugio forzado o voluntario fue, sin duda, el estudio.

En este ejercicio aparece una luz esperanzadora en su camino, Fr. Alonso de Orozco, discípulo de Sto. Tomás de Villa nueva, fue su maestro de infancia y, los consejos y adverten cias de este gran místico debieron influir en su vida, más que los tratados y manuales académicos. (42)

De infancia triste y cruel, a juventud estudiantil y bulliciosa y ligera en Alcalá. No hace falta esforzarse ni en comprobarlo, ni en imaginarlo, basta leer con algo más de realismo las páginas de trazo picaresco del Buscón.

Fernández Guerra habla de un proceso seguido contra Quevedo por haber herido gravemente a un compañero en duelo. Pero los yerros cometidos, las riñas estudiantiles, los paseos nocturnos, los devaneos amorosos, el ambiente regocijante de los escolares, las burlas de los novatos, los apuros económicos (43), las tretas picarescas y las fiestas callejeras y burlescas están en el ambiente regocijante estudiantil.

En esta época pierde también a su madre, y doble huérfano, se aísla más del mundo que le rodea y se refugia más y más en el estudio, que le salva y le ayuda a vencer y triunfar.

Quevedo, a sus veinticuatro años, escribía a Justo Lipsio en un latín impecable "En cuanto a mi España ¿Qué podré referir que no sea con dolor?

Vosotros sois presa de la guerra. Nosotros del ocio y de la ignorancia. En vuestras guerras tenéis soldados y en ellas se consumen vuestros tesoros. Aquí somos nosotros los que nos consumimos. No hay nadie que hable; más sí muchos que mienten..."

(La traducción de Astrana muestra bellamente, además, el cuadro exacto y cruel, su amigo el humanista apreciará el criterio alto, culto y brillante de D. Francisco.)

Quevedo solitario, a pesar del torbellino de su vida, de su sensualidad, de impulsividad y franqueza, de su trato incesante con gente de todo tipo y condición... Hoy hablaríamos de inadaptación, de frustración afectiva básica, de fracasos psíquicos.

Todo ese mundo es un torbellino de gente que no le comprende. Quevedo se siente solo. Escribió avaramente sus verdaderos e íntimos sentimientos, para algunos de sus contados amigos.

Lope es famoso cuando Quevedo estudió en Valladolid. Ambos se atraen y Lope admira la cultura y valentía quevedescas.

La atracción no vino por semejanza o equivalencia. A la juvenil alegría lopesca en la que algo de genial, inconsciente, como quien dice algo más de lo que sabe, Quevedo no opone, pero experimenta que no puede alumbrar cuanto sabía; insatisfecho permanente, se quedó siempre un poco más abajo o más arriba que Lope. Cuando Quevedo dice hombre, España, muerte, dice mucho más que cuando las escribe Lope.

Cervantes quiso a D. Francisco por semejanza de atracción: ambos sufrían por razones diversas, Quevedo se atrevía a la verdad, hiriente y peligrosa. Miguel es un irónico tranquilo y sosegado, bondadoso.

Pero Cervantes es algo escéptico y tiene un radical res-

peto a la dignidad humana. Como si el humor, la osadía, la burla se le hicieran de pronto piadosas conmiseraciones, al sospechar que el hombre es casi mejor de lo que puede, de lo que podría ser. ¿fue cobardía? ¿fue amor?

Quevedo es vital, volcánico, despreciativo, rencoroso, domado por la vida, por entrometido y soplón.

Para describir con ardor a Pedro Téllez Girón Duque de Osuna, afiló la pluma en el soneto mortuario:

De Asia fue terror, de Europa espanto.....

Noble, culto, audaz, generoso .....

Quevedo consonó con él; en algunas cosas por contraste, por admiración en otras; le guardó fidelidad, vivo, preso y muerto. ¿Concordaron entonces en un fundamental sentido ético? El cumplido valor, la verdad objetiva, la belleza y la bondad y la simpatía que superan la conveniencia y la vida propia de todas expusieron y dispusieron Quevedo y Osuna.

Pero en Quevedo hay que contar más con sus enemigos.

La pluma de Quevedo ha podido servir como instrumento cártico. La pluma de D. Francisco parece con frecuencia a modo de sangría de barbero que se administrase automáticamente, y le purificase y descansara de la virulencia interna. Más que los amigos, los enemigos formaron parte de Quevedo y consigo los llevó por doquier, solo a título de ejemplo, vale la muerte de Villamediana. (44)

Religiosa piedad ofrezca llanto  
funesto; que a su libre pensamiento  
vinculó lengua y pluma; cuyo aliento  
se admiraba de verle vivir tanto.

Cisne fue, que causando nuevo espanto,  
aún pensando vivir clausuró el viento  
sin pensar que la muerte en cada acento

le amenazaba, justa, al primer canto.

Con la sangre del pecho, que provoca  
a que el sacro silencio se eternice,  
escribe tu escarmiento pasajero:

Que quién el corazón tuvo en la boca,  
tal boca siente en él, que solo dice:  
"En pena de que hablé, callando muero" (45)

Admirable como obra poética, hiriente contenido delatorio porque el vinagre satírico se percibe al trasluz. En 1629, Juan Jacobo Chiflet, médico eminente y amigo de España escribirá de Quevedo: "Personalidad doctísima, para ser español, espíritu fuerte que no teme a nadie".

Los usos literarios, las formas sociales, la sensibilidad literaria de la época y su manera de representarse, contribuirán, sin duda, a enriquecer la atmósfera del grupo de ingenios cortesanos del siglo XVII. Las fuentes consultadas en Pellicer, Barrionuevo, Contarini, Brunel, las epístolas de Góngora, las denuncias de Quevedo, los pasquines, relaciones, insultos etc., indican un perfil de situación tensa cruel y tirante. Pudiera ser como una de las expansiones normales, justificables, o corrientes, cuando las posibilidades de expansión de las personas en grandes empresas, no pueden alimentarse, ni desarrollarse tienden a nutrirse en operaciones hirientes, algo autodestructivas, en atmósferas confinadas, en competitivas experiencias, y el ingenio se agudiza para activar sus cualidades recreativas.

Conseguir o mantener el favor, el punto de honra, la prebenda, etc., o bien la convicción de tener un talento superior, ingenio más agudo, son motivo para iluminar con claridad.

dad los interiores de un hombre cuyo contenido se derrama tan fácilmente, justificándose, agrediendo a estos enemigos, vilipendiando cuando sale el caso.

El mismo confiesa en este pequeño romance sus vaivenes al son de la enemistad:

"Muchos dicen mal de mi  
 .....  
 Confieso que mis sucesos  
 reempujones y vaivenes  
 .....  
 han parecido columpio,  
 poco asiento y mal seguro." (46)

Algunas de sus enemistades pudieran considerarse como condicionantes de su manera de ser, al menos de su manera de reaccionar, definidoras de su perfil personal, porque al luchar entre ellas se refleja su actitud profunda.

Dejando aparte las relaciones amistoso-políticas o de enemiga personal con el monarca, el Conde Duque de Olivares hay que nombrar a Góngora, Alarcón Montalbán, Pacheco de Narváez Jáuregui, P. Niseno, "Valerio Vicencio"...

Sin entrar en análisis de los orígenes, causas, razones, las lindezas, cruzadas entre ellos, la crueldad que destilan y persistencia en mantenerlas, hacen pensar hoy, desde una perspectiva más objetiva y desapasionada en una falta de respeto humano y de insatisfacción profunda por parte de Quevedo. (47)

Y es como consecuencia de su antipatía, de su burla, de su desprecio ostentoso, de haber apretado contra ellos, como decía Forner, "los puños de su agudeza".

De las muchas maneras que hay de moralizar, Quevedo eligió la más peligrosa, la más provocativa, acaso necesaria, pero con consecuencias vengadas. La retahíla de sus ofendi-



dos resurgirá de algún modo, y serán los propaladores de su mala fama, cuya venganza aún perdura.

José María Salaverría ha tratado de explicar con agudeza y gracejo ese dualismo que informa el carácter quevedesco. Dice que Don Francisco era un madrileño fácil, precoz, atrevido de palabra y obra, ingenioso y de pluma cascabelera irreverente. "A pesar de su educación cortesana - escribe - (48) y de ser tan madrileño, manifiesta a cada paso venir de la montaña ... Y por eso es Quevedo una personalidad tan doble, tan escindida y contradictoria... Lleva sobre sí esa fatalidad desconcertante de ser un día deslenguado y cínico como bufón, y a la siguiente mañana grave y pensativo como un filósofo estoico, ponderador de la muerte como un místico, o preocupado de combatir a los enemigos de su rey como un encendido patriota".

Pero quizá no solo es D. Francisco que cambia rápidamente de su ser-haber; muchas circunstancias políticas y preferenciales decisivas pueden cambiar en la corte de Felipe III y Felipe IV en menos de veinticuatro horas, por eso parece a todas luces insuficiente y poco elaborado afirmar que esta duplicidad se deba a su origen montañés y a su ciudad de adopción: Madrid.

Hay que considerar que una gran parte de su obra es circunstancial. La sátira, especialmente, es más del hoy que del mañana. Como la suya es, generalmente, tan personal, tan de su tiempo; pasada esa palpitante actualidad llega a fatigar al lector, poco amigo de estudios costumbristas.

Pero su obra sería, filosófica, satíricomoral, política y poética es verdaderamente de hoy y de siempre.

La importancia de tener un enemigo es de consecuencias imprevisibles. Quevedo busca una clara ascendencia intelectual (49) en el afán de claridad. El tener un enemigo tan

fuerte le hace resbalar hasta la vertiente del conceptismo y de cierta obscuridad.

La rivalidad con Góngora, ¿nació de la constitución diversa de los espíritus, del choque cotidiano de las ideas y de las técnicas, o del "odium gremialis"?

Como explica Papell (50) "los dos escribían letrillas, y romances satíricos y versos de circunstancias".

"El pueblo solía preferir a Quevedo por la sal y pimienta, el gracejo y el chiste y porque Góngora no tenía la facilidad de su rival en publicar sus obras" (51). Pero Quevedo debió reconocer que Luis era más poeta que él. Combatía su manera de decir, pero quedaba subyugado por la brillantez de sus imágenes.

Quevedo busca lo psicológico frente a lo lingüístico; busca y rebusca en la entraña semántica de la palabra; no diluir las ideas en un mar de vocablos sonoros.

La requisitoria que se cruzan, ya en verso ya en prosa, no es para ser descrita (52), sí a tener en cuenta, para atender más a Quevedo, que en su afán intelectualista y en su ansia de claridad ha inclinado la balanza, quizá donde no quiso. De su reflexión intelectual basta una oscura emoción que le lleva a tallar con sus ideas tajantes y voces afiladas sentencias de granito. Lorenzo Ribes les llama "poetas jabalíes", y, ciertamente, se contemplaron con recato, se admiraron con recelo y se soportaron con resignación.

Caballero defensor de damas ultrajadas, dice Julio Cezador, no busquemos en él, sin embargo, sentimientos tiernos afectivos. Quizá porque no llegó a conocer en su orfandad las caricias maternas o a saborear suficientemente el sabor de un hogar. Quevedo salió frío y duro. De extraña entereza en la prosperidad, tenaz en los sufrimientos y en la

adversidad.

Buero Vallejo ha descrito así la Corte de Felipe IV:

- "En la corte nadie pregunta para que le digan la verdad.
- La verdad es una carga terrible, difícil de soportar.
- ... Vuestro linaje no os permitirá encontrarla casi nunca.

Aunque tengáis los ojos abiertos os los volverán a cerrar...

- Terminaréis por adormeceros de nuevo, fatigada por la búsqueda. (53)

No fue así para Don Francisco de Quevedo.

¿Segundo Séneca?, más bullidor, menos hondo, más mordaz, menos empacado.

Los contratiempos de la vida, la falta de calor familiar, la sangre española, dura y austera, cuajaron en hombre barroqueño en el pensar y en el sentir.

1.2.2. Las circunstancias políticas, grandes condicionantes de su vida y de su ética.-

"De las épocas de decadencia no se puede esperar ni claridad ni templanza. El polvo que levantan las grandezas seculares al derrumbarse, nubla los ojos para que no puedan percibir las cosas tales como son". (54)

Don Francisco vivió día a día las vicisitudes de la corte española en las circunstancias de la sucesión de Felipe II a Felipe III (1598) y a Felipe IV (1621), cuando las guerras con Francia y los Países Bajos, (1624), cuando las sublevaciones de Cataluña, Portugal (1640).

Cuando los validos y favoritos gobernaron a España. Los Uceda, Lerma o el Conde-duque de Olivares (1643). Entonces, cuando un hombre del entendimiento poderoso de Quevedo contempla y siente en su carne el cambio ruinoso, el afán de contenerla, su ambición de purificar el ambiente, su sentido hondo de lo transcendental y de lo absoluto y la preocupación abrasadora de una España mejor que encienden su ánimo y le comunican los bríos, para cumplir su misión que cree sagrada, irrenunciable y quizá, profética, a lo Isaías tonante.

No ignoraba Quevedo la debilidad cambiante y frágil de la libertad humana, ante lo determinado e inalterable que origina una conducta a seguir, pero absorto, quizá en demasía, en sus especulaciones ideológicas, no reparó en la ley política de que una vez aceptada cualquier causa, se ha de pechar con todos los efectos naturales de ella.

Ahora bien, con deplorable frecuencia, se obstinan los optantes en aludirlos, parcial o totalmente, impetrándolo a veces de Dios a fuer de milagro, o procurándolo otras, testarudos, con las solas fuerzas y medios de la acción.

Tan cierto es que una vez metido en esta rueda de la fortuna, se va hacia arriba y hacia abajo en un juego ininterrumpible.

Es potestativo actuar o no. Es libre la posición inicial: opositorista, conspirador, tiranicida, adulador... pero asumida la primera andanada se han de admitir las consignas, responsabilidades y estar dispuesto a correr los azares, riesgos y situaciones difíciles, por todas las partidas, porque son inherentes a cada caso.

Quevedo, ni personalmente, ni en el mundo circunstancial que le tocó vivir, admite una situación que se diversifique y relativice sin tino, sin ley y sin límite.

Ahora bien, tiempo y circunstancias cambiantes comprometidas y de polvo ético y político los de Quevedo, sí los hay, para que, si una vez más, la oportunidad es madre del éxito, débase a que ella crea también el clima propicio para cada floración.

Cambio radical en todas sus fases de la vida política a la muerte de Felipe II.

L. Pfandl, sintetiza así los hechos políticos de los últimos austrias (55): "Con Felipe III se inicia la decadencia política, económica y social del pueblo español. El monarca gobierna la nación con total carencia de comprensión y sentido, como si fuera el último brote, próximo a desaparecer, de una arraigada y vieja generación".

El intento imperialista de Carlos V, que cristalizó después en la muerte de Felipe II, convirtiéndose en idea de una monarquía universal, va agotando la médula nacional en una serie de momentáneos triunfos, que se convierten en reveses y que, en definitiva, no son más que consecuencias de desastrosas guerras, sin eficacia alguna para la prosperidad nacional.

La intervención de Inglaterra y Holanda en el comercio y en la marina acarrearán enormes pérdidas y Francia permanece al acecho de una presa segura, a pesar de sus conclusiones de paz y sus contratos matrimoniales".

En estas circunstancias llega Felipe III, flemático, sonrosado y mofletudo Rey, inclinado a inocentes distracciones y a una piedad opaca y dulzona. (56)

Inminente y próximo está el peligro de que consejeros y favoritos sin conciencia le convirtieran en juguete de sus ambiciones.

Ya lo había previsto su padre, siempre severo y esclavo de sus deberes, cuando pronunció aquellas memorables palabras: "Dios que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de regirlos; temo que me lo gobiernen".

Mejor que el sobrenombre de "pío", con que el pueblo calificó a aquel monarca, digno de compasión, le hubiera convenido el de "pobre caminante" o el "rey viajero", pues incesantemente tuvo que ir, movido por su favorito y consejero, de Castilla a Andalucía, de Andalucía a Aragón, de Aragón a Cataluña, para conseguir del pueblo y de las Cortes, valiéndose de promesas, de favores y graciosas palabras, aquellas dispendiosas sumas de millones, llamados servicios, que el venal y derrochador ministro constantemente solicitaba.

La subida al trono del nuevo Rey hace abrigar nuevas esperanzas de mejoras sociales y arreglos de entuertos.

Por esto le escribe Quevedo con sinceridad y aún con osadía:

... Ha sido vuestra resolución tan prodigiosa que mi cuidado no es solamente buscar palabras decentes a vuestra razón, sino razones que alcancen a expresar sentimientos y aclamaciones que ningún otro monarca ocasionó.

... Ya que no podéis resucitar los muertos, que es el mayor milagro, resucitaréis los vivos que es el más nuevo, vivos y difuntos os lo ha tenido la desorden. ¿Qué otra cosa son el hambre y la pobreza, introducidas por la codicia que hace el logro de las almas, sino sepulcros de los vivos que las padecen? Mohatras de sangre, señor, no pasaron del instante que las supisteis.

Ya veo, con sola vuestra promesa, a la guerra harta de sí misma, y, con fastidio y horror de las armas, ponerlas a vuestros pies; a la paz, con sereno y clemente semblante, pedir albricias al mundo de vuestra resolución.

... Nunca, señor, nunca los catalanes aborrecieron vuestro justificado señorío, sino los medios que los desesperaban dél; si estos pudieron desviarlos de vuestra majestad, vos podréis reducirlos.

La culpa tiene quien a vuestra majestad le desconfió de todos, y el remedio ha sido que los sucesos han desconfiado dél a vuestra majestad". (57)

Después de 23 años de reino de Felipe III, llegó al trono Felipe IV. La España confiada y leal esperaba de cada nuevo soberano nuevos impulsos y mejoras eficaces para un brillante resurgir.

Para conmemorar el advenimiento de Felipe IV se acuñaron en Sevilla monedas de plata que llevaban en el anverso la efigie del rey y en el reverso la de Hércules estrangulador de áspides en su mismo nido, con la inscripción: "Hoerculi Hispano Senatus Populusque Hispalensis".

En realidad se necesitaba un Hércules para limpiar aquella España - verdadero establo de Augías - de malandrines y parásitos, pero no era Felipe IV el héroe llamado a colmar las esperanzas, expresadas por los sevillanos en la acuñación de la famosa medalla. La vigilante prudencia y la cal

mosa y equilibrada ponderación de Felipe II degeneraron lagtimosamente en su hijo, siendo sólo timidez y encogimiento responsables, y en su nieto, incapacidad radical para toda resolución y empresa. (58)

Lo importante de estas circunstancias políticas no es precisamente que sean y se den en un ámbito alejado y sin repercusión sobre la vida ética psicológica, humana, entera de Quevedo, porque Quevedo ve, oye, vive inmerso en esta circunstancia y es vapuleado por ella en casos tan concretos como los viajes de Felipe III a Andalucía o Cataluña; las repercusiones de altas y bajas de Osuna en Nápoles y la Conjuración de Venecia y la devoción, aprecio, respeto del Memorial, Sacra y Real Majestad o la Espístola censoria, al Chitón de las tarabillas o el que sea encarcelado en S. Marcos por agentes del Conde-Duque y, solo salga de la prisión a la caída del gran válido de Felipe IV. (59)

Pero acaso, para comprender mejor su actividad ética, su postura ascética definitiva, frente a las circunstancias que vivió, es necesario tener muy en cuenta, además las costumbres sociales que le rodearon y fueron consecuencia de estas decadentes situaciones políticas. Sin embargo para sintetizar mejor las circunstancias políticas, literarias, y cronológicas hemos cotejado estos paralelos:

<u>Cronología de</u> <u>Quevedo</u>	<u>Cronología del</u> <u>pensamiento y la</u> <u>Cultura</u>	<u>Cronología política</u>
1580 Nace F. de Quevedo, en Madrid, el 17 de Sept. Es bautizado en la iglesia de S. Ginés, el	Montaigne, M. publica sus Ensayos, (primera edición). 19 de setiembre, es rescatado del cautiverio	Incorporación de Portugal a España.



- 26 de septiembre. Miguel de Cervantes.  
Anotaciones a las  
obras de Garcilaso  
por Fernando de  
Herrera.
- 1581 ..... Nacimiento de Juan Felipe II proclama  
R. de Alarcón en do Rey de Portugal  
Méjico.
- 1582 ..... Bruno, J. (1548-1600):  
"De las sombras <sup>de</sup> las  
ideas".
- 1584 ..... Se publica el Index Se acaba la cons-  
librorum prohibito- trucción del Monas-  
rum del Cardenal terio del Escorial.  
Quiroga.
- 1585 ..... Fray Luís de L.: Los  
nombres de Cristo.  
Teresa de Jesús: Ca-  
mino de Perfección.
- 1586 .....  
Muere D. Pedro G.  
de Quevedo inten-  
dente del padre de  
Francisco de Queve-  
do.
- 1587 .....

- 1588 ..... Teresa de Jesús pu  
blica: Vida y las  
Moradas.  
Muere Juan Huarte:  
Exámen de ingenios. Es ejecutada María  
Estuardo.  
Derrota de la Ar-  
mada Invencible.
- 1590 ..... Lope de Vega: Arca  
dia. Antonio Pérez, se  
cretario de Felipe  
II, es detenido.  
Se evade de la pri  
sión.  
Disturbios en Zara  
goza a causa de A.  
Pérez. Se ejecuta  
a Lanuza, Justicia  
Mayor de Aragón.
- 1591 .....
- 1592 Ingresar en el Muere Miguel  
Estudio de los Tea- Montaigne.  
tinos, hoy Institu-  
to de BUP de S. Isi-  
dro.
- 1594 ..... Enrique IV, ("pa-  
rís bien vale una  
misa") se hace ca-  
tólico.
- 1596 En septiembre, Muere Juan Bodin  
se incorpora a la (1530-1596): Métho-  
Universidad de Al- dus ad facilem his

calá de Henares. (Leyes, Teología, Cánones, Filosofía, Medicina)	toriam cognitionem. Sobre la República (1576) Nace R. Descartes (+ 1650)	
1597 (Genealogía de los modorros)	Francisco Suárez (1548-1617): Dispu- taciones metafísicas.	
1598 Primer soneto impreso de Quevedo en elogio de Lucas Rodríguez por su obra: Conceptos di- vinos en poesía.	Nace Zurbarán.	Muere Felipe II, Se ceden los Países Bajos. Aparecen en París las Relaciones y Cartas de A. Pérez. Sube al trono Fe- lipe III.
1599 .....	Nace Velázquez. Primera parte del Guzmán de Alfarache. P. Mariana: "De rege et regis institutione".	Derrota de las Du- nas. Nassau vence al Ar- chiduque Alberto. La corte se tras- lada a Valladolid por interés del va- lido duque de Ler- ma.
1600 Primeras obras en prosa: Pragmá-	Nacen Calderón de la Barca, Alonso	Reforma Universi- dad de París

- tica que este año  
1600 se ordenó por  
ciertas personas  
deseosas del bien  
común, Genealogía  
de los modorros.
- Cano, y Baltasar  
Gracián.  
Francisco Sánchez  
(Brocense): (1552-  
1632) Doctrina de  
Epicteto.  
Muere Giordano Bru  
no.
- 1601 Muerte de la  
madre de Quevedo  
Dña. María de San-  
tibáñez Villegas.  
Quevedo aparece en  
la corte de Valla-  
dolid.
- Charron Pierre (1541- Flota española a  
1603): "De la Sagesse" la isla de Wight.
- 1602 Grave enferme-  
dad en Valladolid.  
Recaída en 1604.  
Sirve al Duque de  
Lerma.
- Nace Juan Pérez  
de Montalbán.
- 1603 ..... Shakespeare: Hamlet, Muere la duquesa  
Macbeth. de Lerma, protec-  
Muere P. Charron tora de Quevedo.  
Muerte de Isabel  
de Inglaterra.
- 1604 ..... Paz con Inglaterra.  
Spínola toma Osten  
de.

- 1605 Flores de poesías ilustres: de Pedro Espinosa, en el que aparecen poemas de Quevedo. (Valladolid)
- Primera parte del "Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha" (Madrid)
- Nace Felipe IV. (Valladolid). Toma de Wachtendorck.
- 1606 Conoce al Duque de Osuna. Escriben los primeros sueños. (manuscritos)
- Muere Justo Lipsio. Nace Rembrandt y Corneille.
- 1607 ..... Nace Francisco Rojas Zorrilla.
- 1609 Pleitos por la posesión de la torre de Juan Abad. (Ciudad Real).
- Mateo Alemán: Ortografía castellana. Kepler: Astronomía nova.
- La corte vuelve a Madrid. Tregua de doce años con Holanda. Expulsión de los moriscos.
- 1610 ..... El Duque de Osuna virrey de Sicilia Ravallac asesina a Enrique IV de Francia.
- 1611 ..... Sebastián de Cobarrubias: Tesoro de la lengua castellana
- Triunfo de los Querubenes sobre los moros. Victoria naval sobre los turcos.

- 1613 Poesías y lá- Francisco Suárez:  
grimas de un peni- "De légibus" Nove-  
tente. Sirve a Osu las ejemplares de  
na en Sicilia. Cervantes.  
Soledades y Polife  
mo de Góngora.
- 1614 ..... Aparece el Quijote Toma de la Maamora  
de Avellaneda. Via en la costa de Afri  
je al Parnaso, de ca.  
Cervantes.
- 1615 ..... Segunda parte del Ana de Austria se  
Quijote (Madrid). casa con Luís XIII.
- 1616 ..... Muere M. Cervantes El Duque de Osuna,  
virrey de Nápoles.
- 1617 ..... - - - - - Toma de Vercelli  
en Italia. Osuna  
ataca a los vene-  
cianos.  
Grecia pide protec  
ción a España con-  
tra los turcos.
- 1618 Caballero del Nace Agustín More Cas el Duque de  
Hábito de Santiago. to y Cabana. Lerma. Vercelli es  
(Peligro de muerte entregado. Conjura  
en Venecia) ción de Venecia.  
Defenestración de  
Praga.

		Comienzo de la <u>gue</u> rra de los treinta años.
1619 .....	Juan Kepler (1571- 1630): Harmonices, Mundi Libri,	Prisión y proceso de Rodrigo Calde- rón. Pregmática prohi- biendo que Ana de Austria reine en España.
1620 Prisión en Uclés (Cuenca). Recluido en la <u>To</u> rre de Juan Abad.	Francisco Bacon (1561-1626): Novum Organum.	Cae en desgracia el Duque de Osuna. Los puritanos in- gleses huyen (a Nueva Inglaterra) de la persecución de Carlos I. <u>Espa</u> ña interviene en la guerra de los treinta años.
1621 Arresto domi- ciliario en Madrid. Política de Dios go bierno de Cristo y tiranía de Satanás	Francisco Suárez: De anima.	Muere Felipe III. Reformas adminis- trativas. Ejecu- ción de D. Rodrí- go Calderón. <u>Espa</u> ña invade Valtelli na. Fin de la <u>tre</u> gua con Holanda. Sube al trono Fe-

## lípe IV.

1622 Confinado de nuevo en la Torre. Convalecencia en Villanueva de los Infantes.	Muere acuchillado el conde Villamediana, calle Mayor de Madrid.	Reformas administrativas. Victorias de Wimpfen y de Fleurs.
---	---	---

1623 Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los españoles.	Nacimiento de Pascual (1566-1639). Tomás de campanela: "la ciudad del sol".	Llega a Madrid el Príncipe de Gales.
---	---	--------------------------------------

Quevedo secretario del Rey.

1624 .....	Fallece el historiador P. Mariana. Velázquez: Los borrachos.	Saqueo de Cádiz por los ingleses, en represalia por la ruptura de relaciones entre la infanta Dña. María de España y el hijo de Jacobo I. Fallece en prisión el Duque de Osuna. Richelieu primer ministro de Luis XIII.
------------	--	---

1625 .....	Hugo Grocio (1583-	Los holandeses to
------------	--------------------	-------------------



- 1645): Sobre el de maban Bahía. La re  
 recho de la guerra cupera D. Fadrique  
 y de la paz. de Toledo.  
 Toma de Breda.
- 1626 Sale a la luz: Muere Fco. Bacon Cortes de Barbastro.  
 Hª de la vida del Tratado de Monzón  
 Buscón llamado D. sobre la Valtelli  
 Pablos. Ejemplo de na. Ataque inglés  
 vagabundos y espe- a Cádiz.  
 jo de tacaños.
- 1627 Aparecen los Muere D. Luís de  
 SUEÑOS, en Barce- Góngora. Aparecen  
 lona. sus obras en verso.
- 1628 Memorial por - - - - - Invasión de Monfe  
 el patronato de San rrato por los es-  
 tiago y por todos pañoles.  
 los santos natura-  
 les de España. Nue  
 vo destierro a la  
 Torre de Juan Abad.
- 1629 la culta lati- - - - - Nace el príncipe  
 niparla, Discurso de Baltasar Carlos.  
 todos los diablos.  
 (La entrometida, la  
 dueña y el soplón).
- 1630 El chitón de Muere Kepler Comienzan las obras  
 las tarabillas. Velázquez: la fra- del buen retiro.

gua de Vulcano.

1631 Es denuncia-  
do a la Inquisición  
por Luís Pacheco de  
Nerváez.

1632 ..... Muere Fco. Sánchez.  
Nace Spinoza (+1677)y  
Locke.

1634 Matrimonio con ..... Triunfo de Nordlin  
Dña. Esperanza de gen.  
Mendoza. fracaso  
matrimonial y se-  
paración.

1635 ..... Muere Lope de Ve- Declaración de gue  
ga. rra del Rey Luís  
Se funda la Acade XIII de Francia.  
mia Francesa. Se inaugura el buen  
Retiro.  
Campañas del Carde  
nal Infante.

1637 Consulta fi- René Descartes:"Dis Polémica hispano  
losófica-política curso del Método". francesa: "El mar-  
del Duque de Medina tes francés".  
celi en Cogolludo  
(Guadalajara).

1638 "Remedios de Muere loco, Juan Sitio de Fuenterra

- |  |  |  |
|--|--|--|
| cualquier fortuna".<br>Viajes y enfermeda-<br>des.   | Pérez Montalbán.<br>Nace Malebranche<br>(+1715)  | bía. Triunfo espa<br>ñol frente a Condé.   |
| 1639 Quevedo preso<br>en casa del Duque<br>de Medinaceli, tras<br>ladado a la prisión<br>de S. Marcos. (con-<br>fiscación de obras,<br>cartas y poemas). | Muere Juan Ruiz de<br>Alarcón.<br>Muere Tomás Campa-<br>nela.                          | Los franceses in-<br>vaden Cataluña.<br>Recuperación de<br>Salses.                                       |
| 1640 .....   | -----  | Sublevación de Ca<br>taluña. Rebelión<br>de Portugal.<br>Alianza del Rey de<br>Francia con Catalu<br>ña. |
| 1641 Muere Dña. Es<br>peranza de Aragón.   | Luis Vélez de Gue<br>vara: "El diablo<br>cojuelo".<br>Descartes: Medita-<br>ciones.    | Conjuración de An<br>dalucía.  |
| 1642 .....   | Calderón de la Bar<br>ca: "El Alcalde de<br>Zalamea".<br>Muere Galileo.<br>Nace Newton | Sitio de Lérida.<br>Derrota en Leganés.  |
| 1643 Sale de la pri  |  | Muerte de Luis XIII.   |

sión de León. "La  
 paciencia y la consu  
 tancia del Sto. Job"  
 "Providencia de Dios  
 y Gobierno de Cristo.  
 Sal a la luz! "Vida  
 de Marco Bruto".

Cae en desgracia  
 el conde Duque de  
 Olivares.  
 Le sucede D. Luís  
 de Haro.  
 Desastre español  
 en Rocroy.  
 Sor M<sup>a</sup> de Agreda  
 mentora de Felipe  
 IV.

1644 "Vida de S.Pa Descartes: Princi-  
 blo". piá Philosophiae.  
 Deja la Corte y se  
 refugia en su Torre  
 de Juan Abad.

Recuperación de Lé  
 rida.  
 Pérdida de Gravelii  
 nas.

1645 Muere Quevedo Francisco M. de Me  
 el 8 de septiembre, lo: "H<sup>a</sup> de los mo-  
 en Villanueva de vimientos y separa  
 los Infantes. ción de Cataluña".

Muere el Conde Duu  
 que de Olivares  
 (22 de Junio)

La época de Quevedo vive y escribe, ofrece aspectos sin-  
 gulares que despiertan la atención y sirven de explicación  
 al modo como se desenvuelve la actividad del literato, del  
 político y del moralista.

Desde el punto de vista literario y artístico, no cabe  
 duda de que la primera mitad del siglo XVII es una época, no  
 de decadencia, sino de apogeo. Cuando Quevedo alcanza la ma-  
 durez, ha visto morir en 1614 a Mateo Alemán; en 1616, a Cer  
 vantes; en 1622, al Conde de Villamediana; en 1624, a Vicens-  
 te Espinel, y al P. Juan de Mariana; en 1627 a Don Luís de

Góngora; en 1635, a Lope de Vega. Son, como él, hombres ya maduros, Francisco Suárez, Los Argensolas, Vélez de Guevara, Francisco de Rioja y Ruiz de Alarcón. Son un poco más jóvenes que él, Guillén de Castro, Rodrigo Caro, Bernardo de Balbuena, Mira de Amescua; bastantes más jóvenes pero ya con personalidad que comienza a ser relevante, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Saavedra Fajardo, Agustín de Moreto, Juan de Jáuregui; Baltasar Gracián, el P. Marquez, el P. Nieremberg y Nicolás de Antonio. Cuando alboreaba su juventud, todavía pintaba el Greco en Toledo; en su edad viril pintan ya Ribera en Valencia y luego en Italia, Zurbarán en Extremadura, Velázquez en Sevilla y esculpen en Granada Alonso Cano, en Sevilla Martínez Montañés y en Valladolid, Gregorio Hernández. Y a la época central de la vida de Quevedo corresponde el prodigioso esfuerzo realizado en materias económicas y sociales por hombres de talla de Sancho de Moncada, Martín González de Cellorigo, Pedro Fernández de Navarrete, Fray Alonso de Castrillo, Polo de Ondegardo, Pedro de Valencia, que ora defienden teorías comunistas y doctrinas de colectivización importadas de América o aparecen como originales precusores de los fisiócratas franceses del siglo XVIII.

En medio de este cónclave esplendoroso de genios, de altas figuras teatrales y literarias y de artistas y sabios cuyo renombre ha llegado a ser inmortal, Quevedo se desenvuelve de igual a igual con soltura y desembarazo, conquistando la amistad cordial y hasta íntima de algunos, como Lope de Vega y Cervantes, y la constante animadversión de otros con quienes, vive en perpetua y frenética disputa, como Góngora, Juan Ruiz de Alarcón; Juan de Jáuregui, Luís Pacheco de Narváez y finalmente Juan Pérez de Montalbán, a quién abrumba con los desenfrenos de la Perinola, sin consideración ni respeto alguno.

### 1.2.3. La influencia de las costumbres en su ética

Parece como si a la muerte de Felipe II se hubieran producido un vuelco en la sociedad española en todas sus fases. En las costumbres igual que en lo político; el carácter rígido del Monarca, su concepto cristiano de la vida, la acción influyente de sus confesores y teólogos, el desastre de la Invencible, el empobrecimiento de la nación, la afirmación constante de los moralistas y de los mismos Procuradores de las Cortes Castellanas, que nuestras derrotas y calamidades eran castigo merecido de la mano de Dios por los pecados públicos, dan a los últimos años del Rey Prudente un carácter de austeridad y continencia, que, a veces, toca los linderos mismos del misticismo. (60)

Pero, al morir D. Felipe, cambia todo de improviso: el Rey, sus ministros, las costumbres: ni se respeta la memoria misma del austero monarca; surgen libelos en los que se maltrata al que llaman "confuso y mal gobierno" suyo; a instigaciones del de Lerma, Felipe III aparte de sí a los antiguos ministros; Quevedo dirá: "Quedó desnudo en pocos años la mejor herencia de su gran padre". (61)

A la parsimonia de los gastos, sucede el despilfarro; a la moderación en los premios, la incontinencia de mercedes; al recogimiento cortesano, el boato y el lujo; la vida recoleta del palacio truécase en fiestas y diversiones sin cuento, como si una sociedad excesivamente contenida con mano férrea, hubiera hallado de improviso la ansiada libertad y se entregase a ella con todas sus sensualidades y goces.

Quevedo tenía 18 años y, aunque entregado, quizá, a muchas cosas desbaratadoras de su loca vida juvenil, no alcanzase a ver toda la trascendencia de estas mutaciones, dejó

honda e indeleble huella en su vida, esta que hoy llamaríamos crisis política y que era sobre todo crisis social, que le regalaba los mejores motivos de su decir satírico, de su saber ético, de su pensar ascético.

El 31 de marzo de 1621 moría Felipe III; Quevedo, prisionero en la Torre de Juan Abad. Allí se entretuvo escribiendo los "Anales de quince días" (62). La revolución producida por la muerte y la venida del nuevo Monarca, su hijo Felipe IV es el material que le sirve. (63)

"Yo escribo, comienza en la dedicatoria, en el fin de una vida y en el principio de otra: de un monarca que acabó de ser rey antes de empezar a reinar, y de otro que empezó a reinar antes de ser rey ... Éste, tan formidable en los umbrales de la vida, que en pocas horas de rigor, justicia y prisiones, ha desquitado muchos años de clemencia y benignidad no conveniente, de su padre; si bien, cuando empezó a reinar siguió este propio camino, aunque más despacio. Mi intento es poner ante los ojos de todos, cuánto rey y cuán grande cabe en diez y siete años, y cuánta ruina en doce horas y cuántas maravillas en quince días y cuánto seso se adelanta a la primera flor de la edad, no sin vergüenza del postrercabello". (64)

Testigo excepcional, D. Francisco siente en su propia carne el alza y la baja de la corte y por lo mismo de la vida social española. El espíritu apocado del de Lerma, más cortesano que guerrero, influye sobre el concepto de vida española, con predominio para la paz que para la guerra. Todo el siglo anterior se había consumido en una lucha incesante contra los franceses "ambiciosos", los flamencos "rebeldes", los temibles turcos, los ingleses "heréticos", los alemanes "luteranos", los moriscos y corsarios traidores. La manoseada controversia literaria sobre la primacía de las ar

mas o las letras, hoy desusada y escandalosa, agitó innumerables plumas en aquel siglo y no fue un llenar la ociosidad literaria, sino expresión de encontradas posiciones de concepto de la vida, postulantes cada una de imponerse en la sociedad.

Durante el siglo XVII la victoria se inclina por las armas, porque dan rumbo a España o porque el concepto de vida asumido proporciona a los españoles los alientos para conseguir la preponderancia y el triunfo a su favor. Al morir Felipe II, se prefirió la paz.

Esta preferencia no fue inocuo laurel literario sin sospecharlo, quizá supone un cambio ético que D. Francisco acusa con sorprendente agudeza y delata con inusitada agresividad. La orientación ideológica que empezaba tenía según él, enorme trascendencia para el futuro de la sociedad. Le costó enfrentarse briosa y arrojadamente pero su visión hay que calificarla de genial. Propugnador y apologista de la guerra frente a la paz, e impopular y valiente, tendrá que buscar los beneficios de la guerra. En Quevedo no solo hay diferencía de conceptos sobre la guerra y la paz, como la quisieron entender sus contemporáneos. El concepto mismo de lucha ascética que penetra su pensar ético-ascético aclara su posición y tendencia.

En boca de Plutón, el Dios del Infierno, pone estas palabras:

"La guerra se ha de estorbar por todos mis ministros en todas partes, porque ejercita los ánimos, premia los virtuosos, ampara los valientes, aniquila el ocio nuestro enemigo, y acuerda de los santos y de los votos".

Opone los daños de la paz:

"Diablos, en todo el mundo meted la paz que en ella viene el descuido, la lujuria, la gula, la murmuración: los



vicios medran, los mentirosos se oyen, los alcahuetes se admiten... los méritos se caen de su estado".

Pero en la hora de todos y la Fortuna con seso escribió las más graves sentencias sobre la guerra y la paz, como si nónimos de trabajo y holganza respectivamente.

"Las monarquías con las costumbres que se fabrican se mantienen; siempre las han adquirido capitanes; siempre las han corrompido bachilleres; de su espada, no de su libro, dicen los reyes que tienen sus dominios; los ejércitos, no las Universidades, ganan y defienden; victorias y no disputas, las hacen grandes y formidables. Las batallas dan reinos y coronas; las letras grados y borlas.

Empezando una república a señalar premio a las letras, se ruega con las dignidades a los ociosos, se honra la astucia, autoriza la malignidad y se premia la negociación; es fuerza que dependa el victorioso del graduado, el valiente del doctor y la espada de la pluma" (66).

Un texto largo, pero un análisis meticuloso y realista como pocos. Recuerdo de persecuciones políticas, sufridas al lado de Osuna o víctima de las cábalas curialescas que él describe de una manera inimitable:

"La tinta escrita vale más que la sangre vertida y, al pliego de papel refinado, no le resiste el peto fuerte, que se burla de las cóleras del fuego, y una mano cobarde, por un cañón tajado, se sorbe desde el tintero las honras, las rentas, los títulos y las grandezas. Mucha gente baja se ha vestido de negro en los tinteros. (67)

Quevedo no fue el único que notó cómo las costumbres sociales se corrompían en la vida pública y privada y que, el hecho tenía suma transcendencia para la conservación de la salud pública. (68) A porfía por boca de sus pícaros, Salas Barbadillo se dedica a la corrección de vicios sirviéndose

incluso de la sátira. Mateo Alemán y Luján de Saavedra moralizan también.

María de Zayas, contemporánea de Quevedo, presenta un mundo cruel, desgarrado por el odio, la traición y la lascivia. Se da una ruptura constante, en sus novelas, de los lazos afectivos más fuertes, sólidos, considerados como fundamento de la sociedad, como si se tratara de una feminista de primera hora, concuerda con sus coetáneos en una visión sombría del matrimonio en el que el conflicto, el engaño y la violencia son inevitables; contra él, el único remedio para escapar a sus tormentos, el celibato, la renuncia ascética y la huida del mundo. En la guerra establecida, el varón es el principal culpable y el causante de un sentimiento de decadencia, tensión y desengaño:

¿Porqué, vanos legisladores del mundo, atáis nuestras manos para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con vuestras falsas opiniones, pues nos negáis letras y armas?... Yo saeguro que si entendierais que también había en nosotros valor y fortaleza, no os burlarais como os burlais; y así, por teneros sujetas desde que nacemos vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra, y el entendimiento con el recato de la vergüenza, dándonos por espadas, ruelas, y por libros, almohadillas" (69).

"Luego el culparlas de fáciles y de poco valor y menos provecho es porque no se les alcen con la potestad. Y así, en empezando a tener discurso las niñas, ponerlas a labrar y hacer vainillas, y si las enseñan a leer, es por milagro... Y ésta es natural envidia y temor que tienen de los que han de pasar en todo. Bueno fuera que si una mujer ciñera espada, sufriera que la agraviara un hombre en ninguna ocasión; harta gracia fuera que si una mujer profesara las letras, no se opusiera con los hombres tanto a las dudas como a los puestos; según esto, temor es el abatirlas y obligarlas a

que ejerzan las cosas caseras". (70)

El amor noble y desinteresado no existe. Retirarse del mundo no tiene una ascética muy sobrenatural o transcendente sino huir de la maldad, los peligros, la violencia, apetito desenfrenado, salvarse de los engaños de los hombres:

"Ya, ilustrísimo Fabio, por cumplir lo que pediste de que no diese trágico fin a esta historia, la hermosísima Lisis queda en clausura, temerosa de que algún engaño la desengañase, no escarmentada de desdichas propias. No es trágico fin, sino el máa felice que se pudo dar, pues codiciosa y deseada de muchos, no se sujetó a ninguno." (b.c.)

Voces moralizadoras plenamente, de economistas, políticos y teólogos que se asoman a menudo al tráfico, al desorden de la vida española, para señalar en su maleamiento las causas de la decadencia (71). La creación de la famosa Junta de Reformación, para el saneamiento de las costumbres (72).

Si las denuncias y los desenfadados satíricos de Quevedo no motivaron el nombramiento, ciertamente contribuyeron a su motivación. Hay coincidencias extrañas que no se explicarían de otra manera, entre los capítulos dictados por aquella y las descripciones hechas por D. Francisco, y, la coincidencia con el más alto tribunal de la nación, debió ser motivo de orgullo para Quevedo.

Quevedo es hombre realista de visión despiadada y cruel;

De un monstruo de pobreza o miseria, un Murillo o un Velázquez, quizá, sacaron, acariciándole, un arquetipo que al ser tratado con aquel cariño compasivo se idealiza y pierde la repugnancia de los andrajos o la antipatía de la subnormalidad. Los dos pilletes de la plaza de Zocodover de Toledo están llevados, traídos y creados con la dulzura cervantina que los convierte en pequeños héroes y atrayentes personajes a quienes gustaría ver, oír y hasta se puede envi-

diar su "quid" de alegre y disparatado vivir. Los personajes de Quevedo, sus ideas y su visión de la realidad es cruel, despiadada en demasía para permitir al hombre levantarse en alas de fantasías, para desatar el alma de prisiones y cadenas y volar, lejos de humanos apetitos.

Quevedo soñó y soñó en las profundidades del averno, platicando con los dioses infernales, encarándose y acusando a los precitos y dolientes. Esto es lo que hace en la vida, esto lo que sus ojos inquisitivos han aprendido a ver, lo que con delectación morbosa presenta y lo que sería en realiidad, triste y absolutamente hablando, Quevedo, si no hubiera una excepción, una escapatoria y una posibilidad transcen-dente para él.

La curiosidad ingénita, la curiosidad de la vida y de la sociedad, el tener la llave de todos los secretos, imperfeccciones, extravagancias y delirios, junto a una experiencia y altura nada común en todo saber humano y divino. (73) Es-pañatabase Quevedo al contemplar aquella sociedad en que los verdaderos argumentos de filosofía y razón eran impotentes y servían de entretenimiento a curiosos y pedantes y enar-bola el látigo de Juvenal, Marcial y los satíricos más duros y audaces, y se pone a dudar a la luz del día que sea sueño o realidad, lo que sus ojos mismos están viendo todos los días.

Despiadado, empieza a gritar, señalando con el dedo en plena calle pública resaltando, desproporcionalmente lo que ve y lo que es, con el propósito de hacer caer en la cuenta que existe, que tiene importancia, que está allí. Del indi-viduo a las familias, luego a las corporaciones, oficios, al gobierno mismo entero embarca.

Su obra es un periódico caricaturesco de oposición a las costumbres y privanzas con toda la genialidad, sal y pimienu

ta y gracejo de Quevedo; pero en el siglo XVII, donde no se admitía la audacia por pasatiempo. D. Francisco no se queda satisfecho con hacer reír y sus manuscritos no se podrían confundir con las revistas de humor de todos los tiempos que buscan un lector perspicaz.

Envolviendo en acíbar sus sátiras, envuelto en chuscadas y bizarrías, abroquelándose en las holguras de un sueño, D. Francisco es más libre, más lejano, más cruel, enemigo y dañino para reprender, gritar que lo que pudiera hacer un predicador en el púlpito o un Director de conciencias, por eso su ética es más social.

Puede sonar a fuerte la afirmación elogiosa de Julio Cezador, a quienes no conocen a Quevedo más que desde fuera:

"El pueblo reconocía en él el varón sin tacha, al gran teólogo y escriturario, al sabio y defensor de la religión y moral pública, al desenmascarador de todos los fraudes y ambiciones de los de arriba y de los de abajo". (74) Pero es muy cierto el hecho histórico de que a pesar de los fuertes enemigos que tenía frente a sí, de la Inquisición, cuya máquina omnipotente podrá ponerse en marcha, nunca se le molestará a Quevedo, fuera de algunas indirectas y corteses amonestaciones.

¿Contribuyó a esta popularidad el que en su galería de presos nunca jamás se encuentren los pobres, los soldados, y la gente más sencilla y modesta?

Los diablos del Alguacil Alguacilado saben de muchos personajes, su galería es exhaustiva de la sociedad de la época:

Poetas, médicos, escribanos, son blanco preferido y cierra contra ellos con frecuencia: alguaciles, letrados, sastres, taberneros, boticarios, jueces, dueñas, que tienen principal lugar en su repertorio satírico... astrólogos, adu

ladores, alquimistas, genoveses, hipócritas y mercaderes (que todo es uno), los reyes, ministros y emperadores, y los ricos que son los dueños del mundo y son reyes a su manera...

Los bufones, barberos, corchetes, cómicos, pasteleros, criados, ladrones, ramera, que son los de su galería cómica; los avarientos, casados, cornudos, los discretos, filósofos, enamorados, habladores, que llama protonecios.

O el arbitista autor de comedias, artillero, aguador, cirujano, buscona, cochero, ciego, maestro de esgrima, ermitaño, eclesiástico, entrometido, fullero, holandés, italiano, juglar, librero, lindo, mentiroso...

Pero los diablos no saben nada de pobres. (75)

La epístola censoria contra las costumbres (76)

La expresión mejor de su compromiso público y de su postura ante la situación circunstancial, a que le llevó su vida de relación cortesana, fue esta carta valiente escrita al propio Conde-Duque.

Las relaciones de Quevedo con D. Gaspar de Guzmán fueron violentas y encontradas y con altibajos y sorpresas, no aclarados aún por la historia. No solo por la prisión en San Marcos de León y su liberación, a la caída del válido plenipotenciario, sino por otras situaciones especiales que D. Francisco vivió, al compás de la relación de tira y afloja con el Conde-Duque.

Un análisis sencillo y sin pretensiones de científico nos hace ver las razones y el por qué de sus críticas y censuras al Conde-Duque, en su valimiento. Todo en ella es importante, y no tiene desperdicio su rico contenido y su expresión cargada de conceptos.

Comienza con una introducción como quien quiere vencer el miedo por el atrevimiento y dice sinceramente su propósito. Se necesita ser valiente para ser como Quevedo, censor de validos y de las costumbres de su época.

¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente? (77)

La apelación a la verdad como arma defensiva y compromisaria postura de juramento. La verdad objetiva y la verdad absoluta, como garantía de la palabra y de la descripción:

En otros siglos pudo su pecado

severo estudio y la verdad desnuda,

y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa quien lo niega, y quien lo duda.

Que es lengua la verdad de Dios severo,  
y la lengua de Dios nunca fue muda.

Hace de la verdad y Dios una tautología y una demostración lógico-ontológica de Dios y su "existencia", que muestra claramente su preparación en estas leyes.

Si Dios a la verdad se adelantara,  
siendo verdad, implicación hubiera  
en ser, y en que verdad de ser dejara.

Hasta aquí introducción y motivación, sin ninguna censura concreta, sólo el escudo defensor y la valentía y autenticidad, del que sin miedo dice la verdad.

La primera censura política al gobierno del Conde-Duque: La guerra es mejor medio de virtud que la paz. Frente al ocio torpe, el juego insano, el desprecio a la vida, el afán, la valentía.

Multiplicó en escuadras un soldado  
su honor precioso, su ánimo valiente,  
de sola honesta obligación armado.

Y esta virtud política repercute en la virtud personal y de costumbres fuertes, recias y estoicas. El ideal espartano vuelve a transcribirse:

Hilaba la mujer para su esposo  
la mortaja, primero que el vestido,  
menos le vió galán que peligroso.

Todas matronas, ninguna dama.

La segunda acusación y censura política: las relaciones con el exterior, nunca jamás deberían ser para introducir nuevos vicios y costumbres peligrosas o dudosas.

La codicia y la usura, la ambición y lujuria. El mal comercio con liguria, de gente usurera y ladrona, son delatados y puestos en candelero.

Pasa después a analizar los pequeños vicios, los vicios



caseros y divulgados y comunes: los pecados de la gula, de la hartura excesiva y satisfacción con el comer y beber, añorando la disciplina y el orden:

Que el vientre entonces bien disciplinado  
buscó satisfacción y no hartura,  
y estaba la garganta sin pecado.

La alusión a la histórica introducción de las especias, concretamente el clavo, la pimienta y otras, los buenos vinos y los adornos superfluos.

Pero la gran diferencia viene marcada por el verso 130 que empieza a delatar la pereza y la ociosidad, el juego y la gandería:

Hoy desprecia el honor al que trabaja,  
y entonces fue el trabajo ejecutoria,  
y el vicio graduó la gente baja.

Por fin analiza la excesiva afición de los españoles, y principalmente del Conde-Duque, a los juegos de cañas y toros, y tablados, con aquella finura y penetración que son propia y vasta cultura armonía de su estro poético.

La militar y valiente disciplina  
tenga más platicantes que la plaza;  
descansen tela falsa y tela fina. (78)

### 1.3. SU RECIEDUMBRE ETICA

Cauterizar, cantando y riendo, las llagas de una sociedad corrompida, disimulando bajo la burla inocente, la verdad amarga.

Esa podría ser la síntesis de la intención moralizante ética.

Expresar con intensidad, hondura, síntesis y claridad el pensamiento ético-moral del siglo XVII, puede expresar al mismo tiempo en una sola frase la obra entera de D. Francisco.

Valera, queriendo calificar el "Tratado de la Providencia de Dios", decía que era el Testamento de la inteligencia que enseñaba a comprender qué cosa sea la riqueza en las ansias de los ricos, qué cosa la pobreza en la paz de los pobres.

Pero veamos sucesivamente por qué y para qué Quevedo es así; hasta donde llega su criticada autenticidad y su hondura.

¿Es solo tropel lo que dice, o tiene un sentido profundo existencial? ¿Hay que creer en su pensamiento ético y ascético o hay que tomarlo tan en broma como sus chascarrillos, chistes, bufonadas y artificiosidades conceptistas?

¿Tiene Quevedo una intención filosófico-ética de crear una nueva moral, unas costumbres nuevas, purificar el ambiente? o, simplemente ¿se divierte, hace reír, saca dinero con la venta de sus libros y ahí acaba todo?

Estos interrogantes nos proponemos contestar como síntesis de la investigación y de una nueva perspectiva a la obra del genial conceptivista barroco, que supo ciertamente hacer muchas cosas, pero que nunca se le podrá negar una tendencia, un sentido y una intención bien clara y definida en su obra.

#### Hechos sorprendentes;

En primer lugar hay hechos verdaderamente sorprendentes en la historia del gran Don Francisco: el tiempo dedicado a construir obras ascético-morales. Los numerosos títulos que de ellas nos ha dejado y el cuidado, sabiduría, prudencia, rectitud que en ellas ha plasmado.

Sin contar las obras festivas, las satírico-morales, del período de los sueños ni la historia de la vida del Buscón, que son génesis y consecuencia de su pensamiento ético y de sus ideas ascéticas. Sin tener en cuenta sus escritos políticos, que son la ascética y la moral del gobierno, o las obras clasificadas como filosóficas, por el título o por la imitación que en el contenido hace de Epicuro o Séneca.

Sin hacer alusión a las traducciones de "La vida devota" de S. Fco. de Sales o de las "Epístolas" de Séneca (79), Quevedo compuso más de cuarenta poemas llamados metafísicos (80), más de cien poemas clasificados como morales y más de cincuenta de tema religioso, alguno de los cuales, como el "Poema heroico a Cristo resucitado" tiene 800 versos endecasílabos en cien octavas reales. (81)

Pero sus obras consideradas sólo específicamente como ascéticas, ocupan una gran parte de su voluminosa obra.

Ateniéndonos a la clasificación de la obra semi-crítica de Felicidad Buendía de las Ediciones Aguilar de 1961 en su tomo I, le dedica cerca de quinientas páginas a sus obras ascéticas, casi un tercio del volumen de su prosa.

Contiene obras breves y de sencilla reflexión ascética como: "La primera y más disimulada percusión de los judíos contra Cristo Jesús y contra la Iglesia"; "sobre las palabras que dijo Cristo a su Santísima Madre en las bodas de Caná de Galilea", o la "Homilía de la Santísima Trinidad" y la "Declamación de Jesucristo, Hijo de Dios, a su eterno

Padre en el huerto, a quien consuela, enviado por el eterno Padre, un ángel", breves y enjundiosas reflexiones.

De otra embergadura son:

- De la milagrosa vida del Bienaventurado fr. Tomás de Villanueva, de la orden de San Agustín, Arzobispo de Valencia.
- La cuna y la sepultura, para el conocimiento propio y el desengaño de las cosas ajenas.
- Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo y cuatro fantasmas de la vida.

Auténticas meditaciones de la más elevada espiritualidad, son otras brevísimas reflexiones sobre:

- Modo de resignarse a la voluntad de Dios.
- El comentario a las peticiones del Padre Nuestro: Doctrina para morir muerte y sepultura y una serie de oraciones que pone en boca de los Apóstoles: S. Pedro, S. Jacobo...

Hay dos personajes bíblicos que entusiasmaron a Quevedo: Job y el Apóstol de los gentiles. ¿Intuiciones temperamentales?, ¿conexiones de equivalencias?, ¿forma profunda e interna de reaccionar muy semejante?

La constancia y paciencia del Sto. Job en sus pérdidas, enfermedades y persecuciones, la caída para levantarse, el ciego para dar vista, el montante de la Iglesia en la vida de San Pablo Apóstol, indican en realidad esa atracción por los dos personajes bíblicos, con seducción profunda y entera.

Pensando en los juicios de obras jocosas, en las críticas que los contemporáneos (mentecatos) pacatos y algunos de los modernos le han hecho, tenemos que orientar nuestro juicio en dirección distinta, al encontrarnos con estas obras.

A. Fernández Guerra y Orbe, gran recopilador de las obras de Quevedo hace esta afirmación en el prólogo a la novela

del Buscón: "Se ve, pues, en estos juegos y travesuras, cómo no se obscurece al escritor político, pues que todos sus rasgos tienden a mejorar al hombre y la sociedad, poniéndole delante el espejo de sus imperfecciones y los medios prácticos de corregirlas". (82)

Tratando de buscar los juicios más favorables, L. Pfandl, historiador de los siglos XVI y XVII nos lo expresa así:

"Nadie como Quevedo ha penetrado en los males de la política y de las costumbres de su siglo. Sacude el látigo de su sátira sobre los individuos y sobre la familia, lo mismo que sobre las asociaciones, estamentos y clases sociales que sobre el gobierno. El conjunto de su obra de escritor constituye una protesta continuada contra la degeneración contemporánea". (83)

Aunque injusto, es necesario, sin embargo, hacer notar también el juicio de M. Ticknor, para quien hubiera llegado en una o dos ocasiones al desatino y a la blasfemia. (84) Pero más ponderado, Mérimée llega a afirmar en su ensayo sobre las obras de Quevedo:

"Quevedo no distingue los vicios de las ridiculeces; estas últimas le atraen con preferencia, y si ataca a los vicios, lo hace menos con la esperanza de enderezar al pecador que con la intención formal de burlarse de él. Como se ocupa mucho más de ser agradable que edificante, no se cree obligado, como otros muchos, a corregir el realismo de ciertas pinturas con una ostentación de moral, ni siquiera advertir al lector que no imite a sus personajes." (85)

No menos benigno y sin contemplaciones es R. Selden: "Es un género de sátira que aunque divierte por su agudeza, duele y repugna por su crueldad. A Quevedo le faltan totalmente otros recursos para divertir que lo ridículo, lo extremado y lo violento, y para convencerlos de la violencia,

los de la tradición, la vehemencia y el patriotismo; jamás se siente en él amor al prójimo". (86)

El mismo Vallbuena le dedica este comentario (en diversos lugares del Buscón): Quevedo se recrea en lo sucio, lo bajo y aún trágico, las deformaciones caricaturales actúan sobre un fondo de realidad pintoresca..." (87)

Y al llegar en nuestro trabajo hasta este lugar se nos rebelan las ideas y las palabras contra estos juicios, quizás parciales, quizás tendenciosos, siempre incompletos y desconocedores al menos de la mitad de la vertiente de su alma ética-ascética y moralizadora.

Concedamós que provocó risas tristes y quizá los ímpetus movieron más, alguna vez, que la consideración, pero no se puede ignorar que la parte más elevada y hermosa de su espíritu está en estas obras sorprendentes, numerosas, densas y llenas de verdad, ingenio y vitalidad como corresponde a las obras todas de D. Francisco.

Pero es extremadamente injusto que se niegue una intención moralizadora, su capacidad de recursos para divertir y el no haber llegado a proponer valores auténticamente cristianos o humanos para atraer con convencimiento a los que leyese.

Sostenemos, por el contrario, lo innúmero de su pensamiento ético-moral derramado por toda su obra, sea en los bríos de su imaginación, en la estudiada carcajada sonora, franca y divertida, original, atrevida y sin rebuscamientos auto-satisfactorio narcisista, sea, como dice hermosamente Menéndez y Pelayo:

"Forma escuela sin saberlo, sin buscarlo, sin pretenderlo. Sigue los rumbos excéntricos de su inspiración que crea un mundo nuevo de alegorías, de sombras y representaciones fantásticas en los cuáles el elemento intelectual, la

tendencia satírica directa, si no predominan contrapesan a lo menos el poder de la imaginación. (88)

Quevedo no hace versos por el placer de mezclar colores, ni escribe obras sólo para divertir y halagar. Acostumbra, por el contrario, a mezclar más bien ideas, a jugar con ellas y a derramar abundantemente su pensamiento moral. Pero además Quevedo ha pretendido expresamente manifestar sus ideas ético-sociales en estas obras.

Muchas de sus construcciones quieren despertar y elevar a la gente a un nivel de valores distinto, por un procedimiento indirecto, muy de su época y ambiente: mostrar los defectos de una sociedad decadente, tocando sus partes más descarnadas y susceptibles de heridas; pero las obras ascéticas conectan con la corriente que fluye sin cesar de los anhelos más venturosos.

Hablando Ernest Merimée de la vida de Sto. Tomás de Villanueva resume así la impresión que le produce su autor:

"Las costumbres patriarcales de una familia manchega del siglo XVI, la piedad ingénua del niño, la modestia religiosa, cuando es llamado a las dignidades de su Orden la caridad industriosa del Obispo, su pobreza que contrasta con el lujo de los prelados y, sobre todo, su muerte, forman un relato que no decae ni un momento, una serie de cuadros interesantes. El autor que se dirige no a los literatos ni a los sabios, sino al pueblo, desciende a detalles que le habrían espantado de otro modo". (89)

Sólo desde esta nueva perspectiva vamos a poder comprender cómo en D. Francisco de Quevedo nos encontramos con un espíritu netamente cristiano que tiene auténticas ansias activas de perfección y que llenan y alegran el alma humana en un tono suave profundo y convincente de valores adquiridos por la meditación, reflexión y oración.

"Abramos, confirma Merimée, sus obras ascéticas, recorramos sus poesías religiosas; no hay moralista que hable lenguaje más austero; no hay moralista que tenga idea más alta de la virtud." (90)



### 1.3.1. Lo que queda del estoicismo en Quevedo

Parece que se puede afirmar sin temor que hay un cierto estoicismo en Quevedo, pero es igualmente válida la posibilidad de encontrar contradicción y repugnancia de Quevedo por la doctrina estoica. En esto no es solo por sus altibajos y contradicciones internas, variaciones a que nos tiene acostumbrados en todos los terrenos, sino que los distintos caminos por donde conoció el estoicismo y las repercusiones que en él produjeron, lo explican en parte.

En el estoicismo D. Francisco llegó en algunos casos a la imitación y a la misma admiración, pero es necesario distinguir y sopesar convenientemente: de Zenón a Epicteto y de Epicteto a Séneca y en Séneca se fija y se afina más que en los otros. Además de ser el más espiritualista de los estoicos ha sido considerado con razón, en cierta manera, como espúreo y menos estoico, no catalogable en los límites de la escuela estoica, con sujeción a todas sus normas y leyes.

Sus contemporáneos, sus censores en varias ocasiones le apodan el estoico, Epicteto resucitado, nuevo Séneca etc:

Nieremberg al dar su veredicto de aprobación: (91)

"Parece como si Epicteto se nos hubiera vuelto español y Séneca cristiano".

El mismo Quevedo nos pone sobre-aviso en sus actitudes y posibilidades; tradujo y comentó: De los remedios de cualquier fortuna. (92)

D. Pedro de Salcedo, su censor autorizado dice al permitir la impresión:

"Por mandato de V. A. he visto un libro titulado Traducción de Séneca a Galión, escrita por D. Francisco de Quevedo, en que hallará la admiración nuevas materias y el es-

crupuloso nada que corregir, y el más atento duda si escribió Séneca en nuestro siglo o tradujo el autor en aquellos. No tiene cosa contra la fe y las buenas costumbres, antes nos enseña en tan breve volumen nuestra fragilidad. (93)

Pero D. Francisco que lo dedica al duque de Medinaceli le dice con tono muy sentimental:

"Yo conozco que sirvo solo para deshacer a Séneca prolijo. Vuestra excelencia, siempre ocupado en el socorro de la limosna, sabrá estimar los consuelos que otros escriben, como quien los obra, y entretenido seriamente en la lección sagrada, no extrañará la docta y bien intencionada melancolía de Séneca en este tratado". (94)

Más importante es: "Nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la Doctrina estoica" (95); él mismo nos da su intención:

"El origen de los estoicos es mas anciano que el nombre y diferente del que muchos han hablado, y mas noble. Pretendo que me deban estas dos postreras prerrogativas". (96)

Quevedo no lo ocultó sus intentos, sus intenciones y sus logros en esta materia, pero lo importante realmente es que se lo admitieran así amigos, quizá, pero sobre todo enemigos.

No hablamos del porqué de esta imitación o admiración, porque ya señalamos en su lugar la aproximación y las causas; lo que nos interesa ver aquí es las nuevas dimensiones que pudieron haber escapado a Quevedo, demasiado interesado, o a sus enemigos, demasiado cegados con prejuicios en contra de él.

Al introducir el Enchiridion de Epicteto, en la edición de 1701 (97), se imprimieron estas palabras, en relación con lo que D. Francisco era tenido respecto a los estoicos:

"No habiéndome dado a la lectura de libros de Filoso-

phía Moral, la escogí por mi principal estudio como el más importante de la vida humana y espiritual. He leydo sobre esta materia a Platón, Plutarco, Séneca y el Enchiridion de Epicteto, que fue maestro del Emperador Antonio Pío y discípulo de Epicuro. Lo han traducido al Romance Castellano el Maestro González de Correas, el Maestro Francisco Sánchez de las Brozas, a quien siguió doctamente D. Francisco de Quevedo, en verso con pensamientos y conceptos propiamente suyos, sin apartarse en nada del original, como el curioso podrá ver". (97)

Su pariente, Pedro Aldrete, al dedicar las tres últimas musas, (98) hace esta manifestación laudatoria: Todas las obras de D. F. de Quevedo, mi tío, así en verso como en prosa, sacras, serias, y burlescas, se dirigen a la reformatión de las costumbres y contienen alta enseñanza."

Quevedo no ocultó nunca esta intención estoico-moralizante y en las que no son específicamente religioso-ascéticas, recurre al tópico, ya usado en tiempos del Arcipreste de Hita:

"Incitar al lector a prescindir de la trivialidad de la envoltura festiva, para quedarse con la médula moralizadora!"

Podría decirse, quizá, que la forma de proceder de Quevedo es barroca y rebuscada: para ejemplarizar presenta el vicio, muestra engaños, los embelecados de la sociedad de su tiempo.

Por eso resulta caricatura-testimonio, dolor y escarmiento, la mano manchada de sangre de la herida.

¿Pero se podría proceder de otra manera?

Se podría tomar a broma escarmentadora, benévola y respetuosa, hilarante y humorística o bien, y esto es lo que prefirió D. Francisco, liarse a estocadas, como nuevo Quijote, con relámpagos truenos y rayos, ~~sar~~ como desesperado, (manera de fe en lo futuro pero pesimismo en lo presente).

"A manos de vuecelencia van estas desnudas verdades, que buscan, no quien la vista, sino quien las consienta".(99)

Sin embargo, "predicador del pueblo", a pesar de su cultura, se debe al público, más bien bajo, y a él se dirige, confiado extraordinariamente en sus fuerzas, para despertar la conciencia dormida.

Quevedo parece un enamorado del espíritu del Renacimiento, que quisiera insertarle en principios conocidos de la ortodoxia cristiana.

Cuando se trata del filósofo frigio, o del primer filósofo romano no parece tan difícil por los puntos de contacto, proximidad y coincidencia.

Parece como si el nudo de entronque pudiera encontrarse en el libro de Job, donde propone esa ética seria, varonil, robusta, con una dosis excesiva de insensibilidad por parte estoica.

La amalgama de la simpatía por la filosofía estoica de la abstención, el sufrir y aguantar y el tenerlo más bien por don y gratuidad lo que tienes y has recibido, antes que como derecho y exigencia que se te deba.

Quevedo quiere disculpar la tendencia estoica a ahogar la necesaria atracción afectiva, interpretándolo solo como consejo para no dejarse llevar y vencer de ellos en su poderosa atracción.

"No tengo, confiesa suficiencia de estoico, pero sí afición y deuda con ellos".

Los estoicos han sido guía en sus dudas, consejo en sus trabajos, defensa en las persecuciones "serenidad que ha poseído gran parte de su vida".

Hay además un paralelo cronológico-ambiental: Epicteto lucha contra una Roma en la decadencia, Quevedo se erige en censor de las costumbres de su tiempo.

Según Epicteto hay que extirpar de la naturaleza humana orgullo, altivez y avaricia. Hay que hacer al alma señora, rescatándola de la esclavitud del cuerpo y al cuerpo transformar en alma, por la obediencia a la razón.

La filosofía estoica ni aún aliada a la cristiana logró abatir y menguar la altivez y ambición de Quevedo, y necesarios le fueron para sostener la constante milicia de su vida.

Como si la altivez y el orgullo se aliasen para aguantar su paciencia y resignación.

"El sabio, más quiere morir digno de vivir, que morir indigno de la vida. El sabio con la sombra del cuerpo, difunde la luz del alma, entretiene con la tierra y el polvo las venganzas del tirano; con la ceniza que le satisface, le engaña".

Cuando el dolor llamaba iracundo a las puertas de su vida, en la soledad de la prisión, Quevedo supo mostrarse fiel a la doctrina y proclamarse soberanamente estoico.

Pero antes de contemplar su realización ética, es necesario distinguir bien lo que es y lo que no es estoicismo, lo que queda y lo que ha sido superado y transcendido en Quevedo.

#### Paso a otras seguridades y convicciones.

Al hablar del Estoicismo en Quevedo o de la Contrarreforma y el Neostoicismo no podemos hacerlo sin matizar, y aún sin cuestionar seriamente, a pesar de sus mismas afirmaciones. Lo que queda de estoicismo en Quevedo después de las últimas pruebas, después de las grandes influencias y purificaciones, creemos que realmente es muy poco. Vamos a ver precisamente estas diferencias en los puntos más importantes y las doctrinas que más obraron, en definitiva, sobre su persona y convicción en los momentos decisivos, y así juzgamos

mejor de <sup>si</sup> su apoyo estaba en las palabras de Epicteto y Séneca, sin abandonarlas, o en otras convicciones y seguridades.

Basándose en el manual de Epicteto (cap.15).

"Nunca digas que perdiste nada, sino que lo volviste... Solo te toca gozarlo como ajeno el tiempo que te lo concediera su dueño". (100)

Comenta satisfecho Quevedo cómo está superado en Job, cap. 19,:

Aquí los mismos ladrones son usados por la Providencia Divina como cobradores, como del fuego y la tempestad y los llama suyos (101). La similitud le autoriza, dice, a hallar por calificadas las doctrinas estoicas para gastar en ellas cuatro capítulos, pero ha de perfeccionarlo con la verdad cristiana.

Fundamentos metafísicos de la ética estoica, y los que podemos encontrar en la Obra de Quevedo nos van a dar más claridad sobre esta disgresión, más acentuada en estas ocasiones que en otras. Un solo mundo, compuesto por todas las cosas, y un solo Dios difundido por todas, y una sola sustancia y una sola ley, una sola razón común a todos los animales racionales y una sola verdad, de ella tiene que salir la única y eterna aspiración, rectora de nuestra conducta para librarnos de los peligros de la fantasía.

"Hay que recordar siempre estas cosas: cuál es la naturaleza del todo y cuál es la mía, en qué relación está ésta y con respecto a aquella, cómo soy parte del todo y cómo es el todo y que nadie le impida obrar y hablar siempre acomodado a la naturaleza. Lo que nos guía es la facultad que posee el alma de dirigirse a sí misma, de componerse según su voluntad y de considerar todo lo que sucede desde el punto de vista que juzgue conveniente". (102)

Obrar bien es obrar conforme a nuestra naturaleza y nues

tra razón, confirma Epicteto la voluntad lo es todo y la virtud consiste en soportar y abstenerse.

La discusión con el anónimo enemigo que se enfrenta en su Providencia de Dios, hace salir con mucha frecuencia a la mesa de proposiciones las de los estoicos:

"No puedo ponerte en paz más cortesmente esta discordia. Tú quieres ser todo cuerpo y tu cuerpo anhela ser alma. Aprende dél a tener buenos pensamientos. Yo te probaré desde tu misma formación en todos los estados, y con su fin, y en él se contradice y reprehende y enseña todo lo contrario.

Ni te viste engendrar, concebir ni nacer: de aquí proce-de que a la naturaleza atribuyas todo tu ser; a la fortuna y al acaso todos los sucesos y a Dios nada". (103)

Más adelante puntualiza la libertad humana y el sometimiento de la naturaleza, la diferencia con los otros seres y el gobierno por la Providencia de Dios:

"La majestad de los elementos no ha podido exentarse del imperio del hombre. Deslizándose los peces por los si-nuosos volúmenes del mar no puedes huir el vasallaje del entendimiento del hombre.

Al entendimiento humano sirve la tierra, o ya pechera, tributándole el fruto de tan innumerables labores, o ya sosteniendo el peso de tantas ciudades para cuya fábrica ve navegar sus cerros en pedazos, y en cuyo ornato ve en estatuas mentir vidas sus mármoles" (104) ¿Quién dirá que el muerto y el que da vida son de un linaje? Se pregunta a sí mismo, convencido de derrotar a su enemigo interlocutor, negador de la Providencia, inmortalidad, libertad del hombre con su racionalidad superior y diferente a la naturaleza animal.

No hay que olvidar en Quevedo un factor importante, que ha de recobrar valor decisivo de influencia en su temple y en su sentido ético, y quizá en su lucha ascendente. Lo po-

dríamos enunciar, quizás, así:

Influencia profunda de lo jesuítico en la vida y obra de Quevedo:

Un hecho de innegables e imprevisibles consecuencias para la vida de Quevedo fue su primera formación en el Colegio Imperial. Su propio testimonio es elocuente y ponderativo: "Cuya reverencia y respeto creció conmigo desde los primeros años: a quien debo desde la Gramática, los estudios y pudiera deber mucha virtud y grandes progresos, si a sus muchas diligencias, no se hubieran opuesto mi incapacidad y distrain miento" (105).

Pudiera ser un cumplido y salir del paso en una circunstancia obligada. Pero este sentir respeto admiración y seguir los consejos y pareceres de los Padres de la Compañía, no es solo ni único. En el Martirio pretensor del mártir. (106) Aprovecha para exponer su devoción por la Congregación defensora de la fe y maestra de las gentes.

Sus palabras son elocuentes y nada induce a pensar en un esfuerzo pagado o en un halago premeditado.

"La devoción que me anima, cuando no me disculpe el nom bre de temerario, me defenderá el de fervoroso" (107).

"Sagrada y soberana religión, acreedora de tanto bien de las almas que a un mismo tiempo con tus hijos en todo el orbe estás enseñando en cátedras y en púlpitos la verdad de la fe, y a los gentiles y herejes, con perpetuas controversias, la mentira de sus errores... tú, que fabricas de las baterías y te renuevas de los contrastes, sirviéndote de es fuerzos tus enemigos, triunfo glorioso, pues siendo tu nombre el de Jesús, toda rodilla se te doblará" (108).

No recató su respeto y expuso frecuentemente su admiración por la obra de la Compañía de Jesús. Basta revisar los



nombres de jesuitas que salen en sus obras; he aquí algunos de los más frecuentes:

Suárez, Lesio, Conimbricenses, Maldonado, Pineda, Rivadeneyra, Mariana, Pimentel, Arias, Nieremberg, Ricci, Coussin, J. Salian, B. Jauquinot, A. Kircher.

"Son tan endiosados los árboles désta genealogía, escribe en la citada vida del P. Mastrili que, como de otros dice el encarecimiento, que llegan con las ramas al cielo, dice la verdad que éstos llegan con los troncos". (109)

Su admiración se transforma en influencia sobre su pensamiento y su obra, cuando le prestan asistencia espiritual, compañía y amistad en momentos decisivos de su vida y, de sus obras ético-ascéticas, cuales son: El difícil trance de la cárcel de León y la decisiva hora del prepararse a morir en Villanueva de los Infantes. Fuentes para sus lecturas y escritos, que es decir tanto como influencia, quizá decisiva para su obra.

Preciso será admitir entonces que en su estoicismo y en su neoestoicismo hay un matiz muy importante a destacar que es lo jesuítico, influido de belicismo guerrero, pero diferente a lo absolutamente senequista, a lo de Epicteto, a lo de Zenón o Crisipo.

Ha sido Marcel Bataillon quien ha analizado, en parte, esta corriente y posibilidad de influencia en Quevedo de un estoicismo, como en la Europa del siglo XVII, y en particular en España. (110)

Quevedo, por la voluntad propia y por espíritu abierto asoció al humanismo devoto un estoicismo y él no duda en calificarlo de cristiano. Con él, primero llega a S. Francisco de Sales, con el segundo quiere coordinar con la manera de pensar de Justo Lipsio. Todo ello no le impide encarnar un espíritu libre, a veces satírico, a veces virulento.

Bataillon llega a afirmar que este conjunto amalgamado, difícil de gestar, en una sola persona, posible sin embargo en Quevedo, es un "renacer de un íntimo sentimiento cristiano con un humor burlón que es (nota peculiar) tan característica del "erasmismo" (111).

Parece sin embargo que no ha llegado muy profundamente la luz brillante del gran astro de Europa, Erasmo de Róterdam, para que está seducido por una tan gran personalidad. Parece, en efecto, que D. Francisco cita con igual o semejante gusto a Erasmo que a Arias Montano o a varios otros coetáneos.

Pero la prueba, quizá, más importante de su erasmismo la tenemos en los hechos históricos que circunstanciaron su obra literaria. Jáuregui al atacar la : Cuna y la sepultura, quisiera, haber encontrado erasmismo y, no solo poder censurar el desprecio del autor por los silogismos de la escolástica o la pretensión de hacer leer y meditar a S. Pablo a los ignorantes.

Erasmo no aparece como influyente en Quevedo, cuando en Cano encontramos que un motivo fuerte de acusación contra Carranza, esto y todo que se critique: su libertad de lenguaje, su falta de respeto a las cosas santas, a los sacerdotes, frailes, o la crítica a las limosnas farisáicas.

Pero su convicción y su seguridad definitiva, buscada fuera de una metafísica estoica, y su ética dissociada de los principios rígidos del estoicismo; con los fundamentos de: impasividad, ni el "pathos" subyacente, ni la intervención del "fatum" o fortuna pudieron torcerse a refugiarse en otra fe y en otra esperanza. Es curiosa, a la par que extraña, sintética, esta expresión que encontramos en la carta a Lucas van Torre (112): "Ad stoicorum portum confugio", pero al citar posteriormente a San Agustín nos dice: Theologiae

corifeus: Nihil sine agustini doctrina dicere valeo nec audeo".

A Séneca le discutió su apología del suicidio y a todo el sistema la falta de superación, de transcendencia humana.

Puede quedarse con su orientación práctica del pensamiento aplicado a la vida, aunque quizá con demasiada concentración en su yo personal.

Se queda ciertamente con la crítica de las opiniones, que establece a veces con sistema.

La aspiración a la contemplación estoica, como un deseo profundo del hombre, aunque creemos que purificado y transcendido, cala hondo y permanece como rica aportación a su espíritu; el modo estoico de afrontar las adversidades, y otros temas secundarios que no podemos admitir como vinculados en todo al estoicismo primitivo, sino espiritualizado por el estoicismo senequista posterior y por tanto no atribuibles en todo momento y aún desarraigados en el contexto doctrinal estoico primitivo.

La resignación, la esperanza definitiva y transcendente están afianzadas en algo diferente del "pathos" estoico, cuando Quevedo lo describe en los Mártires Cristianos o en el mismo Cristo.

"Gran ventaja hace de todos los filósofos y poetas los que déllos fueron en el tiempo de las persecuciones de los mártires cristianos; viéronlos despreciar la vida, triunfar en la muerte, pudieron oír a los apóstoles, por eso excedieron a los demás" (113). Quevedo llega a pensar que son valores cristianos y no estoicos primeros, los que Séneca, Epicteto, Juvenal, Persio etc, aprendieron de sus contemporáneos los cristianos y no a la inversa.

Desde luego, cuando en la declaración de Cristo en el huerto quiere describir el modelo de aceptación, resignación

habla de esta manera:

"Y aquél temor de Cristo y aquél sudor sangriento están animando en su muerte de gozo a todos los mártires por su ley en quien el amor divino vence la naturaleza humana. Solo el amor de Dios le es permitida la victoria déstos temores!"(114)

Pero bastaría comparar con ojos atentos textos paralelos de Séneca y Quevedo sobre estos temas, para ver la diferencia y lo que se ha añadido, elevado y transcendido en el tema del estoico: traemos un sencillo ejemplo:

De los Remedios de C. Fortuna

Séneca

Morirás. No viviera con esperanza de descansar sino esperara morir.

Morirás lejos. En todas partes mi cuerpo pisa la tierra y ve el cielo.

La cuna y la sepultura

Quevedo

Bienaventurados los que mueren en el Señor.

Morir es descanso del cuerpo y justa restitución a la tierra de la parte que ha prestado.

### 1.3.2. El penitente de San Marcos

Las principales obras ascéticas fueron escritas en la época más dura de su vida, en la persecución y en abandono, en la cárcel y en la desgracia, cuando estaba enfermo y vencido por la edad y enriquecido por la experiencia, podía al mismo tiempo, dar mejores lecciones, influir en la gestación de esta ejemplaridad, pero nunca se podía considerar como móvil único esta circunstancia externa, como el único y principal motivo.

Quizá, en un principio, su capacidad de transcendencia hubo de limitarse a la sobreposición de los valores caducos de este mundo, a la abstracción de la sociedad y de los humanos y reservó para estas obras el rico venero de su religiosidad, el deseo de perfeccionamiento y conversión cristiana, propia del mundo que le rodeaba y de la nación, como Patria que salvar.

Mención especial el hecho del encarcelamiento en San Marcos, en esta dimensión ascética de Quevedo. Prescindiendo de las circunstancias históricas, de las burlas y venganzas de sus enemigos, de la transcendencia para la vida del poeta, S. Marcos de León fué para su alma ascética y, para su vida de escritor, algo decisivo; oigamos sus mismas palabras, su diario y su horario y su misma esperanza y penitencia:

"Espero lo que me venga; sin que me altere el ánimo la contemplación de mayores trabajos, ni me aflija para la desconsolación la memoria de golpes, más sensibles por más crueles; vivo siempre con la esperanza de que su divina majestad ha de iluminar a los que me persiguen, para que reconociendo su error puedan quedar perdonados.

Vivo contentísimo en mis trabajos, porque creo que me convienen más que las felicidades que antes gozaba.

Una hora empleó en contemplar conforme puedo, sino como debo, no lo que soy, sino lo que tengo de ser.

Oración, trabajo y comida parca, lectura y en dar rendidas gracias a Dios.

Gasto después media hora en contemplar la grandeza de Dios y la nada del hombre, asunto que ilustra siempre a mi torpeza, para reconocer a fondo mi miseria.

Presumo que es la cama mi sepultura y procuro con toda mi posibilidad tener un gran dolor de haber ofendido a aquél Señor tantas veces". (115)

¿Transformado? ¿cambiado? ¿convertido? D. Francisco salió de la prisión de S. Marcos sin rencor, sin pretensiones revanchistas, dispuesto, quizá a cumplir lo que había aprendido en la calma y en la tribulación.

Los testimonios sobre los últimos años hablan claramente de su preparación a bien morir, con muestras de una piedad no común.

Los tres últimos años pasados en libertad, no contento con la soledad de la Torre, se trasladó a Villanueva de los Infantes, para lograr una mayor asistencia al partir para la eternidad, pues se hallaba en aquella villa un gran amigo suyo, El P. Jacinto de Tebar, a quien profesó especial aprecio y veneración.

El final de un hombre que pensó en la muerte "desde la cuna" y preparó a los hombres de su tiempo a trascender dolores, enfermedad, pobreza y riquezas, es el último hecho ascético sorprendente que nos muestra una faceta más de Quevedo auténtico y desconocido, con la profundidad ascética y cristiana que marca su moral y su ética.

Quevedo prisionero es un hombre purificado en diversos sentidos: Apenas se queja.

Encerrado, es capaz de mayor interiorización.

Advierte con gran lucidez su posibilidad de ser libre interiormente: dueño de sí, dialogador consigo mismo, de lectura y expresión con los demás. Nadie le puede privar la libertad original.

Como hombre ciego, está más abierto al dolor, posee también mejores medios de consuelo, más capacidad de estar a la altura de llegar a ser igual a sí mismo, a la altura de la libertad de D. Francisco de Quevedo.

No perdió el humor en su cautiverio, bromeó a veces con su estado:

"A modo de cachidiablos  
me cercañ tres cachírrios:  
Orbigo, el Castro y Bernesga,  
que son del Duero meninos":.

#### 1.4. REALIZACION DE SU PERSONALIDAD EN LA LUCHA ETICO-ASCETICA

##### 1.4.1. Su temple ético-ascético

Muchos historiadores y críticos han quedado aturcidos, desorientados y sobrepasados o desbordados por los datos con tradictorios y desorganizados del vivir, del decir y del es cribir de Quevedo. No es extraño que muchos hayan naufragado en el maremagnum de la complejidad anímica; los más se han limitado a confesar su desorientación y sólo algunos han aven turado una crítica definitiva que, a veces, resulta parcial y otras no suficientemente probada y definida, ni apoyada con razones de hechos, textos y motivos investigados.

Dada su condición de genial escritor, diagnosticar su al ma a través de los entresijos inconscientes, de su estilo es una difícil empresa.

Puestos como en una balanza y, sopesando los diversos "ingredientes" que lo constituyen colocaremos en orden axio lógico su carácter contrastado, con notables altibajos, con vueltas y revueltas sobre sí mismo; su espíritu en lucha trágica, más allá de una axiología común, con una mezcla de almas: epicarada, satírica, filosófica, ética-moralista-re-vestida de alma política.

Todas estas cumbres nos revelan mejor su temple ascético, y no un "como si" que es el impacto que produce Quevedo, cuando se penetra en él profundamente, tanto o más que un Unamuno y otros.

El temple de ánimo tan difícil de definir, tan frecuente en notarse con los efectos de su presencia, nos coloca ante nosotros mismos y en la acción y reacción nos detecta y re-vela, nos muestra cómo somos. Por eso, quizá, por lo que tiene de verdad interior, autenticidad y veracidad, radio-



grafía y "verdad ontológica" del individuo, tiene que ver con la acción creadora poética, cuando es, como en Quevedo, no solo una descripción o un lirismo sin apoyo real; no un "como si quisiera" espantarnos con la inminencia de la muerte, la verdad trágica de la vida, la deficiencia del amor.

La originalidad y la autenticidad de su alma traspasaron lo que dicen las palabras.

Quizá desde esta cumbre podamos comprender su españolismo, al servicio de una renovación ética.

Una vitalidad desbordante en inquietud del alma, que busca sin cesar perfección, que no se acaba porque está alta y la realidad brutal y objetiva está baja y es deleznable.

Pero veamos en qué consisten estas irisaciones de alma que han confundido a prudentes críticos y razonadores sesudos conocedores, de Quevedo.

Su alma de moralista se viste de estameña parda del sentimiento religioso. Pero lejos de ser una alienación cómoda o solución falsa de refugio, en Quevedo brota de un conocimiento profundo de la Escritura y de los Santos Padres; de lo que él mismo trató de recriminar (pero a la inversa), en su gran novela picaresca: Vida del Buscón D. Pablos: ("viciado el corazón en la niñez con fatales ejemplos, ni los estudios ni el desarrollo de un ingenio despejado, alcanzan luego a enderezar lo torcido de su bastardeado instinto").

Gonzalez de Amezúa, en su discurso ante la Real Academia Española, habla en términos de desarticulación entre alma y vida: "Su vida es una perpetua paradoja, una constante antítesis entre lo que piensa y lo que obra, ... enamorado de la verdad, de la justicia y del bien; más cuando acudimos a su vida o sus escritos, una y otros nos detienen con sorprendente perplejidad". (116)

José M<sup>a</sup> Cossío hablará del divorcio entre ideas y conduc

ta. (117)

Mas Amadée de la sinceridad o fidelidad a una idea o a un sentimiento. (118)

Pudiera ser ¿fidelidad a sí mismo, en su complejo-ser-Quevedo?

Quevedo nos deja convencidos cuando nos habla con esta claridad: Pero él mismo quien se explica en carta a D.A. Mendoza:

"Diránme que vuelva los ojos a la hermosura de la tierra, a los amigos, a los deleites ... y que sin duda lloraré por el que de en medio de estas cosas, y de su edad es arrebatado.

Y lo primero que miré como consuelo, fue ver que salía libre de estas mismas cosas; pues la hermosura de la tierra no deja otra, sino memoria de su fin " (119)

También es complejo escribir y desenterrar su manera de encontrarse, de enfrentarse con las cosas y de describir su situación profunda de sentimientos constantes no superficiales; ese fondo estable es también una mezcla compleja en función de su cerebralidad:

- Su estar decepcionado, - Su sentirse desoído, - Su sensación de fracasado, - Su capacidad de vengador, vengativo (120) - Su apoyo y respaldo que le aguanta y mantiene: en la fidelidad al dogma, a la patria, - Su incapacidad de mentira, - Su verse tal y como era, - El desprecio de las propias, geniales, cualidades, - Su energía moral, - Su capacidad de rebelión y de desafío a toda una sociedad. .

Este es el baremo ni excesivo ni minucioso, que alcanza en unas situaciones o en otras, y en todas se da, con una cierta mezcla del talante ascético-ético.

Sus famosos vicios y deslices gruesos, sus escandalosas relaciones, no morigeradas con la edad, confesadas con la

pública humildad de pecador, que repetidamente se califica de lascivo, en obras que él mismo dió a la imprenta.

René Bouvier nos da un análisis casi completo de cuál pudo ser su formación en este temple indomable en Quevedo:

"Il demeura jusqu'à la fin de sa vie inaltérablement attaché aux idées religieuses qui lui ont été alors inculquées par les jésuites...

Cet esprit sceptique, qui dissocie, qui decoupe tout, qui n'a que de sarcasmes pour le monde, fait le silence autour les autels de son Dieu et ne paraît pas connaître un instant la doute religieuse... Une lente ascension marque d'ailleurs les diverses étapes de sa vie.

Les écrits politiques puis religieux. C'est là bien entendu, l'allure d'inflexions... Mais ses vieux maîtres, en fin de compte, prennent une totale revanche; il achève la vie à genoux"(121).

Es cierto que sufrió D. Francisco una acusación y controversia ante la Inquisición, pero no lo es menos que la famosa lucha del Tribunal de la Justa venganza, no es ni mucho menos una pavorosa invectiva, cual cabría temer de una época en que la actividad de este tribunal llegó al rigor y a la exigencia.

Por el contrario dejó sus escritos por inmunes y, todo el farragoso memorial en cuestión, resultaba menos peligroso que enojoso.

Alguna de las cuestiones que presenta son tan ociosas que no lograron siquiera, ya entonces, quizá exaltar la figura aristocrática del intelectual, frente a unos adversarios que resultaron mediocres en sus luchas y en sus defensas (acusaciones).

A título de ejemplo traemos el cargo 13 contra D. Francisco de Quevedo, que no hace más que mostrar la retorsión e

inocuidad de las acusaciones contra el genio.

"Pónesele en el cargo de haber dicho en el folio 59, que un pícaro (no declarando si era él u otro) se vestía la camisa de doce veces, dividida en doce trapos... y que decía una oración a cada uno, como sacerdote que se reviste. Por cierto (dijo el religioso) que era alusión descompuesta y desvergonzada, la de un pícaro y sus andrajos, un sacerdote y sus vestiduras sagradas dedicadas para tan alto fin, con la misteriosa significación de cada uno y que por ser trece las cosas establecidas (además del sacerdote, para decir mi sa, que son: amito, alba, cíngulo, estola, manípulo, casulla, ara, corporales, cruz, cáliz, patena, que siempre andan jun tos y vino y agua... y así tengo por imposible que este atre vimiento lo haya cometido otro; pero como este hombre está con todas sus acciones provocando la justicia de Dios, atesora ira, para el día de su perdición, que olvidado lo tiene o tan sin temor lo guarda" (122).

Y en la complejidad de sus luchas, del vaivén que le exige plegarse constantemente a la infinita variedad de temas, el seguro equilibrio de una filosofía basada en sí mismo, en un "substine et abstine" de filiación senequista:

Si no temo perder lo que poseo,  
Ni deseo tener lo que no gozo,  
Poco de la Fortuna en mí el destrozo  
Valdrá, cuando me elija actor o reo. (123)

Su pensamiento era que, el mismo semblante se ha de conservar siempre en lo próspero que en lo adverso, aunque es más difícil en lo próspero, porque salen de sí los afectos y la razón se desvanece con la gloria.

L. Pfandl cuando quiere sintetizar quién era Quevedo en su interior y en su profundo sentimiento:

Constante en las continuas alternativas: dichas y desdichas.



chas, éxitos y persecución. Espíritu agudísimo y suave, dulce en las burlas y en los versos grave. Pesimista, burlón, atrevido, severo, reflexivo, pensador cristiano, creyente como un niño, con la mirada fija en la otra vida, despreciador de la presente. (124)

El rasgo enérgico, el tono realista, desdeñó de lo abstracto, para dirigirse a lo ético.

No se contentaba su alma con los hechos realizados a su alrededor, con verlos transcurrir como circunstancias que golpean el espíritu, sucesivamente sin dejar huella de su paso. Su temple de moralista se abría a serios interrogantes y a cuestionarse sobre los acontecimientos, sucediéndole a menudo que eran más las preguntas que se apuntaban en su interior, que las respuestas que podía ofrecer y que sólo lentamente podía responder.

Quevedo tuvo que elegir y por tanto renunciar a dar contestación a todo. La parte de verdad que pensó alcanzar, creyó que incluía a aquellas preguntas básicas en la vida del hombre, con cuya respuesta pensó que podría dar seguridad al caminar prospectivo del hombre.

Sienten los hombres, cara al polvo en que quedan convertidos después de la vida, necesidad de apoyo, esperanza y seguridad acogedora, para poder reposar quietamente en algo reconfortante, para alcanzar ya ahora pacífico sosiego.

El ignorar en qué circunstancias se halla hace zozobrar al hombre de hoy, de ayer y de siempre y, el darle un asidero de certidumbre es un apoyo que lo salva. El ansia anhelante, la agitación interna vertiginosa le conmueven cruentamente; le agitan mezclándole con el torbellino de los sucesos exteriores, en los que no obtiene ni paz, ni consuelo, ni dominio, porque sólo por el gobierno y seguridad interior se puede hacer señor de sí mismo.

Quevedo escribió sus obras alrededor de los momentos concretos vividos y en vez de proyecciones universales y abstracciones infinitas, para nadie, fueron soluciones concretas para sí y para los hombres de su tiempo.

Al escribir la "Cuna y Sepultura" tiende a preparar al hombre para la muerte desde la cuna, mostrándole la vanidad de las cosas terrenas, revelándole los verdaderos bienes, librándole de los falsos terrores de la enfermedad y sufriendo to inútil de la muerte.

"Antes empiezas a morir que sepas qué cosa es vida y vives sin gustar d'ella porque se anticipan las lágrimas a la razón". (125)

El resultado es que lo ético y lo ascético se vinculan y complementan en una sola y misma dirección: Preparar un camino más perfecto para el hombre y su vivir que reconozca su origen y que no olvide el final. De esta manera coincide tan frecuentemente su pensamiento de la muerte, con su pensamiento ético.

Si soy pobre en mi vivir  
y de mis males cautivo,  
más pobre nací que vivo  
y más pobre he de morir. (126)

En el principio de esta obra citada, hace un análisis profundo y trascendente que confirma plenamente cuanto venimos diciendo y que nos introduce en un nuevo aspecto de su temple ético-ascético cristiano: Está en mano del hombre preparar, buscar, y hallar el camino de perfección pero en definitiva no será el hombre quien perfeccione; quien perfeccione na es Dios. La radical creencia del hombre postula la intervención absoluta de Dios, en Quevedo.

"Pues siendo cierto que caben grandes cosas en el entendimiento humano, es más cierto cuán pequeñas son las que se

le embarazan con la estima de las que sólo le merecen desprecio.

Alma eterna semejante a Dios tiene; mas no la tiene ni la trata como a semejanza de Dios ni como a eterna, mientras la hace seguir al cuerpo y olvida por cualquier apetito".(127)

Los acontecimientos, que constituyen la complicada red de cuanto nos rodea, necesitan ser iluminados por luces de ideas que lleguen, quizá, a pasar de mera letra y amontonamiento rígido de conceptos, para que se conviertan en consuelos vivificantes en medio de las inquietudes del vivir humano.

Para que pueda darse cuenta el hombre en un instante, cuando se acerca al mundo superior y transcendente, cuál es su situación y su historia; percatándose de su pasado y calificacando debidamente su origen, puede hallar sentido a la vida y confortamiento para soportarla.

#### 1.4.2. La última etapa del camino

Conviene presentarse ante los vaivenes, contradicciones y distintos humores, cuál de ellos fue el verdadero, originador de Quevedo.

Quevedo se calificó de "hombre dado al Diablo y prestado al mundo" ¿Se puede encender vela a Dios y al diablo al mismo tiempo?

Cuando él se presenta ... "malo y lascivo, escribió cosas honestas; y lo que más siento es que han de perder por mi su crédito, y que la mala opinión que yo tengo merecida, ha de hacer sospechosos mis escritos"...

¿Es que tuvo mala conciencia? ¿No puedo hacer lo que quiso? Entonces sus arrepentimientos son más valiosos que sus delincuencias. Pecar a solas, lo que hacía reír al pueblo, es doloroso y desengaño. Conciencia de culpa y dolor de arrepentido, el traductor de los trenos jeremíacos.

"El que se burla, a veces, se confiesa", decía Gracián; si lo aplicamos a Quevedo ¿Qué hay que descontar en la burla y el humor quevedesco para encontrar la confesión?

Francisco de Quevedo fue tímido fundamentalmente, ¿Tuvo alguna vez en quien apoyar la cabeza y llorar?

Si tomamos el pulso a la efusión afectiva, a varias conclusiones podemos llegar en una observación psicológica sencilla:

Sus versos de amor nunca llegan a entregarse del todo. Se pierden en la orfebrería tejida de oros riquísima -¿Es como un desafío a la lengua a decir lo que él dice? ¿Es un suspiro abreviado que no llega a aclarar lo que quiere?

Sus largos títulos a los sonetos son como meditaciones para impedir el paso.

Hay como un temor que se escape lo que parece fugaz, sien



do así que se proclama eterno el amor.

- Hacia una unidad vital de estilo quevediano -

Es fácil encontrar en autores, que se ocupan de Quevedo, y critican o analizan su pensamiento, afirmaciones sobre la contradicción interna, el claroscuro, la contrariedad y la ambivalencia frecuente. Quizá se puedan hallar elementos en las obras de Quevedo que fundamenten las razones que por los que lo hacen, pero también puede ser cierta y fundada esta afirmación: "En Quevedo se recorre una unidad de estilo-vital que da unidad a toda su obra que puede justificarse plenamente."

Sobre 1633, en el prólogo a "la cuna y la Sepultura", confiesa llanamente: "Siendo bastantes mis ignorancias para culparme, la malicia ha añadido a mi nombre obras impresas y de mano que nunca escribí. No deja de ser nota mía el ser tal que si me puedan achacar semejantes tratados" (Prólogo Cuna y Sepultura)

Sin dejarnos sorprender por su apacible humor, es muy posible encontrar en Quevedo de los años 30: lastimado, perseguido, entrando en una ancianidad prematura, una conciencia que sin alterar el pasado, lo ve con reflejos vivos, y desapasionadamente sereno, juzgando su ayer de aventuras y desventuras y dando unidad a su pensamiento ético profundo.

¿Se puede hablar de desdoblamientos, de dobles personajes, de contradicciones? ¿No será por el contrario una diacronía; una evolución; pesimista existencial sí, pero ni contradictoria, ni escética o de teatro premeditado?

Continúa confesando y justificándose en el citado prólogo:

"Conténtense con el mal que me hacen en obligarme a padecer la penitencia de mis yerros, imprimiéndolos de miedo

que no me los aumenten, escogiendo por mejor el padecer su reprehensión vivo que su venganza muerto". (128)

¿Conversiones de Quevedo?. Posibles, auténticas conversiones, aunque no podamos demostrar la persistencia y la realización de todos sus buenos propósitos.

Búsqueda ardiente y doloroso desengaño.

En su retiro de Villanueva de los Infantes, en compañía de curas del pueblo y gentes lugareñas, se apaga lentamente en el olvido de todos.

Para Alfonso de Cossío y Corral este soneto que tiene evidentes muestras de ser amoroso, sería por el contrario síntesis de la lucha por la búsqueda de seguridad y asilo en las cosas, seguridad y refugio que al no ser hallados se convierten en la última lección de la futilidad de los seres.

Quevedo no habría aprendido esta lección por la ascésis normal y por camino corriente, digamos, del ermitaño del desierto que doma su cuerpo con cilios, abstinencias, disciplinas, y destruyendo las tentaciones con la oración, raciocinio y templanza, aunque voluntario o forzado a veces, el sistema haya estado presente en su vida. El camino de Quevedo es inverso y salpicado de dolorosos desengaños, pruebas, escarmientos. El camino es contrario, no contradictorio, pero la meta puede ser común, los efectos parecidos y las aspiraciones semejantes.

A fugitiva(s) sombra(s) doy abrazo(s)

..... (129)

El drama de dolor y contradicción es lógico: Un dualismo, cuerpo-alma se plantea en profundidad. Los sentidos se saturan de la vaciedad de las cosas, de la insatisfacción que no pueden dar y sin embargo no se amoldan ni se resignan, no se acostumbran, ni avienen a verse privados, a cerrarse

sobre sí mismos, vacíos e insatisfechos, sin nada que abrazar. No hay nada que haya crecido dentro y que llene el vacío y el alma se escapa y encabrita, huye por las ventanas, ansiosa de abrazar el mundo con el fuego. Veamos la situación psicológica y la descripción maravillosa de un proceso ascético de purificación, en la lección de la futilidad de las cosas:

Las cosas son: - fugitivas sombras, - pesados sueños, - (nubes que pasan), - imágenes vanas.

Las acciones que desarrollan: - dar abrazos, - soñar, sueños cansados, - luchar a solas sin cesar, - sudar tras la lucha, - porfiar con nueva fuerza, - seguir, alcanzar, correr.

Muchas acciones para no conseguir nada: sombras, sueño, imagen vana, nada. Se resuelve en humo la apariencia de las cosas.

Por la gula y los hartazgos... ...a los hastíos; por la lucha brazo a brazo con los pícaros... ...a la experiencia por el desamparo de los mendigos... ...al aprendizaje de la conformidad.

A D. Francisco le atraía la figura de Job, maltrecho, de smparado de Dios y de los hombres, rebelde y reflexivo, religioso, y trascendiendo todas las cosas de este mundo; y tienen mucho de este Job doliente, escarmentado, que pide cuentas a Dios y a cuantos le rodean, los mendigos, pordioseros, pícaros y miserables que no conocen más ley que la necesidad; al sol las llaqas de sus andrajos y dejando el tiempo resbalar sobre su vida, oponen al dolor la buena cara y sin más valedor en el abandono de todos que el propio ingenio.

También ellos se rascan la sarna con un tejo. La filosofía de la picaresca no es una exaltación de desarraigados

ni la apología del pecado y la frivolidad, la pereza y la vida vagabunda. Por el contrario es una filosofía ética del escarmiento, de la experiencia, del aprender práctico y a la conformidad con los bienes y los males, lo mismo que Job. Compárese este texto de la Constancia y paciencia del Sto. Job, con la reflexión precedente:

"Lo primero es de advertir que ninguna cosa que da Dios es mala, y que aquí llaman males, no los que lo son sino los que los hombres disfaman con este nombre. Llamamos bienes, riquezas, posesiones, estado, familia, palacios, sucesión y salud y males al carecer de todo eso. A Job le quitó todos aquellos bienes para darle pobreza, soledad, desprecio y enfermedades asquerosas. Que estos son bienes dándolos Dios, los sucesos cada día lo enseñan". (130)

Amar la vida, después de esta ascesis purificadora, tratar de contener el reloj del tiempo, para que no resbale, tratar de elevar el propio cuerpo a la inmortalidad, estos son los motivos de los últimos gritos de la ascesis quevediana.

Será conveniente el famoso soneto: Amor constante más allá de la muerte: "Cerrar podrá mis ojos la postrera"; Alfonso de Cossío encuentra en el después de tantos como lo han traído y llevado, (131) el diálogo dialéctico de ascesis más profundo sobre las ansias de inmortalidad.

La transcendencia resurreccional del hombre completo, persona purificada y elevada es indispensable.

Su pobre cuerpo deshecho, por la gota, el reuma, sus ojos miopes, sus pies medio cojos, patizambos, y sus manos largas y atormentadas, no pueden quedar así perdidas y en eterno abandono; el que tanto ha sufrido, porque tanto ha amado, para que cada sensación sobrepase el engaño, para que no se convierta en una eterna nada inoperante y sin mo-

tivo.

La fe de Quevedo que sobrepasa el estoicismo que es la misma creencia religiosa en la resurrección de los místicos, de Job.: "creo que he de ver a mi Redentor"... Donde la resignación se transforma en esperanza; donde la fe se convierte en conformidad; donde el anhelo profundo encuentra su objeto, en la glorificación del polvo a quien transfigura en el fuego del amor.

#### Sentido de lo ascético en Quevedo

Se puede afirmar que el Renacimiento privó sobre el Barroco en un dominio de lo imaginativo y lo "irracional". Lo pe caminoso era lo fantástico. Las tentaciones peligrosas eran sueños y fantasías. En el barroco lo peligroso son los sentidos corporales. La ascética que se imponía correspondería al género de enemigos contra los que tenía que luchar, frente a un humanismo pegadizo, se planteó una concepción cristiana de fondo. Frente a la tentación del barroco, se impuso una reactualización de espíritu, de cruzada profética y de renovación de la moral.

Como si la herencia de un pueblo conquistador y de soldados se enarbolase como signo nuevo de atracción. Los últimos girones de la milicia de los campeones europeos, que llevaron redención y defensa de la verdad cristiana.

Quevedo conecta perfectamente con este espíritu del barroco y da uno de los sentidos que marcan su ascética y moral, junto con el "arte de nunca llegar", o el amar más el camino que la posada; caballero cuyo destino es cabalgar y no habitar en las posadas. Se retiene y entretiene en los adornos y volutas sin fijarse en la cubierta y en la casa que construye.

Pero advierte M. Amadée, que este espíritu caballeresco

cohonesta con una extraña posibilidad hoy: la axiología de las virtudes privadas carece de importancia:

"Les spagnols, en somme, se sentent mobilisés plus que jamais dans "la milicia de Dios" tenus de veiller et de se battre au besoin pour leur foi.

Or quand on se bat, tout est simplifié: Il n'y a plus que le devoirs et l'honneur du soldat, la fidélité et le courage. Les vertus privées ont moins d'importance" (132)

Constituye una especie de nuevo semipelagianismo en el que la teórica sublimación ~~de~~ catártica de unos valores indudables, pero no todos, ni los absolutos y definitivos, eximen por superación supuesta de las pequeñas cosas de casa, de las virtudes del hogar, y que al verse desatendidas se vengán, destruyen y derriban.

La concepción del espíritu religioso del barroco por sobresaturación, produce un decaimiento en el temor de Dios. Una familiaridad excesiva con el absoluto, origina una especie de fianza del amigo para largo.

De nuevo M. Amadée pretende darnos una explicación de esta proclividad psicológica: Por pertenecer a Cofradías, por llevar dijes y medallas, visitar templos y frecuentar romerías, ser devotos de las mil imágenes dramáticas que proliferan en todo lugar, dar limosna y contribuir al adorno del culto majestuoso, constituyen una especie de seguro que tranquiliza sobre el porvenir, amortigua el temor de Dios y permite pecar tranquilamente. He aquí sus propias palabras:

"C'est peuple d'images traïques mais inoffensives, qu'on habille d'étoffes qu'on pare de bijoux, qu'il suffit de tourner la nez au mur, si l'on est gêne par le regard, pour pécher tranquillement il ne serait pas surprenant qu'il ait contribué à diminuer la crainte de Dieu" (133)

¿Es suficiente explicación, para saber todo el sentido de

la ascesis quedeveresca?

¿No queda comprometida, cuando observamos su fortísima tensión enfrentada a estos vicios de su época?

¿No queda aclarada su oposición radical y personal al manifestarnos su arrepentimiento, autoconfesión y el llanto por haber truncado su camino ascendente hacia el modelo ascético?

No es suficiente explicación a un nivel cultural específico y fuertemente matizado. No puede ser motivo aclaratorio para personajes concretos como un Lope, un fraile de Yuste o Francisco Quevedo.

La tercera razón que esgrime M. Amadée tampoco decide nada: "Los altos personajes no daban buenos ejemplos en este campo" (134). Aparte que la abundante literatura sobre estos temas, publica y abulta una malidad existente y común a todas las épocas, no hace más que confirmar el segundo sentido, que la temática ético-ascética de Quevedo tomó movido por estas circunstancias: Cargar con un profetismo reivindicado de esencias, de claridades y autenticidad, aunque a veces le costase caro, y tuviese que sufrir las consecuencias de un profetismo popular y sin compromisos.

Quevedo reivindica constantemente la vida como milicia.

Un sentido bebido insaciablemente de dos grandes fuentes de alimentación de Quevedo: Séneca y S. Agustín, conocidos, traducidos, admirados y amados, los trae constantemente en la intención :

El hombre tiene que luchar, para buscar el cauce que supere su cuidado, el quehacer y las cosas y las preocupaciones, que le oprimen, ahogan y aprisionan.

Su vida tendría que ser un continuo depurarse en la lucha que tienen emprendida por desarraigar los vicios. Esta concepción original de caída y necesidad común de lucha, para

superarse, lleva consigo un sentido ascético transcendente.

Para E. Gregores, Quevedo no llega a tener la libertad de los hijos de Dios, sino la de un amargado prisionero, resignado con sus cadenas o la de un Prometeo enano, que logra moverse entre ellas. Detrás de la cortina de su cárcel se va de una parte a otra como si fuera libre, pero se trata de una mueca y una desesperada ironía de aparente libertad.

Su concepción del mundo, continúa, no es una cárcel al estilo platónico sino al estilo de Kafka (135)

Sobre su vida y su muerte es precisamente donde Quevedo nos da el tono de su personalidad y su realización ética definitiva que termina en realización ascética.

Aunque creemos que su manera de ver, pensar y hablar de la muerte es un principio fundamental de su pensamiento ético, por eso le dedicamos un capítulo entero, es necesario adelantar aquí, algo como síntesis que haga ver su realización en cuanto a personal complemento de su ideal ético-ascético, porque contribuyó desde su manera de enfocar la muerte.

Su enfrentamiento con la muerte: ¿como hombre?, ¿como estóico?, ¿como filósofo y cristiano?

Su perspectiva es simplemente humanista, por lo que rebasa la frontera de horizontal de un "Ars moriendi", o sea: de un arte o ciencia capaz de amañar el fenómeno cotidiano e insoslayable de la muerte, a base de superar sistemáticamente el tabú y las conductas obsesivas ante el morir o el sufrir.

Los objetivos que se pretenden conseguir en Quevedo son una especie de educación tanatológica, que se concentran en la máxima aceptación posible de la última enfermedad, reduciendo también al máximo, la tanatofobia o miedo que se tiene a la muerte, como algo que se ha de tener por algo irra-



cional.

Entre los medios recomendados en todas sus obras podríamos destacar la familiarización diaria, continua, con el dato escatológico del propio y del ajeno tener que morirse. Por ello intenta la creación de un nuevo sistema de comunicación sobre el tema; su forma más espontánea es el lenguaje. De ahí que se inicie al hombre en una pedagogía de autoexpressión de fenómenos de privación, de pérdida de ausencia o cualquier fenómeno considerado como frustración, para facilitar así la transferencia en el caso ulterior de la muerte de un ser querido.

Esta metodología está presidida por muchos principios auténticamente psicológicos: los que suponen una evolución de la imagen de la muerte o a lo largo de las diferentes etapas vitales, así como la posible repercusión en los períodos de cambio de la vida del individuo.

Pero es interesante que esto se haya hecho no desde una perspectiva única y exclusivamente humanística, sino coincidiendo desde una doctrina ascética.

Es cierto, sin embargo, que en el caso de Quevedo no nos podemos quedar tranquilos de decir que sea solo una mera tanatología lo que pretende. Su verdadero objetivo, lo que realmente pretende, más que una ciencia es la auténtica sabiduría del morir. Se trata de una tanatología-soterológica, porque quiere que se inserte en la muerte redentora de Cristo y en la energía de su resurrección, se abre a una esperanza cristiana abierta a una posibilidad eterna.

Precisamente por esto el sentido soteriológico de la muerte y de la pasión y de la ascética que la contemplan, que la preparan y que la soportan, donde verdaderamente se soportan los estigmas y donde verdaderamente se participa en el conmorir es en Cristo (136), mucho más que él la ascesis huma

nista, estóica o del tipo que sea.

Ciertamente la fe cristiana no es suficiente, muchas veces, para suprimir el miedo a la muerte y aún en algunos casos puede provocar un deseo incluso impaciente de llegar a ella. (137) Lo que sí es cierto y pretende D. Francisco, quizá, es que la fe y la ascética pueden preparar sin duda alguna a superar una angustia obsesiva ante la propia muerte, ante la urgente y actual necesidad de morir, desterrando radicalmente cualquiera de sus tabúes.

Todo esto nos permite asegurar que en Quevedo se da una especie de tanatosofía cristiana que, desde luego, supone la superación de la distanasia y de todo tipo de eutanasia impaciente y titánica. Viviendo entre la espera y la esperanza el hombre debe saber que su muerte es solo un "tránsito".

Aceptando éste morirse confiado lejos de todo estoicismo y de todo suicidio realiza ya en vida una muerte que según él es entrar en el comienzo de la verdadera sabiduría, una sofía soterológica.

Quizá esto le permite a D. Francisco confesar personalmente: (escribiendo a un amigo) (138):

¿Cómo puede temer la muerte quien no teme el haber nacido? Y quien teme el haber nacido ¿por qué teme la muerte?  
¿Como puede dolerse de morir quien se alegra de ser hombre?  
¿Que razón halla el hombre mortal de ser lo que es?  
¿De que sirve temer lo que no se puede evitar? fuerza es que quien teme la muerte tema la vida, porque toda la vida es muerte".

En otra carta que dirige a Antonio de Mendoza sintetiza su asimilación de cuantos personajes le han servido de modelo en una realización de su personalidad ética y ascética, principalmente en la superación del camino de la muerte:

"Hizo mi amigo ya su personaje: dióle Dios papel corto;

acabó en pocos años; desnudóse la ropa del cuerpo, dejola en el vestuario de la tierra, y descansa ya del oficio trabajo; que así como dice S. Pablo, "pasa la figura de este mundo". ¿Murió? No; pasó a mejor vida, trocó la vida por la muerte. ¿Murió? No, acabó de morir, que cuando nació comenzó a morir... Ya sabe lo mucho que la muerte esconde. Desnudóse el vestido que no había menester, soltó los grillos para volar: que eso fue dejar el cuerpo en la sepultura" (139)

Esto sencillamente querrá decir cuando, en la canción del escarmiento, nos propone una predicción de su muerte después de todas las luchas pasadas. (140)

"Lléenos de paz serena mis sentidos,  
y la corte del alma sosegada,  
sujetos y vencidos  
apetitos de ley desordenada,  
por límite a mis penas  
aguardo que desate de venas  
la muerte prevenida  
la alma que anudada está en la vida,  
disimulando horrores  
a esta prisión de miedos y dolores  
a este polvo soberbio y presumido  
ambiciosa ceniza, sepultura  
portátil que conmigo la he traído,  
sin dejarme contar hora segura." (141)

NOTAS AL CAPITULO I

1. Cfr. A. REYES Páginas escogidas, Madrid, 1876, Ed. Calleja, pág.1
2. ALFONSO REYES O.C. Pág. 309
3. En Quevedo podremos ver esa capacidad de trascenderse a la pérdida de la entidad total, que llaman hoy los existencialistas, aceptando con libertad y fortaleza el morir para evitar la caída en el inauténtico: "uno cual quiera".
4. RAFAEL ALBERTI: Conf. Rev. Universidad de Murcia. 1967, Pág. 85 y ss.  
 Quizá es necesario comprender los acentos poéticos de D. Rafael Alberti en el elevado sentido que él les ha querido dar. Pero ciertamente los cuadros de la Corte de Felipe III y Felipe IV de Velázquez confirman ese tono de tristeza de apagamiento, de triunfos y de estar avocados a la muerte que los desastres históricos, políticos cuentan.  
 El cuadro de las lanzas de la Rendición de Breda o las Meninas lejos de ser alegría, gloria, lujo, o dominio de la monarquía parecen hechos palaciegos de seres tristes que tienen una nostalgia de grandeza perdida...
5. O.C. v. Pág. 5
6. O.C. v. Pág. 140
7. O.C. v. Pág. 842
8. A finales del siglo XVI pusieron de moda, a imagen y semejanza de las de Italia, numerosas academias en las que se comentaban asuntos literarios, políticos, moralmente ilustrados, muchas veces, por la vena satírica. Allí se formaban amistades y también se recibían disgustos.  
 El hecho de que en 1612 existiese en Madrid la llamada Academia "Salvaje" (por ser su presidente Francisco de Silva) hizo pensar al Sr. Fernández Guerra, que este memorial de Quevedo fuese escrito por esta época, no obstante el Sr. Astrana Marín retrasa la fecha a 1608 ó 9, por la permanente estancia de D. Francisco en la torre de Juan Abad, por los días de 1612.
9. O.C. prosa pág. 88

10. O.C. v. Letrillas satíricas pág. 702

11. Según ASTRANA MARIN hacia 1603

12. En O.C. v. pág. 692

13. O.C. v. pág. 1095

14. O.C. poesía pág. 1095

15. J.M. BLECUA, propone un comentario ingenioso y magistral, comparando esta autodescripción, que se podría atribuir a un Padre del Yermo, con el soneto que comienza:

"Señor D. Juan, pues con la fiebre apenas  
se calienta la sangre desmayada,  
y por la mucha edad, desabrigada,

tiembla, no pulsa, entre arteria y venas;...O.C.pg.3

Pero más bien tendría que hacerse un careo meditativo con uno mismo, por lo aleccionador que resultaría, por una parte, y por otra para distinguir la síntesis, tensión e intensidad, que aventaja la poesía a la prosa, principalmente con la envoltura de los signos, símbolos y con la inefabilidad poética, más la carga conceptual y metafísica.

16. No puede ser nuestro propósito elaborar una biografía y menos justificar todos los datos. Aducimos solo aquellos que nos parecen indispensables para valorar las afirmaciones que en el conjunto del trabajo hacemos, para confirmarlas, o que sin ellas nos parecerían incompletas.

17. TARSIA, su primer biógrafo, como si intentara favorecerle, omite lo de sus "narices" mayores que lo normal y descritas por él mismo y retratadas por muchos:

"De narices no me quejo      la boca tampoco es rana  
que buen pedazo me dió,      que si me río, por Dios  
para que caballo fuera      que del puente toledano  
del espejo de Arión.      parece el ojo mayor".

(Vida de D. Fco. G. Madrid 1663)

18. Citado por ASTRANA MARIN; "Ideario de Quevedo", el cual añade por su cuenta estos datos: A pesar del color moreno (le asigna el biógrafo que no le llegó a conocerle) de su matrícula en la universidad de Valladolid consta que era rubio, textualmente barbirrojo, como Cervantes, (de este color, que dicen, es el color de los

genios.

19. Cfr. A. PAPELL. Quevedo, su tiempo etc. Barcelona 1947  
pág. 218
20. En torno a la fecha de ejecución de ese retrato hay una pequeña polémica que, tal vez, no es este el lugar de dilucidar y discutir. Florencio Janer afirma que es de 1635, quizá porque en este año escribió Quevedo los cuatro tratados: muerte, pobreza, desprecio y enfermedad, en forma de cartas dirigidas a diferentes personajes. Lo cierto es que la edición Príncipe de esta obra póstuma, aparecieron en Zaragoza en 1591, bajo el título de virtud militante contra las cuatro pestes del mundo y cuatro fantasmas de la vida, aunque se sabe muy bien que la publicación de los tres primeros tratados es anterior a 1634. ¿Acaso el retrato no fuera, en principio, relacionado con la edición de sus obras?
21. Cfr. DUQUE DE MAURA. Conferencias. pág. 41. Ed. Calleja. Madrid 1943.
22. Esta circunstancia de su vida, de capital importancia, será destacada y analizada en el apartado siguiente.
23. SOLER CAYETANO. Retrato psicológico. pág. 25. Ed. L. González. Barna. 1898
24. GONZALEZ PALENCIA. "Tercer centenario".pág. 43. Madrid 1976.
25. Carta a D. Manuel Serrano del Castillo. 16 agosto 1635. Ed. Madrid 1941. pág. 1951.
26. O.C. poesía pág. 4 (Representase la brevedad de lo que se vive y cuán nada parece lo que se vivió).
27. No queremos, naturalmente, citar a los autores extranjeros; solo copiaremos las palabras de Hume, que califican el Imperio español de "prodigious national imposture"; ficción, "que permitió a España dominar al mundo por su simple fuerza moral, sin la ayuda de poder material alguno" (Hume)
28. Las imprecaciones contra la ociosidad son muy frecuentes en los tratadistas y cronistas de la época. Así Moncada: "la ociosidad y holgazanería es vicio de españoles, bien conocido de los extranjeros". "En Casti-

tilla hay muchos holgazanes", exclamaba Fernández Navarrete. Y Caja de Leruela: "La ociosidad, engendro lujuriente de la paz y prosperidad, que también el sol engendra monstruos, ha introducido males perniciosísimos al bien de estos reinos, y muchos quieren sea el fundamento de las necesidades referidas y el fomento de cuantos trabajos aflojan a esta República. Hay otros muchos.

Ségun las Nuevas de Madrid, en abril de 1637 había en la corte 1300 pobres "legítimos e impedidos y 3300 que piden limosna. El Doctor Pérez Herrera declara, al final del reinado de Felipe II, 80000 mendigos sólo en Castilla: uno's decenios después, Laborde publicó una estadística que arroja 125000 religiosos, 478000 nobles ociosos y 276000 servidores de éstos.

29. Otra consecuencia de esa actitud del español, clave de la psicología de su decadencia, es la pérdida del espíritu de sacrificio, de la fe en el ideal generoso; la muerte, en suma, del quijotismo.
30. Rasgo característico de la época fue también la fe religiosa; profunda y pura en muchos, pero en otros deformada por la represión oficial; y por ello derivada fácilmente hacia el fanatismo o extraviada hacia los errores y las sectas más absurdas. La devoción externa era, en general, mucho mayor que la profundidad del sentimiento religioso. Era dolencia universal, es cierto, y no sólo en España; pero acaso en nosotros más intensa; y de influjo especialmente, morboso en la evolución del alma nacional.  
(Las notas se explican igualmente por D.G. Marañón).
31. Cfr. EL CONDE DUQUE DE OLIVARES. Síntesis del ambiente social del s. XVII pág. 218 y ss. Ed. Madrid 1956.
32. S. KIERKEGAARD. "Post scriptum" Ed. Guadarrama 1954. pág. 97.
33. Cfr. Carta sobre el humanismo. Ed. Taurus. Madrid. 1966. pág. 56 y ss.
34. Cfr. DIAZ PLAJA. "El tiempo en Quevedo". Ed. Barba. 1940.
35. O.C. (verso) p. 63: "Advertencia a España de que así como se ha hecho señora de muchos, así será de tantos enemigos envidiada y perseguida, y necesitada de continua prevención por esta causa".

36. O.C. (verso) p. 81: Ruina de Roma, por consentir robos de los gobernadores de sus provincias.
37. O.C. (verso) pág. 87.
38. Hubo en esta época un gran despertar del anhelo religioso, auge de los cultos orientales, predicación callejera de desbordada superstición y corrupción de costumbres; Luciano se imitó y tradujo en los ss. XVI.  
Cfr. el estudio Bulletin hispanique: LII (1951) 301-317. LIV (1952) 370-385, LV (1954) 388-395
39. El mundo por dentro O.C. pág. 196
40. Cfr. DUQUE DE MAURA. "Conferencias" IV centenario de su muerte. Madrid. Ed. Calleja 1946. pág. 16.
41. Pedro era el hermano mayor. Francisco tuvo cinco hermanos: Margarita, casada con Pedro de Aldrete; María, muerta en la infancia y Sor Felipa de Jesús, carmelita descálza.
42. Más tarde aprendería la redacción de la vida de Sto. Tomás de Villanueva.
43. Su pariente y tutor remitíale seiscientos ducados. Los cobraba por libranza de su madre y por conducto de un avariento que nos dejó escrito en las "Cuatro pestes del mundo": Avaricio. Cfr. OC. prosa. 1269. "Yo conocí un avariento; perdónole el nombre, porque le conocieron otros muchos".
44. Acuchillado el 21 de Agosto de 1.622 en Madrid.
45. 301 en O.C. pág. 311.
46. O.C. pág. 1095.
47. Cfr. SEGUNDO SERRANO P. "Los enemigos de Quevedo". Anuario de Filosofía de Maracaibo 1963 (235-51).
48. JOSE M<sup>a</sup> SALAVERRIA. Quevedo, obras satíricas y festivas: (Clásicos castellanos) vol. 56, pág. 9.
49. No solo en su afán de estudio, de curiosidad y de relación con los personajes más cultos de su tiempo.
50. Cfr. o.c. pág. 134



51. Ver MIGUEL ARTIGAS: "Don Luis de Góngora y Argote", Madrid 1925, pág. 191, 366 y 369. El mismo Papell oc. en 135 y ss. y también de Miguel Artigas: "Semblanza de Góngora". Madrid 1928, pág. 60.
52. Cfr. Boletín-Real Academia Española, "Las almas de Quevedo" (1946) 294.
53. Las Meninas, BUERO VALLEJO, Ed. Escelicer. S.A. Madrid, 1972 pág. 46.
54. Cfr. Boletín Real Academia Española, pág. 294 de 1946 "Las almas de Quevedo).
55. Cfr. L. PFANDL: Introducción al siglo de oro. Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII. Pág. 50 y ss. Barcelona 1929. Ed. Araluce.
56. Al llegar el príncipe a los 19 años requirió el rey (Felipe II) un informe a cerca de las condiciones naturales de su hijo, de su preceptor D. García de Loaysa: "El príncipe era un ejemplo de raras y excelentes cualidades, pero por desgracia demasiado pacato y encogido...
57. Del Panegírico a la Majestad del Rey nuestro Señor Don Felipe III en la caída del Conde Duque de Olivares. O.C. p. pág. 947..
58. Se ha dicho con una ironía más o menos desorbitada que cumplió el lema de la moneda andaluza: "Felipe IV fue un Hércules para el placer". Lo cierto es que en los primeros meses de su gobierno dió muestras de entereza y severidad e hizo concebir esperanzas de voluntad férrea y conciencia del deber: Hace procesar al Duque de Osuna por irregularidades en el Virreinato de Nápoles. Destierra de la corte al Inquisidor Gral. Luis de Altaga. Manda ejecutar al Marqués de siete Iglesias. (D. Rodrigo Calderón). Manda hacer inventarios de sus bienes a los funcionarios de la Justicia y Administración... pero elevó a Grande de España al Conde-Duque de Olivares, D. Gaspar de Guzman, privado y valido venal que gobernó al Rey a su antojo. A. Brunel en 1655, al recorrer España pudo escribir: *Yl n'y eut jamais de prince qui se laissait gouverner plus absolument par ses ministres que celui c'y*".
59. Cfr. Grandes anales de quince Días de D. FRANCISCO DE

QUEVEDO. O.C. pág. 730. Escrita en 1621, refundida en 1636. No se publicó hasta 1788.

60. Podiérase probar hasta la veracidad, este carácter levítico: por los historiadores, por los investigadores, por los embajadores extranjeros y sus testimonios que lo declaran, con el alegato de las pragmáticas, ordenadoras de la vida social... Pero creemos que esta crítica histórica no se nos exige en esta demostración.
61. "Grandes Anales de quince Días"... O.C. Ed. Rivad.I, pág. 212.
62. Su título completo sería: Historia de muchos siglos que pasaron en un mes, memorias que guarda a los que vendrán". La firmó el 16 de mayo de 1621.
63. No se imprimió durante su vida esta obrita y paso de mano en mano entre sus amigos. Hay diferencias justificables entre los manuscritos, porque, tal vez, los optimismos iniciales hubieron de ser corregidos posteriormente.
64. O.C. pág. 731. Las inesperadas crueldades del Conde Duque, le harían rectificar estas expresiones.
65. "El entretenido, la dueña y el soplón" O.C. p. pág.225
66. "La hora de todos y la fortuna con seso" O.C. p.258
67. Idem.
68. Cfr. en este entusiasmo popular por la caída del Conde Duque.

#### Llantos alegres

Requocijos tristes, de las señoras, mujeres de la Corte, a la Reina nuestra señora: Alusión a los gritos de Madrid, con el mismo tema, y asonantes. Segunda parte.

Ven adorada Emanuela./ crédito del Orbe, ven/ a enjugar de tanto llanto/ los ojos del padecer./ Ven Señora, ven,/ a ocupar tu Solio Augusto,/ que ya elevado se ve, Ven,/ Ven que con tu Real presencia/ tu pueblo, espera volver/

69. MARIA DE ZAYAS, Desengaños amorosos. Parte segunda del sarao y prólogo de Agustín G. de Amezúa y Mayo (Madrid: Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles.1950)pág.176-7.

70. MARIA DE ZAYAS, Novelas amorosas y ejemplares, edición y prólogo de Agustín G. de Amezá. (Madrid: Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles, 1.948), pág. 241-2.
71. Entre los muchos que podríamos citar hay obras de Luque Fajardo, Pérez de Herrera, Alonso de Carranza, Ximénez Patón, Juan de Soto, Tomás Ramón, Fr. L. de Miranda... etc.
72. En 1618, se creó esta junta.
73. Pues ha de tenerse en cuenta sus estudios de Filosofía, Moral, Teología, Física, Medicina, Ciencias Sagradas, Historia, Lenguas, etc.
74. JULIO CEJADOR. Anotaciones a los Sueños pág. 165.
75. No faltaron en el camino del infierno muchos eclesiásticos y muchos teólogos, ve algunos soldados, pero pocos que por la otra senda iban en hilera ordenada y honradamente triunfando... (Sueño del Infierno).
76. El título completo es: " Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita a D. Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, en su Valimiento". Según el Cancionero Antequerano, III f. 334. Seguramente es anterior a 1628 y es posible que se pueda datar en 1624.
77. Remitimos a su intención moralizadora retratada en estos versos que se analiza más adelante.
78. O.C. verso, pág. 147.
79. Las traducidas por Quevedo fueron: V, X, XXXI, XXXII, XLI, XLII, XLIV, LIV, CV, CX, CXVI
80. Cfr. Clasificación de los poemas en Ed. Planeta, obras en verso.
81. Hay que tener en cuenta que muchos de sus sonetos a túmulos, sus epitafios y sus sátiras, no son nada más que diferentes circunstancias para verter su pensamiento ascético-moral.
82. A. FERNANDEZ GUERRA - Prólogo al tomo XXIII de la Biblioteca de AA. EE. pág. 21 y ss.

83. L. PFANDL: "Historia de la Literatura Nacional española de la Edad de Oro" - Traducción de J. Rubió Balaguer - Barcelona 1933, pág. 308.
84. M. TICKNOR se refiere a las descripciones de la vida del Buscón y particularmente a la burla que hicieron los estudiantes de don Pablos por nuevo en Alcalá. Ni la religiosidad, ni sabiduría de don Francisco, y mucho menos la suspicacia de la censura, lo hubieran permitido.
85. E. MÉRIMEE, Essai sur la vie et les oeuvres de fco. de Quevedo, Par'ís 1886, pág. 166.
86. R. SÉLDEN ROSE - Prólogo a la edición crítica del Buscón - Madrid, 1927 - pág. 7-85.
87. A. VALBUENA PRAT - Historia de la Literatura Española Barcelona 1937 - Ed. Gili, t. II, pág. 129.
88. M. MENENDEZ Y PELAYO - "Historia de las ideas estéticas en España - t. II, pág. 490 y ss.
89. Trae ASTRANA MARIN en "Vida y obras", O.C. pág. 100.
90. Cfr. CAYETANO SOLER: "Retrato psíquico", pág. 90
91. 1633 P. NIEREMBERG fue encargado de la censura de la obra de Quevedo Cuna y Sepultura; 15 junio 1633.
92. En 1474 apareció en París, impreso por Pedro Cesario, el opúsculo: De remediis fortuitorum ad Gallionem; atribuido a Séneca, posteriormente se imprimió en Leipzig en 1500, pero el repertorium bibliographicum, Ludovicus, cita ediciones posiblemente anteriores. La paternidad no está muy demostrada; Justo Lipsio negaba que fuera de Séneca. Quevedo la consideraba legítima y la comenta con admiración.
93. Aprobación de 2 octubre de 1637 en Madrid por D. Pedro González de Salcedo. Cfr. O.C. pág. 955.
94. Dedicatoria del 20 de mayo 1637 en Madrid, Cfr. O.C. pág. 955
95. Esta obra completaba su título con: Defiéndose Epicuro de las calumnias vulgares, y fue impresa en 1635.

96. Cfr. O.C. p. pág. 971
97. Enchiridion de Epicteto gentil, con ensayos de Christiano y declaration de la tabla de Cebes philosopho thebano y platónico. En Amberes por Henrico y Cornelio Verdussen año MDCCI. Dedicado al Excellentissimo señor D. Luis de Bénavides Carrillo y Toledo, marqués de Fro mista y Caracena.
98. Más fervoroso que atildado editor de las obras de su tío Cfr. O.C. p. 939.
99. Cfr. Al dedicar el primer Sueño al Conde de Lemos. O.C. p. pág. 124.
100. Traído por Quevedo en: La cuna y la Sepultura. O.C. 1192. Dedicación al doctísimo y reverendísimo Padre Fray Cristóbal de Torres.
101. Job cap. 19,12 "Simul venerunt latrones ejus et fecerunt sibi viam per me et obsederunt in giro tabernaculum meum".
102. "Pensamientos" de MARCO AURELIO. Los estoicos Epicteto y Boecio. Libro VI. Ed. Lara. Valladolid 1943
103. O.C. pág. 1393 de la Prov. de Dios.
104. Idem, pág. 1394.
105. Respuesta, pág. 804a. de O.C.p.
106. El título completo de esta brevísima obra es: El martirio pretensor del mártir. El único y singular mártir solicitado por el martirio. Venerable, apostólico y nobilísimo Padre Marcelo Francisco Mastrili, napolitano, hijo del santo patriarca de la Compañía de Jesús, bienaventurado Ignacio de Loyola. El autor, el común sentir, en pluma de un discípulo de los trabajos. Fue redactado por Quevedo en 1640, unos cinco años antes de su muerte. El Padre Mastrili fue martirizado en Japón en 1635.
107. Ya habían escrito la vida del Padre Mastrili y las conocía Quevedo, el P. Ignacio Stafford en Lisboa 1639 y el P. Joan Eusebio Nieremberg de ahí el supuesto de D. Francisco, al escribir sobre lo mismo.

108. O.C.p. pág. 1324.
109. O.C.p.pág. 1326.
110. M. BATAILLON ha publicado: Erasmo y España en Fondo de Cultura, Ed. México 1963.
111. O.C. pág. 397.
112. Carta de 1628, traída en O.C.p. pág. 208 y 209.
113. O.C.p. pág. 1182.
114. O.C.p. pág. 1183. Tal es, además la tesis que sostiene HENRY ETTING-HAUSSEN en : F.Q. and neoistoic moviment, pág. 86, ed. Oxford, 1972,
115. Carta a Adan de la Parra. C.X.
116. A. GONZALEZ DE AMEZUA "Las almas de Quevedo" Discurso en la R.A.E. el 17 de Febrero 1946 Madrid. Boletín de la R.A.E. del mismo año pág. 45 y 48.
117. JOSE M<sup>a</sup> DE COSSIO en el Desengaño: Lección sobre un soneto de Quevedo. Bolet. Biblioteca Menéndez y Pelayo. XXI 1945 pág. 427.
118. MAS AMADÉE: La caricature de la femme, du mariage et de l'amour dans l'œuvre de Q. París 1957 pág. 370
119. O.C. v. Pág. C III
120. Lo satírico aplicado a lo concreto, adquiriría en él frecuentemente este carácter. Cfr. por vía de ejemplo el Románc: Pésame, Señora mía ... O.C. v. pág. 955.
121. R. BOUVIER: "Quevedo homme du diable, homme da Dieu" pág. 37.
122. En obras completas (verso) 117 Ed. A. Fernández G.
123. O.C. v. pág. 6
124. L. PFANDL. O.C. pág. 53 y 55
125. O.C. pr. pág 1190
126. O.C. Redondilla que en la Edición de las Tres musas

precede al Salmo XXVII, salmo ascético por excelencia.  
pág. 39

127. O.C. p. Cuna y Sepultura Cap I, pág. 1195. Ed. Aguilar.
128. O.C. Prosa 1191.
129. O.C. pág. 377 verso.
130. O.C. prosa : La constancia y paciencia del Santo Job.  
Pág. 1352.
131. Sobre este bellissimo soneto véanse los estudios de Amado Alonso en "Materia y forma en poesía", Madrid, 1955, pág. 127 y ss., y Fernando Lázaro Carreter, "Quevedo entre el amor y la muerte" ( en "papeles de Son Armanans", I, nº 11, 1956, pág. 145 y ss.). María Rosa Lida en "Para las fuentes de Quevedo" (Revista de Filología Hispánica, I, 1939, págs. 373-5) anota la presencia en el estilo de algunas ideas del soneto de Camoens que comienza "Si el fuego que me enciende, consumido", y del de Fernando de Herrera "Llevar me puede bien la suerte mía". Para el espléndido verso final, J.L. Borges ("Otras inquisiciones", Buenos Aires, 1960, pág. 61) señala un antecedente en Propertio, Eleg. I, 19: "Ut meus oblito pulvis amore jacet".
132. M. AMADÉE: "Caricature de la femme". Ed. París 1957  
pág. 355.
133. M. AMADÉE: "Caricature de la femme" Ed. París 1957.  
pág. 357.
134. Se refiere a la continencia: "Llegado el caso: el rey, el ministro todopoderoso reconocían un hijo natural, con un rubor más bien oficial, y sin demasiado escándalo de los demás". M. Amadée O.C. pág. 357
135. Es cierto que D. F. Quevedo escribió:  
 Todo el mundo es prisiones.  
 Todo es cárcel y penar.  
 Los dineros están presos.  
 En las bolsas donde están.  
 La cuba es cárcel del vino,  
 La trox es cárcel del pan.  
 Las cáscaras de las frutas  
 y la espina del rosal,  
 Pero también muchos poemas diferentes religiosos, me-

tafísicos, morales ....

136. Cfr. Gal. 6,17 y II Cor. 4,10

137. Pablo, por ejemplo en Fil. 1,23 o Teresa de Jesús en:  
muero porque no muero.

138. Recogido en O.C. v. pág C II

139. Idem .

140. Aldrete piensa que podrían servir de epitafio a su tum  
ba.

141. O.C. v. pág. 15



C a p í t u l o    I I

" L O S

P R I N C I P I O S

D E

L A

E T I C A

D E

Q U E V E D O "

## 2.1. EN BUSCA DE PRINCIPIOS ETICOS.

La segunda tarea que nos hemos impuesto es saber cuáles son los principios valorativos importantes, capitales o secundarios, que rigen en la calificación de los actos de las personas y de las cosas, a la hora de dar el juicio ético.

Mejor aún, examinar cuáles son las perspectivas o posiciones determinantes de las cosas, de los hombres y del mundo, dentro de los cuáles entran todo lo que nos rodea y se clasifica positiva o negativamente. Cuáles sean esos principios y perspectivas, cómo los usa y ejercita Quevedo en cada caso, nos solucionará y aclarará de qué clase de ética estamos tratando, más aún, sus mismas cualidades quedarán al descubierto. Su veracidad, su profundidad, su validez en todos o algunos casos. Nos dejará casi todo el campo descubierto sobre su obra y vida, para tener una respuesta que dar a nuestra cuestión inicial.

Los principios de que se parte, en efecto, y aún más, su manera de explicarlos, son decisivos en la ética, para declararnos el valor de la misma. Según sean válidos o no, ciertos principios, según los apliquemos, tendremos la elaboración de una ética dirigida hacia un lugar u otro.

¿Qué principios éticos aplica Quevedo?

¿Cómo los aplica a las grandes realidades: hombre, mundo, cosas que nos rodean?

¿Cuáles son las causas de esta visión?

¿Cuál es el principio fundamental de su pensamiento ético?

He aquí las grandes cuestiones a que sometemos su obra, para descubrir lo más importante de su ética.

Es ocioso decir que los principios de su ética fueron los principios de la ética cristiana. Tanto más que hemos visto que fue alimentado por fuentes heterocristianas. Pero aún y

todo, es necesario atender a esta realidad: los mismos principios pueden ser aplicados de manera diferente. Y Quevedo, lo podemos adelantar, los aplica de una manera libre, de una manera concreta, por decirlo con una palabra, de una manera "romana" y en su conducta, el cerebro extraordinario que es Quevedo, cree estar por encima de las mismas normas y para poco en lo que pueda ser la verdad dogmática, que sin embargo, siempre respeta, para tratar de ver, por el contrario, la conducta de su yo frente a los problemas de su existir o cuál debiera ser la conducta de sus "criaturas" frente a estos mismos problemas.

Ética práctica, con visión de prisma de aumento de difusión de los rayos, que al mismo tiempo penetran la realidad y hieren en el objeto y lo dejan al descubierto en su desnudez factual.

Por esta relación "sui generis" o extraordinaria, nos dará una descripción clara de sí mismo, de el que es D. fco. de Quevedo por dentro, con su vivencia, con su experimentar, como principios de apelación ética.

Quevedo, en efecto, a pesar de que, como hemos señalado, acusa una realidad de fuentes bíblicas y Escriturarias rica, hasta imponderablemente rica, vemos que se hace o se pudo hacer esta consideración: la Escritura ¿es el único principio válido de ética? o mejor aún ¿es suficiente principio ético?.

Hay un problema de ruptura entre Biblia y hombre de hoy y de ayer, que se ha intentado salvar; Quevedo también lo intentó; la axégesis bíblica y la tradición de la teología moral, no están siempre de acuerdo y se producen saltos que es preciso solventar. No se puede omitir su carácter histórico, frente a un inmediateismo absolutista y así se presenta ante un dilema ineludible: una interpretación existencial

con una, no la única respuesta, o el exégeta que determina el contenido puramente histórico y teológico de las afirmaciones bíblicas y las representa sistemáticamente se equivoca, si cree que sus conclusiones pueden ser tomadas tal como están. El primer intento de ajuste y de acuerdo es antiquísimo, y aún primitivo, y puede verse en las tablas domésticas y locales y en la propaganda helenístico-judía o en la esforzada tarea de Quevedo en convertir una realidad histórica el neoestoicismo de la Contrarreforma, en una concordancia con los principios bíblicos, con los principios escriturarios de Job... etc.

Cuando Quevedo se enfrenta con una sociedad política y sus problemas de gobierno y les propone, de buenas a primeras, unas normas y principios éticos evangélicos se puede pensar, incluso, impunemente que es un farsante teatral que quiere vender la piedad huera por la gran vivencia del mundo; pero cuando se ve en su conjunto su obra, como un esfuerzo grande de establecer unos principios éticos, con una exégesis adaptada a la actualidad, a su tiempo y a su circunstancia, no hay más remedio que reconocerle este valor y esfuerzo muy superior a una beatería trasnochada, y con todo el aliento energético de unos reformadores ético-teológico-escriturísticos de su tiempo.

Pero es imposible que nos contentemos con este solo principio ético; bien sea Antiguo Testamento, bien y aún con la confirmación del Nuevo, lo Escriturístico en sí no es suficiente "ethos" para la conducta en Quevedo. Hay un "ethos" de la naturaleza, que no coincide exactamente con el "ethos" cristiano (1). Y quiérase o no, hay que tenerlo en cuenta a la hora de la norma y de la ley. Al enfrentarse con ella nuestro cristiano, que es Quevedo, trata también, en un esfuerzo de confrontación y relación, de hallar sus puntos de

contacto.

La hermenéutica antropológica que usa creemos que es válida desde distintos ángulos filosóficos, no solo en tanto que el hombre es "lugar" (qua) adecuado, como realidad moral constitutivamente cierta, es decir, no en concepto de ideal posible a alcanzar, si no la necesidad, exigida por su propia naturaleza (2) . Pero además la conciencia especialmente circunstanciada que él mismo es, o ésta, cuando el concepto de cuidado, con toda la carga que le da Quevedo, y la superación de la confusión.

La hermenéutica antropológica que lleva a Quevedo a una autosuperación, mostrando en contrapartida el fracaso, cuando intenta superar los "cuidado" por los caminos de la política, el amor-amistad, cuyos anhelos de reforma le llevan a luchar en los tres grandes campos: de las costumbres, la política como gobierno o amor patrio y el lenguaje.

Solo en la Etica senequista matizada, según el propio Quevedo, hay una posibilidad de superación para llegar a las soluciones transcendentales cristianas.

### 2.1.1. Lo teleológico

"En ningún caso nos sería permitido interpretar una acción como resultado del ejercicio de una función psíquicamente más alta, si podemos interpretarla como resultado de una que está más baja en la graduación psíquica" (C.L. Morgan, Introduction to Corporative Psychology).

Hay pues otro principio o raíz de principios éticos, que es lo que en un primer paso anunciaríamos como lo teleología de las cosas, de los seres, y más y mejor, la teleología del obrar (3): llegar a la esencia del obrar en forma decidida, y no solamente guiándose de los impulsos que han movido al individuo a trabajar, a hacer, organizar y, lo que es más frecuente, quedándose sólo en la efectividad del obrar, en el mero contar resultados de hechos, sin controlar lo más importante que es llevar a cabo todo el desarrollo de la obra emprendida, es decir, de alguna manera, llevar a la plenitud de la esencia del ser concebido en la obra. Naturalmente que esto nos pone en caminos no conocidos de Quevedo. Naturalmente que esto convierte a todos los individuos a quienes abarca en seres pensantes, "preocupados", lo cual es más ideal que una realidad; pero aún así, es menos cierto que en la obra de Quevedo descubriremos esta preocupación por el "telos" de las cosas, mundo y personas, y con esta característica de la problemática del hombre que nos ha llevado a término su ser comenzado, de las cosas que se desvirtuaron de su ser original. Y aún me atrevo a suponer, que siendo Quevedo un hombre de dos posibilidades excepcionales, en lo que mira a la facultad de llegar al ser, fin del obrar, que son: la superación del lenguaje en lo que cabe, con su manejo creación, "flexión" y "reflexión", y su calidad de "poeta", es decir, creador y dador del ser, muchos seres co

menzaron a andar sin llegar a su plenitud y desarrollo final.

### 2.1.2. El concepto de mundo, hombre y Dios

Otro nido de principios éticos, ya citados, pero que indispensablemente volvemos a subrayar, es el concepto de mundo, hombre, y Dios para llevarlos a su "telos". Quevedo carga algunos conceptos con intensidad no fácilmente aprehensible, cuando dice hombre, muerte, patria no expresa lo mismo que si por ejemplo tomáramos estos mismos conceptos en Lope de Vega.

Lope, dice tal vez más de lo que "sabe".

Lo que solemos aclarar cuando decimos algo y no quedamos satisfechos: "sí, es eso, pero... ¿me entiende lo que quiero decir?"; pudo pensar frecuentemente que el fondo de las cosas se le escapaban, que tenía que llegar más abajo, más adentro, en profundidad.

Sobre estos tres grandes conceptos, tendrá influencia su pensamiento ético.

Parece como si toda la historia del pensamiento humano hubiera girado en torno a estos conceptos cognoscitivos y podríamos decir, que los principios éticos desarrollados en todos los sistemas orgánicos o latentes han partido de aquí. Esto que es válido para antiguos y modernos: para Marx, Huxley, Kierkegaard o San Pablo. También lo será para Quevedo y lo será de un modo particular; no sólo se ocupó de estos tres conceptos, los varió y progresó en su conocimiento, sino que tuvo puntos de partida algo distintos, según veremos en las fuentes de su pensamiento ético.

De ahí que Quevedo tenga un interés especial, y su obra sea un arsenal rico y poderoso para despertar la ilusión de encontrar algo nuevo en este quehacer. Es preciso superar una posición pragmatista del hombre, como causación mecánica o biológica, para abrirlo a una perspectiva superior: helé-



nica, romana, renacentista, estóica o cristiana, donde Quevedo vió los conceptos que hacen funcionar la Ética. Lo ético en el orden transcendental es dimensión del espíritu y de la persona, en este mismo orden transfinito. Pero se trata de un espíritu no etéreo, sino encarnado en el recuadro del tiempo y del espacio, entramado y "circunstanciado" en lo social, abierto a su vez a la efusión amorosa de su orden sobrenatural, que viene a colmar y planificar tras los desfallecimientos, la libre opción, el orden efusivo creador, donde surge la constitución sustantiva del hombre como imagen de Dios.

Estamos en la dimensión prefilosófica y vivida, surgida de la espontaneidad de los dinamismos raíces de la inteligencia y voluntad humana y en sus formas de valorar las cosas. (4)

Lo que sí podemos pensar es que por este camino entraremos en el fundamento de la Ética quevedesca, en su "ser". La apertura hecha, dejada, así, nos mantendría sólo a flor de la tierra, caeríamos injustamente contra Quevedo en centrarlo todo en un antropomorfismo. Don fco. tuvo otras perspectivas, pero su fe cristiana no le dejó olvidar ni un solo instante esta referencia definitiva y orientadora de los principios de la Ética.

Se cumple en él esta afirmación de Pedro Lain E.: "Entre nosotros es más estimada éticamente la relación con un hombre, fundada en lo que ese hombre "es", es decir en lo que uno cree que es, puesto que el ser último del hombre solo es accesible por modo de creencia, de confianza, que la meramente atendida a lo que ese hombre "hace". Cuando el español cree que alguien es "buena persona" en el fondo, como suele decirse, las más villanas acciones visibles de éste, son casi siempre impedimento muy escaso para la mutua amis-

tad" (5).

La inserción en el mundo es otro punto de partida para el estudio de la ética en Quevedo; es un mundo complejo y a veces especial. Fijarlo y estudiarlo será posibilidad de tener otro gran principio ético.

Difícilmente se puede comprender el pensamiento ético de Quevedo basado en una apertura a lo sobrenatural, sin tener en cuenta unos datos sobre el ámbito religioso o teológico de fondo en el que se movió.

Los efectos de la llamada escisión renacentista hicieron que los impulsos discriminatorios entre naturaleza y gracia fueran notables y sus repercusiones en Europa insospechados:

Calvino nos presentará un Dios alejado e incomunicado con el hombre; en cuya relación cada uno se queda en su soledad. La criatura nada puede influir en las decisiones inescrutables del Creador. Solo los elegidos tenían su gracia y salvación.

La disputa sobre el libre albedrío y la predestinación escinden el continente.

Roma se debatió en Trento al servicio de una más íntima religación del hombre con Dios. Naturaleza y sobrenaturaleza tendieron a acercarse. La gracia perfecciona la naturaleza, así lo defendió Laínez, y España quedó sellada en su porvenir inmediato para su cultura, civilización y formas de vida.

Lo científico, lo filosófico, lo artístico, lo cultural, fueron impregnándose de lo teológico; lo teológico se moderniza y toda obra que no refleje esta visión puede parecer sospechosa.

Hay un estado de conciencia subsiguiente que perdura en cualquier acción social o espiritual, pero particularmente en la cosmovisión antropológica y en el papel de religación

del hombre con Dios.

La concepción de la Naturaleza en el pensamiento de Quevedo mezcla y aúna doctrinas aristotélicas, más o menos estereotipadas, con un providencialismo fuerte que, unido a un cierto desprecio por las ciencias naturales en su época, hace que la Naturaleza quede en segundo plano de interés. Sin embargo constituye un supuesto previo a su Antropología.

Quizá por esto la naturaleza fue algo temida, abandonada; el pensamiento científico se pudo retraer y el horizonte se pobló del neoestoicismo de la Contrarreforma; se acentuó lo escatológico y las formas de vida abundaron en la simulación, desconfianza...

Es decir, que proyectado sobre fenómenos sociales y psicológicos personales se puede dar frecuentemente situaciones de ambigüedad que resultan de esta ruptura sin gradación, y se produce un continuo salto por la correspondiente tensión y poca claridad de conciencia, de separación y huida, pero con inquietud por el mundo.

Quevedo da un paso del neoestoicismo-senequista a un agustinismo, coincidiendo con una mutación en los temas especulados.

Del problema del hombre, de su existencia y su conducta, pasa luego a enfrentarse con el tema de Dios, enlazados con los del alma y de la providencia, los tres típicos temas de la especulación agustiniana. Especialmente se manifiesta este período en la "Providencia de Dios" y en parte de las "sentencias".

Quevedo ha demostrado la inmortalidad del alma, lo que había puesto como primer paso para demostrar las otras dos grandes verdades que seguidamente plantea, la Providencia y Dios, unidas de tal manera que admitirla una implica en esencia admitir las otras dos. Ello se debe al especial carácter que

los argumentos cobran en manos de Quevedo.

La demostración de la espiritualidad del alma. Quevedo hace por medio de razones psicológicas, pero siempre con el supuesto de la fe. La mostraba al incrédulo, siendo los razonamientos un mero recurso para llevarle a la fe.

Para demostrar la existencia de Dios, los medios serán consecuentes con la pauta que hasta el momento presente se ha marcado. El fundamental es la fe: luego desarrollará otros dos, íntimamente unidos a éste. Serán el espectáculo de la Naturaleza y de la Providencia.

La argumentación por la fe responde a un auténtico fideísmo. Puede hablarse de un parangón con el argumento anselmiano, al que recuerda en ocasiones. Los otros dos argumentos son típicos estoicos, pero coordinado el segundo con San Agustín.

### 2.1.3. La vivencia, principio ético

Hay una red de principios de ética que se desencadenan en el comportamiento según se establezca este concepto de vivencia existente en el mundo. La experiencia es indudablemente un principio de apelación en ética, cuando los otros fallan, no están lo suficientemente fuertes o vivos. Es más, matiza aún los mismos principios éticos, que provienen de los conceptos anteriores y los califica con una categoría especial.

En Quevedo personalmente y en juicio sobre los demás, en su conducta y al extender sus principios éticos al "hombre", influye esta existencia agitada y rica, turbulenta e intensa, de mezcla de países y lenguas, de apertura al exterior y de profundidad en el interior. De especialidad en ambientes de terminados, social o humanamente concretos.

Como aclara J.L. Aranguren (6) la etimología de las palabras nos devuelve su plenitud original, pero una filosofía filológica tiene que cuidar no solo la palabra lejana, sino la cercana, la que habla el pueblo en el entorno social, no solo pues del habla muerta sino del habla viva, la una y la otra son de la realidad vivida para su pensamiento ético. También esto ha de constituir un sustrato de ética viva, profunda y válida como pueden serlo los tratados teórico y especulativos, históricos y doctrinales.

Con toda esta panorámica nos adentramos en la obra de Quevedo, dispuestos a arrojar algo de luz sobre su posición como hombre sincero, que quiso ver bien, que quiso ver claro.

Creemos que la apreciación del P. Laín Entralgo es justa en este sentido: "Como todo cristiano, Quevedo recrea por sí mismo la idea cristiana de la vida mirándola a través de

los vidrios: su propia experiencia de la situación histórica en que existió, España, primera mitad del siglo XVII, y su íntima e intranferible personalidad individual, esa en cuya virtud fue el hombre llamado Francisco Guevedo y Villegas. Por difundidos que estos ingredientes de la personalidad real de cada hombre se hallen en la existencia de cada uno" (7).

La razón sencilla es ésta: la distinción y el juicio sobre la rectitud pueden ser fácil y correctamente reconocidos por el corazón humano sin rodeos, sin pruebas, sin métodos científicos (8), causa y razón admitida por el mismo Kant para lo que él llama el "factum" de la moral distinto de todos los anteriores razonamientos posibles, ciertos y válidos posiblemente, pero diferentes de los elaborados. Esta vivencia que como constelación y complejo envuelve la vida humana entera de Guevedo en todas sus dimensiones: interpersonal, colectiva, social, y transcendente. Y toda la actividad cognoscitiva, efectiva, sentimental, volitiva y activa. Se introduce en los niveles de la verdad y del valor y de la misma ciencia transcendental. (9)

## 2.2. LA CONSTRUCCION DE UNA AXIOLOGIA

### 2.2.1. EL VALOR DE AUTENTICIDAD O EL VER POR DENTRO DE QUEVEDO

He aquí un punto de partida elemental y notorio en Quevedo.  
do.

"Se deben quitar las máscaras a las cosas y a los mismos hombres", decía Montaigne. Puede ser que en Quevedo no hallemos expresión semejante para avalar nuestro título. Tampoco sería suficiente aducir la afinidad entre los dos autores, afinidad muy próxima, si no tuviéramos su vida y su obra entera, que nos habla de la realización de este lema. Toda su obra concluye E. Merimée (11), nos habla de esta sinceridad por encima de toda prueba, con la que Quevedo escribe, habla y se comporta.

No es, sin embargo, un valor meramente subjetivo el que tratamos de descubrir aquí en Quevedo; como manera de enfrentarse ante las grandes realidades, es un valor histórico y objetivo y, aún podríamos decir, inherente al "humanismo" de todos los tiempos. Salvador Manero ha escrito:

"Urgiendo el carácter eminentemente humano, en la concepción del universo, que el humanismo trata de realizar, no se conformará ni se compondrá con una realización cualquiera sino sólo lo racional y bien fundamentado, capaz de resistir la crítica de un pensamiento altamente desarrollado y hecho exigente para la dedicación humanística"(12).

A la gente le bastará saber para hacer su vida, lo que la gente dice, lo que se ve y se sabe, lo que se aparenta y se piensa, lo que se cree. Por autoridad, tradición, por común sentir y aún por inconsciencia se van adquiriendo las ideas y las opiniones y con ellas se tiene más que suficiente para vivir. Lo que se sabe sobre las cosas, el hombre y el

mundo y sobre la misma fe no trascienden la opinión.

El humanista necesita razonar sus opiniones y sus convicciones y, hasta su fe, para sentirse así responsable pleno de su ideario, no menos que de su vida práctica y de su comportamiento. Necesita pinchar las cosas para que salte su envoltura y muestren su interior, su razón de ser, el núcleo central a que obedecen, y no la costra epidérmica, habituada a los roces y paliada con el ambiente, por el mimetismo natural o convencional. Sólo así la exigencia llegará al tema y al problema éticos en todas sus dimensiones y relaciones. Heidegger se queja en su: "Carta sobre el humanismo", de una interpretación equivocada y precipitada a su definición fundamental del "homo humanus" (13). "Ser-en-el-mundo", dice, no significa que nos habemos con un ser mundano, en el sentido cristiano, alejado y aún a espaldas de Dios, desligado de la "trascendencia", ni menos, añade después, se trata de un ser ateo. Pero, lo que sí que es cierto es que, desde que se aplicó en Europa el pensamiento humano al tema del hombre, dos concepciones del mundo y de la organización humana y mundana quedaban atrás, superadas y vencidas: la magia y el mito y, con ellas, sacudida una pereza mental que había atenazado siempre al hombre.

La confianza en los poderes ocultos, la esperanza en el remedio a las necesidades humanas en lo irracional y misterioso, sin jamás esforzarse en dar solución a las preguntas racionales, que desde entonces tiene el hombre derecho de hacerse: qué son y cómo son las cosas y el mundo que las contiene, cuál es la libérrima voluntad divina que las gobierna...

Esta postura racional, "humana", se agiganta, si cabe, en el llamado: "Gran Renacimiento humanista", y corresponde una pequeña cumbre de repercusión al segundo Renacimiento español, en el que vivió Quevedo. En la Ética que se va a montar



Quevedo, con su concepción del mundo, del hombre y de las cosas, va a privar esta ansia racional del humanismo, del preguntarse por la verdad desnuda, por la sinceridad a prueba y experimentada. Va a contar mucho para él y para su ética, la medida que le da el hombre, el "hombre concreto", acaso por la fuente y herencia estoica en que buscará fundamentos de su pensar.

Y sin embargo, y en definitiva:

"Si Dios no existiera, todo estaría permitido" (Jean P. Sartre). Los principios de cualquier ética no resistirían el embate crítico de quien argumentase sólo medianamente. Se verían sin el apoyo último y universal. El complejo mundo de los conceptos deriva los principios éticos, pero estos conceptos los ve de manera diferente cada hombre. Según sean las concepciones que de los principios se hagan, serán las conclusiones que saquen para los segundos.

En una cosa, quizá coinciden los humanismos de todos los tiempos: el de Tomás de Aquino (Maritain), el de Luis Vives o Sto. Tomás Moro; el de Quevedo, Gracián, Pascal, Newman, Marcel o K. Barth: una penetración y profunda reflexión para adentrarse en la verdad del problema del mundo, del hombre y de lo trascendente, y un querer hallarlo en una primigenia expresión clara y sin adornos, sorprendido en su desnudez ingenua. Lo cual significa una dosis grande de malicia, por parte de los observadores.

Quevedo supera, si cabe, en esta ansia incontenible de verlo todo por dentro, sin tapujos; con frecuencia se dedica a quitar máscaras de las cosas, de los hombres y del mundo.

Quevedo supera en realismo, que raya en crudeza, por esa ansia de verdad, de venganza y de desprecio; de estoicismo,

de huida, que hemos de analizar, a las descripciones de sus predecesores. Si el diablo Cojuelo anda por los tejados y se mete bajo los techos a horas intespectivas y, sorprende todo lo que oculta el artefacto que nos rodea, Quevedo adoptará formas más osadas e irreprimibles: soñando con el espíritu suelto, tras la vida y la muerte, donde no hay fronteras... Encarnado en el hombre que no conoce patria, ni posada, porque todas le pertenecen, ni tiene prohibición no ética de todos y de todos los lugares.

Este ver por dentro de Quevedo tiene un valor poderoso en su obra. Frente a lo ficticio, lo postizo, el espíritu genial y libre de Quevedo penetra espacios y tiempos y personas y llega adentro, al centro de donde ha de manar su ética. Vive y profesa esa profunda realidad humana con dolor, con el dolor de la realidad negra, que sólo se ve desde dentro y en la que se vive engañado desde fuera. Con amor, a la larga, aunque no lo exprese, porque en definitiva él no quisiera tener que verlo así, él no quiere que la verdad sea así. El no querrá para los otros una realidad tan cruel.

Es tanto mayor este valor de sinceridad, de autenticidad, porque acompaña a toda su obra y le mueve en todos sus libros. No hay en ellos un tratado con propósito de servir de norma ética, su deseo moralizador, siempre presente, hay que entresacarlo de aquí y de allí; pero su quehacer es de tal manera que mueve al lector a unir conocimiento del hombre, verdad de las cosas, ser del mundo real, con un comportamiento ético como el trazado por tipo, por Quevedo, o a huir de los delirios y durezas del antimodelo, caricaturizado por Don Francisco.

De un modo harto primario y de fuertes convicciones, para un círculo reducido de selectos, la obra de Quevedo, tie

ne ese valor de verdad y autenticidad que, tal vez se ha lle  
gado a descubrir.

De esta forma, si quisiéramos catalogar el valor de esta  
ansia quevedesca de autenticidad diríamos que, frente a la  
hipocresía del vivir, de disimular, de ignorar, de la men-  
tira, de la ficción, del adorno y de lo postizo, de lo encu-  
bierto y de lo cerrado, del pecado y de la apariencia de  
virtud: de la vejez y la apariencia de juventud, de la feal  
dad y de la apariencia de belleza...

Quevedo busca desnudar, romper barreras y obstáculos, po-  
ner afuera lo de dentro, descubrir al exterior lo interno.  
Y así se esfuerza en vivir esa realidad con su vista "miope",  
pero con lentes de aumento, para que no se le escape; porque  
donde no llega su deficiencia física, llega su perspicacia  
e ingenio inconmensurable.

Este es el "lugar" original, la "estancia" desde donde  
quiere llamar Quevedo a la ética del ser cristiano, al hom-  
bre del siglo XVII, a los hombres, a quienes les envía su  
mensaje.

Este instalarse y este vivir dentro de la morada del in-  
terior de la realidad, le ha autorizado a mandar a los demás  
una norma a que atenderse. Pobre, aunque genialmente ascenden-  
te hacia lo bueno, reconoce que no puede imponer, que solo  
puede proponer y orientar, que no puede convencer y solo ex-  
poner.

Son risas amargas, con el amargor de las hieles, de las  
heridas, con la experiencia de la verdad.

Sin embargo no va a tener éxito; su pensar abierto va  
mucho más lejos y abarca mil matices no abarcables por to-  
dos y, su pensar en la realidad y en la autenticidad de las  
cosas, hombres, y mundo se va a quedar en la malla de su len-  
guaje aprisionado e irredento (15), y no nos ha llegado a

mover a obrar, cual es el fin del pensar y del hablar.

Quevedo ha perdido en su eficacia un tanto por cien elevadísimo. Ha recogido sólo una mínima parte de la que muy pocos selectos han llegado a la proposición de un quehacer que camina por su obra.

Pero veamos despacio cuáles son los conceptos de los que parte, para llegar a proponernos un hacer-ético, en una estancia de la realidad donde mora el hombre y la transcendencia.

Mientras tanto, veremos a nuestro Quevedo que respondía siempre a la pregunta por la realidad, a la pregunta por la verdad, porque "Quevedo es Quevedo, el que-vedó a los abstraccionistas que la realidad, sustanciosa torrija pringosa de miel, para que no se olviden de ella los dedos, para que dude de ella el comistrón" (16).

### 1. El mundo visto por dentro

Afirmada su actitud y el valor metafísico de su quehacer frente a "nosotros"; sabiendo que su vida fue, si cabe, de la más clara "autenticidad", que le empuja a una crítica más audaz y mordedora, y se siente impedida por una sensibilidad moral exacerbada; vamos a situarnos ante el mundo de Quevedo, para ver cómo nos lo describe.

Inicialmente hay una dificultad múltiple que señalar para no ilusionarnos demasiado.

¿Qué entiende Quevedo por mundo? El mismo escribió una obra con este título: "Mundo caduco y desvaríos de la edad" (17). Desde luego hay que desechar toda idea que pudiera sonar a cosmología elaborada, o Naturaleza abstracta y deshumanizada. Quevedo no nos puede hablar de un mundo sin hombres que lo organicen o que lo desorganicen y conviertan en desvariado y caduco. Mundo concreto y humano el suyo y aún más, dentro de unos límites, cada vez en su referencia, bien que ahora geográficos, después de otro tipo, sociales, por ejemplo.

Ello nos crea un problema de doble interferencia, que hay que afrontar sin remisión posible. Solución de desvincular el campo del hombre y el campo del "mundo" que, para que corresponda a su verdadera denominación, habría que entrecomillarlo siempre, problema de interferencia específica de Quevedo, por el que nunca sabremos si se dirige al mundo de la injusticia y del robo veneciano, creando celadas y guerras a los "ustcoques" o cuando se refiere al conjunto de los hombres, de las cosas, del mal encadenado contra el bien y de espaldas a Dios; para Quevedo todo eso es mundo indiferente. Pero, aunque sea adelantado algo, con frecuencia "mundo" quevedesco en el "mundillo" concreto del asunto que

estudia, limitado en el tiempo o en el espacio.

El "mundo" al que se va a referir con más frecuencia es el de las instituciones, el de las estructuras y organizaciones, por el cual los unos son poetas y los otros médicos y los otros boticarios y soldados y sacerdotes y monjas y ermitaños y estudiantes...

Otro es el mundo del pueblo, el que trabaja y que sufre, que no tiene pan y que sirve y que llora, mientras hay un tercer mundo: el cortesano, descrito al pormenor, que se divierte y goza, y donde las cosas, al mirarlas por dentro, resultan más caducas y llenas de ficción que en los demás "mundos". Lo terriblemente sorprendente es que de todos estos mundos nos puede hablar Quevedo por fuera y también por dentro, porque él ha estado y visto lo que hay dentro y fuera. Porque tomará los medios para penetrar allí sin barreras impedoras.

El mundo inmediato al que se enfrenta Quevedo.

Se extiende sin límites, por un momento todavía tan solo, y se le ve con los síntomas del inicio de su caducidad y pr celosa ruina catastrófica. Todo es grandeza todavía; Cruz y Espada siguen haciendo conquistas y venciendo resistencias, pero los síntomas son ya fatales (18).

La desilusión de un pueblo que lo puso todo en el honor, en sus altos ideales, en el sueño de su misión universal, y ahora siente crujir los pilares del orgulloso edificio de su existencia nacional.

Quevedo lo plasmó así en sus Anales: "Veis aquí a D. Felipe, nuestro Señor, ocupado en desarmarse contra sus peligros, entretenido en premiar su persecución y atento al divertimento" (19).

Y en otro lugar con más grave acento:

"Miré los muros de la patria mía,  
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,  
de la carrera de la edad cansados,  
por quien caduca ya su valentía".(20)

Son los primeros versos de un soneto de Quevedo, de cómo todas las cosas avisan a la muerte, y describen el estado y situación del mundo que rodea al poeta. No era posible, ante esta situación institucional, sostener por más tiempo la disparidad, la desnivelación. L. Pfandl se lo explica así:

"Una dualidad innata de idealismo y realismo se prolonga y acentúa bajo la presión de la decadencia política y social, en aquella extraña manifestación de psicología colectiva que podemos nombrar como el naturalismo e ilusionismo. Tan pronto se nos presentan en antítesis violenta, como se funden en extraña unidad" (20a). Tiempo de exageración; aún dentro de los mismos contrastes amenaza dislocarse de la realidad. Su ímpetu radicado en orgullo nacional, en la nobleza, fe y estirpe, heroísmo, gloria de conquistas y que yace preso en lo que es sensible, naturaleza. Se siente desgarrado y maltrecho, cuando se encuentra ante las realidades nuevas.

Quevedo se presenta y está en este mundo. Quevedo tiene que reaccionar el primero ante él. Con sinceridad juvenil, con enérgica afirmación de los valores del espíritu. Quevedo hará una crítica despiadada a las mezquindades humanas y una violenta actitud dispuesta a denunciar, a exaltar y censurar mordazmente.

El mundo de lo institucional, visto por dentro, por Don Francisco de Quevedo

Quevedo dentro y fuera de este mundo que hemos intentado

presentar. Quevedo dentro, con el microscopio miope que no deja, cruel, pasar nada ante su objetivo; fuera, porque Quevedo es así: doble, triple, polifacético y puede ser solitario, ajeno al mundo, va a decir lo que pasa en él. (20b)

Quevedo se metió una vez a examinar cómo es el "Mundo por dentro" (21) Al dedicarlo a D. Pedro Girón, duque de Osuna, le dice textualmente: "Estas son mis obras. Claro está que juzgará V. Excelencia, que siendo tales no me han de llevar al cielo; mas como yo no pretenda de ellas más que en este mundo me den nombre y el que más estimo es el de criado de V. Excelencia, se las envío".

El mismo se da miedo de adentrarse por tan peligroso trabajo, por tan oscuro maremagnum, e invoca el: "Nihil Scitur", de Francisco Sánchez. Como más tarde supondrá que sueña o que ha traspasado las fronteras del vivir y del juzgar humano, para no encontrar trabas a su ingeniosidad, no ingenuidad, porque... ¡O. Francisco tiene tan poco de ingenuo! Hablando de la ignorancia y de las siete vueltas que da a la frase humilde "yo solo sé que no sé nada: "En el mundo hay algunos que no saben nada y estudian para saber. Y éstos tienen buenos deseos y vano ejercicio, al cabo sólo les sirve para conocer cómo toda la verdad la quedan ignorando. Otros hay que no saben nada y dicen que no saben nada, porque piensan que saben algo de verdad y a éstos habría que castigarles la hipocresía con creerles la confesión. Otros hay que no saben nada y nada estudian porque piensan que lo saben todo. Son destos muchos irremediables y llorárseles ha el seso".(22)

Adviértase cómo está Quevedo dentro y cómo se pone dentro de la salsa, en que se da el mundo de la hipocresía del saber. Su sinceridad y sus ganas de decir a todos lo que piensa del mundo en que vive, no debe ser estorbado ni por



sí mismo, su falta de autoridad, su fama poca o mucha, sus estudios y su importancia. Quevedo está así más libre, veámoslo:

"Otros hay, en estos, que son los peores, entro yo, que no saben nada, ni creen que se sepa nada, ni quieren saber nada y dicen de todos que no saben nada y todos dicen déllos lo mismo y nadie miente. Y como gente que en cosas de letras y ciencias no tienen que perder, tampoco se atreven a imprimir y sacar a luz todo cuanto sueñan". (23)

#### 1.a Primera descripción de la vanidad de las cosas del mundo.

Por su mudabilidad, por su variante inesencia: "El mundo que a nuestros deseos, sabe la condición para lisonjearla, pónese delante, mudable y vario, porque la novedad y la diferencia es el afeite con que más nos atrae, con esto acaricia nuestros deseos, llévalos tras sí y ellos a nosotros".(24)

Los efectos de la vanidad en el mundo son desastrosos: en la vida: la pérdida de tiempo sin fin; el ir por aquí y por allí al son que se toca. "Corriendo tras la hermosura, arrastrado por los ojos y por los oídos, y por los gustos, hasta que se es confundido y vuelto por el desengaño, el viejo de la experiencia que ya está de vuelta de toda vanidad". Pero su presencia, como su lección, sólo es recibida a golpes y palos: "Estos rasgones de mi ropa son de los que dan en mí, los que dicen en el mundo que me quieren, y estos cardenales en el rostro y coces me les dan en llequando, porque vine y porque me vaya, que en el mundo todos decís que queréis desengaños y en teniéndoles unos os desesperáis, otros maldécís a quien os le dio y otros, los más corteses, no le creéis". (25)

Si este es el ambiente general del mundo. Veamos más pro

fundamente qué hay en él, por dentro. Como el Cohelet nos ha dicho, ni más ni menos, que "vanitas vanitatis et omnia vanitas".

Quevedo se hace acompañar de un personaje misterioso: "El Desengaño", viejo, lleno de experiencia. El le abrirá las puertas y los secretos de lo visible.

Al poner las palabras en boca de otro, gana en autoridad y eficacia y no desmerece en originalidad.

#### 1.6 El mundo es hipocresía.

La imagen de Quevedo es extraordinaria. "La calle mayor del mundo, donde vamos a ir, se llama hipocresía. Comienza con el mundo y acabará con él". Llena el espacio y el tiempo y ocupa a todos: "No, no hay nadie que no tenga una casa, un cuarto o un aposento en ella. Unos son vecinos y otros son paseantes" (26). Quevedo ante el mundo, contemplando con los ojos prestados y penetrantes del Desengaño, al conjunto y a sus instituciones; delante de él comienza el desfile y cada uno es examinado con catalejo. El sastre es el primero que desfila: "se viste como hidalgo: raso y terciopelo, el cintillo y la cadena de oro". Las tijeras y el jabón no lo conocerían.

El hidalgo que se hace como que es caballero, pero está lleno de deudas y no paga al criado que tiene por lujo hipócrita.

El siguiente es un caballero que trata de aparecerlo con sus discretas cosas de Rey.

La hipocresía es más general, más profunda y más aguda; hay hipocresía en los hombres e hipocresía en los vestidos: a todo hábito larco, señor licenciado; a todo gallofero, se ñor hidalgo y a todo fraile motilón, reverencia.

Y junto al pecado, el remedio: el precepto ético para el mundo de la hipocresía. "Todos los pecadores tienen menos atrevimiento que el hipócrita, pues ellos pecan contra Dios, pero no con Dios ni en Dios. Mas el hipócrita peca contra Dios y en Dios, pues le toman como instrumento para pecar!" (27)

Por la calle mayor del mundo todavía pasa mucha más gente, y es la calle doctora en grandes lecciones a enseñar. En un entierro que pasa, por defuera, parece así: luto, llanto, honra fúnebre, tristeza, que brota del amor. Por dentro, le descubré el viejo: es interés, soberbia, ambición, codicia, repugnancia, maldición y ganancia.

"¡Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos!" (28)

Y el mundo continúa pasando, tal como es por fuera y por dentro ante Quevedo. Alguaciles y escribanos mancomunados para vivir, más que para hacer justicia: "Un año de virtudes para éstos y para el infierno es estéril".

El caballero en coche y con criados y con bufón y la mujer hermosa, faltaban de ser vistas por fuera y por dentro. Los ojos han de ver y la razón juzgar y elegir para que veas por dentro; y este el consejo final que contiene otros muchos.

Quevedo ve el mundo por dentro con ese desenfado juvenil, de quien nada teme, acaso, que lo puede corregir todo en su optimismo y con unos lentes biconcavos, en que aparecen todos los escondites manifiestos; por eso se ayuda de los ojos del Desengaño; entre cuatro escrutadores, no escapa por la calle mayor del mundo, lo que pasa y lo que es.

Pero todavía tiene Quevedo otro gran medio de transpasar las fronteras de lo sensible y penetrar más allá de los obstáculos, que ofrecen la vida y la muerte.

En los sueños, Quevedo, penetra como espíritu, y ve todo sin medida de tiempo: lo pasado, lo presente y lo porvenir.

Quevedo intuye, descubre y despoja sin respetos. Dante, Hipólito y Luciano o Villalón pudieron ser sus predecesores, como mostraremos, pero Quevedo, más que nadie, empuja una ironía roja, chillona y arremete sin envoltorios con el mundo y sus instituciones sociales. No necesita fondo narrativo que suavice la situación; el revolotear sin límites del sueño convenía a Quevedo para actuar con omnímoda libertad.

Quevedo se asemeja a un terrible periodista a quien nada está vedado y que hace sátira de todo. (29)

Precisamente con este corte y pluma, Quevedo se mete a ver lo que es el mundo en el Juicio Final.

El las presenta como verdades desnudas, que necesitan, no precisamente quien las vista, sino quien las consienta, la intención y el remedio ético, van juntos. Obra rápida y cortante de gracia e intención honda y solución sin paliativos.

El mundo como es por dentro, por cómo será después cuando el juicio, ante quien nadie podrá ocultar nada.

Y comienza Quevedo soñando a decir su juicio sobre el mundo, por la verdad de los pecados por dentro: "Los lujuriosos no querían que los hallasen sus ojos por no llevar al juicio testigos contra sí, los maldicientes las lenguas y los ladrones y matadores gastaban los pies en huír de sus mismas manos. Los escribanos huyendo de sus orejas por no oír lo que esperaban" (30). Las ramera y particularmente los médicos y los jueces, son presentados al tribunal por sus delitos: "Divirtióme desto un gran ruido que por la orilla de un río adelante venía de gente en cantidad tras un médico, que después supe lo que era en la sentencia. Era hombres que había despachado, sin razón, antes de tiempo,

por lo cual se había condenado y venían por hacerle que pareciese, y al fin, por la fuerza, le pusieron delante del trono". (31) De manera no menos graciosa, burlesca y satírica hace comparacer a un juez que no hacía más que lavarse las manos, porque en vida se las había untado en ciertos negocios y "porfía por no parecer con ellas delante de la universal residencia".

Una muchedumbre de taberneros, sastres, libreros, y zapateros no se escapa ni de los azotes ni de la sentencia. Al tabernero le hace sudar el agua para que no la venda más por vino. A los sastres los junta con los salteadores, que no son sino sastres silvestres. Ni se escapan los poetas, enamorados y músicos; y es curioso cómo presenta a los procuradores: "Andaban contándose las caras dos o tres procuradores y espantábanse que les sobrasen tantas habiendo vivido tan descaradamente" (32).

Nadie se escapa de Quevedo como nadie se escapará del juicio:

"Vi hacer silencio a todos y hacíanle también un silencio de catedral, con más peluca que perro lanudo, dando tales golpes con su bastón campanillo, que acudieron a ellos más de mil calondrios, no pocos racioneros, sacristanes y dominguillos y hasta un obispo, un arzobispo y un inquisidor, trinidad profana y profanadora que se arañaba por arrebatarse una buena conciencia, que acaso andaba allí distraída buscando a quien bien le viniese" (33).

El pastelero que engaña con sus artes y trampas y pone en los pasteles carne de animales y aún humana (de ajusticiados). Los filósofos que emplean su entendimiento en hacer silogismos contra su salvación y los poetas que querían hacer creer a Dios que era Júpiter y que por él, ellos decían todas las cosas.

Burla, condena y afrenta a los "ginoveses" por la usura de sus bancos, a las devotas de Nuestra Señora y enemigas de la castidad. En el astrólogo que sabe el día del juicio y no se ha preparado para responder en tan tremendo día:

"Ya os traéis la leña con vos como si supiéredes que de cuantos cielos habéis tratado en vida, estáis de tal manera que por falta de uno solo en muerte, os iréis al infierno" (34).

Acaso en esta serie infinita de condenas se pueda ver su pesimismo, su humor negro condenativo, pero no es del todo así, pues pone sus notas líricas, de vez en cuando, para armonizar tanta condena al infierno, como esta que pone al final: "Con esto acabó la residencia y tribunal. Huyeron las sombras a su lugar, quedó el aire con nuevo aliento, floreció la tierra, rióse el cielo y Cristo subió consigo a descansar en los dichosos por su pasión. Y yo me quedé en el valle discurrendo por él, oí mucho ruido y quejas en la tierra" (35).

Para saber su pensamiento sobre el mundo y sus hombres, hay que leer igualmente el sueño del infierno y los que allí están condenados por sus vicios y malas costumbres, donde carga de nuevo con las instituciones, y organismos por sus injusticias, embustes y faltas a la ética más elemental.

Luevado no cesó su obra de recriminación en: "El alguacil endemoniado" y con parecido argumento que en los sueños nos da una visión graciosa y, como todas, desembarazada, sobre la realidad. El diablo habla del infierno y de los que allí hay, y su estado, y vuelve a la retahíla de los vicios y costumbres: los poetas, los enamorados: "mancha es la de los enamorados que toma todo; porque todos los son de sí mismos, algunos de sus dineros, otros de sus palabras, otros de sus obras, algunos de las mujeres".

Los reyes "porque el poder, libertad y mando les hace sacar las virtudes de su sitio y medio y llegan los vicios a su extremo y viéndose en la suma reverencia de sus vasallos y con la grandeza opuestos a dioses, quieren valer punto menos y parecerlo; y tienen muchos caminos para condenarse y muchos que los ayudan... Solo tienen bueno los reyes que como es gente honrada nunca vienen solos" (36) Una alusión más concreta se refiere al mundo de la corte que veremos después. Pero un párrafo apretado nos da un relámpago iluminador de muchas verdades.

Quevedo, continúa preguntando el endemoniado, en presencia del licenciado Calabrés: "¿Luego algunos jueces hay allá? Los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados y la simiente que más provecho y fruto nos da a los diablos; pues de cada juez que sembramos, cogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes... De cada escribano cogemos veinte oficiales, de cada oficial treinta alguaciles, de cada alguacil diez corchetes; y si el año es fértil de trampas, no hay trojes en el infierno para recoger el fruto de un mal ministro" (37).

Para retratar al mundo, le faltaba a Quevedo esta alusión formidable sacada al final del "Alguacil alguacilado":

"Si lo que condena a los hombres es lo que tienen de mundo, y éstos no tienen nada, ¿cómo se han de condenar? Por acá los libros nos tienen en blanco. Y no os espantéis, porque aún diablos les faltan a los pobres; y a veces más diablos sois unos para otros que nosotros mismos. ¿Hay diablo como un adulator, como un envidioso, como un amigo falso y como una mala compañía? Pues todos estos le faltan al pobre..." (38).

Quevedo contempla con ojos prestados y escépticos al mundo, como una perenne comedia: al mirar por dentro se descu-

bren los engaños, las mentiras y las trapacerías e hipocresías de los que habitan o pasan por la calle mayor y, sobre todo, de los que no pueden encubrirse ante el supremo juicio o ante los espíritus demoníacos o angélicos, sus guardas y hostigadores en vida y en muerte anticipada; sus palabras y los juicios nos quedan resonando belleza fementida, dolor de una vida, farsa de una fortuna, grandeza de caballero, ficción y engaño. Siempre embeleco, mentire, fábula.

"No es filósofo el que sabe las cosas, sino el que las hace... Qué importa que sepas dos chistes dos lugares, si no tienes prudencia para acomodarlos? (39)

Quevedo da, por práctico, en moralista. Quevedo recrimina a los filósofos prendidos en sus abstracciones: hay una filosofía más importante que enseñar y que practicar. No es precisamente la ciencia como tal; Quevedo, si cree en la ciencia, al menos se burla elegantemente como Montaigne. Lo hemos visto en el astrólogo cargado con sus astrolabios. Y condenado por no tener ningún cielo, de los que tanto buscó durante su vida. Es un saber que mira al más allá y un preocuparse por los problemas de conducta del hombre.

Poseído de este ideal ético, forzosamente, Quevedo dará en satírico. El espectáculo que le presenta el mundo, si no todo, el predominio es de corrupción y necedad. Es interesante la repercusión que, como salvedad a una posible exageración, pone Quevedo en boca del Lic. Calabrés:

"Mientes -dijo el Calabrés al endemoniado- que muchos santos y justos hay hoy. Y ahora veo que en todo cuanto has dicho has mentido y con pena saldrás hoy de este hombre". Pero, por si acaso alguno se lo cree así, añade al final como moraleja: "Vuestra Excelencia con curiosa atención, mire esto y no mire a quien lo dijo; que Herodes profetizó... y el salmo dice que, a veces, recibimos salud de nuestros eng



migos y de mano de aquellos que nos aborrecen" (40).

Es verdad también que en el sueño del juicio final pone su frase de consuelo: el triunfo de Cristo, pero también termina con este testimonio entre experiencia y sinceridad: "Sueños son estos que si duerme V. Excelencia sobre ellos, verá que por ver las cosas como las veo, las esperará como las digo" (41).

Otra cuestión a analizar es su temperamento y modo de encontrarse psicológico, que intentaremos, para completar los motivos de su posición singular entre agresiva y satírica. Lo cierto es que, en su agitada vida, mantiene frente al mundo-ambiente, parecida posición y estilo constante. Podríamos calificarle de nuevo, de periodista sin periódico y periodista de la oposición.

Contra esto y aquello y contra todo, luchó sin tregua en estas obras fogosas. "Yo escribí con ingenuo facineroso en los hervores de la niñez... los que llamaron sueños míos y los puse nombres más escandalosos que propios"... (42)

Quevedo divierte enseñando (lo malo es, si solo queda, con frecuencia, la diversión) pero sus argumentos convencen: "Dices cosas que bastan a convertir una piedra" (43).

Diestro pincel de colores fuertes y tonalidades bajas, lo que más se aproxima a la realidad, de cuantas cosas nos imaginamos, es lo que soñamos sin intervenir la razón (44).

### 1.a El mundo ambiente visto por dentro en la poesía

Los motivos en los grandes satíricos son lo que ahora salen de nuevo en la poesía de Quevedo: padres avaros, caballeros pobres, mujeres, lindos, médicos y otros tipos y situaciones comprometedoras.

Es difícil y arduo meterse con la poesía de Quevedo. Diciendo cosas positivas y grandes, es más fácil no errar. Echando tan solo una recriminación, puede uno quedar en evidencia.

Nerviosismo, audacia y ardor; nervio y concepto son el soporte de una vida, de una poesía que cala profundo y que va derecha a la idea. Penetra el pensamiento hasta el meollo, hasta la verdad y hasta la descripción desnuda. Fuerza que arrastra y convence y descuaja; profundidad de la idea con una lección y un qué decir en cada una. Menos palabra vana que envuelve el cuerpo sin alma y acumula hoja sin fruto. Fruto abundante e ideas; unidad con el hilo profundo del sentido, de la visión y del juego sutil de la palabra que no se resiste, porque en sus manos se transforma y flexiona hasta el concepto a que tiene que llegar.

Intencionalidad, fuerza viril que llevan al que lo lee algo profundo y entero.

Su profundidad y virilidad le saltan de su humanismo negro; humanismo bajo, de color pesimista; con la visión de la muerte; con la visión de la vida breve; con la visión del vicio y del mal. Pesimismo antropomórfico del hombre que siente como nadie los males del mundo ambiente que le rodea, que ha intuido profundamente la catástrofe que se le avecina al país, que quisiera evitar la destrucción, que ataca a los elementos corrosivos que socavan una grandeza de un declive alarmante.

Pesimismo llevado incluso en este extremo: a una xenofobia extraña en un hombre que había recorrido: Sicília, Italia, Francia, que había permanecido en el extranjero, tenía en él grandes amigos, hablaba sus lenguas y amaba su cultura y, sin embargo, hombre político que conocía también las realidades y desgracias de nuestros bienes y su latrocinio, no podía aguantar sin delatar la usura, el robo y la felonía.

Así su poesía didáctica es revelación también, de un mundo ambiente; de un mundo concreto y humano, con la misma carga y emoción ética que sus sueños, que sus obras ascéticas y morales.

¡Cómo retrata al injusto ladrón!, enriquecido rápidamente con el robo, origen de toda lujuria y degeneración y soberbia y egoísmo. Fotograma de contrastes en antinomias de tiempo, espacio en intensidad:

Matón, que apenas anteayer hacía.

.....

Hoy, mal introducida con la esfera

su casa, al sol los pasos le desvía,

y es tropezón de estrellas; y algún día,

si fuera más capaz, pocilga fuera. (45)

Al rico hinchado y glotón, que muestra la apariencia que no tiene, o que tiene por poco tiempo vana locura con sus halcones, precisamente de Noruega, con adornos dorados y purpúreos antinaturales, que han valido esfuerzo humano, a veces sangre y vidas el traerlos de oriente y occidente.

¡Cuántas manos se afanan en Oriente

examinando la mayor altura,

porque en tus dedos, breve coyuntura

con todo un patrimonio esté luciente!

Herencia de pobres, lo que vale una fortuna entera, lo

que sostiene una familia y alegraría a un padre poder dar a sus hijos, lo quieres lucir tú en tus dedos, lujosa sortija, metal precioso, rico y con brillantes. En un breve espacio metes avaro y licencioso lo que a otros ocupa vida entera en conquistarlo y salud y esfuerzos, grandes ahorros el juntarlo -breve coyuntura-

!Cuánta descaminada ciega gente  
tiene en poco del mar la saña dura,  
solo para que adorne tu locura  
rubia calamidad, purpúrea ardiente!.

Los sudores y los peligros conjurados, las mareas sobre-  
llevadas y las vidas perdidas en la navegación por los ma-  
res tormentosos y peligrosos. Saña dura del mar, mal paga-  
dor de aventuras. Descaminada, porque no saben cuál es el  
fin del camino que emprendió su oro y sus perlas y sus te-  
las y sus damascos, en vez de ser la honra de quien los me-  
rece y necesita. Sólo servirá para el exhibicionismo de al-  
gún rico necio.

!Cuánto pirata de Noruega, atento  
ministro de tu gula, remontado,  
despueble de familia alada el viento!  
!Cuánto engaño de cáñamo anudado  
tiene el golfo, inquiriendo su elemento  
al pasto delicioso del pecado! (46)

El golfo del mundo urdido y marcado de redes inquisito-  
riales, del placer, anudadas de lujo por el rico, sin que  
haya posibilidad que se escape. Todo ello es engaño y encu-  
brimiento que puede solo el dinero usar frente al pobre que  
no puede ocultar sus miserias y sus vicios de todos conoci-  
dos.

Exclamaciones contra el mundo organizado en provecho de  
los que no lo ganan ni lo merecen, y exigen la consunción

de las vidas de los demás y de los placeres de todos.

Quevedo descubridor de engaños y desfacedor de entuertos, siempre puestó con pluma en ristre contra la hipocresía.

Los que piden a Dios salud y son comilones y bebedores, saben el remedio y no quieren la enfermedad, tono poético y realista descripción: surcos y hoyos en el rostro -"pisadas de los años"-; cabello bien peinado frente a calvicie prematura; pesadez de años y encorvamiento y cabello y barba blanca, señales de vejez y acabamiento que pide desaparezcan el devoto a Dios. ¿No sabes, le dice Quevedo, que no vale este desear y pedir mientras "vendimies tazas coronadas" y comas carnes sin tasa? Tu pides a Dios, hipócrita, lo que tu mismo te quitas, necio.

Que los años por ti vuelen tan leves,  
pides a Dios, que el rostro sus pisadas  
ni sienta, y que a las greñas bien peinadas  
no pase corva la vejez sus nieves.

Esto le pides, y borracho bebes  
las vendimias en tazas coronadas,  
y para el vientre tuyo las manadas  
que Apulia pasta, son bocados breves.

A Dios le pides lo que tu te quitas;  
la enfermedad y la vejez te tragas,  
y estar de ellas exento solicitas.

Pero en rugosa piel la deuda pagas  
de las embriagueces que vomitas  
y en la salud que comilón, estragas. (47)

Tema parecido, y más al descubierto, es el del soneto 69:

"Para comprar los hados más propicios,  
como si la deidad vendible fuera".

Todo se expresa en estos versos apretados:

"Pides felicidades a tus vicios,...  
A tu ambición no a Júpiter engañas...  
Tu miras las entradas de tu foro...  
y Dios está mirando tus entrañas".

Los Usureros y sus solicitudes irrefrenables e inaguan-  
tables, más sañudas que las del Ponto a los marinos; su gran  
hipocresía es su desvergüenza; su astucia y su mal vivir,  
llamando virtud al vicio.

Llaman justicia a la maldad, llaman arbitrio al robo,  
llaman cura a la dolencia que les da la ocasión de practicar  
su usurero oficio.

Reprehende la continua solicitud de los usureros:

"Con más vergüenza viven Euro y Noto,  
Licas, que en nuestra edad los usureros;  
sosiéganse tal vez los vientos fieros,  
y ocioso el mar no gima su alboroto.

No siempre el Ponto en sus orillas roto  
ejercita los rancos marineros:  
ocio tienen los golfos severos;  
ocio goza el bajel, ocio el piloto.

Cesa la borrasca la milicia:  
nunca cesa el despojo ni la usura,  
ni sabe estar ociosa su codicia.

No tiene paz; no sabe hallar hartura.  
Usa llamar a su maldad justicia;  
arbitrio, al robo; a la dolencia cura. (48)

Pero una descripción de cómo Quevedo ve el mundo nos lo da en el soneto 70; una concepción estoica de huida por sus engaños, por sus maldades y, a lo más, tolerarle, comprender sus quimeras y enmendarte primero, si quieres algo enmendar en el mundo.

En el mundo naciste, no a enmendarle,  
sino a vivirle, Clito, y padecerle;  
puedes, siendo prudente, conocerle;  
podrás, si fuere bueno, despreciarle.

Tú debes, como huésped, habitarle  
y para el otro mundo disponerle;  
enemigo de l'alma, has de temerle,  
y, patria de tu cuerpo, tolerarle.

Vives mal presumidas y ambiciosas  
horas, inútil número del suelo,  
atento a sus quimeras engañosas;

pues, ocupado en un mordaz desvelo,  
a ti no quieres enmendarte, y osas  
enmendar en el mundo tierra y cielo. (49)

Los alquimistas descubiertos en sus imitaciones de las perlas de Oriente. Doctrina ciega porque el fuego es capaz de descubrir en la ceniza fría la fealdad y nada del oro imitado.

¿Ves con el oro, áspero y pesado  
del poderoso Licas el vestido?  
¿Ves el sol por sus dedos repartido,  
y en círculos su fuego encarcelado?

¿Ves de inmortales cedros fabricado

techo? ¿Ves en los jaspes detenido  
el peso del palacio ennoblecido  
con las telas que a Tiro han desangrado?

Pues no lo admires, y alta envidia guarda  
para quien de lo poco, humildemente,  
no deseando más, hace tesoro.

No creas fácil vanidad gallarda;  
que con el resplandor y el lustre miente  
pálida sed hidrópica del oro (50)

Quevedo, de vuelta en política y en el mundo, puede aconsejar, cuál es lo seguro para vivir y cuál es la verdad. La verdad que hace daño, que cuesta soportar, que no se aguantaba, y no se puede sobrellevar, porque es dura.

Raer tiernas orejas con verdades  
mordaces, ¡Oh Licinio!, no es seguro:  
si desengañas, vivirás obscuro,  
y escándalo serás de las ciudades.

No las hagas, ni enojas, las maldades,  
ni murmures la dicha del perjurio;  
que si gobierna y duerme Palimuro,  
su error castigarán las tempestades.

El que, piadoso, desengaña amigos  
tiene mayor peligro en su consejo  
que en su venganza el que agravió enemigos.

Por esto a la maldad el malo dejo.  
Vivamos, sin ser cómplices, testigos;  
advierta al mundo nuevo el mundo viejo. (51)



Vivamos sin sêr cómplices, testigos; advierta al mundo nuevo el mundo viejo. Recalca indicando su postura. El viejo mundo de las l  cras el de los defectos, el de las miserias, aunque pueda raer las orejas con verdades mordaces.

En vez de adornos de oro en la garganta la templanza es el mejor adorno. Así reza el último terceto del soneto:

Floris, mejor con la templanza puedes  
adornar tu garganta, que con rara  
perdic  n rica que del Ponto heredes. (52)

Los malos jueces vuelven a juicio en este soneto 125. Que vedo los juzga con la severidad de los injustos y condenados por ladrones como Judas.

Las leyes que juzgas, !Oh Batino!,  
menos bien las estudias que las vendes;  
los que te compran solamente entiendes;  
más que Jasón te agrada el Vellochino.

El humano derecho y el divino,  
cuando los interpretas, los ofendes,  
y, al compás que la encoges o la extiendes,  
tu mano para el fallo se previno.

No sabes escuchar ruegos baratos,  
y solo quien te da te quita deudas;  
no te gobiernan textos sino tratos.

Pues que de intento y de interés no mudas,  
o l  vate las manos con Pilatos,  
o, con la bolsa, ah  rcate con Judas. (53)

Hay otros géneros de sonetos coplas y poemas de Quevedo dedicados a satirizar cuantas cosas encontr   detestables a su alrededor. Las señalaremos, pues lo hace a imitación de

Marcial, en las fuentes de los latinos y otras, con sus temas paralelos para el hoy de Quevedo, tomando del entonces de Marcial o Juvenal; pero todavía tiene una copiosa serie de sátiras comunes y personales de abundante tema y gusto no refinado, por el que por desgracia es más conocido el poeta. Son nada más y nada menos que 341, las composiciones largas o cortas, sonetos y otras formas de poesía, en que ridiculiza, ríe o chistea de muchos y variados asuntos.

Vuelve a veces sobre temas trillados de instituciones, pero son más bien los pecados y las viejas, las hermosas y las feas, los cornudos y sus atavíos, el blanco más frecuente de sus versos desenfadados, libres y, con frecuencia, malsonantes y atrevidos.

Quevedo no quiere enseñar directamente como en los anteriores; quiere divertir ridiculizando, que es otra manera de dar lecciones.

Una tónica de conjunto, si hay una propensión de Quevedo, queda clara en estas sus obras didácticas, la gran experiencia, cultura y dominio del lenguaje, para hacer llegar al nombre y al verbo a la expresión de tantas cosas.

Quevedo todavía tiene algo que decir en este mundo que el amontona con la miseria y la expresión, cuando no es desear es deseo de realidad, de no encubrir, de mostrar el mundo que hay algo por dentro para desengañar a los que viven solo por de fuera: Que no todo lo que brilla, es oro; ni todo lo que brilla, plata, sino que en definitiva "in peccatum concepit me mater mea et peccatum contra hominem est semper".

### 1.b El mundo social de Quevedo visto por dentro

Al tratar de centrar a que concepto de mundo se ceñía Quevedo, al censurar su ambiente, hemos procurado separar la parte que correspondía a los dos mundos muy concretos y muy conocidos por él: el mundo de lo social y sus problemas y el mundillo de la Corte. Si hemos logrado la separación nos da mos por satisfechos, porque al dirigirnos a puntos ciertos profundizaremos con más éxito.

Decimos el mundo social de Quevedo, porque es el de su tiempo el que nos interesa, el que conocía y el que criticó y trató de moralizar en su obra, con una doctrina ética valiente. La sátira a la sociedad de Quevedo tiene una grande za especial, si la consideramos desde este punto de vista, aunque a veces se puede emplear en cuestiones personales y otras en asuntos de no mucha transcendencia, y con un objeto valadí.

Veamos sin embargo, el mundo social y sus llagas, con sus críticas y censuras, con sus ribetes docentes. (54)

Los grandes, analiza L. Pfandl, poco antes de 1600, desde entonces subieron extraordinariamente. Con Felipe II se man tuvieron alejados de la corte y en empleos y dignidades de poco lucimiento. Con Felipe III y, sobre todo, en los de Fe lipe IV, padeció una paulatina pero radical transformación: la capital se convirtió en atracción y centro de diversión de los nobles y palaciegos, los empleos y favores e intrigas prosperan al abrigo del trono. Sus rasgos característicos: indómita altivez, orgullo, menosprecio de los trabajos, pro digalidad, vagancia. Escalón bajo e importante entre la nobleza, para nuestro intento, son los hidalgos: "hijos de al go", poseedores de rumbosos y esquimaldos mayorazgos, que arrastran los últimos pasos de su esplendor y proporcionan

al realismo español los mejores ejemplares durante tres siglos: del "Lazarillo de Tormes", al "Mayorazgo de Labraz" de Pío Baroja, (1903) (55).

Los letrados y militares, clases propicias, salvo excepciones, para que se diese entre ellos quienes honradamente pasean su hambre, explotados por hospederos, criados y negociantes. (56)

El vulgo y las clases bajas tiene otras características en los siglos XVI y XVII: la vagavundez es una mezcla de idealismo con una grandeza amarga, holgazanería y mendicidad revestida de un aspecto religioso, con que envuelve la limosna, que la despojaba de su aspecto vergonzante y lo convertían en negocios lucrativos. La última capa social era la germanía; auténtico nido y refugio de los deshechos de todas las clases, estados y condiciones. Academia de intrigas bajas, reyertas y truhanerías con lenguaje propio y moral aborrecida. Sus actividades estaban organizadas y dirigidas por cuenta ajena, asalariados o por cuenta propia, movidos por el hambre.

A esta sociedad organizada se asomó en su vida y se metió en su obra Quevedo. Bajo el peso de la decadencia, el realismo se convierte a veces en naturalismo grosero. Como una especie de derroche de energías, sin aplicación ni orientación, que arrastra la vida de aquellos que insensatamente juegan con ella.

Quevedo se va a meter con esta sociedad y con esta época viciosa, a criticarla a satirizarla y a darle una solución burlesca, una norma ética para mejor vivir.

Quevedo nos traza con una agudeza sin par el ambiente social, que, además, sabemos que existió históricamente. Trazado con colorido y gracia y con realismo y sinceridad equivalentes a su "ver por dentro" y en contraste, sin embargo,

en una página equivalente de Cervantes, nos deja una amargura, una desazón y un si es no es despectivo reojo, por el engendro quevedesco del personaje y de la situación.

Quevedo no derrama la gracia soberana que le sobra a Cervantes y que a los mismos pícaros y truhanes hace amables criaturas y dignas de compasión, acariciadas por una bondad no culpable. Quevedo deja el sabor acre que punza en la razón que demanda juicio, verdad, justicia. Desprecio del vicio y horror aborrecible a la vida triste, aunque libre y colorida. Amarga estimación pesimista de una sociedad de amos que no llega a resolver el problema social que él vivió.

Parece que se cubre el ropaje del pícaro, para penetrar mejor en la realidad de su vida, costumbres e interioridades. Con todo, Quevedo, bien sabe que es un rector; que su labor es depurativa y no historiográfica, y su efecto quiere ser la contraposición de lo que en su vida ha empañado con sus tintes sombríos y de desencanto.

El capítulo IX de la primera parte del Buscón, comienza con una reflexión severa y juiciosa: "... Con esto caminé más de una legua que no topé persona. Iba yo pensando entre mí, en las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues había menester tapar primero la boca de mis padres y luego tener tanta que me desconociesen por ella. Parecíame a mí también estos pensamientos honrados que yo me los agradecía a mí mismo. Mas se me ha de agradecer a mí que no he tenido de quien aprender virtud, que al que la hereda de sus abuelos". (57)

Quevedo, encubierto bajo hábito del Buscón, en una reflexión filosófica y de una gran claridad ética, expone en general su parecer sobre la sociedad de su tiempo. No solo no se siente favorecido por la familia, primera escuela de costumbres, sino que es el factor negativo y más poderoso; tie

ne que tapar la boca a sus padres que no le cuenten sus andanzas a su hijo, porque aprenderlas es la degeneración mayor. Padre ladrón y madre hechicera y deshonrada; tío bebedor y verdugo, buen cuadro para comenzar el camino de la virtud. Por eso no le debe a nadie nada, ni los buenos pensamientos, ni las ideas honradas. Mejor forma de recriminar la sociedad que no solo no se preocupa de ellos, si no es para perseguirlos y hacerse cómplice positivo o negativo.

Quevedo va buscando en su sátira social, que es el Buscón, una a una las figuras prototípicas que representan en su conjunto a la sociedad. La clase o condición de los clérigos, venteros, soldados, estudiantes, mendigos, corchetes. Para eso reúne sañudamente los rasgos que les convienen y con extremos y exágeraciones, caricaturizan en lo esencial, lo que a toda la clase social conviene.

Lo físico, lo psíquico, lo moral y ético sobre todo con trazos gruesos. Así los individuos particulares caen dentro de los grupos y abarcan a todos. Al escoger, sin embargo, los rasgos característicos, Quevedo se muestra tan conocedor y realista, que sus figuras pueden ser retratos genéricos de una realidad. Pintura moderna de brochazos rápidos, seguros y exactos. (58) La idea y la intuición de lo esencial que produce un efecto sintético de una elaboración extraordinaria, mental y al mismo tiempo realista.

Una escuela, su funcionamiento y sus maestros en cuatro líneas:

"El otro día ya estaba comprada cartilla y hablado al maestro. Fui, señor, a la escuela; recibíome muy alegre, diciéndome que tenía cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo con esto, por no desmentirlo, di muy buen licción aquella mañana. Sentábame el maestro junto a sí; ganaba la palmatoria los más días por venir antes, y íbame el postrero

por hacer algunos recaudos de señora, que así llamábamos a la señora del maestro". (59)

El poder de la familia, principal escuela, con un padre "ratón" y una madre que felicita el escalabro del vecino, por defenderla de su honra: "Muy bien hiciste en quebrarle la cabeza, que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir". Yo con eso quedé como muerto, determinado a coger lo que pudiese en breves días y salirme de la casa de mi padre!" (60)

Los estudiantes y su mundo, los letrados y los clérigos cuidadores de los "hijos de algo" pero, sobre todo, los criados y los estudiantes pobres en escuelas y Universidades. Sus hambres, sus hazañas nocturnas y diurnas.

El militar y los propósitos de conquistas:

"Ibame entreteniendo por el camino considerando estas cosas, cuando, pasado el Torote, encontré con un hombre en un macho de albarda el cual iba hablando entre sí con muy gran prisa, y tan enbebecido que aún estando a su lado no me veía... y, después que nos pagamos las respuestas, comenzamos a tratar que de sí bajaba el turco y las tropas del rey..." (61)

Quevedo se mete con todos lo que encuentra en el camino; o pasan por delante de él en la calle mayor del mundo, o va a encontrarlos; pasa a su lado y los adelanta, después de haberlos penetrado; más que un penetrar psicológico, a veces es un penetrar destrozador (despellejador)

Ramón Gómez de la Serna dice que es un penetrar a las almas como Pedro por su casa, jurando y bromeando y calificando y llegando a las entretelas. (62)

Más adelante dice: "Comenzó a explicar de que manera se podía ganar Tierra Santa, y como se ganaría Argel; en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de go

bierno", (63) locura de vagancia y fanfarronería del soldado. Quevedo como si se hubiera dejado de calificar algo en él, vuelve a encontrarse (revestido de pícaro) con otro tipo de soldado. Veinte años de servicios al rey, cuchilladas, puntos, chirles y líneas que cruzaban la cara, en la que la fanfarronería llega al colmo de la locura y de la embriaguez, y Quevedo al de la burla y chacotería.

Todo el Buscón entero nos habla, figura tras figura, del mundo social de un pueblo, en el sentimiento caballeresco que amenazaba convertirse en picarismo nacional, caballeros de industria, fanfarrones y gandules, bandidos y salteadores; roído en su entraña el mundo social por males incurables, se sostiene como gigante con corona de oro y pies de barro amenazando ruina:

"Miré los muros de la patria mía,

.....

Salíme al campo, vi que el sol bebía

los arroyos del yelo desatados. (64)

Después del soldado el poeta chirle y heben y el ermitaño interesado y vividor. ¿Trata de aturdir con tremenda cargada de desesperación de todos estos tipos estrafalarios e inenarrables que pululan por su mente y por la sociedad y mundo que él mismo vivió?

Su comitiva parece cortejo fúnebre y el eco de un pregonero de desgracias, próximo a una catástrofe segura de valores.

Agudeza turbia pero penetrante y realista, por la que Quevedo no se arredra ante la misma bajeza de notas y detalles vergonzosos e hirientes. Como si quisiera cubrir con su ansia de verdad algo del inmenso manto de hipocresía del mundo; algo de la innumerable hipocresía moral, social, que envuelve a los humanos para enriquecerlos con lo que les



puede hacer verdaderamente gananciosos; enterarles de algo que sucedió a su lado en el tiempo que les tocó vivir.

Gómez de la Serna dirá de él, que tiene "un denso rezon-  
go lleno de sinceridad que nos anima en los malos momentos.  
Un ventarrón que refresca nuestra fiebre. Fiebre loca de  
aventuras y paz y tranquilidad sin sufrimiento".

Y luego Segovia, por segunda vez, cuna de sus estudios,  
con el "Domine Cabra", cuna de su familia y cuna de su ha-  
cienda; pero Segovia no es precisamente un prototipo sino  
un modo de vivir pobre, bajo el sol de Dios. Lo tremenda-  
mente admirable es en Quevedo su meterse y enterarse de to-  
do; un buscador y no un encontrador, con el ansia inmensa de  
observar y no de resolver y hallar.

Dotado del don de la presenciabilidad, tenía la espada  
herrumbrosa del escritor que a nadie mata, pero que defien-  
de a todos de la mentira y les hace ser valientes de la ver-  
dad, que se profesa y se tenga la valentía de decir en voz  
alta; este promedio de verdad que se confiesa es lo impor-  
tante. (65)

Madrid corte del Rey, y Toledo y Sevilla. Los farandule-  
ros y los farsantes; su vida amoral. La vida de germanía y  
su lenguaje y aficiones; en fin, el plan sin acabar, porque  
la vida sigue, y los estamentos de la sociedad son más.

Quevedo, maestro del mundo social visto en camisa; des-  
nudos, caballeros y damas, sin golas y sin entorchados, aun  
que haga reír y sea la burla cruel.

Quevedo vió desde dentro el problema sin resolver, por  
eso saca su carcajada sarcástica, porque pilla al hombre y  
a la mujer en sus debilidades, a la sociedad en sus trampas  
y embustes, a las instituciones en sus disimulos.

Quevedo satirizó este mundo social y trató de corregir

con su pluma siempre en ristre, para enderezar las calamidades de su siglo, lo que no pudo con sus palabras y acaso tampoco pudiera con sus obras.

Sátira de las costumbres es el sueño de la muerte y la descripción de la pérdida de sus valores, ésta que nos hace al hablar del rey Perico.

"Vuesa merced se consuele conmigo, que soy el rey Perico, y no me dejan descanso ni de día ni de noche. No hay cosa sucia, ni desaliñada, ni pobre, ni antigua, ni mala que no digan que fue en tiempo del rey Perico. Mi tiempo fue mejor que lo que ellos pueden pensar. Y para ver quien fui yo y mi tiempo y quien son ellos, no es menester más que oílos. Porque en diciendo a una doncella ahora la madre: "Hija las mujeres bajar los ojos y mirar la tierra y no a los hombres" responden: "Eso fue en tiempo del rey Perico: los hombres han de mirar a la tierra, pues fueron hechos d'ella y las mujeres al hombre, pues fueron hechas d'él. Si un padre dice a su hijo: "No jures, no juegues, reza las oraciones cada mañana, persígnate en levantándote, echa la bendición a la mesa", dice "que eso se usaba en tiempo del rey Perico... Ahora le tendrán por un mal tiempo si sabe persignarse y se reirán d'él si no jura y blasfema. Porque en nuestro tiempo más tienen por hombre al que jura y al que tiene barbas". (66)

Los caballeros que dan en adolecer que lo son en cuanto tienen caudal. Y la honra del mundo que ni se tiene ni se conoce. La verdad, dice tímidamente entre medio adalgaza o quiebra; en esto se conoce que los ginovesees no son verdad, porque adelgazan y quiebran. (67)

Y en cuanto a la justicia, Quevedo reclama el tiempo pasado: "como a los enfermos, cuantas más juntas de doctores hacen sobre él, más peligro muestra y peor le va, sana menos y gasta más". (68)

La justicia, según su visión del mundo, es igual e idéntica a la verdad; se parecen tanto que coinciden. La justicia y la verdad se dan la mano. Quevedo dice que además, para ser sincera, como él quiere, tiene que ir desnuda. Así la amó; él quiere que los sastres no sean ladrones y los clérigos sean cultos; que los soldados se batan en la milicia y no se honren de fingidas cicatrices, que las mujeres sean honestas y no sólo lo parezcan, y no que la justicia la empapelen, como se empapela la prostituta y la verdad se camufla con vestido inventado y lúcido.

Burla y sarcasmo que lleva Quevedo a los nombres más estrafalarios y jocosos. (69)

¿Y qué decir del mundo del matrimonio, al que Quevedo no perdona, como buen solterón empedernido, con experiencia de casado? Decenas de veces sale en sus sueños, discursos y pragmáticas con todos los signos, infidelidades, disimulos y caras críticas, burlas, sarcasmos y descripciones; y no deja desmentirle el mundo social; después, el mismo confirma: "parecióme que los muertos pocas veces se burlan y que gentes sin pretensión y desengañadas más atiendan a enseñar que a entretener" (70)

"Quevedo como hombre y como pensador, ha escrito L. Pfandl, expresa con mayor perfección el espíritu de su siglo, el de la España floreciente y decadente" (71)

En sus Sueños, hace gala de una gran cualidad, al estilo de los mayores novelistas modernos, analiza y observa hasta los últimos detalles de las situaciones supuestas en la otra vida y existentes en esta. Puestas sencillamente las unas a continuación de las otras, da todavía mejor la impresión de una escenografía abigarrada que se va amontonando sin fin. Los objetos son extraños, a veces repugnantes, a veces sucios y malolientes: En el discurso de todos los diablos po-

ne la serie de personajes siguientes, tomada de la vida ordinaria y traspasada a ultratumba, para mayor tranquilidad de "conciencia de Quevedo":

Una Dueña, un Soplón y un Entremetido, pero además los conjurados contra el diablazgo: dos tiranos, tres aduladores, médicos y letrados, un casi-ermitaño. Se aumenta el infierno con mohatreros e hipócritas. Mete también a tudescos y alemanes, "después que Calvino y Lutero ladraron las almas de los ultramontanos".

Personajes comunes y nombres propios: El maldiciente y Julio César, Bruto y Casio que le mataron a puñaladas, senadores de Roma. Minos y Radamanto.

A continuación el tema de la familia: los padres sin hijos y las bellacas. Los vengativos y los envidiosos.

La gente de la guerra y del gobierno: emperadores y magistrados y capitanes generales: Clito y Alejandro, hijo de Dios, señor de los mundos, miedo de las gentes, grande y máximo.

Abdolomyno, Séneca, Nerón, Quinto Haterio y Marco Escaura.

Los ojos de Quevedo, provistos de las lentes crueles del desengaño, sorprenden al mirar la vanidad de las honras, de los cargos y de los papeles desempeñados en la comedia del mundo.

Quevedo se escarmentó de un mundo social visto sin tapujos y que de escandaloso y fraudulento hace reír al verlo sin camisa. Ni valen los títulos y las decoraciones que delante se ponen, para desarrollar sus papeles en la vida humana.

Bien y virtud no son patrimonio para asegurar mayores lugares y derechos entre gentes que, en realidad, no sólo los practican sino que los odian. Metidos en el infierno,

en su salsa social nocturna o picaresca entre palos, pullas y bofetadas; cuando se habla el lenguaje de la sinceridad que es la pobreza, se dice claro lo que es el mundo social que se alberga dentro.

Quevedo se desengañó y, comunicando a la fábula toda la frescura y lozanía de la juventud con que escribe estas obras les da la amenidad y estilo blando, pero desengañado del Quijote.

Quiere producir el efecto que él produjo sobre los libros de caballería en una sociedad de pícaros, hipócritas y maleantes, en que amenazaba convertirse su mundo del siglo XVII.

Por eso, su fin inmediato es una lección filosófico ética, una lección provechosa aunque burlona y picante a la humanidad: "viciado el corazón en la niñez con ejemplos perniciosos y escandalosos, ni los estudios, ni menos el desarrollo de un ingenio, favorecerán la posibilidad de mejorar al hombre y llevarlo por el buen camino, antes aumentarán sus bastardos instintos y le ayudarán a descaminarse más". (71a)

Su desengaño y su lección ética tienen a veces aplicación inmediata en algunos de estos sonetos. El gobierno y dominio social por el favor y el desatino se consiguen mejor.

Las mejores lecciones las aprenderás del suplicio.

Los auténticos alabados no son los virtuosos sino los viciosos. (72)

Si gobiernas provincias y legiones  
ambicioso pretendes, oh Licinio!  
procura que el favor y el desatino  
aseguren de infames tus acciones.

No merezca ninguno las prisiones

mejor que tú; pues cuanto más vecino  
al suplicio te vieres, el destino  
más te apresurará las elecciones.

Felices son y ricos los pecados:  
ellos dan los palacios suntuosos  
llueven el oro, adquieren los estados.

Alébense los hombres virtuosos;  
más para los que viven alabados,  
quien los alaba elige los viciosos.

Quevedo no juzga necesaria para satisfacer la ética quebrantada, que en sus sueños, que en su Buscón, que en sus exposiciones de vicios y patrañas se tenga que conducir al facineroso al suplicio adecuado a su pecado. No, bástale la mera exposición, la apertura a la realidad. Lo contrario es privar al lector maduro de la satisfacción y del esfuerzo del juicio moral correspondiente. De la condena que nace implícita ante la injusticia. A Quevedo bástale incitar por la burla y el sarcasmo a la repugnancia por lo aborrecible y al amor a lo justo. Es cierto que se vale de un método ascético extraño: Emborrachar al que quiere satisfacerse con el vino; hartar al que quiere gustar algunos espectáculos escabrosos, amontonándolos o describiéndolos tan al pormenor que superen toda sensibilidad.

La eterna lección de los ricos, estrechando a los pobres, venal e inconsideradamente, por la codicia de lo poco ajeno, que aparece siempre pingüe y jugoso bocado, lo retrata en pocos versos: (73)

En la heredad del pobre, las espigas  
más gruesas te parecen, más opacas,  
ni en tus trojes la codicia aplacas,

no pudiendo sufrir tu mies las vigas.

Puede ser que, como señala Merimée (74) a Quevedo le hubiese preocupado en sus obras, en algunas ocasiones de su vida, más el quedar bien, más el deleitar y satisfacer que otra cosa. Pero su preocupación ética a la larga o mediana o a la corta, principalmente por el camino del verso, está demasiado clara y probada.

No necesita hacer ninguna ostentación de moralismo negativo, prohibiendo hacer lo que sus personajes "grotescos" (o reales) hacen. No es ni conveniente la lección; que la saque cada uno. Y no hay mejor manera de inducir al lector a que no imite al antihéroe si no mostrarle las consecuencias de una vida bochornosa.

Merimée se refiere casi exclusivamente al Buscón, pero en sus versos satíricos la conclusión sale por sí sola. Hay la burla por comienzo y la corrección por final. Entre ejemplos innumerables traemos esta: "Letra satírica de diversos estados", titulada: Lindo Chiste: (75)

Hay mil doncellas maduras,  
que guardan virgos fiambres,  
hasta que a fuerzas de hambres  
se les van en cataduras.

Todas son vírgenes puras,  
por más aguadas que estén.

A ninguno quieren bien  
si nos las calza y las viste

Desde la burla al hombre de la gran nariz, célebre soneto, pasando por los estados, situaciones, acciones, descripciones, Quevedo muestra en verso satírico la misma fecundidad que en la prosa; allí los amontonaba en sus sueños y en la acción vertiginosa del Buscón, aquí no hay forma poética.

que le resista, ni tema que le conmueva: A la que aparenta lo que no tiene con su adorno. Al calvo que disimula su ridículo, la felicidad barata y artificiosa del pobre. Al médico que por un mal que quita receta muchos:

Haz la cuenta conmigo doctorcillo.

Para quitarme un mal ¿me das mil males?

¿Estudias medicina o paralvillo?

Los tintes de los viejos y viejas pasan de nuevo bajo el crisol y, la vieja venida a la edad de las niñas, y todos los vicios sociales de los castellanos y de los humanos de su tiempo.

Hoy, sin miedo que libre escandalice,  
puede hablar el ingenio, asegurado  
de que mayor poder le atemorice

En otros siglos pudo ser pecado  
severo estudio y la verdad desnuda  
que romper el silencio el bien hablado.

Ya sumergirse miro mis mejillas,  
la vista por dos urnas derramada  
sobre las aras de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada,  
que fue, si rica menos, más temida,  
en vanidad y en sueño sepultada.

.....

Quevedo se podía calificar como el cuatrojos que a pesar de su miopía saca por su penetración en el mundo humano y social de todo su emborronamiento la verdad y autenticidad desnuda que corrige de la mentira y el engaño, mejor que si miraran los ocho o doce mejores catalejos de todo un siglo.



En su mirada se advierte con asombro con temor y con humildad, cómo la criatura de Dios ha sido echada en el mundo, y Quevedo certifica su realidad, verifica su mísera suerte y sin él el siglo XVI - XVII español tendría lapsos y lagunas y la desgracia de no saber cuál y como fue su suerte. (76)

### 1.c El mundillo de la corte

Quevedo conoció el mundo de su tierra por dentro y por defuera, como dice él; pero aún mejor que cualquier otra parcela, esta de la corte, la penetró con ventaja. Por eso la hemos querido separar y especificar con esta palabra que suena familiar y a conocida: "Mundillo", porque es breve en espacio, bien que no en repercusión, en calamidades y en responsabilidades.

No es tarea difícil amontonar páginas sobre esta realidad calamitosa que vivió España en los días de Quevedo en Valladolid y en Madrid, cortes de España. Es complicada hacer una síntesis de las crueles realidades de la corte y de los motivos que tiene Quevedo para verla por dentro, satirizarla aunque lo condenen, y recordarle sus deberes, aunque no sienten bien a los grandes las verdades.

Quevedo nace y vive en la corte. De ella sabe tanto como de su casa y de su familia. Quevedo tiene material, motivos, experiencia y ciencia, para hablar del mundo de la corte por dentro.

Juan R. Jiménez había dicho de Andalucía, contrastando su "aparecer" con su "ser":

"El tratamiento, la forma, el único engrase digno y decente de los cojinetes sociales es esencial en Andalucía. Si Vd. no los guarda, usted muere, no airada y groseramente, sino ahogado en las aguas cambiantes del ridículo".

Pero Paul Valery lo había dicho tal vez con más valor y derecho del ambiente de la corte, en el que el "parecer" sobre el "ser" ha sido desde siempre fórmula de arte:

"Le developpement symétrique et comme musical, des consecuencias d'une situation bien isolé est bien a l'existence d'un milieu conventionel où se parle un langage orné de vo

les et pourvu des limites, où le paraître commande l'être, et le tient noblement dans une contrainte qui change toute la vie en exercice de présence de l'esprit". (77)

Llega un momento en que, para contravenir esta preponderancia del parecer sobre el ser, hace falta ser valiente, hace falta ser héroe, tal vez. Cuando el parecer coincide con el tener y poseer y, renunciar al uno, en favor del ser, supone perder seguridad, perder la vida, se llega al "martirio" y al heroísmo. Aún sin tener en cuenta, lo temperamental y el ser interno de Quevedo con todas sus evoluciones; digamos sólo que necesitó una valentía extraordinaria para profesar la verdad que resulta de este ver por dentro en la corte, precisamente, y no en cualquier otro lugar.

.....

de nadie se me da nada

que el alma apicarada

me ha do esta libertad.

Pero más expresamente y con mayor fuerza y eficacia, la epístola censoria que empieza con estos versos retadores:

¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente? (78)

Y Quevedo arremete con su pluma en ristre, punzando una costra pútrifecta y haciendo desprender miseria al monumento viejo, caduco y decadente. "Quiso Dios que porque no fue se pensando mal, topé con un soldado; luego trabamos plática: Preguntóme que si venía de la corte. Dijo que de paso había estado en ella... "No está para más" -dijo luego- que es pueblo para gente sucia; más quiero !Voto a Cristo! estar en un sitio la nieve a la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufrir las supercherías que se hacen a un hombre de bien. A esto dije yo que advirtiese que en la cor

te había de todo, y que estimaban mucho a cualquier hombre de suerte. "Que estimaban - dijo enojado -, si he estado yo seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de ser vicios y haber perdido mi sangre en servicio del rey, como lo dicen estas heridas"... (79)

El libro segundo del Buscón dedica el 8º capítulo en su forma habitual, satírico-burlona, a la realidad de la corte. Para Quevedo, entrando en la corte es una profesión de la vida barata.

El vestir disimulado de encubre-rotos, encubre miserias o suciedades a tapar. "Sucedió pues que vió desde lejos un hombre que le sacaba los ojos, según dijo, por una deuda y porque no le conociese soltó detrás de las orejas el cabello que traía recogido y quedó nazareno entre verónica y caballero; lanudo plantóse un parche en el ojo y púsose a hablar italiano conmigo" (80). Todo eran trazas de hurtar y pandillas de desarrapados, mendigos holgazanes.

Títulos y más títulos con "Don" delante y "de" después, para el apellido.

"Animaronle a ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiría de casarme con la ostentación a título de rico y que era cosa que sucedía muchas veces en la corte" (81). Este mundillo es el que Quevedo tuvo que experimentar desgraciadamente.

Pero vayamos penetrando en los palacios verdaderos. Soñando en el "Sueño de la muerte", Quevedo penetra en el tema y hace preguntar: "¿Hay muchos golosos de valimientos de los hombres en el mundo? Enfermedad es - dije yo - esa de que todos los reinos son hospitales". Y continúa su retrato burlesco y real como pocos:

Antes casas de orates, entendí yo. Más quiero que tú les digas a esas bestias que en albarda tienen la vanidad y am-

bición que los reyes y príncipes son azogue en todo. Lo primero, el azogue, si le quieres apretar, se va: así sucede a los que quieren tomarse con los reyes más mano de lo que es razón. El azogue no tiene quietud: así son los ánimos por la continua mareta de negocios. Los que tratan y andan con el azogue, todos andan temblando: así han de hacer los que traten con los reyes de respeto y temor, porque, si no es fuerza que tiemblen después hasta que caigan... (82)

Quevedo retrata sobre todo los vicios de la corte en sus versos morales y satíricos, y toma pretexto de Roma o de cualquier suceso o genial transformación.

Como si quisiera decir que las causas de la decadencia de ayer y hoy son siempre las mismas. Así pasó en Roma, así pasa en España.

En el precio, el favor; y la ventura,  
venal; el oro, pálido tirano;  
el erario, sacrílego y profano;  
con togas la codicia y la locura;

en delitos, patíbulo la altura;  
más suficiente el más soberbio y vano,  
en opresión, el sufrimiento humano  
en desprecio la ascienda y la cordura.

Promesas son, ¡Oh Roma! dolorosas  
del principio y ruina que previenes  
a tu imperio y sus fuerzas poderosas.

..... (83)

Quevedo se metió a político, quiso tener buena encomienda y ser prebendado, como dice L. Gómez de la Serna, pero se desengañó tarde de lo que otros escritores no quisieron probar. Quevedo, principiante, cree que diciendo la verdad

se salvará de las asechanzas políticas y que es mejor protegerse en sus tratos con la sinceridad que son la cautelosa prudencia.

Sin embargo Quevedo no cesa en su empeño; véase en este Polycles la corrección que le propina en el Soneto cuyo primer verso reza:

No agradan a Polycles los pecados  
con el uso plebeyo repetidos,  
ni deleite por otro introducidos:  
sí los mayores, y por sí inventados. (84)

Quevedo desconfía de la fe fracasada en los hombres y, muy especialmente en los políticos y en los que viven en los palacios; a medio camino entre púlpito y sacristía, sin estorbar a los doctores en teología, Quevedo ocupa su puesto y sermonea. Sus sermones tienen resabios de lección universitaria y de conversación piadosa de sacristía.

Quevedo ocupa su puesto: el que ninguno quiere que ocupe; el que es distinto del que todos le quieren hacer. Sale y entra; entra y se marcha; se entera y experimenta en sus huesos lo que son afrentas.

Así sólo pudo escribir tan acertadamente:

Para entrar en palacio, las afrentas,  
!Oh Licinio!, son grandes, y mayores  
las que dentro conservan los favores,  
y las dichas mentidas y violentas.

Los puestos en que juzgas que te aumentas  
menos gustos producen que temores,  
y vendido al desdén de los señores,  
pocas horas de vida y de paz cuentas.

No te queda deudor de beneficio

quien te comunicare cosa honesta;  
y sólo alcanzarás puesto y oficio

de quien su iniquidad te manifiesta;  
a quien cuando quisieres, de algún vicio  
pudieses acusarlo sin respuesta. (85)

Al entrar en el mundo de las intrigas y de la simonía, Quevedo no se dejó llevar de un halago dulzarrón, del instinto murmurador de la gente y del apetito mordedor de las fieras del zoo, cuando el guarda las echa carne por la mañana. Al favorecer este instinto recalcitrante del pueblo, el pueblo díscolo pedirá más y más cada vez, y la pagará el mismo escritor.

Profeta en su tierra, empieza a clamar y como lo hace a las claras, de por dentro resulta de mal agüero: "Grandes anales de Quince días", Historia de muchos siglos que pasaron en un mes, memorias que guarda a los que vendrán, a los señores príncipes y reyes que sucederán, a los que hoy son en los afanes de este mundo (86).

Un diario sin censura; corre de mano en mano de los súbditos, hablando sin trabas de los Grandes y de los Reyes y Ministros. Estuvo en las cámaras reales a la muerte del rey y sabe como murió y por qué y los intereses de la nueva plantilla. De todo emite juicio y no hay reserva ni secreto para este Entrometido periodista de la corte por dentro, a la muerte de Felipe III, el 31 de marzo de 1621, a las 9 horas de la mañana. ¿Es burla? ¿Es sarcasmo?, ¿es realidad comprometedora? ¿Tiene fundamento Quevedo?... Aliento para el lector matutino de la corte y villa.

..."don Felipe III pasó a mejor vida; que en los justos y santos tiene más corteses y más consolados nombres la muerte..... "a los reyes más los acaba la adulación de la

cura y el halago de los remedios que el rigor de la enfermedad... por esto los reyes solo dos días están enfermos, el primero y el último". (87)

Pero Quevedo no se contenta con eso, y he aquí la preocupación constante ética de su obra. El predicador que hay en su alma, pasa por las opiniones políticas, a las religiosas, para hacer más "caridad" a los poderosos. Desgraciadamente se queda solo y nadie le hace caso, haciendo penitencia, orando y revelando como profeta visionario del futuro.

"Ostentación hago de robusta caridad con vanagloria, que puede permitir a la piedad de mi celo, en guardar en la clausura de esta relación con la vida el escarmiento, y con voz el ejemplo y la verdad. Yo escribo lo que vi y doy a leer mis ojos no mis oídos. Con intención desinteresada y con ánimo libre me hallo presente a lo que escribo con más recato que ambición" (88).

Continúa su descripción sin cortapisas, creído en unos y esperado en otros, y dando la lección ética de las intrigas y la conversión en lecciones de valor universal. Validos y Consejeros, malparados, interesados, y codiciosos,. "Se conoció que los validos sirven a su majestad y no le violentan; porque en tan tiernos años ama el trabajo, de suerte que quiere bien a quien le ayuda, no a quien le descansa y le descuida; no quiere privados que le ocasionen ocio, sino los que le acompañan en el trabajo, y le sigan y no le arrastren, y le acudan y no le compitan" (89).

Y junto a sus revelaciones políticas y sus visiones interiores manifiestas, su sarta de misticismos y su mezclar la política de Dios con la política de los hombres:

"Chitón de las tarabillas", "La Isla de los monopantos", "Grandes anales de quince días...." y también: "Marco Bru



to", Política de Dios"....

Lo religioso no quita lo valiente, se podría decir, quizá en un cambio de términos. Está bien con Dios, piensa, acaso, con el Dios de los Evangelios y de esta religiosidad ha de proceder su ética.

Es un humanismo barroco español en el que se da una mezcla informe e indiferenciada; una síntesis de clasismo y Cristianismo.

Esta política de Dios que quiere modificar la de los hombres y que es como el complemento del estoicismo senequista. Complemento y sublimación.

Cristo modelo de gobernantes, frente al príncipe neopagano, más allá del bien y del mal.

Reinar es velar, porque quien duerme no reina. Rey que cierra sus ojos mal gobierno habrá.

Las tentaciones de Jesús son las asechanzas de los reyes y cada paso tiene un paralelo.

El hombre cansado de hipocresía y blandengues discursos halagadores y sublimes abstracciones, salta en su primera sinceridad y, primero sorprende con su "Hora de todos" o la "Fortuna con seso", descubridora de ese mundo engañoso, y con sus obras sueltas e incontroladas, que con sus Sueños, y después nos sorprende de nuevo con la suprema verdad, la del Evangelio, de forma desarrapada e insolente, del hombre cansado de academicismos y posturitas acomodaticias.

Quevedo está cansado al fin; quemado con sus contemporáneos. Parece como si temiera desquiciarse el "mundo" y por eso escribió con barroquismo y displicencia. Después de exortizar y vengar con sus pinceladas a los de "dentro", a los de "fuera", y a todos los de su alrededor (a los amigos y a los enemigos), Quevedo siente la nostalgia estoica

de la "apatheia". El: "Beatus ille" brota de su cálamo entre este soneto, elegía de la vida ausente de la corte:

Dichoso tú, que, alegre en tu cabaña,  
mozo y viejo espiraste el aura pura,  
y te sirven de cuna y sepultura  
de paja el techo el suelo de espadaña.

En esa soledad, que, libre, baña  
callado sol con lumbre más segura,  
la vida al día más espacio dura,  
y la hora, sin voz, te desengaña.

No cuentas por los Cónsules los años;  
hacen tu calendario tus cosechas;  
pisas todo tu mundo sin engaños;

De todo lo que ignoras te aprovechas;  
ni anhelas premios ni padeces daños,  
y te dilatas cuanto más te estrechas. (90)

## 2. El hombre visto por dentro

"Los demás pintan al hombre cual parece que fuera, éste sólo (J. Van Aken) se atrevió a pintarlo cual es por dentro" y así es Quevedo. (P. Sigüenza)

¿Qué piensa del hombre? ¿Hasta dónde le considera capaz de posibilidades: de cambio, de conversión?. ¿Qué confianza le merece?.

Para Quevedo el hombre está mal hecho y, puesto en él y en el cosmos desde fuera, con imposible enmienda desde dentro, falto de conocimiento suficiente....

Todas estas tesis sonaban a un tanto paganas, de modo que no podían menos de enconar y poner de relieve la necesidad de que la Inquisición entrara a saco sobre sus obras, aquellos para quienes el hombre está divinamente logrado, los que ni se paran a pensar y quieren olvidar lo que se ve muy claro. Quizá están demasiado contentos porque nunca les ha ido mal.

En la tercera audiencia, cargo nono, se le acusa a D. Francisco de Quevedo de la siguiente manera: D. Francisco parecía ser aprendiz o segunda parte del atefista y pintor Jerónimo Bosco porque todo lo que éste ejecutó con el pincel... ha copiado con la pluma el dicho D. Francisco (91). Se ha visto una proximidad plástica entre la exuberancia sensualista (92), barroca y formando una selva impenetrable de Van Anken y las descripciones intelectuales de nuestro Quevedo hace en sus sueños y en su Buscón. También se ha querido ver un parentesco con los aquellarres y los "sueños" de Goya, con su informalidad y su amontonamiento y este impresionismo con que Quevedo nos arroja delante cosas, animales y hombres, en posturas raras, difíciles, imposibles, incluso todas mezcladas y un tipismo goyesco o a lo

Bosco.

El desenfado de la Pluma de Quevedo le puso en roce con la Inquisición, pero nunca su fe pudo ser objeto de acusación alguna (93)

Quevedo es algo más que un humanista cualquiera, en su sentido amplio. Quevedo tiene una preocupación humana y aún vital, tan honda, que no es difícil elaborar su concepto de antropología, con todas las dimensiones que pueda abarcar en el hombre: su vida, su ideal, su vitalidad, su muerte, su tiempo.

Nos interesa a nuestro propósito, cuál es su concepto de hombre: ¿Cómo ve, también, Quevedo al hombre y qué principios elabora a través de él?, porque así tendremos una gran e importante base para juzgar de su ética, que necesariamente tiene que referirse a este ser-humano y que tiene que partir de él en realidad.

Y desde luego hay que responder a sus enemigos con la frase de Landsberg: "Sólo con lentes de aumento se puede ver la profunda realidad de las cosas".

Quevedo con sus cuatro ojos nos descubrió cómo es el hombre en su "hondón", en su encontrarse en la vida, en sus aspiraciones, y en sus más altas consecuencias, en relación a la transcendencia.

Quevedo no deja quieto a nadie, como él mismo nunca lo está; "Es un preparador de almas, un aldabón de almas, un crecedor de almas" (94).

No podía contentarse con poco, no quiso contentarse, si no con todo. A Quevedo le importa lo interno más que lo externo; las realidades más que las apariencias; y en el hombre es donde, principalmente, penetra con este sentido.

No lo hemos desviculado de su mundo concreto y de la visión interna que de él nos da en toda su obra. Pero está

perfectamente incompleto si así lo dejamos. Llega a escribir que se lo teme todo si lo dejamos analizado así en general, sin mirar a sus recovecos: "Todo el hombre es mentira, por cualquier parte que lo examinéis. Si no es que, ignorante, creas en las apariencias" (95). Por eso se mete Quevedo más allá de la apariencia, a ver qué es lo que hoy sueña, o va en figura de pordiosero; que donde no puede entrar se mete, y si no, engaña o disimula, pero no se queda fuera.

Se tiñe su figura de hombre con estos ribetes de pesimismo antropológico en su principio, cuyas causas ya podemos ver desde comienzo, aunque sólo las cobremos al final. Son por lo demás comunes a su apuntar un poco por bajo de las posibilidades que el hombre tiene. Por otra parte, lo es que Quevedo no le admita posibilidades al hombre, lo que le niega es la posesión, la estable seguridad y la permanencia en su dominio.

No hace falta insistir en su sinceridad y convicción en este aspecto. Quevedo ama la vida; no es un eremita ni un padre del desierto que se consuma; nada tiene que ver con el que huya del mundo; con el que practique una separación y desconfía de él, y que practique en determinados momentos una vida ascética y religiosa auténtica y exigente (96). Quevedo ama la vida, todo lo del vivir. No precisamente para gozar y no precisamente para crear un vitalismo del super-hombre o del optimismo del "homme pensant", de su contemporáneo Descartes (97). Quevedo ama la vida desde el ángulo abierto, obtuso, de que le interesa todo en ella: el concebir y el hacer y sus procesos y detalles y el sufrir y el llorar y el buscar pan, habitación y seguridad, y también amor y refugio, porque se quiere morir.

Tal vez, Descartes, se olvidó al definir al hombre como

pensante, el decir que es "homo natus", y no solo le dará así al hombre proyección histórica, más, le mostrará la preocupación por la existencia concreta, en su constante hacer se desde el comienzo está el "cuidado" en el hombre. Ni al canza fácilmente la perfección, antes bien, tiene que ir recorriendo con pena un camino hasta llegar a hacerse.

La existencia real y concreta que describe así Quevedo. ... "andaré sin saber lo que me hago; antes de verme lleno de antojos; para hacer traeré más dolores que el mal francés; saldré revuelto en la sábana de la posada; como quien da madrugón; lloraré porque nací; viviré sin saber qué es vida; empezaré a morir sin saber qué es muerte; envolveráme la comadre en mantillas; que me la jurarán de mortajas"... (98)

Paso tras paso, en una descripción desgarrada y futura, pero pasada... !Si yo volviera a nacer!, "entonces prefiero quedarme en el infierno".

Quevedo ve a través de sus anteojos la vida. Dos visiones vienen a mezclarse y a dar el resultado de bajo tono. Su propia experiencia. Si yo volviera a nacer, !pero como ya he nacido y he visto y experimentado lo que me pasó!... Además, la situación histórica es que existió, complejo, difícil de analizar y que da el tono a todo.

Esta suma fragilidad y miseria y pobreza humana de su pesimismo antropológico, es sencillamente la visión que le trae el cristianismo, que le dan los Santos Padres. Lo básico y lo propio de su antropologismo hay que sentarlo, dirá él, en esto: "Homo natus de muliere, repletus multis miseriis brevi vivens tempore"... En Job continua estudiando la gran experiencia de la vida: como una flor que nace y desaparece, agostada y ajada.

Creado de la nada, encarnado en un cuerpo, dotado de un

espíritu personal, destinado sí, a la eternidad. Mientras tanto, la vida terrena es dura prueba a la que se le somete al hombre "viator".

En S. Pedro Crisólogo, su maestro, había leído, sin duda, aquella descripción antropológica, un poco desesperante del hombre, que en resumen refleja a todo Quevedo: !Qué cosa más enferma que el hombre a quien engaña el sentido, burla la ignorancia, cerca el juicio, ofende la pompa, el tiempo deja, la edad muda, entorpece la infancia, la juventud precipita, la vejez quebranta! (99)

Pues en este estilo y forma, continúa en su discurso citado, entre socarrón y trágico: "Pónenme en una cuna: si llora llaman al coco, si me duermo me cantan, pónenme un baba dor; cuélganme dijes; nácenme dientes y que no me rasque y, !Ay el angelico!.!Pues que si paso del sarampión y voy a la escuela, en invierno con un alambique por nariz, tomados todos los cabos del cuerpo con sabañones... mancebos, acechados por la lujuria... !Pues qué ya hombre, cargado de cuidados... entre arrepentimientos y desengaños".(100)

La tragedia humana vista a estilo existencial, o al estilo unamuniano, con desgarrón efectivo de quien ama la vida y siente que se le va por su fugacidad, por su inconsistencia, y mejor aún, en ese corto vivir, tiene que ser con dolor.

Unas de las primeras advertencias (101) es ver cómo Quevedo hace constar en su obra una disociación de la que podríamos constituirle, por lo demás, en maestro constante y consumado. Con un espíritu de istrión burlesco que solo piensa en ridiculeces y bufonadas, un espíritu grave y sentencioso que dice las verdades con retintín y madurez no esperada, y , en su manera de concebir al hombre, lo enfrenta con el máximo problema, le pone ante la muerte. Pero

no solo en su obra, compuesta de parte jocosa y parte seria, se nota esta disociación, como una conversión y un corte profundo; en su vida, más, en su poesía, en su obra picaresca, en un mismo soneto, se dan estos dos matices con viviendo y, cosa extraña, aunque conectan no se mezclan. Nunca llegan a formar uno solo. Forman, eso sí, un solo Quevedo, pero con dos aspectos de un solo vivir. La congoja y el amor, la vida y la muerte. El junta lo estoico, lo cristiano, lo trágico y este sentimiento moderno del vivir y el morir, atemperado en Quevedo por lo cristiano en su vida.

Quevedo rebosa de "cuidados". Los cuidados que enturbian la existencia humana y la impiden por sí misma y por los demás llegar a una plenitud, y con la plenitud a una paz y tranquilidad; llegar a una perfección y con ella a una seguridad. Preocupación de saberse objeto y esfuerzo de desarrollar su afectividad. "Siempre desestimando lo que nos sobre, siempre anhelando lo que nos falta" (102). Desde la cuna al sepulcro, no encuentra distancias, sino solo un sentimiento anuda todo.

Del vientre a la prisión vine naciendo,  
de la prisión iré al sepulcro amando  
y siempre en el sepulcro estaré ardiendo.

Con el fulgor de una síntesis más rica y compendiosa en poesía, resume al hombre, sin aquellas palabrotas y anatomía que le propina desnudo e interior en un sueño sin embarazo, (103) pero con iguales sentimientos trágicos y degarrados de cuna y sepulcro, la vida del hombre está llena.

Así empieza el salmo IX de "las tres musas":

Nací desnudo, y solo mis dos ojos  
cubiertos los saqué, más fue de llanto.  
Volver como nací quiero a la tierra;



el camino sembrado está de abrojos.

La presencia de los clarines de guerra en vez de la lira, y la guadaña amenazadora, en vez de la púrpura y el oro, eso es lo que Quevedo presenta en una síntesis de vida humana, que desea, que pretende, pero que vista por dentro diciéndolo su realidad es solo miseria, dolor y abrojos desde que salió a la luz y empezó a caminar hacia la tumba.

El hombre de Quevedo está lleno de cuidado por la existencia y lo que ella lleva consigo. Nacer y morir, dos extremos que se tocan y que conviven en Quevedo.

Preocupación por las riquezas y por alcanzar su goce, aunque tenga que morir alcanzando su disfrute.

Esta brevedad e inconsistencia de la vida que él retrata tantas veces, que él experimentó en sus carnes, que curó con la experiencia de los demás, de Job, de Agustín.

He aquí su nueva, negra retahíla sobre cómo es la vida del hombre. "Empezando a sentir el montón de las enfermedades que la mocedad acaudaló, haciendo el noviciado para viejo, mandando entresacar canas al barbero, negando años a pesar de la jaqueca y dolor de muelas y de ijada"... (104) Pesimismo y dolor que no solo se extiende a lo físico de la vida corporal, sino con más razón a la vida del espíritu, a la vida del hombre.

De sus tretas y fazañas para tener: "para ser rico tenéis que ser ladrón, para ser honrado, adulador, mentiroso y entremetido... Si queréis medrar habéis de ser infame. Si sois pobre, nadie os conocerá; si sois rico, no conoceréis a nadie". (105)

Mundo y vida por dentro, con humor negro quevedesco, mostrando su pluma en colores oscuros y de alquitrán.

Dolor, cuidado y soledad del hombre que caen en una especie de exageración en la medida y composición humana, co

mo si solo hubiese en su figura esta monocronía luterana pesimista de horror, pecado y negación.

Empleando una figura: como si el mal y la desdicha humana del vivir fuese lo propio del hombre y su básica forma de encontrarse, y el bien, solo y accidentalmente, sobreviniera y como carente de sujeto y sustentación, fuese, no solo pasajero, cuanto ineficaz y frágil, en mantenerse sin cambio y sin dicha para el hombre.

Sin embargo, y volviendo a su obra seria, a su obra de desengañado de los bienes caducos, y cuando ha visto el modelo, se puede advertir que su antropología no es ciertamente monótona y monocroma.

Quevedo hubiese dejado al hombre en mero animal, con un destino moral fatalista y una ética de valores no superior al instinto.

La piedra, el árbol y el animal son lo que aparecen y no son ni pueden ser más. Se les encuadra, se les mide y se les encierra en unos moldes. Se puede determinar de antemano sus posibilidades, al hombre no; por eso puede tener otras leyes y otros principios, otras razones que le dirijan, otro "ethos" del que es responsable. Quevedo preferiría aclarar que puede decir interiormente no; que puede cambiarse desde dentro y decir al examinador de fuera, cuál es su voluntad.

Pero, más y mejor, y conforme a su sustrato antropológico cristiano: que el hombre no es abarcable por lo alto y que ni su pesimismo le abarca por debajo (O trata de abarcarlo). El ser del hombre entero no es este solo, sino más. Tiene una aspiración evasiva que señala Quevedo con mucho cuidado.

Quevedo no deja perdido al hombre en la estacada; y fue su creer cristiano, y su esperar en todo lo que se puede

esperar como creyente, lo que le hizo llevar hacia arriba su antropología que tendía hacia abajo.

El cuerpo ahora aspira y desea espiritualizarse y se da un progreso humano en hacerse completo y perfecto.

"No puedo enseñarte tu alma que ni es visible, ni tiene cuerpo; mas procuraré que tu cuerpo mismo te enseñe la dignidad de su alma y con las potencias de ella vuelvas por las potencias que le quitas con tus sentidos, haciéndole habitación de un bruto" (106). No tienes que echar la culpa de tu error, a tu muerte, sino a tu vida. Eres tú responsable porque eres tú quien tiene que ser señor en tu vida y en tus cosas y tus bienes: así lo expresa en este soneto:

Señor te llamas; yo te considero,  
cuando el hombre interior que vives miro,  
esclavo de las ansias y el suspiro  
y de tus propias culpas prisionero.  
Al asiento de l'alma suba el oro;  
no al sepulcro del oro l'alma baje,  
ni le compita a Dios su precio el lodo. (107)

Ve la discordia interna que él llama combatir internamente y mediante el conocimiento que tiene sobre sí mismo y cómo ha logrado superar esas crisis de entidad del hombre y la crisis de la fragilidad de las cosas y del tiempo y aún la crisis moral, es capaz de convertir en lección ética su experiencia y hace con desenfado y soltura de doctor polémico medieval la defensa de una tesis con sus deducciones, frente a sus imaginados opositores:

"No puedo ponerte en paz más cortésmente que con esta discordia. Tú quieres ser todo cuerpo y tu cuerpo quiere ser alma. Aprende dél a tener buenos pensamientos". (108)  
Como arrepentido del proceso seguido en el "Discurso de todos los diablos", de nuevo despelleja al hombre incrédulo,

para verle por dentro en su miseria y probarle cuál es su origen y su fin y su aspiración, por su misma naturaleza humana. (109) No está viciado el hombre en su raíz y del todo corrompido para siempre, solo manchado, herido, expoliado en su auténtico "ens" y además que ha sido regenerado y redimido, llevado y dignificado.

"Yo te probaré - continúa con énfasis - que desde su primera formación, y en todos sus estados, y como es su fin, se contradice, reprehende y enseña, todo lo contrario de lo que tú dices" (110). Así es como puede aventurarse a una primera conclusión previa y segura: "Ni te viste engendrar, concebir ni nacer: de aquí procede que a la naturaleza atribuyes todo tu ser; a la fortuna y acaso todos sus sucesos, y a Dios nada" (111).

Por este camino Quevedo hace superarse al hombre, puede alcanzar por él una planicie de tranquilidad, una especie de plenitud, lo que llamamos felicidad, aunque sea breve y efímera. Por este mismo ascender de la fe llegará a una transcendencia total sobre la vida y sobre la muerte, por la vía de una lúcida creencia en el más allá.

Cuando el hombre se encuentra sólo con su "ser" en las manos, cuando se encuentra más próximo a sí mismo, se percibe como incompleto, inacabado y necesitado, sólo encuentra que más allá, en la posible transcendencia de lo mundano, se logrará lo que ahora es imposible aspirar. Lo que tiende a alcanzar con su camino empinado de subida estóica, cristiana,... el encuentro con la Providencia de Dios, inmortalidad del alma y existencia de Dios... (113)

Pero ni aún por éstas Quevedo es un misántropo, que se encierre entre cuatro paredes, que no ame el vivir ni la vida. Lo que pasa es que lo que para otros fue, a lo mejor, indiferente y pasó a su lado sin tocarles y sin sentir su

preocupación ni su caricia, para Quevedo, siempre a riesgo y en tensión, fue vital; vivió al máximo la época en que le tocó vivir.

## 2.a Hombres y mujeres concretos que ve Quevedo

Hombres y mujeres sometidos a la irreductible observación y análisis de Quevedo. Sus penetraciones se dirigen a la desnudez interior, a lo que son en su vida de esposos, de esposas, de oficiales, de un quehacer de actores en la calle del mundo y en el mundillo teatral disimulado de las apetencias, de los sentimientos y de los deseos. Esta realidad del hombre y de la mujer materializados lo tiene que descubrir con frecuencia mediante un suterfugio heredado: Quevedo sueña que ve la realidad que vive. Esta realidad se objeta tanto que al descender de su altura, es pura carne y sangre, casi como si la hubiesen descuartizado. Particularmente se nota en la mujer concreta.

Espronceda, Bécquer o antes Garcilaso la habían divinizado hasta el ideal de la belleza, hasta la sublimidad de lo etéreo. Suma criatura angélica que trasciende lo temporal y palpable y entra en las categorías de lo eterno.

Petrarca o Herrera, el mayestático y divino de los versos líricos, han quedado atrás. Las Beatrices y Lauras ya no son algo superhumano, sin defecto ni fisura en su ser y amar. Tienen tantos coladeros y agujeros que ya no es algo inalcanzable. Quevedo nos da una visión de la mujer en tono menor, a veces, dañino, eterno enamorado y desengañado, la reduce a veces a un pedazo de carne puesto a arder en las llamas de la provocación y del deseo.

Quevedo cantará también, a Lisi, a Floris, Floralba, o Belisa, su tono ha menguado; incluso se ha vuelto "bajo y oscuro", según algunos.

Es cierto, sin embargo, que el barroco ha hecho, concretamente de la mujer, que se bajara de su pedestal de reina y dominadora de su espíritu, se ha acercado al hombre y se

ha hecho primero plural, después plástica, carne, casi una cosa, la ha cosificado; en Quevedo se da esta impresión, alguna vez.

Esta afirmación general no es del todo concretizable. Quevedo es más cerebral; sus versos analizados por Bouvier, Emilio Orozco o Dn. Dámaso Alonso, tienen tonalidades pictóricas tristes y técnicas suaves y oscuras. (114)

Con todo no es suficiente, es preciso estudiar con más detención las causas de estas posibles verdades: Es fácil atribuir de pronto y ver en Dn. Francisco el eterno solterón que se haya desengañado, que cargue afectivamente de signo contrario su pluma y acere su sátira, si cabe, cuando se trata de las mujeres, incluso cuando se trate de lo femenino, por débil. Esta especie de cobardía no se da en Quevedo, su hidalga conciencia es más, tan bizarra que puede batirse en público contra los hombres más poderosos de su tiempo, por la honra contra los omnipotentes de la tierra, si es necesario.

Quevedo es algo más que lo virulento y burlesco que saltan a los ojos de los lectores superficiales. Hay en nuestro autor una doble vertiente que en esta visión antropológica se conjuga y completa. La visión del hombre y la mujer que por concreta y auténtica no aguanta los equilibrios y formas ordinarias, normales, quebranta y rasga los moldes, estruja y hace salir en extraña proyección las consecuencias.

Las consecuencias son idiomáticas, ciertamente, pero sobre todo son conceptuales, de resultado cierto y de impacto seguro.

Los estudios a este respecto son numerosos en revistas y publicaciones parciales. (115)

La causa de este inmenso dominio del hablar y del pensar,

de los recursos literarios artísticos y filosóficos, en su deseo, o mejor, su afán de autenticidad. Ruptura de dichos y refranes, superlativos aplicados a nombres, locuciones compuestas, mezclas de lo espiritual y lo material; metáforas raras amontadas sobre palabras; la deformación dislusionante y truncada que hace decaer, como en un chiste, la atención y provoca la risa (116).

Quevedo trata de manifestar su "stimmung", a pesar de que traicione y publique algo que de quedar secreto no le hubiese tenido tan malas consecuencias (117). "Traiciona las secretas profundidades de su ser" y su estar en un mundo, ante quien trata de patentizar su sentir y pensar ético.

Quevedo hace análisis de esta situación, también y principalmente ante el hombre y ante sí mismo. Entonces es cuando Quevedo, lejos de jugar un papel de teatro, a sueños no reales, se manifiesta con sinceridad cruel y desgarrada.

Quevedo no puede pensar y escribir su obra poética o su obra ético-metafísico-religiosa en una actitud de un "como si", por el que fuese representando actitudes no auténticas.

Don Francisco rasgó con los petrarquismos y romanticismos y, si es verdad, que paga serio tributo al ambiente, no es menos cierto, que rompe y desgerra en una angustia como la nuestra.

Pero además, Quevedo, tiene esta visión del hombre y mujer concretos por su perspectiva ética y su afán moralizador. En su siglo, las costumbres femeninas fueron decadentes y constituyeron escándalo para los extranjeros residentes en España.

Díaz-Plaja trae este testimonio interesante: El ballestero del rey, el holandés Cock (118), escribía desde España: "En España se adoban las mujeres y es grande la putería pu



blica". Eran los años de la corte, del Madrid opulento de Quevedo. Camilo Borghese escribió por el mismo tiempo a Clemente VIII, de quien era Nuncio: "Hay disolución y excesivo cuidado de las mujeres: tacones altos en los zapatos y pintura en los rostros". (119)

Quevedo retratará con burla esta actitud figurona en sus versos agresivos:

"Entre mentiras de corcho  
y embelecocos de vestidos,  
lo mejor casi se queda  
a las orillas, en lfo".

Las mujeres descocadas que se bañaban en el Manzanares, sin importarles un bledo el que las vean, antes al contrario el no ser vistas y admiradas.

"Las mujeres, dice Marco Bruto, son artífices y oficinas de la vida, y ocasiones y causas de la muerte". Quevedo, hay que confesarlo, no supo reconocer el valor alto, ético y moral e ideal de la mujer.

D. Francisco pudo ser enemigo de las mujeres al modo que el beodo lo pueda ser del vino, que lo aborrece y se siente atraído por él. Pero esta versatilidad y contradicción pueden ser aclaradas en las limitaciones y complejos de su interior complicado psicológico.

Quevedo, sin embargo, nos da una visión realista y ética de la mujer, aunque, naturalmente, a muy bajo nivel.

El mismo lo declara en cuna y sepultura: "No pretendo apartar a los maridos de sus legítimas esposas, pues antes que filósofo, me mostrara enemigo de la naturaleza"; por eso había descrito a la mujer en el Marco Bruto como el necesario objeto. Es, dice, la mujer compañía forzosa que ha de guardar con recato, se ha de gozar con amor, y se ha de comunicar con sospecha. Si las tratan bien, algunas son ma

las; si las tratan mal, muchas son peores. (120)

Quevedo ha visto al hombre por dentro desde mas condicio nes y perspectivas antropológicas especialmente vitales. En vez de pensar en el hombre perfecto, ideal, con sus cualidades todas positivas; en vez de considerarlo como el ser en su mitad de camino, maduro, con capacidad de pensamiento, voluntad, acción,... Quevedo piensa más en el ser que nace y muere, es decir en su debilidad en su "adentro" más profundo. Entre estos dos extremos débiles de la duración humana, analiza una serie de dimensiones que condicionarán su perspectiva sobre el hombre y su pensamiento ético sobre su capacidad de comportamiento.

Nacer es instalar al hombre en el tiempo, pero la instalación no es nada confortable, es cambiar claustro por cárcel, madre por mundo.

...Del vientre a la prisión, vine en naciendo  
de la prisión iré al sepulcro amando  
y siempre en el sepulcro estaré ardiendo.

La duración condición del hombre está claramente propuesta: frente al mundo no le recibe con las manos abiertas sino con las rejas y los grillos que le aprisionan. En vez de un ámbito para vivir es una limitación, dificultad, las fronteras que no se pueden pasar.

Pero una segunda condición humana para Quevedo está expresada aquí: la vida le instala, quieras o no, en la temporalidad, es decir en algo incierto pero seguro. Segura es su mudanza, su ritmo, su principio, su fin:

"antes que sepa andar el pie, se mueve  
camino de la muerte".

Incierta es sin embargo la vida, la seguridad, el crecimiento, el a dónde de su desarrollo, de su determinación. Hay como una lucha y una victoria seguras en todo nacimiento

to: El tiempo vence a la vida, la inseguridad, inconsisten  
cia, incertidumbre siguen a sus opuestos, estos son los mo  
tivos del llanto que alude frecuentemente Quevedo, como in  
grediente del Vivir humano:

Nací desnudo, y solos mis dos ojos  
cubiertos los saqué, más fue de llanto.

Consecuencia cierta e inmediata el hombre de Quevedo es  
un ser en cuidado (lo analizaremos en el título siguiente)  
es decir limitado, preocupado, etc...

## 2.b Hombres y oficios que describe Quevedo

Quevedo se opone al medio ambiente y desea mejorarlo(121) pero le influye y le rodea. Con criterios de hoy sería poco menos que imposible juzgar a Quevedo y su posición ante el ambiente, las costumbres y la sociedad. Se podría esperar, quizá, que condenase más vivamente los abusos y vicios y que colaborase más decididamente al bien de la sociedad misma. Que se comprometiese más personalmente en la situación y en la decisión política, que se definiese con más claridad...

Es posible, incluso, que no tuviese bien definida su línea ético-didáctica y, que particularmente en su juventud, tal vez pesó mucho un afán no contenido de ambición literaria (122) de un deseo de ostentar ingenio imbatido, insuperado y superador. Como si una defección conceptista se burlase de la burla, que no tiene propiamente objeto a quien dirigirse; como si le faltase, en algunas obras juventud la verdadera "indignatio" satírica. (123)

Pero nos inclinamos, por el contrario, que en sus obras posteriores llegó hondamente preocupado al hombre entero y al ambiente entero, y a su interior profundo. (124) Y Quevedo lo hace a través de tipos sociales concretos y del ambiente en que viven.

La crítica de los oficios y por los oficios no era nueva; había proliferado en las literaturas satíricas de todos los tiempos (125); en la danza de la Muerte, (126) se pueden encontrar muchos que coinciden con los de Quevedo (127), pero Quevedo ni trata de todos, ni los trata a todos por igual. Algunos solo los describe de paso, otros los desmenuza vuelve y revuelve sobre ellos, y a su alrededor monta toda una sociedad en constelación.

### El sastre

De vidas ajenas que corta con la imaginación y cose con almadadas ("libro de todas las cosas").

El retrato tradicional y sumario que podemos hallar en los humanistas bajo-medievales, cobra agresividad y fuerza inconsiderada en Quevedo. Algunos de sus reproches ya se le hacían en las Danzas, pero veamos las diferencias:

Que el sastre es usurero y roba de la tela entregada para hacer vestidos, es una acusación ya conocida; que mienten cuando se les interpela al respecto, también; por eso, quizá, lo da por sobreentendido y supuesto; juega bajo esta evidencia y habla así de los sastres:

"Los salteadores eran a modo de sastres silvestres y monteses, como gatos del campo" (128). Para destacar su capacidad de robo, aprovechando la circunstancia, como salteadores, como gatos al acecho. Hay un paralelo entre silvestres y grandes ladrones, más descarados, violentos que los demás que roban.

Los sastres se condenan con sus mismas acciones, pero la imagen de Quevedo es agudísima y agresiva: "con cada punto que dan", es decir, siempre, continuamente.

La mentira de los sastres no es un mentir frecuentemente, es constituir esencialmente al sastre: ¿"Cuál fue antes la mentira o el sastre"? (129)

Para indicar la abundancia de los condenados, toma como sabida su delgadez: "los demonios los usan como leña para atizar el fuego, pero solo en haces". (130)

Solo se ocupan de ellos cuando disponen al menos de quinientos al mismo tiempo.

Quevedo no ha añadido nuevas críticas o acusaciones contra los sastres. Las da por supuestas, pero la agresividad aguda, las consecuencias y las deducciones, ahí están pa-

tentizadas y expuestas con una fuerza y penetración incomparables.

Con mucha frecuencia atribuye a los sastres el tener el pelo rojizo y erizado como signo peyorativo: "pelo rojizo y descuidado, rubio, de mal pelo." (131) "Pelo de limpiadera, erizado, bermejo y pecoso", dice en otro lugar. (132)

Los sastres son mentirosos proverbiales, ¿a quién no matarán las mentiras y las largas de los sastres? y "son tales que para llamar a las desdichas peores nombres las llamamos desastres" (133).

#### El casamentero

No es tan frecuente la crítica de este oficio en la sátira popular antigua, pero sí en la anterior a Quevedo. Su colega Gabriel Barrionuevo, acompañó a Osuna en 1610 en su viaje a Italia. Quevedo pudo encontrarle, trabar amistad y conocer su entretenido entremés: "Triunfo de los coches" (134). Quevedo, sin embargo, irá muy adelante con su caricaturismo y agudeza penetrante.

El casamentero lo pinta todo color de rosa, sin rebozo, vergüenza alguna, sin temor a quedar mal.

Quevedo habla en zig-zag de ellos, pero los encontramos descritos en los siguientes Sueños: Sueños de la Muerte, Discurso de todos los Diablos, donde los presenta bostezando, "pues desde que el dinero cayó más en gracia a las mujeres que su honor, una tentación de talego vale por mil de diablo y caen mucho más en una dádiva que en una tentación, y antes consienten en un toma que en un pensamiento". (135)

En la hora de todos trae la descripción de la acción de los casamenteros: "Un casamentero estaba emponzoñando el juicio de un buen hombre, que, no sabiendo qué se hacer de su sosiego, hacienda y quietud trataba de casarse. Propo-

níale una picarona y guisábala con prosa eficaz, diciéndole que no tenía ni nobleza, ni hermosura, hacienda, entendimiento y condición y... en esto les llegó la Hora" (136).

En esto, Quevedo compara los casamenteros a los sastres, pero son sastres de bodas. Como sastres, hurtan, mienten, engañan, remiendan, añaden, quitan...

Una vez más se cumple lo anunciado por el propio Quevedo: que los Sueños son discursos de verdades descubridoras de abusos, vicios, y engaños en todos los estados y oficios del mundo. Y esta madura y macabra reflexión final del Sueño de la Muerte, que confirma mejor aún la tesis inicial:

"Me pareció no despreciar del todo esta ocasión y darle algún crédito; pareciéndome que los muertos pocas veces se burlan y que, gentes sin pretensión y desengañadas, más atienden a enseñar que a entretener" (137).

#### La dueña

Ya hemos hablado del acento satírico de Quevedo contra lo femenino. Se nutre, por una parte, en una fuente ya examinada: Juvenal y Marcial. Adeuda también a la crítica medieval e incluso a la literatura hipnótica de sus predecesores. (138) Quevedo ha añadido muchas cosas nuevas: la tipificación como viuda alegre, vieja, chismosa y buscona... se relata y delinea. M. Amadée ha reunido este complejo de crítica contra la mujer, el matrimonio y el amor, (139) y bien podemos afirmar, de entrada, que es un tema importante para Don Francisco, ya por el espacio y cantidad que en su obra ocupa, ya por la agresividad que en el tema despliega.

Se puede aducir que la perspectiva quevediana es desde el lado de la misoginia, de la soltería y hasta del despecho, o al menos de cierta frustración, y por consiguiente, que con Mas A. hay que tomarlo como caricatura teatral y

máscara que oculta y desfigura la realidad. Sin embargo es notorio que en Quevedo encontramos, en el caso de la Dueña, un análisis más profundo, psicológico, quizá comprometido, que simplemente costumbrista, descriptivo, profesional. Quevedo dice que la Dueña es codiciosa; es práctica habitual suya y extraña la coquetería; la fealdad y hasta el asco que le produce salta a la vista. (140). Pero la Dueña como mujer de servicio, con cargo de llaves y al frente de la demás servidumbre femenina, (141) había sido caricaturizada ya por luenqas y repulgadas tocas, escoquidas para autorizar los estados de los señores principales; viejas impertinentes, golosas, sobornables, curiosas, chismosas... Las Dueñas de Quevedo son además charlatanas, intrigantes y entrometidas; a todo ello acompaña su atuendo exterior:

"Con su báculo venía una vieja, con una cara hecha de un orejón, los ojos en dos cuévanos de vendimiar, la frente con tantas rayas y tal color y hechura que parecía planta de pie; la nariz en conversación con la barbilla, que casi juntándose hacía garra y una cara de impresión de grifo; la boca a la sombra de una nariz, sin diente ni muela, con sus repliegues de bolsa a lo jimio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un mostacho erizado; la cabeza con temblor de sonajas y la habla danzante; una toca muy larga sobre el monjil negro; esmaltada de mortaja, con un rosario muy grande colgando"... (142)

Quevedo continúa su descripción penetrando en su interior y sentido psicológico femenino:

"Yo me vi semejante abreviación del otro mundo, dije a grandes voces, pensando que sería sorda:

-¡Ah Señora!, ¡Ah madre!, ¡Ah tía!.

Ella, entonces, levantando el "ab initio el ante saecula" de la cara, y parándose, dijo: No soy sorda, ni madre, ni



tía; nombre tengo y trabajos.

!Quien creyera que en el otro mundo hubiera presunción de mocedad y en una cecina como esta!

- Yo soy Doña Quintañona.

Yo creí que las mujeres se morían cuando se volvían dueñas, y que las dueñas no tenían de morir, y que el mundo está condenado a dueña perdurable, que nunca acaba" (143)

Su codicia y su afán desmesurado de guardarlo todo está así reflejado:

"Todo el día le están dando su recaudo a todos: en faltando un cabo de vela, la Dueña le tiene. Si falta un retalillo de algo, la dueña estaba allí" (144)

Sin embargo nadie se fía de ellas ni las tiene gran confianza:

"Los criados porque dicen que las guardamos, los señores porque las gastamos, los criados porque nos guardamos, los de fuera por el "coram vobis" del responso". (145)

En el sueño del infierno hay un complemento describiéndonos la dueña: el color blanco y negro de su ordinario atuendo la recuerda las ranas, de las que se dice, que sólo son comestibles de medio abajo.

Su presencia en las visitas y reunión de señores es signo maléfico: (146)

"Allí se engendran las angustias y los sollozos; de allí proceden las calamidades y plagas, los enredos y embustes, marañas y parlerías, porque las dueñas influyen acelgas y lentejas y pronostican candiles y veladores y tijeras de espabilar." (147)

Parece que incluso atenúa, Cuevedo, alguno de los vicios y defectos que resultaron patrimonio común de las dueñas en la literatura anterior, y solo marginal y suavemente los trata, pero reúne y grava todos los otros con que suele se

ñalar a otra clase de mujeres. (148) Así nos habla de la dueña que desprecia al galán pobre porque aún puede enamorar a uno rico (149) y aprovecharse de él. La dueña que propicia servicios celestinescos y consejos perniciosos (150). La imprecación del Discurso de todos los diablos es por de más aleccionadora y síntesis de la sátira de todas las dueñas: "encañutadora de personas y enflautadora de miembros, encuadernadora de vicios, que vienes siempre delante y amanece las lujurias".

Nadie ni los mismos diablos quieren vivir con las dueñas:

"Escondíanse todos y bajaban las cabezas viéndose amagar de dueñas. Al condenado que más desprecie mis órdenes que le he de condenar a dueña sin sueldo" (151)

### El médico

Junto con el sastre, la dueña y alguno más, es de los tipos que critica con más agresividad; con constante y desmedida agresividad; quizá. (152) En un librito tan breve como el libro de todas las cosas (153) se mete con ellos al menos en cuatro ocasiones.

De ellos dice: "a los enfermos mátanlos los médicos"... Más adelante añade: "Llama a tu médico cuando estés bueno y dale dineros porque no estás malo; que si tú le das dinero cuando estás malo ¿cómo quieres que te de una salud que no vale nada y que te quite un tabardillo que le da de comer?. Pero no se queda satisfecho con este pincelazo fuerte de acusación radical. "Tres cosas, las mejores del mundo aborrecen sumamente tres géneros de gentes: la salud los médicos..."

Más adelante empieza a describirle en particular su atuendo y manera de presentarse, es hacia el final del libro: "Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijón

de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga y en el verano sombrero de tafetán".

Los atributos y la descripción son tradicionales en la literatura, pero Quevedo les saca jugo, humor, donaire o hace sarcasmo y burla refinada. La mula, las barbas, los guantes... (154) y la ciencia para ser médico famoso que consiste en la mula, pues que si andas a pie aunque seas Galeno eres platicante.

Guzmán de Alfarache y otros hacen salir a los médicos en la personificación de Galeno y Avicena con estos atributos y otros más, y con los mismos elementos ridículos para el diagnóstico: dos refranes para entrar en casa; el ¿qué tenemos?; ordinario, venga el pulso; inclinar el oído; ¿ha tenido frío? y si dice que sí primero, dice luego: "Se echa de ver" ¿duró mucho? y aguardar que diga cuánto y luego decir: bien se conoce. Cene poquito, escarolitas, una ayuda. ..." (155)

La terapéutica y los experimentos y aspamientos: lamedores, jarabes y purgas, sangrarle y echarle ventosas. Pide orines y haz grandes meneos, míralos a lo claro y tuerce la boca... "relatos que se encuentran ya en las Danzas de la muerte de 1450, pero que D. Francisco, como en otros tipos lo da por entendido y sabido y lo recorre como en rápido bosquejo para sobrepasarlo, y así al recetar dice del médico que procure que tenga que vender el boticario, porque se entreve muy importante la confabulación. Que el enfermo tenga algo que padecer, porque si no a qué llamar al médico por algo sin importancia. D. Francisco riza hasta romper la conclusión: "Si dura la enfermedad tórnalo a hacer hasta que acabes con el enfermo o con la enfermedad. Si vive y te pagan, di que llegó tu hora, y si muere di que llegó la suya" (156) "La barba del médico tiene que ser de

limpiadera y lo que ganes estará en proporción de la lengua barba" (157) Pero donde llega a la estereotipia más interesante es cuando se trata de la propaganda, el aparecer y el aparentar con consecuencias éticas:

Para aparentar peligro de gravedad y cristianismo del médico: "aunque esté enfermo de sabañones, mándele luego confesar y haz devoción la ignorancia"

Para acreditarse de que visitas casas de señores "apéate a sus puertas y entra en los zaguanes y orina y tórnate a poner a caballo"

En el Sueño de la Muerte autovuelve y retoma el mismo objeto y tema, pero con otras dimensiones muy importantes: para descubrir su intención ética en esta especie de caricatura. Son los primeros que aparecen en escena, acaso porque son los últimos que nos dejan; desde luego, porque para Quevedo están en primera línea del teatro del mundo. En su inimitable descripción tiene este preámbulo: "Luego que desembaraza el alma se vió ociosa sin la traba de los sentidos exteriores, me embistió de esta manera la comedia siguiente, y así la recitaron mis potencias a obscuras, siendo yo para mis fantasías auditorio y teatro". (158)

Quevedo no necesita acusar a los médicos de incompetencia profesional, después de lo que ha dicho sobre su aparentar y no ser, ir aprisa por las calles como quien tiene mucho trabajo etc. Quevedo les acusa de interés y codicia en el trato con los enfermos: solo para sacarles el dinero, más que para curarlos. Ahora les declara agentes disfrazados de la muerte. Aunque esta acusación tampoco se le puede presentar como original (159), sí su manera de ofrecerla y su vis cómica y sentido ético. Todo en ellos recuerda la muerte y la produce:

"Las mulas con gualdrapas negras parecían tumbas con

orejas; sayós con resabios de vaqueros; sortijón en el pulgar con piedra tan grande que, cuando toma el pulso, pronostica al enfermo la losa."...(160)

El mismo comenta y saca la consecuencia práctica:

"Yo, viéndoles, dije: Si éstos se hacen estos otros, no es mucho que estos otros nos deshagan a nosotros"(161).

Podría parecer exagerada esta acusación de falta total de ética profesional en los médicos, sin embargo hay algunas razones que abundan en el sentido de las afirmaciones de Quevedo, más históricas y técnicas, sobre la práctica de la medicina en el siglo XVI. (162) Quevedo los llegó a comparar a los verdugos, pues ellos los ejecutan. Como los héroes bélicos, especialmente eficaces, que triunfan y dominan tan certeramente que ni siquiera deja a los enemigos la satisfacción de la confesión y mueren sin recibir absoluciones de nadie. En el romance satírico: "A un doctor en medicina que se quería casar", hay una descripción exhaustiva de todo lo atribuido a los médicos, pero insiste y repite que se les ha de comparar a la muerte (163) que entra con él en la casa:

"En entrando en una casa

Tiene tal reputación,

Que luego dicen los niños:

"Dios perdone al que murió". (164)

En el Sueño del Infierno ataja el camino, y los llama dírectamente "ponzoñas graduadas" porque estudian para "tosigos", y una vez graduados (que obtienen el título de médi-cos) matan como si fueran venenos.

En nuevos versos críticos, lo da de nuevo resumido y concentrado:

"Si alumbro yo porque a matar aprenda

¿de qué me espanto yo de que me apague?

Pues en mi "Quien tal hace que tal pague"  
justicia el doctor se comprenda.

Despabila al que cura y a su hacienda  
cura al que despabila, aunque le halaque  
basta bara matar que solo amague:  
de celaveras es su estudio tienda

Por ser matar la hambre comer, come;  
hasta su mula mata de repente  
ninguno escapa que a su cargo tome.

Es más mátalos hablando eternamente;  
será el mundo al revés siempre que asome  
pues el amanecer vuelve occidente." (165)

Así como en esta historia el ridículo suceso del médico  
que confunde las medicinas para los distintos enfermos:

"Los médicos han de errar  
de alguna suerte las curas;  
y pues siempre andan herradas,  
deben de curar sus mulas.

Este, que doctor tudesco,  
si no en batallas, en juntas,  
erre a erre peleaba  
con recipes de la pluma,

si no lo habéis por enojo,  
erró en Getafe la purga  
con un recién desposado  
y un viejecito con bubas". (166)

### El boticario

Sale y entra con los médicos y con ellos hace alianza.

En el Sueño del Juicio final los embarca y describe con junta y sumariamente. Ayuda a los médicos a matar, y sus instrumentos y medicinas son peores que las picas en la guerra (167). La expresión es aún más agresiva y fuerte: "había hecho liga con la peste que había destruído dos lugares" (168).

En el Sueño de la Muerte aparecen las espátulas, las geringas; las redomas, como instrumentos de guerra con que atacan y destruyen lo que los médicos mandan (169).

Quevedo los describe así:

"Alrededor venía una gran chusma y caterva de boticarios con espátulas desenvainadas y geringas en ristre, armados de cala en parche, como de punta en blanco" (170).

El juego de palabras que saca del nombre de sus instrumentos es una de las críticas más concretas contra los boticarios. La redoma había sido comparada por Guzmán de Alfarache a la escopeta y las píldoras que saca de sus mezclas a las balas de artillería que matan, pero el lenguaje de Quevedo va mucho más allá en la audacia:

Las medicinas de los boticarios son "redomadas", porque los medicamentos están caducos de puro añejos en las redomas, y los socrocios tienen telarañas. (171)

Los boticarios son armeros de los médicos que los prestan las espadas, las balas, los cañones y no hay uno que no tenga son de guerra. Por eso las tiendas son los purgatorios, porque en ellos se hacen las purgas, los enfermos los condenados; los enfermeros, los boticarios y médicos los diablos, porque andan tras los malos y alejados de los buenos.

La codicia ramplona y descarada, la deduce Quevedo de un

motivo inadecuado, pero traído con toda intención crítica: de las recetas de los médicos a los boticarios, que todas empiezan con "Recipe" y tienen erres asaeteadas. Son como el instrumento o diálogo codicioso de la mala madre que prostituye a su hija o del ministro que se alía con otro para aumentar sus arcas. (172)

Quevedo no les acusa nunca de ignorancia a de falta preparación técnica, (173), por el contrario, aunque las palabras que usan son nombres en latín, que a D. Francisco se le antojan malsonantes, porque escoge unos cuantos según su idea previa, indicarían por su parte cultura y preparación. En cuanto a ocultar nombres comunes o vulgares (174) tras tecnicismos latinos, más que pretensión, parece en Quevedo, burla de la altisonancia y mal gusto, crítica de la avaricia y corrupción, pues de hierbas vulgares y elementos conocidos y a la mano de todos, como alquimista, los transforman tanto que equivale a oro, por lo que vale y por lo que cuesta a los enfermos. (175) Así se expresa en el Sueño del Infierno: "estos son los boticarios que tienen el infierno lleno de bote en bote; gentes que, como otros buscan ayudas para salvarse, estos las tienen para condenarse. Estos son los verdaderos alquimistas, que no Demócrito de Abdera en el Arte Sacra, Avicena, Geber ni Raimundo Lulio, porque estos escribieron cómo de los metales se podía hacer oro, y no lo hicieron ellos; y si lo hicieron nadie lo ha sabido hacer después acá; pero tales boticarios, del agua turbia, que no clara, hacen oro, de los palos; oro hacen de las moscas, del estiércol..." (176)

Los boticarios aprovechan todo hasta el papel que envuelve el ungüento, hasta las palabras, pues nunca les falta cosa, palabra o nombre que les pidan y, pues te dan aceite de metiolo por aceite de ballena, lo que compras no son si



no palabras.

### Los nobles

Cabría distinguir en la crítica de Quevedo entre los verdaderos y los falsos nobles; aquellos tienen una relativa frecuencia e importancia en la obra de D. Francisco por el orgullo de clase y por la vanidad, pero los falsos nobles son traídos y llevados y ensartados como en la sátira lucianesca.

Quevedo moteja y burla su exterior: su vestido y su com postura externa: Los falsos nobles van mal vestidos. (Unas mangas por gregüescos, una esclavina por capa, un soportal por sombrero, amarrado a una espada). (177)

Su hambre canina y su necesidad de comer y beber: Son estómagos aventureros, gatzates de rapiña; susto de los banquetes; mosca de los platos, sacabocados de los señores, tarasca de los convites, cáncer de las ollas, sabañones de las cenas, sarna de los almuerzos. (178)

No tienen las elementales prendas de vestir (se entinta las piernas por falta de calzas, ni pañuelos para aliviar su catarro nasal, afilando el brazo por las narices).

Su desventura y su poca vergüenza en pedir prestado....

El juego de palabras con que presenta y describe su vergonzante necesidad de pedir y no devolver, oculta por amontonamiento de conceptos una descripción del interior psicológica profunda. Dice el "caballero" describiéndose a sí mismo:

"No me han prestado nada que haya devuelto: hasta espadas, que dicen que no hay ninguna sin vuelta, si todas me las prestasen, todas ellas serían sin vuelta. Y con no haber dicho verdad en toda mi vida y aborrecíla, decían todos que mi persona era buena para verdad desnuda y amar-

ga". (179)

Un retrato menos completo lo tenemos en el Sueño del Infierno, pero el sarcasmo es más agudo. Un hidalquillo lee un pergamino a los demonios: su genealogía; se extraña y no comprende cómo teniendo tales antepasados ha podido ir allí.

La vanidad y los títulos de nobleza ha sido uno de los temas más explotados por Quevedo. (180) La conclusión que saca aquí aunque es ciertamente desmesurada es de intención pulida y rebuscada. "Acabaos de desenagañar, el que descende del Cid, de Barnardo y de Godofredo, y no es como ellos; sino vicioso como vos, más destruye el linaje que lo hereda". (181) Quevedo ha penetrado una vez más con atrevimiento quirúrgico, sajante, en la conciencia humana. Un atrevido cortar que raya en la obscenidad, a veces, pero que revela el misterio, la desgracia, la poquedad y explora dimensiones inéditas de la múltiple realidad humana. Al despedazar y sumergirse en el alma denuncia sarcásticamente, expone y revela la pobreza ingénita. Como si quisiera tener una visión íntegra de los diversos aspectos, va dando vueltas, por ver si se le entrega la verdad total. "Quieren que les valga a ellos viciosos la virtud ajena de trescientos mil años y no quieren que el pobre se honre con la propia. Carcomíase el hidalgo de oír estas cosas y el caballero que estaba a su lado se afligía, pegando los abanillos del cuerpo y volviendo las cuchilladas de las calzas" (182).

Este tema del caballero que presume lo que no es, que aparenta tener y no tiene; saber, decir, etc. y no hay nada detrás más que farsa por delante, ha sido el tema casi central del Buscón, más agresivo, más ridiculizador, obra de juventud ardiente, con visos de autobiografía.

El caballero pobre que aparenta lujo se mueve por la ciudad en zig-zag para evitar acreedores. No tiene para pagar las deudas y cuando se presenta un acreedor, empieza a hablar italiano.

La adusación principal contra los falsos caballeros es el parasitismo y la vagancia:

"Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones y convidados a la fuerza. Miembros de la Cofradía de vagos o prototipo del género parásito". (183)

Quevedo patentiza en D. Diego de Noche la imagen del pseudonoble, pero su burla y crítica acerada le lleva y trae en todas sus obras, en citas y vocablos y expresiones elocuentes: es un "haciahidalgo", otras veces dice que es un "casi don", otras que se llenan de "don" por delante y "de" por detrás para acompañarse de nombradía y sonoridad.

### El eclesiástico

La crítica y descripción del eclesiástico es más bien genérica, como de pasada y esquemática; tendría que hablarse mejor de los eclesiásticos que ve Quevedo. Su agudeza es más temprana y de las primeras obras y tiene condiciones especiales, quizá interesadas, por la vigilancia de la Inquisición. En el Sueño del Juicio final, faltaría un texto cuya omisión es por lo demás importante a nuestro propósito (184).

Se nota en la cita la agudeza y el estilo juvenil y sus caracteres especiales y distintos en la manera de tratar a los eclesiásticos. Observamos una disposición de alineamiento jerárquico, en cierto modo, que tiene viso de ser burlesco, pero, además, el amontonamiento de los tipos, cuanta más baja jerarquía, tienen es una nueva indicación.

"Más de mil eran los calóndrigos, no pocos los racio-

neros, dominguillos, sacristanes y uno solo de entre los de más alta jerarquía, un obispo, un arzobispo y un inquisidor.

Hay un sacristán en el Sueño del Infierno que es condenado y perseguido por las víctimas que lo fueran de su abuso en la vida. Como ya hemos notado en otros pasajes, a fuerza de extremar la caricatura, resulta más satirada la persona secundaria y acompañante que el protagonista, por más que le nombra como saltatumbas, come-estolas y arañón de altares.

La muerte de frío que atribuye a los eclesiásticos es una de las críticas más agudas que ha hecho D. Francisco a los tipos de sus sátiras. Precisamente son los miembros del más alto clero los que mueren de frío. Frío es la falta de afecto y cariño sensible de la mujer y los hijos, los parientes más allegados, más próximos (185). Pero frío es también la soledad, la codicia y el abandono de los sirvientes, demasiado interesados en la muerte de su dueño para heredarle. Finalmente, y según la peor intención, frío sería el interés solapado de los hijos naturales, en no aparecer ni darse a conocer, hasta poder hacer valer sus derechos hereditarios. De todas las formas es un análisis psicológico de la soledad familiar humana de los eclesiásticos (186).

Dos o tres alusiones más son claramente clericales y aspectos de su visión crítica. Son breves apuntes, eso sí pero lo suficientemente intensos para que se pueda construir un cuadro completo:

"Frailes mendicantes que son el terror de solteros y casados y muy faltos de prejuicios ante tocas y rejas". (187)

En el Sueño del infierno un mal predicador es colocado entre los bufones. (188)

Entre los transeúntes que van por el camino del infierno se veía a teólogos y eclesiásticos.

Confesores que venden absoluciones y favorecen la condena y los que se ganan a beatas en el confesionario para sacar de ellas todo el provecho que pueden. (189)

Hay un D. Cosme en el Buscón que, a título personal, más que generalizada acusación, como el Licenciado Calabrés(190) son hipócritas, y encomendarse a ellos es encomendarse al diablo por tercera persona, pero tiene mucha atención en que se le vea la disciplina manchada de sangre (de la nariz).

Su éxito entre las mujeres está simplificado en esta frase quevedesca: "No levantaba los ojos a las mujeres, pero las faldas sí." (191)

En el mundo por dentro, al analizar la vanidad de los entierros, las prácticas clericales quedan bien descritas cuando dice que los asistentes al funeral "galopan respuestas para tener tiempo de sumir otro difunto".

Con tajante pluma, de un solo tajo, corta un sayo y con mordacidad insuperable se ceba en él. Hablando burlescamente de una ceremonia religiosa, va a sacar una conclusión moralizante o teológico-ascética sobre la vanidad, la soberbia, o la necesidad de la abstención.

#### Los galanes

Otro tipo interesante en el que para sus agudos ojos es el galán o los galanes. No se entiende fácilmente cómo lo puede introducir como profesión, pero en su "vida del Buscón D. Pablos, el protagonista se mete una vez a galán de monjas y con esta ocasión describe la profesión y tipo del galán. De todas las formas la generalización y la agresividad hacen en este una sátira más aguda, si cabe, que las de los otros tipos tratados: "los galanes de monjas son solem-

nes enamorados, por lo que tienen de vísperas y tienen también que nunca salen de vísperas del contento".(192)

Las espetas interminables y lo desproporcionado de las posturas y las consecuencias de ser galán, pues los favores todos son tróques que nunca llegan a cabes; un paloteadico con los dedos (193). Pero además los galanes tienen ya que sufrir por la familia de la amante: "una vieja que riñe, una portera que manda, una tornera que miente, (194)

Las demás alusiones a los galanes son como de pasada; en el Alguacil Endemoniado y en el Juicio Final, hay un galán con mucha mayor semejanza del amante ridículo; en ninguno hay una descripción tan completa como en éste para formar todo un escenario teatral, con todos sus actores y espectadores.

"Fuíme a las vistas, y allá con ser una plazuela bien grande, era menester enviar a tomar lugar a las doce, como para comedia nueva;... Podíanse ver las diferentes posturas de amantes: cuál, sin pestañear los ojos, mirando... Otro con una cartica en la mano, al uso de cazador con carne, parecía que llamaba al halcón... (193a)

### El maridillo

Es un personaje bien caracterizado y enmarcado por Quevedo. Es engañado voluntariamente por las ventajas económicas que obtiene; mientras el engañado por la esposa infiel es objeto de tantos chistes de siempre, el maridillo está contento con su suerte, por eso merece todo: "son maridos de anillo como obispos, que no menos merecen mitra" (195)

Quevedo lo vió y se interesó por esta figura desde muy joven; en Capitulaciones matrimoniales, vida de la Corte y oficios entretenidos en ella, (196) lo considera como uno más para ganarse la vida, y el maridillo está entre las fi-

guras de hombres artificiales que hay en la corte. Los llama sufridos: "Gente es de gran prudencia, sagacidad y estimación y que con mucha comodidad pasan su vida... tratan de irse a la comedia o al juego, para desocupar la casa y dan lugar al despacho... entran en casa con gran silencio para no inquietar al huésped". (197)

El maridillo se va caracterizando en su obra siguiente.

En un poema satírico, fechado por L. Astrana Marín en 1627, se establece la competencia entre maridillos, se destaca el famoso cuerno como símbolo que tendrá innumerables alusiones en muchos tratados de Quevedo. La tos por esquilón que anuncia la vuelta a casa; la tos de entrada al abrir la puerta: "Yo soy c'abro"; el disimular y hacer como si no ven, aunque vean y no oír aunque oigan". (198)

En el Discurso de todos los diablos, a más de repetir las características, personifica en Diego Moreno el maridillo con todas sus posibilidades: cornudo, sufrido y consentido, interesado por ganar más.

Es importante señalar que en su sátira del maridillo ya no le interesan los atuendos y las circunstancias externas; ni ropas, ni trajes (199).

En el Sueño del Infierno pone al maridillo entre los bufones "Aquel, dice, fue marido descuidado, y está también entre los bufones, porque por dar gusto a todos, vendió el que tenía con su mujer y tomaba a su esposa en dineros como en ración y se iba a sufrir".

### 3. Las cosas vistas por dentro

!Lo que va de Cervantes a Quevedo!; de las páginas del brío y del vivir seguro y prometedor, de conquistas ideales. ...Es cierto que la realidad es dura y fehaciente de experiencias y escarmientos, pero tiene todavía su encanto. En Cervantes ciertamente se puede ver la encrucijada de direcciones o el cambio de vertientes, en que se anuncia la caída por la inseguridad en que el humor, el modo de encontrarse del español, va a ser régimen ordinario. Frente al optimismo histórico intelectual y de situación en que vivió el español de las conquistas americanas y de los dominios extensos, (200) la generación posterior sería un vivir desviviéndose y un de batirse en la inseguridad, que llega a veces a desengaño y maldición.

En Cervantes, por ejemplo, aún pueden las cosas emitir destellos de una grandeza posible y figurativa: pueden ser mensajeras o emisoras de abstracciones, aunque sólo sean vá lidas para caballeros andantes. La bacía puede ser yelmo de Mambrino; viven al menos por un momento como tales. En Quevedo están del todo desencantadas, más que la ruda y cruel realidad que cocea, vista por Sancho, es la realidad interna socarrona y dolorosamente socorrida, a la que se va a buscar sólo la verdad y no la ilusión, su autenticidad y no la abstracción. Hay una desacralización o un apear de la divinidad, que se produce en un progresivo destruir los tópicos:

El hombre, voluntad de poder y de gloria, la mujer eco de armonía sublime; los reflejos de lo inalcanzable en las cosas objetivación-clasificación y no parará hasta que se mamifiesta prisionera de sus límites y una etapa final, que es la cosificación.



Quevedo entra dentro de ellas mismas, la desvela audazmente y las despoja de su corazón y de su atavío. Son espléndidas pero miserables, en su proximidad; dan náuseas a algún recatado higienista o algún prudente y pudoroso buscador de limpieza. La fealdad misma, si es de la cosa en sí, puede resultar tolerable y puede ser su belleza porque es su realidad, lo que le pertenece por su coseidad.

Hay indudablemente una escala de los seres y una seducción creada ascendente. Pero hay que convenir que esta ascensión es artificial y organizada desde fuera, por el que tiene poder de sujetar, poder de esclavizar, a que las cosas le sirvan de escalera y pedestal, para subir y bajar a su gusto. Pero llega un momento en que las cosas se rebelan a todo dominio y a toda imposición, abultándose a sí mismas, reclaman sus derechos, reclaman su parte y exigen.

La atención del hombre pasa de su comprensión a su respeto, a su divinización o sublimación. Cuando Azorín juega con los pequeños adjetivos, colocándolos, sencillamente, dice él, al lado de las cosas, una al lado de la otra, no se ve exactamente que todo sea tan fácil, porque buscar ese lírico y no rebuscado desgranar de limpios calificativos, dejando que las cosas sean, no es sencillo sino dificultoso. Pero mejor aún, André Gide, Rainer Maria Rilke o Joyce Proust, hoy mismo, nos han puesto ante los ojos esta rebelión de las cosas vulgares que llaman la atención y reclaman su puesto. Se han aproximado a nosotros en un intento de realismo y nos han dicho que ellas también están ahí y sirven al hombre, y ha de darles la importancia que tienen.

Lo que ni modernos, ni antiguos han logrado nunca como Quevedo, en sus Sueños, o en su Buscón, es llegar al interior de las cosas sin prejuicios esteticistas, valgan o no valgan, sean de las que hay que acariciar o no; las cosas

nobles o valadíes, es lo mismo, y en el más bellaco de ellos puede reclamar su atención; alguna vez puede ser el centro de interés (201) de una acción; las cosas por dentro, le dí rán a Quevedo, que los órdenes establecidos son puras ideali dades de una cultura decadente, que huye de lo real y de lo duro y que entubre sin sus esteticismos las llagas pobres y purulentas que son la verdad interior.

Quevedo echa en cara a la sociedad de su época lo que ellos tienen en las manos, por su nombre, por su función, por su situación.

La preocupación por una medida estética es conservada en cuanto sea ley y norma de belleza, (202) pero el esteticismo que oculta el hombre real, por temor a herir el oído o el olfato, debido a una norma educativa artificiosa, Quevedo no la aguanta.

No se trata ya de buscar sólo la belleza de las cosas y caer, una vez más, en los tópicos de siempre. Quevedo recla mará para las cosas su centro, su realidad y su nombre.

Quevedo quiere que tengan el valor documental irrefragable que las cosas exigen.

Quevedo quiere que se llamen por su nombre y que no se co meta la felonía de amputarles la realidad, con el especioso pretexto de la educación de la alta alcurnia y limpieza de nuestro linaje, porque D. Francisco, conocedor de los gustos y satisfacciones, sabe muy bien cuál son los usos y las cos tumbres, los disimulos y las hipocresías del lenguaje.

Acaso, con ello, Quevedo haya perdido afición y el gusto de algún pulido lector que se ha tapado sus púdicos oídos y sus ojos pudorosos al leer alguna obra de D. Francisco; no se le daría mucho a Quevedo esta admiración, porque prefie re ser testigo fiel de una realidad degenerada, aunque irre parable. (203)

Parece falsa totalmente la acusación a Quevedo de una satisfacción de un estilo freudiano, diríamos hoy, en las descripciones que usa con naturalidad y tránquilo proceder. Como al viejo sordo de los aquelarres y cartones del museo del Prado, se le puede continuar acusando de muchas inferioridades; mientras en sus retratos de una realidad desgarradora, vivía, tal vez, aumentados por el dolor de la separación, la verdad, sin dulcificaciones ni disimulos, en su valor interno.

No es pues una satisfacción en lo infrarreal porque es infrarreal; menos un movimiento hacia la obscenidad o un sabotaje a la belleza artística; la plena participación de los sentidos en la desnudez de las cosas en sí, sin temer a lo burlesco y más aún, dándole su valor documental irremplazable, a pesar de que resulte degeneradora, a los ojos de una sociedad que aún piensa en categorías de linajes, escudos y limpieza de sangre.

Quevedo por lo demás, no se ata y encierra en esta sólo dimensión.

Quevedo nos ha mostrado esta gran verdad: Las cosas poseen un gran bien y hasta una riqueza, pero que no hay que olvidarse que las cosas tienen una belleza fungible. A su explendor sucede el miserable estado de derrumbamiento y, por el contrario, Quevedo ha visto que no se puede hacer caso omiso de las cosas que están ahí y exigen atención. Tienen una realidad y en esa real existencia radica su misma venganza. Hacer justicia es reconocerles su puesto y su valor.

Tomamos como muestra y ejemplo el dinero. Saltando su famosa sátira Pederoso Caballero... que tiene más de social que descriptiva del objeto la encontramos en: Alabanzas de la moneda:

"El dinero para hermoso tiene blanco y amarillo, para

galán tiene claridad y refulgencia, para enamorado tiene sagtas como el dios Cupido, para avasallar a las gentes tiene yugo y coyundas, para defensor tiene castillos; para noble, león; para fuerte, columnas, para grave, coronas; y al fin como honra y provecho lo tiene todo".

Y continúa buscándole etimologías:

"el dinero tiene tres nombres: El uno por fuerte, el otro por útil, el otro por perfecto. Por fuerte se llama moneda, que quiere decir moción y fortaleza; por útil se llama pecunia, que quiere decir pegujal o granjería gananciosa; por perfecto se llama dinero, tomando su apellido del número deceno que es el más perfecto". (204)

He aquí una retahíla de su vocabulario corriente: narices, tocino, etc. (205), las cosas "reales" desvestidas, por dentro, tal como las ve Quevedo.

### 2.2.2. LA SUPERACION DEL CUIDADO

#### La vida del hombre como cuidado

Martín Heidegger trae en "Sein und Zeit" una fábula que toma de Burdach (206): El "Cuidado" hizo una figura de barro, Júpiter infundió en ella un espíritu y Saturno le puso el nombre: homo, de "humus". A la vuelta, Júpiter recibirá el espíritu del muerto. El cuidado dominará al barro animado mientras viva. Era su derecho por haber intervenido el primero. Solo por el cuidado no queda completo el hombre, en sus posibilidades tiene que superar también el cuidado.

Quevedo se dió cuenta de esta realidad o posibilidad humana del estar en "cuidado" principalmente en su obra seria, en su decir sentencioso y en su ascesis y transcendencia sobre las cosas y su "cuidado".

Veamos una progresión, por los medios que usa en este superarse el hombre, visto por dentro.

El empedernido lector y conocedor de los libros de su tiempo y de cuantas doctrinas pupulan en su ambiente, cuenta con la lectura para apartarse del "cuidado". Los libros hablan despiertos al sueño monótono de la vida y sacan de este mundo y sus trabajos.

Produce la lectura el ensueño de lo real aparentemente vivido y trasladado a otro lugar sin cuidado y despreocupado. Lenitivo de las penas; huida del dolor triste, evasión del que se refugia solo en ella por no solucionar sus problemas, cuando realmente está despierto.

Sopor fugaz que se sueña en ser lo que no es, y poder lo que no se puede, para sólo encontrarse consigo mismo después de soñar al despertar. Más leve que el sueño biológico, más espiritual y humano, menos sincero y arriesgado, más encubri

dor de hipocresía, cobardía e impotencia.

Era la noche y el común sosiego.

Los cuerpos desataba del cuidado, (207)

.....

Figura que emplea Quevedo para confirmarnos en la expresión de evasión. El sueño no puede traer paz y calma completa al hombre verdadero.

El nos lo declara más adelante:

Nadie es hijo del tiempo en este polo;

hijos de nuestras obras somos solo. (208)

El mismo nos advierte con atención que esto no es el fin bueno y verdadero del sueño. Es necesario buscarle otro más importante

"por ser recuerdo de la muerte".

Placer, amor, querer, pueden arrobar el cuidado en el hombre. En un querer llegar a conseguir plenitud que no se alcanza; Quevedo retrata al hombre, sin cesar preocupado en su vida, en sus acciones, en sus pretensiones. Sueños, Vida del Buscón. Política de Dios; llegar a un placer, a una plenitud más allá de lo frágil y mudable.

Sólo en el amor íntegro y total parece desquitarse del cuidado de la vida por un momento. Aunque no teme añadir en seguida, el amor humano no es bienaventuranza cumplida en el hombre.

Quevedo lo describe más bien como ausencia dolorosa y dolorida, llama y fuego en que se arde - es un querer y no un lograr viviendo, - es una libertad perdida. Y así se convierte en un manantial de cuidados en una ausencia y soledad constante.

Dichoso yo si muero

tan cortés amador de mi cuidado.

Y peño consolado

por lo que adoro, no por lo que espero (209).

La verdadera superación del "cuidado" y del estar en cui dado, no es fácil alcanzarla de golpe. No por burlarse uno de sus propias muletas va a andar luego mejor. Quevedo y el hombre puede superar el "cuidado" por un querer, un amar y hasta un olvidar, pero esta aparente verdadera superación es inestable, acaso porque produce mareo y vértigo. Hay otros muchos seres que aman, que desean, que sufren; solo el hombre puede creer que sabe, amar su propio amor, desear no te ner deseos, hacer problema de su sufrimiento y ser interrogador y pregunta al mismo tiempo. Por nuestra desgracia, es más se puede decir que a medida que crece nuestra capacidad, se ensancha nuestra posibilidad de experimentarlo. Como el pobre desgraciado puede ser feliz con un mendrugo o el zapatero remendón con su choza, libre y feliz, el rico gustador de placeres necesita nuevo invento no hallado para su satisfacción, y también, en correspondencia, encontrará mil formas de sufrimiento ignoradas por el pobre, en que experi mente nuevo dolor.

Es un ejemplo extraordinario de esta posibilidad humana, la descripción que hace Quevedo del hombre con nuevos cuida dos, en el romance: (210)

Las aras no hacen los dioses,  
las estatuas y los templos,  
sino los tristes con votos  
y los humildes con ruegos.

Ha calado hondo su pensar sobre la posibilidad del hombre en su tener y no tener cuidado, hasta levantar dioses donde no los había, por los deseos, por las preocupaciones y los ruegos.

Nuevo Job del siglo XVII descubre el mundo de su cuida do en su amar y su querer, y es este mundo precisamente el ori

gen de su cuidado y de su pensar y padecer. El estribillo del romance antedicho es un claro resumen:

Dichoso yo si muero  
tan cortés amador de mi cuidado  
y peno consolado  
por lo que adoro, no por lo que espero. (211)

¿Cómo superar el cuidado?

Quevedo conoce al hombre en su variado ser y hacer, en capacidad de crear proyectos y utensilios y se ha convencido también que la invención y la civilización era una carrera progresiva de analgésicos, pero no se ha dado cuenta que hay una proporción entre el dolor y nuestra capacidad para experimentarlo. Si cree ésta, aumentará aquél. - Suspiros por el aire, - deseos por el fuego, - lágrimas por el mar.

El tormento humano continúa, un amor humano, íntegro y verdadero, superior al querer, es capaz de evadir momentáneamente al cuidado pero no definitivamente.

Escondidos estamos de la muerte. (212) Ciertamente, escondidos, no liberados.

También el ensueño, la evasión por la lectura, los libros hablan despiertos al sueño de la vida.

Pero ¿liberados definitivamente en región inaccesible? Quevedo es hombre desengañado que pone su espuela agujoneadora sobre las heridas de la realidad.

Cuando define el amor con una monotonía y lívida resonancia de mortecina lumbre:

Es un descuido que nos da cuidado,  
es un soñado bien, un mal presente,  
un andar solitario entre la gente.

El mundo desconfía en verdad de lograr excesivamente ventajas en esta función, cuando lo principal que logra es claroscuro de sombras.



Pero insiste en el mismo tema y lo declara así cuando exhorta a los amantes:

"El amor humano no es capaz de dar al hombre descanso definitivo, a su esencial desazón, pronto para y no deja al amante sino la sensación de su manquedad".

Las causas y razones las da después en un completo análisis humano que parece firmado hoy, aquí. Es como una especie de mareo que le viene a Narciso cuando se sacia de mirar con sus ojos.

Quevedo dice que son evasiones o enamoramientos de sí mismo. Cuando busca salirse del cuidado de la existencia por vías naturales, acaba de enamorarse de su propia naturaleza.

¿Qué puede hacer el hombre con su vida? El nuevo interrogante que se plantea Quevedo, cuya necesidad de respuesta se deja sentir a través de todas las cosas.

Hay, sin embargo, una posibilidad y una solución que esgrimir y que esgrimió Quevedo. La inspiración que Quevedo vivió de la fe cristiana, de la esperanza teológica, le da una solución que le mantiene por encima mismo de las vicisitudes.

"Tu nombre es tu perfume

derramado,

que guardó el oleo y repartió el cuidado".

Juntó en sí la experiencia rica y maestra de una vida, compuesta de fragilidad y poca consistencia en sus bienes. Formó su espíritu con abundantísima lectura y con aliento congenial y vivió intensamente su época en todas las dimensiones. Por eso, cuando Quevedo supera su etapa crítica, es desde una fe y una esperanza cristiana que solo el Cristianismo le puede dar:

"Llama que a la inmortal vida trasciende".

"Amor de sola una vista sin fin".

"Amor constante".

"Esperanza más allá de la muerte".

1. El hombre concreto, la mujer concreta, seres en cuidado.

Quevedo no ha hecho una antropología universal y no ha pensado en un hombre universal; no por estrechez de conocimientos o de horizontes; podía, quizá, universalizar pero hubiese perdido en densidad, en objetividad y en certeza, si hubiese generalizado.

Quevedo cuatros y miope se acerca hasta lo concreto y lo certifica, lo desbarata y descubre en sus limitados proyectos.

No es que fuese poniendo motes a trochi y moche; bien que sus osadías en este sentido le costaran caro (213), su obsesión es el anonimato, que es vivir con un afán. La fermentación del barroco excita y estimula el alma. La corrupción social excita el aliento y ansia de sentir, y las dos fermentaciones llevaron a Quevedo a ser un lanzador que le lleva a la sorpresa, a la innovación. No podía resistirse, por más esfuerzos que hiciera; cuando llegaba el momento incurría en satírico porque, en definitiva, pensaba y, tal vez decía: "si no cumplimos con este deber de sinceridad, para qué hemos nacido".

La anatomía del ser humano cabal, la del hombre del siglo XVII, frente a una elucubración, sobre las posibilidades, angustias y dolores del hombre que no ha existido; Quevedo nos pone ante los ojos al hombre sudando sangre de su vergüenza, de su doblez, que dice palabrotas y que se ve descubierto en su extraña y universal hipocresía. El hombre de Quevedo se presenta de pronto ante él y se adelanta a que le desuelen. (R. Gomez de la Serna). Quevedo, que pasa y no quiere, se ve forzado a hacerlo, porque, como a padrino de bodas, le tiran de la lengua y le piden la

limosna de una palabra, de una pulla para reír, una verdad para escocerse, como quien encoge el pie por el dolor de un pisotón.

Entre el mito de Prometeo y el abandono ciego en la Providencia hay muchos grados a cubrir en la existencia humana. Cuando la preocupación por las cosas llega a lo profundo y se transforma en preocupación por la vida, la existencia misma del hombre y su seguridad, su progreso, su perfección, tendremos una antropología que condicionará una ética y hasta una concepción de la vida misma. Sin haber robado la providencia a los dioses y sin ser él mismo provisor para sí, puede el hombre, sin dejar de ser consciente, preocuparse, estar en cuidado y llegar profundamente a la consciencia de su situación frente a las cosas, al mundo y tratar de ver con realismo su lugar entre ellas. Hemos visto analizar el hombre por dentro cómo ser que tomado y formado por el tiempo tiene que vivir en el cuerpo y en el mundo. Esta no solicitada forma de presentarse le duele hasta el punto de llorar:

Todos muriendo en lágrimas vivimos  
desde que al nacer todos lloramos.

Pero al investigar la causa de esta concepción de Quevedo es cuando podemos descubrir su manera de entender el hombre en cuidado (214). Si se atiene solo y exclusivamente a su nuda existencia ha de sentirse incierto, perdido, inseguro. Es verdad que tiene libre albedrío, libertad y poder de opción, pero en la necesidad de ejercer esta libertad se encuentra verdaderamente solo y desamparado:

Por norte llevo mi albedrío  
y por mantenimiento mi cuidado.

Su incertidumbre participa de la duda, de la reflexión y de la conciencia lúcida de su contemporáneo Descartes, R.,

pero la manera de entender al hombre, les diversifica rotundamente. Este confiado en su razón busca un método para conducirlo a una solución con una seguridad, que utópica o no, sale del paso.

Quevedo desengañado, consumidas las falaces promesas del renacentismo, nos define al hombre en cuidado porque su vida es: - ávida soledad, - andadura incierta, - colisión permanente con realidades - o con sueños oscuros, imprevisibles, turbadores.

Hablando de su propio camino lo describe así: - "ciega noche"-,- "yerto escollo"-,-"yerma orilla"-,- "muda senda"-,- "arena solitaria"-.

El ámbito de la existencia personal estaba en cuidado porque tiene - falta de protección,- falta de certeza,- imposibilidad de renovación, de vuelta atrás:

¿ Quién, cuando con dudoso pie, e incierto, piso la soledad de aquesta arena me puebla de cuidados el desierto?

El hombre de Quevedo está en cuidado porque además de insegura, movidiza la vida temporal es fugitiva, radicalmente huídiza.

Evidentemente es un viejo tema pero asumido con intensidad especial por Quevedo. Lector de Job: "mis días son más veloces que la lanzadera" (215) le imprime un acento dolorido a veces dramático y desgarrado:

! Cómo entre mis manos te resbalas!

! Oh, cómo te deslizas, edad mía!

El camino y fugocidad no solo dado por la rapidez del paso del tiempo, la seguridad o el temor de la muerte sino por una anticipación, de lo que será definitivo como inasibilidad del instante y la sepultura constante de los instantes en el sepulcro del cuerpo.

" azadas son las horas y el momento, (el instante)

que, a jornal de mi pena y mi cuidado  
cavan en mi vivir mi monumento."

La constitutiva fugacidad del tiempo pocas veces se podrá haber plasmado con tanta vivacidad en el hombre como cuando Quevedo dice de sí:

" soy un fue, y un será, y un es cansado"

Y por lo tanto causa del cuidado del hombre; porque las horas se le devanan, escapan y pasan como las manecillas del reloj, que, o pasan sin pararse o no son reloj que el tiempo marque. ¿y las horas, los días, o, al menos, los instantes placenteros?

" risueña enfermedad son las auroras  
lima de la salud es su alegría."

Es decir, lo que no podemos permitirle al hombre es que no preste atención, que se distraiga, despreocupe y olvide su cuidado...

Abdicaremos de su ser de hombre, es lo mismo que abdicar de la consecuencia, es pedir que se pare el reloj. Cuando se trata de lo esencial y cuando el hombre es consciente no cabe la "diversión". Cuando Pascal se indignaba de que el hombre se pueda obsesionar por la muerte de un hijo, y le pide que se distraiga, o de que los hombres vean sin congoja que se les acerca la muerte, lo que propugna no obstante es quitar la diversión de su vida. Quevedo habla en su política de Dios de cómo el rey debe dedicar su vida a sus súbditos sin permitirse ni una sola "diversión".

Si verdaderamente no estamos dormidos, inconscientes, la vida es una lucha (guerra)

" de su propio alimento combatida"

Este trabajoso vivir engendra ansiedad, y la continua consunción, inconsistencia del vivir humano.

" bebe el ardor hidrópica mi vida"

amo la vida con saber que es muerte (216)

La inconsistencia va unida a la vanidad de la vida humana. Es el "omnia vanitas" del Cohelet, pero que en Quevedo encuentra otra radical explicación: la vanidad no es de las cosas porque pasan, se pierden, se corrompen, la vanidad e inconsistencia es de la vida, es del hombre que con ella trafica que en ella se apoya. No hay vanidad del honor ni del mundo, ni la honra vana sino del hombre, que las busca, las quiere y las aguanta. Siente el temblor de la contingencia que hay en las cosas, la misma inseguridad le hace buscar más ansiosamente las cosas...

¿qué tienes si te tienen tus cuidados?

Luego el cuidado está en el hombre:

En tanto que al rigor de mi cuidado,  
busco (ay! si lo hallare) algún olvido.

¿Es una ley impuesta, exigente, llena de sobresaltos que nos impide vivir "nuestra vida"?

aquí para vivir me falta vida,  
allá para vivir sobra cuidado.

Tal es la intensidad que los tres conceptos juegan en estos versos quevedescos en paridad completa: muerte, vida, cuidado...

"No me aflige morir, no he rehusado  
acabar de vivir, ni he pretendido  
halagar esta muerte, que ha nacido  
a un tiempo con la vida y el cuidado"

¿Una como obsesión por la existencia? ¿Cabal angustiado por la vida? pero ¿por qué vida? Cantó, sufrió, al aspero tormento de vivir. Intensa preocupación y medularidad por lo vital, pero igualmente se puede hablar de preocupación y angustia por el hombre concreto, vivo.

Quevedo sorprende al hombre en su extrañeza, y digo al

hombre concreto, porque Quevedo, (semeja), es un periodista del siglo XX, o un guardia civil del XVII, o un golilla del XVIII. Donde quiera que hay un suceso, puede estar Quevedo. Cualquiera hombre que pasa por la calle tiene misterio, secreto o interés para que Quevedo le descubra su "quid", lo importante, lo decisivo, lo categórico. Su éxito está precisamente en que nos corrobora, como otros no lo logran.

Quevedo descubre la duplicidad humana y su doblez; desde niño lo experimenta que es extraño para los demás y lo es para consigo mismo. (217) No encuentra coincidencia en sus acciones y esta doblez crece con él mismo, hasta su misma madurez.

Quevedo es el detective que objetará a su contemporáneo lo que el mismo debería hacer y no hacía, tratar de hallar coincidencia entre su ser y él mismo.

Quevedo se ríe con risa cínica y sarcástica al mismo tiempo; no provoca hilaridad general: a unos les causa gracia, a otros les repugna; Quevedo se ríe para que el hombre engolado del siglo XVII cause gracia, basta verlo en camisa, quitar los ropajes a los caballeros y a las damas y así se reía Quevedo desde su interior.

Quevedo se reía de los vestidos, de los embrollos y perifollas, pero sobre todo se reía desde ese interior psicológico y desde ese interior psíquico, en que la desnudez le mostraba la trampa más abultada del adorno superfluo e intencionado, del aparecer una cosa y ser otra. Porque es en este interior donde pillaba al hombre pidiendo dádivas por dentro y aparentando virtud por defuera.

Quevedo se pasea por Madrid del siglo XVII (1639 más o menos) veamos su intuición penetrante periodística del día, mes y año correspondiente.

Porque son más que dichos graciosos, que como greguerías

se venden diariamente a una hora determinada.

Unos se ríen de ellas, otros se mesan la barba, porque un tirón de verdad les ha afectado.

Quevedo elaboró un alfabeto con nombres concretos que es taban allí, en tal esquina y plaza y casi, si hoy Madrid fuese más pequeño, o ayer no fuese tan distante, podría señalar con el dedo aquí estuvo y era Fulano y Zutano.

Tres para cada letra del abecedario y entre las tres un cuadro completo de la sociedad. Este rosario o letanía desgrenado caminando por la capital, como antes, soñando por la calle mayor, nos describe con esa profundidad absoluta y quevedesca, qué es el hombre concreto y la mujer concreta para Quevedo.

"Lo más corriente en Madrid" siglo XVII hacia 1639, no importa que mes, día ni hora: Alcahuetas, más que picadores a respecto de lo que se gasta más su caballería.

Abundan también los amigos tanto como treguas, mientras haya comodidades". (218)

Interesante el desenmascaramiento que hace de los adornos, simulos y de lo postizo y como nunca tuvo melindrosidades en la boca para describir, habla de lo suyo y lo dice claramente barrigas de algodón como pantorrillas, nuevo modo de hidropesía" (219)

Quevedo ha comenzado a desnudar y se ve la "folla" y la apariencia, hoy para engordar y mañana para enflaquecer, porque los dos son modos de encubrir una realidad. El pre fería que el hombre, la mujer, se mostrase como es, no "los calvos con pelucas, no las doncellas sotanadas".

Con una especie de greguería ingeniosa retrata una serie en su interior forma de ser y se va tranquilo: "Frailes de entreambas sillas y menos jinetes en el coro".

Quevedo sigue con los vestidos desnudando y descubriendo



"sotanillas arremangadas como bigotes". Pero no vayas a creer que és falta de profundidad lo que le impide calar al go más profundo, que es la realidad psicológica y moral de los hombres concretos que pasan hoy por la calle o se asoman a las tiendas en las calles de Madrid.

La lista de los personajes corrientes en Quevedo sale aquí de nuevo; puesta en la picota con esa gota de acíbar:

"Escribamos que roban a pretendientes.

"Grandès como letras góticas en mucho papel, pocas razones.

"Maridos de anillo, como obispos y que no merecen mitra.

"Madres que se comen sus hijas o el precio por lo que las venden, que es lo mismo.

"Pretendientes paralífticos que no sanan por no tener hombre y otros pbr no tener mujer.

"Sastres de vidas ajenas que cortan con la imaginación y cosen con almaradas. (220)

Es un laberinto el hombre de Quevedo, en el que Quevedo ha entrado, ha quedado enlabinado y con vacunación para mayores cosas.

Ramón Gómez de la Serna le retrata con su desparpajo: co mo el solterón que se casase y no se casase cada día, a quien la chiquillería le pidiese aguinaldo de la boda, cada día, en cada esquina y que él le diese por limosna una sonrisa agridulce y píctara de una verdad sobre la vida y sobre el hombre.

Como empleado, cuyo oficio es la introspección, estudia el detalle cuáles son las dificultades de las vidas en su diaria existencia y en su preocupación por el vivir.

Hay un constante devenir y un movimiento inverosímil en sus personajes elegidos. Nunca los acaba de configurar en su primer asalto. Serán necesarios varios turnos y pasadas,

para ir añadiendo categorías.

No es una ni sola la calificación que da a sus individuos soñados o sorprendidos en la cabal desnudez de su natural en contrarse.

## 2. El hombre "lugar" adecuado de eticidad

Con esta afirmación sencilla pero básica no quiere decir más que el pensamiento ético de Quevedo se apoya en el hombre como persona. Que es el hombre el que da sentido a los valores examinados en su pensamiento filosófico porque es como el centro último imprescindible; ni lo teleológico ni es catalógico, ni los demás conceptos, ni el mismo valor de autenticidad tienen apoyo en sí, más que contemplados desde este valorador central. Esto justifica por otra parte, que hablemos de él en este apartado central, porque entendemos que es el eje de la axiología, o su sujeto, el que ha de hacer la evaluación.

Al examinar los ingredientes constitutivos del hombre de Quevedo como "lugar" adecuado de eticidad habremos empezado la superación del cuidado, superación que, sin embargo, no terminará hasta tratar de la transcendencia cristiana.

Será necesaria examinar como Quevedo ve al hombre como realidad constitutivamente ética, es decir, con capacidad estructural ético, pero además cómo el hecho mismo de la persona que ve Quevedo es un valor ético. (221)

Hemos tratado de examinar como ve el hombre ser-en-cuidado, quien no se asome detenidamente en su obra, podría inclinarse a creer que se trata de un nihilista, destructor, para quien nada queda en pie y todo se reduce a desolación y nada, bajo su crítica desdeñosa y sin entrañas. Pero se olvida al agiógrafo, al poeta, al político, que no deja de ser profundamente humano, que todo en el hombre le interesa, solo que se ha de dejar pasar por la verdad paulina: "la figura (fantasmal, fugitiva, ligera, inasible...) de este mundo, se pasa."

En Quevedo uno de los puntos indudables de partida es el

hombre en su operar, en su hacer, pero que habiendo visto con claridad la doblez mentira de esta vida, que a su mismo ser traiciona y engaña a todo desapercibido, tiene derecho a de cirlo y para captar el agrio humor que tal cuadro rezuma tiene también libertad y derecho a reproducirlo, recompuesto y razonado con el ingénio ácido y desenvoltura propia. Pero lo que no se puede negar con ello es que niegue el protagonismo al hombre, que su centro no sea él y que su pensar no sea un humanismo.

Hemos presentado la teoría ética de Quevedo principiando por lo teleológico, no tendrá sentido que pretendiésemos pres cindir del hombre si admitimos aquellas afirmaciones porque solo dentro de los "fines" tiene el hombre su dignidad, pero aquellos adquieren su verdadera finalidad y sentido si el hombre se lo da.

Pero además no se puede pretender arrancar tal concepción al pensamiento Quevediano por cuanto lejos de ser deshumanizador aún lo que parece sarcástico, exagerado...etc. es humano y saludablemente terapéutico. Es como un acerbo de cauterios del desengaño, administrado en un juego audaz pero a veces único remedio racional a la miseria humana de la vida.

Parece como si D. Francisco hubiera llegado a rebajar la persona humana hasta convertirla en poco menos que un guiñapo, incapaz por consiguiente de asumir esta subjetividad éti ca y sometido a los vaivenes en que se halla. Por el contrario creemos descubrir un progresivo y dinámico adentrarse en el hombre, la persona, la vida, y después de conocerla por el interior-ser, por sus debilidades más profundas eso sí, la desmantela y desmitifica, trata de apreciarla solo en lo que vale. No hay un desprecio, como algunos pretenden ver sino un menosprecio porque su fin definitivo no se puede al canzar en el reino de los fines presentes, donde se realiza

la ética, y es consciente de una espera salvadora.

Por su manera de ser y los condicionamientos y circunstancias de su vida, desde sus primeros encuentros con la vida y la carne mortal humana ha calado en los desengaños más duros, y un sabor incurable le quedará en la aguda punta de su pluma para siempre. Pero por haber sajado tan dolorosamente la herida de la miseria humana tiene un doble filo su tajante espada: con uno rasga el costado sangriento de este hombre en el mundo terrenal, dejando que mane el humor de la burla y hasta del sarcasmo, que puede parecer ser una de las formas de piedad, y con el otro abre constantemente una luz que se filtra e ilumina nuestra miseria terrenal; ávidamente esperando, mirando al horizonte para él tan luminoso y confortante de la muerte. (222)

Lo más radical del hombre, dice J. Alcorta, es ser "animal metaphysicus et moralis". Colocar dentro de sus estructuras la razón ética es punto indispensable para comprender al hombre o vuelta en otro sentido: la realidad ética es constitutivamente humana. (223)

Pues veamos cómo en una definición de comportamiento y eticidad se define (Quevedo):

"Escribo de las cuatro pestes del mundo (envidia, ingratitude, soberbia, avaricia), no como médico, sino como enfermo que las ha padecido. Temo... que antes me temerán por el contagio, que me estimarán por la doctrina. Yo pretendo que el nombre de V.S. me sea antídoto eficaz, para que en mi agradezca quien me leyere la experiencia con su escarmiento: pues acontece que el doliente dé más segura razón de la enfermedad que padece, que el médico de la que curó. Más importa, para aborrecerle, saber del malo cuán molesto y peligroso es el mal, que el doctor las medicinas que hay para guarecer dél: porque muchas veces el saber los remedios que hay para

los peligros, anima a no recelar de los peligros que hay."  
(224)

Es también la verdad que no debiéramos dar mucho crédito a nuestro saber. "Toda nuestra sabiduría es presunción acreditada de la ignorancia de los otros" ("La cuna y la sepultura"). Ni ufanarnos de valientes, porque, ¿sabéis lo que puede ser el valor? Sencillamente miedo...: "el que pelea en su tierra por defendella, pelea de miedo de mayor mal que es ser cautivo y verse muerto; y el que sale a conquistar a los que están en sus casas, a veces lo hace de miedo de que el otro no le acometa."

Vida fugitiva, siempre amenazada por una muerte, al fin, segura. Honra en sospecha: "llegado a ver lo que es la honra no es nada" ("El sueño del Infierno"). Valor en burlas; salud flaca, apoderada por quienes habría que ver si acertaran a salvarla no queriendo, pues que tantas veces, al quererlo, no lo consiguieron. Vana sabiduría. Clara visión quevedesca del mundo.

Pero entonces, se podría preguntar: ¿en dónde está lo humano de Quevedo?...

¿A qué hemos de llamar humano? ¿A lo que es propio del hombre? Propio del hombre será lo que lo sea de su naturaleza racional. Lo más conforme a esa naturaleza es la verdad. Pues entonces ninguna dávida más humana para el hombre que la verdad. Aunque parezca, aunque sea tremendamente dura y amarga. Pensar que a un ser creado para la verdad hay que guardarle de ella porque es dolorosa, es pensar que su cobardía le hace indigno de la verdad. No cabe mayor agravio.

Pero, ¿Queréis que llamemos humano a lo piadoso? Humano en el sentido con que se usa el término en el soneto maravilloso de Lope:

"Volved los ojos a mirarme, humanos,

que por las sendas de mi error, siniestras,  
me despeñaron pensamientos vanos."

También así son piadosas estas verdades desengañadas que parecen sin piedad. Primeramente, porque esas expresiones generales de nuestra universal miseria humana, en este espiritual comunismo del dolor, parece como que funden y disuelven y en otro tanto amenguan el dolor particular.

Tan terrible es la desilusión que el propio cariño de la madre, el más valiente, cuando está en trance el bien del hijo, suele vacilar antes de dársela, aunque presume que la necesita. Una madre es una santa esponja de desilusiones... Las absorbe para evitárselas a quien ama. Será obra materna con apariencias de crudeza, evitar desilusiones, sino como la madre dejando que perduren ilusiones para no matarlas, procurando siquiera que no nazcan, para que no tengan que morir. El único modo de no desilusionarse es no haberse ilusionado.

¡Beneficio humanístico del desengaño! El desengaño... No es la desilusión, aunque ésta pueda producirle, sino que está destinado a impedir que se produzca. Si humano es lo verdadero y lo piadoso, nada más humano que el desengaño, porque está hecho de los dos.

### 3. Ambito y formas de responsabilidad

El concepto de hombre en Quevedo, además de afirmarlo como "locus" de eticidad, podemos pensar que apunta a ámbitos y formas de responsabilidad. Supondrá salirnos del lugar y reino de los fines a las otras capacidades que por ser humanas son susceptibles de ser éticas: Su capacidad de elección, libre y voluntaria, su capacidad de apertura y relación, en formas responsables: actuales, habituales etc. y ámbitos de consistencia ética que por su racionalidad se puedan referir

a la responsabilidad interna, causal, afectiva etc. Tres puntos o ejemplos conflictivos, problemáticos que se han colgado como S. Benito a Quevedo y que se pueden, sin embargo, enmarcar dentro de las formas y ámbito de responsabilidad humana, constituyendo una clara visión ética, en cuanto que radical y fundamentalmente humana: frente al otro sexo, frente al pecado, frente a la política, ¿Qué piensa, que dice, que hace Quevedo?

Frente al otro sexo, su actitud, de que su obra testimo-  
nia, está polarmente escindida, y de una parte consiste en la sátira incansable y encarnizada, donde se vilipendia a las mujeres con saña de la que no conozco ejemplo compara-  
ble; mientras por el otro lado, su maravillosa poesía amatoria exalta a alguna dama con la servidumbre erótica más rendida. Este dualismo interno, que se manifiesta a través de formas establecidas en la tradición literaria, puede reducirse fácilmente a unidad en la pudorosa timidez del poeta. Pues acogién-  
dose a las convenciones del amor platónico, tal cuál eran reconocidas desde que Marsilio Ficino, tradujo y comentó, El banquete y Petrarca, prestó a sus ideas cuño lírico. Quevedo asume una posición que enlaza la línea del amor cortés, y que, en cuanto amador, lo pone al margen de todo conflicto vital, ya que sus sentimientos no pretenden conducir a consecuencia práctica ninguna. El objeto de su amor, colocado muy socialmente por encima del poeta, le es -se supo-  
ne- inaccesible, y en serlo radica su valor y dignidad. Por principio y tranquilidad de su ánimo, está situado fuera de su alcance. Ha de prestarle tributo, culto y adoración sin esperanzas de reciprocidad; y dada su espiritual pureza, ese amar puede perdurar, incólume, a lo largo de los años con sus estragos

(Hoy cumple amor en mis ardientes venas



veinte y dos años, lisi, y no parece  
 que pasa día por él.)  
 sobreviviendo a la amada  
 (Celosa debo de tener la suerte,  
 pues viendo !Oh lisi!, que por verte muero,  
 con la vida me estorba el poder verte),  
 e incluso al propio amador  
 (polvo serán, más polvo enamorado)

Pero ¿podrá decirse por eso que se trata de sentimientos artificialmente cultivados al solo efecto de la poetización? No habría de entenderse en el sentido de que la poetización misma es un mero ejercicio retórico o que los sentimientos, mediante ella expresados son falsos e fingidos, pues la poesía amorosa de Quevedo tiene, sin duda alguna, el acento inconfundible de la sinceridad y este acento aún llega a hacerse por momentos desgarrador.

Hay una elaboración de los movimientos sentimentales de acuerdo con la configuración cultural donde han de encajarse, pero lo mismo cabría expresar de toda poesía amorosa, sin que ello desmienta, por el contrario la autenticidad del sentimiento.

La poesía amorosa de Quevedo no excluye el ingrediente sexual, puede comprobarse examinando el soneto a Floralba, y que con todo su lirismo arranca de una situación cómica. Pero salvo en esa ocasión "traiciones del sueño" el amor de Quevedo no espera retribución: Su amada habita en un plano superior que él jamás pensaría escalar. Y es en esa relación erótica unilateral, de la que cualquier perspectiva de correspondencia está excluida, donde él se siente seguro y a salvo. Correspondencia tal, ni se la espera ni se la desea; es un amor solipsista, sin compromiso alguno con la realidad humana del ser amado. Encerrado tras la coraza de una conven

ción que lo protege, incluso contra la sospecha de que todo pudiera acaso ser algo más que un juego literario, despliega sin riesgo sus sentimientos eróticos en la esfera aséptica de la poesía:

Los hechos de la vida práctica nos hablan acerca de las radicales actitudes o inclinaciones que las obras de la imaginación creadora, transformando y utilizando a su manera los materiales de la experiencia, pueden acaso suministrar-nos. Como ejemplo puede tomarse:

Tropecé y no caí: no piensen  
que de privanzas reales,  
sino de los pies más malos  
que han visto nuestras edades. (225)

Si el objeto del amor platónico era sublime y solo por el sueño podía tocarse, el objeto de la relación sexual se sitúa por el contrario en un nivel despreciable; la mujer aparece como: "una fiera", "un elefante", "una ballena" y la relación queda reducida al mero trato del "Hospital de Amor". En una y otra dirección, Luevedo se sustrae el riesgo que la mujer real puede representar para él.

Y ¿en qué consistirá ese riesgo? Me parece que su notable aversión al matrimonio puede darnos en cifra la respuesta. Si en la vida práctica se resistió tanto a casarse, y si tanto abomina del casamiento en sus escritos, es, explícita y reiteradamente, por desconfianza hacia la mujer. "No la quiero fea ni hermosa" -dice por gracejo en una carta rechazando la sugestión de contraer matrimonio-... "Fea no es compañia, sino susto; hermosa no es regalo, sino cuidado..." Chistosamente, se niega a la idea. No es que, en vista de la que considera experiencia corriente, retroceda; no se trata de un simple cálculo de conveniencias en el ordenamiento de la vida propia, sino de la anticipación anquiada de una posi

bilidad -probabilidad, piensa él- a la que por nada del mundo quisiera verse expuesto: la de que su mujer engañe. Para Quevedo, casado y cornudo vienen a parar en lo mismo: son términos sinónimos. Siendo engañosa su naturaleza, indefectiblemente la mujer ha de ponerle cuernos al marido; es decir, preferirá a otro.

Lo curioso es que, no obstante su gran repugnancia de mil maneras declarada, Quevedo terminó casándose, y por cierto en las condiciones forzadas y absurdas de que su biografía informa, cuando contaba ya cincuenta y tantos años, con una viuda de su edad, madre de hijos crecidos. ¿Por qué lo hizo? ¿Sería esta incongruencia de su conducta prueba o inicio de que aquellas bromas contra el matrimonio eran más que nada un motivo de diversión literaria?

Parece bien comprobado que si D. Francisco aceptó al fin la coyunda temida, de la que, por lo demás, se hubo de zafar inmediatamente, lo hizo cediendo a la presión de su protector, el duque de Medinaceli; y esto vendría a añadir un rasgo bastante significativo en su semblanza: el de un respeto desmesurado hacia las jerarquías del mundo social, pues no dobió de ser poca, en efecto, la autoridad necesaria para doblegar su resistencia en punto tan del personal arbitrio como es éste de tomar estado, y ello en contra de la postura que, con énfasis virulento, había mantenido a lo largo de la vida entera. Después de haberlo pensado despacio, deberemos reconocer que la contradicción es sólo aparente, y se disuelve en los recónditos abismos de su personalidad, tal como, rápidamente y medio a tientas, venimos procurando sondearlos aquí. Si hemos referido su devastadora procacidad satírica a un fondo de angustiada timidez, tendremos que referir a ese mismo fondo también al acatamiento de la autoridad constituida, y por cierto, no un acatamiento sereno, ra

zonable e indiferente, como el de quien acepta sencillamente los dictados de la realidad, sino más bien una adhesión celosa, casi compulsiva, apasionada y angustiada.

### 3.a Frente a la conciencia del culpa-pecado

En el discurso a todos los diablos dice al lector que leyere una recomendación con resonancia de doble fondo: "Lo que han de hacer (los lectores) es no tomarlo ninguno por sí (este libro) sino unos por otros; y con esto ellos quedarán por quien son, y mi libro será bien-quisto de los propios que abrasa y persigue: y porque no me antuvie alguno, tomo por mí lo que me toca, que no es poco ni bueno" (226)

Va dirigido a los bellacos y pícaros, bergantes, tacaños, embusteros, perversos y abominables...

Parece como si, antes que nadie le eche nada en cara, ya se lo ha echado antes él. ¿Acaso lo necesitaba como desvío, y defensa conveniente, para poder lanzar impunemente a los cuatro vientos la opción que tiene de la gente? Lo cierto es que así enfrenta a los hombres desnudos ante su vista y sus perfiles recaban el derecho de reconocer lo que son en su interioridad: "Todo que he escrito en este libro habla con vuestras vidas, muertes, costumbres, memorias: no hay que rempujar hacia los buenos" (227)

Podría distinguirse bien un doble nivel de conciencia:

- Confesarse vicioso, que puede ser un cinismo exteriorizante, sarcástica satisfacción de su debilidad, que muestra como una cierta pretenciosidad en la que embarca a muchos.

- Arrepentimiento, que es reconocimiento, reconversión, profundo y sincero nivel personal.

El placer morboso de lo vicioso que hay en Luevedo, que lo confiesa y manifiesta, es una especie de corrupción, fisiológica, depravante como necesaria (indispensable), que está

siempre, basta con poner la condición de hombre. De ahí su perpetua repulsa a ciertos vicios vinculados a ciertos hombres, la repulsa a la mujer, por ser hecha para soportar o excitar la sexualidad del hombre.

Es una especie de satisfacción curiosa de saber, ahondar y confirmar periodísticamente que una vez más se ha cumplido de que tal... tenía que ser así... ya lo suponía yo.

Así esta manera de contemplar al hombre en el "vicio" es "sano" porque no es una degeneración o una abolición de los valores axiológicos. Por el contrario el vicio así entendido constituye al hombre en su hombría y manera de estar -en-cuidado; no reconocerlo es falta de autenticidad. Ciertamente el vicio le deja en el cuidado y no le saca de él. La vida en el mundo tal como Quevedo lo ha visto, siguiendo sus prácticas, tiene que discurrir así y no sacándole de ellas le deja ahí hundido, por eso le puede recriminar con sinceridad y autenticidad, porque cívicamente la sociedad lo justifica y santifica: siempre se ha hecho así... todos hacen así... por qué vas a ser menos. Esto es lo que le hará levantar a Quevedo.

Pero mientras tanto Quevedo se siente así: "hijo de sus obras... hombre de bien nacido para mal, mozo dado al mundo, prestado al diablo y encomendado a la carne,... ancho de frente y de conciencia"...(228)

Y Quevedo piensa así en general del "hombre" normal y corriente, que "todos" son como él y quizá, que muchos le ven así:

"No se me echaban de ver los fondos de bellaquerías y las entretelas de los enbustes; aquella cara más raída que la polilla; aquellos gregüescos más rotos que la conciencia, y aquel hablar palabras más livianas que mis cascos". (229)

En su "quinta esencia" o su quinta demonia, como dice en el delantal del libro: discurso de todos los diablos.

Pero el "vicio" se puede convertir en culpa-pecado. Cuando el hombre se da cuenta de que tiene uno de estos vicios y que son vicios y acepta permanecer con ellos, como con provecho, sin salir de ellos, adquiere-culpa, y el vicio se convierte en pecado. El apoderarse de su manera de estar, de su forma de encontrarse, le lleva a una nueva dimensión de "cuidado":

El cuidado como inestabilidad interior de la vida ante la vida misma. Es un abandono fuera de sí mismo y una lucha y quebranto interior entre cuerpo que aspira a ser alma y el hombre a realizarse perfecto.

El pecado como desviación, apartamiento y un sentirse lanzado a una existencia falsa y falsificadora de la vida humana. Quevedo la simboliza con el infierno.

Vive y palpita y se consume acongojado por el empecatamiento. Sueña que vive así y se sienta así. No es un acto limitado y recortado, es un modo de vivir, como una profesión, modo de ser y encontrarse, como algo que le absorbe totalmente su esencia antropológica y le priva de realizarse por completo de otra forma.

Quevedo rechaza la situación de culpa; ¿por qué lo rechaza? ¿es por incompatibilidad con la fe? ¿por llegar a la solución del arrepentimiento?

Ciertamente puede haber un fondo fundamental de no aceptación por contradicciones, pero tal vez, la situación nueva con tinte estoico que aparece en el talante quevediano es la del "hastío". El hombre se siente así vacío, perdido, sin estabilidad, ... por querer hallarse a sí mismo, por buscar la existencia perdida, adopta un nuevo modo de vida y deja de pecar.

"He sido malo por muchos caminos y habiendo dejado de ser malo, no soy bueno, porque he dejado el mal de cansado y no de "arrepentido". (230)

¿Piensa Quevedo que no es suficiente este modo de alejar se de la culpa para hallarse verdaderamente?

Su actitud se mantiene erguida, en lucha, tratando de en contrar un nuevo modo.

Se siente pecador.

Apostrofa a los que no se dan cuenta lo que son.

El "ergo remito la solución a Lucifer", que él dará cuen ta de sí, pues en cosa tan menuda se atollan reverendas ho-  
palandas". (231)

¿No quiere mostrar Quevedo, cómo lo esencialmente humano se ha desviado pues se han contrahecho las vidas de los hom bres, que se han convertido en puro infierno?.

"La juventud moza casó con el pecado" (232) habla de los hijos que tuvieron del matrimonio:

"No sabía, No pensaba, No miraba y sus característi-  
cas"...

Pero Quevedo analiza la conciencia de culpa como un esco lástico:

"Quien peca es la voluntad, es la potencia espiritual del alma". (233)

"Confiesa con los teólogos y filósofos que la voluntad apetece la malo debajo de razón de bien.

La voluntad es la que consiente y quiere; no es suficien-  
te la representación de la ira, ni el conocimiento de la lu  
juria"... (234)

Las categorías del pecado, para Quevedo, son: La esen-  
cial hipocresía y teatralidad; "para ser pecado primero es  
hipócrita y es hipócrita luego que es pecado". (235)

"La hipocresía comienza con el mundo y con él acabará,

todos los pecados suelen tener hipocresía ante los hombres y de ella nacen y se alimentan, esto se demuestra en que el mal se viste de bien en lo aparente, para atraer la voluntad" (236). Esta es la más clara y confirmada hipocresía.

La enervación y degeneración de la esencia humana que ha de producir un hastío, un asqueamiento, una repugnancia; anteriormente aludida.

"Cuánto engaño de cáñamo anudado  
tiene el golfo, inquirendo su elemento  
al pasto delicioso del pecado". (237)

El mayor pecado es el suicidio.

Es como una conclusión de su concepto de pecado, de sus categorías de desviación de la esencia y existencia humana. El suicidio trunca la propia decisión de existencia individual humana; mayor desvirtuación ya no cabe.

No tuviera mayor repercusión ni consideración más prolongada, si no hubiésemos afirmado su senequismo y neoestoicismo profesional; El problema era grave, cuando los estoicos antiguos lo aceptaron, Séneca da claramente su opinión (238) Montaigne, las sigue y lo justifica (239), cuando el dolor es grande (240).

La incompatibilidad del suicidio la tiene Quevedo con el ser de hombre. El que es capaz de suicidarse es que ha perdido la conciencia de su ser de hombre, de su existencia.

Sólo lo admite en el caso absurdo: Suicidarse por miedo a la muerte:

"Matarse por no morir es ser igualmente necio y cobarde. Es la acción más infame de entendimiento."...(241)

Alerta contra lo que constituye la profunda de ser persona y afirmarse como tal en el mundo, su individual existencia, su personal manera de encontrarse en el ámbito vital y fundamental de su ser persona.



### 3.b. Frente a la política

Por la necesidad de limitarnos, es necesario concretar en dos de sus obras y en dos casos puntales.

De política de Dios y gobierno de Cristo cuál es el comportamiento responsable del rey, y de la Vida de Marco Bruto, situación arriscada sobre el homicidio del tirano.

Quevedo propone el ejemplo de Cristo en una extensión y límites, a veces metafóricos, a veces directos y contundentes. Cuenta cómo Cristo sintió que alguien le tocaba la vestidura y deduce la lección:

El buen Rey, Señor, ha de cuidar no sólo de su reino y de su familia, mas de su vestido y de su sombra, y no ha de contentarse con tener este cuidado: ha de hacer que los que le sirven y están a su lado y sus enemigos vean que le tiene (...) El ocio y la inclinación no ha de dar parte a otro en sus cuidados (...) Quien divierte al Rey le depone, no le sirve.

Pero veamos otro ejemplo de aplicación más inmediata:

Esto está lleno de intención: ni Felipe III ni su hijo desempeñaron un papel importante en su gobierno y ambos entregaron la responsabilidad a sus privados, cuya interposición rodeó al rey con una muralla invisible. Quevedo insiste constantemente en el deber del rey de hacerse accesible. Al comentar el texto "Dejad que los niños se acerquen a mí", escribe:

El rey es persona pública, su Corona son las necesidades de su reino, el reinar no es entretenimiento sino tarea; mal Rey el que goza sus estados, y bueno el que los sirve. Rey que se esconde a las quejas, y que tiene porteros para los agraviados y no para quien los agravia, ése retírase de su oficio y obligación, y cree que los ojos de Dios no entran en su retiramiento, y está de par a la perdición y

al castigo del Señor, de quien no quiere aprender a ser Rey.

La aplicación metafórica que hace Quevedo de las Escrituras es ingeniosa a veces. De los milagros de Cristo al sanar a los enfermos dice:

Verdad es que no podéis, Señor, obrar aquellos milagros; mas también lo es que podéis imitar sus efectos. Obligado estáis a la imitación de Cristo.

Si os descubríis donde os vea el que no dejan que pueda veros, ¿no le dais vista? Si dais entrada al que necesitan- do de ella se la negaban, ¿no le dais pies y pasos?.

Pudiera pensarse en que, Política de Dios, es un tratado teórico utópico y una como perdida de tiempo de Quevedo. Sin embargo se descubre bajo la energía del estilo de su autor una como invencible desesperación ante la imposibilidad de cambio, pero un deseo ardiente, decidido y firme de proponer una forma de comportamiento que expresa el ámbito y formas de respuesta adecuadas al momento y su necesidad.

Puede ser que la elección de un modelo imposible de alcanzar sugiriese de nuevo la burla, el sarcasmo y sin embargo no se puede encontrar fácilmente tratado político semejante. Ha huído por completo de componendas, de acercamientos forzados de principios a necesidades y de situaciones a principios.

Las actitudes, causas y efectos éticos están propuestos como consecuencias de la elección del comportamiento real que así lo requiere.

Marco Bruto, asesino del dictador Julio César en nombre de la libertad republicana de Roma.

¿Se puede asesinar en nombre de la libertad?

¿Se puede asesinar en nombre de algo?

¿Cuáles con las altas invocaciones en cuyo nombre se pueda asesinar?

En la aprobación que otorga el Dr. de A. Calderón, canónigo magistral de Toledo, se lee:

"Hela visto y no hallo cosa que desdiga de la religión y costumbres cristianas. Lo que hallo es en pocas hojas muchos volúmenes de la más alta política. Aquí enseña a los príncipes el gobierno, a los vasallos la obediencia y a todos el celo del bien público... la cuestión política de Julio César es otro testigo de verdad".(242)

La intención ética va colocada después de las declaraciones políticas de los autores clásicos que recoge al comienzo del libro:

"Para que se vea invención nueva del acierto y del desorden en que la muerte y las puñaladas fueron electores del imperio... los premios y los castigos que la liviandad del pueblo dió a un buen tirano y a un mal leal. "No pretendo que en el cerco escarmienten los ciudadanos fieles y menos que en el otro se alientan los príncipes violentos..."(243)

El asesinato individual, colectivo (genocidio) cuando se quiere justificar con apelaciones a la justicia, al pueblo, a la libertad, a la Historia, a la Patria, al mismo Dios... ¿no buscan encubrir algo no verdaderamente ético?.

Quevedo trae el propósito el juicio de Bruto de la historia:

Cornelio Tácito, en el libro 4 de los anales, 34, habla de los varones que alabó Tito Livio:

"A este mismo Casio, a este Bruto, nunca los llama ladrones y parricidas, vocablos que ahora los aplican: muchas veces los llama varones insignes".

Pero el juicio de Quevedo se va aplicando mesurada lenta y analíticamente con el método de una ética completa en los ámbitos y formas de responsabilidad: "Sea fruto útil a las repúblicas,...el saber recelarse del tirano que tiene algo

malo en que se pierda.

El tirano y el libertador conozcan que ni uno logra su intento ni el otro pierde su maldad cuando el pueblo, en cuya memoria no tiene vida el pasado vende al interés propio la libertad, pobre por la sujeción, más bien socorrida". (244)

Sobre Bruto (hijo de César) y su acción y responsabilidad piensa en la ambición, más impaciente que la venganza:

"El hijo ama al padre en tanto que no sabe que muriendo aquél hereda la hacienda, porque en sabiéndolo, olvida el ser que le dió por la herencia que no le da". (245)

Sobre los actos y las actitudes, la persuasión y la opción, moción y decisión:

Casio razona y juzga:

!Oh Bruto! ¿Qué ciudadano habrá en Roma que consienta que mueras de esa suerte por la libertad? ¿Por ventura, Bruto, te ignotas a tí mismo?

Quevedo concluye: No ha tirano que no acaben, si se juntan uno que aborrece la tiranía por su naturaleza, y otro que la aborrece por la razón. (246)

Las palabras decisivas de moción interna y de cooperación:

¿Qué esperamos por nuestro temor: cuando la República nos espera por su remedio? (247)

Juicio final ético: circunstanciado acreditóles la determinación, persuadióles el séquito, escogióles el lugar, dispúsoles la traición, llególes la hora, entrególes a César, desnudó sus puñales, derramó la sangre y la vida del príncipe y callóles la turbación que les guardaba por haberla derramado. Ninguno ve la cara de su pecado, que no se turbe. (248).

Parece como si resonaran los argumentos y planteamientos de su amigo y maestro, P. Mariana, defensor del tiranicidio

(249), pero Quevedo como una de esas erguidas efigies que los imagineros medievales esculpían y que, desde las alturas de una eterna gloria, miran con gesto mezclado de piedad y de zumba, de sarcasmo y de pena, el tráfago lamentable de nuestra humana vida, de la cual ellas altamente han conseguido redimirse. Está así, firme y durísimo, aguantando impertérrito, en una indefectible resistencia, todas las acometidas del caso adverso y de la suerte impía-frente al miedo, frente a la torpeza, frente a la estupidez, frente a la sombra de la muerte y frente al fuego siniestro del infierno. Heróico y burlón, inteligente y áspero, desdeñoso y caballero; sobre todo cristiano.

### 2.2.3. HACIA UN NUEVO ARQUETIPO

Es indispensable, tal vez, preguntarse antes de seguir adelante, por las causas de esta actitud tomada por Quevedo. Llamémosla pesimista, burlesca, caricatural, exagerada o realista-sincera; como quiera que se la considere, habrá que buscarle sus motivos. Puede ser de todo tipo; circunstancias, personales o más profundos. Los que parecen más interesantes de considerar son los ambientales y los bebidos en una espiritualidad barroca que culturalmente asimiló Quevedo por todos los poros.

Uno de los motivos y, tal vez, el más radical para categorizar al hombre en su ser, es saber que Don Francisco de Quevedo sufrió y vivió esta crisis del modelo y la pérdida del arquetipo.

La línea que represente el pensamiento histórico del hombre, y, aún su acción histórica, tendría que dibujarse sinoidal, con sus altos y sus bajos. Hay una especie de dificultad insuperable en mantener las cumbres y una imposibilidad en caminar por la cima de las genialidades. Las épocas del elevarse humano a las cimas, tienen unas características marcadas con respecto a las decadencias. Se admite incluso la posibilidad de que una sea lo uno y otra lo otro, con tal de que se nos permita considerar los diversos renacimientos, como épocas de elevación o supervaloración, en que el hombre se ha sentido potenciado al máximo y como tentado de "robar el fuego a los dioses", invadido de la "hybristés", que llamaban los griegos, por la que querían superar su propia limitación congénita y pasarse a lo divinohumano.

Parece que se constituye una época modélica del hombre prototipo y medida de las cosas; canón establecido por el

porvenir y deseando alcanzar la inmortalidad o la permanencia. Por contraste los tiempos en que la historia se inscribe en la curva baja, hay una devaluación, una disminución y rebajamiento.

Entre las dos situaciones, individualmente hay diferentes linajes; diferentes géneros que han crecido y desarrollado su posición crítica en la historia.

Quevedo dirá, en la "Fortuna con seso y la hora de todos" que: los diferentes linajes vienen del hacer y del decir. Si se pretendiera caracterizar exactamente el proceder de una y otra época a los renacimientos, les correspondería el decir, y a las decadencias el hacer.

Si renace en Italia o en España el Cortesano o el Príncipe, faltarán virtudes y cualidades para apropiárselas al nuevo héroe habrá nuevos intentos de robo de la inmortalidad divina y de su fuego sagrado.

Los modelos humanos, griegos o renacentistas, en todas las épocas de superación los hubo. En la exaltación, el ensueño.

Frente a ellas, las crisis del modelo y la desaparición del arquetipo es evidente en las decadentes. Quevedo asumió esta etapa consciente y firme en su decisión. No es que no haya individuos modélicos; se ha perdido la sobrevaloración, el valor de lo universal, el poder arquetípico. Habrá, a lo más un Job y un Séneca, pobres y resignados, que no triunfan con las armas sino con la paciencia y el vencimiento propio.

Es tan cierta la concepción de la nueva milicia y guerra que da el triunfo que, frente a la osadía, el arrojo y la elegancia militar se propondrá: la cautela, la precaución ascética, la vigilancia al interior enemigo. Por los enemigos de fuera están los enemigos de dentro. La fama y la honra movieron ejércitos, derrocaron montañas, entregaron vidas, causaron hazañas. La envidia y los vicios también pueden mover al

hombre y al mundo, pero cuando la "fama no vale nada" (Sueño del infierno), cuando no es nada la fama ni mueve a nada, hay para pensar que hemos cambiado de motivación ética interior en el hombre.

La motivación ética de los renacimientos se asienta sobre una generosa amplitud. Se dilata en una admirable dimensión humano social. Adquiere valores de optimismo y positiva conformación. Actitudes de ataque y de actividad-combatividad.

La ética que corresponde a la época decadente española del 1600, que bebió y asimiló Quevedo, es por el contrario una ética de restricción prohibitiva, constreñimiento y reserva. Si se lograba, al menos, la conservación, teníamos gran camino recorrido.

Cervantes y el Quijote cabalgan entre los límites de las dos éticas: de esplendor y de reserva amenazadora. El Caballero que sale a desfacer entuertos es escándalo y lección de osados y advenedizos, de cuerdos y osados remediadores de fortunas.

Pero hay una realidad más próxima, que abordará Quevedo con tanta osadía, y es confirmación plena de la ética ambiental, de la que es hijo nuestro observador y antropólogo.

Del tiempo de Felipe III son acusaciones como estas: Los soldados españoles están débiles y afeminados, los bailes y los saraos les debilitan; no tienen varonil ánimo para luchar. Crítica acusatoria frecuente, que hace pensar en la realidad de un cambio de signo en la ética.

El modelo en crisis y arquetipo perdido.

Ortega y Gasset ha podido exclamar en esta misma orientación pesimista: "Léase con un poco de buen sentido nuestro parnaso del siglo XVII, e inténtese reconstruir, partiendo de él, el tipo de alma que lo ha fraquado. El que haga esta experiencia, acabará echándose las manos a la cabeza, sobre-



cogido de espanto".

Todo un análisis sintetizado de nuestro asunto y del tema del hombre que nos preocupa. El modelo que se tambalea y el arquetipo desaparecido; el alma que lo fragua tiene una característica y una perspectiva antropológica, frente a cuya ética tiene que tomar unas posiciones, que nos interesan.

La función que desempeña el modelo filosóficamente frente al hombre, es un resorte que no se puede desperdiciar, so pena de marroter uno de los buenos recursos humanos.

Bien es cierto que actúa sólo negativamente, en su ausencia, pero es en esta dimensión la que se deja sentir eficazmente en definitiva.

La motivación dinámica del obrar humano cambiará de signo y, la proyección de dirección no estará en lo alto y sublime, si no acaso en lo elemental y rudo, en lo sencillo y primitivo. El modelo se ha tambaleado hasta el escándalo del derrumbamiento total y la proposición de los orígenes, como lo añorado, modélico, perdido.

En este sentido es aleccionador el número de sonetos con que Quevedo fustiga el escándalo del dinero y añora la sencillez ética primigenia de un imperio, que marcó esplendor a la historia.

En el precio, el favor; y la ventura,  
venal; el oro, pálido tirano,  
el erario sacrílego y profano;  
con togas la codicia y la locura,  
en delitos patíbulo la altura;  
más suficiente el más soberbio y vano,  
en opresión el sufrimiento humano,  
en desprecio la ciencia y la cordura.

Promesas son ¡Oh Roma!, dolorosas

del precipicio y ruina que previenes  
 a tu imperio y fuerzas poderosas.  
 El laurel que te abraza las dos sienes  
 llama al rayo que evita, y peligrosas  
 y coronadas por igual las tienes. (250)

Los laureles, la estatua y los aplausos, que no valen dinero, son mejor premio que el comprado con oro y plata.

Quevedo lo añora; añora en paralelo una edad pasada y primaria para el reino de España en que:

Un godo que una cueva en la montaña  
 guardó, pudo cobrar las dos Castillas;  
 Y, sin embargo, por causa de esta disolución interior:  
 Es más fácil !Oh España! en muchos modos,  
 que lo que a todos les quitaste sola,  
 te puedan a tí sola quitar todos.

Esta disminución de posibilidad expansiva que se encierra en un estrecho círculo ¿es un valor disminuido y privado? ¿es un mísero valor y un orgulloso bastarse a sí mismo, sin dimensión ampliadora?

Es una de las limitaciones más serias a una ética suficiente para descubrir al hombre en toda su amplitud.

Al querer, Quevedo, profundizar en el interior de la observación, pierde la dimensión superior. Por una especie de inmanencia en la visión, no trasciende hacia el ideal y permanece prisionero de su miope observación,

Si se pueden encontrar perfiles humanos, se da un proceso de individualización y un gigantismo humano sin trascendencia, nacido e individualizado sin rasgos ejemplares válidos, como universales modelos, sino como figuras de hombres concretos.

### 1. Hacia la superación de la confusión

Quevedo se refiere al hombre concreto moliente y corriente de la Corte y de la Calle, con el que él tropieza porque no tiene, no puede tener, arquetipo su modelo a quien referirse idealmente y por otras motivaciones. Pero además de verlo, como anteriormente hemos dicho, en su interior realidad cruel, frente a otras formas de realidad, Quevedo lo ve como un ser en confusión. (251)

Quevedo se sintió muy cercano a Séneca, a Agustín, a Job. Por eso no es aventurado decir que esta aproximación le da semejanza en el pensamiento, en el sentimiento y en la afición. Fue un sentirse hermanados, en la existencial manera de concebir el hombre.

Para una concepción antropológica de Quevedo es indispensable releer el "Sueño de la muerte". Empieza con Lucrecio, como excusa, pero es Job quien dirige su pensamiento:

"homo natus de muliere...militia est vita

homonis super terram. Pereat dies in qua natus sum".

Y continúa comentando este último verso, arrebatado como otro Job en una angustiosa existencia:

Perezca el primer día  
en que yo nací en la tierra  
y la noche en que el varón  
fue concebido, perezca.

Espere la luz hermosa  
y nunca clara luz vea  
ni el nacimiento rosado  
de la aurora envuelta en perlas  
porque no cerró el vientre  
que a mi me trujo, las puertas.

Y porque mi sepultura  
no fue mi cuna primera.

El hombre cosa flaca  
de miserias lleno,  
de bien y de descanso ajeno,  
es como sombra vana;  
guerra es la vida del hombre  
sus días y sus horas  
como las del jornalero" (252)

¿Qué cosa más enferma que el hombre? parece preguntarse al maldecir su suerte y al aprobar los dichos de Job. Pero Quedo va más lejos; en un análisis existencial que hidalgamente confiesa tomar del sermón XLV de S. Pedro Crisólogo: ¿Hay algo más enfermo que el hombre? De cuna a sepulcro en una ascensional carrera sucesiva del tiempo, describe la posición humana genérica del desengaño y la miseria confusa:

"Le engaña el sentido, le burla la ignorancia, le cerca el juicio, le ofende la pompa, el tiempo le deja, la edad muda, entorpece la infancia, la juventud precipita, la vejez quebranta.

¿Puede haber cosa más enferma que el hombre?"

El hombre se encuentra en confusión. Su realidad es pobre y miserable sin dominar los elementos constitutivos del ser y del obrar; tiempo, espacio, edad y menos aún los elementos que constituyen sus instrumentos, medios y defensas. los sentidos le engañan, la ignorancia le burla y sus fuentes de energía no son aprovechadas ni gobernadas; la infancia le entorpece, la juventud no es lozanía sino desboque y la vejez no es esperanza sino quebranto.

Una percepción clara; una concepción pesimista en la que el dualismo maniqueo tiene su opción; una preponderancia del

mal material sobre el bien de la razón.

Composición dualista humana, no concorde, sino enfrentada animalidad y racionalidad en lucha y oposición y en ella vence, de ordinario, la parte más poderosa que es la más material y con resabios de maldad.

Es una confusión y un desorden como la que vió que gobernaba y dirigía el mundo por dentro, la que gobierna también al hombre en su ser y existir.

El hombre se encuentra en estos cuidados y lejos de ser la causa de aclarar y encontrar su verdadero ser y existir, es la multitud de cuidados que enturbian la existencia humana.

Quevedo piensa en un sueño más; ¿cómo es el hombre, y el hombre concreto por dentro? en el "Discurso de todos los diablos"; los diablos son los tacaños, bergantes, embusteros, perversos y abominables con quien hablo"... y por si hubiera duda, Quevedo desfachatadamente se lo dedica a los mismos que él ve: "todo lo escrito en este discurso habla de vuestras vidas, muertes, costumbres y memorias: no hay que repujar hacia los buenos". (254)

Quevedo no oculta su intención ética, pero lo interesante es, tal vez, más que descubrir aquella, es llegar a su valor filosófico antropológico y, en este caso, con una aproximación posible al existencial "cuidado".

La Ética que propugna no es la que proviene de una ley, aviso, atención o determinación moral particular; es la constitutiva humana de la vida existente entre el cuidado, las costumbres, las memorias y recuerdos de la existencia (255).

No es ningún intento de demostración existencial filosófica, pensar en Quevedo, cómo el hombre procura acercarse al ser interior del hombre, como lleno de cuidados y perplejo por las situaciones complejas que enturbian el río de la existencia.

"Y con ser la casa de suyo confusa, revuelta y desesperada y donde: "nullo est ordo", los demonios no se conocían ni se podían averiguar consigo mismos; los condenados se daban otra vez a los diablos; no había cosa con cosa, todo ardía de chismes, los unos se metían en las penas de los otros". (256)

La existencia, en síntesis, es un albaroto que vacía la mente y el vocabulario de Quevedo, lo que concibe como posibilidad en la existencia del hombre concreto.

Desde el engendrar al nacer: cuidado y trabajo humano sin fin !"Si me han de engendrar bastardo, hay pecado y concierto y paga alcagUeta".

Si he de ser de legítimo matrimonio, ha de haber casamentero y mentiras y dote... "andaré sin saber lo que hago antes de ver, lleno de antojos, para nacer traeré más dolores que el mal francés, saldré revuelto en la sábana de la posada; como quien da madrugón; lloraré porque nací; viviré sin saber qué es vida; empezaré a morir sin saber que es muerte"...

Quevedo no ha acabado; un hombre próximo y concreto, hecho retazo y carne suya, está naciendo y viviendo, su concepto humano está confuso entre esta barahunda de cuidados:

"El sueño, el comer, el beber el nacer de los dientes y el venir de las viruelas y si paso el sarampión"...

Todas y cada una de las etapas llena su letanía el cuidado y la atención. La infancia no se libra; lejos de los encantos, de las gracias y de las dulzuras de la inocencia; veamos como lo ve en sueños, sintética y realmente:

"Y ya mayor voy a la escuela, en invierno, con alambigue por nariz, tomados todos los cabos del cuerpo por sabañones, dos por arrancadas, uno a la qineta en el pico de la nariz, dos convidados a comer y cenar en los zancajos, llamando señor al maestro"... (257)

Frente a una concepción de la entusiasta juventud, dinámi-

ca y hasta divinizada con las luchas y victorias del amor ideal y valor idealizante, Quevedo ve con ojos opacos pero realistas, uraños, lo que también parcialmente es cierto, Con el cuidado ensordecedor:

"Consideraos mancebos, acechados de la lujuria de las mujeres en todas partes y sitiados de su apetito..." !Y, con qué cuidado vital se topa! "¿ahora había de volver yo allá a calzar justo y andar mirándome a la sombra, trotando con los ojos las azoteas y los terrados, suspirando de noche hecho mal agüero, en competencia de las lechuzas, abrigando esquinas, adorando cabellos y dando mi patrimonio por la cuita de un zapato".

¿Llega el hombre a su madurez de perfección o es un perpetuo inexacto en el trabajo de su irse haciendo? Para Quevedo, todavía en el hombre hay que destacar una verdad y es cribirla detenidamente:

!Pues qué, ya hombre, está cargado de cuidados:

"Arrepentimientos y desengaños, empezando a sentir el montón de enfermedades que la mocedad acaudaló, haciendo el noviciado para viejo, mandando entresacar canas al barbero... (258)

Los cuidados no se acaban, antes aumentan cuando el sepulcro se acerca; un como confuso tropel lleva al sepulcro por el camino de la confusión. Quevedo se afianza en su visión. Esgrime su agudeza, moja mejor su pluma y pinta roja y negra una realidad terrible y punzante:

!Pues qué si la vida adrede porfía hasta que uno envejezca y le labra de calavera, con calva de pie de cruz, cáscara de nuez por pellejo, jiba de requiem por muletilla, que vaya llamando a las sepulturas, sueño en pie; espiado de herederos, rondado de responsos; heredad de médicos ocupación de barberos, y alegrón de boticarios, llamándome tío los la-

bradores y aqÜelo los muchachos!".

Los cuidados de la vida le tienen aturdido.

!"La gentecilla que hay en la vida y costumbres"!

He aquí un cuadro de cuidados quevedesco que no tolera y le hace aborrecible la vida.

Le repugan esta ética de toma y queda bien, y él la delata sin tapujos. Pero la señala como cuidados que tiene el hombre por vivir en leyes y costumbres:

"Para ser rico hay que ser ladrón si queréis ser hombre habéis de ser adúlador, mentiroso y entremetido, si quereis medrar, habéis de sufrir y ser infame. Si os queréis casar cornudo, para ser valiente habéis de ser traidor y borracho y blasfemo. Para ser bienquisito habéis de ser mal hablado o pródigo. Si se confiesa es hipócrita; si no se confiesa es hereje. Si es alegre dicen que es bufón; si es triste que es enfadoso". (259)

La confusión es un estado al que llega Quevedo tras estos innumerables cuidados; después de ver al hombre y al mundo por dentro, exclama como harto y más que satisfecho:

"Sea por todas las experiencias mi suceso, pues cuanto más apurado me había de tener... el conocimiento de estas cosas me hallé en poder de la confusión, poseído de la vanidad de tal manera que en la grande población del mundo, perdido ya, corría donde tras la hermosura, me llevaban los ojos y a donde tras la conversación, los amigos de una calle en otra, hecho fábula de todos" (260)

Quevedo se siente cautivo en la cárcel de sí mismo, a pesar de su altivez, grita, se desespera, se abrasa su conciencia de que su existir no es más que prisión que reclama una salida. ¿La huida? ¿La evasión? ¿La aceptación estoica?

"Cuantos plazos la muerte me va dando, prolijidades son que van creciendo porque no acabe de morir penando".



La vida es: prisión, sepulcro, sombra, sueño, ficción, sueño con ribetes de pesadilla infernal, ciega noche, muerte lenta...

Quevedo cae en el pesimismo desesperante o ¿es más bien la desilusión de quien por su sensibilidad, su cultura, su capacidad ética (clara visión ético-conceptual de lo que tendría que ser) no tiene posibilidad de hacerse ilusiones? Por la "impiedad" de la naturaleza con su criatura (hombre) por la malignidad, egoísmo, falsedad con que se encuentra en su apertura...

¿Cuál es su recurso? o ¿es irremediable? ¿El mal es lo propio y el bien es el accidente?

Quizá sea violento para muchas opiniones no admitir el pesimismo de Quevedo, pero visto el conjunto de su pensamiento sobre el hombre empezamos a ver que su pesimismo no es sobre su ser, sino sobre su vida (su vida de viator).

Hemos hablado de la esencial fugacidad de la inconsistencia, fragilidad e incertidumbre de la vida del hombre, pero podrán evadirse al cuidado y a la confusión y serán capaces de alcanzar en el mundo habitable una suerte de plenitud(261). Veamos cuáles son los caminos de esta evasión por lo alto:

Por obra y gracia del recuerdo, el saber que la vida huye, gana una suerte de perennidad y pierde cierto amargor de congoja:

"Cae del cielo la noche, y el cuidado  
presta engañosa paz al sueño frío.  
Pues no te busco yo por ser descanso,  
sino por ser recuerdo de la muerte."

Por el contrario la memoria al testimoniar con el recuerdo hace de lo fugitivo algo permanente y alivia al hombre del cuidado como una "breve" anticipación de perennidad:

"Si de las cosas diversas la memoria

se recuerda, y lo presente y lo pasado  
 juntos la alivian y la dan cuidado,  
 y en ella son confines pena y gloria."

La memoria de lo que fue "asiste" el hombre en su propia  
 invalidez tiene este recurso "sus memorias" para aliviar su  
 situación.

También el placer, la entrega a estímulos placenteros pero  
 su fugitividad es manifiesta solo permite robar, "arrobar",  
 ¿pero cuánto tiempo?. No pasa de ocultarnos, de escondernos de  
 nuestra esencial y ordinaria forma de estar.

"Escondidos estamos de la muerte, tejidos en diversos la-  
 zos."

No pues absolutamente liberados, metidos en un refugio oca-  
 sional, nube que nos oculta un momento de nuestro cuidado. Es  
 un intento de evasión, ¿quizá algo inútil? ¿No creía Quevedo  
 demasiado en esta vía?

La renuncia ascética como salida y superación del cuidado,  
 línea de la visión estoica. Renunciar a todo para retirarse  
 al fondo, a la profundidad del alma. Reduciéndose a lo esen-  
 cial, mirando más al "ens" humano que a la vida del hombre.  
 Librándose de la malicia, renunciando a la ambición y todos  
 sus egoísmos: Desarmarás la mano a los placeres, la malicia a  
 la envidia, a la vida el cuidado.

Quizá la misma palabra lo indica y la suavidad lo corrobora;  
 quizá no es suficiente huida, evasión y libertad pero al  
 menos sí desarma, impiden la tensión, descargan del cuidado.  
 No nos vulnera tan fácilmente, ni nos hiere, ni nos mata.

El mismo amor humano de que hacen alusión tantos poetas  
 del que Quevedo mismo nos dirá:

Después que te conocí  
 Todas las cosas me sobran:  
 el sol para tener día,

abril para tener rosas.

¿Toda la vida puede ser transfigurada por este sol?, el amor que tal hace no puede librar de la muerte, ni del tiempo que aja las flores y obscurece el sol.

¿Cómo lograr la evasión final, completa, duradera?

## 2. La crítica del valor antropológico conseguido por la ciencia y la cultura

Quevedo desconfía y es pesimista en el poder adquisitivo y en el logro humano. No es que no crea en la posibilidad humana; la crítica lo enfrenta con una teoría escolástica del realismo y destruye la posibilidad y capacidad humana de conocer, fácil o gratuitamente concebida. No para hasta llamar infamia del entendimiento y torpeza bestial, y noche por oscuridad en que se ve sumido.

Niega a los sentidos ser portadores de verdad. Tratarlos de mentirosos no es desacreditarlos.

Mienten ciertamente no por su culpa; ni por mentir o engañar, ni ellos mismos dicen en realidad la mentira, pero la ocasionan.

Ni la voluntad es más afortunada en el hombre; en ello se muestra buen heredero de Montaigne e imita su contemporáneo Francisco Sánchez.

Las causas del error y de la incapacidad, con frecuencia son desorbitadas y puestas en la misma debilidad y constitución humana: "Lo que no le cae en gusto a la voluntad, siempre se le hace rodeó al entendimiento".

La forma constitutiva humana, su condición de hombre pecador, sujeto a las pasiones y a los vicios, le desconcierta y le impiden conocer el mundo y a sí mismo.

Quevedo lo afirma del hombre en general y del hombre concreto; pero de éste, en particular, su afirmación es más insistente.

Lo que consigue el hombre es, por una parte, bien poco y, por otra, difícilmente se libra de la ignorancia; la primera aproximación pesimista al ser de las cosas y al ser del hombre en concreto, le produce esa impresión de poquedad y de

apagamiento. Por eso, tal vez, el agudizamiento de Quevedo se da en el sueño. En la privación de los medios naturales, del conocimiento, es cuanto empieza a conocer como si estos medios le estorbarán, como si no creyese en su eficacia, como si la principal realidad y verdad la consiguiese al margen de ellos. Es interesante que él mismo consciente y decididamente lo piensa así y nos confirma en la poca confianza que tiene en su vida corta y penetrante; en su buen oído y en su mucha imaginación y cultura. Aunque en realidad de verdad (la consiguiese) en quien no confía es en sus posibilidades de llegar a la verdad del hombre común, concreto, con los medios comunes concretos, por eso se entrega al sueño. No es su única intención, pero queda claro que sólo así llega a la verdad.

Empieza el sueño del juicio final y dice:

Al conde de Lemos presidente de las Indias. A manos de V. E. van estas desnudas verdades que buscan no quien las vista, sino quien las consienta, que a tal tiempo hemos venido, que con ser tan sumo bien, hemos de rogar con él. (262)

Quevedo empieza el sueño del infierno de semejante manera: librándose de los sentidos y posibilidades de conocimiento, cultura y verdad y así llega el hombre al mundo de la verdad. En este sentido, esta afirmación tiene fuerte validez:

"Yo, que en el Juicio vi tantas cosas y en el del "Alguacil endemoniado" oí parte de lo que no había visto, como sé que los sueños, los más de las veces son burla de la fantasía y ocio del alma, y que el diablo nunca dejó verdad, por no tener noticia de las cosas que justamente las esconde Dios; guiado del ángel de mi guarda, lo que se sigue por particular Providencia de Dios"... (263)

Con esto ya puede comenzar a describir, a saber ver cosas poéticas y a entender, cual otro Dante, de descripciones maravillosas.

"Helléme en un lugar favorecido de la naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenía la vista, (muda recreación y sin respuesta humana), platicaban las fuentes entre las quijas y los árboles por las hojas; tal vez cantaba el pájaro". (264)

Pero no faltan lugares en los que directamente se burla de la ignorancia, del poco llegar a ser del hombre y de su poco saber; el texto es por demás agudo y chispeante; todos caben en él y él mismo no se excluye en su pretensión: "Es cosa averiguada, así lo siente Metrodoro de Chío y otros muchos que no se sabe nada y todos son iguales, y aún esto no se sabe cierto, que a sabersé ya se supiera algo:

"En el mundo hay algunos que no saben nada y estudian para saber, y estos tienen buenos deseos y vanos ejercicios: porque al cabo sólo les sirve el estudio del conocer cómo toda la verdad la siguen ignorando...

Quevedo intenta de nuevo una reducción estoica, una prueba más para (265) encontrar un camino esencial y corto, absolutamente corto para ahorrarse en lo absoluto y definitivo; tal vez se olvida consciente e inconscientemente que desde los primeros escritos de la comunidad cristiana, se ve la necesidad práctica y concreta de insertarse en la cultura y en las exigencias de la vida diaria. Para Quevedo, como era para los primeros cristianos, la necesidad no era del todo obvia pues al presentarse con un mensaje escatológico, ¿no podría prescindir de las formulaciones de la cultura y de las unidades culturales menores: familia, nación, etc.?

La solución cristiana primitiva, y de la Iglesia de todos los tiempos, es que las posibilidades de la ética no pueden reducirse a las expresiones formularias de ninguna época ni lugar, sino que las abarca a todas y es lo suficientemente flexible para superarlas, para poderse expresar mejor, pero

además en definitiva, es que la religión no pueden encerrarse en la ética.

Quevedo tiene planteados el problema desde otro ángulo mucho más sencillo, la deficiencia humana no se puede solucionar con la cultura, su limitación y necesidad no se posibilita tan más que muy levemente y desde luego no pueden abogar sino equivocadamente por soluciones definitivas.

Quevedo llega a la declaración de las pocas posibilidades humanas; sin embargo lo dice:

"Restá desengañarte del estudio vano y de la presunción de la ciencia, y enseñarte cómo es ninguna tu sabiduría, y ninguna cosa es más verdadera de las dichas, ni más clara, ni más dificultosa de tu propia estimación donde tienes las raíces.

Lástima tengo a la niñez que gastas en estudios menos provechosos que los juguetes y dijes, porque estos divierten y entretienen; y aquellos persuaden a los que después no admiten sin gran dificultad y desengaño" (266).

Sus burlas del dinero quedan atrás, la sabiduría del hombre sabio es menos que el dinero, "como no la hay, sólo se funda en la presunción". "Toda nuestra sabiduría es presunción acreditada por la ignorancia de los otros". Los unos se engañan a los otros y se contentan con encontrar a otros más ignorantes. Quevedo piensa más en el hombre concreto que en el universal abstracto, modélico, inexistente.

"Que soberbio está el gramático con la inteligencia literal de las voces, que ni sabe lo que significan ni conoce el uso propio de ellas en las lenguas peregrinas... siendo verdad que la propia, que naturaleza le enseñó, no lo sabe y que no puede hablar ni escribir en ella sin reprehensión". (267)

Quevedo ve al hombre como una tarea "ad extra", pobre, sin liberación posible, sólo le queda un camino:

#### 2.2.4. LA AUTOSUPERACION

A pesar de todo Quevedo ha sabido terminar: no ha dejado al hombre solo y únicamente en ésta su mísera condición y su precaria situación de pobreza y cuidado en la existencia diaria y concreta.

Su concepción, pesimístico-dualista hace por otra parte que deje al menos un camino abierto a la posibilidad y la salvación: por una transcendencia. Se puede encontrar en su obra un progresivo superar las crisis de la vida y los cuidados. Más aún, Quevedo puede hablar con propiedad de un camino más difícil y penoso, pero no por eso ignorado e inédito: la autosuperación. Sus situaciones personales en la vida política y ordinaria, le dieron ocasión de ejecutar este difícil arte.

Sus cuidados perpetuos de pleiteista empedernido le acostumbraron a la lucha. Los maestros de su espíritu le enseñaron esta difícil ciencia. El mismo los declara abogados protectores y maestros. Job, Séneca, Epícteto, S. Agustín, S. Pablo, S. Francisco de Sales... (268)

Desarraigar el cuidado y solucionar las crisis fueron ocupaciones fuertemente emprendidas en sus obras serias y en sus años difíciles.

En la justificación y superación de sus ascetismos, veremos que tiene también distinta motivación.

El hombre tiene que triunfar, piensa Quevedo, incluso de sí mismo, pues la mayor miseria que le puede suceder es que se pierda en su propia miseria y confusión; que llegue a identificarse con la falsedad, sin poder nunca desengañarse con la verdad.

Hay un ejercicio ascético de salida de sí mismo, para llegar a la luz de la verdad reconocida.

Quevedo no tiene que arrepentirse de haber encontrado al



hombre en este estado de postración, en su situación miserable y su confusión ingénita, en su ser mismo. Es una postura difícil pero sincera y mantenida. No es sin embargo la definitiva. Tiene que elaborar una superación gnoseológica que con arrebató y desparpajo trazó al principio.

Quevedo ha reservado en su afirmación posibilidades; no se ha cortado la retirada; un camino abierto introduce en una superación. Tiene una posibilidad de confusión, tiene una posibilidad de elevación; la primera es en apoyo material y sensible constitutivo, la segunda es el comienzo de la demostración de su alma inmortal: "Esto te han de enseñar en tí propio, a tí, las operaciones que por ser espirituales, forzosamente han de ser del espíritu y no de la carne. Son estas: pensamientos, imaginaciones y deseos; a cuyos actos concurren magistralmente: memoria entendimiento y voluntad, potencias principales del alma que por ser actos del cuerpo físico y orgánico o se detiene y embaraza en su turbada disposición o se difunde y explana por el bien concorde capaz de su armonía". (269)

Pero esta superación o escalada humana de progreso, no es camino fácil. No se alcanza fácilmente la perfección, es largo y penoso. Tan claramente se reconoce que el defecto es de los cuerpos en su composición; que el mismo cuerpo anhela ser alma.

Hemos visto a Quevedo describir, en una especie de "catábasis", el derrotero de los cuidados en que se subsume el hombre con su realidad cruel y mísera, minuciosamente y paso a paso hasta su vejez y su tumba, es en su aspecto animalidad en su dualismo y en su composición del ser, en su parte más baja, pero Quevedo en la racionalidad humana ve, con palabras de Juvenal, (270), como capaces "de tener ingenios dignos de veneración, capaces de cosas divinas, hábiles para

aprender y ejercitar las artes y este ingenio es como enviado del cielo" (271), y apoyándose en la demostración aristotélica, fundamenta nuestra posibilidad de los conocimientos universales: "cuanto el alma animando el cuerpo entiende, no sólo las cosas corporales en particular, sino que las universales con las causas d'ellas; y esta inteligencia es cuya y en sí, y espiritual; y por simple y no compuesta de materia y forma, incorruptible d'ella, y por sí existente y no deducida de la potencia de la materia". (272)

Quevedo ve posible aunque difícil esta superación; la primera parte del libro: Providencia de Dios, la titula exactamente: "Providencia de Dios padecida de los que la niegan y gozada de los que la confiesan", en ella propone, con una argumentación decidida, la inmortalidad del alma.

Las razones que él mismo da son las que nos impulsan a poder afirmar que hay tres pasos que ha seguido Quevedo con seguridad, para su superación humana-ética de la vida en sus diversas crisis y situaciones. (273)

Hay una sentencia de Quevedo, expresiva, destilación agustiniana de lo más limpio: "¡Oh Señor! ¿cuándo estaremos contentos? ¡siempre desestimando lo que nos sobra, siempre anhelando lo que nos falta!" Como S. Agustín pensaba que la verdad principal es la que enseña de dentro. El noble: "Non ire foras" prendió fuerte en su interior. La vida entera es breve para iluminarlo y comprenderlo. Lo más importante es que, para D. Francisco, se convirtió en el primer escalón del superarse a sí mismo: El conocimiento que tiene de sí.

Pero en segundo lugar, hay en Quevedo un segundo apoyo para la superación. El esfuerzo constante y decidido para sobreponerse a las infinitas fragilidades y a las inestabilidades. Quevedo se acrece ante las dificultades. Tuvo fácil materia en su vida y las fué superando: En "la virtud militan-

te", cuando habla del tercer fantasma, el desprecio, con un sentido cristiano: "Seamos despreciados no despreciadores de los otros; y no sólo no aborrezcamos a los que nos desprecian, antes los miremos con el afecto que el enfermo a la medicina . preservativa de todas sus dolencias". (274)

Hay una tercera razón y mejor, un apoyo mayor y demostrable con más amplios textos. Quevedo superó su pesimismo y las miserias que vió en el hombre concreto, por su fe cristiana en la Providencia Divina.

Cuando Quevedo poseyó esta poderosa fuerza de transcendencia, se le abre un mundo nuevo en sus obras morales y religiosas, se despacha a sus anchas con las verdades de la Religión, siempre con medida y profundidad. Lo dice de Torcuato Tarso, pero es aplicable a sí mismo: "Permítanme discurrir como filósofo creyendo como cristiano. Pudiera discurrir mejor como cristiano filósofo, y ennobleciera mejor y más su tratado, la verdad que Platón; si tomara el consejo de Aristóteles: "Amigo Platón, empero, la verdad más amiga". (275)

Esta fe demostrada con una obra tan contundente como "Virtud militante" y "La Providencia de Dios" y las obras ascéticas, que, como veremos, apuntan a una virtud progresiva, son para Quevedo mejores motivaciones que las que saca de su fuerza y energía: "Estimemos, señor Manuel el desprecio con ansia de que cada día se aumente.

!Dichoso aquel a quien hallare la cuenta del postrero día solo estimador de su desprecio mismo! Bienaventurado aquél a quien el mundo despreciare porque el mundo despreció; que no deja algo que sea precioso en el mundo, que no ha gastado su estimación en otros bienes que en aquellos que nos causó por quarecer nuestros males aquel Señor de quien se dijo "que se apocó a sí mismo recibiendo forma de siervo". (276)

Parece, como si arrepentido de su escala descendente al

horror y la miseria de cada hombre, quisiera proponerle la inversa, superadora "anábasis", para llegar a la madurez.

"No te visté engendrar, dice, concebir ni nacer: de aquí procede que la naturaleza le atribuyes todo tu ser; a la fortuna y al acaso, todos sus sucesos; y a Dios, nada" (277)

Entonces como réplica y detenidamente va proponiendo los pasos de menos a más: Quiero escribir los secretos de tu for mación... "de forzosos ingredientes de muerte, en la oficina de las venas y arterias, hierves informe enbrión aún para imaginado desaparecible, luego que los días disponen esta ma teria con órganos capaces para el alma, Dios se la infunde y empieza a vivir y a proporcionarse y ennoblecerse hasta mo-verse y demostrar la perfección que ha adquirido con la pose sión del espíritu". (278)

En el parto no está diferente de los otros animales vegetativos y sensitivos, no usa de la razón, no porque no la tenga sino por que no tiene órganos capaces de este uso. En la tardanza se reconoce la dignidad de lo racional a lo vege tativo, pues quiere su ejercicio más estudiosa disposición de la naturaleza. Después empieza a ser juguete entretenido dos veces hermoso, por la vida nueva que estrena y por la re comendación de la inocencia que agracia sus juguetes. Para los primeros siete años y empieza a resplandecer como en cen tellas la lumbré del entendimiento; y poco a poco se va dila tando como llama espléndida o atizada de la imitación útilmente envidiosa o fomentada a soplos con las palabras del maestro, o asistida de la atención propia.

Mírale hombre y considera la armonía de aquel vivo edificio, admirando en cuán poco bulto se ven epilogados el superior e inferior orbe, abreviados sin ofensa de su dignidad, menos espaciosos, no menos cultos. (278.a)

La pluma de Quevedo se desborda desde esta línea y raya

lo poético con lo culto y lo ingenioso, con lo vasto de su saber. "El ha escudriñado los claustros del cielo, acechado los callados pasos de sus luces, desenvuelto los senos de la tierra y sus entrañas. Juntó con un leño las infinitamente distantes orillas, burló las amenazas de las borrascas; sirvióse de las amenazas del viento; halló en la piedra imán los amores con el norte, los animales le sirven como esclavos y la majestad de los elementos no ha podido exentarse de su imperio. (279)

Otros, puestos en el trance, confiarán en su razón y buscarán los mejores caminos para conducirla bien; Quevedo, desengañado, escarmentado, pero no desesperado, se entrega a una sola seguridad, secreta seguridad, una sobre-racional-esperanza:

"Y solo en la esperanza me confío" La vida del hombre, el hombre mismo es; incertidumbre, angustiosa y colisión permanente con las realidades, con los sueños, cuidados, pero todos pueden superarse, con una autosuperación, al hacer pie en el terreno firme y no dudoso de la esperanza. (280)

## 2.2.5 REALIDAD Y PLURALISMO DE LAS COSAS PARA EL SENTIDO ETICO

Decía Montaigne: "Se deben quitar las máscaras a las cosas lo mismo que a los hombres"; fue una pretensión de D. Francisco constante y decidida: llegar a la realidad del mundo, llegar a la realidad del hombre, a la de las cosas, hasta tocarlas y punzarlas en sus manos, no un mantenerse fuera y contentarse con verlas y acariciarlas.

Quevedo se acerca tanto que se reviste de las cosas que toca. Nadie le podrá decir: Quevedo no sabe de qué se trata. El ver interior le descubre un panorama de las cosas en su verdad.

Las cosas que no se valoran por lo que ellas pueden ser en sí mismas sino por su aparecer. No se trata de un problema kantiano adelantado, sino de una valoración ética de la realidad. Cuando dentro tienen un interés, las cosas, aunque sea pequeño, momentáneo y fugaz goce, pueden ser bellas, efímeras, para circunstanciar la verdad, como elementos espacio-temporales o documentos testigos.

Quevedo se ha guardado la retirada; para mejor disculpar su atrevimiento, entra a saco en las cosas y las descubre en la nocturnidad y en la osadía del sueño.

Quevedo entra en las realidades crudas de la vida picaresca, protegido por el ambiente, pero su osadía no para ahí; es que tiene algo que decirnos y en otra forma hubiese sido imposible; no lo hubiésemos aguantado, nos hubiésemos rebelado o enfurecido. Quevedo tiene experiencias de sus pretensiones para usar estas tretas.

Sabe de contiendas, pleitos y cárceles, para no estar escarmentado en estas lides. La solución es ésta: ver el interior y descubrirlo con tranquilidad.

Hay una verdadera rebelión de las cosas en el interior de

Quevedo que se transforma en revelación; cosas que hasta el Buscón y los Sueños no habían entrado, ocupan su lugar y reclaman su atención y comprensión, como reclama atención, a su modo, el pícaro trotamundos, buscador de vidas.

Frente a una perfección ordenada de conjunto armonioso o exposición bella, delicada, las cosas son diferentes sencillamente y no se afanan de tener cualidades, ni pretenden que las llamemos por otros nombres y que las adornemos, pero quieren deshacerse de su perpetua injuria de no ser notadas.

Seguirán llamándose además: privada, necesaria, orinal o berengena, pero se alegrarán de haber servido de algo en el mundillo cómico de los seres, para representar una situación y una existencia.

Quevedo hace enfoques parciales, a estilo Greco en el cuadro del "Entierro del Conde Orgaz", y saca a vida y color los detalles y las cosas más inverosímiles. Ellas disfrutan con la luz y la gracia o desgracia que les ha cabido, pero ocupan un puesto en el cuadro, y esa es su venganza.

Cojamos pacientemente una página cualquiera del "Buscón". Capítulo V, libro I y reparemos en las cosas que salen a luz con su realismo palpitante:

Hiede a Lázaros sin resucitar,	manos a las narices,
camas,	hato,
la patente (la contribución	echar de sus estómagos,
de novato),	darme de pescozones,
entre dos colchones,	aceite,
como tortuga,	tener sarna,
dos docenas de reales	andar manchando y
negra capa,	padecer hambre,
cuatro o seis trapazos,	escalera
entró en su general,	bellacaería,

repelones,	pañizuelo,
perro cogido entre puertas,	látigo,
galgo con calambre,	corredor,
las mayores harices	avisón Pablos, alerta,
en paso de Semana Santa,	darne vaya,
maroma,	espaldas,

No es lo técnico ni rebuscado sólo, ni la avaricia en el uso especial de los términos, las palabras y las cosas cobran realidad que no es lírica o sonora, sino existencial. Están viviendo una realidad colocada en dificultad, en prisión. Difícilmente cabe otro hombre ni más justo ni más adaptado a la circunstancia, y por eso, ni más exacto ni más vivo.

No es ésta, sin embargo, la única y unitaria pretensión de Quevedo. Quevedo, pluralista y complejo, se aviene mal a cerrarse caminos por un simple estilo o forma, como veremos más adelante. Pero Quevedo tiene otro campo inmenso de producción, donde muestra esta ansia de realidad y de autenticidad, que no le favorece por el estilo o la desgana o el genio burlesco oculto en sus ojos miopes; la poesía de Quevedo acusa una realidad constante, no un "como sí" (281).

Llega, con frecuencia, a plantearse la cuestión de la posible realidad de lo que dice, de lo que cree, de lo que espera. Responde con su verso, expresión de autenticidad en la fe y en el amor. Significa más su poesía que lo que enuncia. Una realidad superior a la expresión misma. El medio empobrecido por una cristalización poco dúctil, a pesar de estar en manos hábiles.

Las cosas son usadas como revelación de su interioridad, de su verdad. En el soneto 291 es el fuego el elemento revelador de la verdad, pero tal vez le parece poco artístico solo y le considera en su máxima expresión el Etna ardiente:



Mas como en alta nieve ardo encendido  
soy Encelado vivo y Etna amante  
y ardiente imitación de ti en el mundo. (282)

En el soneto a Flora, sobre la brevedad de la hermosura hace hablar a las cosas y expresarse en su realidad: la moedad del año, la ambiciosa vergüenza del jardín, el encarnado oloroso rubí; Tiro abreviado, ostentación lozana de la rosa, deidad del campo, estrella del cercado, el almendro nevado.

La primavera y los rojos colores, el rubí que es como una púrpura de Tiro. La rosa y el almendro muestran su hermosura, caduca por estas realidades. La presión de los adjetivos muestran la empeñosa voluntad de dar a luz realidades superiores, no porque la realidad es superior.

El río,	por voraz llama abrasado y
el arroyo,	más y más cosas,
la flor,	puede ser el amor real
el volcán,	en Quevedo,
el clavel,	porque el amor es grande,
el Vesubio, o el Etna,	variado,
fuego,	divino,
llama,	porque las cosas tienen
tizón encendido de	una realidad aproximativa
pino o roble	y reveladora.

A veces la realidad se amontona, por querer manifestar algo grande e importante:

Disparatado esmeril que corta y hiere, toro herido, enfurecido y peligroso, fuego suelto e incontrolado, osa que los hijuelos le han robado, rayo fulminante de pardas nubes, la serpiente o aspid con el pie oprimido, león suelto de sus prisiones, caballo alado y sin freno, águila que su nido han profanado, espada loca, pedernal que arde, pólvora encendida, villano rico con poder tirano, vívora, cocodrilo, caimán fiero.

Resulta, tal vez, demasiado cómodo aplicar a Quevedo el molde ideal y sintético barroco. Este se mezcla por superposiciones y confusiones; las alternativas y las idealidades; Quevedo las tiene que tener y hay que buscárselas; y acaso se las encontremos. Tiene dualismos o mejor, pluralismos y complejidades en sí que proyecta en las cosas, es verdad; pero contentarse con eso es hacer solo uno de los posibles ensayos y estudios y no el mejor ni definitivo. D. Francisco posee complejidad, riqueza y profundidad, para ser un lírico popular y un heróico descriptor romancero. Tiene poder su pluma de llegar a las cosas por de fuera y llegar a las cosas por dentro. Puede ser idealista... y puede ser popular, porque no desconoce al pueblo y sus costumbres y cosas; pero no es popular lachero y su proximidad a lo real no le viene por lo vulgar o grosero, sino por una superación por haber traspasado las cosas.

Si nos empeñamos, podemos encontrar en Quevedo el amor, tratado sólo por el lado cortesano petrarquista, y las mayores y mejores relumbrantes realizaciones. Un amor platónico y una descripción idealista deslumbrante, pero no es la mejor manera de entender la poesía amorosa, y menos la metafísica y religiosa, como veremos. No es que escape a la ley universal de pagar tributo a su tiempo, pero es necesario no concebir a priori el marco para el cuadro auténtico que es Quevedo, superando cualquier molde.

A Aminta le llama sol y estrellas los desperdicios de su fuego. Una vez le encontramos con una expresión centelleante: "relámpagos de risas carmesíes", pero también pueden convertirse en: "jeta comedora"; pero sacar una ley por estos contrastes, puede ser traicionar la realidad conjunta.

Mejor es encontrar en Quevedo una posibilidad mayor, que la de estar fuera de las cosas y dominarlas.

Su realismo es la autenticidad que sólo lo manifiesta en su conjunto, no en particular. Supera con tanta facilidad cualquier límite que es ocioso oponerse. Su poder creador, su brío y su dinamismo afrollador no se puede encerrar en su mismo estilo. Por encima, por debajo, traspasa las cosas porque las supera, no porque las somete.

Quevedo, pues, no puede ser catalogado con un molde fácil y mono-línea; ni es bastante con llamarle realista en el sentido de maestro descubridor de la verdad real de las cosas y la expresión de su autenticidad interior. Quevedo es un pluralista dimensional y situacional frente a las cosas, en la que la tonalidad verbal puede incluso traicionar si se hace excesivo caso de ella.

Dámaso Alonso, gran analista de la poesía, ve en Quevedo una dimensión más profunda, que una clasificación superficial no puede hallar.

Veamos la valorización intensa que da a las cosas en este soneto a Aminta; es un sol ardiente, cuando está presente, tendría que ser como el sol, luz y alegría aún estando ausente:

Sol	Pues eres sol, aprende a ser ausente
día	Del sol que aprende en ti luz y alegría;
mar	¿No viste ayer agonizar al día
oro ardiente,	y apagar en el mar el oro ardiente?
aire	
adormecido,	Luego se ennegreció, mustio y doliente,
mustio,	el aire adormecido en sombra fría;
doliente,	luego la noche en cuanta luz ardía,
sombra fría	tantos consuelos encendió al Oriente.

.....

La poesía quevedesca tiene un desgarrón afectivo (283).

Tiene una terrible realidad; la poesía como el punto donde

se efectúa la ligación entre el concepto y su correspondencia fonética, en la basculante disposición y enfrentamiento, para D. Alonso vencería la terrible realidad de lo significado. La realidad de Quevedo es plural, no sólo deformante, no sólo burlesca, sino también, aguda y penetrante, audaz y ardorosa, transformante y transparente.

Lo humano, lo poético, lo enérgico y lo profundo de su pensamiento se han dado cita para hacer un conjunto armonioso y vibrante.

Lope o Cervantes describen, pongamos por caso, un caballo. En sus manos se transforma fácilmente en un supercaballo. Nos hacemos la idea que no lo es y lo dibujamos a su altura pobre y deforme. El caballo que nos describa Quevedo no es un infrecaballo, puede ser una negación entera del animal (284).

¿Hay una deformación nihilista escarmentada, que rebaja o eleva, traspasa y trasciende, por superación, no por ignorancia?

¿Una voluntaria confusión entre las cosas y el mundo en que se desenvuelve?. Quevedo está en medio de la multitud de cosas desordenadas que hay en su derredor, haciéndose una más, en un doble juego de aproximación y alejamiento. Como satélites giran y giran a su alrededor y él es una más que, por penetrarlas afectivamente, se les acerca tanto, que sólo cosificándose puede llegar a una tal comprensión. Por otra parte, en su dimensión pluralista, se aleja, después de haberse acercado tanto y, en varias posibilidades, muestra su superioridad.

Pero Quevedo sabe muy bien hasta donde pueden llegar las cosas; qué satisfacer; cuál su alcance. Quevedo no se contenta con verlas por dentro y llegar a su coseidad; después de roto su caparazón y sacado su verdad tiene una posición diferente y extraordinariamente ingeniosa, original, cristiana y

trascendente, como veremos.

El destino moralizante es básico y sustentante, pero la realidad filosófica existencial frente a las cosas no es menos palpable. Con frecuencia, sin embargo, se da una posibilidad nueva y casi original en Quevedo.

Lo ético y lo didáctico es como la fuerza que trata de seguir y vencer, pero por contraste y realismo lo instintivo vence en el picaresco Quevedo. Se le escapa con una burla sonora y sarcástica a veces.

¿Hay un aspecto goyesco y macabro en la visión realista de D. Francisco, que parece fuente de inspiración del pintor de Fuentetodos?

¿Es una consecuencia y una desembocadura de su realismo?

El querer ver las cosas como son, el desenfado y altivez de negarse o coincidir con lo hipócrita, amanerado o mentiroso, le hace llegar, por contraste, didáctico-ético, a esta situación.

Lira Urquieta, encuentra en las circunstancias coincidentes de la vida de ambos cortesanos, Goya y Quevedo, el origen de su realismo desgarrado:

"El haber vivido los dos en la corte y el ser ambos altivos, su actitud impecable frente a la hipocresía..." (285) los provocan su aguda visión real.

Al pintor de la corte no le importan las bandas, sedas, cruces y encajes; su malicia sabe fijar implacable la imbecilidad, aunque sea en un rostro principesco. Goya huye de la vida engolada y postiza y cuando se desata su fantasía y proyecta en blanco y negro, ¡Qué realismo tan macabro pero sincera descripción, de lo que quería plasmar del mundo y del hombre y de las cosas. (286)

Quevedo se reirá "de los cuellos en sal, de puro tiesos y de los gargueros con registros" (287), aunque están en el cue

llo del Conde Duque y sentencioso y terrible apunta con el dedo o encarcela (288).

Ni es exacto que Goya se quisiera divertir con sus aquarelles, ni menos que Quevedo quisiera manifestar otra visión que la real, aunque burlesca y descuartizada de lo engolado de su mundo.

Parezcan a ser juzgados  
en viva carne y en güeros  
todo cigüeño gaxnate  
y con corcova camello (288a)

Para mejor entender a Quevedo bastaría comprender este romance satírico:

"Introducción y documentos para el noviciado en la corte"(288b)

Nada de lo que te llevas vale ni te ha de servir, en la corte necesitas otras cosas muy diferentes a las naturales: ni talle, ni pies, ni dientes, ni manos; no muestres dulce mirar, ni tus gracias necesitas.

En la Corte se vence y triunfa por: cantidad de moneda; "la mejor facción del hombre, es la bolsa grande y llena". La mentira y el suterfugio, el adorno y el engaño; el ofrecer y el recibir sin dar. Las cosas ya no son más que lo contrario de lo que quieren decir: "Tienen mil cosas de nuncios", y no son lo que las cosas que les anuncian sino lo contrario.

Es cierto que en las páginas de D. Francisco no se puede hablar de verdades totales, en cada uno de sus capítulos; la verdad social, la verdad real, la verdad humana son verdades particulares. El pícaro Don Pablos y sus creaciones somníferas ven la verdad desde un ángulo especial; el poeta metafísico, religioso y didáctico desde otro. Si hemos de hacer caso a su conjunto, D. Francisco vió la verdad desde dentro en todas las direcciones, que su obra tiene un valor de análisis imponderable. Tan cierta es la afirmación de L. Pfandl: "Quevedo

do escribió solo durmiendo, más que otros velando" (289) Y en un párrafo largo y enjundioso, el hispanófilo se despacha sin dificultad sobre D. Francisco y sintetiza nuestra afirmación:

"Quevedo es un pensador, un investigador de la vida y de las costumbres de su tiempo. El carácter y el espíritu de su siglo, la época política de la España floreciente que venía a menos en la vida de los Absburgo", todo cae bajo su realismo, bajo su gran idealismo y pluralidad para analizarlo con el espíritu barroco y su potencia intuitiva de microscopio. Bajo este fuego arden lenta y calladamente el ímpetu extraviado, la indiferencia estoica, el agudo don de la observación y el complacerse cínico de la mofa más amarga". (290)

El camino recorrido en la obra de Quevedo en su visión interna de las cosas es largo y variado.

Desde el descubrir del observador penetrante que se da cuenta de las profundidades de la realidad auténtica a la visión barroca de la realidad amarga que tiende a un nihilismo. La realidad se estiliza y camina de lo real a lo trascendental, a lo irreal, pasando por el camino de lo burlesco.

Quevedo se definió a sí mismo como hijo de algo y fue, según L. Pfandl "hombre de muchas fuerzas y otras tantas flaquezas" (291)

Su facilidad para la burla amarga viene dada por una serie de causas.

Quevedo llega a una postura exagerada e irreal por una idea de autenticidad. Quevedo necesita lo burlesco como salida y como pago a su temperamento y a su tiempo. Era la manera posible de decirlo que sentía, con dolor, la realidad que le dolía.

Una sociedad de contrastes y mezclas ridículamente moralizantes e inmorales (292).

Quevedo, "se tuvo" que reír grotescamente, burlescamente,

de las cosas que veía en una sociedad bastarda. Quevedo fue un fiel retratista del mundo donde vivió; su facilidad para la burla, su risa amargamente malévola, facilitada, decolorada por los conocimientos de las clases sociales, de los deslices y defectos del gobierno y la administración, le hacen el enlace natural de los extremos más discordes.

La realidad jerarquizada alrededor de la nobleza, la divinidad, la belleza, la mujer perfecta, el varón noble y fuerte. Las cosas concéntricamente iban subiendo y perdiendo su carácter obscuro y adquirirían divinidad también.

Díaz Plaja en: "Espíritu del Barroco" (293) estudia el cambio producido en la observación de la realidad por los pintores. La aproximación glosa las cosas que pasan a un primer plano, producida por la retina del pintor. Ellas también son interesantes aunque sórdidas, decoloradas, disformes.

Quevedo, a medio camino entre la sonrisa tétricamente burlesca de Voltaire y la acariciadora mano suave de Dante, se burla más glaciosamente que el primero y tiene más real y próximas las cosas que el renacentista. No es su actitud de burla, fruto de una vacilación, es una seguridad la que atiende y sostiene las cosas que le corresponden.

Si hemos dicho que las cosas se revelan, están como agradecidas a quien les ha permitido manifestarse y reivindicar.

El temple de ánimo quevedesco nos sorprende ante nosotros mismos y nos hace colocar frente a frente ante las cosas, para ver nuestros secretos, profundidades, ante la situación que tenemos y que guardamos. Así D. Francisco ayudó a ver la verdadera realidad del ser a muchos, quienes huían de este afrontamiento.



### 2.3 HACIA UNA TRASCENDENCIA DE LA REALIDAD Y DE LA VIDA

Blanchet piensa en Quevedo como el desesperado de la vida por sus duras lecciones, y compara su talante al de un romántico adelantado. Habla de "hiel, rabia y desesperación amarga, risa de Larra y de Byron", (294) frente a la sonrisa benévola por contraste, de Cervantes, Horacio o Manzoni.

Y es verdad que ya no se puede pensar y sonreír como Horacio ni acariciar como Cervantes; recurriendo de nuevo a los textos y las confirmaciones encontramos un abismo en el mismo soñar desengaños, según sea un tema del Quijote o sean sueños de D. Francisco. Sancho, cumplido el sueño de su vida: ser gobernador, regresa con las alforjas llenas de desengaños, pero Cervantes le pone una sonrisa y una mueca y una gracia en el decir, que disipan toda amargura.

Sueña don Francisco y hay terribles desengaños ético-morales: ahí la vida, ahí el mundo, ahí todo en refriega con una gran elevación trascendente, pero con un poco de angustia y miedo de que en realidad pueda ser así.

La avaricia de palabras y el trato afectivo de las cosas, hasta penetrarlas y poseerlas, no para siempre, sino para trascenderlas. Es un goce desesperadamente agudo porque tiene sabor de postrimería. Es una gesticulación angustiosa siempre con clara conciencia de los valores existenciales absolutos. El hombre hostigado por el problema de la existencia, y perdidas las fronteras, continúa sin embargo aferrado a ella.

Quevedo se enfrenta al mundo de las cosas sin tenerle miedo, pero sin mirarle como fin último. Las cosas aspiran a la inmortalidad y que las saque de su rincón; quieren tener novelador y puesto en el mundo, Quevedo abre la posibilidad de entrada, pero no hay conformación ni ductilidad.

Las cosas son todavía materia rebelde que no acepta esta

forma. Hay una brevedad hostil de la frase frente a una armoniosa disposición de la forma cervantina, por ejemplo. Como por temor de pararse en ellas, salta y revuelve en todas sin quedarse con ninguna. Personajes y cosas aparecen yuxtapuestos sin subordinación jerárquica, sin comunicación, como quien los ensarta en líneas sin mirarse y relacionarse unos con otros.

En "El libro de todas las cosas" se da esta observación con toda exactitud: "Para ser caballero o hidalgo, aunque seas judío y moro; haz mala letra, habla despacio y recio, anda a caballo, bebe mucho y no te conozcan..." (295) Un día sale por la calle, máquina en bandolera y objetivo agudo, o con sus ojos mibpés. Y he aquí lo que fotografió:

- Un hombre que tiene cabello ensortijado, negro y recio. Dará más que hacer a los barberos y, si cría piojos, se rascarán la cabeza.
  - Un calvo, si es barbero, le reluce el casco y parece su cara cabeza con el pelo y sus cabezas caras sin él.
  - Un hombre de frente chica y arrugada parece mono y ridículo para los que le vieren.
  - El de narices meñiques y romas, tan pequeñas que apenas las puede hallar en la cara el mal olor.
  - Boca grande, de oreja a oreja; boca pequeña y fruncida que hace hocico de hurón y parece oído.
  - Boca en almíbar con humedad de balsa que habla con perdigones y razona con zumo...
  - Mujer con cara podrida como olla,  
mujer tarasca, delincuente de cara,  
revesada de ojos, gótica de nariz,  
viejas en duda,  
bizcos que son tuertos en duda... (296)
- Todo cosificado, en un primer plano, que impresiona y hu

ye. Quevedo fusila, apuntando y disparando instantáneas y de jando muerto y parado el objetivo y cosa; lo que podría tener vida y animación optimista, en otro diferente de D. Francisco.

Hablando de un borracho: "Tiene los ojos por vendimias"; de uno de brazos largos, que "tiene por brazos palas". De un hombre zurdo, que "sabe poco, porque aún no sabe cuál es su derecha y es gente de mala manera, porque no hace cosa a dere chas". "Al hombre corcovado, juez, por mal inclinado porque todo lo duda con la corcova".

Podría creerse en Quevedo, divertido pasatiempo u holganza de su imaginación, por las calles de Madrid "despreocupado". Sin manía existencialista se tiene que concluir, en Dn. fran cisco, como el hombre que vive preocupado y en discordia con las cosas. Quevedo les concede realidad pero no se queda en ella, la trasciende por superación, no se deja agarrar por las cosas, pero les da valor, un valor de "realidad". Cuando termina su sueño del "Juicio Final", que ha dedicado al Conde Lemos (297), le dice unas reflexivas sentenciosas palabras, y al Marqués de Villamediana: "Vuesa señoría lea esto con curio sidad y atención, y no mire a quien lo dijo: que Herodes pro fetizó, y por la boca de una sierpe de piedra sale un caño de agua, en la quijada de un león hay miel, y el salmo dice que a veces recibimos salud de nuestros enemigos y de mano de aque llos que nos aborrecen".

La superación se transforma en elevación y la trascendencia es espera y esperanza. Por aquí Quevedo trasciende la realidad y trasciende la vida. Para comprender a D. Francisco no hay que olvidar un principio ético indispensable: el teleológico por mejor decir, lo escatológico.

La visión del fin es motivo de trascendencia de la realidad y de la vida. Quevedo pudo afirmar: "Se ve mejor lo que se cree a persuasión de la razón, que lo que se mira con los

ojos en las cosas mismas que se ven con ellos" (298)

Hemos podido ver que el hombre que es y describe Quevedo es lugar de anclaje posible de lo axiológico en cuanto contenido de objetivos éticos y en cuanto estructuración ética. Pero esto tiene una serie de correlatos esenciales, radicales entre los que destacan en las éticas personalistas, la capacidad de transcendencia o transcendental, que también se configura en la mente como en la voluntad del ser humano.

Ya Aristóteles habla de que el objeto material de la Ética no lo deben constituir los actos tomados aisladamente, sino insertos en la totalidad unitaria de la vida. Hemos tratado de recorrer la obra significativa de Quevedo buscando este pensamiento ético y sus fundamentos y soluciones, no se trata de fijarnos y analizar una frase o una idea suelta o un hecho aislado, todos en retrospectiva visión o bien los postreros, que con frecuencia sintetizan todos los pretéritos.

La respuesta de Quevedo tiene al fin, una consistencia sin límites y un fundamento transcendental, el de la fe.

Quizá pudo decir como Agustín, después de conocer desde la áspera Castilla a la dulce Campania: "Varia multimoda vita, el inmensa vehementer".

Por muchos cauces pasó, quizá cedió a muchas tentaciones y ambiciones; debajo de cada una latía o ardía una fe cristiana.

El alivio definitivo de su cuidado, del cuidado del hombre:

"tu nombre es tu perfume derramado

que guardó el oleo y repartió el cuidado".

Dios repartió el cuidado y se guardó el oleo que poder curar su más radical dolencia, quién en él transcienda, cura.

El descanso pues del que cree y remedio de la congoja y angustia es fácil y segura:

"No ha en el mundo más sabroso vino que al bebedor con-

tente y quite sus cuidados y dolores".

San Buenaventura establecía como necesaria la fe para que la razón pudiera comprender la naturaleza. Toda filosofía que prescindiera de la creación, no podría captar el ser mismo de las cosas. Y no otra labor hacía Quevedo, con la diferencia de que se contentaba con este conocimiento de fe, por la índole especial que la atribuía. (299)

El conocimiento que proporciona la fe es auténtico, es tan válido como cualquier otro; no necesitan probarse las cosas de fe; caso de querer demostrarlas racionalmente, hay que justificar este intento, decía Quevedo. Y precisamente opinaba así porque era querer demostrar un conocimiento de absoluta validez por otro contingente y expuesto a graves errores. Por eso Quevedo sabe por la fe la verdad: "Afirmando misterios tan grandes, como son que hay Dios, resurrección de la carne, alma eterna..., no dice creo sino sé, para enseñar que sólo con infalible certeza se sabe lo que de Dios y por Dios se cree" (300).

Es la final aspiración de Quevedo, es su última verdad, la más profunda, la más vívida, la más encarnada en el corazón del hombre. A ella ha encaminado todos sus esfuerzos, todos sus pasos tenían su sola dirección, guiado por la fe. Y la fe le dio la posesión de la verdad, la de la existencia de Dios, y ya el hombre, Quevedo, no puede adelantar más, ya no supo qué verdad añadir a la Suprema Existencia. No se atrevió a intentar horadar el misterio y en cambio, constantemente recuerda que no se debe intentar pensar qué sea Dios.

Todo lo que sobre Dios se atreve a repetir son las conocidas frases de San Agustín que no dicen sino que no se puede decir nada. No hay justificación para la osadía de querer saber algo de la naturaleza de Dios. A lo más, repite la frase de San Agustín de que para Dios el tiempo sólo es presente,

hoy, y que su día no es cada día, pues su hoy es la eternidad. Solamente una cosa afirma, que no olvida cuáles fueron las enseñanzas preferidas por sus maestros: el predominio del entendimiento sobre la voluntad en el gobierno superior de Dios.

Y no se puede decir nada más. Aún afirmar lo anterior es peligroso: "Dé Dios, aún el decir verdad es peligroso", había dicho San Agustín y es norma para Quevedo. De ahí, la repulsa constante a todo lo que sea indagar la esencia de Dios o el móvil de sus actos. Aplicar el término porqué a lo que Dios hace y manda es cosa demoníaca y tentación. No deja de reprender la insolencia de los que se atreven a preguntar a Dios las causas por las que obra o deja de obrar y termina diciendo:

Que el secreto de Dios no admite espía,  
ni mérito desnudo le previno.

En Epicteto también se apoya para convencer de que no hay que juzgar a Dios, que no hay que acusarle, "pues al fin la sabiduría divina anda jugando con las cosas humanas".

Quevedo nos hace sus últimas declaraciones: "Perdóneme vuestra merced que no discurra en cosa de las guerras ni de las paces; que pareciera ociosidad ajena del peligro en que me hallo. Dios me ayude y me mire en la cara de Jesucristo y guarde a vuestra merced como veréis" (301). Así escribía en su última carta 5 setiembre de 1645 quien moriría tres días después.

Cerrar podrá mis ojos la postrera  
sombra que llevare el blanco día,

.....

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido

.....  
su cuerpo dejará, no su cuidado,

.....  
polvo será, más polvo enamorado. (302)

NOTAS AL CAPITULO II

1. Ni aún en la época medieval, tan beatificada a veces in genuamente, han coincidido estos dos "ethos", más que en la mente de algunos teólogos.
2. Cfr. J.L. LOPEZ A. *Ética*, Rev. Occ. Madrid 1972 pág. 71.
3. En paso posterior y más decisivo se convertirá en lo es catológico.
4. Cfr. las etapas o niveles: prefilosófico y filosófico de la *Ética* en Dr. ARANGUREN, *Ética*, o.c. o en Dr. J. ALCORTA. *Prologómeno para una fundamentación trascendental de la Ética*, Madrid, 1976, pág. 23 y 55.
5. PEDRO LAIN ENTRALGO, *España como problema*. T. II, 508.
6. Cfr. J.L. ARANGUREN, o.c. p. 23
7. P. LAIN ENTRALGO, *Aventura de leer*, Espasa Calpe, Madrid, 1964 pág. 13
8. Cfr. J. ALCORTA o.c. pág. 58, ss.
9. Advertimos el fallo y las consecuencias que una falta total de subordinación y entronque con una filosofía podría traer evidentemente: un subjetivismo y un relativismo, al menos que eleve y construya valores válidos intersubjetivos.
10. Queremos entenderla con toda la categoría, base y cimen tación que en los valores se ha podido fundamentar, des de Kant, Lotze o Nietzsche una teoría válida de ética.
11. *Essai sur la vie et les euvres de Quevedo* pág. 299 Alphonse Picard, París 1886.
12. "El humanismo, tema de nuestro tiempo" -SALVADOR MANERO- Pág. 82- C.S.I.C. Madrid 1950.
13. Cfr. en la edición Taurus pág. 49 - Madrid 1959
14. Para Toffnin, "El estoicismo contiene un elemento de hybris: es un titanismo"
15. Porque sólo ha servido para hacer reír y Quevedo quería hacer pensar.



16. RAMON GOMEZ DE LA SERNA: "Quevedo" Ed. austral. pág.17. Madrid 1962.
17. Es una obra fragmentaria comenzada hacia 1921. Su título es: "Mundo caduco y desvaríos de la edad en los años de 1613 hasta 1620". También escribió D. Francisco "El mundo por dentro". Escrito en 1612 y publicado en 1627, en el manuscrito original, el título completo es: "Mundo por dentro y por de fuera".
18. Toda la grandeza que Felipe II soñó para su nación en su Escorial maravilloso, la febril y obsesiva ambición, el afán insatisfecho que acuciaba su espíritu autocrático, no pudo traspasarlo a sus descendientes. Su desazón de rey está reflejada en la frase al Marqués de Castel-Rodrigo: "¡Que me temo que le han de gobernar!"...
19. Cfr. O.C. pág. 755
20. Soneto 29 en la Edición Planeta y en Parnaso 886.
20. a) L. PFANDL. Historia de la literatura nacional española del siglo de oro. Barcelona 1929.
20. b) Su prosa contundente, llena de aristas tajantes, contiene una formidable provisión de recias invectivas, de ironías y a la vez de sello jactancioso, que sacrifican do en aras de la verdad y rotundidad del chiste, inmola a los enemigos y a los amigos. Era, quizá, un genio demasiado grande para su tiempo y a nadie le gusta que le cuenten sus propias faltas.
21. "Discurso del mundo por dentro y por fuera", se titula en el manuscrito que perteneció a Lastanosa. "El mundo por dentro", según la primera edición de 1627 en Barcelona y Zaragoza.
22. Cfr. O.C. p. pág. 164
23. Cfr. O.C. p. pág. 164.
24. Idem. pág. 164.
25. Cfr. O.C. p. pág. 165
26. Idem. pág. 165.

27. O.C. p. pág. 166
28. Idem pág. 168
29. El publicó los sueños son el título sugestivo de "Verdades descubridoras de engaños, abusos y vicios, en todos los géneros de estados y oficios del mundo".
30. O.C. p. pág. 127
31. U.C. p. pág. 126.
32. U.C. p. pág. 127.
33. Lo mandó suprimir Pedro Gutiérrez de Cetina por "irreligioso y de mal ejemplo y doctrina". Sin embargo, si en la evolución del motivo, observamos reflexivamente más allá del mismo hecho, y del motivo cristiano y de la misma intención de Quevedo, veremos la gran distancia que los separa del mundo dantesco. Quevedo se ríe, si se quiere; se burla, pero no es burla sarcástica de increíble. Quevedo cree y distingue lo dogmático y lo respeta y quiere cambiarlo.
34. U.C. pág. 131.
35. U.C. p. pág. 131.
36. Ver en O.C. p. pág. 137.
37. U.C. p. pág. 138.
38. Idem pág. 139
39. O.C. Mundo por dentro. pág. 165.
40. Alquacil endemoniado. O.C. p. pág. 140
41. Fin sueño juicio U.C. p. pág. 132.
42. Apostilla al enmendar su obra, y cambiar su título por: "Juguetes de la niñez".
43. Argumento del lic. Calabrés al endemoniado.
44. Muy semejante es el juicio de valor emitido por D. RAMON GOMEZ DE LA SERNA en su obra "Quevedo" Aguilar, 1962, p. 116.

45. O.C.v. pág. 51.
46. O.C. poesía pág. 56.
47. En la edición Planeta O.C.v. Nº 64, pág. 58.
48. Con el Nº 66 en la pág. 60 Ed. citada O.C.v.
49. Pág. 62 Nº 70 O.C.v. pág. 62
50. Pág. 72 Nº 83 en la misma edición O.C.v.
51. Pág. 88 en Ed. Planeta O.C.v.
52. Pág. 80 O.C.v.
53. Pág. 101 O.C.
54. La sociedad Española de los siglos XVI y XVII comprendía, según L. Pfandl, las siguientes clases sociales: el clero, la primera; la nobleza, una clase media o burguesa, los letrados, que difícilmente se pueden admitir como clase social, la milicia, gran ocupación para un imperio que mantenía hombres en todos los frentes, y, entre las clases bajas, distingue subdivisiones interesantes: los campesinos, la plebe y la gente del hampa y germanía. Del elemento femenino parece que no hay clasificación y lo colocaría con indiferencia o en común, o separadamente, pero sin orden ni estamento para ellas.
55. Cfr. o.c. de Pfandl. pág. 106 y 107.
56. Para memorias de soldados mercenarios que aumentan el número: orgullosos, gorriones, camorristas, pícaros y pobres...cfr. "Les mercenaires au XVII siècle" Poitiers. "Vida del Capitán Alonso Contreras" En Boletín R.A. de la Historia, 1900. "Vida del soldado Miguel Castro" Ed. A. Paz y Meliá, Madrid 1900. "Etat militaire de la monarchie espagnole" I.P.A. Baty Poitiers. 1864.
57. O.C.p. pág. 309.
58. La descripción de algunos personajes, como la del domine Cabra, se tiene por real y cierta (Nota de la Edición Aguilar)
59. O.C.p. pág. 289

60. Idem. pág. 290.
61. O.C. pág. 307
62. R. GOMEZ DE LA SERNA. "Quevedo". Ed. Esp. Calpe (Austral)  
p. 14 O.C.
63. O.C. v. Pág. 307.
64. Soneto de la pág. 31 O.C. v.
65. Cfr. RAMON G. DE LA SERNA o.c. Pág. 23
66. O.C. p. Pág. 182
67. Cfr. "Sueño de la muerte" O.C. pág. 184.
68. Idem 185.
69. Ej. cada día salen autores y cada uno con tres volúmenes:  
Doctoris Putei 1,6, volúmenes 1,2,3,4,5,6 hasta 15; Li-  
cicentiat Abbatis De Usoris; Petri Cusqui In Codicem;  
Rupis Brutipartin, Castani; Montocanense De Adulterio et  
Parricidio; Cornazano Rocabruno...
70. "Sueño de la muerte" O.C. p. pág. 197
71. L. PFANDL o.c. pág. 378.
71. a) O.C.p. pág. 288
72. Soneto Moral Nº 46 Ed. citada pág. 46 O.C.v.
73. Pág. 99 O.C.
74. Ver, su "Essai sur l'oeuvre et la vie de Francisco de Que-  
vedo" París 1886 pág. 166
75. O.C.v. pág. 757.
76. Cfr. en RAMON GOMEZ DE LA SERNA 49 o.c.
77. Citados en "Quevedo" A. PURRAS pág. 14.
78. 140 O.C.v.
79. O.C.p. 313.

80. El Buscón. Pág. 325 O.C.p.
81. Idem pág. 326 O.C. p.
82. O.C. p. pág. 186
83. Nº 104 en la Edición citada O.C.v. pág. 87
84. O.C.p. pág. 50
85. O.C.v. pág. 69.
86. Título por demás ampuloso y barroco, pero que expresa to  
do el plan y toda la verdad de Quevedo, frente al mundi.  
llo de la corte.
87. Grandes anales, en O.C.p. pág. 730.
88. Dedicatoria de Idem, O.C. pág. 730.
89. O.C. pág. 735
90. O.C.p. Pág. 56.
91. Cfr. Artículo de LUIS PAHRUT en "Cruz y Raya", traducido  
por J.A. Maravall, 16 julio 1934.
92. En el sentido de que entran todos ellos en su contempla  
ción, aunque sea precisamente producto imaginativo sen-  
sible.
93. Estos comentarios, sin embargo, nos presentan, de alguna  
manera, una realidad mal expresada, tanto por parte de  
sus comentadores, como por parte de sus enemigos al in-  
teresar por su condena.
94. Cfr. RAMON GOMEZ DE LA SERNA, Quevedo - pág. 13 o.c.
95. "En un mundo por dentro" O.C.p. pág. 166.
96. Llevaba cuenta de las confesiones hechas desde que tenía  
uso de razón (Tarsia)
97. Hay precisamente un salto en los dos conceptos antropo-  
lógicos: el optimismo cartesiano, que alcanza fácilmen-  
te la transcendencia y se basta a sí mismo, y el queve-  
desco, que lucha y pena y apenas llega.

98. Discurso a todos los diablos. O.C. p. pág. 202.
99. S. PEDRO CRISÓLOGO. Sermones, 125.
100. "Discurso a todos los diablos" O.C.p. pág. 202.
101. Volveremos sobre ello al tratar de Quevedo visto por dentro y la discordia en su interior.
102. Sentencia O.C. p. pág. 1014.
103. La anatomía del ser humano cabal pasa frente a nosotros; ¡va sudando sangre y dice palabrotas! ! Es el hombre que se ha adelantado a que le desuelles! GOMEZ DE LA SERNA. O.Cit. pág. 16.
104. Discurso citado pág. 202 de O.C. p.
105. Idem.
106. Providencia de Dios. O.C. p. pág. 1393.
107. Su primer verso, Quitar codicia, no añadir dinero. Edición citada. O.C.v. pág. 44.
108. "Providencia Divina" O.C.p. pág. 1393.
109. Cfr. en Providencia Divina, la nueva descripción anatómica.
110. Providencia Divina. O.C. pág. 1393.
111. Idem. O.C. pág. 1393.
113. M. HEIDEGGER, en conversación con R. Scharer, decía que la Filosofía no puede llegar a Dios, que lo que a veces se llama así no es sino un concepto mundano sublimado, algo puramente immanente, y que, en fin, el encuentro con la Divinidad es una experiencia reservada a la religión y distinta de la filosofía, cuyo objeto es el sentido del ser. Heidegger confirma su posición radicalizante en sus últimas producciones: Was ist Metaphysik? donde ha escrito estas palabras:  
 "¿Cuándo se resolverá la teología cristiana de una vez, a tomar en serio las palabras del Apóstol y de acuerdo con ellas, a tomar la filosofía como una locura?" Y estamos de acuerdo con las declaraciones heide-

gerianas, siempre que acotemos el sentido de filosofía en S. Pablo, determinemos lo que el mismo profesor Martín H. entiende por metafísica y separemos lo que el concepto vulgar de conocimiento filosófico incluye.

114. Citados en el estudio Introdutorio de J. M. BLECUA, XCI Ed. Planeta.

Cfr. en EMILIO OROZCO DIAZ, "El sentido pictórico del color en la poesía barroca", en Temas del Barroco, Granada, 1947, págs. 96-98; DAMASO ALONSO, Poesía española, Madrid, 1950, págs. 544-548.

115. Cfr. "Poesía española", Madrid, 1950, pag. 565

116. Cfr. ejemplos en O.C. Ed. Planeta XCII.

117. Idem. O.C. pag. XCIV. J.M. BLECUA propone hacer con la obra quevedesca dos grandes grupos de distribución y dos subgrupos: el 1º la poesía como expresión de la autenticidad del ser, el 2º la poesía como juego; a) como lección didáctica b) las traducciones.

Esta posible clasificación se podría extender no sólo a su obra en verso sino a su obra en prosa y, incluso, y es lo más interesante, a su obrar.

118. Entre 1584 - 1592

119. "Espíritu del Barroco" DIAZ PLAZA pág. 82 Ed. Apolo, Barña.

120. O.C.p.1197.

Quevedo describe también a las mujeres en "Sueño de las calaveras" salen las mujeres muy gallardas de verse desnudas.

Las Zahurdas de Plutón: (los diablos las echan del infierno porque son de provecho en la tierra) Mundo por dentro: (lo primero que visten en despertando es la cara, las manos) La hora de todos: ¡tiranos! ¿por cuál razón siendo las mujeres de las dos partes del género humano la una, la tenéis en tan poco? (ver en: el ámbito y formas de responsabilidad, la causa de esta visión de Quevedo).

121. Aunque hay quien lo ha puesto en duda: Cfr. "En homenaje a Dámaso Alonso", Madrid, 1961.

122. Cfr. LAZARO CARRETER: Originalidad del Buscón, T.II Madrid, 1961

123. Concedemos con E. MERIMEE, O.C. París, 1886, p. 166 o SANCHEZ ALONSO, Arte en R.F.L. 1924, p. 128 o con C. WOLSSLER (una caricatura arbitraria y febril, tras la que apenas se reconoce la pobre realidad)... Su sátira no penetraría en la conciencia moral. Vid. Einförleng in die spanische Diehtung.
124. FRANZ WALTER MULLER ha escrito, por lo demás, que los mismos Sueños son el ataque más fuerte, contra todo el sistema político-social...que jamás se escribió en la Decadencia de la Monarquía española. (Alegorie und Realismus in den Sueños) Archivium. Für das Studium der neuen Sprachen und Literaturen. 202, 1966.
125. MELCHOR DE STA. CRUZ en: Floresta española de Apotegmas y sentencias, publicó cuatro capítulos en forma de colección de sentencias, anécdotas y máximas populares. Su influencia la encontramos confirmada, según el estudio de Menéndez y Pelayo: Orígenes de la Novela Pág. LXIV y sgts.
126. Fue escrita hacia el año 1450 pero hubo versiones posteriores: 1520 etc. Cfr. reproducción de José A. DE LOS RIOS.
127. Así Papa, arzobispo, obispo, rey, caballero, mercader, abogado, canónigo, médico, usurero, cura, fraile, mendicante, eremita, contador, sacristán.
128. Sueño del Juicio final, 192 O.C.p.
129. Sueño de la muerte, 178, O.C.p.
130. Sueño del Infierno y el Alguacil Alguacilado.
131. Sueño del infierno.
132. Sueño de la Muerte. 186 O.C.
133. Sueño de la Muerte idem.
134. Cfr. CUTARELO MURI. Pág. LXIX b, Aunque el entremés no apareció hasta 1617. Estudio preliminar de los entremeses en N.B.A.E.
135. Discurso de todos los diablos. Pág. 224. O.C.p.
136. Pág. 233 O.C.p.



137. Pág. 197 O.C.p.
138. Cfr. FARINELLI: "Influencia de la literatura italiana del Corbaccio", en los somni de Bernat Metge, etc. Ver el mismo autor: Italia e Spagna, pág. 264 y ss.
139. MAS A. "La caricature de la femme, du mariage et de l'amour.
140. Es de notar que no sólo se trata de la Dueña; se trata también de la suegra, la beata, la bebedora, la flaca, la culta, la fregona, la gorda, la pedigüeña, la buscona, etc....
141. Cfr. el sentido de la Dueña en RICARDO DEL ARCO: Rev. de Literatura, 1953, pág. 293.  
Cervantes la inmortaliza en varios pasajes: Novelas ejemplares, El celoso extremeño, pág. 156. D. Quijote. II, 48 Ed. Clás. Cast. Madrid, 1962 pág. 210.
142. O.C. p. pág. 189.
143. Del Sueño de la Muerte. 190 O.C.
144. Idem.
145. Ibidem.
146. MAS A. comenta la descripción como un rasgo más demoníaco y mítico de la mujer en Quevedo: Quevedo entre franchement dans la voie du mythe, en faisant de la duègne un être fantastique, ayant rompue ses attaches avec l'humanité. Il assimile les duègnes à des astres maléfiques. o.c. pág. 63 y 68.
147. Sueño de la Muerte. O.C. pág. 190
148. Excepto el uso de cosméticos que no se encuentra en las dueñas de Quevedo.
149. Cfr. Poesía. O.C. Nº 727.
150. Cfr. en el Discurso de todos los diablos y en el Nº 752 de poesía.
151. Discurso de todos los Diablos, 226 O.C.p.
152. MAS A. dice que es una de sus "bêtes noires", lo cual sig

nificaría que en vez de retroceder o encontrar valores positivos, progresa en su acelerante y aguda crítica, aunque sea autorrepitiéndose. Cfr. Asensio: Itinerario, 223 y 225 y Carilla, Quevedo, 151.

153. Tan breve que en la edición Aguilar sólo ocupa de 109 a 116.
154. En el "Malade imaginaire" se lee también lo de la barba: "et la barbe fait plus de la moitié d'un médecin" Oeuvres Ed. de Depois/ Mesnard/ París, 1925 pág. 435.
155. Libro de todas las cosas.
156. Libro de todas las cosas. O.C. 115 prosa.
157. Idem. pág. 115.
158. Sueño de la muerte, O.C. 175.
159. Pudiera conocerlas o no, pero el tema, con mucha semejanza ya había aparecido en Carvajal, Torquemada, y el mismo Cervantes en El Lic. Vidriera, hace esta terrible acusación en los oficios: Pero quitarnos la vida sin quedar sujetos al temor sin castigo, ninguno: solo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y a pie quedo. No velas ejemplares, 56 tm. II (Aunque no aparecieron impresas hasta 1614, L. Pfandl supone que ya las pudo conocer Quevedo en manuscrito).
160. Sueño de la Muerte Idem.
161. Sueño de la Muerte 175.
162. Cfr. ANTONIO DE TORQUEMADA: Coloquios satírico (Orígenes de la novela, O.C. págs. 500 y ss.) También en Guzmán de Alfarache, ya citado.
163. Así lo dice de tajante en estos versos populares:  
 "No se le ha muerto ninguno  
 de los que cura hasta hoy,  
 porque antes que se le mueran,  
 los mata sin confesión."
164. Romance satírico. Poesía orig. pág. 1117.
165. O.C.v. pág. 583.

166. O.C.v. pág. 1024.
167. "los botes de su tienda habían sido más dañosos que diez mil de pica en la guerra" O.C. 130
168. Idem. misma pág. 130 O.C.p.
169. Ver la expresión en G. DE ALFARACHE: "espátulas son espadas en su lengua; píldoras son balas; clísteres y melecinas; cañones y así se llaman cañón de melecina." B.A.E. XXIII, 334.
170. O.C. pág. 175 p.
171. Idem O.C. Sueño de la Muerte.
172. Sueño de la Muerte. 176. O.C.
173. En cambio en D. Torquemada y en el Lic. Vidriera leemos que las deficiencias de sus conocimientos pueden causar más daño a la república que nadie. Comprobar: Ur. Nov. pág. 503 y 505.
174. Al extremar sus críticas, contradictoriamente se convierten en alabanzas de lo que critica: con sus nombres de melecinas llegan hasta alejar las enfermedades y curan a los enfermos.
175. O.C. 152 p.
176. Cfr. Sueño de la Muerte, 176 O.C.
177. Sueño de la Muerte. 191. O.C.
178. Cfr. en la misma O.C. 191.
179. Idem mismo Sueño.
180. Este relato y descripción comienza efectivamente con este advertido: "la cosa que más cara se vende en el mundo es la que menos vale, que es la vanidad que tenéis". Cfr. O.C. Sueño del Inf. 148.
181. Idem. Sueño del Infierno. 149 O.C.p.
182. Ibidem. mismo Sueño. 149.
183. Sueño de la Muerte 191 O.C.

184. La edición de BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS, 1840 Cfr. en B.A.L. XXIII. Sólo la edición del Sr. Astrana Marín contiene este texto que se añade con esta aclaración: "El juicio final fue sometido a censura, y el Consejo Real de Castilla lo encomendó a Fr. Antolín de Montojo, de la Orden de Predicadores, 1610; siendo adversa se de negaba el correspondiente permiso. Dos años más tarde se requirió de nuevo y en esta ocasión recayó la obliga ción sobre Fr. Antonio de Sto. Domingo, franciscano, que halló la sátira picante pero llena de verdades y así le hizo esta acotación.  
Cfr. el texto U.C. 125.
185. Hay algunas diferencias fundamentales en la versión de los manuscritos; según sea de Astrana Marín o Fernández Guerra. En ésta los eclesiásticos han sido sustituidos por los ricos.
186. No es sino muy extraño, aunque resulte de la contraposición que sea valorado el efecto humano de la esposa, de los parientes, como algo importante en Quevedo, porque en toda su obra difícilmente aparece este valor resaltado.
187. Esta aclaración solo está en B.A.L. XXIII.
188. Cfr. Sueño del Inf. 146 U.C.
189. Estas abusaciones están en Mercurio y Carón. Diálogo de ALFONSO VALDES. Ed. Montesinos. Madrid, 1954 páq. 115.
190. Es la única figura acabada de clérigo, pero su descripción lo es más a título del Lic. que por ser clérigo.
191. Los clérigos: Renart de Rutebeuf, Faus Semblant de Jean Meung, Tartuffe de Molière, prefieren confesar a personas ricas que a viejas y a mendigos; engañan a mujeres crédulas; con supersticiones que les dan buen producto...
192. El galán de monjas parece haber sido creado por Quevedo, aunque algunos coetáneos de él lo sacan, solo la descripción del Cap. IX del Buscón es completa.
193. Buscón D. Pablos, 347 U.C.
193. a) Idem, 347 U.C.p.
194. Sobre la originalidad o exageración pantomímica

de las descripciones Hoorts Baader ha comprobado que pueden ser referentes a acontecimientos de la época, como el combate de Bautistas y Evangelistas (Nonnenbuhler und Taüferinenn Über die Bedeutung einer Textelle in Quevedos Buscon, Romanische Forschungen 77, 1965 p. 368

195. Cfr. 438 O.C.
196. LUIS ASTRANA M. la sitúa en 1559. Los manuscritos de la Biblioteca Nacional 4066 y 4312, junto con el 3912 (muestran las Capitulaciones como obra independiente) son la base del texto.
197. Ver en O.C. pág. 58.
198. Cfr. Poesía. pág. 1030 y 1031 O.C.
199. Cfr. O.C. pág. 196.
200. Un análisis agudo en: "Realidad histórica de España" de AMERICO CASTRO.
201. ¡Tantas cosas en el Buscón y los Sueños, que reclaman su atención!! zanahorias, rábanos y perejil, orinal, oreja, pinzas, tijeras, cauterios, navajas, sierras, limas, tenazas, lancetones, muelas y dientes... Quijadas (O.C. pg. 176) (es una página tomada al azar del sueño de la muerte)
202. Quevedo no se puede permitir el lujo de ser antiestético: ahí tiene sus enemigos literarios que le delatarán por sus faltas, como por terribles quebrantamientos de la ley.
203. VALDES LEAL pone una gusanera por centro de interés de sus cuadros tenebristas y, la quadaña, el esqueleto y la tumba constituyen el centro de la mirada horrorizada del espectador. Sin embargo, ¿es que la belleza se haya trocado en satisfacción en la fealdad? Es una lección que se quiere dar a los sentidos empachados de estéticos, sin llegar nunca a la verdad de las cosas, que no por eso dejan de suceder cada día ante ellos.
204. O.C. pg. 100
205. Hato, camas, camisa, patente, colchones, sarna, gargajos, toses, manchegazo, estómagos, pescozones, capa, aceite, aljufaina, saliva, libras, porrazos, hombros, pesas, so-

tana, manteo, azotea, pañizuelos, carne, látigo, maroma, azote con hijos, frazadas, caca, servicio, garra, garrote, muslos, cordeles, gualdrapa, vaya.  
O.C. pg. 298 y ss.

206. Cfr. 4ª edición. 199-200. Méjico.
207. A Jesús crucificado. 6ª estrofa - Ed. citada pág. 190  
O.C.v.
208. Idem. pág. 93.
209. Amante ausente y desterrado... Nº 422. Ed. cit. p. 458.
210. La ordenación de J.M. Blecua de la Ed. Planeta. pág. 458.
211. Este estribillo, señala la edición de Planeta, que está expreso en los manuscritos de la Biblioteca Nacional.
212. Madrigal, en que se muestra Fabio a Florisa.
213. Cfr. la famosa epístola censoria y sus consecuencias, aclara esta afirmación.
214. Cfr. Ep. CXXIV de Séneca: el bien de Dios fue completado por la naturaleza, el del hombre quedó a su propio cuidado. Ed. Aguilar, 683.
215. Job. 7,6.
216. Hay una conexión íntima y segura entre su concepción del hombre y de la muerte que enlaza con el cuidado. En muerte como el "último" cuidado por eso le dedicamos un capítulo entero.
217. Todo hombre sádicamente pregunta. Se pregunta, mejor aún, es una pregunta él mismo.
218. O.C. pág. 116
219. O.C. pág. 116
220. O.C. pág. 117 y 118
221. Explicación que se da sobre este concepto de "locus" el Dr. IG. ALCORTA.: En este "locus" o instalación en el orden transcendental es donde la filosofía (de la Ética)

se ofrece como una totalidad inteligible, que configura todo el ámbito ilimitado del ser transcendental, y ya con él, del orden transcendental donde la mente se mueve y gobierna para la síntesis del conocimiento, y pensamiento. Lo más radical del hombre y su ser no puede darse si no en el despliegue necesario y espontáneo de su ser y naturaleza. Así no puede venir de un arbitrio, de una conversación establecida. No podrían fundar ni la filosofía ni la moral como expresión de esta naturaleza. O.C. pág. 26

222. Dejamos para el capítulo correspondiente el ver cómo la muerte es para él un motivo ético.

223. J.L.L. ARANGUREN. *Ética* Madrid, 1972, 15-206

224. Dedicatoria de la virtud militante. O.C. p. Pág. 1227

225. "Pinta lo que le sucedió con una fregona".

226. O.C. p. pág. 198

227. O.C. *Idem*.

228. O.C. Pros. pág. 90. Aquí podría valer poco el argumento de ser un truco literario, no era una obra de compromiso, parece un verdadero desahogo.

229. O.C. pros. pág. 76.

230. Carta CXXIX

231. O.C. prosa pág. 239. Se sabe la reacción que esta actitud despertó en los del tribunal de la Justa Venganza: dar por defensa de su obra lo que diga el diablo es que rer seguir su doctrina. (F. Diego Niseno)

232. Genealogía de los modorraos. O.C. prosa pág. 24

233. Providencia de Dios O.C. p. pág. 259.

234. Mundo por dentro. O.C. p. pág. 199

235. Marco Bruto O.C. p. pág. 742. Puede asimilarse por aquí la repugnancia de Quevedo a la "acceptio personarum" que destierra toda justicia y causa terribles trastornos. Cfr. Política de Dios. O.C.p. pág. 454.

- 236. Mundo por dentro. O.C.p. pág. 199
- 237. O.C.v. pág. 467
- 238. Epis DXX.
- 239. Essais, II, III, II.
- 240. Cfr. La repulsa de Pascal: Pensées II, 63.
- 241. MARCO BRUTO. O.C.p. 736
- 242. O.C. p. pág. 820
- 243. O.C. p. pág. 823
- 244. O.C. p. pág. 823
- 245. Idem 839
- 246. O.C. p. pág. 840
- 247. Idem. 842
- 248. Idem. 859
- 249. P. MARIANA, † 1624, "De rege et regibus institutione"  
(1599)
- 250. O.C. v. pág. 87
- 251. No es exactamente un dejar al hombre postrado en la dura miseria de su ser pobre. Lo elevará también, lo veremos, por la escala de la superación.
- 252. O.C. p. pág. 175
- 253. O.C. Dentro de las obras completas de Felicidad Buendía ordenadas por Ed. Aguilar. pág 1315. Es la carta a O. Octavio Branquiforte, obispo de Chephalu en Sicilia; fechada en 1885.
- 254. O.C. pág. 198. Tiene una recomendación ética:  
"Lo que han de hacer es no tomarlo ninguno por sí, sino unos por otros; y por todo esto, ellos quedarán por quienes son y mi libro será bienquisto de los propios que abrasa y persique".



255. Ha intentado esta demostración aproximativa al existencialismo de Quevedo: ALBERTO WAGNER DE REGNA en un discurso, que yo sepa no publicado, fechado 25 -III- 1965.
256. O.C. p. 198
257. "Discurso de todos los diablos". O.C. p. 202
258. O.C. p. pág. 202:
259. Me he permitido seleccionar de los textos, se encuentran todos estos entrecomillados en las págs. 202 y 203 O.C. prosa.
260. O.C. pág. 164.
261. Esta plenitud es fugaz como la vida misma, la "felicidad" de que se habla tiene su sentido también en Quevedo.
262. Dedicatoria de los sueños del juicio final O.C. p. 124.
263. O.C. 141 comienzo del Sueño del Infierno.
264. Idem. pág. 163 y 164.
265. O.C. pág. 163 y 164.
266. O.C. p. pág. 1207.
267. Idem p. 1208.
268. El mismo confiesa haberse servido con frecuencia de textos, verdades y afirmaciones estoicas y no cristianas, pero es cierto que los mismos censores se las aprobaron como cristianizados.
269. O.C. De Divina Providencia. p. pág. 1401.
270. JUVENAL sat. XV.
271. O.C. Providencia de Dios pág. 1402.
272. Cfr. O.C. 1409.
273. Es indispensable ver, en efecto, la situación personal de Quevedo, para ello remitirse a su progreso ascético, pero tal vez interese recordar su situación concreta de encarcelado en S. Marcos, mientras escribía esta obra de

Providencia de Dios. U.C. p. pág. 1387.

274. U.C. p. pág. 1388.

275. U.C. p. pág. 1389.

276. U.C. p. pág. 1306.

277. U.C. p. pág. 1393.

278. U.C.p. pág. 1393.

278. a) U.C. p. pág. 1394.

279. Cfr. en Providencia de Dios pág. 1393 y 1394

280. Hay una cierta relación de esta esperanza con la memoria y pone en ella la virtud de la esperanza (Conf. X, 20).  
Por obra de la esperanza, sostiene S. Juan de la Cruz, queda purgada de imágenes la memoria, (Subida, III, XV, 1).

281. JOSE M<sup>a</sup> BLECUA, U.C. pág. XCV.

282. La comparación con el fuego de su amor va creciendo hasta lo inverosímil: fuego (291); Etna encendido (292); infierno de llamas ardientes (296); el amor y el fuego compenetrados, superior al mismo fuego (292), con una osadía original y extrema:

Si el diluvio hubiese apagado el fuego el que enjuga mis venas, mantenido de mi sangre, le hubiera restaurado.

283. DAMASO ALONSO "El desgarrón afectivo en la poesía de Quevedo" en "Poesía española" - Editorial Gredos. Madrid 1962.

284. Compárense estas dos descripciones y se verá plenamente confirmado:

"Fue luego a ver su rocín y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela que "tantum pellis et ossa fuit", le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni la Babieca del Cid con él se igualaban... y después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre a su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín". (Ed. Juventud, p. 39)

Y esta otra de Quevedo, cuando D. Pablos hizo de Rey de Gallos:

"Llegó el día y salí en un caballo ético y mustio, el cual más de manco que de bien criado iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona muy sin cola, el pescuezo de camello y más largo, en la cara no tenía sino un ojo aunque overo. Echábansele de ver las penitencias, ayunos y fullerías del que le tenía a cargo, en ganarle la ración" (Clásicos Ebro, pág. 27).

285. Cfr. PEDRO LIRA URQUIETA. "Las poesías goyescas". Madrid. 1958

286. Velázquez gozó de aposento real desde 1655 en la llamada casa del Tesoro, prolongación oriental del viejo Alcazar Madrileño donde vivió Quevedo.

Velázquez trabajaba en palacio en 1656 justo 10 años después de que D. Francisco abandonó este mundo en Villanueva de los Infantes. Diego Velázquez pintó los personajes de la corte, al rey Felipe IV y al Conde Duque... pintó sobre las "Meninas" sobre ella ha escrito A. Buero: Un cuadro sereno pero con toda la tristeza de España dentro. Quien vea a estos seres verá lo irremediabilmente condenados al dolor que están. Son fantasmas vivos de personas cuya verdad es la muerte. Quien los mire mañana, lo advertirá con espanto, pues llegará un momento, como a mí me sucede ahora, en que ya no sabrá si es él el fantasma ante las miradas de estas figuras... Y querrá salvarse con ellas... puesto que él está ya en el cuadro cuando lo miran... y tal vez, mientras busca su propia cara en el espejo del fondo, se salve por un momento de morir.

287. "Acúsanse los cuellos de sus culpas", cuando se introdujeron las valonas - Romance satírico - Nº 735. Ed. Planeta. O.C. p. Pág 904.

288. Epístola censoria.

288. a) O.C. v. pág 905

288. b) O.C. v. pág. 915

289. L. P. O.C. Ed. BERNALDO DE QUERON, Madrid 1656 fol. 97

290. L. PFANDL: El siglo de Oro español pág. 378

291. Idem O.C.

292. Cfr. lo que dice JULIO CEJADOR, "Hª de la Lengua y Literatura Castellana", Ed. Madrid, 1916.
293. Editorial Apolo - Barcelona. s./f.
294. BLANCHÈT, Revista contemporánea: "Quevedo moralista", pág. 145, 1892
295. O.C. pág. 115
296. Cf. "Libro de todas las cosas"- O.C. pág. 113
297. Cfr. 124 y 132 de OC.
298. Providencia de Dios, OC. p. pág. 1389
299. Los pensadores del siglo XVII necesitaban de Dios, les era imprescindible. No hace falta recordar el puente en un Descartes, un Malebranche. El XVII presenta una apoteosis del argumento anselmiano (Descartes, Malebranche, Guelink, Leibniz, Fenelon, Molinos) que guarda estrecha relación con Quevedo.
300. Molinos llevará esta concepción a su más entregada depuración al afirmar que lo fundamental en el éxtasis místico no es estar con Dios, sino creer que está ante El. }
301. Cartas 5-IX-1645
- 302 OC. v. pág. 511



TESIS PARA LA OBTENCION  
DEL GRADO DE DOCTOR

Dirigida por el Catedrático

DR. DN. JOSE TODOLI DUQUE

, de  
la

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

por JESUS MORAL BARRIO



" L A  
E T I C A  
E N  
E L  
P E N S A M I E N T O  
D E  
Q U E V E D O "

( 2ª parte )



#### ABREVIATURAS Y OBSERVACIONES

En las notas o llamadas que completan el texto se usan las abreviaturas siguientes:

- O.C. p. - Obras Completas de Quevedo en prosa; nos referimos siempre a las publicadas por la Editorial Aguilar, Madrid, 1961, estudio preliminar y notas de Felicidad Buendía.
- O. C. v. Obras Completas de Quevedo en verso; nos referimos siempre a las publicadas por la Editorial Planeta, de Barcelona, 1963. Edición, Introducción, Bibliografía y Notas de D. José M. Blecua.
- o. c. - Obra citada con anterioridad en el texto.

Excepcionalmente se usa como texto de referencia y citación el de las Obras Completas editadas por D. A. Fernández Guerra, pero se advierte expresamente en su momento, y se indica en nota aclaratoria.

Las notas se numeran sucesivamente hasta el final de cada uno de los capítulos del trabajo, donde se encuentran todas las referencias indicadas.

La bibliografía consta solo al final del trabajo. Está dispuesta alfabéticamente, por libros y por revistas.

La numeración sistemática inicial es significativa: la primera cifra indica el capítulo, la segunda el apartado y la tercera la subdivisión que se haya considerado en éste último.

34

C a p í t u l o    I I I

" L A

M U E R T E ,

M O T I V O

E T I C O

P A R A

Q U E V E D O "



### 3.1. HACIA UNA FILOSOFIA DE LA MUERTE

¿Podremos encontrar un intento antropológico y ético en Quevedo, en su pensamiento filosófico sobre la muerte?

Quevedo, que no cree demasiado en la vida que ve, cree en lo que no ve, cree en la muerte, cree más allá de la muerte. Creer lo que no vemos. Si no creyera más que lo que ve ¿con qué dejaría de llorar?

Quevedo dialoga con el demonio:

- "Lo que dejas ves y no lo que esperas.

Quevedo responde: -Lo que veo es mortal y perecedero; lo que no veo es eterno. Más verdad dice la fe que los ojos; mejor es ver lo que no miro, por las promesas de Jesucristo, que seguir lo que aparentemente engaña mi vista; tú me quieres cegar el alma y que sólo vea el cuerpo". (1)

La vida, la muerte y el cuidado se articulan esencialmente en la existencia del hombre de forma que lo constituyen. Hemos visto la perspectiva ética de su visión antropológica engendrada en la existencia humana, pero nos hace falta recorrer el capítulo importante de la "categoría" de la muerte como integradora del ser humano, como formadora de su pensamiento ético.

Nos ha parecido que el nudo de unión y conjunción lo forman estos versos, en parte preñados de sentido metafísico:

"No me aflige morir; no he rehusado  
acabar de vivir, ni he pretendido  
alargar esta muerte, que ha nacido  
a un tiempo con la vida y el cuidado. (2)

El amor que magnifica vida y muerte es ingrediente que perdura en el corazón y la memoria donde reinó hospedado.

La postura de Quevedo nos parece mucho más radical que muchas de las posturas modernas estudiadas ante la muerte, no

solo en lo que tiene de profunda convicción, reflexión filosófica, pero sobre todo por la perspectiva ética que sobre su pensamiento proyecta; pero, además, trata de constituir la, de integrarla en la antropología como un valor, como un valor ético para el Hombre.

Como A. Machado, la pudo describir en versos semejantes:

Al borde del sendero un día nos sentamos,  
ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita,  
son las desesperantes posturas que tomamos  
para aguardar. Mas ella no faltará a la cita.

No se puede estudiar desde otro punto de vista, ni separar do y sólo como tema existencial, ni sin influencia en su vida y doctrina. No es metafísica lo que intenta hacer, ¿será ascética, tal vez?

El tema tiene su porqué en Quevedo. Es un profundo motivo de honda raíz ibérica, aún viva y fecunda. (3) Sólo por esta razón, deberíamos esperar hallar materia en él para un estudio extenso. Quevedo, identificado con el alma hispánica, vibra a su compás cuando en ella resuena algo trascendental.

Necesitaremos clasificar trabajosamente su riqueza abundosa, en diferentes líneas de relación de su pensamiento.

Hay una tradición literaria sobre la muerte en la península, a la que D. Francisco no puede ser ajeno; es una motivación más, pero de acción poderosa y eficiente en un tan gran lector de libros antiguos y contemporáneos. Jorge Manrique, resuena en sus páginas con sus recomendaciones morales implícitas (4), Juan de Pedraza o las anónimas Danzas de la muerte, que en el siglo XVI aún estaban en boga.

La muerte hace relación constante a la vida, en la obra de Quevedo, no sólo por contraposición, sino como certeza. La muerte como pérdida del tiempo, frente a nuestro vivir temporal. La muerte como fin, como escatología humana, que es re

sorte de las Virtudes.

- El hombre examinado en esta escatología humana.
- El hombre contrastado ante la única verdad indiscutible.
- El obsesionante "Leiw-motiv" de su pensamiento ético.

Estas son las dimensiones que nos proponemos examinar en su obra.

Sin este examen detenido podría quedar incompleto su pensamiento antropológico y su visión ética de la realidad humana.

Porque viendo cómo le maneja Quevedo, tendremos concreta manifestación de su humanismo. Ya sólo tratarle con la frecuencia con que le trata, es suficiente para darle título de humano, si debe merecerle quien de ese modo toma en consideración el más humano de los temas.

Palabras del grave autor tocantes a la certeza de la muerte: "... ningún hombre muere de repente; de descuido y de vertido, si, ¿Cómo puede morir de repente quien desde que nace ve que va corriendo por la vida y que lleva consigo la muerte? ¿Qué otra cosa véis en el mundo sino entierros, muertos diariamente?

Pero además, la muerte es a modo de definidor de la vida y del ideario del hombre. La muerte es un signo ético que D. Francisco coloca a su pensamiento sobre el hombre.

Finalmente una nueva evasión y salto definitivo en Quevedo nos traslada, por la muerte, a una nueva trascendencia.

### 3.2. SENTIDO ESCATOLOGICO DEL HOMBRE

Su admirado Montaigne había escrito: "La mort c'est une partie de notre être, no moins essentielle que le vivre" (5). Quevedo había entendido la vida, la muerte y el hombre entero, como un ser limitado, cortado en su carrera y esto como algo absolutamente serio. Esta afirmación parece osadía, tratándose de nuestro autor, pero no lo es.

Unamuno, más reconcentrado, más "existencialista", hace esta confesión: "Estoy avergonzado de haber fingido alguna vez entes de ficción, personajes novelescos, para poner en sus labios lo que no me atrevía a poner en los míos y hacerles decir en broma lo que yo siento muy en serio" (6). Quevedo hizo que soñaba con la muerte de rondón, con el diablo juzgador de los hombres, con los hombres al fin de su vida, con la cuna que es sepultura. No es seria toda su manifestación, pero es más que aventurado suponer que sólo es pura diversión, juego y pasatiempo, sin ver en él, un hombre profundamente inquieto por la solución de su vida, por la solución de la vida en la muerte.

No se puede encontrar un sentido teológico como solución de salvación, al estilo moderno actual, (7) con un análisis fenomenológico, pero apunta soluciones éticas agudísimas, y críticas por medio de ella. No hace falta una clasificación exhaustiva, apta para una antropología existencial, pero su reflexión filosófica, diluida en su obra seria, es sintomática de una visión de la existencia humana.

Quevedo trata de llevar al extremo el tema de la muerte: como elemento literario, como elemento descriptivo humano, como elemento escatológico; con el dramatismo existencial de una vivencia continua y transformadora.

¿Recibió y acusó el impacto de los sucesos de su tiempo?

¿Fue hijo de su época y le tocó vivir hechos que influyeron en esta temática de su obra?

Se habla con cierto fundamento de una herencia senequista en toda la obra literaria española, y los investigadores extranjeros, de una filosofía ética característicamente ibérica: la "morque espagnole".

Podemos igualmente intuir la psicología de Quevedo especialmente dispuesta para captar ciertos fenómenos más afines a un alma impulsiva, nerviosa, y de contrastes, que a un ser secundariamente reposado y tradicionalmente inamovible. Como pensamos puntualizar estos aspectos más adelante, apoyamos ahora lo que debe Quevedo a esa alma hispánica que atraviesa los siglos en las páginas de los filósofos y los poetas.

Es verdad que, a diferencia de los artistas, como Calderón, que crean un mundo ideal, aunque la realidad no deja de enlazarse en él (8), Quevedo vive una época de sobresaltos, vidas y muertes caídas y subidas de gobiernos que generan su amarga perspectiva sobre la vida, con su lujo de detalles; sobre la muerte, que está presente y actuante en su pensamiento. Por ello Quevedo es Valdés leal o un "Bosco", pero no puede negar su alcurnia en sentir lo breve de la vida y lo real de la muerte, teñidas de su estilo y forma propios, quevedescos.

Quevedo enlaza por un conducto más directo que cualquier escritor con este sentir semiestoico, cristianizable, crítico coamargo, lleno de sinceridad que hoy se llamaría autenticidad y que fácilmente se le canonizaría con el nombre de: popular y "contestatario".

Quevedo poeta y escritor del pueblo, porque se burla de la sociedad, ataca a los nobles, fracasó en el teatro formal y académico; pero sobre todo, porque asimiló mejor que nadie esta alma popular folklórica y dicharachera, en que lo joco



so llega a los límites burlescos de lo truhanesco y la realidad, al verismo de lo macabro.

¿Se puede hablar de un sentido estoico en la vida y el alma española, detectado hoy y siempre por los extranjeros, como algo duro, difícil, exigente o intransigente, como algo tridentino y muy anterior al concilio de las exigencias?. ¿Se pretende descubrir un atavismo estoico en el español que le ha dado ambiente, la vida y la vivencia, pero es más cierto y seguro que hay grandes hitos que mejoran la posesión hispánica?. Séneca es uno, el mayor, el original (9) y el punto fuerte de partida que emerge; pero una simbiosis con lo cristiano le da permanencia y carta de naturaleza hispánica que le hará revivir y venerar como fuente intermitente pero inagotable. El infante D. Juan Manuel, el Canciller López de Ayala o Fernando Pérez de Guzmán, lo hacen llegar hasta una asimilación más perfecta de este senequismo estoico de la caducidad de lo contingente y la realidad de lo escatológico, que es Jorge Manrique, Juan de Mena o Ausias March.

Hay un renacimiento y se puede admitir un verdadero neo-estoicismo, del que hemos hablado, y que, en este aspecto, más aún que en lo demás, es una vuelta a las fuentes. La Epístola Moral, sería el antecedente inmediato. El "ars bene moriendi", la virtud, que no es barata, se repite y reaviva ahora. Pero la característica posición frente a la muerte es lo que más domina y gobierna la idea estoica. La muerte no es un acto puntual, aislado, morimos todos los días desde que nacemos.

En las Cartas a Lucilio (10) Séneca expresa esta idea, que encontramos cristianizada pero trasladada íntegramente en la Epístola Moral: "Te hago presente lo que ya te hice observar, que nosotros no caemos de repente en la muerte, sino que nos acercamos a ella gradualmente. Morimos cada día,

porque cada día se pierde alguna parte de la vida y... Así, la última hora que vivimos no es la que nos da la muerte, si no tan solo la que la consume. Porque la vida, si está de ella ausente la virtud de morir, es una esclavitud."

Compárese con estos versos de la Epístola:

"¡Oh, si acabase, viendo como muero,  
de aprender a morir antes que llegue  
aquel forzoso término postrero!"

Con ellos anclaza Quevedo y parece más conscientemente es toico que algunos de ellos. Fiscal, implacable y concentrado luchador, émulo de Juvenal y fervoroso discípulo de Séneca, cuando moraliza o, con humor amargo, satiriza hasta los límites de lo conveniente, es el surgir del alma estoico-moralizante que toma conciencia de sí mismo. Quevedo no se cierra ni agota por esto en un género literario; satírico, lírico, humorístico, pero también, con toda la gravedad de la meditación filosófica, sin perder la luminosidad de una inspiración poética. La fugacidad del tiempo, la vanidad de las cosas, la brevedad de la vida, la eterna ilusión de la existencia, la muerte presente; Quevedo, traduce y repite parafrasea e imita y resucita a Séneca.

Veamos detenidamente cómo es heredero y creador de un "ars morindi" y de un "ars transcendentis" en que se sume con sus penetrantes e inspirados versos.

Sin embargo, en vez de limitarnos a testificar su vena e inspiración, es preciso ver por qué intención quiere llegar a un límite y a una orientación con sus meditaciones líricas, en sonetos impecablemente compuestos.

Quevedo repugna al hombre superficial, vulgar, sin hondón, que ventea los grandes valores, los valores trascendentes y los escatológicos. Al hombre español del XVII, al político y al artesano, del tiempo de F. Quevedo, le pasa aca

so más que a cualquier otro que, ante tanto cambio, decaden  
cia y desilusión, tiende a conservar una perspectiva visual  
de las cosas, de sus cosas, frente a todo lo esencial y tras  
cendente. Ante todo porque las cosas son o pueden ser las  
que no cambien, lo único que permanece en su vida, lo que  
le libre, en definitiva, de la tragedia externa y, sobre to  
do, de la inseguridad interna por la que el envejecimiento  
y el escapársele de su dominio la vida y el ser, nota con  
horror y lo rehuye la anticipación del morir. Como si pu-  
diera transportarse a la otra vida sus instrumentos o para  
hacérselos aborrecer, en ésta, sin darles valor los ridiculi  
za chocarronamente, pensando qué sucede en la otra vida con  
los apegos no trascendidos en esta.

Este texto de los Sueños parece un film de dibujos o un  
cuadro de Valdés Leal, pero no menos que un agudo análisis  
del hombre y las cosas que no ha logrado superar en el "cui  
dado" y se le han quedado pegadas. Sin someterlas y domesti-  
carlas le han superado y condicionado a él mismo.

"Después, ya que a noticia de todos llegó, que era el  
día del juicio, fue de ver cómo los lujuriosos no querían  
que los hallasen sus bjos, por no llevar al tribunal testi-  
gos contra sí; los maldicientes, las lenguas; los ladrones  
y maldicientes gastaban los pies en huir de sus mismas manos.  
... Pero lo que más me espantó fue ver los cuerpos de dos o  
tres mercaderes que se había calzado las almas al revés y  
tenían todos los cinco sentidos en las uñas de la mano dere-  
cha" (11).

Quevedo piensa, quizá, en la posibilidad de despertar en  
el hombre un drama interno y aligerar la maduración de su  
vivir con la anticipación de su morir. Pero además, la cadu  
cidad y la temporalidad de la vida y de las cosas que no tie  
nen que impedir la tendencia de la mente y la voluntad hacia

valores y verdades más absolutas y definitivas. Curioso y macabro este detalle atildado de lo postrero, que seguimos leyendo: "Iba sudando un tabernero de congoja, tanto, que, cansado se dejaba caer en cada paso, y a mí me pareció que le decía un demonio: -Harto es que sudéis el agua, no nos la vendáis por vino" (12).

La angustia hacia el fluir temporal que nos consume, nos hace agarrar a lo que nos parece seguro botín de vida, sin darnos cuenta que al mismo tiempo que nos agota este ir sin parar consumiéndose, nos crea, madura y hace ser. No es que se tenga que negar el paso del tiempo y que podamos inhibirnos a la experiencia universal y, en momentos desgarradora, del paso del tiempo y de la inconsistencia congénita de todo. La muerte se impuso a la naturaleza humana de distinta manera que la caducidad a las cosas; para ellas es un evento externo casual, ineludible y fatal. En el hombre la muerte está inserta y como impresa determinante de su vida y de su ser.

Nos parece que sentimos amargamente la muerte de los demás, y más la de aquellos que parece han formado y conformado nuestro espíritu, pero sentimos más nuestra propia muerte, en cuanto que es un punto de vista irrenunciable sobre la realidad universal. Pero, según Francisco U., nuestra perspectiva es tan miope como la del tabernero, que todo quisiera convertirlo en vino o que le añada agua para vender más; la del mercader que tiene la vida puesta en las uñas amasadoras de bienes. Quevedo es el anti-Epicuro, que proponía librarse del dolor y del temor a la muerte con esta falacia:

"La muerte no existe, pues mientras vivimos ella no está y cuando está, nosotros ya no existimos".

Está noche y día con nosotros, con nuestro caminar y des

cansar, en el cambio y en la permanencia.

Esta angustiosa situación vital en que el hombre vive, no tando el paso del tiempo, hoy, ayer, y siempre ha procurado ensordecerla, amortiguarla y olvidarla, por eso Quevedo le trae en broma, burla o veras al hombre a su juicio, a su muerte, a su infierno.

Los antiguos procuraron, ante todo, un orden estable y la proscripción del cambio y mudanza, a fin de que el hombre pudiera creerse siempre él mismo, o que, al menos la realidad que vivía no le recordase sin cesar que él mismo cambiaba e iba pasando, tan y más deprisa que las cosas. Sin embargo la esencial temporalidad que se agonizaba igual, les hacía salir de su mundo irredento.

El culto al tronco familiar y la pervivencia en los hijos y en la casa, eran el consuelo ambiental del propio morir cada día; para un siglo de cambios, decadencia y estructuras sin permanencia, se intenta estudiar una evasión de base: que la muerte desaparezca del horizonte de la vida y así no habrá la desdicha y la tristeza de su realidad y presencia.

El ansia del hombre quiere hacer desaparecer de su horizonte la muerte y lo escatológico. Quevedo se la presenta y se la pone en todos los postres y en todas las solfas; su concepto de la muerte intencionalmente más intenso tal vez que el de Unamuno y menos profundo que algunos pensadores de la "existencia". Su manera de trabajar frente a esta común evasión no deja de ser eficaz y claramente intencionada. Ningún hombre deja de experimentar la intolerancia al devenir progresivo, lacerante y acelerado; cuando el ritmo natural de la vida se rompe y cambia, experimenta el hombre que el proceso se puede acabar; un viaje, un sobresalto, un amago de enfermedad o un leve accidente, el hecho fortuito en un vecino o pariente o amigo. Bergson los llamaba "golpes de

timbal" pues estallan sin sinfonía, cerrando en cada uno un período de tiempo, que tiene un fluir sin retorno.

Quevedo busca directo el hondo sentir del tiempo, en el que piensa reflexivo, sin adular las cadencias, versos lapidarios, tallados en el diamante estóico-senequista:

"Ayer se fue, mañana no ha llegado,  
 hoy se está yendo sin parar un punto,  
 soy un fue y un será y un es cansado.

En el hoy, y mañana, y ayer junto  
 pañales y mortaja, y he quedado  
 presentes sucesiones de difunto". (13)

Partir es comenzar a morir; cada hombre está apolillado por la enfermedad del tiempo que se gasta.

Pero Quevedo tiene la habilidad y la oportunidad ética de buscar este sostén del edificio humano sin dolor, con naturalidad y sin lamentos desgarradores.

Quevedo se propone sacar esa radioscopia que es el desnudar al hombre de todo ornato y deja con esa profundidad tranquila, que es la comprensión de una verdad que inculca.

Este soneto tajante y fuerte, sin piedad, que encuentra sin fundamento a todo lo que puede perecer, parece ser una imagen que después va a usar Unamuno; ninguna enfermedad más terrible y desgarradora, que produzca angustia más decisiva que la úlcera de estómago, que empieza a digerirse a sí mismo, consumiéndose poco a poco.

La vanidad pudo levantar un monumento eterno en piedra o mármol que al tiempo pudiese desafiar y así del tiempo pudiera burlarse. Así el hombre se habría arropado de nuevo de lo inexorable, de lo trágico del acabar y su eternidad se hubiera asegurado. Los espíritus faraónicos y los poderosos de todos los tiempos habrían comprado en la vida el tiempo y la

eternidad por un precio. Su monumento no sería un símbolo que representa, sino una realidad que asegura y perdura lo que el hombre no es.

.....

"porque también para el sepulcro hay muerte".(14)

Quevedo juega con los términos y con los conceptos, como si no le costase meditar, reflexionar y producir nuevas ideas y, de su pluma fácil brotan a raudales nuevas transcendencias metafísicas.

No va Quevedo a lo fácil, a lo que se desprende naturalmente: piedra y mármol, hierro y acero, al paso del tiempo perecen. Un desaprensivo puede romper un día su paz, su silencio y su luto sepulcral, aunque no sea, quizás, impunemente.

Quevedo escribe su lapidario para el lector vivo, más que para el poderoso muerto. Cada cuarteto tiene su idea, cada terceto su enseñanza.

"Devanan sol y luna, noche y día,  
del mundo la robusta vida, ¡y lloras  
las advertencias que la edad te envía!

Risueña enfermedad son las auroras;  
luna de la salud es su alegría:

Licas, sepultureros son las horas." (15)

En otras ocasiones es el recuerdo lo que despierta el alma, la angustia de su brevedad y paso rápido del devenir. En un momento de especial evocación se trae a la mente ante sí lo que era y lo que es y lo que será, y choca su persona actual con su ser de hoy y de ayer, en una angustiosa suposición de que pronto no será. Pero el miedo a reconocer nuestra propia limitación constitucional y existencial, hace que olvidemos rápidamente como enojoso lo que nos pesa y que nos

aferramos si acaso a lo superfluo, como algo que encaja en la línea argumental de nuestra propia vida.

Quevedo destruye toda argucia e insinceridad en este soneto, que además es un anhelo existencial, que en su momento analizaremos.

"!Fue sueño ayer, mañana será tierra!  
!Poco antes, nada; y poco después humo!  
Y destino de ambiciones, y presumo  
apenas punto al cerco que me cierra.

Un análisis vital desamparado de toda "domesticación" perduradora y amparadora de un transvivir. En el primer terceto insiste en esta concepción desnuda del tiempo, que no recuerda cosas, sino que es o no es y termina en un análisis "heideggeriano" de las cosas, que cuanto más cuidado, cavan mejor el monumento de mi vivir.

Ya no es ayer; mañana no ha llegado;  
hoy pasa, y es, y fue con movimiento  
que a la muerte me lleva despeñado.

Azadas son la hora y el momento,  
que, a jornal de mi pena y mi cuidado,  
cavan en mi vivir mi monumento. (16)

Este sentido escatológico del todo, nada, del no ser y la limitación, le llevó a escribir: Cuna y sepultura.

En el elogio del buen juez, Don Berenquel de Aois, que comienza: "Si cuna y no sepulcro pareciere" (17), aparece Quevedo como un plenipotenciario dominador de conceptos y términos para expresar multitud de cosas en pocas y concisas palabras. El tema no es el manido de la alabanza o el epitafio, la loa o la apología. Quevedo hace todo lo posible sin que se lo impidan obstáculos y leyes poéticas. Parece que exige algo más al transeunte que lea su dedicatoria: "hués-



ped, advierte que en la tumba nace quien, como Berenguel, a vivir muere".

Es una lección plasmada fulgurante y exigente, llena de intención y llena de intensidad. Son dos formas que manifiestan lo contrario de aventar el contenido y los valores y parase en lo que hay de superficial e inocuo.

Quevedo muestra ser superpotente en palabras, más lleno de ideas, llenísimo de intenciones, dice más de lo que dice y menos de lo que quiere decir. Sus recursos lingüísticos le permiten mucho; sus multiformas del pensamiento le abren más ideas, y en todo busca algo más allá, que es la intención, con la palabra y la idea están superadas y trascendidas. El trascender la vida con la muerte, el tiempo con el más allá, lo mudable con lo que se fija, la volubilidad con lo constante. "La estatua del padre sería ociosa idolatría si sólo acordara de lo que hizo el muerto y no amonestara lo que debe hacer el vivo". (18)

Como el buen juez, es necesario vivir amortajado, no edificar para lograr vivir y así el que sin interés ni egoísmo propio, vive sin hacer daño a nadie, seguro que será llorado a su muerte.

Quevedo es un analista del tiempo y propone la mejor lección ética del vivir trascendiendo. Su análisis es profundo como su ingenio y el dominio de la palabra y el concepto es espada que hace enmudecer al pensamiento, por la verdad que propone y que con rapidez inaudita deja como caer, sin darle importancia.

Mejor que buscar en: Cuna y sepultura, su pensamiento denso está en sus sonetos.

Quevedo es el hombre que analiza el pretérito con su brevedad, rapidez y su despertar la angustia de ser en un devenir; para ello le basta recordar, asociar imágenes presentes

y pasadas. El hombre experimenta el tiempo de la vida como algo complejo, reiterado y superfluo. Sin embargo, si en es te recordar breve hay algo que encaja con la línea argumental de la vida, en ello encuentra descanso y satisfacción, y que no le compensan de su fugacidad y rapidez.

Cuando el recuerdo es impacto disperso, incoherente, sin peso categorial, ni argumento, más experimentará lo inútil, ineficaz y superfluo del ayer y su peso es muerte, que produce la angustia intrínseca del vacío.

Es verdad que el tema es viejo; es cierto que Quevedo no lo inventa y toma de lo estoico que hay en su obra, y lo hemos demostrado, pero la energía de expresión y el análisis minuciosamente hecho, llegando al hondo del ser y del existir es nuevo, original y adelantado.

En este soneto a Dn. Francisco de la Cueva y Oliva (19) confirma nuestra posición y afirmaciones, en estos dos atil dados tercetos finales, llenos de conceptos y ricas figuras:

"este (el polvo), el cadáver, el cuerpo,  
de Don Francisco de la Cueva  
fue prisión, que su vuelo nos advierte,  
donde piedad y mérito le lleva.

Todas las leyes con discurso fuerte,  
venció; y así parece cosa nueva  
que le venciese, siendo ley, la Muerte".

El hombre intercambia su vida con las cosas, por ella y el tiempo gastado las domestica, domina y se hace su dueño y poseedor; con ellas elabora su vida, "su obra". Cuando contempla con el recuerdo esta su obra que es su vida, reconcilia si con ella puede pagar por lo que le entregó; he aquí sus expresiones en este soneto:

Señor te llamas; yo te considero,

cuando el hombre interior que vives miro,  
 esclavo de las ansias y el suspiro,  
 y de tus propias culpas prisionero.

Y la razón está en el último terceto:

Descifras las mentiras del tesoro;  
 pues falta (y es del cielo este lenguaje)  
 al pobre mucho, y al avaro, todo. (20)

Pero llegó el intercambio total y sin paliativos, el recuerdo nos hace sentir temporales y al sopesar las cosas lentamente vemos en nuestra balanza de pagos su pérdida o su ganancia. Pero el tiempo nos ha recorrido suavemente, construyéndonos lentamente y amontonando con nuestra vida nuestra obra. El tiempo un día se acaba bruscamente, se corta, y el cambio es total y absoluto, puede que no quede obra, que no quede nada.

Quevedo tiene, a nuestro entender, solución para esta visión nihilista e inhane del que ventea todo y a sí mismo, del que subasta todo y a sí mismo. Primero quiere dejar sin apoyo al que confía demasiado en su obra, el que se transfigura en su dinero, porque nadie sabe mañana quién los "habrá" y quien los contará mañana.

La fortuna mis tiempos ha mordido  
 las horas mi locura, las esconde(21).

De momento es destruir al zapatero que se transfigura en sus babuchas de oro y al platero en joyas amontonadas, al joven en sus fuerzas y al viejo en sus esperanzas.

Quevedo es incoloclasta y radical; va al fondo sin miedo. Ni el monumento del dinero nos abrigará de la muerte, ni el monumento del cuerpo nos perpetuará. El resultado parece un pesimismo sentir de la vida que hubiéramos de criticar a Quevedo si le viésemos parcialmente pero D. Francisco no se queda aquí, como veremos.

Quevedo dedicó al Dr. Manuel Serrano del Castillo una ex tensa carta, que es una lucha contra el "fantasma de la muer te", pasando al lenguaje directo y en primera persona, poco frecuente en Quevedo; describe así la vida y la muerte en la vida:

"Sr. Don Manuel, hoy cuento yo cincuenta y dos años(22), y en ellos cuento otros tantos entierros míos. Mi infancia murió irrevocablemente; murió mi niñez, murió mi juventud, murió mi mocedad; ya también mi edad varonil. Pues ¿Cómo lla mo yo vida a una vé vez que es sepulcro, donde yo propio soy entierro de cinco difuntos que he vivido?...

Hanme desamparado las fuerzas, confiésanlo vacilando los pies, temblando las manos; huyóse el color del cabello y vistióse de ceniza la barba; los ojos, inhábiles para recibir luz, miran noche; saqueada de los años la boca, ni puede disponer del alimento, ni gobernar la voz; las venas para ca lentarse necesitan de la fiebre..." (23)

Análisis completo de la muerte sensitiva y el temor que se ha de tener, a apoyarse todavía en su ser y valer. La vi da, la muerte, el ser, el tiempo y la nada, el cuerpo, el movimiento, el cuidado...

La imagen es viva y más que penetrante, aguda y terrible; el tiempo nos constituye y nos destruye con el jornal del vivir preocupado. Para confirmarlo bastaría esta cita de "Cu na y sepultura": "Vuelve los ojos si piensas que eres algo, a lo que eras antes de nacer y hallarás que no eras, que es la última miseria. Mira que eres el que ha poco no serás; verás como tu vanidad se castiga y se da por vencida". (24)

No tiene una intención ciertamente existencialista del "Sorge" heideggeriano, pero ¿qué le falta a este análisis de la temporalidad, para ser mejor ética del tiempo y de la es catología que espera al hombre en su vivir preocupado?

Quevedo llega a la verdad interior del ser y del existir. A pesar de sus recursos conceptuales, estilísticos, gramaticales, le faltan palabras y expresiones; se le agotan las comparaciones para revelar la claridad interior que le da su concepción de la vida y de la muerte, lo que el tiempo lima y desgasta, y cuando el paso obligado solo deja lo fugitivo y ficticio y se lleva todo lo permanente y estable. Roma soberbia ya no es la altiva dominadora de los pueblos:

"Huyó lo que era firme, y solamente  
lo fugitivo permanece y dura" (25)

Hay dos notas que todavía pueden categorizar mejor la forma de ver al hombre ante la muerte de Quevedo, mirando a su "eschatón": la autenticidad de su postura ética y la actitud interior sentimental propia, que modernamente se ha llamado "Stimmung". (26) Este encontrarse ante la realidad y transparentarse sin tapujos, traspasar por los entresijos una realidad dura que se siente, se vive y no se miente ni desmiente. Antes hemos leído su nombre y su edad, su confesión ante la vida, sentir y existir son los de Francisco Gómez de Quevedo Villegas y no se oculta, ni ficticia ni poéticamente tras este "món" o el hombre como impersonal ser, que vive y siente anónimamente.

"Nací desnudo, y solos mis dos ojos  
cubiertos los saqué, más fue de llanto".

Esta afirmación sin pretensiones es una descripción profunda de su existir; por eso añade en este salmo: "volver como nací quiero a la tierra" (27). Su convicción sobre tiempo y vida y muerte es esta que describe en un salmo posterior:

"Todo tras sí lo lleva el año breve  
de la vida mortal, burlando el brío  
al acero valiente, al mármol frío,

que contra el tiempo su dureza atreve".

He aquí en qué se puede resumir y sintetizar todo su hacer y todo su existir:

"Antes que sepa andar el pie, se mueve  
camino de la muerte, donde envío  
mi vida oscura: pobre y turbio río  
que negro mar con altas ondas bebe" (28)

El mar se bebe al río; esta imagen viva y vivificante de nuestro poeta, a la que no da ninguna importancia, es sin embargo de una fuerza extraordinaria. Nunca cesa de llegar el río, nunca se entera el mar de su llegada; aún el momento corto es paso largo que doy a pesar mío, pues como termina él: aunque esté parado y aunque durmiente esté, siempre "aguijo".

### 3.2.1. La Única verdad indiscutible

Si en el apartado anterior podíamos concluir que una galería de muertes conduce en Quevedo a un elemento de revisión de vidas y que "mejor vida es morir, que vivir muerto" (29), ahora podemos decir que D. Francisco ha hecho de la muerte una verdad única, como si fuese la base y apoyo de su sistema y de su pensamiento. La única verdad indiscutible.

Podría, pues Quevedo no creer en esta vida y considerarla engañosa doblemente, aunque hubiera correspondencia perfecta entre objetos y percepción (30) y aunque la llegase a haber entre los actos y la razón humana, Quevedo no creería en la vida.

El hondo sentido en que afirma el autor la mentira del mundo consiste en que su realidad no es absoluta y permanente, sino muy relativa y pasajera. Podrán ser las cosas tal y como las vemos; las conductas, tal y como las apetecemos. Pero en relación con la realidad absoluta, firme, eterna, ¿qué son esas cosas y esas actitudes? Sombras fugaces, crepones fugitivos; entre dos trayectos de siglos, toque instantáneo de un ala en la superficie solitaria de un estanque; nada... Verdad que hay cabelleras de oro, pero, ¿Cuál es su verdad si duran algo más que las miradas a quienes recrearon y que no existen ya tampoco?... ¿Cuál es aún su verdad presente, cuál es la firmeza de su verdad presente, si el instante mismo en que las estamos contemplando, se nos pueden quedar entre las manos, como esos vilanos impalpables que el roce más sutil de nuestros dedos evapora?... Verdad, casi tangible para nosotros ahora mismo, la existencia de Alejandro el Macedón. Pero, ¿qué verdad es esa?

Tantas cenizas que ciudades fueron (31) ¿Verdad de la Historia sobre fondo de destrucción?:

Buscas en Roma a Roma, !Oh peregrino!

y en Roma misma a Roma no la hallas. (32)

Quevedo leyó a Montaigne y bien se puede hablar de influencia y referencias en su obra. En uno de sus "Essais" encontramos esta referencia de la muerte: prepararse una vida más tranquila, más placentera; habituarse así a la idea de morir, para que no espante en la vida el pensamiento de la muerte. ("Qui fourni nôtre vie d'une molle tranquillité et nous en donne le goût pur et aimable, sans que toute autre volupté est asteneite") (33)

Como quien, por tener en orden sus humores, hace de cuando en cuando una cura de aguas.

Más profunda es la misma verdad estoica sobre el morir, pero es posible pensar que esta idea no caló en Quevedo y que sólo le sirvió para profundizar más en ella, hasta encontrar apoyo más sólido. Mirarse al espejo, para quedarse con la misma fealdad de antes y olvidarse después, no vale la pena: verdades a medias son falsas verdades. Quevedo prefiere llegar al convencimiento, al interior, y a las consecuencias todas que ello pudiera tener, la muerte es verdad a enteras y no es para endulzar la vida y dejar tranquilos a la gente.

Los que leen sus sueños y aún sus bufonadas macabras no sacan nunca la idea de la vida fácil y la muerte ficticia, idea cómica que sirve para jugar al carnaval, como pudiera servir la vida escolar de su tiempo.

La muerte es tema constante de meditación en los estoicos que se renueva con el recuerdo del tiempo, que lo va devorando todo y destruyéndolo, para arrojarlo en el abismo sin fondo del pasado. Quevedo asume esta dimensión para darle un tinte de verdad y profundidad, que ya no es estoica. El pasado tiene un sentido: "Enmiendan o secundan mis asuntos!"



Esta es, a nuestro parecer, la moraleja y el meollo de la verdad de los muertos y de la muerte: Cuando su vida es capaz de enmendar nuestra plana y de no dejarnos indiferentes, la muerte es una verdad que esclarece muchas dudas. Quevedo lo entiende así:

Retirado en la paz de estos desiertos (34)  
 con pocos pero doctos libros juntos,  
 vivo en conversación con los difuntos  
 y escucho con mis ojos a los muertos.

Si no siempre atendidos, siempre abiertos,  
 o enmiendan o fecundan mis asuntos;  
 y en músicos callados contrapuntos  
 al sueño de la vida hablan despiertos.

.....

Es de notar esta última y definitiva expresión para confirmar nuestra idea. Lo real no es precisamente la vida con sus vaivenes vivaces. Lo real es la muerte y la vida es un sueño. Afirmación cuya osadía es extraordinaria. Se suele decir que la muerte es representada por el sueño, pero que la vida sea un sueño propone la realidad de la muerte, como realidad más viva y superior. Nos atrevemos a afirmar: para Quevedo llega, en momentos, a ser la única verdad el "leit-motiv" de su pensamiento.

"Diéonos Dios una vida sola y tantas muertes.

.....

Si yo vuelvo, yo procuraré empezar a vivir". (35)

Algunos pueden encontrar una simple frase hecha en esta profunda meditación escatológica de Quevedo, pero el contexto es ilustrativo e insinuante. "Otros hay que están enfermos y exhortándolos a que hagan testamento, que se confiesen,

dicen que se sienten buenos y que han estado de aquella manera mil veces. Gente que está en el otro mundo y aún no se persuade que están difuntos". (36)

Heidegger, Kierkegaard hablan de existencias inauténticas, de quienes pasan sin vivir aun viviendo. Muchos de los personajes ensartados por nuestro autor en estos sueños, con visos de realidad, no son hombres que viven en una vida auténtica, no viven la verdad, viven la apariencia; después de muchos años de vida, tienen que afirmar que no han vivido, que si pudieran volver procurarían comenzar a vivir de nuevo; y recalca: a empezar. La maestra y pedagoga de la verdad incontrastable ha sido la muerte.

De nuevo aparece en Quevedo la expresión conveniente: un necio quien vive como si siempre hubiese de vivir y cuerdo quien vive cada día, como quien cada día y cada hora puede morir. La carga ética que este pensamiento abundante tiene, no la hacemos resaltar tanto como su visión más filosófica de las cosas y de la vida, comparadas con la muerte.

Como lo positivo resalta de lo negativo, Quevedo señala lo engañoso de las apariencias de la vida, frente a la verdad de la muerte. Con sus burlas, sus sarcasmos parece que se mofa de todo, sin embargo queda bien claro y cierto que la muerte existe, que es verdad, que es una gran verdad, maestra de la vida y desengañadora de sus sueños.

Un Tremendismo desmedido influía en muchos predicadores de la época, para presentarla como lo temeroso y lo opuesto a los goces y disfrutes de la vida. El, "comamos y bebamos hoy que mañana moriremos", es la respuesta a un tremendismo que ha impedido ver con claridad el objeto ético-moral de la muerte. Calaveras y vestidos negros, obscuridad y tenebrismo se ha amontonado sobre los cuadros y sobre los espíritus, para no dejar ver una realidad enlutada.

La ética del tremendismo fué el miedo y el horror, Quevedo, a fuerza de ridiculizar la exajeración y lo estremo, desaconseja y despreocupa del miedo a la muerte, como actitud negativa. Se teme lo que se desconoce o no se puede superar, lo que viene de repente, sin dejar tiempo a medir ni a reflexionar. Vivir toda la vida velando serenamente la muerte, esta es la forma de vivir. Quevedo sintetiza así: "por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo de morir!".

Quevedo busca la verdad de la muerte como lo real y auténtico. Que se ha de presentar sin tremendismos y se ha de aceptar con cuidado y resignación y aún con trascendencia y aceptación, como veremos. Pero sobre todo la presenta como lo cierto y seguro frente a las apariencias y engaños del mundo y de la vida. (37)

### 3.2.2. La muerte, verdad desnuda

Es interesante e incluso necesario, echar una ojeada a la manera de vestir y de vivir de la época de Quevedo, para ver hasta dónde llega su presentación de la verdad de la muerte, frente a las maneras de ser y aparentar de sus contemporáneos. Los gastos, lujos, vestidos y alimentos, el adorno y el gobierno de la casa darán una nota característica y significativa, particularmente si se las aplica a las clases superiores. Los decretos y prohibiciones que se suceden, más o menos, con aparente eficacia, en favoritos, nobles y cortesanos, lútes en esquivar las recriminatorias condenaciones. (38)

L. Pfandl describe así la elegancia masculina afectada y paripuesta: "El pie menudo y la pantorrilla firme y contorneada eran la piedra de toque, la norma definidora de la belleza varonil y, cuando la naturaleza se mostraba pobre en la concesión de estas dotes de belleza, se acudía al artificio y a la industria para conseguirlas" (39).

El atuendo femenino con el llamado "verdugado" y el vestido de gran vuelo de caderas que degeneró en las exageraciones del guarda-infante. (40)

Calderón y Tirso, por acudir a otras fuentes, nos describen con versos acerados estas vanidades femeninas:

"Tocados, cintas y medias, guantes, pastillas, pebetes, faldriqueras, zapatillas, y bolsos" (41)

La vanidad de lo transitorio puesto de relieve humorísticamente por Quevedo, al quererle dar un valor absoluto, hace ver la falsedad y el sinsentido del mundo, a la luz de la verdad de la muerte.

Lo inconsistente de las cosas y la fugacidad de los bienes es motivo de la reflexión ético filosófica que busca y

encuentra su apoyo en la muerte, como realidad indestructible. Así "ni entre la risa se olvida de su doctrina". "He querido que la muerte acabe todos mis discursos como las demás cosas" (42).

De una aplicación parabólica y de una observación sencilla, Quevedo nos trae esta comparación ruda y desnuda, real y sincera; profunda como una meditación y exigente como un camino ascético impenetrable.

La muerte... ...Pues ¿a qué vienes? -Por tí "Perdido de miedo, le dije: -¿no me dejarás vestir? -no es menester, respondió- -Qué conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa. Yo traigo los trastos de todos porque vayan más ligeros". (43)

!La verdad desnuda de la muerte! no necesita que se tape con nada, que se oculte con tanto trasto que sólo sirve para disimular y ahogar la realidad.

Quevedo no para en la superficie de la observación externa y va hasta lo profundo. Frente a la vanidad en el vestir, aparentar y presentarse, la muerte desnuda es terrible lección pero la vanidad en la misma muerte, vestir luto por disimulo, construirse un hermoso túmulo y adornarse con símbolos de la muerte, no es la muerte misma, es retorcer de nuevo la verdad en mentira profunda y fuerte en vanidad.

..."Allá nos la pintan unos: huesos descarnados con su guadaña!" Paróse y respondió:

"eso no es la muerte, sino los muertos, o lo que queda de los vivos... la muerte no la conoceis y sois vosotros mismos vuestra muerte. Tiene la cara de cada uno de vosotros y todos sois muertes de vosotros mismos".

"Lo que llamáis morir es acabar de morir y lo que llamáis nacer es comenzar a morir y lo que llamáis vivir es morir viviendo"... "Si lo entendieráis así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí la muerte cada día" (44) Muerte

por todos los lados como agua que rodea a esponja, como aire que respira el pájaro, como verdad de conducta más impondrable que pueda existir y sin remedio, lugar, duda o disimulo.

La muerte que despoja y desnuda de atuendos símbolos y en cubridores de la realidad humana es puesta sobre la mesa con ese rico repertorio, lanzado vertiginosamente, como quien vacía un cuerno lleno de abundancia de conceptos, sentidos, pensamientos y las verdades teológicas más elevadas.

Para ver la muerte con su realidad decisiva traemos este texto maravilloso, parangonable con cualquier selección de Calderón de la Barca (45) en el que lo profundo del pensamiento y la riqueza del lenguaje caído y como descuidado, amontona, sin querer, contraposiciones que suponen nuevas y continuas reflexiones distintas:

"En esto entró una que parecía mujer, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos (46), seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros" (47).

Parece jugar, reírse, pero ciertamente habiendo otras maneras de decir que muere el rico y el pobre, que la muerte los iguala, pocos, desde el Cohelet, han llegado a decir tan rotundamente que la muerte es la sola verdad desnuda, aquí, ahí, allá, "y cuando pensé que empezaba a entrar, estaba ya en mi cabecera". La muerte se entra de rondón y se llega a lo profundo, a la intimidad, a la verdad fundamental que si diera sentido a la vida, de otra forma viviría aquí y ahora.

Las cosas y los hechos, el "mundo" todo, tiene en la idea quevediana una forma teatral especial, menos grandiosa o grandilocuente que en Calderón. Es ficticia su belleza, su arte, su ser y su vida. La concepción pesimista de todo, le vendrá por aquí. Frente a todas ellas, la muerte es mayor

realidad. Las cosas pueden ser elaboradas y aparecer artísticas en un momento y según unas normas, pero a Quevedo le hacen reír sus pretensiones, su aparatosidad, su función teatral.

No comprende como el espectador puede darles excesiva vida, excesivo valor, pretender su eternidad es algo que le repugna; con su látigo acerado, que es su pensamiento y su palabra y su pluma, manifestará su quiebra en contrastes. El espectador necio toma parte en el espectáculo del mundo y en el teatro de las cosas; a lo que es pasajero le da valor eterno y, Quevedo se revela contra las formas, que no son definitivas y que tienen sólo la apariencia de nuestra necesidad, capricho, gusto o satisfacción.

La muerte es el paso de lo definitivo, lo que está en todos porque es igual para todos; se convierte poco a poco en absorbente objeto presente, constante y grave que da valor a todo.

Las cosas y los seres suficientemente bellos para disfrutar de lo que en el instante nos ofrecen es canto de poetas, "hueros", "chirles" y "hebenes". A pesar de su fugacidad, algo tienen que merezca la pena, nos podría decir cualquier cantor de la flor, la mujer, el amor, la belleza o la bondad. Para Quevedo estas mismas "cosas", aunque hermosas, tienen un sabor desesperadamente trágico, agudo y postrimero que hace constantemente subyacer como realidad presente.

No nos referimos a que con gusto macabro o virulencia afectiva quiera oponer contrastes a la vida y la belleza. Quevedo ha roto el equilibrio idiomático, con tanta frecuencia, que hay que adivinar por su riqueza la preñez de sus humores y no la espectacular manera burlesca de llamar la atención con neologismos (48). Pero además, el fondo, verdad destacable y real que existe, es la que estos análisis,

tomados a modo de ejemplos encontramos en toda su obra. "Mundo por dentro", "Cuna y sepultura", "Virtud militante" o Sueños del que está despierto para lección de los dormidos, son obras que se centran en esta tesis; pero las mejores muestras las encontramos, tal vez, en esta poesía maciza, sin desperdicio idiomático y conceptual. La verdad que trasciende no una vida sino la vida y la vanidad de todas las cosas.

Falleció César, fortunado y fuerte;  
 ignoran la piedad y el escarmiento  
 señas de su glorioso monumento,  
 porque también para el sepulcro hay muerte.

Sin pretender corregir a J. M<sup>a</sup> Cossío, (49) la reflexión sobre nuestra afirmación, nos permite añadir muchas cosas. Lo fuerte y fortunado que fue César se puede mostrar en un monumento desafiante y ostentoso, pero la vanidad y la soberbia, como todo lo elegante de lo que en este mundo ha sido criado, tiene su muerte bajo la enfermedad del tiempo. En el magnífico grupo en bronce, que en el pueblecito del Roncal inmortaliza la memoria de Gaiarre, se ve plasmado hoy lo que en el de César ayer. Muy contenido y depuesto, el cicerone del lugar pide al curioso turista un minuto de silencio respetuoso, para mejor obtener la admiración por la obra de Benlliure y para oír, según cuentan, como suena la música de Gaiarre al pasar del viento y al tocar el ángel la inmensa caja de metal. Claro que, añade, ante nuestra observación, el tiempo, no muy piadoso, va dejando su huella, y, necesita reparación.

Muere la vida, y de la misma muerte  
 muere el entierro rico y opulento;  
 la hora, con oculto movimiento,  
 aún calla el grito que la fama vierte.

Las horas devanadoras del tiempo y azadas que cavan el



campo de la vida; acallarán la fama de la riqueza y la opulencia en el sepulcro de la muerte, que es la desaparición de todo gusto de fama, alzado por la riqueza y el llamar la atención, de la opulencia y ostentación, que la vanidad del mundo y la apariencia quiso alzar como eterna, sin contar con la línea de las horas que desmorona aún los mármoles duros y las rocas con su oculto movimiento.

Mofa, risa, reflexión espiritual o sana teología de la oración impetratoria, tienen estos textos del Sueño del Infierno. Al mismo tiempo que su idea sobre las cosas; la verdad y la mentira, la realidad y la verdad única que es la muerte, que lo acaba todo y todo lo consume y lo cambia.

Quevedo describe así al hombre, que apegado a la tierra no piensa en la verdad de la separación de todo y en el que un día todo lo tendrá que dejar: "¡Oh corvas almas inclinadas al suelo, que con oración logrera y ruego mercader os atrevisteis a Dios y le pedisteis cosas que, de vergüenza de que otro hombre las oyese, aguardábase a coger sólo los retablos!... ¡Qué presto os dejaron! y ¡Cómo ingratas no os fueron compañía en el postrer paso!" (50).

En el examen riguroso que al mundo le hace para volver las entrañas por fuera, y ver las que tiene por dentro, descubre la vanidad de los entierros, la máscara de los intereses y orgullo y soberbia de los difuntos. El mundo por dentro, por cualquier parte que lo examinéis, si no es que ignorante crea las apariencias, todo es hipocresía y vanidad.

"También los muertos tienen su vanidad y los difuntos y las difuntas su soberbia. Allí no va si no tierra de menos fruto y más espantosa que la que pisas, por sí no merecedera de alguna honra ni aún de ser cultivada con arado ni azadón" (51).

"¡Qué diferentes son las cosas del mundo de como las ve

mos! Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos y nada creeré menos de lo que viere" (52). Más abajo añade: la sola verdad real y auténtica es esta que todo lo aclara, "Delante voy, donde aguardo a los que quedáis, acompañando a otros que yo vi pasar con mi propio descuido".

### 3.2.3. La muerte como primera determinación categorial

La muerte entendida como dimensión constitutiva y permanente de la existencia humana, testimonio de su esencial inconsistencia:

Pues si la vida es tal, si es desta suerte  
llamarla vida agravio es de la muerte. (53)

Hay una especie de oscuridad de la vida para que la muerte cobre ventaja y predominio, un algo de desprecio estoico del cuerpo y un desengaño del tiempo pretérito. El cuerpo es tumba y menoscabo del ser verdadero del hombre:

Menos me hospeda el cuerpo, que me entierra,  
Se torna la vida prisión, en limitación lo que es equivalente del dolor:

Dióme el cielo dolor, y dióme vida

La muerte algo determinante, inevitable, forzosa, heredada:

Que hasta de breve muerte desconfío (54)

Como si al hombre le gritaran, apenas nacido y, que puede oír aunque comprender no pueda: ¡morirás de muerte!.

La muerte no impuesta a la naturaleza humana, de fuera, como evento dañino, externo y casual. La muerte se inserta en el ser del hombre, en su temporalidad constitutiva y esencial e ineludible y fatalmente dispuesto a morir desde su concepción. Impresa en su destino y en su ciclo, cada hombre muere cada día, aunque un desenlace concreto consume el desenlace final, que lleva en su seno desde siempre. La limitación de su fin próximo o lejano, aceptado o no, le costará integrarlo, pero el hombre lo lleva en sí mismo.

Quevedo ¿se adelanta a una concepción radical y metafísica del ser-para-la-muerte-? Muy lejos de él usar una terminología que pudiera barruntar a los filósofos de la existencia.

Pesimista y abundante en ideas negativas, nunca fue un hombre angustiado por la vida y con la náusea de la existencia. Capaz de superación y transcendencia se escapa por arriba, lo que le puede oprimir el categorizar, concreta y llanamente al hombre, que ve, vive, observa y conoce en sus dimensiones y entresijos..

La radical situación intratemporal, que a la vez nos consume y nos crea, en cierto modo, Quevedo la aplica constantemente al hombre concreto para decirle que es muerte, que vive muriendo y que es necio y metecato si no llega a destacar racionalmente su situación

La profusión entre la baraúnda de cosas que le rodean peligra anhegarle, si, por la superación y el "cuidado", no sobresale y sobre-nada en el mar confuso de la cosificación sin sentido.

Los animales y las cosas mueren pero el hombre no puede morir y desaparecer como los animales. El hombre es capaz de integrar la muerte.

Es inútil intentar una paternidad existencialista, pero corre de nuestro cargo mostrar una preocupación existencial del hombre concreto de cara a la muerte, que extrañó a sus contemporáneos y puso en vilo siempre al que ha querido meterse con la obra ingente de este hombre polifacético, que tan pronto arremete, con razón, contra la vanidad y el ser de la existencia ficticia, como se burla a carcajadas, de lo que parecería constitutivo y sagrado de la misma manera auténtica de ser del hombre.

Pero veamos despacio sus afirmaciones, meditando, como meditó él, sobre la muerte.

En su obra jocosa, en su Buscón, pongamos, no debieran presentarse en el relato del "Buscavidas" más que lo divertido y alegre y no le falta tema ni palabras, ideas, imáge-

nes o sueños. Pero la muerte, en oblicuas imágenes, sombras y desesperanzas está siempre presente, de tal forma, que este "cuidado constituye la vida del pícaro": el cementerio, el auto de fe, la caducidad, las ilusiones y el desengaño. Todos ríen y se divierten; el pícaro medita y reflexiona. El hombre necio que lo vive y no llega adentro, se queda con la estereotipia del sarcasmo y no penetra hasta el verdadero interior y preocupación de ese antihéroe que es el hombre despojado de todo. Sólo le queda la cualidad categorial, intrasferible, sabe que puede morir; sabe la muerte; este es su último cuidado.

Los animales y las cosas mueren y desaparecen también, pero no mueren de muerte, mueren sin "cuidado".

Una de las obras más retocadas y finales de Quevedo es la de Marco Bruto (55). Su tema político está claramente definido, pero sus intenciones se escapan hacia su pensamiento fundamental; la oración de Porcia es una síntesis antropológica de la escatología humana. Por lo que se refiere a este entender al hombre, como el ser con cuidado, es un análisis extremadamente fino:

"Más quiero merecer ser tu mujer, que serlo; mejor es dejar de ser mujer con la muerte, que ser mujer y no serlo con la vida. Con esto nos acabará un cuidado a entrambos, pues yo te veo morir del que tienes y yo muero del mismo por que no le tengo" (56).

Sin pretender hacer Metafísica, con su capacidad discursiva dialéctica y lógicamente endiablada, Quevedo nos hace pensar en un existencialismo antropológico interesantemente avanzado. Lo que constituye el meollo y lo que hace que valga la pena vivir o morir, le da algo profundo que orienta y dirige la vida entera que es voluntad, libertad, elección, intención... veámoslo más despacio, porque Quevedo nos da pie su-

ficiente. Hay un texto en el "Sueño del Infierno" que no es, a nuestro entender, ni cumplido ascético ni mera elucubración piadosa. Es muestra de su vastísima cultura que no omite a nadie y a nadie olvida. Dositheo hereje de la inmortalidad humana, no es el motivo más importante de la alusión ni del texto. Es su réplica y su afirmación lo que profundiza y aclara su pensamiento. "Dositheo" es ignorante (más que todas las bestias) y se priva de un bien tan grande, pues cuando fuera así, que fuéramos solos animales, como los otros, para morir consolados habíamos de fingirnos eternidad a nosotros mismos" (57). Aparte una solución cristiana, es importante en su reflexión antropológica: el hombre es el animal que no muere como los otros. Sería capaz de fingirse eternidad a sí mismo para morir consolado. Calderón expone con mimo este pensamiento en la jornada I, Escena II, en un soliloquio inicial de Segismundo:

Nace el ave, y con galas	Nace el bruto, y con la piel
que le dan belleza suma,	que dibuja manchas bellas
apenas es flor de pluma	apenas signo es de estrellas
o ramillete con alas,	(gracias al docto pincel)
cuando las etéreas auras	Cuando, atrevido y cruel,
corta con velocidad	la humana necesidad
negándose a la piedad	le enseña a tener crueldad,
del nido que deja en calma:	monstruo de su laberinto;
¿Y teniendo yo más alma	.....
tengo menos libertad?	Nace el pez, que no respira
	.....
	Nace el arroyo, culebra
	entre flores se desata...

El ave, los peces, y el bruto y hasta el arroyo tienen libertad, pero el hombre sólo sabe que la tiene o no y sabe cuál es la que ha de elegir.

La muerte es una categoría humana porque es una condición del hombre, la condición de morir o de haber nacido para morir. Esto es lo que le extraña a Quevedo que no acepte el hombre, que quiere convertirse en eternidad y que no lo sepa, como no lo saben los animales, que no lo viva, como no lo viven los brutos.

La muerte-verdad para el hombre, no como un silogismo racional, como veremos, sino como una continua vivencia del morir. San Agustín que fue siempre uno de sus grandes solicitados, y en quien halló las mejores soluciones, nos habla del hombre cuya finalidad existencial es el morir. (58)

No se trata de una decisión personal del hombre para que sea plenamente libre y en la que él entre como árbitro de su propio destino, y en esto le aventaja la libertad que es elección más pura, pero sí un acto de personal percepción pura. El hombre personal y cuerdo tiene que saber, tiene que sentir, tiene que ser en su vida tal que en su muerte; no es un ausente a quien se pueda alejar, sino un presente que se hace notar, sentir, creer, vivir.

El hombre como realización de una aventura del ser personal que se consigue en la muerte como fin, pero que está presente desde el principio; desde su definición desde su partida.

"Llevado desde el vientre a la sepultura" (59), es la expresión de Job, cuyo eco vamos a encontrar en Quevedo.

Y esta otra idea: "Porque yo conozco que me reduces a la muerte y a la casa determinada a todo viviente" (60).

Séneca también será seguro camino para Quevedo y antecesor:

"Cada cual tendrá lo que se le señaló el primer día. Desde aquel en que vió la luz primera entró en el camino de la muerte". (61)

Agustín tiene también perspectiva semejante:

"Desde que se comienza a ser en este cuerpo que ha de morir, nunca deja de estar viniendo la muerte. Cosa es de su mutabilidad el que durante toda esta vida (si vida se ha de llamar) se esté llegando a la muerte".

Y en Quevedo repercuten con amplio son:

La vida omnipotente hacia la muerte... "Del vientre a la prisión vine en naciendo".

O bien este otro más genial y humano:

..."Antes que sepa andar el pie se mueve camino de la muerte".

La genialidad de nuestro poeta es poder expresar esa angustia terrible por medio de objetos comunes: el vientre, el pie, y el camino. Al presentar la dinámica del hombre hacia la muerte por medio de la imagen del pie, nos ofrece un sentimiento más humano. Nos habla más directamente.

Una de las premisas que el nacimiento encierra para Quevedo es que el nacer y su subsiguiente contacto con el vivir, requiere una especie de pago anticipado. Este será hecho en forma de lágrimas. Debemos recordar que esta expresión, por lo demás muy humana, no se encuentra en los escritores que le anteceden. En efecto, según el pensamiento Quevediano, lloramos porque no fuimos desgraciados antes de nacer y porque en el futuro podemos serlo. Cuando nace el hombre se embarca en la aventura de poder llegar a ser una entidad, segura de sí misma. Por eso, por no poder ser en esta existencia terrenal es que:

"Todos muriendo en lágrimas viviendo  
desde que en el nacer todos lloramos".

("Elogio al Duque de Lerma").

Aún más dramática nos parece la confesión experimentada por el mismo poeta:



"Nací desnudo, y solos mis dos ojos  
cubiertos los saqué, mas fue de llanto".  
("Lágrimas de un penitente").

Detengámonos un instante y comparemos, brevemente, la ac  
titud de Job ante el mismo fenómeno existencial:

"Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornar  
ré allá. Jehová dió y Jehová quitó: sea el nombre de Jehová  
bendito".

Quevedo definirá así al hombre:

- ¿Cómo te llamas?
- Mortal.
- ¿De dónde vienes?
- Fui concebido en pecado.
- ¿A dónde vas?
- A rendir cuentas.
- ¿Posees algo?
- Miedo, tristeza, hambre, sed, seguridad de morir.
- ¿Nada más?
- El deseo de ser perdonado y la esperanza". (62)

Es una síntesis completa, un adelanto de todas las solu-  
ciones que él presenta, pero no la menos destacable, es su  
análisis antropológico de esta categoría humana que es la  
muerte como impregnante y substantivo que se nos eche en ca  
ra. Te llamas, me llaman, mortal, porque eso somos. También  
poseemos algo como seguridad indeterminable, la seguridad de  
morir. Ser y poseer aquí se juntan para reforzarse. No pode  
mos pretender que diese Don Francisco un contenido antropo-  
lógico a cada uno de estos términos, pero sin querer, quizá,  
ha puesto intensidad en conceptos decisivos para decirnos lo  
que es el hombre con categoría mortal. La muerte es un momeno  
to esencial y constante de la vida, sin contradicción inter-  
na, por lo de momento, porque la recorrerá desde principio

hasta el fin, por eso es esencial también.

Esta lucha de contrastes, que se da en Quevedo, nos muestra una vez más su mundo interior, hecho de enfrentamientos y guerras.

!Tan amigo de la vida y doctor de la muerte!.

!Tan halagador de las cosas y condenador de su disfrute!

Disfrutando desesperadamente y con amargura de postrimería que agudiza el fin.

Muerte y vida, tiempo y momento, extinción y fecundidad; lo más descabelladamente abstracto y confuso, mezclado con lo más minuciosamente analítico. Esta categoría de fin y de muerte la mezcla y endosa como sal y pimienta de condimento.

Este famoso soneto, de entre los poemas amorosos, es de los más representativos de nuestra afirmación y de lo que es el pensamiento quevediano:

!Ay floralba! soñé que te... ¿dirélo?

Sí, pues que sueño fue: que te gozaba.

¿Y quién sino un amante que soñaba,  
juntara tanto infierno a tanto cielo?

.....

Más desperté del dulce desconcierto;

y vi que estuve vivo con la muerte

y vi que con la vida estaba muerto.

Las cosas y los animales que nacen y perecen no piensan ni sienten ni tienen cuidados, solo el hombre se pregunta por el tiempo y el trabajo y el cuidado que le dan las cosas y lo que las cosas significan para él.

Veamos esta diferencia y contraste antropológico pleno, en esta poesía del reloj de arena. Algo que el hombre ha llegado a "domesticar", es decir, le ha echado como un lazo de vida para convertirle en su mundo, le ha dado sentido, y se ha comprometido con él.

El hombre intercambia la vida con estas cosas y llega a explicar el "domus" que le sostiene. Pero entre ellas, el reloj, que cuenta el tiempo y nuestras horas que pasan, es algo difícil de integrar, no es sólo un instrumento "domesticado", es un algo compromisorio.

Frente a la obra de arte el reloj sirve para... Frente al martillo o el destornillador, el reloj es algo más. Aquella puede sernos una recompensa y una satisfacción al tiempo gastado, al esfuerzo y al trabajar. Es como el fruto maduro que prolongará nuestra vida gastada y que, así ella, por anticipado, nos recompensa. Quevedo mostrará que es vano nuestro intento y fallida nuestra esperanza (63). Pero el reloj nos compromete la sensación del tiempo que pasa. La obra de arte ha gastado nuestra vida; el trabajo que ha producido está ahí acumulado, pero el reloj es enemigo, cuenta, controla y espía.

Quevedo escribió tres silvas al reloj de arena, de campanilla, de sol. Cada una es una lección sobre la vida y la muerte, de las cosas y del hombre que muere, sin que ellas se quieran dar cuenta. Quevedo increpa acremente al reloj y le considera como enemigo jurado de su vida.

!Qué tienes que contar, reloj molesto  
 en un soplo de vida desdichada  
 que se pasa tan presto;  
 eh un camino que es una jornada...  
 Deja pasar las horas sin sentirlas,  
 que no quiero medirlas,  
 ni que me notifiques de esta suerte  
 los términos forzosos de la muerte. (64)

El reloj no puede sentir el tiempo ni las horas iguales o diferentes, la vida o la muerte, no las puede sentir.

El reloj no puede tener cuidados, preocupaciones, amor,

lástima, temor. El hombre lo tiene todo, en ello gasta la vida, con ello llega a la muerte y puede ser, si muere, polvo y arena, como el reloj que cuenta y sí continúa viviendo, vidrio quebradizo, por la vida y el cuidado.

"... Los cuidados  
mal acondicionados  
que alimenta lloroso,  
el corazón cuitado y lastimoso  
y la llama atrevida  
que Amor, ¡triste de mí! arde en mis venas  
no sólo me apresura  
la muerte, pero abréviame el camino". (65)

Puede convertirse en todas las cosas y él y las cosas en ninguna de las que el hombre puede. Puede tener como oficio el contar las horas del vivir, pero no eres mayor por eso. El hombre es consciente de mortalidad, de su categoría de limitado, de fugitivo, como dice magníficamente Quevedo. Ni el animal, ni las cosas tienen este sentido y sólo el hombre se lo puede dar; pese a sobrevivirle el animal o la cosa dejarán de tener sentido, cuando el hombre que muere se lo deje de dar.

"Bien sé que soy alimento fugitivo;  
ya sé, ya temo, ya también espero  
que he de ser polvo, como tú, si muero,  
y que soy vidrio, como tú, si vivo". (66)

### 3.2.3.a. Quevedo categoriza su vivir en su morir

Hemos insistido que repugna al que se apoya en lo mudable, en lo que pasa: al que cree en la eterna juventud; a Roma si cree perpetuarse en sus monumentos y medallas, que el tiempo lima y gasta; pero pocas veces ha reunido mejor que en este par de composiciones, sabrosa meditación del "preocupado" del que vive la "angustia vital".

Un soneto y un salmo cuyo contenido biográfico nos daría la psicología de Quevedo redivivo, retratado en unos cuantos versos:

"Cuando me vuelvo atrás a ver los años  
que han nevado la edad florida mía;  
cuando miro las redes, los engaños  
donde me ví algún día,...

Pasa veloz del mundo la figura  
y la muerte los pasos apresura,  
la vida nunca para,  
ni el tiempo vuelve atrás la anciana cara". (67)

Nadie se prometa vida larga o corta; nadie olvide lo breve del camino, porque en naciendo comienza la jornada que puede terminar en un breve paso; la cuna puede enlutarse y el oriente no distar de su ocaso.

Necio quien no cree en la brevedad de la vida y en la presencia de la muerte:

Sólo el necio mancebo  
que corona de flores la cabeza  
es el que solo empieza  
siempre a vivir de nuevo. (68).

El soneto está aún mejor trenzado; más lleno de esta filosofía del vivir que llena el pensamiento conceptista moral

de Quevedo. Es más completa la visión de la vida y de la muerte. El Hombre, analizado en su hondón, ya no puede quedarse con las flores del camino, tiene que saber a dónde va y cuál es su único y fuerte destino. (69)

!Cómo de entre mis manos te resbalas!

!Oh, cómo te deslizas, edad mía!

!Qué mudos pasos traes, oh muerte fría,  
pues con callado pie todo lo igualas!

Feroz, de tierra el débil muro escalas,  
en quien lozana juventud se fía;  
mas ya mi corazón el postrer día  
atiende el vuelo, sin mirar las alas.

!Oh condición mortal! !Oh dura suerte!

!Que no pudo querer vivir mañana  
sin la pensión de procurar mi muerte! (70)

.....

En estas expresiones admirativas se refugia condensada toda posición de autenticidad, frente a la muerte, su modo de hallarse. Analizando someramente el dinamismo interno de sus verbos, se adentra en la riqueza interior de su pensamiento: "te resbalas entre mis manos", "te deslizas" edad y tiempo y vida o bien la que corre y vuela ocultamente con "pasos mudos y pie callado" es la muerte. Ella es la que "escala", que vuela sin mirar las alas. Ella es la "ejecución", en cualquier instante de la vida humana.

Ella es la pensión que hay que pagar si quieres vivir mañana.

Se ha tomado a Quevedo como el hombre que al reirse de las cosas, no tiene profundidad y no siente lo que tan socarrónamente ridiculiza. Como si no tuviera "Stimmung", pero

me parece encontrar todo lo contrario leyendo a Quevedo en su conjunto, en su amplitud. No se puede negar que Don Francisco de Quevedo se fíe guasona y descaradamente en sus bufonadas y en sus chistes. Menos risa y burla, que ironía fina y recia; muchas de sus obras no burlescas, ¿no se pueden calificar de escritas con intencionalidad ética? pero en todas ellas y aún cuando mezcla lo serio con lo jocoso, lo drástico con lo trascendente, busca un lector para que encuentre el significado del montón de ideas y del reboltijo de palabras, para que sepa distinguir la justa medida de la realidad que está presente, aunque exacerbada, para que entre con más calma, no asuste con su intención y se evite su eficacia. En los Sueños, Cartas al Caballero de la Tenaza y aún en el mismo Buscón, hay frases que dejan ver mejor esta situación de preocupación de este constante calar auténtico sobre esta realidad.

Estos versos del "Caballero de la Tenaza":

"Tu, que me miras a mí  
tan triste mortal y feo  
mira, talegón, por tí  
que como te ves, me ví  
y veraste cual te veo" (71)

Como el talegón vacío es lección para el ladrón y avaro, el sentimiento de angustia e insatisfacción, se tiene que apoderar sobre el pícaro al contemplar la calavera, símbolo de la muerte temprana; su extremada solicitud, por recoger el sentido más profundo que el que tiene la simple palabra o la graciosa descripción.

Recogemos unas cuantas muestras de esta intencionalidad:

"Alcé los ojos y vi la Muerte con su trono y a los lados, muchas muertes. Estaba la muerte de amores, la muerte de frío, la muerte de hambre, la muerte de miedo y la muer-

te de risa, todas con diferentes insignias".

Al disponer grotescamente las muertes, Quevedo hace objeto profundamente real de una verdad psicológica, aguda observación y conocimiento profundo del hombre.

"La muerte de amores estaba con poco seso... Mucha gente ví que estaba a punto de acabar debajo de su guadaña y a puros milagros de interés resucitaban... En la muerte de frío vi a todos los obispos (72) y prelados y a los más eclesiásticos.

Son dos ejemplos magníficos de esa profunda idea de la vida con preocupación en la hora de la muerte. Los enamorados que no lo son tanto y que resucitan al olor del interés milagroso y los obispos y prelados y célibes que sólo tienen el arrimo de sus bienes.

En la descripción graciosa de los avaros se ve aún mejor la idea profunda de Quevedo: "Estaban con ellos los avarientos, cerrando cofres, arcones y ventanas, enlodando resquicios, hechos sepulturas de sus talegos, y pendientes de cualquier ruido del viento, los ojos hambrientos de sueño, las bocas quejosas de las manos, las almas trocadas en plata y oro". (73) La sorna y el ridículo son burla y sarcasmo, pero es capital que el lector no se pierda en la maraña de ideas que ha plasmado que es artísticamente insuperable y éticamente acabada lección.

El análisis antropológico es minucioso, detenido.

El hombre es desnudado en su intimidad con sus resonancias más profundas por la muerte.

En el Sueño del Infierno hace confesar a un diablo: "Muchas han venido acá muy arrugadas y canas y sin dientes ni muelas y ninguna ha venido cansada de vivir". (74)

Las viejas agarrándose a la vida, como a las sábanas, es una imagen humorista-macabro-jocosa propia de Quevedo, pero,



¿no es verídica la expresión final: "sin cansarse de vivir"?

Busca Quevedo dar expresión y resultante al cuidado temeroso y a la angustia intranquila con que ve al hombre cada día, en cada oficio, en cada situación; intenta por todos los medios convencerle que la solución no es la huida, la ignorancia ni la inhibición.

Encontramos un texto magnífico en el "Sueño del Infierno" que descubre gran parte de la dimensión ética de la muerte, con su sentido plenamente escatológico tiene que tener para el hombre. (74a)

Quevedo puede así, desde esta situación, discutir, razonar y poner en evidencia.

"Lo que perturba y alarma al hombre no son las cosas mismas sino sus opiniones sobre las cosas". Este pensamiento de Epicteto lo tenía presente Quevedo, asiduo lector del estoico, para discutir con el "insensato", su oponente, creado en sus Sueños de muerte e Infierno: "¿Qué gente es ésta? -pregunté- y respondiíme uno de ellos: (condenados)

-Los sin ventura, muertos de repente.

-Mentís -dijo un diablo-; que ningún hombre muere de repente y descuidado y divertido de sí.

Ciertamente la muerte como "cuna y sepultura" es una herencia estoica que nunca hubiera negado Quevedo, pero al concretar al análisis sobre el hombre que vive y muere, da pruebas de una vivencia extraordinaria. Aranguren acusa a algunos existencialistas actuales de querer apropiarse el tema de la muerte (75), cuando los estoicos y nuestro Quevedo nos dan un sentido tan extraordinariamente profundo. La muerte no es algo ausente y que no tenga que ver con mi vida, forma parte de ella. Desgraciadamente es un esfuerzo el que tengo que hacer para apropiármelo, para tomar posesión de él, porque aunque no puedo negar que es de mi pro-

piedad privada, me alegraría si me la pudieran robar, si me dijeran de repente que soy eterno, que pertenezco a la eternidad. Unamuno juega con esta idea sin aclararse, quizá sobre su querer sobrepasar la muerte y no querer descuidar la vida. (76)

Desgraciado el que no piensa, el que la quiere omitir, el que no se le apropia para conquistarla, para dominarla, dirá Rilke. Quevedo dialoga con el insensato que murió de repente, porque no supo creer que el morir era parte de su vida. ¿Cómo puede morir de repente quien desde que nace, va que va corriendo por la vida y lleva consigo la muerte?(77) Unamuno diría que no es procedente, distraerse, como aconsejan, para pensar en hacer cosas divertidas y no pensar en la muerte, para no enfangarse en la obsesión del morir. "Cuando nos llaman, debemos responder y cuando la imagen del morir nos sobrecoge, pensar en ella sin descanso, hasta verlo todo a su través, como quien lleva gafas de color" (78).

Quevedo hizo un análisis más profundo tal vez, increpando al insensato que ha sido sorprendido por la muerte, divertido y distraído; pillado y no preparado para recibirla o para agarrarla y dominarla; le dice socarronamente: "¿Qué otra cosa véis en el mundo, sino entierros, muertos y sepulturas? ¿Qué otra cosa oís en los púlpitos y leéis en los libros? ¿A qué volvéis los ojos que no os acuerde de la muerte? (79).

Son las razones de tipo religioso. Los sermones barrocos, que con un tremendismo escalofriante exponían las grandes verdades desde la sagrada cátedra, ¿no son bastante para inducir al insensato a razonar y a ver las cosas con juicio?

Quevedo mueve un resorte más poderoso, y a nuestro entender, definitivo en la trascendencia ética de su filosofía de la vida y de la muerte. Quien lea atentamente este párrafo, puesto en boca de un diablo, se podrá convencer fácilmente.

El mundo ético, nos va a decir Cassirer, un poco parcialmente, tal vez no es dado de un golpe, se halla haciéndose constantemente. (80) En Quevedo había una convicción implícitamente y, como pedagogo experto, le propone al insensato esta comparación: -como se gasta la ropa y véis que no es eterna, se gasta vuestro tiempo y viene la muerte. Dicho en la argumentación y en la silogística, este discípulo aventajado de Jesuitas y de Maestros de Lógica de Alcalá, le sorprende con esta parábola: "Vuestro vestido que se gasta, vuestra casa que se cae, el muro que se envejece y hasta el sueño de cada día os acuerda de la muerte retratándola en sí" (81). Fino y ducho Quevedo ha quedado vencedor; no es una verdad racional que racionalmente se demuestra, pero que intuitivamente se vive y palpa, una continua vivencia del morir. "Siempre andan avisando tantas cosas y ¿decís que habéis muerto de repente?

"No os habéis de llamar, no, gente que murió de repente, si no gente que murió incrédula de que podía morir" (82)

Quevedo busca dar expresión y resultante de la angustia y el cuidado con el que ve vivir por conservar la vida o por huir vanamente de la muerte. "Cuna y sepultura, Sueño de la Muerte", son una pretensión ético transcendente. Puesto que es ella quien nos envuelve, alcanza y vence, Quevedo no presenta batalla cara a cara a la muerte. A veces da la impresión que juega con ella, que no hay que temerla, que es virulenta, y otras, que es mejor someterse, aceptarla porque vive continuamente en la vida de todos.

Tal es el sentir de este soneto:

"Ya formidable y espantoso suena  
dentro del corazón el postrer día;  
y la última hora, negra y fría  
se acerca, de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena  
la muerte en traje de dolor envía,  
señas dá su desdén de cortesía:  
más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado  
de la que a rescatar piadosa viene  
espíritu en miserias anudado? (83)

¿Cómo va a pretender que no muera quien nació muriendo?

"Vivir es caminar breve jornada  
y muerte viva es, lico, nuestra vida,  
ayer frágil cuerpo amanecida,  
cada instante en el cuerpo sepultada" (84)

Muertes por todas partes, muerte de amor, de celos, de  
miedo... muerte de risa.

"Diónos Dios una sola vida y tantas muertes. !De una ma  
nera se nace y de tantas se muere! Si yo vuelvo al mundo pro  
curaré empezar a vivir" (85).

Quevedo se ha revelado con su intención ética; se ha des  
colgado sin pensarlo y sin pretenderlo, cuando el divertido  
lector no lo esperaba.

Humillado el hombre y reconocido pobre en su situación  
terreno-temporal y de viandante-limitado, le ve nuestro au  
tor como es perfectamente retratado en estas sus ansias de  
redención de una situación difícil, imposible. Creo encon  
trar algo más en Quevedo que una perspectiva estoica en la  
que el resignado vivir y el aceptar morir, se sobrepasan...  
¿hasta dónde?. Por de pronto podemos afirmar que en Quevedo  
la muerte es motivo constituyente del ser del hombre; es  
punto de partida a que nos han acostumbrado sus constantes  
expresiones de vida, muerte, cuna-sepulcro... El que no lo

admite, es el necio del siglo, su oponente, que, como el impío de San Anselmo, cae bajo su demostración aplastante. Pero no para ahí; la muerte es un medio de huida del mundo, es decir, tiene un carácter ascético (86) y además pierde su carácter negativo y destructor; su función ética ha sido hacérsela familiar. Quevedo ha llegado a proponerla como deseable... "tiene más de caricia que de pena".

Quevedo ha transcendido la muerte. La ha convertido en puente del alma que por ella llega hasta sí misma.

"Llegue rogada, pues mi bien previene;  
hálleme agradecido, no asustado;  
mi vida acabe y mi vivir ordene. (87)

¿Qué es este hallarse a sí mismo por y sobre el vivir y el morir?, ¿es un trascender filosófico?, ¿es puramente ético?, ¿o es teológico, lo que insinúa en este brevísimo y conocido verso, todo junto?

Admitamos que es, al menos, un despertar transcendente y psicológico, que supera cualquier efecto descriptivo y llega en profundidad al ser real del hombre, por sobre sus descripciones, por encima de sus otras posibilidades. Quevedo ha buscado y ha hallado lo transcendente del hombre en la muerte, hasta lograr superarla. Los medios de que se ha valido serán motivo de nuestro análisis posterior.

¿Estoico y más que estoico?, ¿en quién se apoya? Pero antes, veamos como es el motor fuerte de su pensamiento ético.

### 3.3. POR LA SEGURIDAD DE LA MUERTE A LA SEGURIDAD DE LA VIDA O LA MUERTE COMO AGUIJÓN DE LA VIDA

Quevedo ha llegado a una superación del "cuidado" en un sentido estóico.

La vida del hombre mortal no es un simple "abstine" que se quede en el hecho de morir y ahí se rompa todo cuidado con el desengaño de la muerte. Su vida no es estar ahí sin comprometerse, como acabamos de ver en el hecho del trato que da al reloj, con el que se siente comprometido y dialoga existencialmente con él.

La vida y la muerte, como medio desde el que analiza frecuentemente el ser-en-el-mundo del hombre son para Quevedo un medio de realidad, pero además un medio de perfección. Nosotros pensamos que llega a tenerlos como medio de iluminación de la vida. Prescindiendo de todo aspecto trascendente, al que después accederemos, son como un aguijón que hace adelantar y por ello, uno de los grandes apoyos de la ética humana de Quevedo.

El aguijón de la vida es la muerte que se viene y es seguridad que se palpa; la seguridad de haber iniciado el vivir muriendo.

Pero el aguijón que azuza no son sólo los principios que, en forma teórica, presidan la vida sin inducir a tomar determinaciones. La organización determinante del vivir del "Héráclito cristiano" puede ser dirigida por esta idea: "quiero volver a la tierra como nací, desnudo; sepan todos que por bienes sigo los que no han de morir conmigo".

"De nada hace tesoro, Indias hace  
quien, como yo, con nada está contento  
y con frágil sustento

la hambre ayuna y frágil satisface" (88)

Ética estolca de austeridad, comedimiento y axología, directrices de una conducta humana de sabios y prudentes. El origen y la motivación: la caducidad de los bienes, la proximidad de la muerte, el aguijonear de la vida, por el fin que ella tiene.

Más explícito, contundente y definitorio encontramos este texto de la canción del "escarmiento" (89)

Una lección para la vida, podría titularla, y un aguijón para vivirla, es con acierto y sin engaño:

"¡Oh, tú, que, inadvertido, peregrinas  
de osado monte cumbres desdeñosas...  
Detén el paso y tu camino olvida,  
y el duro intento que te arrastra deja,  
mientras vivo escarmiento te aconseja!" (90)

Ecos de los Manrique, de Rodrigo Caro, pero con más fuerza, con más realismo, con más desgarre barroco.

"En la que oscura ves, cueva espantosa,  
sepulcro de los tiempos que han pasado,  
mi espíritu reposa,  
dentro de mi propio cuerpo sepultado,  
pues mis bienes perdidos  
sólo han dejado en mí fuego y gemidos,  
victorias de aquel ceño,  
que con la muerte me libró del sueño  
de bienes de la tierra...  
¡Dichoso yo, que fuera de este abismo,  
vivo me soy sepulcro de mí mismo!

Qué bien vienen a confirmar las palabras autorizadas de Ortega y Gasset, cuando enjuicia el siglo XVII como centuria difícil y tremenda, llena de encrucijadas, espantos, lecciones y escarmientos.

A Ortega le interesaba un tipo de alma barroca y se atre vió a fraguar un parnaso con tantas revueltas y escondites que asusta, que hace echar las manos a la cara y subirlas apretando la cabeza para comprender, no sin susto, congoja y espanto que sobrecoge.

En D. Francisco no se descubre, quizás, esta congoja por que el dominio de la situación y de sí mismo impone cuando quiere esa claridad que le permite impartir con sencillez una lección en la vida, para la vida de los demás. La lección, la de la muerte, porque la vida y los bienes se acababan con escarmiento y la que le impulsa es ya sólo la muerte. Más segura que la vida, más segura que las cosas que nos sos tenían, lo más seguro y cierto es la muerte.

Hemos dicho seguridad concertando con certeza, pero es importante ver que hay algo más: no es toda la seguridad la que viene de la verdad descubierta, con ser la mayor, es una seguridad intuitiva arracional, que sin embargo manda ya en la vida y se siente y se palpa, como dice Quevedo, tras su triste escarmiento; en la vida que proyecta y que está a punto de llegar a cumplir la tensión entre: vivir y "misión", que es toda vida humana. De la seguridad de las cosas a la seguridad de la vida. De la seguridad de los bienes a la única seguridad, la muerte. Quevedo recorre en esta canción este ciclo completo: nacer y crecer hasta los montes; hallar de los bienes y seguridades; el tiempo no pa sa en valde y en sepulcro se convierte el cuerpo; la muerte cierta es la más segura, desde que la admite como proyecto futuro de facticidad, tiene distinto aguijón su vida.

Ha alcanzado dicha especial para su vivir. El misterio denso de un futuro corrido y desvelado, por la aceptación de la verdad que organiza el ser y el existir.

Es posible que el pensamiento quevediano se enfrentara vo



luntariamente con la escuela barroca de la brujería, y la adivinación (91); es posible que su reflexión metafísica sobre el tiempo, no fuese tomada como proyectiva, sin embargo, se nos invita gravemente a pensar en esta su meditación metafísica del futuro.

Hoy A. Darlapp ha hablado de un precederse y de un constituirse proyectándose, pero es todo lo contrario de una adivinación de brujería, proyecta la verdad a partir de su presente y hace su futuro. (92) Así el porvenir resulta determinante y no sólo se tiene que hablar de un proyecto, sino de una esperanza y de la trascendencia (93).

Quevedo tiene algo más que un futuro sin fin ni determinación. La muerte siempre fue algo muy concreto para él. Algo futuro pero capaz de dar lecciones a todos los presentes y de aguijonear con su certeza los días de la vida. Desde su futuro más o menos lejano puede gritar y vociferar un: ¡alto! :

"Tú, pues, ¡oh caminante!, que me escuchas,  
si pretendes salir con la victoria  
del monstruo con quien luchas,  
harás que se adelante tu memoria  
a recibir la muerte,  
que obscura y muda viene a deshacerte.  
No hagas de otro caso,  
pues se huye la vida paso a paso,  
y en mentidos placeres,  
muriendo naces y viviendo mueres". (94)

### 3.3.1. La muerte es un obsesionante "leiw-motiv" de su pensamiento ético

La obra ética quevediana empieza a través de esta premisa; su obra personal y su profundización vienen después de leer y saber de los clásicos.

Siguiendo esta línea de opinión J. M<sup>a</sup> de Cossío elige un soneto de Quevedo para comentar su pensamiento ético desde la muerte:

Cerrar podría mis ojos la postrera  
sombra que me llevare el blanco día.

"En 1625 se coloca su composición, es decir, cuando Quevedo contaba cuarenta y cinco años y estaban en su plenitud su actividad literaria y su experiencia vital. Acaso se piensa que maduró en él excesivamente el desencanto, pero precisamente es este uno de los rasgos fundamentales de su semblanza literaria, que corresponde con riguroso paralelismo a su semblanza humana. ¿No será una defensa contra nosotros mismos, el que queramos involucrar las cosas, la vida se nos ofrece tan diáfana y sencilla en su transcurrir que cabe el desencanto en la edad más florida, como hemos visto en tantos casos ejemplares, y vemos, por el contrario, la ilusión y la confianza en la más avanzada edad? Tal contradicción se explica porque es la voluntad y no el entendimiento quien dirige la oficina de la desilusión. Este tono desencantado con que Quevedo se nos muestra aquí, en edad madura, aunque no avanzada, y en otros muchos versos de menos años, delatan la raíz intelectual de su poesía. En Quevedo era el entendimiento el que disponía de la ilusión. Es su inteligencia, su clara comprensión de la vida, advertida desde bien temprano, la que impregna de pesimismo su poesía, si queremos llamar pesimismo a la visión exacta de la caducidad de la

existencia y de la inutilidad de nuestros esfuerzos. De este pesimismo han arrancado otros poetas para resucitar a la actividad y a la alegría del empleo de la vida en fines nobles. Jamás, hasta su muerte, abandonó Quevedo el obrar, y el obrar con rectitud y tesón, pero es lo cierto que en sus versos más lugar tiene el desengaño que la esperanza, y mejores y más complacidos acentos le arranca la caducidad de las cosas que el posible triunfo final de la ilusión". (95)

Cuando hemos hablado de el aguijón de la vida es la muerte, no hemos resaltado que ya no es el miedo a la muerte lo que impulsa a la vida y al cambio, si es necesario.

No es una huida por la impresión externa. Ha logrado, si no hacerla atrayente y deseable, este paso intermedio indispensable: convertirla en objeto absorbente y de melancólica gravedad. Podemos aventurarnos a afirmar que es obsesional este motivo ético. Las cosas y las personas que, contempladas por su imaginación poético-creadoras pudieran ser bellas o tener su cariz de dulzura o amor, en Quevedo destilan un especie de leche amarga, un sabor que sabe a postrimería y una preocupación escatológica que notamos al principio y confirmamos ahora.

¿Se debe a su temperamento apasionante, a una intencionalidad premeditada? Veamos en primer lugar esta realidad: por doquier tiene motivo la muerte para estar presente, para darnos un ideario de insinuaciones, denso, lacerante y agudo.

El preguntarnos el porqué de este pensamiento y de esta forma de resolver una situación, que él mismo ha creado en su obra, nos vemos en distintas dificultades pero no insuperables. Quevedo ha recorrido un camino y va hacia la madurez de su obra, cuando su pensamiento se centra de lleno en el tema (96) es cuando el equilibrio y la ponderación

brillan.

Pero además, podemos hablar, quizá, de un intuir la contingencia de todo, que aprendió pronto, porque el escarmiento estuvo siempre a punto en su vida, porque al amar y abrazarse a las cosas en busca de algo definitivo, siente el temblar contingente que palpita dentro de ellas.

La inseguridad de la vida, el buscar apoyo en lo humano le dieron como resultado un continuo "cuidado" por encontrar un algo estable. Quevedo no lo halló en la vida y lo encontró en la muerte:

"Ved el rincón estrecho que vivía  
la alma en prisión obscura, de la muerte  
la piedad si se advierte,  
pues es merced la libertad que envía" (97).

La muerte que le suelta del "cuidado" y la preocupación, que tantos riesgos le ha hecho correr la vida. Sólo es el que azuza, pero no el que da seguridad:

"Por la cumbre de un monte levantado,  
mis temerosos pasos triste guío;  
por norte sólo llevo mi albedrío..."

Es cierto que Quevedo no ha analizado esta categoría cargada de existencia, con los conceptos filosóficos que ha vertido en su pensamiento, poético, político, o religioso; no ha elaborado ningún sistema determinado. No valdría la pena buscar en su obra, si tal hubiese intentado, él mismo, pero es más cierto que una ley existencial del vivir ha podido expresarla, tal vez, como los grandes del pensamiento con sus sistemas:

"En tanto que al rigor de mi cuidado  
busco ¡ay! si lo hallare, algún olvido". (98)

Quevedo intuyó esta ley del existir y la expresó sembrándola aquí y allá en sus versos y en sus verdades.

Una síntesis de su producción necrológica atendiendo al orden cronológico de su composición, y en una expresión meramente cuantitativa:

- De los años 1598 al 1604.
  - Epitafios, túmulos y alguna poesía amorosa.
  - ¿Juega con la muerte?. ¿Burla a la muerte?, ¿caricaturas de la muerte?.
    - . A Celestina
    - . A un avaro
    - . A un cristiano nuevo junto al altar
    - . A un médico
    - . Túmulo a un faetón
    - . A un portugués
    - . A un moreno morisco
    - . Contra las mujeres de España
    - . A una alcagüeta que no quiso la extrema-unción
    - . Ceniza en la frente de Aminta
- De 1606 y 1607 son las bellas silvas:
  - . Al sueño (imagen de la muerte)
  - . El reloj de arena
- Seriedad, brevedad de la vida.
- Entre 1610 y 1611:
- Túmulos y epitafios a muertos ilustres.
- Compromiso y pensamiento profundo:
  - . Canción fúnebre a la muerte de don Luis Carrillo
  - . Otro túmulo a don Luis Carrillo
  - . Otro al mismo
  - . Inscripción al túmulo del rey
  - . Memoria fúnebre del rey Felipe IV
  - . Epitafio en la muerte de una ilustre señora
- De 1618-1634:
- Gran época de producción poética necrológica.

- Desengaño del mundo y sus vanidades

- . Túmulo de la mujer de un avaro
- . A Julio el librero
- . A un bujarrón
- . Epitafio a una dueña mulata
- . A un ermitaño mulato
- . Epitafio a Don Rodrigo Calderón, Marqués de siete Iglesias que murió degollado en plena plaza
- . A un pecador
- . A una vieja que tenía una muerte de oro
- . A la muerte del Duque de Osuna y García Pérez
- . Memoria Inmortal de don Pedro el Duque de Osuna
- . En la muerte de Felipe III
- . A un personaje desconocido
- . Túmulo a don Francisco Jiménez de Cisneros
- . Túmulo a don Belesario
- . Túmulo a Séneca
- . Túmulo a Alejandro Magno
- . Epitafio a una señora en su sepulcro
- . El pésame a su marido
- . Inscripción en el túmulo de don Pedro Girón
- . Compendio de las hazañas del mismo en la inscripción sepulcral
- . Epitafio del sepulcro de Jasón
- . Al túmulo de don Francisco Espinada
- . Túmulo de don Francisco Sandoval
- . Inscripción en el sepulcro de la señora Duquesa de Nájara
- . Túmulo a la señora doña María de Enriquez
- . Venerable túmulo a don Fadrique de Toledo
- . Inscripción al Marqués Ambrosio Spínola
- . Funeral discurso de Aníbal tomando el veneno pa

ra morir, viéndose viejo, solo y desterrado.

- . Túmulo a Colón
- . Elogio funeral a don Melchor de Pracamonte
- . Sepulcro del buen juez de don Francisco Berenguel de Adis
- . Túmulo de don Francisco de la Cueva y Silva
- . Túmulo del serenísimo infante Carlos
- . Al mismo señor infante
- . Túmulo al rey de Suecia Gustavo Adolfo
- . Funeral elogio al padre nuestro Fray Hortensio Félix
- . Sepulcral relación en el monumento de Walestan
- . Elogio ilustral en la muerte del Marqués de Albalá
- Protectores y amigos a quienes agradar...
- Profunda meditación metafísica sobre la muerte...
- Temas amorosos que incidentalmente tratan de la muerte...
  - . Desea para descansar morir
  - . Artificiosa evasión a la muerte si valiera
  - . Conocé la fuerza del tiempo y el ser ejecutivo cobrador de la muerte
  - . Descuido del divertido vivir al que la muerte llega inesperada
  - . Repite la fragilidad de la vida y señala sus engaños y sus enemigos
  - . Contiene una elegante enseñanza de que todo lo creado tiene su muerte
  - . Retrato al demonio
  - . A Roma sepultada entre sus ruinas
  - . A Roma antigua y moderna
  - . Finge dentro de sí un infierno
  - . No logra quietud ni descanso

- . Amor impreso en el alma que dura después de las cenizas
- . Amor constante más allá de la muerte
- . Exhorta a los que amaren que no sigan los pasos por donde ha hecho su viaje
- . Lamentase, muerta Lisi, de la vida
- . Lamenta su muerte y hace epitafio a su sepulcro
- . Amante agradecido a las lisonjas mentirosas de un sueño
- . Muere de amor y entiérrase amando
- . Lamentación amorosa y postrero sentimiento del amante

- 1634-1644, últimos años de la vida:

- La Biblia y Stos. Padres, Séneca...

- Gran profundidad filosófica:

- . Que la vida es siempre breve y fugitiva
- . Representase la brevedad de lo que vive y cuán nada parece la que vivió
- . Signifícase la propia brevedad de la vida sin pensar y con padecer solteada de la muerte
- . Describe operaciones del tiempo y verificadas en las mudanzas de las danzas y bailes
- . Llámala muerte
- . Enseña a morir
- . Enseña cómo todas las cosas avisan de la muerte
- . Arrepentimiento y lágrimas debidas al engaño de la vida
- . Prevención para la vida y la muerte
- . Conoce la diligencia con que se acerca la muerte
- . A la muerte
- . Rodéanle mil fantasmas engañosos

De su obra en prosa:



- Entre 1606 a 1621, sus Sueños:
  - . El Juicio final
  - . El alguacil endemoniado
  - . El sueño del infierno o las zahurdas de Plutón
  - . El Mundo por dentro
  - . El sueño de la muerte o la visita de los chistes
- Sobre 1626, el cap. III del Buscón es una terrible caricatura de la muerte.
- De los años 1630 a 1635, los tratados en que la muerte es tema importante:
  - . Grandes anales de quince días, donde expone algunas de sus ideas sobre la vida de ultratumba.
  - . La Cuna y la sepultura - que es un tratado con fuertes reminiscencias senequistas.
  - . En sus últimos años envía su epístola número CXXXVII dirigida a su amigo don Antonio de Mendoza, caballero de la orden de Calatrava. Aquí expresa todo su sentimiento sobre la muerte. Además escribe su obra titulada: La Providencia de Dios, en que trata de probar la inmortalidad del alma.

Son pues más de noventa composiciones poéticas sobre la muerte como objetivo, varias obras importantes más, pero, lo que es más decisivo, es la obsesión con que repite el tema más o menos paralelamente en distintas obras: Virtud militante, Cuna y sepultura, Remedios... nos proporcionan este elenco representativo de este posible análisis de cualidad, a reelizar en su obra:

Paralelos de la muerte en:

<u>Virtud militante</u>	y en	<u>Cuna y Sepultura</u>
¡Oh miseria humana, no sólo	A la par empezas a nacer y a	
fugitiva, sino instantánea	morir, y no es en tu mano de	

e envidiosa de algun momento de reposo y consuelo; que si llegas, tu vas; que si pasas, no vuelves; que antes de vehir molestas; venida huyes, y pasada no tornas! Vivimos tiempo, sin podeder decir cuál antes que se pase, sin poder decir cuánto antes que se acabe. En un propio instante se vive y se muere. Ninguno puede vivir sin morir, porque todos vivimos muriendo.

Ninguno se ha quejado de no haber sido tantos siglos antes que naciese, y todos se quejan de dejar de ser después de haber sido...

¿Qué codicia el hombre en la vida más larga, sino más muerte? Cada día que pasó fue enfermedad del que ha de venir, y en cada día que vive, cuenta tantas enfermedades mal incurables como horas, tantos pasos ha-

tener las horas... Antes empiezas a morir que sepas qué cosa es la vida...

Vuelve los ojos, si piensas que eres algo, a lo que eras antes de nacer; y hallarás que no eras, que es la última miseria. Mira que eres el que ha poco que no fuiste, y el que siendo poco, y el que de aquí a poco no serás...

. En ninguna cosa tienes segura salud y es necesidad buscarla, pues no puede dejar de estar enfermo quien siempre en su misma vida tiene mal de muerte. Con este naces, con el vives, y dél mueres.

cia la muerte como instantes. Todo le es maestro para este desengaño, y siempre será rudo discípulo de las aves y animales, que murieron para darle sustento, de las que murieron para darle abrigo.

Pues ¿cómo llamo vida una vejez que es sepulcro, donde yo propio soy entierro de cinco difuntos que he vivido? ¿Por qué, pues, desearé vivir sepultura de mi propia muerte, y no desearé acabar de ser entierro de mi misma vida?

¿Quién desde que tiene razón no desea pasar de unas edades a otras? ¿Quién no desea que a la edad varonil no se añada la vejez? De manera que todos deseamos llegar a viejos, y todos negamos que hemos llegado. Queremos que se alarque la vejez y tenemos la muerte, y cuando estamos peleando con ella, la rehusamos, y antes se padece

¿Qué verbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte o de sustento, abrigo, reposo o hospedaje?

¿Tú piensas que pasan en balde los días? Pues dígote que no hay hora que pase por tí, que no vaya sacando tierra de tu sepultura.

Tú temes la muerte, y tu mayor deseo es que llegue. ¿Quiéreslo ver? ¿En qué otra cosa gastas la vida que en desear, siendo niño, verte mancebo y que llegue el tiempo de verte mayor, y luego de verte hombre?...¿De qué sirve pues huír de lo que deseas, y temer el llegar adonde a toda diligencia caminas y te llevas a ti mismo? ¿Por qué tienes miedo a

que se cree. Tememos que vendrá la que no tememos habiendo venido. La vida es toda muerte o locura; y pasamos la mayor parte de la muerte; que es toda la vida, riendo, y gemimos un solo instante della, que es la postrera boqueada.

No se puede aprender la doctrina de la muerte, de los muertos, porque no te nemos con ellos comercio los vivos. Hase de pedir a los viejos, que vivos, todo el tráfico de sus personas le tienen con la muerte.

#### Virtud militante

Al opulento, a pesar de lo que tiene, le hace mendigo lo que desea; porque no se juzga rico el que tiene mucho, sino lo tiene todo. Cierta es que nadie puede en este mundo tenerlo todo, empero despreciarlo todo puede cualquiera.

la última obra de naturaleza? Lo menos que la muerte temes, que es aquel punto, y lo más della (que fue toda tu vida) pasate riendo.

Trata con los afligidos y estudia con ellos, comunica a los solos; oye a los muertos, por quién hablan el escarmiento y el desengaño...

#### De los remedios y la cuna

Soy pobre. De lo necesario ninguno es pobre; de lo superfluo ninguno es rico. Soy pobre. Nadie lo puede tener todo, y cualquiera lo puede despreciar, para tenerlo todo.

Con lo necesario ruega la naturaleza; lo superfluo no es caudal, sino demasía; no es hacienda, sino carga... Hacienda que da codicia de más hacienda, no es más hacienda, sino más codicia. Lo mucho se vuelve poco con desear otro poco más.

Si te afliges porque tu aposentillo no es grande palacio, considera cuánto espacio del sobra a tu persona y dejas desocupado, y la darás gracias por lo que te sobra, y no quejas por lo que te falta.

Verdad es que el pobre no tiene aduladores, empero tiene ocasión de serlo; no teme ladrones, empero teme<sup>n</sup>le por ladrón. De todo esto se asegura el pobre que está contento de serlo.

Ves... gran cantidad de hacienda y posesiones... dime ¿qué otra cosa es eso que desigual carga al aún desnudo camina cargado de sí propio?

Epicuro dijo: Si quieres ser rico, no añadas dinero, quita codicia.

¿Ves cómo la hacienda es pobreza, pues siempre tiene con necesidad de más al que más tiene?

Si tuvieras muchos cuerpos y tu grandeza te necesitara de mayores espacios, perdonarte los sentimientos; mas siendo uno solo, tal, que no hay aposento tan estrecho adonde no sobre habitación, ¿qué envidias y qué lamentas?

¿Con qué agradecerás a la pobreza el hacerte exento de aduladores...?

...Tan seguro estarás de ladrones, que antes te temerán por testigo y huirán de tí por estorbo, que te acecharán por el provecho.

Nació el mendigo pobre...  
Enterráronle los ascos del  
olfato, los melindres de  
la vista, los horrores de  
la imaginación, si faltó  
caridad en los vecinos (99)

‘Carecerás de sepultura’Cuan  
do lo ordene la inhumanidad,  
no lo consentirán la vista y  
el olfato de los vivos.

### 3.4. LA MUERTE, DEFINIDOR DE SU IDEARIO HUMANO

Montaigne, el señor de Montaña como él le llamaba, ensaya un estilo estoico de revisión de la vida a través de la muerte: no puede soportar la necedad con que la gente (el vulgo, el (se) cierra los ojos a la consideración de la muerte, hay que acostumbrarse a ella durante la vida, hay que domesticarla, hacerla un hábito en nuestra mente para alcanzar el famoso "mepris de la mort" "menos precio a la muerte". La finalidad propuesta en sus "Essais":

Qui fournit notre vie d'une molle tranquillité et nous en donne le goust pur et aimable; sans qui toute autre volupté est esteincte (100)

A veces Quevedo se aproxima a esta consederación: Si es ley y no pena, ¿Qué me aflijo?

La naturalidad y el haberse acostumbrado a morir no es suficiente para Quevedo, la "molle tranquillité" como sedante y lenitivo debió ser rechazado por D. Francisco.

Si vivir es estar muriendo y si la muerte habita cada uno de nuestros instantes ¿por qué no llamarla, para que llegue, esté presente, ordene y gobierne?

En la genealogía de los modorros hay una frase oscura que a esta tesis se refiere: "La dicha y la necesidad hubieron por hijos...una muerte debo a Dios". Visto el contexto el sentido es obvio de un fatalismo picaresco: más tarde o más temprano tengo que morir ¡qué importa arriesgar la vida!

Aún en este caso también la muerte con su implacable y desesperada necesidad da a la vida un sentido de liberación, de desvalorización.

En el Sueño de la Muerte presenta Quevedo la galería más aguda y crítica de la sociedad ante la muerte: La muerte de

amores, de frío, de hambre, de miedo, de risa...

"Es cosa de risa y que nunca se sintieron mejores. Otros hay que estan enfermos y exhortándolos a que hagan testamento, que se confiesen, dicen que se sienten buenos y que han estado de aquella manera mil veces. Estos son gente que están en el otro mundo y aún no se persuaden que están difuntos". (101)

El mismo hace el comentario: "maravillóme esta visión, y dije, herido de dolor y conocimiento": "diónos Dios una vida sola y tantas muertes. De una manera se nace y de tantas se muere! Si yo vuelvo al mundo, yo procuraré empezar a vivir". (102)

A través de la muerte cobrará autenticidad el vivir del hombre, el que no haya vivido con este ideario habrá faltado de autenticidad.

Quevedo ha sobrepasado rápidamente a Montaigne, la muerte consciente como elemento del vivir humano, cuando más consciente, (menos habitudinario) menos tranquilidad muelle engendra, pero más serenidad.

"Por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo de morir y por malo al que vive tan sin miedo dellas (muertes) como si la hubiese. Que este (el que viene sin temor) la viene a temer cuando la padece y embarazado con el temor no halla remedio a la vida ni consuelo a su fin. Cuerdo es sólo el que vive cada día como quien cada día y cada hora puede morir". (103)

La muerte se sienta en el centro del tiempo, en el centro de la vida y de las cosas, y si no las organiza y ordena ne cios somos.

"¿Cuál de vosotros sabe estimar el tiempo, y pone precio al día sabiendo, que todo lo que pasó lo tiene la muerte en su poder y gobierna lo presente y aguarda lo porvenir co



mo todos ellos?".

Dice Quevedo de la muerte: Yo no veo señas de la muerte porque allá nos la pintan unos huesos descarnados con su gua daña.

Eso no es la muerte, sino los muertos, o lo que queda de los vivos... Vosotros mismos sois vuestra muerte. Tiene la cara de vosotros mismos y todos sois muerte de vosotros mis mos. Lo que llamáis morir es acabar de vivir, lo que llamáis nacer es empezar a morir, y lo que llamáis vivir es morir vi viendo... Si esto lo entendiérais así: cada uno de vosotros estuviera mirando en sí la muerte cada día... y no la estu viérais aguardando sino acompañándola y disponiéndola...(104)

Esta es una de las grandes conclusiones: la invasión de la muerte en la vida del hombre. El hombre sólo es capaz de anticipar su muerte a la vida, pero además le conviene, es lo mejor que puede hacer.

En sus soliloquios de poeta metafísico, este será uno de los grandes temas; así la muerte podrá definir su ideario, frágil, temporal e igual para todos los mortales.

Quevedo, consecuente con él, llama a la muerte la requiebra y la espera:

¿Pdr qué emperezas en venir rogada?  
Quiere el tiempo engañarme, lisonjero,  
llamando vida dilatar la muerte,  
siendo morir el tiempo que la espero

La sentencia puede ser el primer verso del soneto "Mejor vida es morir que vivir muerto". (105)

Pero veamos algunos idearios definidos por la muerte que pudieron influir en Quevedo.

Séneca escribe a Lucilio enfermo y luchando por librarse de la enfermedad y de la muerte:

"Porque te digo que marchas a la muerte desde el día

que naciste, necesario es pues, alimentar nuestro espíritu con otras consideraciones si queremos llegar plácidamente a esa última hora, cuyo miedo perturba a los demás." (106)

Lo mismo se puede morir en un instante que en otro. Nada hay más seguro que la muerte y sin embargo todos se quejan de la que no nos engaña jamás.

Séneca acepta la muerte porque la cree una nueva forma de vida. La materia no desaparece para siempre, sino que se descompone en sus elementos primarios para surgir de nuevo con más vigor en una nueva criatura. La muerte es sólo un cambio imprescindible y justo. Necesario, porque la materia debe tomar nuevas fuerzas a través de sus transformaciones; justo, porque si la naturaleza fue pródiga al presentarnos los elementos indispensables para la formación del cuerpo, el hombre debe devolver aquello que le fue prestado. Séneca meditando sobre la muerte, aconseja: "estemos dispuestos todos los días para devolver a la naturaleza lo que hemos recibido de ella". (107) La muerte al igual que el nacimiento, forma parte del todo ordenado de nuestro Cosmos. Si esta es así...¿para qué desesperarse ante fenómeno tal? ¿Para qué angustiarse? Si acepta el cambio como justo y deseable, lo más natural es que se enfrenta a la muerte con cierta serenidad y entereza de espíritu. Esta serenidad nos indica que el filósofo ha dominado su instintivo horror a la muerte. Simboliza, además, el pacto entre el hombre y la naturaleza.

Pensando en la muerte como la libertadora del alma, asegura que desde la infancia hasta la vejez permanecemos en el seno de la naturaleza, preparándonos para otro mundo de liberación.

Para Quevedo fueron también los místicos fuentes importantes donde bebió su concepto de la muerte.

Para Sta. Teresa el cuerpo se convierte en cárcel que en-

cierra el alma y no le permite gozar de las bienaventuranzas espirituales. La materia ata el alma a la tierra y la induce al pecado privándola de sus derechos a una vida mejor. En su Castillo Interior se expresa así:

Oh Dios mío y bien mío. ¿Cómo queréis que desee vida tan miserable, que no es posible dejar de querer y pedir nos saquéis de ella, si no es con esperanza de perderla por vos, o gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo en tender, que es nuestra voluntad. Si lo es Dios mío, muramos en Vos, como dijo Santo Tomás, que no es otra cosa, sino morir muchas veces, vivir sin vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre. (108)

La tardanza de la muerte le molesta, le anonada. Se queja intensamente de que su alma tenga que permanecer por más tiempo encerrada en la cárcel del cuerpo, abrazada por las ansias de destrozarse esas ligaduras que la atan a esta tierra.

Pues vienen veces que estas ansias, y lágrimas y suspiros y los grandes ímpetus que quedan dichos que todo esto parece precedido de nuestro amor, con gran sentimiento, más todo no es nada en comparación de esto otro, porque esto parece un fuego que está humeando y puédese sufrir, aunque con pena, andándose así esta alma abrazándose en sí misma, acaece muchas veces, por un pensamiento muy ligero, o por una palabra que oye, de que se tarda el morir, venir de otra parte, no como un golpe, o como si viniese una saeta de fuego. (109)

En Fray Luis de León encontramos también parecidos anhelos y deseos, respecto de la vida y la muerte:

Este deseo constante lo expresa en su Noche Serena al contemplar el cielo iluminado con el resplandor de las estrellas. Ante este bello espectáculo, su alma se siente invadida por intensa pena y por las ansias infinitas de volar ha-

cia las regiones celestiales:

Morada de grandeza,  
templo de claridad y hermosura,  
mi alma que a tu alteza  
nació, que desventura  
la tiene en esta cárcel baxa y oscura. (110)

En este breve viaje por el mundo, piensa el poeta, que el hombre se olvida de su alto destino y se entrega al sueño de leitoso de la llamada vida mientras el cielo sus horas le va hurtando. Se expresa en este pensamiento la idea senequista de que cada día que pasa vamos muriendo para la vida terrenal porque el tiempo, sin darnos cuenta, hurta nuestro vivir:

El hombre está entregado  
al sueño, de su suerte no cuidando  
y con paso callado  
al cielo vueltas dando  
las horas del vivir le va hurtando. (111)

El poeta, sorprendido ante esta situación, amonesta a los mortales para que empiecen a prepararse para la vida verdadera:

!Ay! despertad, mortales;  
mirad con atención en vuestro daño.  
¿Las almas inmortales  
hechas a bien tamaño,  
podrán vivir de sombra y sólo engaño? (112)

S. Juan de la Cruz en un ansia más mística y transcendente tiende también su perspectiva sobre los mismos temas y sobre ellos, seleccionamos breves párrafos.

Compara el místico la vida con una tela que necesita romper para que la joya del alma se eleve y recobre su libertad ansiada. Vive en la tierra con sus ojos siempre puestos en el cielo y nos dice que no le falta más que romper esta fla-

ca tela de la vida natural en que se siente enredado presa e impedida su libertad con deseo de verse desatado y verse con Cristo, haciéndole lástima que una vida baja y flaca le impida otra tan alta y fuerte. (113)

"La muerte", añade, "nos libra de la cárcel del cuerpo que es oscura y donde el alma vive casi ignorando lo que sucede en el exterior de su encierro".

Y si en tanto que está en el cuerpo como está el que está en una cárcel del cuerpo que es oscura y donde el alma vive casi ignorando lo que sucede en el exterior de su encierro. (114).

En esta cárcel se le hace imposible al alma recibir las noticias de Dios en forma clara:

No tiene el entendimiento, disposición ni capacidad en la cárcel del cuerpo para recibir noticias claras de Dios. (115)

En torno a esta paradoja de muerte-vida presenta San Juan de la Cruz dos formas de vida: la beatífica, que consiste en ver a Dios y se ha de alcanzar por la muerte corporal y natural. Cita para probarlo palabras de San Pablo: "Sabemos que si esta casa de barro se desatare tenemos morada de Dios en los cielos". La otra es la vida espiritual perfecta, que es la posesión de Dios por unión de amor, y ésta se alcanza por mortificación del cuerpo.

Insiste San Juan en el mismo tema y para exponer más claramente lo que entiende por muerte dice:

"De donde es de saber que lo que aquí el alma llama muerte es todo el hombre viejo, que es el uso de las potencias; memoria, entendimiento y voluntad, ocupado y empleado en cosas del siglo y todos los apetitos y gustos de criaturas. Todo lo cual es ejercicio de vida vieja, la cual es muerte de la nueva que es la espiritual". (116)

Cuando el hombre abandona los goces de la vida, que San

Juan de la Cruz llama paradójicamente la muerte, voluntariamente recibe el premio de la inmortalidad.

Sus actos se truecan en divinos; todos los apetitos del alma y sus potencias según sus inclinaciones y operaciones, que de suyo eran operación de muerte y privación de vida es piritual, se truecan en divinos.

El alma ya glorificada, anda de fiesta porque ha cambiado su vida animal por vida espiritual y ahora ama altamente; con afecto divino vive la vida del amor porque se consuma la unión de Cristo y el alma y por medio de esta unión la voluntad de él. (117)

3.4.1. la vanidad y la inconsistencia de las cosas, su fragilidad

"Cénsate ya, mortal, de fatigarte  
en adquirir riquezas y tesoro;  
que últimamente el tiempo ha de heredarte,  
y al fin te dejarán la plata y oro;  
vive para tí solo, si pudieres;  
pues sólo para ti si mueres, mueres." (118)

Es lapidario, tanto más que es el final de la última canción que escribió. La inconsistencia subyacente de las cosas. Una idea quevediana, repetida a propósito de la muerte. Ante ella se quedan vacías, sin ser, sin valer.

Gustave Thibon ha escrito hoy este comentario dialogal, que retrata al hombre embebido en "domesticar" el mundo y reducirlo a dominio suyo: "Si Dieu avait existé, il n'aurait pas permis à l'homme de construire un faux paradis voilant à jamais le vrai". Pero la respuesta lo contiene también todo sintetizado: "Tu ne sais pas jusqu'où peut aller le silence de Dieu". (119)

Quevedo no creía, simplemente, en la posibilidad de tal paraíso; las cosas no tienen consistencia, están vacías, si el hombre no las ha llenado. Por sí ellas te dejarán, no podrán llenarte, no te acompañarán y en la muerte todas te faltarán. (120)

El pensamiento de Platón: "Meditar en los objetos a que quiere comunicarse el alma, con aquello en que al fin debe convertirse", o el de Séneca: "Sustine et abstine", se sobrio en la prosperidad... contienen conceptos, glosados y llevados en su personal visión, muy lejos.

En vez de un compromiso, brota en Quevedo una separación

de las cosas que no han de acompañarte en la hora de la seguridad. En vez de una fe en las cosas, una separación presente y una nueva valoración que supone ciertamente una trascendencia, como veremos, pero que está iniciada ya: "No te fatigues más en adquirir riquezas y tesoros, en amontonar plata y oro" porque:

"!Oh muerte, cuánto mengua en tu medida  
la gloria mentirosa de la vida!" (121)

La vida que se deshoja pétalo a pétalo, instante a instante, ¿cuál es el de la felicidad?, no tiene ninguno que pueda ofrecerla suficientemente y su medida es terriblemente corta, para llenar lo que la muerte va exigir

Anouilh, en "Nourritures terrestres", ofrece una descripción fiel de esta imposibilidad humana, junto con su absoluta imperiosidad: Si sois hombres, dice, si tenéis un alma profunda, no podéis ser enteramente felices, porque no hay nada en este mundo que lo sea. Increpando esta sed y su necesidad punzante que satisfacer pone una imagen extraordinariamente natural. "Desde el primer beso el miedo os atenaza el corazón porque presentís obscuramente que aquello no puede durar". Algo tan fugaz y relativo no puede atenazar lo eterno, lo perdurable.

Lo más importante de este ideario desarrollado a la sombra de la muerte son insinuaciones densas del sentido y concisión y una muestra más de su sinceridad y principal preocupación:

- La fraternidad de la muerte que iguala a todos.
- La relatividad del amor.
- La fugacidad del placer.
- El "cuidado" vital temido y amado, y el descuido del divertido vivir.
- La caducidad de los bienes y la fortuna.



- La vanidad estudiada y constituyente.
  - La intuición caricatural del "mundo".
  - La contingencia temblorosa y palpitante de las cosas.
- (122)
- La inseguridad de la vida y su inconsistencia esencial que no nos deja vivir...

"!Cómo entre mis manos te resbalas!

Oh, cómo te deslizas, edad mía!" (123)

Empecemos por LA TEMPORALIDAD medular, animadora y contagiosa de nuestro rápido vivir, fugaz, imperceptible, como el deslizarse inconscientemente, como el resbalar inevitable por la pendiente sin fin.

La vida que se nos queda yerta en las manos; como petrificada y frágil; como un cristal; como el aire líquido; como los pétalos de una amapola. El drama del hombre en el tiempo. No sólo porque es temporalidad ontológicamente, existencialmente, para Quevedo, es que el ser del hombre se actualiza en el tiempo, de modo que su presente tiene siempre un después, lleno de posibilidades pero incierto, breve, fugaz y con preocupación. Alma y cuerpo se desarrollan con "cuidado". No es sólo una observación externa, común en el "Ayer se fue mañana no ha llegado" (124). Gráfico, Quevedo, usa una figura muy actual, válida desde su época: el tiempo es como "ejecutivo cobrador de la muerte". Como un empleado de banca que recoge los cupones vencidos y los destruye, pasando al olvido de su existencia, al desaparecer de la vista.

En el asunto de lamentación ambrosa y postrero sentimiento de amante, hay una visión sintética de esta idea, una de las más profundas a propósito de la vida y de la muerte en D. Francisco:

¿Qué otra cosa es verdad sino pobreza  
en esta vida frágil y liviana?

Los dos embustes de la vida humana  
desde la cuna, son honra y riqueza". (125)

No es suficiente explicar por herencia o transmisión esta idea importante de Quevedo, aún cuando llegue a ser una casi constante historia en la literatura Española. Quevedo vivió la angustia del tiempo y la muerte como algo constitutivo que le hace diferente, que le aproxima a los existencialistas de la temporalidad y del "Sorge" heideggeriano de tres siglos después:

"¿Qué tienes, si te tienen tus cuidados?  
¿Qué puedes, si no puedes conocerte?  
¿Qué mandas si obedeces tus pecados?  
Furias del oro habrán de poseerte."

Caer en el mundo y en la vida es caer en la temporalidad; la reflexión agustiniana sobre el tiempo y las cosas; sobre su antes y su después de la eternidad, ha influido en Quevedo para la solución del problema filosófico de la temporalidad, como medida cuantitativa del ser, del hombre en el mundo. La misma expresión "caer en el tiempo", tiene reminiscencias agustinianas, platónicas y recuerdos de eternidad.

Pero lo importante y lo original de Quevedo es, que esta vida, que es su estar en el mundo, no es independiente del morir, no se puede separar de él. Estar en el mundo es morir.

La muerte no es el hecho puntual que ocurre al final de la vida. ¿Cuándo es ese final? ¿Por qué es el final? La muerte no es un hecho simple, como ocasional. Como suele decir la gente, cuando no piensa, cuando buscando una explicación que consuele dice: Estaba determinado; tenía que suceder.

Prescindiendo de los aspectos teleológicos y teológicos, que D. Francisco tenía presentes, pero filosóficamente, para Quevedo, la muerte está engarzada de tal forma en la vi-

da que no se puede decir nunca que es un hecho puntual, casual, sin conexión. Esa conclusión solo puede provenir de una rutina vulgar en que proyectamos un concepto de vida y un concepto de muerte y temporalidad vacíos, o nada más cuantitativos y cronológicos. Quevedo se queja de esta irreflexión:

"Mucha tiniebla, y grande noche cierra  
Cuanto destina el hombre, y todo para  
En pretendida muerte y poca tierra".

No puede explicarse así en el hombre. El sólo es capaz de dar sentido a las cosas y al tiempo. Muerto y desaparecido, la perspectiva antropológica no es la misma que la que puede servirnos para medir la de cualquier animal, que viva más o menos que el hombre. Solo en él se da el que estar-en-el-mundo y su temporalidad coinciden, empiezan y acaban juntas. Su tiempo cesa con su muerte. El hombre se lleva siempre consigo el secreto de la fórmula de su tiempo: de su manera de sentirlo; de encontrarse en él: del suceder de las cosas y su sentido; de los movimientos propios interiores y transcendentales. Quevedo habla del beber la edad del tiempo que pasa:

"Bebida toda la edad"

y también:

"Ejecutores son las horas y los días"

No precisamente el último instante de la vida, sino todos los instantes adquieren para él este sentido de sujeto activo. No es el pasivo ir pasando, como algo objetivo, sobre lo que se ejecuta algo por el hombre. No es un "quantum" que permite realizarse al ser humano independiente de esta base de sustentación; aunque llegase a ser, como la cinta móvil que nos permite transportar, subir, bajar, llegar; no es todavía el sujeto ejecutor de la vida que penetra al ser humano.

Este sentido ejecutor en el hombre, de sujeto que es la temporalidad, como ser concreto, está plasmado en una figura sin igual y de un análisis del más fino fenomenismo temporalizante:

"Y mientras con mis armas me consumo;

.....

.....

Hoy pasá, y es, y fue con movimiento.

Que a la muerte me lleva despeñado,

Azadas son las horas y el momento,...

Pienso en el solitario, vencido y achacoso, Sr. de la Torre de Juan Abad que echa una mirada retrospectiva sobre el largo camino recorrido, los esfuerzos hechos y el tiempo y el trabajo que vive. Creo que el encarcelado, el enfermo o el anciano tienen más capacidad para esta reflexión, pero no es porque la enfermedad impida, sino porque la vida es temporalidad, sujeto inapresable que actúa en mí y me labra el futuro, constituyendo un "subjectum" que me toma por detrás, antes que yo me haga responsable de ello.

La figura más sorprendente de esta comprobación la encontramos en el "Sueño de la Muerte".

Al fin de cada uno hay una coincidencia entre materia y forma, en "objeto y sujeto", que hace pensar a Quevedo que nos hallamos ante el revestimiento teatral de la máscara, para personificar o representar un papel en el teatro del mundo. La información postiza y mascarada no es, el quita y pon artificial, es la cara de carne que cada uno tiene y haciendo un juego macabro e imaginativo, como si se pudieran separar carne y hueso, y vivir sueltos.

Como la cara y el cráneo se exigen, muerte y vida están unidos. Separarlos es no vivir, pero es la única forma de poderlos contemplar, soñar. Hablamos de la muerte, como si un

ciego de nacimiento pintase paisajes, como si nos fuese familiar y, sin embargo, es algo plenamente desconocido.

Como algo que está pegado a nuestros huesos, lo sentimos sin poderlo remediar; lo tenemos tan encima que nos aplasta con su misma realidad. No se puede poner la muerte como algo que esté fuera de nosotros mismos. En el propio vivir, como algo constitutivo, afirma su presencia silenciosa y sustentante de la vida. Una imagen de contrarios, metafísica, muy al estilo quevedesco, en que los opuestos no se contradicen sino que se complementan.

Quevedo insiste aquí y allá de su obra poética, de su obra toda, en esta idea del fluir del tiempo, de las cosas, del placer y del sentir breve, con unas dimensiones agudas, difíciles de sorprender: como la barca que cruza rápidamente el océano, como se resbala entre las manos el agua y se desliza el jabón, el viento, el pensamiento.

"Como el que, divertido, el mar navega,  
y, sin moverse, vuela con el viento,  
y antes que piense en acercarse, llega. (126)

La percepción de una dimensión insólita e interior del tiempo, como una especie de eco, cuya resonancia singularmente aguda penetrase y atravesara la vida en todas las dimensiones de: pasado, presente y futuro con tal brevedad, con tal rapidez esencial y constituyente que es, será y fue, son al mismo tiempo:

"Como de entre mis manos te resbalas! (127)

.....

Pero además se trata de una posesión que se adueña del ser humano y que, como el ama de casa, transita por el hogar con paso imperceptible pero omnipotente: todo lo sabe, todo lo tiene, lo guarda todo. Guarda la vida, los años, la hora, el instante. Cualquier instante se lleva y trae la vida.

Los filósofos de la "existencia" van a decir que el ser del hombre es "ser-mortal"; que es un concepto de totalidad que da sentido al mismo ser. Es una inmanencia constitutiva. No es necesario apelar a la experiencia de la muerte. Ni de la muerte propia, por que es un todavía-no o un ya-es-imposible.

Ni siquiera es la muerte del prójimo, aunque ésta sea auténtica experiencia humana, cuando está relacionada con el otro en una auténtica vinculación comunitaria (128). Quevedo dice taxativamente en este terceto, ejecutorio de las fuerzas del ser, que el tiempo y la muerte son ejecutores en el hombre:

"Cualquier instante de la vida humana  
es nueva ejecución, con que me advierte  
cuán frágil es, cuán mísera, cuán vana" (129)

Es cierto que el morir no se nos da como un hecho fáctico, sino como un hecho que hay que comprender existencialmente; al hombre le va en ello su poder "ser-en-el-mundo", que con la muerte le son rotas todas las relaciones vinculantes con el otro (ser comunitario)

Esta posibilidad no le puede ser dada al hombre en un momento tardío del curso de su ser, sino en cuanto es y está en el mundo, ya tiene que habersele dado para poder llegar a ser (130).

La muerte que es dada al ser como experiencia en Quevedo es algo que transpasa su propio ser. Es, sin embargo, cortada ya instantes intrecruzados, tan variados y heterogéneos como la percepción pluridimensional y discontinua de las cosas, de los hombres y aún de su propio yo. A pesar de todo es la que organiza el ser de la vida:

"Huye sin percibirse, lento, el día,  
y la hora secreta y recatada  
con silencio se acerca, y, despreciada mía" (131)

Pero más eficaz y definitiva aquella otra afirmación suya: "vengo a juzgar que tengo tantas vidas como tiene momentos cada año". No significa esto en Quevedo, que no haya momentos especialmente categorizados, en que se desvela mejor o totalmente el ser en su verdad. El hombre integra más claramente su posibilidad y su categórico ser-temporal-mortal, cuando se le desemboza en forma más original y en momentos especialmente perentorios de estados de ánimo o "talante" que se pudieran calificar de vivencia de la angustia de la vida, (de la muerte). Quevedo ha huído de la terrible cotidianidad que impide al hombre categorizar su vivencia y lo extiende a todos los instantes de su vida. (132)

Antes de que sepa andar el pie, se mueve  
camino de la muerte (133)

Todo corto momento es paso largo  
que doy, a mi pesar, en tal jornada,  
pues, parado y durmiendo, siempre aguijo. (134)

Además de la imagen del río que es bebido por el mar, sobre la que vendremos, poco más adelante, heredada ya en la literatura española, la insistencia en la totalidad de la temporalidad del hombre transida por la muerte, es algo que se confirma con la fuerza incontenible de la idea, la imagen, y la represión cargada de sentido. Antes que sepa andar el pie. Todo momento por corto que sea, aún parado, aún durmiendo, están atravesados por una dinámica finalidad que en el hombre está: la muerte.

### 3.4.3. La muerte igualadora

Séneca ha visto la muerte como niveladora de las vidas. Ni las distintas honras glorias o famas pueden distinguir a los hombres, ni mucho menos las riquezas o adornos externos.

Docquier vayamos, orlados por la gloria o la miseria, la muerte estará a nuestro lado. Aunque a veces al vernos acariciados por la fama la olvidamos, ella constantemente nos recuerda su presencia en la muerte de otros. Nos advierte que somos mortales y que ni aún la gloria evitará que llegue la terrible hora.

Acepta el filósofo que la muerte es la niveladora en la tierra. Aconseja a aquellos que visitan los cementerios y ven la mano del hombre tratando de alterar esta ley divina de igualdad para todos: "no debe indignarte la desigualdad de las tumbas, puesto que las cenizas de uno son iguales a las de otros". Toda pompa y ostentación en la muerte es externa; aún el hombre no ha podido, a pesar de sus grandes esfuerzos, alterar ni en un ápice esta ley que por mandato divino iguala a todos los mortales. En una de sus epístolas insiste:

El fundador de las leyes de la humanidad no distinguió nuestro nacimiento ni nuestro nombre más que el tiempo que vivimos. Pero cuando llegamos al fin: márchate, dice, ambición, no hay más que una ley para todos los que viven en la tierra. (135)

El ideario espiritual sembrado en la obra de Quevedo, a través de la muerte, florece más abundante, más rico y más fuerte que en la tradición literaria española. (136) Es necesario renunciar a buscar paralelos y predecesores porque Quevedo no imita en general, a ninguno. No podemos decir que los tiene presentes, pero es casi seguro que los ignora. Su



ingenio le lleva a sobrepasar, a transcender, a no contentarse con lo que otros han hecho. El ideario de Quevedo sobre la muerte llegó más allá en una concepción filosófica, metafísica y moralizante. Nos hemos de limitar a unos cuantos ejemplos, pues que lo vasto del tema nos desborda el propósito.

Sobre la universalidad de la condición humana para la muerte o sobre la condición igualadora de esta para todos, Juan de Pedraza había expuesto, en su "Danza de la muerte" (s.XVI), su famoso estribillo: "Desde el Papa al que no tiene capa", (137) lo que ya Jorge Manrique había heredado y que después Quevedo nos retomará:

"Allí los ríos caudalosos  
allí los otros medianos  
e los más chicos  
y llegados, son iguales  
los que viven por sus manos  
e los ricos" (138).

Quevedo lo admite, lo da por sabido, pero no se detiene. Retomando el mismo tema, en tres ocasiones, veamos hasta dónde llega:

"Quien no vive no padece muerte  
También para el sepulturero hay muerte".

La misma imagen del mar y el río toma otro sesgo cargado de intención y preñado de sentido:

..."pobre y turbio río  
que negro mar con altas ondas bebe".

La vida también es el río, la muerte también es el mar, como en Jorge Manrique, pero en Quevedo hay la carga de un pensamiento profundo, apoyada esta idea primitiva, que la sobrepasa y añade muchos matices ricos en contenido.

Ya no sólo es la muerte como único fin irremediable, co-

mún e igualatorio, es además condicionador de la vida, medi dor del tiempo, fomento de la virtud.

La muerte no es el fin de un camino de perfección. Porque ¿cuándo sobreviene? Aún en el caso de la vejez avanzada, glo riosa y cargada de honores y méritos, ¿cuál es su adecuado fin?

El "muero porque no muero" de Santa Teresa ya había saltado esta barrera de proponer la muerte, antes que la vida se acabara. La había revestido de algo externo y de por fue ra, distinto, no común en los caminos anteriores y S. Juan de la Cruz nos habla de una reversibilidad con la vida, que en mística transcendencia ha dado un salto desde lo meramente literario a lo místico-espiritual:

"Mas ¿cómo perseveras

oh vida, no viviendo donde vives?" (139)

Quevedo que en "Cuna y Sepultura" llegará a la deducción tajante y total: "Empieza el hombre a nacer y a morir; por eso cuando muere acaba a un mismo tiempo de vivir y de morir" (140).

El famoso tema del reloj y las horas que cuenta, cuya cuer da se acaba con la muerte, llevado y traído hasta el propio Góngora:

¿Qué importa, tiempo tirano,  
aquel calabozo estrecho  
que de vidrio te hemos hecho  
para tenerte en la mano,  
si el detenerte es en vano  
y siempre de tí está ajena  
cuando más piensa que llena  
nuestra vida, a cuya voz  
huyes, cuál tiempo, veloz,  
y sordo como en arena?

Quevedo lo repite pero no pasa por el mismo camino. Las imágenes, más vitales, las aproximaciones más hondas y los conceptos y abstracciones más subidos y constituyentes; la temporalidad humana, bajo este pretexto es analizada hasta extremos de superación lírica y de imposibilidad de encerrar en un verso la madeja huidiza del tiempo.

"Bien sé que soy aliento fugitivo;  
ya sé, ya temo, ya también espero  
que si he de ser polvo, como tú, si muero,  
y que soy vidrio, como tú si vivo."

Haciendo un juego con los conceptos, dirigiéndose con el mismo tema a un reloj solo de campanilla, marca la gradación perfecta:

¿Ves, Floro, que prestando la Aritmética  
números a la docta Geometría  
los pasos de la luz le cuenta al día?

.....

En un orbe ceñido  
muestra el camino de la luz ardiente  
y con rueda importuna  
los trabajos del sol y de la luna;  
y entre ocasos y auroras  
las peregrinaciones de las horas.

Una sensación interior y sutil que atraviesa la vida entera, que se muestra en la sucesión indefinida con un oculto movimiento, que desgasta, que consume, que aumenta, disminuye como la luz. La imagen de la luz, la de la madeja de hilo:

Devana sol y luna, noche y día.

O este otro Salmo XXVII, en su primer cuarteto:

Bien te veo correr, tiempo ligero,  
 cual por mar ancho despalmada nave,  
 a más volar, como saeta o ave  
 qué pasa sin dejar rastro o sendero (141).

No satisfecho, repite y completa sin cargar alegorías en contrapuestos paradójales, que gustarían a Gracián. La imagen del mar, la de la nave le han quedado poco perfectas; ahora la de la saeta, la del ave que sobre el aire vuelan sin dejar rastro ni sendero.

Antonio Machado tendrá alusiones y recuerdos a estos caminos que se hacen en el mar como estelas espumosas instantáneas que no duran ni dejan huellas. Quevedo ha llegado hasta el fondo.

#### 3.4.3.a. Familiaridad de la muerte

Como una categoría más metafísica y no como un signo estoico de frialdad, desesperación o impasividad ante la vida, creo que se puede interpretar en Quevedo su relación constante con la muerte. Constituye una familiaridad tal, que se puede descubrir un diálogo de amor con la muerte. La mima, la acaricia, le habla como a cosa de la que no se puede separar, le da consejos, cuando ya no puede más, hasta le riñe. Para Quevedo la muerte es su muerte. Tiene que mirarse en sus ojos, que no están vacíos pues son los de él mismo. La muerte que está en casa, viva, para andar, para comer y dormir, amanecer con ella cada aurora.

Muerte amiga, esposa y amante. Dulcinea ineludible de su pensamiento. Quevedo habla de esta forma con la muerte:

"Si hija de mi amor mi muerte fuese  
 ¡Qué parto tan dichoso que sería

el de mi amor contra la vida mía!

!Qué gloria, que el morir de amar naciese!

Buscando siempre qué quiere decirnos en la encrucijada de su propio pensamiento conceptista encontramos: en ese es tar metida la muerte en su vida y en sus acciones, en sus pensamientos y en sus amores, una familiaridad diferente de lo macabro, de lo fiero o desafiante:

"Pierdes el tiempo, Muerte, en mi herida,  
pues quien no vive no padece muerte;  
si has de acabar mi vida, has de volverte  
a aquellos ojos donde está mi vida.

Un diálogo decisivo pero familiar, espontaneo de tú a tú, "pierdes el tiempo",... piadosa, artificiosa manera de tratar, de pensar, de sentir. Ingeniosa, perspicaz:

Vuélvete al miserable, cuyo ruego  
por descansar en su dolor, te llama:  
qué lo que yo no tengo, no te lo niego. (142)

### 3.5. LA MUERTE COMO SIGNO ETICO PARA LA VIDA

Vida, muerte y cuidado grandes definidores de la existencia del hombre en Quevedo los tres pueden ser articulados por el amor.

Todos pueden elevarse y perdurar algo en la memoria y el corazón, cuando allí dentro alienta el calor pero ya que no todos ellos pueden ser aprehendidos con igual objetividad, no pueden ser apropiados ni domesticados de igual manera. La existencia humana quedará marcada por un signo ético de ser emplazados para mientras haya vida, que esto es vivir, llevar en potencia lo que ha de ser, lo que viviendo ha hecho a tenor de su identificación con el fin propuesto y aceptado.

"Es un descuido que nos da cuidado  
es un soñado bien, un mal presente,  
un andar solitario entre la gente...

Yo dejo el alma atrás: llevo adelante desierto y solo el cuerpo peregrino.

!Oh, quién trocara a un difunto  
el partir, por el entierro!"

No la vida como presente ni como sólo futuro sino la vida que se ha hecho después de recorrerla en presencia y a través de la muerte.

El sentido del hombre encerrado en fórmulas y conceptos que indiquen algo acabado y predominantemente estático es algo contrario a Quevedo. Los pensadores se oponen incisivamente a considerar al hombre sólo como una reacción química o algo que no trascienda los límites de un nombre. Poniendo de relieve que, la ciudad es mayor que el letrero indicador de la carretera, quieren transpasar los linderos de la mera libertad y depasar las imposiciones de los determinismos no

transcendentes. Don Francisco concibe en su pensamiento antropológico, posiciones de un signo no sólo de transcendencia de estrechos límites, sino con características ascéticas. Se puede llamar intuición del futuro y aparición de la espera en la esperanza (143). Pero cuando esta transcendencia, de cuando el futuro puede ser verdadero y auténtico lo hallamos como signo transcendental en su pensar sobre la muerte.

Quevedo ha observado hasta el detalle los diversos aspectos caleidoscópicos que matizan la vida del hombre. Siendo una y sola y, tal vez, como eco de la suya propia, tiene muchas almas y sentidos y situaciones y vivencias. El autor de la Cuna y Sepultura se muestra conocedor admirable de todas las reconditeces de la vida del hombre y de su existir. Una intuición singular para percatarse e insignificantes detalles de lo que es vida; presentándonos como uno de esos casos que, por lo singularmente que están dotados, alcanzan la hondísima satisfacción que produce el hacerse con la riquísima superabundancia, que posee la realidad humana en cualquiera de sus parcelas, por poco importante que pueda parecer a primera vista.

Quevedo, en la Cuna y la Sepultura, aparece como de los privilegiados humanos que viven no contentándose solamente con vivir. La vida se les presenta cada día, en su discorrir monótono, pletórico de complejidades y riquezas:

"Dos cosas traes encargadas, hombre, cuando naces, de la naturaleza, la vida; y de la razón la buena vida. Aquella primera te solicita y acuerda las necesidades del cuerpo, y esta postrera los deseos del alma.... Y si lo miras, tu principal parte es el alma, que el cuerpo se te dió para navío desta navegación, en que vas sujeto a que el viento de con él en el bajío de la muerte" (144)

Constantes preguntas y porqués, que insinúan respuestas de conducta, acechan sin cesar, para exigir conclusiones contundentes que sean interpretación del vivir y el ver en la vida un sentido pleno.

Enfrentándose con cualquiera tema en la palestra de su pensamiento no se amilanó ante ninguno, ni se acobardó ante situaciones, ni problemas transcendentales, pero ante la muerte ha querido rectificar prudentemente el concepto estoico por encima de toda pereza intelectual y de todo dejar se llevar sin sentido por lo hecho o lo dicho, cohonestando con el todo, sin preocuparse de las partes. Quevedo ha trascendido de las cosas con el esfuerzo, que unas veces parece poético, otras metafísico y otras metafísico-ascético.

Veamos en unos cuantos ejemplos estas posiciones suyas cara a la muerte:

"De balde me da el sol su lumbré, pura  
Plata la luna, las estrellas oro;  
Basta que de la tierra sepultura." (145)

Hay una jerarquización poética de brillo y argumentos sucesivos que se proponen, que se superan, que se dejan, finalmente que se apartan.

Nunca la gloria fue tanta  
Que linaje, ciencia, riqueza.

Como para arrancar un poco más de temporalidad y gozar un poquito más en ello, propone esta progresión interna y la derriba a continuación:

Halle muerte piadosa que derriba  
Tanto vano edificio de Quimeras".

La muerte con este signo que invita a subsumir, es la lección que da a la vida del hombre, desde que nace hasta que muere. Pero leamos sus propias palabras: "Así pues, debes tener por cierto que la primera lección que lee la sabi



duría del hombre, es en el día de su muerte, y que cuando muere, empieza aprender, y que solo entonces el alma está capaz de doctrina, pues se desnuda en el cuerpo de la rudeza y de las rudezas e ignorancias de este mundo." (146) Tra**ba**josa cosa es la muerte, termina, pero docta.

La trascendencia que canta en una metafísica de conceptos y en un trapasar a lo inmortal y duradero para siempre con sentido pleno y total.

"Diez años en mis venas he guardado,  
el dulce fuego que alimenta, ausente,  
de mi sangre.....

Y enlaza con este terceto final:

Llama que a la inmortal vida trasciende  
Ni teme con el cuerpo sepultura,  
Ni el tiempo la marchita ni la ofende." (147)

Este vivir la temporalidad en una profunda dimensión de futuro, es estar abiertos a la esperanza y constituye una fenomenología de la muerte esencialmente trascendental. La muerte es el acto que da fin a la temporalidad, a la existencia del ser no al ser mismo, término al estar en el mundo o se acepta como inexorabilidad o como paso de una aventura superior. "Es pues la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella, considerándolo como el plazo que ponen al jornalero, que no tiene descanso desde que empieza, si no es cuando acaba.

"A la par empiezas a nacer y a morir, y no es en tu mano detener las horas; y si fueras cuerdo, no lo habías de desear; y si fueras bueno, no lo habías de temer". (148)

Hay en el autor de la Cuna y Sepultura un vivir abiertos a un futuro concreto dentro de una historia, pero el sentido de cada historicidad, se diversifica en cada vida singular, circunstanciada por las situaciones fenoménicas que la

constituyen. Es decir, que nuestra transcendencia y nuestra proyección en el futuro adquieren sentidos radicalmente diversos, según cómo concibamos el hecho mismo del futuro: Como factor que se abre siempre a la posibilidad; como horizonte, límite, cerrado y forzado, imposible de franquear. Para Quevedo, es cierto, que se vive muy pronto, apenas iniciamos la vida, con la amenaza de la muerte.

"Antes empiezas a morir que sepas qué cosa es vida, ... se anticipan las lágrimas a la razón". Esto explicaría este ingrediente esencial de nuestra realidad fenomenológica: vivir bajo la amenazante constante posibilidad de la muerte, pero esta es la abertura sin límite: "Si fueras bueno lo habías de temer".

Hay incluso una auténtica tentación para todo hombre de no entender su ser como necesariamente mortal. Algo que es, va y viene con él y le constituye por delante y por detrás, como algo necesario. Por el contrario le aparece la muerte como algo puntual, hecho concreto y objetivo; fenómeno biológico y enemigo. La actitud que suscita esta concepción no transcendente es esta progresiva situación de enfrentamiento:

Tratar de retrasarla. Procurar alejarla. Hacer lo posible para olvidarla. Hasta no creer en ella. Hasta aspirar a la inmortalidad.

La última postura del hombre vulgarizado podría ser esta consideración: la muerte es un residuo de la pereza que aún no ha logrado vencer la técnica. Pero Quevedo, muy de otro modo la veía. Dos imágenes brillantes y ardientes que nos le hacen pensar como profundo pensador de la vida y de la muerte: la muerte pertenece al ser y al haber del ser y no se puede leer más que, como algo que le atraviesa, como la medula al cuerpo o el cabo a la vela: "vela eres: luz de la

vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta; cuanto más aprisa arde, más aprisa te acabarás". (149) Más adelante añade en segundo parangón más vivido y convincente: el buscar el mal y la enfermedad como si estuvieran fuera o en los animales, cosas y lugares, cuanto el mal de muerte lo tenemos dentro, tan dentro como nuestro ser y sentirnos, tan pronto como nacemos. "No puede dejar de estar enfermo quien siempre en su misma vida tiene siempre mal de muerte, con este mal naces, con el vives y dél mueres" (150).

Estoy enfermo, me siento enfermo tiene en equivalente: me siento hombre. Estuve, estoy, estaré enfermo. La conduc-ta humana del hombre abierto a la existencia solo tiende a conquistar lo que está conquistado. La medicina no sirve para dar salud sino para disminuir enfermedad. "En ninguna cosa tienes segura salud; y es necedad el buscarla: "cuando me curo no es que estoy sano sino menos enfermo. Es un accidente de mis enfermedades. Reconocerse enfermo es la mejoría que puede tener la enfermedad. Si las enfermedades son malas, sirven por ello, quizá, de medicina del alma". (151)

El sabio siente el dolor, el necio lo padece. El dolor no debe traspasar los umbrales del cuerpo. Aparece aquí el estoico que lleva dentro, nuestro Don Francisco, pero veamos como lo supera y sobrepasa.

Razona de la siguiente forma: no debe llegar al alma el dolor porque es impropio de su naturaleza espiritual, debe vencerlo, limitarlo a lo que es: una sensación de dolor. Dejarlo que se hipertrofie es permitir que aparezca otro dolor distinto que arrastra a la desesperación al necio. Quedo parece decir; "Si me vence, sólo me manifiesto cuerpo; si lo venzo, me muestro hombre".

La muerte llega a adquirir un signo de valor positivo. Frente a una posición renacentista, para quien no había va-

lor superior, ni actitud correspondiente mejor y más positiva que la vida, hay un nuevo valor en este signo ascético trascendente que es la muerte.

Para los del culto a la naturaleza viva, que crece y se desarrolla exuberante y lozana, la enemiga y de signo contrario es la muerte, que trunca, rompe y despedaza. Para Quevedo al estar imbricada en la vida y el vivir se convierte en un ceder continuamente a la muerte. Es algo netamente positivo que va llenando el ámbito todo del ser. Que en un momento determinado preside todo valor. "Mira que eres el que ha poco no fuiste, y el que siendo eres poco, y el que de aquí a poco no serás"... "Eres, fuiste, siendo, serás... La vida no se vive, se existe, se prolonga de un modo quebradizo y ligero sobre el abismo de la nada, hasta llegar a su total liberación. Es cuestión de ensayo y aprendizaje de arte virtuoso y hábito perfecto". "Y, en cierto modo, va el cuerdo ensayando el cuerpo para la sepultura, que hecho a tales habitaciones, no se le hará angosto el ataúd, ni le espantará el forzoso hospedaje de la muerte" (152). Con esto se logra un salto impresionante para el hombre y no para Quevedo. No hay una angustiosa ansiedad mortal, por el que pasará vacío.

El hombre que vive la existencia como valor constituido por la mortal limitación de su ser, lo único que desea es llegar a encontrarse dueño de su propio ser, que no posee en totalidad; a llegar a su plena identidad, porque hay perdido el control o dominio de su propia médula. Entonces siente huir entre sus dedos su propia y radical existencia. No hay hora en que no muera, y aún se podría decir, que renace en cada instante. "Siempre suspiras que llegue el día venidero: no me negarás que en todo deseas tu fin, pues no puedes desear que, tras esta instante, venga otro, sin de-

sear que se acerque un paso más tu muerte" (153) y a pesar de todo, "te llevas siempre contigo".

Parece como si en Quevedo encontráramos, muchas veces, una psicología incierta y nebulosa, que no llegamos a desentrañar del todo. Y vamos dando en hondonadas y crestas de difícil acceso. Por eso hay que llegar a sus años postreros, a sus últimos escritos, para que nos descubra por entero su alma. Este lento y progresivo buscar claridad, cuando hablamos de sus últimos escritos, porque nos ilumina el fondo de su alma, la síntesis de su espíritu, aquella extraña mezcla de la amargura del vivir con un criterio trascendente; entonces logra la paz interior. Hasta entonces, Quevedo había sido como un prisionero del mundo, y su espíritu con él: al desatarle la muerte de sus cadenas temporales, libera también su alma.

"Dichoso serás y sabio habrás sido, si cuando la muerte venga no te quite sino la vida; que en los necios no sólo quita la vida, sino la desconfianza necia, el descuido bestial; el amor de las cosas temporales; todo lo cual habrás dejado tú antes y así aliviarás tú mucho la postrera hora" (154).

Muchos críticos y criticones de la obra de D. Francisco han coincidido en su habilidad inigualable para describir y pintar con viveza el colorido distintivo, lo defectuoso, lo pintoresco, en lo social, en la conducta, pero pocos, quizás ninguno, ha llegado a ver el moralista que va tras lo eterno en las debilidades humanas, que capta lo abstracto y lo permanente.

Ramón de la Cruz dibuja la vida madrileña siglo y medio más tarde, pero su plan y cuadro quedan ceñidos a lo concreto, lo fugaz y sujeto al cambio de la moda.

Dante mismo, en cuya Divina Comedia pudo inspirarse Que-

vedo, pone en su primer canto a los condenados: lujuriosos, coléricos, avaros, pero en él este desfile de defectos y vicios sociales, esta sátira de actividades y profesiones, no se realiza de modo previsto y sistemático, sino arbitraria y caprichosamente, sin sujeción a un verdadero plan; el desfile de tipos sobre los que actúa la implacable burla satírica, puede alargarse o acortarse a voluntad.

Frecuentemente en el mismo "Sueño", o en otro, se vuelve a insistir, a zaherir, a buscar nuevos caracteres abstractos universales del meollo moral de su comportamiento. Más ilustrado, quizás, por los discursos del Bto. Hipólito, y los frescos del Cementerio de Pisa, junto a la travesura caprichosa y colorido, la malicia y la severidad sajante del moralista.

Avido de buscar antítesis y contraposición de ideas, esta faceta le producirá una satisfacción plena, al encontrar en ella atravesadas las fronteras de la vida, la libertad para su espíritu agitado y nervioso. Quevedo logra en una síntesis difícilmente superable: sumar un hondo caudal de contenido trascendente, que se viene a juntar y hacer curso común con las carcajadas de su alma bufona y apicarada. Como si en nuestra existencia, todo pudiera ser a la vez motivo de risa y de llanto. Una mutua compensación en nuestra vida y una constante correspondencia; unas acciones sirven de base a otras; los colores se alternan y cruzan como en una trama tupida bien pergeñada. Todo es cambio y trueque y vaivén en ella, pero en este maremagnum inestable, una visión profunda y trascendente, un algo de común destino, verdad universal que subyace al fondo y trasciende a todo y arbitra una nueva solución, abre una esperanza y encamina al hombre a un futuro.

Unas veces es una ley de solidaridad eterna.

La confirmación del origen común y la unidad de destino,

las más.

La procedencia del mismo Padre celestial y el fin único hacia quien caminamos.

El que todos estemos ligados unos a otros, aún para padecer encadenados en las mismas pavorosas y eternas expiaciones.

"Todo lo crió Dios para que te sirviese: así lo dijo El; mas como te dió razón con que entendieses, también te mandó juntamente que era para que le sirvieses tú con todo". (155)

Su visión filosófica del mundo y de la vida, en torno a la muerte tiene un signo ascético-trascendente que se puede justificar desde muchos puntos de vista, pero tanto su temperamento, como su posición ante la realidad, como un estudio más profundo como el que C. Vossler, (156) nos inducen a pensar en esta verdad. Los escritores podrían clasificarse en dos grandes grupos: los amantes de la soledad y los atraídos por el mundo exterior. Cuando nos encerramos dentro de nosotros mismos y de alguna forma volvemos la espalda al mundo que nos rodea, aún cuando hayamos enriquecido nuestro pensar con la posesión de la realidad, nos asemejamos y ponemos del lado de los que se alistan en "la soledad y la poesía española" como místicos, poetas-líricos, filósofos y ensayistas, para quienes el espectáculo del mundo es entre indiferente y sin sentido y buscan la verdad, de inspiración liberadora, en la sola vida fecunda y ajena al ruido forastero y enemigo del bien.

Así lo hicieron sin duda: Garcilaso y Fr. Luis de León, San Juan de la Cruz, Herrera mismo, y Lope a veces, o el autor de las "Soledades". Muchos de ellos sufrieron el desgarrón ascético y la venganza de la crisis espiritual atormentadora y dolorosa, purificadora del alma para alcanzar la paz.

Nuestro Quevedo, difícil de catalogar, aunque habla de los "retramientos del alma", podríamos afirmar que no apeteció la soledad y que no padeció crisis semejantes; se arma de la filosofía estoica y cruza la vida empuñando el látigo justiciero de eterno fiscal de vicios y pecados sociales, públicos y privados, sin sentir los encantos de la soledad espiritual.

Para C. Vossler pudiera ser incluso una forma de huida y evasión, el escribir sátiras y libelos para apaciguar en sí la insatisfacción y el descontento. Quevedo está ciertamente abierto al mundo, de tal forma y medida que sentía una profunda atracción por él, hasta dejarse avasallar, fascinar. ¿Le proviene de su horror a la soledad? ¿Es a causa de su inquietud y desazón de espíritu, difícilmente llenos y completos?. "A los solos no hay mal pensamiento que no se les atreva" (157), escribe en la "Política de Dios". Pero y, sobre todo, ¿podemos adelantarnos a juzgar un espíritu activo, infatigable, impelido por la curiosidad de todo lo bueno y lo malo que le son conocidos? El confesará en "Lágrimas de un penitente": "El mundo me ha hechizado"; sus ojos penetrantes buscan y encuentran su apetencia intelectual nunca saciada, busca satisfacerse y llegar a las profundidades que él mismo llamará: "desnudas verdades que buscan, no quien las vista, sino quien las consienta". El mundo constituía, pues, para D. Francisco, un poderoso estímulo, un incentivo y acicate pero para huirlo y traspasarlo, no a la manera mística, pacífica, sino a manera de campo abastado, fértil y ubérrimo del ministerio de la sátira, del transcender del tiempo, del abrir el futuro, del acabar el tiempo, del venir de la muerte, del llegar al fin de las cosas. Es decir, al custodiarse por las posibilidades fácticas de todo, llegar a preguntarse por la posibilidad transcendental que suministra



las demás posibilidades.

En la preocupación quevedesca, la muerte es el aquijón es catilógico condicionante de las cosas y transcendente, en que el cuidado de sí se ha cambiado por un cuidado hacia un anti ci pante del ser, que logra Quevedo con este aspecto transcendental de su poesía y de su prosa.

Síntesis de su pensamiento y de su autenticidad de signo ascético, escribe una carta al Dr. D. Manuel Serrano del Castillo, al dedicarle una colección de poesías burlescas o, lo que es más probable, al enviarle la "Virtud militante contra los cuatro fantasmas".

"Escribeme vuesa merced ha leído con gusto la doctrina de Epicteto en mi traducción, y la defensa de los estoicos y de Epicuro. Esta alabanza no llega a mi estudio ni sale de Epicteto ni de Zenón. Míos son los consonantes, accidente muy delgado, si bien da buen sabor a la memoria.

Díceme vuesa merced que se convence de que se ha de sentir la muerte y los trabajos y que en favor de las virtudes, lo entiende así con los Santos Padres. Doctrina es ésta más para enseñármela a mí que para preguntármela. Y, Señor, por malo, no sé obrar, por ignorante no sé decir. Esta cuestión tiene autoridad resuelta por quien la obra, no solamente por quien la estudia...

Ya que no me puedo valer por el acierto de la perfección de la vida, que inculpable en los buenos, hace hermosa la muerte; me valdré de las miserias que en los distraídos y delincuentes hace aborrecible la vida" (158).

¿Quiere decir Quevedo, que conoce más el mal que el bien, lo torcido que lo recto? ¿No indica, mejor, que hay dos caminos posibles y por ambos puede él caminar?

Comienza con su propio análisis y subida transcendente:

"Señor Don Manuel, hoy cuento yo cincuenta y dos años

y en ellos cuento otros tantos entierros míos. Mi infancia murió irrevocablemente; murió mi niñez, murió mi juventud; murió mi mocedad; ya también falleció mi edad varonil. Pues ¿Cómo llamo vida una vejez que es sepulcro, donde yo propio soy entierro de cinco difuntos que he vivido? ¿Por qué desearé vivir sepultura de mi propia muerte, y no desearé acabar de ser entierro de mi propia vida?" (159).

La pregunta ascético-transcendente surge espontánea y determinante: "¿Qué codicia el hombre en la vida más larga si no más muerte? Cada día que pasó fue enfermedad del que ha de venir, y en cada día que vive cuenta tantas enfermedades incurables como horas, tantos pasos dados hacia la muerte como instantes. Todo le es maestro de desengaño...

Y esto no significa que D. Francisco no sea capaz de otra vía y que no haya hallado solución transcendente más definitiva y última.

### 3.5.1. Proceso de transcendencia antropológica por la muerte

Cada hombre, al nacer, está condenado a muerte. No sabe cuándo le llegará el tránsito, aunque su fin está cercano inexorablemente; pero, de concebir a este hombre como un ser-para-la-nada; o un ser-para-la-muerte, o un ser-para-la-"vida"-inmortal hay enorme diferencia.

El pensar viejo de los estoicos sobre la brevedad de las cosas y de la vida y del hombre, no tenía anclas de transcendencia esperanzadora; sólo tenían objetivaciones cosificadoras, temporalizantes; hasta de la misma muerte humana se adueñaban, anticipando su posible realidad.

De esta espera en la esperanza va a poder nacer con mayor facilidad algo transformante y definitivo para la vida y para la muerte.

Para Quevedo la vida y la muerte cambian de signo y sobre pasan el sentido de ergástula, cárcel sórdida e interminable en que el hombre permanece genuflexo bajo el rebenque de la muerte, esperando que la guadaña descargue su brillo sobre su garganta. Hay un proceso de transcendencia más allá de la muerte y un proceso de actitudes transcendentales ante la muerte.

Señalar su pensamiento constante o el arranque de motivaciones éticas y ascéticas que le promueve la muerte es poco. Se da un progresivo avance de actitudes ante la realidad transcendente de la muerte.

De esta realidad, la única y verdadera realidad, se evaden constantemente los hombres por la ensoñación, por el señuelo engañoso de la ilusión. Pero el señuelo no puede mantenerse indefinidamente y sobre las imaginaciones juveniles, sobre las ilusiones de las apariencias se van imponiendo las verdades de la conformación real, áspera y dura, y el hombre

se despoja poco a poco de los oropeles con que adorna su existencia hasta contemplar de cerca su ser y haber, que na da tienen que ver con su seguridad de la muerte. El mundo no es un paisaje ni horizonte porque está en manos de la rapiña depredadora; ni el poder ni la gloria, ni la desenfrenada po sesión, todos son espejos deformadores de la realidad que an tes o después golpearán con terribles sacudidas al hombre y le dejarán llagado, mudo y tembloroso.

El estremecimiento escatológico no es una figura retórica o un recurso que se haya impuesto en Quevedo sólo circunstan cialmente. La espiritualidad cristiana le apuntará un apoyo fuerte y definitivo para salir de esta obscura penumbra sin solución.

Veamos la doble superación que se impone en Quevedo. Las influencias literarias por un lado ricas y presentes, las etapas de su mismo pensamiento sobre la muerte para llegar a una síntesis definitiva.

Los primeros motivos captados sobre la terrible realidad provocan temor, miedo, horror y separación y andan mezclados con la perspectiva humana del rigor, en la ejecución de la universalidad y avasallamiento total de lo que nadie pue de escapar, desde el más alto al más bajo.

Así las danzas de la muerte del siglo XVI y anteriores alertan, retraen y atraen con esta preocupación:

"Desde el Papa al que no tiene capa,  
la muerte hace en este mísero suelo  
ser iguales, y a nadie perdona" (160)

Pero si cabe es más expresiva esta otra:

"A la danza mortal venid los nacidos,  
que en el mundo soes de cualquier estado,  
el que no quisiere a fuerza de amidos  
traerle a venir muy tose parado

pues ya el fraile vos ha predicado  
que todos vayaes a facer penitencia,  
por mi non puede ser más esperado" (161)

El miedo, el horror queda mejor reflejado en esta danza  
con expresiones más primitivas y contrastadas.

"A estas e a todas por las aposturas  
daré fealdad, la vida partida  
y desnudez por las vistiduras  
por siempre jamás muy triste aborrida  
e por palacios daré por medida  
sepulcros oscuros de dentro fedientes  
que coman de dentro su carne" (162)

El temor y el horror se convierten en espanto y aborreci-  
miento, en alejamiento y en huida (163).

En esta zona y sentimiento hemos de colocar, quizá, a D.  
Francisco frente a la muerte cuando nos habla de la muerte  
como lo destructor, lo que acaba, separa, impide; la anti-  
vida, el antibién, el antitrabajo como acción, satisfacción,  
vitalidad y energía.

De esta forma creemos que se pueden catalogar muchas de  
esas composiciones suyas:

"Túmulo de la mujer de un avaro,  
A Julio el librero  
..... ya citadas anteriormente. pág. 405.

### 3.5.2. Por el camino de la metafísica, introducción al misterio de la muerte

La muerte es la realidad de valor que hace reflexionar como un tema de meditación. Pero además como un motivo de escarmiento, como un ejemplo a tomar. Tiene un aliento negativo y un deje de amargor, desilusión, de pobreza de las cosas que se experimentan, de brevedad, de fugacidad, de insuficiencia, pero sobre todo de igualitarismo.

La imagen del río-camino que se introduce en el mar misterioso y sin fondo, es algo más que un recurso poético para indicar la pérdida en lo desconocido, por eso medievales podían concluir con tanta sencillez.

"Este mundo es el camino  
para el otro que es morada  
sin pensar  
más cumple tener buen tino  
para andar esta jornada  
sin errar (164)

Estos mismos son los caminos de Quevedo, cuando sobrepasa el objetivo externo y a la fugacidad de las cosas de la vida añade el tema serio de reflexión sobre su propia vida:

!Dichoso yo que playas extranjeras  
siendo alimento a pena tan esquiva,  
hallé muerte piadosa, que derriba  
tanto vano edificio de quimeras!  
Espíritu desnudo, puro amante,  
sobre el sol arderé, y el cuerpo frío  
se acordará de amor en polvo y tierra. (165)

La antítesis: vida física-muerte, ¿Se refiere a la muerte mística del hombre viejo de que Habla S. Pablo (Rm. 6,8)? Cuando llega su muerte física se convierte en la contradicto

ria, formal y material vida de hombre nuevo. Este es el sentido del "días natalis" que encontramos en el primitivo cristianismo:

"A los trece años perdió la muerte y encontró la vida" (166). "Lleváronle al lugar del martirio, que Tertuliano con mejores palabras llamó cuna prevenida a eterno nacimiento. (Ter. Ih Scorpiaco Cap. 12)" (167)

¿lo entiende en este sentido Quevedo en su célebre paradoja?

Es indudable que poco a poco el concepto va evolucionando, que hay momentos puramente filosóficos, pero se va enriqueciendo paulatinamente para llegar indudablemente a la visión plenamente espiritual y cristiana de los textos de Pablo.

Indicio evidente es que, movido por la misma dificultad de Rom. 6,8, rompe su antítesis vigorosamente conceptista para decirnos que la muerte-vida y vida-muerte sólo la logra el cristiano, pues el hombre terreno tiene en la vida física vida-muerte en el orden filosófico y sobre todo muerte-muerte en el teológico al llegar a la muerte física:

"Si he vivido bien empezaré a vivir; si mal empezaré a morir" (168)

Nos dice en La Cuna y Sepultura hablándonos de la muerte.

El mismo Quevedo parafrasea poco después a San Pablo, hablando con el diablo:

"Tú perdiste ya el imperio de la muerte, por eso muriendo, estoy fuera de tu jurisdicción. San Pablo lo dice así: Ut per mortem destrueret eum qui habebat mortis imperium hic est diabolus" (169).

Por lo tanto Cristo es Señor de la muerte y El da nuevo sentido a la muerte la parte más íntima de nuestra existencia:

"Procura persuadirte a amar a la muerte, a despreciar la vida, a conocer tu flaqueza y la vanidad de las cosas que fuera de aquel solo Señor son" (170).

Libre el alma del cuidado, con la confianza en el corazón y la fe brillando luminosa en la mente, sólo nos resta el fervoroso anhelo de la parusia que exige el verdadero concepto cristiano de la muerte: "veni, Domine Jesu". Se acerca el Señor:

"Vengo a decirle vuestra merced que su vida va acabando de ser muerte, para ser la vida; así lo espera vuestra merced en los méritos de la Sangre de Jesucristo y en la intercesión de la Madre de Dios". (171)



### 3.5.2.a. La lucha con preocupación por la muerte

Ya que la muerte no puede ser eliminada, el hombre ha buscado eliminar la preocupación por la muerte. Se trata de creer en la posibilidad de la muerte ineludida, que no se exprese que no se exponga ni manifiesta, que no se manifieste porque al sacarla a plena luz se perturba el hombre como al sacar de su inconsciencia lo que subyace en la penumbra y la no claridad (172). En Quevedo tiene visos de lucha ascética, pero además una serie de matices ético-naturales:

Es un alejamiento o regresión del fin, de la limitación, un temor a que se acabe la lucha contra el tiempo como paro eliminador.

La instalación de los signos de la juventud y de la posesión del futuro, que son deseos de permanecer en lo irreal.

He aquí una serie de temas propuestos con este motivo que pueden calificarse como poesía amorosa, y que tiene implícito el tema de la muerte:

Finge dentro de sí mismo un infierno.

No logra quietud ni descanso.

Amor impreso en el alma que dura después de las cenizas...

La oposición entre la única preocupación y los cuidados innecesarios, es lo que Quevedo nos echa delante:

"Cargado voy de mí: veo delante

muerte que me amenaza la jornada".

Los atuendos, el vestir y aparentar, el decir y el hacer deportivo como seguridad de posesión del futuro son ridiculizados, zaheridos y duramente tratados en los -sueños realidad- en el sueño imagen de la muerte y de la vida.

Lo que más repugna a Quevedo es el disímulo, el artificio:

La muerte por accidente,

por no tener los medios para evitarlo, porque no se llegó

a tiempo. Porque no había tal medicina. Porque no se pudo operar. "Cuando se haya descubierto el remedio... ¿Ya no se morirá? Como si se pudiera concluir: La muerte es un artificio, un ocio que se ha olvidado la técnica y, cuando ya no exista el cáncer, se puedan vencer con sulfamidas, terramicina y demás, no existirá la muerte...

Por el contrario para Quevedo vivir aparece, a veces como un enigma, un campo de batalla donde por una parte luchan en reñida contienda el hombre preocupado y por otra la muerte y su aliado el tiempo:

"feroz, de tierra el débil muro escalas,  
en quien lozana juventud se fía" (173)

Todo lo demás si acaso, aparece como vano intento de disminuir el cuidado, de disminuir la importancia de la muerte algo así, como se ha dicho la muerte negada o disminuída. Una actitud, falsa aprendida y descubierta en los estoicos en el primigenio desprecio de la vida y en la disposición para el abandono suicida, cuya apología harán los mejores estoicos. La muerte como apariencia que se aprende en el fedón mismo de Platón y que Séneca alude con descripción extraordinaria muy fecunda en la posteridad literaria: "patet exitus".

Puerta abierta para salir del teatro de esta vida cuando se quiera, basta pasar el umbral, basta salir.

Actitud bien natural, que dirían los estoicos

En su oposición al estoicismo, Quevedo ve en este resignado -natural- aceptar un alejamiento incomprensible de la realidad, incompatible con una actitud humana verdadera y más opuesto aún a una actitud cristiana.

Le ha parecido a Quevedo un engañoso subterfugio, para disminuir inauténticamente, no la muerte como hecho real, que es irreparable, sino la preocupación por la muerte como

hecho humano para privarle de realidad e inconsistencia.

Por una parte parece que la preocupación y el gran cuidado existencial que embarga al hombre quevediano no se puede atenuar tan fácilmente:

!Oh condición mortal!! Oh dura suerte!

!Que no puedo querer vivir mañana

sin la pensión de procurar mi muerte! (174)

Es una dura suerte; hay que pagarla cada día como la pensión, para poder vivir alojado en la vida común y ordinaria.

San Juan de la Cruz hablará de cima de la contemplación que es una fruición "graciosa" donde han desaparecido todas las cosas deficientes, pero solo se puede hablar de esta cumbre después de subir penosamente por el desierto de la "muerte" que es el común caminar de los hombres en esta vida.

3.5.2.b. La vida, un encuentro con la muerte: los muertos y la reversibilidad muerte-vida

Quevedo había reflexionado seriamente sobre este hecho antropológico tan cercano y cierto en el hombre de ayer y de hoy: morimos sólo para los otros. Para que los muertos no sean un estorbo, una ofensa, un cuidado, hay una continua anestesia de la muerte nuestra para los otros. Se prepara a los enfermos graves para que no piensen, se les quitan preocupaciones, se les rodea de elementos de vitalidad y regalo, gusto y capricho, se les niega la propia muerte. Ya difuntos, los cadáveres son sacados por las puertas traseras de los hospitales para que nadie los vea, nadie se asuste.

M. Heidegger habla de esta repercusión social de la muerte como un inconveniente social, cuando no toda una falta de tacto que debe ser evitada y distraída a la publicidad.

Quevedo se daría cuenta de esta cosificación de los muertos. Los muertos son tratados como cosas, no muy agradables y dignas. Los enterradores, los sepultureros, los portadores de difuntos a fuerza de familiarizarse con los difuntos no se encuentran nunca con la muerte. Se la han como apropiado: la han involucrado en su vida como una cosa más. Esta como disuelta en los minutos de su existencia.

Quevedo por el contrario convierte el: "quotidie morior", de Séneca en una reversibilidad muerte-vida que es un encuentro incesante y sin discontinuidad:

"Cualquier instante de la vida humana  
es una nueva ejecución, con que me advierte.

Cuan frágil es, cuán mísera, cuán vana." (175)

Esto trae unas consecuencias en orden a una ética y ascética: el mundo y la vida son como enemigos y obstáculos a vencer; como el alejamiento que se interpone, la dificultad

o la tentación y el compromiso, algo contra lo que había de establecerse una lucha ascética.

Poulet lo propone simplemente como una característica del hombre del XVII que es su concepción temporal, y lo explica así:

"Si el hombre del siglo XVII siente, pues, con excepcional intensidad su indigencia y su dependencia respecto al acto creador, es porque al percibir este acto no percibe nada más...

La duración no es sino un rosario de instantes. Tan solo la actividad creadora hace posible el paso de una cuenta a otra.

El sentimiento último de una existencia actual, la discontinuidad de la duración, la dependencia total respecto de una creación siempre reiterada, tales son los rasgos del tiempo humano en el siglo XVII" (176).

Hay un soneto en Quevedo que sería como la consecuencia de este encuentro amargo con la muerte no cosificada, si no viva realidad reversible y constante aguijón: el que empieza con el terrible grito: ¡Ah de la vida!

"Junto pañales de mortaja...

- he quedado -

préscntes sucesiones de difunto".

Pero lo que quizá habría que preguntarse si es que Don Francisco no elaboró en este encontrar en su vida la muerte una consecuencia ascético-mística al estilo Juan de la Cruz, cuando habla del alma que vive en la muerte:

S. Juan de la Cruz  
Más ¿cómo perseveras, oh vida,  
no viviendo donde vives?

D. Francisco de Quevedo  
¿Que muerte es la que vives?  
¿Que vida es la que mueres?

Es de saber que el alma  
 más vive donde ama que  
 el cuerpo donde anima,  
 porque en el cuerpo  
 ella no tiene su vida,  
 antes ella da vida al  
 cuerpo.

Mejor vida es morir  
 que vivir muerto. (178)  
 Vivir es caminar breve  
 jornada y muerte viva es,  
 Lico nuestra vida ayer al  
 frágil cuerpo amanecida,  
 cada instante en el cuerpo  
 sepultada (179).

Esta sabrosa explicación es del mismo místico carmelita:  
 "Lo que importa verdaderamente es este prolongado acto del  
 morir que se ha de incorporar a la vida", sin perderse, sin  
 cosificarse.

Rilke habla de la necesidad de hacer de la muerte mi muer  
 te, la muerte propia, preparada, conformada, trabajada (ar-  
 beiten) dada a luz (gebähzen). (Libro de las Horas)

¿No puede haber un peligro en este trato y apropiamiento,  
 en querer domesticar y dominar la muerte como las cosas que  
 manejamos todos los días en casa y caer en un esteticismo  
 trágico como en otro cualquier esteticismo?.

Hacia una muerte ansiada (180).

Ven ya, miedo de fuertes y de sabios:  
 irá el alma indignada con gemidos  
 debajo de las sombras, y el olvido  
 beberás por demás mis secos labios (181)

Quevedo llama a la muerte, como quien no la teme. Después  
 añade:

- que la muerte enseña a vivir
- que previene la muerte
- que es digna de alabanza y de encominio.

Ahora bien este deseo puede animarse desde una doble demo  
 tración:

Porque la muerte es el acceso en el merecido descanso, en la gratuita y mística "fruitio", o bien, porque es como una escapada y una salida rápida del mundo a la seguridad..

En Quevedo no hay llama tan pura y limpia que suba sin algo de humo y hojarasca, pero estamos seguros que, por una lucha purificatoria, como veremos, puede llegar a un trascender intermedio superior poco angustioso y lleno de esperanza.

"Que en mi cabaña con mi lumbre escasa  
poco tendrá la Muerte que me quite y la  
Fortuna que en ponerme tasa" (182).

Todo mezclado con el temor a no escapar, a la temporalidad intramundana, como añade en otro salmo del Heráclito cristiano:

"Mucha tiniebla, y grande noche cierra  
Cuanto destina el hombre, y todo para  
en pretendida muerte, y poca tierra".(183)

Una muerte hecha como él. Un morir en forma artística. Una muerte heroica en manos dulces. No es una muerte hecha por él. La muerte cristiana es una muerte hecha por El, pero es una muerte preparada como él, por la ascesis, "la mort-ificatio". Naturalmente no se puede reducir a esto solo último estadio. Sería solo una apropiación de la muerte por anticipación. Si con esto, adquirimos la suprema posibilidad de ser sometidos a la muerte, nos volvemos libres para la muerte pero, ¿es que la muerte se puede reducir solo al cuidado? ¿no hay nada más real ni misteriosamente transcendental en el morir que la preocupación?

Quevedo le dice a Lisi en un arretrato amoroso:

"No me aflige morir; no he rehusado  
acabar de vivir,.....  
.....

Siento haber de dejar deshabitado  
cuerpo que amante espíritu ha ceñido"(184)

Pero Quevedo habla más profunda y seriamente como hombre-  
cristiano- pensador cuando escribe:

"Señor, si piadoso ordenaste favorecer mis deseos pues  
criaste para tí mi alma a tu imagen y semejanza, y después  
contigo mismo la separaste, desátala de las ligaduras, don-  
de en república mortal, se ve sujeta a las leyes de los ape-  
titos desordenados" (185).



### 3.6. LA TRANSCENDENCIA COMO ESPERANZA CRISTIANA

Séneca nos presenta un nuevo concepto de la muerte. A pesar de su formación pagana, no ve al hombre como un pedazo de piedra, madera o cualquier otra materia que se pudre, se desintegra y pasa en todos sus elementos a formar parte de la naturaleza. Observa por primera vez en el ser humano algo que trasciende lo que llamamos muerte, y como cree en la existencia del alma, nos dice:

"El hombre está compuesto de alma y cuerpo, pero la grandeza del hombre sólo se manifiesta claramente cuando se separan sus elementos componentes y deje este cuerpo allí mismo donde lo encontró y se restituya a los dioses". (186)

Presenta el alma con atributos divinos y por tanto ansía volar hacia dioses:

"Los arígenes del alma son celestiales; está prisionera y en constante lucha por su libertad. El alma viene de los dioses y a ellos tiene que restituirse, ni aún ahora estoy sin ellos, sólo me siento detenido". (187)

Quevedo apoya esta esperanza en el más allá, no como píadoso engaño vacío o ciega evasión pagana estoica, sino como suprema solución a nuestra existencia. Contra Dositeo que niega la inmortalidad del alma, advierte amenazante:

"Pues cuando fuera así, que fuéramos solos animales como los otros, para morir consolados, habíamos de fingirnos eternidad a nosotros mismos, y así llama Lucano en boca ajena a los que no creen en la inmortalidad del alma: felices errores, dichosos con su error si esto fuera así, que murieran las almas con los cuerpos. Malditos -dije yo-; siguiérase que el animal del mundo a quien Dios menos discurso dió es el hombre, pues entiende al revés lo que más le importa, esperando inmortalidad" (188).

Quizá la moderna filosofía ha sufrido el espejismo de los grandes inventos. Tal vez creía descubrir también la muerte y su profundidad filosófica. Pero todo hombre que se ha atrevido a entrar en el misterio de la vida, se ha acercado a las preguntas más difíciles de resolver.

Se ha hablado de la angustia y el temor de Quevedo ante la muerte (189), pero es necesario hablar de resignación estoico-cristiana al menos. Más aún encontramos una solución más definitiva y transcendente: la muerte es capaz de asumir el papel de informar la existencia y de ordenar la vida:

"Llegué rogada, pues mi bien proviene;  
hálleme agradecido, no asustado;  
mi vida acabe y mi vivir ordene". (190)

No hay desgarres, ni lamentos, ni angustias. Consejo y petición de la verdad y realidad de la muerte.

El impulso ontológico de la persona humana es realizarse en plenitud, esto es equivalente a eternizarse, puesto que siempre le faltará perfección a su realidad. Realizarse en perfección e inmortalizarse se contradicen con la muerte total. El Suterfugio literario y de mortalidad pasajera que adquiere el hombre por la permanencia de su obra o por el recuerdo entre los sucesores, herederos o agradecidos son soluciones intermedias sin verdad absoluta y equivalente.

La verdadera expresión y la única manifestación tiene solución por la abertura a la transcendencia de la fe en el más allá. Cuando la espera y la esperanza humana se llena de contenido creador; cuando el contenido de la esperanza es ella misma hemos dispuesto un nuevo camino y una solución transcendente definitiva. Es cierto que la muerte es un fenómeno natural en el hombre y que es una estructura radical de su ser, como lo es su limitación, su temporalidad, su imperfección. Pero es una estructura que no puede dominar,

que no domina el hombre. No es un descuido técnico, ni un ol  
vido perezoso de la técnica occidental.

La muerte llega a dar al hombre esa sensación de imposibi-  
lidad y de hecesidad que le obliga a transcender su naturale-  
za y siente la llamada existencial a las posibilidades abso-  
lutas y soberanas de Dios.

La antropología cristiana opone a la alienación un cum-  
plimiento y una solución que D. Francisco no olvidó nunca.  
El futuro cristiano no está vacío. Tiene un nombre. El fu-  
turo cristiano es un "adviento" (y por ello algo radicalmen-  
te nuevo). El cristianismo lleva implícita la promesa de po-  
der obtener un futuro insuperable en el renovado marco de  
la historia humana y de la creación, definitivamente prome-  
tido e inaugurado en Jesucristo resucitado.

No es por ello una religión de tumbas vacías que sólo hue-  
len a catafalco. Ni que por eso tenga que omitir y renunciar  
a las realidades de los revestimientos históricos. El cris-  
tianismo nos sale al paso con una esperanza absoluta (y con-  
creta) que trasciende por siempre y soluciona de una vez.  
Que reúne en sí la conciencia de no-haber-sido una vez y de  
no-ser-todavía, lo que sin embargo es cierto, verdadero y se  
anhela y esto en Quevedo es afirmación que se mantiene y afian-  
za.

Quevedo espera recibir allende la muerte alegres parabi-  
nes "de nueva libertad, de nuevo estado". Este nuevo modo  
de ver la muerte sirve de verdadera estimación para él y so-  
bre esta fundamento que la mayor parte del morir se pasa en  
contentos y en locura. No sólo porque nos quita la opresión  
y las tentaciones que ofrece el mundo y el tiempo sino por  
cuanto nos da una nueva libertad. Prevalece la espera trans-  
figurada y transcendida dimensión subjetiva del hombre al  
tiempo que permite vencer la oposición entre las contradic-

ciones del mundo real e ideal.

Conmigo van mis cuidados,  
por eso parto alegre  
y aún, quiero que lleve la alma  
la parte que el cuerpo siente.

Fe y esperanza son capaces de asociar en unidad la disociación y contradicción de la vida.

"Murió Cristo Nuestro Señor, Dios y hombre verdadero (que vino a dar salud al mundo), de treinta y tres años, y ¿me quejaré yo de morir de cincuenta, que todos ellos he sido enfermedad y escándalo del mundo?" (191)

Quevedo ha lanzado su reflexión que en su zig-zag de altos y bajos, de evasiones y soluciones, de transcendencia y de inmersiones en la mar deshumanizante, logra echar un cabo de su maroma y enlazarlo en altura y segura transcendencia.

Quevedo habrá intentado las evasiones negativas de la muerte, olvidar, cerrar los ojos en un intento suicida. Las evasiones de inhibición: esconderse de la realidad:

"Deja que corra el tiempo sin sentillo,  
que no quiero medillo.  
Ni que me notifiques de esa suerte  
los términos forzosos de mi muerte; (192)

El mismo confiesa la falsedad de esta conclusión y la ineficacia del medio.

Pero busca a veces la solución liberadora en la promiscuidad y confusión instintiva aunque suponga un "deshombrecimiento" radical:

"el común sosiego  
los cuerpos desataba el cuidado" (193)

O esta exclamación erótico-amorosa de felicidad biológica de Fabio:

"Escondidos estamos a la muerte,  
tejidos en diversos lazos".

Estado pasajero y falaz, refugio ocasional que oculta un momento.

Evasiones positivas en su lectura y trabajo de investigador, en una especie de rememoración y diálogo con la muerte: "Retirados en la paz de esos desiertos..."

Hasta la "meditatio mortis" entra en su lectura que le enajena.

Tienta la línea de solución estoica y ascética, renunciando a todo y retirándose al profundo de su alma. Harto de la malicia del mundo, "Desarmarás la mano a los placeres..."

No tratando de movernos en más plano, que el filosófico y humano, un análisis sin más profundidad nos muestra en Que vedo un paso más, que trasciende a las mismas consideraciones metafísicas:

"La vida es toda muerte o locura; y pasamos la mayor parte de la muerte, que es toda la vida, riendo, y gemimos un solo instante d'ella, que es la postrera boqueada".(194)

La muerte es más vida que la vida misma. Pero el último paso y definitivo sobre este fugaz y perentorio, es una nueva singladura espiritual de nuestro autor, que se afianza sobre un pensamiento cristiano-paulino. Después del enfrentamiento con la realidad y por pasos lentos y sucesivos, llega a esta solución final, que no sólo objetiva, sino subjetivamente pacífica, y tranquiliza su ánimo.

El punto máximo de la apropiación de salvación es la muerte como manifestación del conmorir con Cristo.

"Murió Cristo, nuestro Señor... como buscando una motivación de fe para la razón de la universalidad de la muerte la encuentra en sus pecados de juventud y de hombre. No las puedo contar por infinitas, y las debo asegurar por ciertas!"

(195)

Sin pretender una teología de la muerte, que no la hay, sí unos cuantos conceptos teológicos, y auténticamente de Quevedo, que completan su visión sobre la muerte.

Cristo muere nuestra muerte, en todo semejante a la nuestra, no sólo una semejanza externa, sino una semejanza plena. La vivencia interna, compleja y tremenda de nuestra muerte, tiene que estar presente en la muerte de Cristo. La muerte de Cristo es salvadora de la muerte de todo cristiano, porque la muerte de Cristo es aceptada en la plenitud de su expresividad humana, de su obediencia, de la entrega de su ser creado en libertad.

Lo que era manifestación de pecado en los cristianos, llega a ser manifestación de una aceptación positiva y voluntaria del Padre que niega el pecado.

"Llenos de paz mis gustos y sentidos

y así, mi Dios, a Ti vuelvo confuso". (196)

Quevedo ha puesto su esperanza en el ser Transcendente; solo así se explican el sosiego, la paz y el vencimiento de la carne. Una vez que encuentra este apoyo seguro de esperanza, pone en él la satisfacción de todas sus potencias.

Conmorir con Cristo significa que transforma la propia muerte, en hecho purificado y transformado como cuerpo de pecado, para convertirlo en cuerpo de gracia.

Se supera la orfandad y lejanía teológica de Dios que puede ser la muerte, y se trasciende hacia un sentido de Cristificación.

El hecho de tener que morir, como hecho de libre acceptación en la vida misma, convierte el hecho objetivo necesario en hecho subjetivo libre.

La libre aceptación de la transcendencia y la libre interpretación del hecho de morir, le permite al hombre lle-

ger a amar la muerte y tener ánimo para morir. Por la entrega de sí a algo que trasciende la muerte, que no deja en esta orilla y que traslada más allá.

Por eso es capaz de llamarla y que se acerque:

Ven ya, miedo de fuertes y de sabios;

Fluya el cuerpo indignado con gemido

debajo de las sombras, y el olvido.

Beberán por demás mis secos labios. (197)

La muerte como hecho fatalizador de toda la realidad de la vivencia humana, desde la fe.

No es un hecho claro y determinable, es un saltar y perderse, o mejor, dejarse caer en las manos, en el juicio o en la voluntad de Dios.

Esta la disposición de D. Francisco, cuando en la Virtud Militante habla con esta serenidad cristiana de fe: "Dispondréme a aguardarla sin sobresalto, a pasarla con prevención católica". (198)

La angustia ante el morir, que consume la existencia en este mundo, pierde su sentido cuando la muerte abre una posibilidad ulterior, que llene las ansias esenciales del hombre. Por eso Quevedo habla con tanta tranquilidad de un encuentro, de un disponerse a hallarla, como quien espera una noticia o una visita. "Ella me está aguardando", añade más abajo, en tono verdaderamente familiar: "Envío delante la consideración, porque de mi parte la asista el entendimiento, para que su comunicación le habilite a disponer mi voluntad". (199)

Las palabras de laín Entralgo pueden sintetizar esta etapa de Quevedo, con solo añadirle el complemento de la visión cristiana-transcendente: El hombre y su vida se resumen en "angustia de la muerte, soledad de la existencia. Del ser, tragedia del tiempo, que impiden vivir íntegras mis posibi-

lidades de ser. Asentimiento heroico a la muerte" (200) y alivio a todo "cuidado" por la transcendencia de lo fugaz, engañoso, presente.

El cristiano, en efecto, al menos tendencialmente auténtico, es el hombre que frente a su pasado, es capaz de superar la rebelión existencial y sabe vivir serenamente en la aceptación de la memoria y de la memoria colectiva.

Abierto desde el presente, con fuerza dinámica frente al futuro, es consciente de los peligros de utopismo, pero lo acepta, anclado en dos bases firmes, una actitud crítica y positiva, y un saltar y arrojarse en la certidumbre de la esperanza. Esencialmente se diversifica de los que no tienen esperanza, (201) salva la transcendencia de lo Absoluto, de lo vacío, de lo más allá, del más adelante, y hace presente sin absolutización egocéntrica, una actitud calmada, obediente e imaginativa. "Yo no sé dónde me aguarda, dice, esperando Quevedo; empero sé que ya no me puede aguardar mucho tiempo".

Desde esta situación cristiana puede proclamar sin arrogancias ni derrotismos, por una parte, el naufragio de todos los viajes a la utopía y, por otra, poseerse con el mínimo de dicha indispensable para sentirse feliz, base de su posibilidad de obrar y trabajar altruistamente.

A Quevedo le fueron abandonando, una por una, sin excepción, todas sus ilusiones, todas sus ambiciones. Quizá, todo lo que esperó de los demás le fue negado: amor, honores, poder... engaños al sentido, que no bien palpados, se desvanecen.

Al final solo le quedó aquello que no había tenido que esperar de sus semejantes, con lo que había contado desde su nacimiento y su cuna: La sombra de Dios a las puertas de la muerte.



Con más redoblada confianza, fuerza y fe se ha de dirigir solo a quien nunca falla, cuando descriptiva y maravillosamente dices:

"Entré en mi casa, vi que amancillada,  
De anciana habitación era despojos;  
Mi báculo más corvo y menos fuerte.  
Vencida de la edad sentí mi espada,  
Y no hallé cosa en que poner los ojos  
Que no fuese recuerdo de la muerte. (202)

Hemos advertido además, que la muerte adquiere en determinados momentos en Quevedo un carácter cristiano marcadamente paulino. D. Francisco tenía especial inclinación por determinados personajes históricos, y sensible atracción por algunos de sus caracteres; nos atreveríamos a decir que coinciden en el fondo con unas categorías muy determinantes. Por citar algunos: Job, a quien comenta, Jeremías, S. Pablo apóstol, cuya vida escribe y dedica a D. Francisco de Varo, Agustín de Tagaste, S. Francisco de Sales o Epicteto y Séneca y Sto. Tomás de Villanueva.

Hay en todas estas obras ascético-místicas, como escapadas de su pluma de poeta, de satírico y burlón de la corte y pueblo, como un deje compensatorio que complementa y recompone su figura, con un legendario proclive a todo lo populachero, chocarrón y burlesco.

La meditación de la muerte cristiana emprendida en la cuna y la sepultura, tiene matices paulinos que vamos a destacar.

Llevándole, dice al hablar de la muerte de Pablo citando a Tertuliano, al lugar del martirio que con mejores palabras se llamó, cuna prevenida a eterno nacimiento. ¿Sólo una posición paradójica de mero discurrir filosófico? La versión plenamente espiritual y cristiana se va haciendo poco a po-

co camino en él, no solo como solución trascendente, sino como la única salida cristiana posible, después de Cristo. Pablo había propuesto: "Si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con El". (203) Esto rompe la consideración sobre su antítesis, como simple conceptismo de vida-muerte o de muerte-vida, ya se considere en un sentido o en otro, porque la conclusión de Quevedo es esta:

"Si he vivido bien, empezaré a vivir; si mal, empezaré a morir". (204)

En esta misma obrita, parafraseando a S. Pablo, habla de la vida y la muerte, "por esto muriendo, estoy fuera de tu jurisdicción".

Ya he de resucitar a otra vida eterna, no lo dudo; firme y verdaderamente lo creo.

Para Quevedo está muy claro: La muerte de Cristo da nuevo sentido a la muerte y su resurrección es la esperanza de la otra vida., que puede poseer todo cristiano.

"Procura persuadirte o amar a la muerte, a despreciar la vida, a conocer tu flaqueza y la vanidad de las cosas, que fuera de aquel Señor son". Una conclusión ético-ascética a que le lleva su talante tal y como lo hace en esta conclusión que es el final de la carta a D. Manuel Serrano Castillo, una especie de anhelo escatológico y de parusía apocalíptica del: "Vení, Domine, Jesu".

Nos parece indispensable poner como colofón al pensamiento de Quevedo sobre la muerte y, su repercusión ética, uno de los sonetos más analizados, discutidos, traídos y llevados, porque puede ser síntesis y comentario de todo su ideario sobre el hombre frente al tiempo y a la muerte:

"Cerrar podrá mis ojos la postrera  
sombra que me llevare el blanco día,  
y podrá desatar esta alma mía

Hora a su afán ansioso lisonjera;  
 mas no, de esotra parte, en la ribera,  
 dejará la memoria, en donde ardía:  
 nadar sabe mi alma la agua fría,  
 y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido, (205)  
 venas que humor a tanto fuego han dado,  
 médulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará (n) (206), no su cuidado;  
 serán ceniza, mas tendrá sentido;  
 polvo serán, mas polvo enamorado. (207)

Podemos decir: la antítesis quevediana va camino de la  
 oposición: amor-temporalidad; amor-muerte; amor-finitud;  
 amor-limitación.

La muerte es una ley severa implacable y universal pero  
 no puede destruir el amor, a pesar de la ley permanecerá;  
 podrá aniquilar, transformar, disolver hasta convertir en  
 polvo, pero aún entonces tendrá amor, ese polvo será enamo-  
 rado.

El poema trata de transcender su origen, su temática ex-  
 trae sus últimas consecuencias.

Podríamos decir hablando absolutamente que no es una poe-  
 sía original (208). Que es una poesía con irisaciones meta-  
 físicas en lucha de contrarios y en conceptos extremos: Vi-  
 da-Eternidad; las cosas-El autor; y origen de ellas.

Como si el sentido de eternidad se hubiese engarzado en  
 el tiempo y para el hombre y tuviese una continuidad lógica  
 y plena, uno y otro.

Quevedo, que es cristiano antes que estoico y por ello  
 la imposibilidad específica no la siente, sus sonetos a la

muerte y sus elogios líricos prueban que no la podía esperar impasible, aunque sí sereno, por la esperanza de Quien ha prometido inmortalidad, a quien ordene su vivir.

El transcurrir del tiempo, obsesivo tema que no deja a Quevedo descansar, y con él se ha enfrentado en tantas ocasiones. Su oposición a lo caduco, a lo muerto, hace pensar en la idea de Quevedo, pena y lección para los vivos y, escarmiento, si por ventura no los había dictado la piedad.

Posición desengañada y cristiana, valentía y desasombro ante los humanos problemas más pavorosos. Una justa apreciación ético-filosófico-religiosa de la vida y de la muerte.

NOTAS AL CAPITULO III

1. O.C. p. pág. 221
2. O.C.v.p. 516
3. Aparece editada en octubre 1968 "Le temps et la mort dans la philosophie espagnole contemporaine". Editor: Edouard Privat, 14, Rue des arts. Toulouse.
4. Cfr. en esta magistral estrofa el retrato de la vida y de la muerte:  
 Partimos cuando nascemos  
 andamos mientras vivimos  
 y llegamos  
 al tiempo que fenecemos.
5. Essais, III
6. Vida de Don Quijote y Sancho. Cap. II pág. 5.
7. K. RAHNER. "Sentido teológico de la muerte" Herder. Editada en 1965.
8. O.C. de VALBUENA P. Pág. 980 Ed. Sopena.
9. No precisamente del estoicismo ni griego ni latino sino español o ibérico
10. Cartas, a Lucilio, 77.
11. O.C. p. I-I pág. 126.
12. O.C. p. I-I pág. 127.
13. Sonetos. Nº 2. Colección - O.C. I Ed. Planeta V pág. 4.
14. González de Salas pone esta nota indicativa a este verso: "Mors etiam saxi marmoribus que venit". O.C. v. pág. 10.
15. O.C. v. pág. 10.
16. Nº 3 de O.C. Poesía original. Ed. Planeta. pág. 5.
17. O.C. v. pág. 296.
18. Marco Bruto. cap. I.O.C. pág. 838

19. González de Salas nos da una nota biográfica de este Ju  
risconsulto y Abogado: Fue varón noble, limosnero y poe  
ta.
20. O.C. v. pág. 44.
21. ¡Ah de la vida! ¿Nadie me responde? Expresiones fuertes  
por las que compara las horas a azadas, a sepultureros,  
a algo que pasa como una locura por la mente, destruyen  
do sin remedio.
22. Según anota la edición de F. Buendía, pág 1282. Ed.  
Aguilar, en realidad Quevedo contaba 55; así pues se  
habría "equivocado" el propio autor, pues, en efecto,  
la carta está fechada el 16 de Agosto de 1635 y Don  
Francisco nació en 1580.
23. Estas mismas expresiones las encontramos en este sone-  
to:  
"Señor D. Juan, pues con la fiebre apenas  
se calienta la sangre desmayada"...
24. O.C. Cuna y sepultura pág. 1090.
25. Del soneto: Busca a Roma en Roma, ¡oh peregrino! O.C.  
v. pág. 258.
26. Evidentemente no pretendemos equiparar el "Der Stimmung"  
heideggeriano y existencialista con todos sus valores y  
la categorización que de él hace el propio "existencia-  
lista", pero ¿Don Francisco no adelanta algunos de ellos?
27. Salmo XI primeros versos O.C. pág. 26.
28. O.C. v. pág.32.
29. Es el primer verso del Soneto 289, b. Parnaso, en que  
canta a Lisi amorosamente. No tiene el sentido que le  
damos en el contexto, pero la afirmación es válida igual  
mente fuera del contexto. O.C. v. pág 522.
30. Quevedo no parece que plantease duda sobre el escepticis-  
mo sensorialista a estilo Berkeley, su duda era más pro-  
funda.
31. O.C. v. pág. 127
32. O.C. v. pág. 258

33. Essais I, XIX.
34. Según el Ms. 4312 Bib. Nacional f. 292 es conforme a la versión del Parnaso (Nº 115). Retirado a su Torre y a solas en meditación.
35. O.C. pág. 181.
36. Idem.
37. Nunca se ha tomado aquí el tremendismo como estilo literario o forma caricaturesca afincada en algunas formas del barroco. Solo entendido con su ampulosidad y exageración oratoria, que es más cruel en lo interior que violento en lo exterior. No está exento Quevedo del tremendismo literario y su Buscón y sus descripciones son tremendistas, pero ética y ascéticamente Quevedo prefiere la verdad más directa de la muerte.
38. Hasta la introducción de las marquesotas, (1562) el predominio del color negro en el traje masculino y la rigidez de los cuellos, eran de ritual en la gravedad española cortesana.
39. L. PFANDL. Introducción al Siglo de Oro. Ed. Araluce, pág. 272. Cita también a A. de Brunel y su "Voyage d'Espagne": "Les galants se lient le pied avec de rubans pour le faire paroistre petit et en souffrant beaucoup de martyre, à même temps que par quelque foux gras-de-jambe, ils affectent tout à fait et de paroistre à la mode". Cap. 12.
40. Fue prohibido en 1639
41. "El escondido y la tapada" de Calderón actº 1º.
42. O.C. Sueño de la Muerte pág. 174, y añade: "No me queda ya que soñar. Y si en la visita de la muerte no despierto, no hay que aguardarme".
43. O.C. Sueño de la Muerte. pág. 178.
44. O.C. pág. 178.
45. Cfr. "Vida es Sueño" Jornada primera: Segismundo con Rosaura. Cuna y sepulcro fue esta torre para mí.....
46. Pellizas, vestido hecho de piel propio de pastores de

ovejas; contrapuesto al brocado y a la seda, propio de los ricos y que ni por eso dejan de entregarlo a la muerte, para ir desnudos como los pastores.

47. O.C. pág. 177.

48. Traemos unos cuantos recursos de su repertorio para ver la deformación quevediana por el estrujón: "Todo el infierno está claviculando", diabliposa, protocornudo, cachidiáblo, demonichucho, rezumando mentises, chorrear amaneceres. Cfr. "Poesía Española", Emilio Alarcos, 1950 pág. 565. "Mediterráneo" 13 - 15, 1946 pág. 106 y Archivium, "Quevedo y la parodia idiomática" T.V. 1955.

49. J. M<sup>a</sup> DE COSSIO ya hizo un comentario interesantísimo, verso por verso, de este soneto. Se publicó en el Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo en V.XXI, 1945 pág. 415 y ss.

50. Sueño del Infierno O.C. p. pág. 157.

51. O.C. p. pág. 167 Mundo por dentro.

52. O.C. p. pág. 168 Mundo por dentro.

53. O.C. v. pág. 25.

54. O.C. v. pág. 503.

55. Es en efecto de las últimas que retocó y revisó, aunque su primera redacción se encuentra fechada en 1632. O.C.

56. O.C. p. pág. 846.

57. O.C. pág. 160.

58. San Agustín hace ver su transcendencia incomprensible sin la sublimación de la fe.

59. Job. 10,19

60. Job. 30,23

61. SENECA: de Consolatione, XXI. o.c.

62. O.C. pág.

63. El hijo destroza la herencia de su padre y malgasta su



dinero con tanto trabajo acumulado. Cfr. Sueño del Infierno. pág 151 O.C.

64. O.C. v. pág. 119.
65. O.C. v. pág. 120.
66. Silva: "El reloj de arena" - O.C. 119, nº 139
67. O.C. v. pág. 24.
68. Salmo IX en O.C. pág. 24 y 25
69. En la edición Parnaso parece que tenía este epígrafe: Conoce las fuerzas del tiempo y el ser ejecutivo cobrador de la muerte.
70. Parnaso Español en 9 cumbres dividido, nº 78 a O.C. v. pág. 33.
71. O.C. pág. 78.
72. Cuando editó bajo: "juguetes de la niñez", no aparece este hombre sino el de ricos: "vi a todos los ricos..."
73. Todos estos textos en: "Sueño de la Muerte" pág. 1800 O.C.
74. Sueño del Infierno O.C. pág. 151.
74. a) El sentido ético, no quiere decirse necesariamente religioso: Tampoco es un sentido moral cerrado y determinado, es un sentido ampliamente abierto a lo religioso y a lo moral, pero sin pretender serlo de entrada,
75. Cfr. Ética de ARANGUREN Rev. Occ. 1958, 410
76. Cfr. Idea e imagen de la muerte en Unamuno Rev. de espiritualidad 1969 pág. 197.
77. O.C. pág. 151.
78. Correspondencia juvenil de Unamuno con Jimenez Ilundain (1890); citado por J.L. MORALES. St. John's University New York.
79. O.C. pág. 151.

80. Cfr. Antropología filosófica p. 97 f.c.e
81. O.C. pág. 151.
82. Idem.
83. O.C.p. 9. En la Ed. Parnaso Nº 85a
84. Soneto al descuido del divertido vivir Nº 103b Parnaso.  
O.C. v. pág. 11
85. Sueño de la Muerte O.C. pág. 181.
86. Se verá en la última parte.
87. Ya citado O.C. pág. 9
88. Cfr. O.C. pág. 26 Salmo XI, de las tres musas.
89. Tomamos de Aldrete una nota valiosa para aclarar y testificar lo que puede suponer estos versos de Quevedo frente a la muerte. No es un diletante o un optimista que se le ha ocurrido hacer reír con chistes macabros o hablar de la muerte porque está de moda lo negro y ultratumbario. Después de su última prisión en León, vuelto a la torre de Juan Abad, antes de ir a curarse de las apostemas de la prisión y ocho meses antes de la muerte compuso esta canción. O.C. pág. 12
90. O.C. v. pág. 12
91. No es que dudemos que lo hizo directamente en el Buscón y en los Sueños; (muchas de sus alusiones grotescas a las viejas hechiceras son esto) pero en ésta su poesía metafísica, se podría dudar acaso de la intención directa de combatirla.
92. Cfr. en ZUKUNFT: "Sacramentum mundi" - Freiburg 1969 IV, 1452-1453.
93. Tema que se encontrará posteriormente.
94. O.C. v. pág. 15.
95. J.M. DE COSSIO, Lección sobre un soneto de Quevedo, B.B.M.P.XXI, 1945.
96. Nos referimos a la "Cuna y sepultura", obra de madurez

evidente.

97. A los huesos de un rey que se hallaron en un sepulcro, ignorándose, y se reconoció por los pedazos de una corona. Pág. 124.Ú.C.
98. Traído en "Jerarquía" por LAIN ENTRALGO: Quevedo y Heidegger. Pág. 210 Pamplona, 1938
99. La Cúna y la sepultura, O.C. p. pág. 1197; Virtud militante O.C.p. pág. 1231; Remedios de cualquier fortuna, O.C.p. pág. 957. Sólo se señalan las páginas del comienzo de los textos para evitar prolijidades.
100. MONTAIGNE, Essais, I, XIX
101. O.C.p. pág. 178
102. O.C.p. pág. 181
103. O.C.p. pág. 181
104. O.C.p. pág. 178
105. O.C.v. pág. 522
106. SENECA, Lucilio, Epistolas Morales, Suc. de Hernando Madrid 1921 Ep. 102, 433-455
107. SENECA, Ep. 101 pág. 445
108. STA. TERESA DE JESUS, Castillo Interior Barba 1917, pág. 70.
109. Idem. pág. 237.
110. FRAY LUIS DE LEON, Noche Serena, Ed. Iter. A. Madrid 1928, pág. 36
111. Idem. pág. 41
112. Ibidem. pág. 37
113. S. JUAN DE LA CRUZ O.C. Méjico 1942 pág. 837
114. Idem pág. 62
115. Idem pág. 62

116. S. JUAN DE LA CRUZ O.C. Méjico 1942 pág. 831
117. S. JUAN DE LA CRUZ O.C. Méjico 1942 pág. 835
118. "El Escarmiento" Las tres musas 176 O.C. 15
119. GUSTAVE THIBON: "Vous serez de Dieu", 123, PUF. 1973
120. ANDRE FROSSARD ha descrito con profundidad esta vaciedad absoluta: "ni el moscatel de Alsacia, ni la cerveza, ni la frambuesa, volvían a la familia más habladora. La comida más rica que de costumbre, y el abeto, completamente barbudo de guirnaldas plateadas, no conmemoraban nada... Una Navidad amnésica que conmemoraba la fiesta de nadie. (Dios existe, yo me lo encontré. Ed. Rialp pág. 21)
121. Silva "a los huesos..." pág. 124 O.C.
122. Me remito al apartado siguiente: subordinación escatológica de las cosas.
123. Representa la brevedad de la vida (cfr. el verso Salmo XIX pág. 330 O.C.v.
124. O.C.pág. 330
125. O.C.v. pág. 6
126. O.C. pág. 11
127. O.C. pág. 33
128. LANDSBERG. P.L. Ha hecho un análisis interesante de esta afirmación: Sólo el hombre, en cuanto individuo, es capaz de una cierta experiencia de la muerte. La obra de Landsberg: "La experiencia de la muerte", muestra que por la muerte del prójimo amado se puede adquirir una cierta experiencia de la muerte. Quevedo nos lo hará ver en la experiencia de la muerte de su amigo el Duque de Osuna.  
 La razón de apoyo que esgrime Landsberg es fuertemente ontológica. La muerte como cierre de la apertura al otro, es perder parte de la realidad humano-existencial de la comunidad con el otro. La confirmación que trae el autor es un sentir existencial extraordinario: Agustín en su "Confesiones" (libro 14) lo expresa así: "No quería vivir como mitad".

129. O.C. Salmo XIX poesía pág. 33 Ed. citada.
130. Cfr. RUBERT CANDAU "El sentido de la temporalidad" Rev. Filosofía 1955 vol. XIV.
131. Heraclito cristiano. O.C.v. pág. 7
132. Idem R. CANDAU O.C. El análisis heideggeriano del "man" como vulgaridad que disuade de la vivencia intensa, im pide el afrontar esta común posibilidad que ofrece la integración de la muerte, como la mayor posibilidad del ser del hombre como "Da sein".
133. "El mar bebe al río" apostilla el mismo González Salas.
134. Salmo XVIII. En el Parnaso 75, b. Ed. citada O.C. V- pág. 32.
135. SENECA, Epist. 101, pág. 450
136. Es abundantísimo la literatura escrita sobre este tema. Cfr. El artículo de J. LANZA ESTEBAN Rev. de literatura 1953 Vol. IV o la obra de Montoliu: "El alma de España y sus reflejos en la literatura del siglo de Oro" pág. 498 de Ed. Cervantes Barcelona 1936.
137. Teatro Teolog. español BAC 1946 pág. 5
138. J. MANRIQUE (Cañcionero) C. Castellanos pág. 89 Madrid 1941.
139. SAN JUAN C. C. Castellanos Espasa Calpe, pág. 67 Madrid 1944.
140. Ed. O.C. Prosa Ed. Aguilar pág. 1087 Madrid 1941.
141. O.C. Poesía ctda. 39.
142. O.C. v. pág. 523.
143. Alusión de MOLTSMANN: "el pecado del hombre, más que el orgullo, serás en realidad el desaliento, la cobardía, la falta de esperanza". Quizás el hombre sea, sin Dios, demasiado diminuto para que su orgullo pueda revestirse de disfraces más presentables.
144. O.C. Prosa pág. 1193.

145. O.C. v. pág. 61.
146. O.C. pág. 1103.
147. O.C. v. pág. 510.
148. O. C. en prosa "Cuna y Sepultura" pág. 1194. "todos los que viven, si fueren buenos, tienen obligación de saber lo que es la muerte, pues no pueden vivir sin morir. El muchacho en quien murieron siete años de niño, y el mozo en quien murieron veinte, saben lo que es la muerte, como el viejo en quien murieron ciento". Carta a D.M.S. Castillo.
149. O.C. La Cuna y la Sepultura. 1194.
150. Idem.
151. Ibidem.
152. O.C. prosa, pág. 1197
153. O.C. prosa, 1202
154. O.C. prosa, 1203
155. O.C. prosa "Cuna y Sepultura", pág. 1195
156. Cfr. C. VOSSLER: "La soledad en la poesía española" Madrid, 1941, pág. 300-301.
157. O.C. prosa, pág. 544.
158. O.C. prosa pág. 1280
159. O.C. prosa pág. 1282
160. JUAN DE LA PEDRAZA, Danza de la muerte. Teatro teológico español, BAC Madrid 1946 pág. 5
161. TOMAS A. SANCHEZ. BAE poesía hasta el siglo XV. Ed. Hermandad Madrid 1925 pág. 379.
162. O.C. de Madrid 1925.
163. Buen ejemplo este del Libro del Buen Amor del Arcipreste:  
De hablar en tí muerte, espanto me atreviera

Eres de tal manera del mundo aborrecida  
 Que por bien que lo amen el ome en la vida  
 Todos fuyen d'el fuego como de res podrida  
 Espasa C. 1945 pág. 169

164. Ed. B.L.E. Madrid 1947 pág. 201. LUIS G. SIMON.
165. O.C. v. pág. 512
166. Maitines del oficio divino de Sta. Inés (Quevedo cita en este sentido a Tertuliano, para describir el martirio de San Pablo.)
167. O.C. p. pág. 1529.
168. O.C. p. pág. 95.
169. O.C. p. pág. 1220.
170. O.C. p. pág. 90.
171. O.C. p. pág. 95.
172. En el fondo creemos que no sobrepasa el horror genérico, a lo misterioso, desconocido, inesperado, inominado que hemos detectado en un estadio antropológico primero. Es violenta esta expresión: ¡Ay muerte, muerta seas, muerta y malandante!
173. Salmo XIX del Heráclito cristiano: Primer verso:  
 ¡Cómo de entre mis manos te resbalas! O.C.v. pág. 33.
174. Salmo XIX; Heráclito cristiano, primer terceto. O.C. v. pág. 33.
175. Salmo XIX citado, último terceto. O.C. v. pág. 33.
176. Poulet ha pretendido explicar este fenómeno desde un aspecto más filosófico, apoyando su pensamiento en la concepción humana distinta del tiempo.  
 GEORGES POULET: "Etudes sur le temps humaine". Edimburgo, 1949, pág. 20.
177. S. JUAN DE LA CRUZ, Clásicos Castellanos. Cántico espiritual. Madrid 1944, pág. 67.
178. O.C.v. pág. 522

179. Soneto de Quevedo al vivir descuidado a quien la muerte llega impensada.
180. En los últimos años de su muerte se preparó para recibir la muerte. Vuelve los ojos a la Biblia, los Santos Padres y Séneca, y por esto escribe en esta dimensión.
181. Salmo XVI O.C. pág. 30 (versión Parnaso 74 b)
182. Salmo XVI O.C. pág. 30
183. O.C. Idem.
184. Lamentación amorosa y postrero sentimiento de amante (Parnaso 285, a) O.C. pág. 516.
185. Cartas. O.C. Ed. D. Luis Astrana Marín. pág. 1503.
186. SENECA, Lucilio. Epistolae Morales. Madrid 1921.
187. Epis. 102 pág. 433.
188. O.C. p. pág. 160.
189. Cfr. MARCILLY C. L'angoisse du temps et de la mort chez Quevedo Revue de la Méditerranée. Arqel. XIX (1959) 365-83.
190. O.C. v. pág. 9
191. O.C. prosa, "Virtud militante", pág. 1283.
192. "A un reloj de arena" O.C. v. pág. 120.
193. "A Cristo resucitado"
194. O.C. prosa. pág. 1283.
195. Idem. O.C. p. 1283.
196. O.C. verso pág. 40.
197. O.C. poesía pág. 30.
198. O.C. prosa. Virtud Militante pág. 1283.
199. Idem. O.C. pág. 1283.



200. Cfr. Jerarquía: pág. 214. Artículo de LAIN ENTRALGO.
201. Cfr. 1 Tes. 4,13.
202. O.C.v. pág. 32.
203. Rm. 6;8.
204. Cuna y Sepultura. O.C. pág. 1218. (3) Idem. pág. 1220
205. M<sup>a</sup> R. LIDA ("Para las fuentes de Quevedo" pág. 374 de Revista Filología Hispánica- I 1939) piensa que este verso debería leerse de esta manera: "Alma, que a todo un Dios prisión ha sido".
206. J.M.BLECUA escribe: "dejará", por referirse a alma. Cfr. O.C. Volumen I, poesía original. Ed. Planeta. Barcelona 1963, pág. 511
207. No sirve de excusa, pero es necesario tener en cuenta lo rebuscado del texto; lo han comentado autores de tanta altura como:
  - M<sup>a</sup> RUSA LIDA: Obra citada.
  - AMADO ALONSO: "Sentimiento e intuición en la lírica". materia y forma en poesía. Madrid 1955. pág. 11-20.
  - DAMASO ALONSO: "El desgarrón afectivo en la poesía de Quevedo". Poesía española, Madrid 1950.
  - OTIS H. GREEN: "El amor cortés en Quevedo". Zaragoza 1955.
208. Cada uno de sus elementos los podemos encontrar acaso en Petrarca, Ovidio; pero la profundidad y la plenitud son propias y exclusivas del conceptismo quevedesco.

C a p í t u l o    I V

" F U E N T E S

E T I C A S

D E

Q U E V E D O "

#### 4.0 Nota previa a las fuentes de Quevedo

Ambicioso proyecto este que me he trazado: señalar, bien que sumariamente, las principales fuentes donde Quevedo bebió sus ideas éticas.

No es, pues, un intento de hacer una crítica o cotejo minucioso y cuantitativo de citas y lugares. Supondría la dedicación entera del trabajo y es mayor, en este sentido, mi deseo, para conocer el genio español y polifacético que es D. Francisco de Quevedo.

La dificultad hace no solo de su obra compleja, aún es este campo de lo ético, sino de su misma persona y asombrosa capacidad. Querer señalar, en efecto, las potencialidades de un hombre como Don Francisco a quien acalzó el tiempo para llegar a dominar como el idioma propio el latín, el griego, el árabe, el francés, el italiano y acaso algún otro, es aventurarse con amagos, al menos, de omisiones, imprecisiones y errores. (1)

Sábase además que era un trabajador infatigable. De él ha dicho el Abad D. P. Antonio de Tarsia: "Una circunstancia que pudiera explicarnos la rara fecundidad de Quevedo es aquella rigurosa distribución de su tiempo que había adoptado y de que jamás se apartaba... tenía horas fijas en que recibía a sus amigos y fuera de ellas no recibía visitas alguna. Hasta en coche y de paseo, iba estudiando; apuntaba al paso cuanto le llamaba la atención y llevaba un diario de sus hechos y observaciones. (2) Llegó a reunir una biblioteca rica y selecta (3) y, que no dejó ociosa, lo prueba la graciosa nota que leemos en Tarsia: "cuando se trasladaba de lugar, llevaba las alforjas llenas de ellos".

Su preocupación por los libros era constante (4). Dispendiaba la mayor parte de sus rentas, como los antiguos huma-

nistas, en la adquisición de costosos volúmenes y manuscritos buscados con afán (5).

Toda la obra quevedesca esta empedrada de citas sacadas de las canteras naturales y es, en comparación, muy poca la obra de segunda mano que se suma a aquéllas.

"La Sda. Escritura, que cita con facilidad del que se la sabe de memoria". Tuvo ocasión Quevedo, de internarse en estos vergéles del espíritu; adolescente aún, fue enviado a la ya célebre Universidad de Alcalá (6), donde estudió Filosofía, Teología y se graduó en Artes. El mismo testimonia al P. Juan de Pineda: "Yo profesé en la Universidad de Alcalá y mis maestros fueron: el Doctor Montesinos, el Doctor Tenas y el P. Lorca" (7).

No añade que, fue seguramente entonces, cuando le nació el deseo de la luz que se desprende de las palabras de los Padres de la Iglesia. Entonces se adentró en San Agustín, San Ambrosio, San Jerónimo y San Juan Crisóstomo, San Pedro Crisólogo y otros; almacenó en su prodigiosa memoria, para ir dándolo desgranado en su obra. Allí se le rindieron también los griegos y latinos: Virgilio, Cicerón, Homero, Plinio, Teócrito (8). Su curiosidad y su temperamento le llevó a buscar con avidez de congenialidad a Séneca y Tertuliano, Marcial y Plutarco.

De su conocimiento de los autores españoles, no cabe dudar a quien lea la España defendida (9) y, de los extranjeros contemporáneos, con unos se relacionó y a otros llegó la fama de "genio español".

Será necesario advertir que, en cuanto al señalar de las fuentes, el investigador se encuentra con las dificultades siguientes: Quevedo se fía con frecuencia de su prodigiosa memoria, necesariamente inexacta por su polifacetismo, precisamente. Además, con frecuencia, leemos en su aza-

rosa vida, que en sus traslados se hallaba privado de sus apuntes o bien le desaparecieron o se los sustrajeron (10). Más que fuentes habría que calificar de preferencias, concomitancias, posibles lecturas o geniales atisbos que le llevaron a conectar con los más insignes varones de todos los tiempos y poblaron absolutamente su vastísima cultura.

Por otra parte las erratas se han ido sucediendo y, a veces, multiplicando, al pasar sucesivamente de un copista a otro y de un editor a otro, menos crítico y escrupuloso. No habiendo todavía una obra crítica, segura de las obras de Quevedo, esta dificultad se acrece. (11)

Es pintoresco y divertido el proceso de transformaciones que han sufrido nombres propios al pasar de adición a edición (12). Es injusto querer establecer nuestro patrón de juicio sobre esta falta de honradez literaria en Quevedo, y en sus sucesivos editores. La trasposición de siglos no se haría en balde y, aún hoy, encontraríamos añagazas y falsedades mayores en su comparación circunstancial de época y espacio.

En fin, que a lector tan empedernido y sin par le es imposible fijar las ideas que le proporcionan las innumerables obras que devora, y que sólo emerjan, de vez en cuando, las que han logrado fijarse con caracteres más indelebles en su conciencia.

Con ello nuestro genio hubiese ganado en amplitud y vasto dominio de la ciencia, pero hubiese perdido la lozanía y la fluencia que le caracterizan; la individualidad y el genio propio de lo quevedesco.

La cifra de autores citados es sencillamente enorme, y las preferencias cuantitativas se ordenan según esta jerarquía: a) Clásicas; fuentes griegas, a las que siguen de cerca por su abundancia las latinas; b) las cristianas en gene

ral, que se aproximan en frecuencia a las anteriores; c) las europeas, por este orden: italianas, francesas, portuguesas y alemanas; tiene justificación la preferencia ordenadora en sus mismas posibilidades: Embajador en Venecia y Nápoles, ayuda del Marqués de Osuna en Sicilia, conoció en su mismo origen los clásicos y los modernos de allende del Mediterráneo. Pero veremos más adelante otros motivos de su preferencia, por cada una de las fuentes. d) Fuentes españolas, en particular. Papell nos da una lista, como resultado de su cotejo que incluimos y completamos. Los autores más citados en sus obras són: Séneca, Tertuliano, S. Agustín, S. Pablo, S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo, S. Pedro Crisólogo, Lucano, Virgilio, Tácito, Aristóteles, Homero, Marcial, Plinio, Cicerón, S. Juan, S. Lucas, Juvenal, S. Ambrosio, S. Mateo, Sto. Tomás, Plutarco, Claudiano, Quintiliano, Erasmo, Petronio y S. Cirilo.

El reposo, la soledad y el silencio de S. Marcos le favorecieron para hacer obras más acabadas y completas. Las citas de sus últimas producciones son más copiosas, los escritos más densos y, por lo que se refiere a la manera de ir a las fuentes, con el respeto y la adecuada honestidad de citar con exactitud el lugar.

Puestas en un orden creciente, las obras que contienen más citas de autoridades, tendríamos la siguiente lista de cómputo.

1ª "La España defendida" con unos 153 autores diferentes, a quienes acude. En ella se encuentran trozos densos de una erudición verdaderamente admirable y asombrosa.

Le sigue la "Vida de S. Pablo", en la que se citan a unos 78 autores distintos.

"La política de Dios" contiene las citas de 58 autores.

"Providencia de Dios" tiene la nómina de unos 53 autores

diversos.

"La Espada por Santiago", 51 autores diferentes.

En la "Constancia y paciencia del Sto. Job", cita a 49 autores y en las "Cuatro pestes", unos 33 autores.

En las otras obras, es con frecuencia difícil establecer un cómputo exacto y además, en alguna, como en los Sueños, no tienen un interés máximo para nosotros, ya que son retahilas de nombres no sólo no-científicos, sino de tradición popular, sin más referencia ni valor comprobatorio.

#### 4.0.1. El porque de las fuentes

Hemos podido afirmar que los clásicos griegos y latinos figuran a la cabeza, en la cuenta de citas y de aficiones de Quevedo.

La devoción de lo griego le nació a Quevedo por dos motivos eficaces: Sus estudios en dos Universidades "clásicas"; su trato, relación y amistad con los humanistas más célebres de su tiempo.

Todavía hacían furor los descubrimientos renacentistas y diversos trabajos sobre Gramática o Filología griega de gran mérito; se discutían en su época en las Universidades que frecuentó. Corrían por las aulas universitarias de Alcalá los libros de Francisco de Vergara (*De omnibus graecae lingua partibus*) (1537); en Salamanca, los de Juan Villalobos y Miguel Jerónimo Ledesma: "*Gramaticae Graecae Introductio*" e "*Institutiones breves linguae graecae*", respectivamente.

Ahora bien, Quevedo continuó practicando con afición la lengua griega, a pesar de las burlas de Góngora. Sus comentarios a Anacreonte, puestos al margen de sus poesías, las desviaciones eruditas en "*España defendida*", le muestran como filohelenista de mérito.

Quevedo buscó en la fecundidad espiritual griega sus modelos literarios y estéticos, si bien no siempre fueron interpretados con la exactitud del espíritu clásico.

Conoció más la época del helenismo, que los grandes clásicos, al menos como fuentes directas, sin embargo, Platón se halla citado hasta 21 veces, y a Aristóteles no hay menos de 41 alusiones en sus obras. Hace alusión: a su Retórica, Metafísica y Ética; a su Política y a su tratado De Anima.



Quevedo se sintió cerca de los poetas y de los filósofos del dolor y del desengaño, que son almas que entroncan con la de Quevedo, declinante y arrepentido, escarmentado y vencido. Gran modelo y padre suyo fue Epícteto, a quien empezó a amar en las múltiples citas que hace Séneca en su correspondencia a Lucilio. Cojo como él, amargado y combatido, como lo fue Quevedo, le admiraba porque, como dice Raúl Vèze (13), Epícteto fue un emancipador de almas que aguardan el advenimiento de un mundo mejor, de una renovación del mundo por el pueblo.

Alma gemela de Quevedo fue Plutarco de Queronea, por historiador, pero sobre todo por moralista. Se tienen noticias ciertas de que consultó a escoliastas (14), que lo estudió sin descanso y que lo defendió con afán en sus obras (15). Acaso porque sufría como él al ver a su patria hundirse en el abismo, acaso por ser maestro de su admirado Séneca o simplemente porque fue apóstol del estoicismo, Quevedo no encubre su admiración por él.

Conoció y amó al severo Porfirio, a pesar de ser adversario del Cristianismo. Otros menos citados son Flavio Arriano, Claudio Eliano...

Entre los poetas y su diversa influencia en la obra poética ingente de Quevedo es necesario citar a Homero, que en su carta a Vicente Mariner demuestra la familiaridad que le tiene; además, la Batraco-miomaquia inspirará, en cierto modo, sus "Necedades o locuras de Orlando enamorado". El lírico Blos, el poeta Calímaco, el vate Focílides, el incomparable Píndaro, sin contar los Traumatúrgos, son fuentes de inspiradas composiciones de Quevedo.

De las fuentes europeas donde apaga su sed y curiosidad (16), la primera en su cantidad y calidad es la italiana. El conocimiento de la lengua; con la que logró familiarizarse

de una forma admirable (17); las relaciones entrañables con los prohombres de aquel tiempo y su posibilidad de recorrerla de Sur a Norte, fueron motivo de esta frecuentación.

Dejando para más adelante al Dante y su Divina Comedia, para ver al detalle sus influencias y diferencias, Quevedo no es ajeno a las inspiraciones dulces y líricas de Cavalcanti y Petrarca y, del "dolce stil nuovo", si bien, hay que afirmar, que las recibió sobre todo a través de nuestros Boscán y Garcilaso y, que prefirió no afiliarse a una escuela.

La influencia más inmediata la recibe, en general, de los vates napolitanos y genoveses, con los que intimó en sus relaciones, si bien, no profundizaron nunca su espíritu. El satírico Boccacini es citado 6 veces (18), Mario Equicola, el político; el filólogo Angelo Canini, comentador de Epicteto, Antonio della Paglia, fueron consultados diversamente por Quevedo. Pero lo que se puede afirmar, sin temor a exageración, es que en Italia refinó su espíritu, aprendió a enjuiciar con más exactitud el clasicismo, saturó su imaginación con nuevas fragancias y, la eurytmia de lo clásico aromatóizó más sus versos, desde que conoció las producciones de los vates inmortales.

A su espíritu curioso y ávido se debe el conocimiento y búsqueda transpirinaica de novedades literarias.

Franceses, holandeses y alemanes entran en sus fuentes por motivos directos o de rebote. Así a Bellay y a Ronsard, poetas de la Pléyade, en plena actualidad en tiempo de Quevedo (1522 - 1560), los debió conocer directamente. Fue admirador e imitador del pensador Montaigne, a quien cita varias veces como Miguel de la Montaña (19).

Conoció a Heinsio y sus obras; las ediciones de Séneca, Teofrastro, Horacio, Ovidio y Aristóteles. Pero a nadie tra

tó tanto como al famosísimo Justo Lipsio, con quien se cartaba en latín y de quien recibió ideas nuevas. Se le cita en sus obras no menos de una docena de veces.

Leonardo Lessius, teólogo de Amberes, el belga Claudio Daurque, son leídos igualmente con fruición por Quevedo.

Sobre las fuentes peninsulares, no hace falta insistir; le eran conocidos, si bien se le ha de acusar de asistemático. No tomaba nota de lo meramente literario y así ocurre que, con algunos próceres del pensamiento, actúa como si jamás los hubiese conocido. Su curiosidad era pues enfermiza, exacerbada y exaltada frecuentemente; esto hace que sus citas sean imprecisas y que incluso aparezcan como desconocidas fuentes sabidas de Quevedo. Algo diferente es lo que se refiere a las fuentes árabes y semitas, cuyas lenguas poseyó, al menos de estudiante (20), y cuyos conocimientos equipara despectivamente a los que se refieren a la alquimia, acultismo y hermetismo.

La política y la tirantez religiosa con Inglaterra y Alemania hace despreciar también las fuentes allí consultadas. Un Beda, Un Tomás Moro y Duns Escoto fueron conocidos por Quevedo, principalmente para sus obras políticas.

Parece necesario concretizar y limitar el campo de actividad reduciéndolo a las más fecundas o mejor, a las más directamente éticas, una vez enunciados los caminos de las otras fuentes de inspiración de D. Francisco.

Pretendemos con ello justipreciar en su valor su genio y su arte inimitable de llevar y traer a cuento, lo que copia en sus notas y lo que comenta, o bien lo que toma directamente del original, distinto de lo que ha leído en una segunda mano.

Es fácil darse cuenta de su filiación en el campo ético, si, como hemos afirmado, le tenemos por profundo conocedor

de la Sagrada Escritura y hermanado con las corrientes estoi  
cas en el pensamiento filosófico.

Concretar y profundizar estos pequeños predios de la ins-  
piración quevedesca, es la tarea inicial que nos proponemos.

Hay que advertir, antes incluso de comenzar que, el genio  
que es Quevedo, puede tomar un tema tradicional como alimen-  
to base de inspiración y darle un sesgo y matiz absolutamen-  
te individual, en cuanto a la forma, o en cuanto a los fines  
o sencillamente a colocarlo en el fondo de circunstancias in  
separables de su tiempo.

#### 4.1 LA DOBLE FILIACIÓN ÉTICA DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO

##### 4.1.1. Motivos históricos

Hay posiblemente un renacer de los estudios bíblicos en los siglos XV y XVI en España (21).

Alonso Tostado, † 1455, Canciller de Castilla y profesor en San Bartolomé de Salamanca, compuso un comentario original.

Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente, en 1478, vierte al valenciano toda la Biblia.

Los trabajos de la Biblia Complutensis van de 1514 a 1517, pero hay una serie de obras que nuestro escritor va a encontrar a mano con preferencia y mejor posibilidad de aprovechamiento: los trabajos de Ambrosio Montesinos, sobre las epístolas. Los originados en el movimiento e inspiración erasmista (22). Las de Jorge de Montemayor: Cancionero espiritual (1158), La Pasión de Cristo en quintillas, Paráfrasis de los Salmos, Las de Benito Villa (1545), Sebastián Horozco: Representación del Capítulo 9 de San Juan.

Miguel de Carvajal (1535), Luís Miranda (1554). Como dice Don Marcelino Menéndez y Pelayo: "Fácil sería hacer una hermosa biblia reteniendo y concordando los lugares que traducen nuestros ascéticos". Los autos Sacramentales, que son biblia vivida por el pueblo.

Los trabajos bíblicos, en general, de investigación lingüística o teológica, como la Biblia de Amberes (1569-1573) o los trabajos bíblicos de Gabriel Montesinos, León de Castro, Grajal etc.

Desde Juan de la Cruz, que debe a la Biblia la inspiración fundamental de su obra, a fray Luís de León, corazón y cerebro totalmente empapados en espíritu bíblico, a Herrera,

el Divino, o a Sta. Teresa, hay muchos autores cuyas obras inspiradas en la Biblia fueron incentivo a la manera de trabajo y al camino a seguir por Quevedo en el suyo. (23)

No es de extrañar que Hunter en su nomenclator apostilla:

"Maxime gloriosa est haec epocha in annalibus illarum disciplinarum, quae ad Sacras spectant Litteras. Palmam vero omnibus nationibus praecipuit hispana, sive numerum spectes interpretum S. Scripturae, sive horum pondus atque autoritatem". (24)

#### 4.1.2. Las circunstancias personales

Parece mentira que un escritor de gracias, chistes y risas, como nuestro Quevedo, conocido por lo jocoso, satírico y triste, abunde tanto, en otra parte, en pensamientos elevados con ansias de perfección activa, que alegran el alma con la esperanza.

¿Son la expresión de sus mejores anhelos internos y la manifestación de su raigambre cristiana, cierta y sincera? ¿Nos atreveríamos a afirmar que brotan de un fondo capaz de aunar toda su obra y son el diferente matiz y la forma lo que los hacen distintos?

¿Son iguales por su finalidad transcendente, su deseo cristiano, español, realista y moralizador?

Es indudable, sin embargo, que en Quevedo pesan, y mucho, las "circunstancias"; lo que hoy podríamos llamar la ley evolutiva y progresiva de las edades psicológicas del hombre. Matizando, naturalmente, cada concepto hasta el máximo, en el sentido metafísico de cada uno.

Nos limitaremos a señalar esas "circunstancias" que, a nuestro parecer, contribuyeron decisivamente a las creaciones de un Quevedo distinto (25). Frente al inquieto y turbulento del "alma apicarada" y de vitalidad desbordante, en una polémica externa e interna, el Quevedo curtido y "vencido", domado por la vida, zarandeado por la edad, la enfermedad y la persecución. Madurado por los fracasos y sinsabores de la vida.

Quevedo echa mano, entonces, de sus reservas. Saca a luz sin celajes el tesoro de su religiosidad, que siempre se puede descubrir en el fondo de su alma, y nos sorprende con sus obras ascético-éticas de conocedor y experiente de la vida y de la doctrina.

En nuestra pregunta por las fuentes éticas hemos descubierto como un manantial bifronte, caudaloso y rápido que es alimentado subterráneamente por otros innumerables arroyuelos.

Un manantial cristiano, surgido por la lectura de las Sdas. Escrituras y de los Stos. Padres; otro filosófico, brotado de la delectación con que leyó, tradujo e interpretó los escritos de pensadores estoicos, principalmente del filósofo de Córdoba, Séneca.

Si quisiéramos hacer una comparación, no fácil, sobre el peso decisivo y diferente en su obra de una y otra, quedaríamos dudosos un momento. Para José M<sup>a</sup> de Cossío, no hay, sin embargo, duda ninguna posible (26): La fuente es primordialmente cristiana. Cuando olvidándose de las estructuras tradicionales, doctrinales, que enmarcan y parapetan, disimulan y "encatedran", Quevedo da rienda a sus sentimientos y son ellos los que llevan el mando, se nos muestra cristiano. Sus escritos íntimos, cordiales, van ahondando en sí propio, en su tragedia íntima, en su acabamiento y en su muerte.

!Ah!, frente a la muerte, es donde podemos calibrar con exactitud la diferencia entre pagano y cristiano. La desesperación y el odio, o la indiferencia que desarrollaron aquellos y la esperanza resignada y tranquila, que ha enseñado el Cristianismo, son pruebas decisivas en este juicio.

Mírese la posición dulce, y aleccionadora de estos versos a la muerte:

"Llegue rogada; pues mi bien previene,  
mi vida acabe, mi vivir ordene". (27)

La diferencia se obtiene también con gran claridad, comparando los textos traídos o traducidos de Plutarco, en su obrita: "Marco Bruto" y los comentarios o discursos que él



espontáneamente añade.

En la distinción del linaje y la virtud usa estas cortantes comparaciones:

"Aquel es heredero de su linaje en cuyas obras se admiran los valientes", (28) "en cuyas palabras se oyen los sabios... Es mayor culpa nacer del bueno y no imitarle, cuanto es peor echar a perder lo precioso que lo vil, pues parece antes justicia que vicio el despreciarlo". (29)

Por otra parte, estas fuentes cristianas se multiplican al profundizar en una ramificación sin fin. No tiene Quevedo que luchar con una penuria de expresión, con una lengua en formación y sin posibilidades, ni con los comienzos de la difusión cristiana. Son fuentes trabajadas y copiosísimas las que tiene al alcance de la mano.

No siempre usó de ellas de la misma forma y con idénticos fines, como veremos después, pero, incluso, sus lecturas y traducciones sagradas, movidas por la curiosidad o la moda, por un afán de erudición oratoria o de superación humanística del ambiente, fueron siembra fructífera para que en los años azarosos se acogiese avaramente a la frondosa y segura Escritura, para hallar solución a su problema y a los problemas universales de la sociedad.

De entre todas las fuentes cristianas, donde más y mejor apagó su sed de verdad, fue sin duda ninguna la Biblia

#### 4.2 LA BIBLIA, EN GENERAL, COMO FUENTE DEL PENSAMIENTO DE QUEVEDO.

##### 4.2.1. Signo de la contrarreforma

Hay una cierta seguridad de que no es una tendencia exclusiva de Quevedo a usar de la Biblia como fuente de inspiración, enseñanza, remedio o consuelo.

Es una tendencia común al siglo XVI y gran parte del XVII, entre los autores españoles. Los siglos de los felipes tienen en las letras este fondo común: novela, teatro, poesía y toda clase de prosa, no se sacia en beber en las fuentes bíblicas su aliento y su inspiración.

Es el signo común, nos atrevemos a decir, de la Reforma y de la Contrarreforma.

¿fue la Biblia, punto de partida para las dos grandes fuerzas que revolucionaron siglos enteros?

Para ambos campos es arma ofensivo-defensiva, para los problemas levantados doctrinal y prácticamente.

El problema es vastísimo y nos desviaría de lo esencial. Limitándonos a lo que nos aclare nuestro tema, nos concretaremos al despertar espiritual provocado por la Contrarreforma y el Concilio de Trento y más específicamente, del espíritu de los españoles más sobresalientes y de los promotores de la vuelta a las fuentes dogmáticas (30).

Calderón en su auto sacramental: "A Dios por razón de Estado", hace que Dionisio Areopagita, que caracteriza a la razón, después de haber luchado largo tiempo en vano por ver con claridad y entrar en la verdad, es convertido por San Pablo, con el discurso que traen los Hechos de los Apóstoles (17,22-34), que es un prototipo de razón lógica encadenada, y se conoce con el título "al Dios desconocido".

Para Calderón es el símbolo de la glorificación del alma reflexiva, de la lucha crítica del que busca entender a pesar de las dificultades, y va caminando paso a paso al compás de la luz que tiene.

Pero sin pretenderlo, tal vez, Calderón ensalza la labor filosófica-teológica de su tiempo.

Es verdad que San Agustín había lanzado el "credo ut intelligam" y que San Anselmo lo había parafraseado en su divisa: "fides quaerens intelligere"; pero la nueva escolástica de Melchior Cano, Fco. Suárez, Domingo Báñez y Molina no hacía, en sus críticas y "Cursus" (31) más que penetrar y vivificar al estilo agustiniano, la verdad, poniendo la fe de Tomás de Aquino.

Pero en ello se introducía un elemento peligroso y de descomposición, la terrible razón amiga de la "libertad" que triunfaba en el campo de los reformadores: Lutero, Calvino... Melchior Cano; hombre de hierro, por su tenacidad, por su dominio, por su mantener lo tradicional, profesor de teología de Alcalá, desde 1542 y después de Salamanca, lanzó su obra colosal "Loci Theologici" (32), que es la suma sobre las fuentes dogmáticas de la fe cristiana.

Contiene 12 libros, pero seguían el 13 y 14, que el autor no terminó, en que se anunciaba el tema más importante: la exposición del tema de la Sda. Escritura en la lucha contra los herejes.

Cano, razonador, terco y voluntarioso, se le ve movido más por principios convincentes que por experiencia. Fue enemigo de la vulgarización de la Biblia en lengua popular. Pero veamos por qué:

Humanismo y Reforma, como dos fuentes sacudidas, habían alterado la posición y la relación del cristiano, con respécto a la Sda. Escritura (33).

Por otra parte, la posición de los reformadores protestantes se acercaba cada vez más a este camino. La caída del absoluto y de la autoridad interpretativa; la multiplicación sectorial según la visión de la dogmática emanada de la Biblia, proliferada hasta no vincularla a nada ni a nadie; cada cual puede hacerlo con suficiente garantía.

Hay un canon, en este Concilio de Trento, en el que se declara la Vulgata como texto auténtico. Con ello se prometía aclarar la conducta del lado católico, para cortar confusiones.

Tal vez fue Melchor Cano, uno de los que apoyaron esta decisión. En sus "loci" posteriores, justificó la decisión de los Padres Conciliares. El Canon de la Sda. Escritura (34), en el que se declara a los libros canónicos como inspirados por Dios, su autor no puede ser ningún hombre, razón Cano, sino el Espíritu de Dios. El engaño repugna a la esencia de Dios que es la verdad suma. La mentira suprimiría la inmutabilidad de Dios, porque supondría cambio. Si hay inspiración, ha de ser divina, para estar libre de errores (35).

Sin embargo, al último punto que había prometido responder, en el tratado 13 de los "loci", no pudo hacerlo. Ya había adelantado, prometiéndolo, que la interpretación no era misión del individuo, sino prerrogativa y deber del magisterio eclesiástico. Ya que: "Aliter atque aliter alius atque alius interpretatur, ut pene quot homines, tot illinc sententiae erui possevideantur". (36)

No extrañará tanto, al menos que proyectemos criterios de ahora, el que la Teología católica española se resistiera a las interpretaciones subjetivas de la Sgda. Escritura, como veremos en algunos ejemplos célebres, y que no permitiera la traducción a la lengua vulgar, y el que corriesen

y propagasen los textos escriturarios bajo la expresión de los términos usuales.

Fue un signo de la Contrarreforma. En efecto, en versiones y paráfrasis hechas en Alemania e Inglaterra hubo muchas interpretaciones e invocaciones.

Jarava nos lo confirma, en la carta aclaratoria con que introduce sus versiones de los salmos y lamentaciones, dirigidos a la reina de Francia. (37)

"Yo he traducido estas lamentaciones y los salmos que con ellas van, conforme al texto que la Iglesia tiene y ha tenido hasta aquí, sin querer seguir las nuevas traslaciones, de las cuales aún hoy día hay más que nunca hubo, a gran pena concierta una con otra, antes cada una va por su camino, porque en el tiempo que al presente tenemos, parece que aquel es tenido en menos que no escribe novedades. Cosa es de maravillarse que la traslación en los Setenta intérpretes, que el Glorioso San Pablo y después San Agustín y otros muchos santos tuvieron en tanto, al presente los manebos que ayer comenzaron a ver la Sqda. Escritura, porque saben las conjugaciones en griego y en hebraico se atrevan luego a decir que no han de ser así algunas cosas del texto, como en la Iglesia están, sino como a ellos les parece... cuanto más, que vemos claramente los daños tan grandes que hoy hay en la cristiandad, por haber consentido mudar y trastocar a cada uno lo que se le antoja, de aquello que la Iglesia tiene tanto tiempo, tan bien y santamente ordenado" (38)

Hay un proceso inquisitorial, enojosamente prolijo e indeciso en nuestra historia de los heterodoxos (39): El de Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo. Pueden verse entre las acusaciones demandas, que muestran el criterio de la Inquisición y el de la ortodoxia de aquellos tiempos de

### Contrarreforma.

Fray Domingo de Rojas, en su declaración de 23 de Mayo de 1559, afirmaba que había oído de Carranza la explicación de las epístolas "Ad Gálatas" y "Ad Ephesios", y en ellas "muchas cosas d'estas del lenguaje de los luteranos". El lenguaje de los luteranos, se refería al problema tan debatido de la justificación sin las obras.

Continúa el acusador, por lo que respecta a su "Catecismo" (40), que le parece recio e duro e manjar más sólido del que conviene darse a los simples e flacos hombres, los cuales no tienen dientes para mascarlos e mucho menos para digerirlos. Y luego añade, con la misma gravedad que si fuera un Padre de la Iglesia: "De darse a tales personas tanta teología e tan pura (41) se siguen, a mi pobre juicio, notables inconvenientes. Uno de ellos es hacerse con esta lección bachilleres e aún maestros en teología, los que convendría vivir humillados y tomar el cebo proporcionado a su complexión de los picos de sus madres e no valerse por el suyo, de lo cual se ha de seguir vanidad en ellos, con gran desprecio de los sacerdotes. Y por esto se defiende (prohibe) la Biblia en romance... porque la letra viva y la palabra de Dios, que San Pablo llama cuchillo, tiene tan grandes filos y es tan pesada que no se debe fiar de niños y de livianos, quales somos los más de la vida presente".

No es fácil ni justo juzgar y condenar, quizá, con tanta severidad a los jueces de Fr. Luis de León, como envidiosos y llenos de ojeriza y malicia. Tal vez, sin estos precedentes se les hace injusticia y juicio falso.

Hay una nota importante de S. Fco. de Borja en el "Tratamiento breve del modo de predicar el Santo Evangelio" (42): Y pida a Dios aquel espíritu que comunicaba a aquellos san-

tos cuando interpretaban el Evangelio; porque la falta de este espíritu puede tener frío el predicador, y por no tenerle no hace fruto en los auditores. Guárdese mucho el predicador de frisar con el lenguaje y frases de decir todo lo que ellos dijeron, porque los santos en el tiempo que escribieron y para los que escribieron acertaron; y algunas cosas dejaron escritas que sin duda ahora no las dijeran. Pero tampoco las cite y traiga en el púlpito para impugnarlas y contradecirlas, que sería desacato a los Santos y escándalo al pueblo...

Huya, como de un despeñadero, el predicador de quimeras imaginadas de su cabeza y arrímese a la interpretación recibida, y declare la Escritura con la misma Escritura que no entiende muy bien, antes, como a Escritura sellada, la reverencie con humildad. (43)

Las ideas de la Contrareforma, sembrada después de Trento, han cumplido en todos los espíritus adelantados del catolicismo español y han sido conservadas por los amenazantes castigos de la Inquisición nacional siempre activa. (44)

Podría creerse erróneamente, sin embargo, que el final del siglo de oro español y el siglo de las grandes producciones literarias españolas, estarían retraídas de esas fuentes fecundas de Sqda. Escritura y de su conocimiento en lengua romance. (45)

#### 4.2.2. Enseña personal

Quevedo consultó, leyó y releyó con el ansia de apagar su sed de verdad, muchas ediciones de la Biblia entera o en diferentes partes, de las ediciones que en su tiempo estuvieron al alcance de su mano. (46)

Es más, con toda certeza sabemos que Quevedo leyó con fruición la Biblia, en diferentes épocas de su vida y con diferentes motivaciones y frutos.

En su juventud ardorosa y devanada hizo abundante siembra con afán erudito y de superación humanística, no cayeron sin fruto en un campo tan fecundo y, los estudio ulteriores, al aumentar tanto en su vida de hombre amante de los peligros, las opciones, soledades, contratiempos... la siembra se transformó en cosecha de frutos maduros. Hay, a veces, curiosas indicaciones llenas de pedantería, como las que hace en las lágrimas de Hieremías Castellanas (47), para expresar sus conocimientos hebraicos, la comparación de los alfabetos y el parecido de sus letras.

Parece, además, no contentarse con el vulgar traducir y poner al alcance del uso los textos bíblicos; hace circunloquios y reflexiones parafraseando ingeniosamente, declarando muchas expresiones y dichos, con la añadidura de sus comentarios ingeniosos y agudos.

Es ambicioso en un plan múltiple, docente y moralizante, saca enseñanzas al margen, tiene algo que decirles a los españoles despreocupados del s.XVII, sobre lo que él medita y considera.

Le interesa, sin embargo, la entraña de la palabra y en sus paráfrasis no se entretiene según su ingenio le permitirá en lo mágico musical de las expresiones, prefiere su hondura de significado, que evite a la vez la aridez y el descog



nocimiento. Las pretensiones del literato y del científico asoman por la minuciosidad y los aires ingeniosos. Tiene sus comentarios de su pesimismo ambiente, pero no quiere convertir sus tratados en simples manuales de devoción.

Apunta el cariz científico por todas las partes. Tampoco los eufemismos o dulcificaciones en la traducción, sino sus realidades, a veces sangrantes. Entre los innúmeros ejemplos que podríamos aducir, sobre estas afirmaciones, traeremos varios de gran calidad. Job antes de la persecución "según opinión más recibida se llamaba Jobab". Para la mayor parte de los lectores del texto sagrado, es casi indiferente el que se supriman dos letras finales, para Quevedo no puede pasar desapercibido, es algo, incluso, importante y notorio; "ab", la partícula que se quitó, significa en la lengua caldeoasiria, un género de adorno que, como de muchas especies, significa principal, primero en cualquier obra de arte, y en hebreo: señor, doctor, maestro, padre, el primero. Así, despojado Job, significa el que llora, el afligido; así, desde el principio se declara en los dos nombres la visión profética de la lección que después se recogerá; como si perteneciese a una cierta comunidad de alma hebrea, Quevedo quiere intuir y conectar con lo que la Biblia acostumbra a decir por los nombres propios de los protagonistas.

Interesante, siguiendo esta línea, su comentario y paráfrasis al v.23 del cap. 19:

"Quis mihi tribuat ut scribantur sermones mei? Quis mihi det ut exarentur in libro stylo ferreo, et plumbi lamina, vel celte sculpantur in silice?"

No sólo desea Job que se escriban sus palabras, sino que se abran con buril en libro de láminas de plomo y con cincel se escriban en pedernal. De cuánta importancia fué que sus palabras quedasen escritas, impresas y esculpidas, este

repetido deseo lo manifiesta, y ser sus palabras y sucesos el texto de toda filosofía de la paciencia santa y de la teología de la materia de Providencia; lo que con brevedad probaré.

"Cosa que importaba tanto y a todos, ¿a quién se debía encomendar, que al que dijo las palabras y sustentó el acto contra todos los argumentos del infierno?. No se pudo fiar de los amigos, que fueron convencidos de mentirosos, y declarados por sentencia de Dios hombres que no habían hablado lo que era justo. Pues remitirlo a la relación de los hijos de Esaú, era noticia mendigada, que no merecía para su traducción tan esclarecido intérprete como Moisés. Pues conjeturar que la revelación que Dios hizo a Moisés, lo escribió, es introducir sin necesidad la revelación; que legítimamente se excusa con que Job escribiese de sí lo que él había dicho y padecido". (48)

#### 4.3. PREFERENCIAS BIBLICAS DE QUEVEDO

"Es tan fecunda la Escritura Sagrada, que sin demasía ni prolijidad, sobre una cláusula se puede hacer un libro, no dos capítulos". (49)

No pretendemos, al titular así este apartado, acotar o limitar terrenos. Traía tan a flor de labios y de pluma los textos bíblicos que es su mejor argumentador (50). Se trata sencillamente de lograr concretar un poco con carácter numérico (51) lo más notable de las fuentes bíblicas, por preferencias demostradas en sus obras.

Por ejemplo, tomando su obra: "Providencia de Dios padecida por los que la niegan, y gozada de los que la confiesan", la distribución preferente de sus abundantes citas, que son la base confesada de su comentario, nos da hasta qué punto prefirió la Sda. Escritura, a pesar de barajarla en todas las direcciones sin secretos (52).

Así pues, cita al Génesis por cuatro veces, en los textos siguientes: 3,22 y más tarde el 6, 18 y 19 y el Cap. 8,1 y esta sola frase: "y vió Dios que todo lo hecho era bueno" 1,31.

El libro de los Números, también está citado en el 22,32 y uno de los preferidos es Job, que se encuentra citado en las páginas siguientes de O. C.: 1398, 1399 dos veces, 1408 y 1434, siempre seguido de un comentario importante, basado en la cita y fuente usada.

De los Salmos cita el LXXII en la página 1443, el LII, 4 en la 1424.

Los libros didácticos son recorridos en muchas direcciones por Quevedo, para hallar confirmación de sus demostraciones sobre la Providencia divina. Entre Proverbios, Eclesiástico y Eclesiastés reúne 11 citas, de distintos puntos.

Isaías está citado en el capítulo 2.2 en la pág. 1448 y cap. 28.17 en la de 1451 y Jeremías una sola, en 1448.

Los Santos Padres son igualmente su refugio frecuente, y con preferencia: San Agustín, al menos 8 citas diferentes, sirviéndose varias veces de sus comentarios a la Escritura como lo más autorizado, en particular sobre textos de Job.

San Juan Crisóstomo es citado en las páginas 1552, 1553, 1554 y lo es también San Jerónimo y San Gregorio en la 1399.

De San Juan Damasceno ha tomado la cita de "De fide orthodoxa" l. II, cap. 29 (cf. pág. 1429) y de San Pedro Crisólogo de "Haec est Christi" (cf. 1441).

También a Francisco Suárez ha recurrido repetidamente en esta demostración filosófica de la existencia de la Providencia y de la inmortalidad del alma.

San Jerónimo se encuentra citado en el último lugar, como para que no faltase testimonio alguno de los Santos Padres (cf. pág. 1554).

4.3.1. Preferencias de Quevedo por los textos del Nuevo Testamento en la Política de Dios y Gobierno de Cristo.

Como si quisiera exponer al Rey y al Conde Duque (53), de una manera eficaz e irrefutable los consejos para el buen funcionamiento del gobierno, a modo de "Relox de Príncipes", o, como si quisiera exponer el Evangelio o la Escritura en sus aplicaciones a un caso concreto, a los dos más altos personajes de España, toma en sus manos la Escritura y en esta cumbre suya, le vamos a ir siguiendo, por qué pasajes escriturarios se halla.

Del Génesis ha tomado tres citas directas: (54) "Vió Caín que iba a Dios más derecho el humo". "Hizo Dios a Adán señor de todas las cosas". "Dixit quoque Dominus Deus: Non est bonum esse hominem solum"... Gn. 2,18.

Pero las paráfrasis son mucho más abundantes (55): Del Exodo y del Levítico, de los Proverbios y del Eclesiástico y Eclesiastés, del que, al menos, se acuerda dos veces (56).

Cita también Jueces, I y Reyes I y II, en los Capítulos 22, 17 y 8 respectivamente. Los Salmos son también frecuente punto de partida en esta obra, por una razón sencilla: Se trata de aconsejar a los reyes y príncipes, materia frecuente en los Salmos. Quevedo lo aprovecha maravillosamente. Cita el 77; el 52,6; el 6 y el 7. (57)

Pero Quevedo ha hecho el Evangelio de los príncipes y de los gobernantes en su "Política de Dios" y no se ha contentado con menos que con ponerles como modelo al mismo Cristo, por eso su predilección escriturística, se dirige, de arriba abajo, a los cuatro Evangelio, y los recorre sin cesar. El más citado es S. Juan: 16 veces, al menos; luego S. Mateo: al menos 14 veces. San Lucas, más de una docena y San Marcos algunas menos (58).

Suele empezar los capítulos principales con un texto sagrado que propone como fin y modelo y, del que después, irá extrayendo poco a poco el jugo; a esto nos referimos principalmente cuando hablamos de fuentes neotestamentarias de Quevedo en la *Política de Dios*.

Decimos además neotestamentarias, porque haciendo gala de esta preferencia, Quevedo recorre igualmente los otros libros del Nuevo Testamento y especialmente S. Pablo, por motivos que veremos después. No se escapan a este riguroso revisar de fuentes las epístolas a los Hebreos, a los Romanos (2 veces), a los Corintios primera y segunda, y a los Gálatas. La primera de San Juan y la misma Apocalipsis, son citadas en esta obra y traídas a corroborar sus afirmaciones unas veces, y a ser origen de sus deducciones las más.

Es, por otra parte, abundante la consulta en los *Stos. Padres*, especialmente S. Agustín y del que casi es equiparable en autoridad y valor didáctico, Séneca, el filósofo, por quien siente particular inclinación y preferencia. San Pedro Crisólogo (1 vez), San Cirilo (2 veces), San Agustín (3 veces), Sto. Tomás de Aquino, San Juan Crisóstomo (3 veces), San León I, papa (2 veces), San Cipriano (1 vez), Tertuliano (4 veces). (59)

Podíamos recorrer así todas y cada una de sus obras, para llegar a una misma conclusión que podemos sacar de estas dos producciones significativas en el conjunto de su "opus": Quevedo conoce profundamente estos sabios libros; corre a esta fuente a apagar su sed; principalmente en los momentos difíciles y dolorosos de su vida y, son el refugio y el tesoro de su genio. Por otra parte, las predilecciones por el *Eclesiastés* merecen un apartado especial. Las preferencias acusadas por San Pablo, las veremos con más detención y, en cuanto a las demás fuentes cristianas, para la formación de

su pensar ético y ascético, nos contentaremos con una numeración más general, aunque, creemos suficiente.

Quevedo muestra especial preferencia por los libros siguientes de la Biblia, en cada una de las obras que se citan:

Génesis,

Providencia de Dios,

Vida de San Pablo,

Constancia y paciencia del Sto. Job

Homilías.

Números,

Providencia de Dios,

Consideraciones sobre el Nuevo Testamento

Jueces,

Descífrase el aleroso manifiesto,

Providencia de Dios,

Apuntes autógrafos.

Deuteronomio,

Constancia y paciencia de Job

Consideraciones sobre el Nuevo Testamento.

Reyes,

Memorial por el Patronato de Santiago

Job,

Constancia y paciencia de Job

Nombre, origen...

Visita de los chistes.

Salmos,

Carta a Luis XIII

Virtud militante

Consideración sobre el Nuevo Testamento

Nombre, origen...

Vida de San Pablo

Memorial por el Patronato de Santiago  
 Política de Dios -segunda parte-  
 Virtud militante  
 Constancia y paciencia de Job  
 Sobre las palabras que dijo Jesús  
 El martirio pretensor del Mártir  
 La cuna y la sepultura  
 Su espada por Santiago  
 Epistolario.

Proverbios,

Memorial por el Patronato de Santiago  
 Lince de Italia  
 Carta a Luis XIII  
 Política de Dios -primera parte-  
 Virtud militante  
 Vida de San Pablo

Isaías,

Consideraciones sobre el Nuevo Testamento  
 Homilías  
 Providencia de Dios

Salomón,

Vida de San Pablo  
 Su espada por Santiago

Jeremías,

Su espada por Santiago  
 Consideraciones sobre el Nuevo Testamento

Jonás,

Su espada por Santiago

Miqueas,

Virtud militante

Evangelistas,

Numerosas citas en toda su obra.



#### 4.3.2. Job y el Eclesiastés.

Quevedo muestra tal predilección por estos libros canónicos, que es menester explicarse de algún modo el porqué y el cómo de esta elección de D. Francisco. Creemos, además, pueden ir unidos en un mismo apartado porque, para Quevedo se completaban admirablemente. Job con su dramatismo y el Eclesiastés con sus frías aristas, a modo de punzantes dardos, consolaban su aflicción y desgracia y apaciguaban su ánimo belicoso, pero sometido en amor a la divinidad.

Para mejor comprender esta inclinación de Quevedo, hay que recordar que en su dura prisión de León, en la última y más dolorosa, escribió su "Constancia y Paciencia del Sto. Job", en sus pérdidas, enfermedades y persecuciones (60). El mismo, al narrar el acontecimiento y desgracia que estaba padeciendo, señala la fecha en que escribía este comentario: 1641, cuatro, antes de su muerte, con la madurez que a su vida dieron los acontecimientos de desengaño del mundo, de los hombres y de las cosas.

No se puede pues contentar uno con afirmar la predilección quevedesca como algo fortuito o impensado. Se puede decir que obedeció, a una manera de encontrarse, de sentir y vivir con toda intensidad su situación "circunstancial", o si se prefiere, a un aceptarse en su situación, en el mundo, en relación con lo trascendente (61).

Job parece su modelo, por un paralelismo situacional y un temple religioso parecido. Job, escogido no sólo por la semejanza exterior, puramente, cuanto por la conexión interna, asumida en sus dimensiones más profundas y conscientes, haciendo valer sus últimos y definitivos derechos humanos y, situándose frente a la transcendencia, con la primigenia pregunta del hombre consciente ante sí, las cosas, los hombres

y lo trascendente. Tú ¿Quién eres para mí?, ¿quién soy para ti? (62). Pero veámoslo más despacio.

Job no sólo es socorrido, en esta obra precisamente, por su importancia de modelo interno para Quevedo, pero en esta homónima se mostró con profundidad sin igual.

Francisco Polanco, su censor, nos lo va a decir en su juicio aprobatorio, al salir a luz su edición príncipe en Madrid, el 17 de noviembre de 1713: "He hallado que es mucho más que lo que prometía la esperanza, porque se aventaja a sí mismo en tanto grado, que se pudiera desconocer si el es tilo y los caracteres no lo manifestaran propio.

Excede a las demás obras en las causas en la erudición, en la solidez, en el desengaño... Conócese en esta obra cuán cierta es la sentencia: "Vexatio dat intellectum", porque aunque el del autor fue siempre grande, la opinión en que le pusieron sus trabajos le despabiló tanto que los achaques de humano que padece le transformó en divino". (63)

Según Raúl A. Del Piero (64) parece que Quevedo usó para su trabajo de "Constancia y Paciencia del Santo Job", el vo lumen IV; coinciden en la mención del prólogo del libro de Quevedo:

"In tētra quidem habitasse Iob Usitide. In finibus e Idumeae et Arabiae, fertur, et erat ante nomen Iobab. Et accepit uxorem arabiesam, et genuit filium, quam vocavit Ennon".

Quevedo pone un discurso previo teológico, ético y político y en él salen comentados y discutidos estos datos. Comienza: "Cuatro opiniones hubo de la naturaleza de Job. Unos dijeron que era cananeo, otros nacorita, otros idumeo, otros israelita. Los hebreos tuvieron que era nacorita; esto autorizó San Jerónimo. Empero la común opinión es que fue idumeo, con los Setenta, que llamando Ausitide la tierra de

Hus, que está en los confines de Idumea" (64).

Añade Quevedo una disquisición filológica sobre el nombre de Jobab, de la cual ya hemos hecho mención, propia de su erudicción y reminiscencia, de su pedante conocimiento de las lenguas orientales, para la que R. A. del Pirop cree que se inspiró en el *Dictionarium Syrochaldaicum* de Guido Fabricio (65) y no del arameo. Frente pues, al escueto texto de la Vulgata: Había en el país de Hus un varón llamado Job; hombre íntegro, recto y temeroso de Dios y apartado del mal. Quevedo no cree tener bastante base histórica para introducir a su personaje, con todas las proyectorias que ha de tener.

Por eso le circunscribe y puntualiza su historia con datos y fechas discutidos y discutibles. Nos interesa más, sin embargo, su manera de proceder subsiguiente con esta fuerza exquisita que ha descubierto en el libro de Job.

En otras obras, como en *Providencia de Dios*, era o para alabar la paciencia o los trabajos de Job, pero en el libro propiamente dicho, Quevedo va mucho más allá: es Job mismo quién le interesa.

Un pequeño párrafo, los números 1 y 2, Job varón recto y justo, le sirve de comentario, la felicidad humana adolece del contagio de los vicios que son parientes: soberbia, ingratitude, avaricia, envidia, pestes del mundo, y tales, que antes se buscan remedios para que se peguen y no se despeguen que para que se curen y aparten. Por eso empezó el libro diciendo que Job era varón simple, recto y temeroso de Dios, que se apartaba del mal.

Toma a continuación los tres versículos siguientes del Sdo. Texto: "Y sus hijos se convidaban unos a otros recíprocamente: un día en la casa de uno; y otro en la del otro, hasta que dando la vuelta se cumplía el número, pagando el

banquete cada uno a los otros en su día; y convidaban a sus hermanos para que comiesen y bebiesen con ellos. Y luego acabada la rueda de los convites, Job los santificaba y madrugando con el día, ofrecía holocaustos por cada uno".

Y ya tiene, fiel comentarista, los siguientes temas de reflexión: la convivencia y hermandad, frente a la separación y odio de Caín, analizado en la Política de Dios y Gobierno de Cristo (66). Añadiendo a esta expresión de un conceptista intenso y refinado: "En diez no hubo un Caín, cuando en dos solos hubo uno, que quiso ser solo.

No se acuerdan las tres hijas de sus dotes, ni los siete hijos de las herencias; atienden el amor y no el caudal. La Aritmética los cuenta mucho. La vista los ve diferentes; la paz, uno. Los días que todo lo apartan, los juntaba a todos cada día". (67)

El segundo tema del texto son los convites y, en contraposición, la conducta del padre, purificatoria. "El buen padre apuesta con el sol en desterrar tinieblas, en diferenciar las cosas (porque es mejor preservar el mal que curarle), aclarar los caminos y en descubrir malos pasos y despeñaderos. El que no lo hace, confederado está con la noche, afecta al séquito de las aves nocturnas y desperdicia sus audiencias en voces de mal agüero". (68)

El tercer tema: de bendecir a mal-decir en su corazón, lo comenta con una sutilidad extraordinaria, trayendo a colación hechos diarios y confirmaciones tan importantes con la segunda sátira entera de Persio. ¿Habrás alguno que por haber alcanzado su venganza, logrado su envidia, satisfecho su ira o conseguido su pretensión deshonesto haya en su corazón dado gracias a Dios, de que todo lo que intenta le sucede bien?

El tema de Satanás y el gran cambio de la vida y fortuna

para Job, son temas copiosísimos para darnos una visión profunda y ascética de los bienes y la pobreza y de la voluntad humana, frente a la divina voluntad, como veremos más al detalle, en el apartado correspondiente.

Ante al pasaje y, como no pudiendo contenerse por más tiempo, una aplicación autobiográfica enlaza, como paráfrasis, su propio caso: "mejor es ser desdichado con mi gemido y dichoso con el ajeno... 7 de diciembre de 1639, a las diez y media de la noche... y en todo esto no pecó Job con los labios". (69)

A partir de aquí ya está la lección histórica, puesta y recibida y cumplida. Quevedo desecha el paciente método de texto tras texto y consideración tras consideración, con que ha llevado los tres primeros capítulos. En los demás del libro hace una referencia breve al texto y lo da por supuesto; da, sin embargo, su lección acerada como ésta al cap. 6, 21... "Pues ¿por qué teméis lo que no os es pedido ni por limosna, ni por socorro, ni qué como amigos me libréis de mi enemigo, ni como reyes de los poderosos? La última villanía del ánimo es tener su obligación. El miserable que va a visitar al preso no teme la cárcel en que está el amigo, sino la obligación de sacarle de ella". (70)

Destaca con fina perspicacia Quevedo las dos cumbres de la confesión de Job:

"Scio enim Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum". Y la siempre misteriosa y tremenda realidad humana: "Vió Dios que Job con el dolor y el celo frente a sus amigos, malos consejeros, había intrincado su verdad y enturbiado la luz de sus proposiciones" (71). Lo relativo de la verdad humana y que ante Dios siempre estamos en posibilidad de engaño, en incertidumbre de verdad. Quevedo pondera su afecto admirativo en su epitafio final, como

quien dedica un monumento a un héroe.

Job se ha transformado en un arquetipo para Quevedo, por eso le esculpe un sepulcro de inmortalidad. Dice que lo imita, pero veamos con que ingenio. "El doctísimo P. Pineda hizo a la pirámide en que está Job sepultado un excelente epitafio, con las cláusulas solemnes del rito antiguo funeral. Yo, por imitar esta piedad, quiero que Job con sus palabras sea epitafio de sí mismo, porque aún sepultado hable de sí, y aún difunto le podamos oír".

Epithaphium pyramidalis sepulcri Job, in terra Hus, dum  
miracula patientiae pyramidis hujus loquitur Hus barbara  
pyramidum sileat miracula Memphis.

Quis sim quaeris viator? (71a)

En la obra breve y jocosa: "Sueño de la muerte" o "Visita de los chistes", como se llamó en la edición de 1631, tiene las citas destacadas de Job, al principio, como si quisiera ponerle por testigo de su fin moralizador, de la lección que da la muerte. Después de citar a Lucrecio, de quien es particularmente devoto, presenta así a Job: "Entró seme luego por la memoria de rondón, Job, dando voces, diciéndolo: "Homo natus de muliere, brevis vivis tempore, repletus multis miseriis".

Que él traduce en verso:

Al fin hombre nacido  
de mujer flaca, de miserias lleno,  
a breve vida como flor traído,  
de todo bien y descanso ajeno,  
que, como sombra vana,  
huye a la tarde y nace a la mañana. (72)

Con este conocimiento propio acompaña el de la vida que hicimos, diciendo:

Guerra es la vida del hombre

mientras vive en este suelo  
y sus horas y sus días  
como los del jornalero. (73)

Job ya ha sido (comienza a ser) su guía en el conocimiento propio y de la vida que hemos llevado, pero lo es igualmente del desengaño: "Arrebato de la consideración y rendido con lastimoso sentimiento y con celo enojado, le tomé a Job aquellas palabras de la boca con que empieza su dolor a descubrirse". (74): *Pereat dies in qua natus sum...* etc., que convierte también en poesía, para dar entrada al sueño de médicos, sayos, practicantes y boticarios...

Perezca el primer día  
en que yo nací en la tierra  
y la noche en que el varón  
fue concebido, perezca.  
Vuélvase aquel día triste  
en miserables tinieblas  
no le alumbre más la luz  
ni tenga Dios con él cuenta.  
.....  
Espere la luz hermosa  
y nunca clara luz vea  
ni el nacimiento rosado  
de la aurora envuelta en perlas  
porque no cerró del vientre  
que a mi me trujo, las puertas  
y porque mi sepultura  
no fue mi cuna primera.

Las adiciones hechas por Quevedo a la Doctrina moral (estoica) cambiaron el equilibrio, afirma E. Ettinghausen, pues traen por delante las ideas nuevas de arrepentimiento, juicio, salvación. Probablemente a través de la influencia de

Séneca, el verdadero título de la cuna y la sepultura es la transformación del deseo de Job. (Citado en el título grabado en las primeras ediciones). "Llevado del seno al sepulcro" (Job 10,19).

Puede oírse con frecuencia el eco sentencioso y cortante del Cohelet en las obras de Quevedo, perdido en frases y sentencias como el predicador en una gran asamblea. Las aristas frías del Ecclesiastés, llevarían al alma de Quevedo un eficaz consuelo, hombre desengañado, como el Cohelet del libro, puede afirmar él: "vanitas vanitatis".

Su eco principal y su influencia más directa se halla, primero en lo que se ha recopilado con el nombre de "Migajas sentenciosas", que en sus papeles y manuscritos no tienen título. Sentencias sueltas sin ordenar, ni por argumentos ni por otros índices. Sin embargo échase de ver un parecido con los clavos y agujones del Cohelet. Sobre la vanidad de las cosas y de la vida, la prudencia en las palabras y en el gobierno. La certeza de la muerte, etc. No hay ninguna cita, sin embargo, en las migajas sentenciosas del Ecclesiastés, mientras que las hemos encontrado en otras obras. Son como una imitación íntegra, sin señalar la fuente, sino a su estilo y forma.

En cambio saldrán citas en otras obras como en el: "Sueño de la muerte" o la visita de los chistes, y no tendrán nada que ver.



#### 4.3.3. SAN PABLO, GUÍA PREFERIDO DE QUEVEDO

Es una prueba más de su dominio del Nuevo Testamento, es ta de traer constantemente citas de S. Pablo, como fuente preferida.

Pero, además, el motivo principal en esta elección lo ha lla en un sintonizar temperamentalmente con Pablo de Tarso, inquieto, perseguido, desengañado de los bienes y vinculado sólo a Dios. ¿Una corriente de simpatía por su rebelde condición, frente al mundo y a la ley, que se establece con su misma persona?

El mismo nos ha declarado esta razón y motivo importante, bien que de una manera más elocuente.

Si Job llega a ser su arquetipo, al que labra un monumento de inmortalidad, con él siente un gusto especial en compararse y emparentarse en persecuciones, cárceles y sinsabores, S. Pablo es el Job del Nuevo Testamento. Job y Pablo tienen hilación sin separación de espacios y de tiempos.

Oigamos las razones de Quevedo para esta encarnación en el Nuevo Testamento: "En Job y en S. Pablo respiró a boca llena la caridad en los mayores incendios".

Quevedo ve una caridad exquisita y heroica en Job, porque "no maldice el día en que nació, porque ha perdido la hacienda, estado, hijos y salud; ni tanto porque pierde tres amigos, sino porque ellos se pierden con ofender a Dios y provocan contra sí su ira". (75)

El paralelo de S. Pablo lo halla Quevedo en: "Desiderabam anatema esse pro fratribus meis".

S. Pablo fue el Job del Nuevo Testamento, comenta entusiasmado; derribóle Dios para levantarle, cególe para que viese, elígele para arma ofensiva y expresamente, para que padezca para gloria de su nombre. (76)

Fue el Apóstol perseguido de todos los elementos, de propios y extraños; él cuenta por blasones: cárceles, prisiones, cadenas, destierros, puñadas, azotes, borrascas; por esto es nuevo Job, hasta ni le faltó el mismo interlocutor que a Job: "Spiritus Satanae colaphizans me", pues en hablarle con terremoto y espanto, Dios parece que se acreció con respeto a S. Pablo.

Así se presenta este segundo modelo interior para Quevedo, de ahí la fuerza irrefrenable que tendrán sus afirmaciones, la fruición con que buscará su confirmación, y las vueltas y revueltas que dará a sus epístolas y a los Hechos de los Apóstoles, para apoyarse y sentir al mismo tiempo seguridad, confianza y tranquilidad.

Tiene dos formas de acudir en sus obras: como por escapada y a vuelo pluma, directamente con esa sola intención y para buscar una demostración determinada.

En el primer caso solamente en: "La Política de Dios y Gobierno de Cristo" hay las siguientes citas paulinas: Hebr. (2); Rm. (2); 2Cor. (2); 1Cor. (1); Gal. (1); Hech. (1); (77).

En su obra más breve, sobre la Providencia divina, cita también varias veces a S. Pablo: en 1Cor 15,39; Rom. 11,30.

Pero S. Pablo le atraía más que todo eso, y por lo mismo; tiene que dedicarle alguna obra especial; así nació "El memorial por el patronato de Santiago".

Quevedo presenta en él con una fuerza extraordinaria la posibilidad de patronato único del Apostol y trae en su apoyo decisivo textos de S. Pablo.

"Santiago es Patrón de España no porque entre otros santos le eligiese el Reino, sino porque cuando no había reino, le eligió Cristo nuestro Señor, para que él lo ganase y lo hiciese y os lo diese a vos". Y en estos repartos de los mi

nisterios de la fe, S. Pablo dice que han de estar como Dios los repartió. 1Cor, (78). Ego plantavi Apollo rigavit, sed Deus incrementum dedit. Y si esto es verdad, como dice "el corazón del mundo" (79), que el que planta y el que riega son una misma cosa, pero plantar y regar son diferentes misterios, que a cada uno se le ha de dar lo que le toca. Ni el Reino ni sus procuradores dieron el patronazgo a Santiago, antes Santiago dió a vos el Reino. Vienen después las pruebas históricas en confirmación: Clavijo y el "Santiago y cierra España"; mas cuando conviene añadir nuevas razones frente al Rey, de nuevo invoca a S. Pablo en Corintios, para conminar al rey católico por la obligación del buen ejemplo.

En otra obrita, editada por primera vez por Fernández Guerra, en la que se prosigue el mismo tema, también cita a S. Pablo en Efesios 2, (80) y más tarde, en las razones de caridad y de unidad que deben mover al Rey o declarar el patronato. (81)

Pero la obra que corresponde al Job del Nuevo Testamento y a su admiración por él es la que tituló "La caída para levantarse, el ciego para dar vista, el montante de la Iglesia en la vida de S. Pablo Apóstol".

Obra paralela a la: "Constancia y Paciencia del Sto. Job", dos años posterior, salió a luz antes que aquella, pero en Lisboa.

Parece el tributo que le debía en los últimos días de su vida, en la época de las más duras calamidades para su existencia. Como recuerdo del consuelo que le prestaron sus palabras.

En la presentación dice: Porque es natural a los hombres querer más a los(hijos) de la vejez, ventajosamente por engendrarlos en la edad más trabajosa y estéril. En todo fue su benjamín este discurso nacido no solo a los postreros,

más a los agonizados años de su vida, dentro de una prisión en que duró cuatro, con menos culpa que envidia. V. S. por honrar los polvos de un sabio debe permitir a su nombre no pequeño, el amparo de su grande nombre.

En él sigue los Hechos de los Apóstoles, pero por atracción irresistible, no deja de citar sus palabras, cada dos por tres; 2 ad Tim.; 2Cor. 1,8:

La admiración le deja mudo en su primera página, acumulando superlativos laudatorios, hasta formar una montaña de respeto y veneración:

"De haber llegado tarde a las alabanzas de S. Pablo y después de Santos Padres y escritores, me será consuelo no haber llegado vacío. Fue tan prodigioso, que aún en mi ignorancia, halla qué añadir a sus glorias mi devoción". (82)

Después sigue párrafo a párrafo, la vida que S. Pablo dan los Hechos y, como antes en Job, verso a verso, va sacando y comentando las enseñanzas, como relamiéndose en un discutir lento de película, cuyo final no se ignora.

De vez en cuando, no puede menos de usar de su método asertórico, con palabras textuales, y en este caso las mejores son las del protagonista: El cap. 11, de 2ª Corintios, con la narración de sus pericias.

El mismo comenta haciendo la comparación:

"Veis aquí un Job, tantas veces multiplicado en Pablo, cuantos pasos dio rodeando la tierra, cuantas leguas anduvo navegando los mares, con quien contrastan todos los elementos, todas las ciudades y pueblos no solo tres amigos" (83).

La oración de Pablo en defensa propia, salpicada de los comentarios de Quevedo, es un tratado enjundioso y sin pérdida. Veamos cómo caracteriza al mal ministro y, quizá, su propia azorosa situación.

"!Qué atento está un mal ministro o cualquier palabra

que suena á dinero!"! Oyó Félix a Pablo que había venido a hacer limosnas, sacrificios y votos; y coligiendo caudal d'estos gastos, quiso entre las limosnas hacer lugar al cohecho, y que Pablo le comprase la libertad. ¿Cómo podía juez interesado dejar de temblar oyendo decir a Pablo que había juez y juicio para todos? Para éstos, quien tiene que dar no tiene culpa; juzgan por lo que cuentan, no por lo que estudian: al pobre echan la ley auestas, y hacen que la ley saque auestas al rico.

Este aún en las limosnas quería que le echasen. Iba y venía muchas veces a visitar a Pablo; más viendo que se venía como iba, lo dejó preso. Menos saca la inocencia de las cárceles que la dádiva. Para entrar en la cárcel, concluye, no es menester culpa, y para salir no basta el no tenerla. (84)

#### 4.3.4. Progreso en las fuentes de los Stos. Padres, para su pensamiento ético-ascético.

Quevedo, confunde fuentes en lo que ha leído, comentado, mitificado, y lo amalgama con lo que oye, piensa y cree. Así, durante muchos años y principalmente durante su juventud, pero en su madurez y en sus últimas obras, las más reflexivas, las más filosóficas y teológicas (85), sea por la circunstancia, sea por influjo interno, nosotros así lo creemos, son más claramente dispuestas en un progreso ascendente. Hay diferentes períodos en la obra del escritor Quevedo. Una como aceptación masiva del Cristianismo sin reflexión, algo por herencia, ambiente, situación educacional y sus consecuencias, entre las cuales se puede contar, incluso, su ingreso en las Ordenes menores y su asistencia a las clases de Biblia, Teología y Filosofía y otro, el recrudecimiento y la nueva elección, tras la crítica interior a éste, correspondería la madurez ascética de estas fuentes (86).

No podemos despreciar ni el uno ni el otro paso, aunque no lo podamos analizar, hay que señalarlo. Quevedo se preparó con abundantes fuentes en los dominios de la ética y aún de la ascética: en la Teología moral y dogmática, en todas sus lecciones de estudiante y de muchacho ávido de toda novedad, en la erudición de cualquier dominio. Le sirvió este material más o menos consciente, para inspirar su poética y toda su obra.

Es, por lo demás, facilísimo dar con abultada lista de nombres citados frecuentemente, que son autoridades en el campo de la ascética y de la mística, familiares a Quevedo en sus obras más importantes o en sus comentarios o comentarios.

Así: Boecio, Casiodoro, Tertuliano, y los Stos. Padres,

son traídos y llevados en muchas de sus obras. S. Bernardo, S. Juan Damasceno, S. Juan Crisóstomo, S. Gregorio Nacianceno, S. Jerónimo, su predilecto. Nada digamos ahora de S. Agustín, para quien, aunque no produjo ninguna obra que le fuese tributo de admiración, es sin duda su tercer Job o el Job de Occidente, el que sigue su línea existencial, en conexión con el de Us y el de Tarso y acaso con la suya: la de Quevedo.

S. Pedro Crisólogo y S. Cirilo de Alejandría, Sto. Tomás de Aquino y S. León papa o S. Cipriano de Cartago.

Si se quiere una ordenación rigurosa, con orden a frecuencia, podemos estimar casi exacta la siguiente, en lo que se refiere a autores no sagrados, para sus fuentes éticas-ascéticas (87).

Tertuliano sería el más destacado, seguido de San Agustín, S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo, S. Pedro Crisólogo, S. Bernardo, S. Juan Damasceno, Sto. Tomás de Aquino, San Cipriano...

Entre los que más le influyeron, y que leyó con predilección, los que le traían lo humanístico del Renacimiento. Admira e imita a Erasmo y se siente atraído por el espíritu nuevo de J. Luis Vives.

Los que leyó con más frecuencia, tal vez, fueron los mismos con quienes se rozaba. Pedro de Rivadeneyra (88), Juan Eusebio Nieremberg (89). Algunos otros jesuitas, por su proximidad con esta orden, le fueron familiares. Luis de la Puente (90), Alonso Rodríguez (91), Luis de la Palma (92). Fray Antonio de Alvarado, benedictino, que publicó en 1611 el "Arte de bien morir y Guía del camino de la muerte".

Investigando en las obras más propiamente ascéticas o más extensas, podemos hacer una clasificación por fuentes consultadas más concreta y explícitamente.

En la vida de S. Pablo es citado S. Pedro Crisólogo: Ser món 62 (1498) (93), S. Gregorio: Homilía sobre Ezequiel (1499), S. Agustín: Epístola ad Hieronimum, S. Juan Crisóstomo en (1516, 1527, 1529, 1530, 1532), S. Jerónimo (1527 y 1524), S. Cirilo de Jerusalén (1524 y 1532).

En la "Constancia y Paciencia de Job", Tertuliano: "De patientia Job" en (1550), S. Bernardo (1342), S. Juan Damasceno: lib. II, 15 (1842).

En la "Política de Dios y Gobierno de Cristo" hay las siguientes fuentes de Padres y Doctores: S. Pedro Crisólogo (533), S. Cirilo en Catech. (535), S. Agustín (529 y 539), Sto. Tomás y S. Juan Crisóstomo.

Finalmente, en "Divina Providencia": S. Gregorio es citado al menos cinco veces (1399, 1429, 1437, 1454, 1455), S. Agustín otras tantas, S. Juan Damasceno en (1429) y S. Pedro Crisólogo en la (1441).

Todo ello muestra la cierta y firme predilección por estas fuentes teológicas y ascéticas, de donde surgieron sus obras, fruto de lectura y reflexión y ponderación.

Todavía hay que considerar muy detenidamente, quién guió a Quevedo en sus obritas menos extensas, de carácter ético-ascético y no menos importantes: "La virtud militante", (1634-1636), "La cuna y la sepultura", y la brevísima: "El martirio pretensor del mártir".

Es interesante saber que, censores tan rigurosos como eran los que corregían las obras de Quevedo, tuvieron que afirmar con toda sinceridad, como Fray Bartolomé Foyas, después de haber leído: "De verbo ad verbum", "con el cuidado y atención que he podido, no he hallado cosa que contraveniga nuestra santa religión y las buenas costumbres ni a la doctrina de los Santos Padres". "Antes bien... y, es lo que hace a nuestro caso notar, que siendo el autor caballero se



cular, se muestra muy versado en la Sagrada Escritura y leído en las doctrinas de los Santos Padres de la Iglesia, y discurre en las materias de su asunto altamente, grave y agudo" (94).

Y era verdad, no era la primera vez que se hacía semejante confesión, a propósito de una censura. Juan Manuel de Agreda había manifestado cosa parecida: un secular que hacía de teólogo y lo hacía bien.

El mismo manifiesta esa predilección: "La Iglesia Católica nos ha enriquecido con la doctrina de tantos Santos Padres y Doctores que no tenemos ocasión de mendigar en los filósofos", mejor y más segura es la de los santos, y poco después dice agudísimamente, admirable y docto fue Séneca, pero prefiero enriquecer mi discurso con el oro de las palabras de San Pedro Crisólogo.

En la virtud militante contra las cuatro pestes del mundo y los cuatro fantasmas de la vida: envidia, ingratitude, soberbia, avaricia... cita y busca en no menos de treinta autores diferentes, pero principalmente a S. Agustín, y el ya citado S. Pedro Crisólogo, además de la Biblia.

La otra obrita específicamente ascética es la "Cuna y la sepultura". Es una cúspide que alcanza en su progresión de desprendimiento el hombre: "Desea preparar al hombre para la sepultura desde su misma cuna. Tiene por subtítulo: "Para el conocimiento propio y desengaño de las cosas ajenas" y quiere que logre aquello de Séneca: "Quien considera cómo nació y vive como ha de morir, desembaraza la hora postrera".

Sus fuentes y sus recursos son ya comunes: helos aquí en forma abreviada:

David, el Eclesiastés, Job, S. Pablo (varias veces), S. Juan (I epístola), S. Pedro Crisólogo, frecuentemente re

currido, S. Lucas y S. Agustín y Tertuliano, igualmente citado varias veces.

De la fuente más pura y limpia de los Salmos bebió sin cesar Quevedo. Conmueven y estimulan sus pensamientos ascéticos por dos razones principales: porque la sensibilidad poética le hace vibrar sonoramente con aquellas cadencias y encontrar eco en sus ámbitos de pensamiento. Pero, además, porque ellos tienden a resolver, tocando con sus dedos la divinidad, los graves y hondos problemas de conciencia.

Quevedo habla y busca los salmos para expresar la sublimidad, la grandeza y la perfección deseada.

Quevedo cita frecuentemente versículos de salmos e incluso grandes trozos.

Al manifestar la dicha de verse protegido por Dios (95). Al afirmar la alegría de ensalzar la gloria de Yavé (96). Al hablar de la seguridad del que no se mueve por los consejos de los malos (97). Para ensalzar el optimismo y la justicia (98). Para ponderar su oración que sube como el incienso hacia Dios, aunque sea desde una cueva y una cárcel (99).

En otros muchos lugares, los salmos son su fuente de reflexiones, confirmaciones y deducciones (100).

#### 4.4 FUENTES ESTOICAS Y HETEROCRISTIANAS

##### 4.4.1. Al encuentro del estoicismo

Nos hemos fijado ya en las de raíz cristiana, pero queda todavía la mitad por descubrir. Su ascetismo y, aún su moral y su ética entera, están transidas de estoicismo. Estoicismo español, señaquista, habría que añadir, si bien podemos concluir: Quevedo no se queda en este estadio y, creemos, lo supera en su afán y progreso; demostrarlo a través de las fuentes que Quevedo usa con tanta afición, es el fin de este apartado.

¿Hay, quizá, una evolución temperamental e incluso un atavismo en lo estoico español; por lo cual hay que fijar bien a qué punto nos atenemos. Lo fina y puramente estoico, como se dió en su origen griego; el estoicismo romano y el español, temperamental a lo Séneca y, una muestra nueva de la que "circunstancialmente" participó Quevedo, lo que se puede llamar neo-estoicismo de la Contrarreforma?

En el primer estoicismo, las ideas místicas y ascéticas que arrancan esta influencia filosófica, desde Pitágoras a Zenón, quien las practicó con la máxima pureza, se distinguieron por el rigor y fueron fijándose como piedra de toque en la virtud que hace al hombre sabio. Tenía como supremo bien a que pueda aspirar y para mostrarse conforme al varón virtuoso, debe estar desprovisto de pasiones: imperturbable.

En el segundo estoicismo hay una concepción peculiar de Dios y del mundo; del ofender y del perdonar, del pecar y del arrepentirse; el anhelo de perfección, que a raíz del exceso, llega, como un razonamiento, a remorder sin tregua la conciencia.

Quevedo se encuentra temperamentalmente con algo que le es naturalmente querido. No llega al ascetismo y si aún al progreso que veremos, ni por el pecado en sí mismo, ni por ninguna reacción milagrosa insuperable o incomprensible. Si a lo temperamental juntamos su afición a las lecturas, su buscar en Séneca enpedernidamente, nos convenceremos de la raingambre estoica de su ética y de su obra en general.

Montoliu llega a identificar el pensamiento estoico y la manera de ser, pensar y sentir del español, como si se tratara de una de las venas vitales que nutren el alma de este pueblo (101). Pero ya Ganivet lo había visto como algo, incluso atávico, que se tiene allá metido profundamente y que regularmente se hace aflorar de cuando en cuando, acompasadamente también, como para no perderlo.

Quevedo llega pues al encuentro de este estoicismo por su vivir y sentir la existencia. Va a su encuentro por el dolor, por el fracaso de la vida, porque ve su muerte espiritual, antes que su muerte física.

Pero acaso hay que precisar, que Quevedo no ha tenido que aguardar a los tormentos de la ergástula de S. Marcos, ni a su apresamiento, para sentir y vivir, comprender y decir el inmenso desengaño de las cosas y de los hombres, de los bienes y de las apariencias; para situarse en una perspectiva escatológica o al menos teológica, para proclamar el valor supremo de lo transcendente.

Dedica a su amigo D. Juan de Herrera el escrito intitulado: Epicteto y Focílides en español con consonantes, que suscribió en Madrid 12 de Enero de 1634 y, refiriéndose al manual que traduce, dice: "Doy á V. m. con este libro en pequeño cuerpo grande espíritu y en pocos preceptos grande enseñanza. No es lección para entretener el tiempo, sino para no perderle:" y resumiendo en breves frases la enseñanza

que de él puede sacarse, añade: "enseña a sufrir y a absterse; puerto cerrado en dos palabras, donde no se sienten las borrascas del siglo, que se ven feas y se oyen roncadas. Es su doctrina la paz de nuestra discordia en la composición humana cuya salud por humores es sediciosa, y cuyo gobierno por las costumbres y afectos es amotinado y frecuentemente rebelde. Enseña al alma a ser señora, rescatándola de la esclavitud del cuerpo; y al cuerpo le anima a pretensiones de alma con la obediencia a la razón. Enseña cuánto más rico está el sabio con el desprecio de los bienes de fortuna, que con la posesión de ellos. No promete premios de la virtud, sino virtud, que ella mismo es premio. Afirma que sólo el sabio es rico y libre; que no es capaz de injuria ni puede ser vencido. Pretende que como Dios, sólo está fuera de los males; esté el sabio encima de ellos, ya que no fuera".

Deja correr su pluma contra los que se llevan del imponderado afán de amontonar riquezas y oro. "Admírame que sea tan rudo nuestro conocimiento, que sin guardar á aprender el desengaño de Epicteto, no le abracemos en lo que nos dice de oro, que es el "martelo" de la ambición. El nos dice de sí y por sí, que sólo estimamos la más pesada, y tenemos por mejores bienes los que son más carga. El dice que por más pesado vale más. Ciertamente es que quien quiere más oro tiene más peso. Tuvo la tierra vergüenza de tenerlo encima de sí, y no tenemos vergüenza nosotros de estar debajo de él. Si le escondió la Naturaleza, ¿para qué le descubrirá la razón? Quien hace estéril a la tierra que le cría, ¿qué hará á la codicia del que le arranca de la tierra? No le busca la necesidad, sino la demasia."

Insiste sobre el pensamiento que hemos indicado de completar la doctrina estoica, armonizándola con la cristiana:

"No saliera defectuosa la de nuestros estoicos si, como Epicteto la escribió a la luz de su pobre cándil, la hubiera estudiado a los puros rayos de la vida y palabras de Jesu-Cristo Nuestro Señor, de quien, como sol de Justicia, procede día privilegiado de noche y oscuridad. Lo que fervorosamente encargo a V. m. es que lea este tratado con asistencia de la Cruz de Cristo, meditada por la doctrina de los Santos Padres nivelándola para el ejercicio por la introducción a la vida devota del beato Francisco de Sales".

Y con el mismo intento que las anteriores palabras van escritas las siguientes, dirigidas a manifestar cómo se debe entender la pluralidad de los dioses paganos y cómo brilla entre ellos la unidad en las creencias de los más entendidos: "En nuestro Epicteto lee la palabra dioses; entre los católicos, herética; entre los idólatras, frecuente. Empero, tan repugnanante a la razón y al discurso, que me persuado no creyeran pluralidad de dioses algunos de los antiguos: sino que juzgando que en Dios todo era Dios, le multiplicaron por sus atributos ciegamente, llamando a Dios a su poder, a su amor, a su sabiduría, a su piedad y a su enojo; y así en los demás".

Después de escribir la vida de Epicteto pone la traducción del manual hecha en verso, porque el ritmo y la armonía sea golosina a la voluntad y facilidad a la memoria.

Al licenciado Rodrigo Caro dedicó la obrita titulada: "Nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la doctrina estoica", en la cual defiéndese á Epicuro de las calumnias vulgares. En ellas expone la enseñanza del Pórtico en las breves palabras siguientes: "La doctrina toda de los estoicos se cierra en principio: Que las cosas se dividen en propias y ajenas; que las propias están en nuestra mano y las ajenas en la mano ajena; que aquellas nos tocan; que es-

trotas no nos pertenecen; y que por esto no nos ha de perturbar ni afligir; que no hemos de procurar que en las cosas se haga nuestro deseo, sino ajustar nuestros deseos con los sucesos de las cosas; que así tendremos libertad, paz y quietud; y al contrario siempre andaremos quejosos y turbados; que no hemos de decir que perdemos los hijos ni la hacienda sino que los pagamos á quien nos los prestó; y que el sabio no ha de acusar por lo que le sucediese a otro, ni a sí ni quejarse a Dios" (102).

Estudia y defiende el origen del estoicismo, y para ello busca lo contenido en aquel libro, que cree traslado en el mismo sentido al Manual de Epicteto, citando algunos pasajes, de los que resultan curiosas analogías. Después quiere demostrar cronológicamente ese origen refiriéndose a Zenón de Citio, que aceptó y reformó las doctrinas de los cínicos, haciéndolas estoicas, según los antiguos, los primeros y principales maestros de ambas escuelas.

Por otra parte, Quevedo, al encontrarse con este valor del estoicismo, se sitúa preferentemente, desde el principio, en el estoicismo natural, humano, humanísimo de Séneca.

Frente a un estoicismo brutal o heroico de Catón, un estoicismo suave y flexible, que se aparta con igual fuerza de toda inautenticidad, como de toda inconsistencia. No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu, podremos oírle aconsejar; piensa en medio de los accidentes de la vida que tienen dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los acontecimientos mezquinos, que forman la trama del diario vivir y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, mantente de un modo firme y erguido; que al menos se pueda decir siempre de tí que eres un hombre. He aquí una estoica moral y ascética de comportamiento con la que con-

unió tanto nuestro Quevedo que llega a hacerse uno, con el del filósofo equilibrado cordobés, a medida que las turbulencias y las contrariedades se ciernen sobre su existencia movida de acá para allá con suerte no siempre adversa.

Como veremos más adelante, hay algo más que lo temperamental, si se fuerza, lo caracterológico, que hace que estos dos genios se infiltren y se hagan parejos. Son los principios en que basan su moral y su ética del vivir, los que coinciden antes principalmente.

Tratemos pues de encontrar cuáles son los motivos por los cuales Quevedo acudió a Séneca, como a su maestro de estoicismo y, hasta que punto bebió en esta fuente grandes sorbos en sus obras de todo género. Es necesario hacer esta aclaración: Quevedo poeta, Quevedo moralista, crítico o político, está transido de un sentir estoico que huele a Séneca.



#### 4.4.2. Séneca y Quevedo al encuentro

Algo hemos adelantado con nuestras preguntas; los hechos nos mostrarán más a las claras esta presencia y este encuentro con el filósofo cordobés, con el filósofo español.(103) Así creemos que, en primer lugar, en Quevedo existe una admiración no recatada por el sabio Séneca. Es expresiva, bien que no totalizadora, esta manifestación contundente que encontramos en su "Providencia Divina": "No he podido dar a los herejes y ateístas tapaboca más afrentoso" (104).

En el prólogo a la primera parte de su "Vida de Marco Bruto", manifiesta, Quevedo, que entre los papeles que le fueron confiscados en su arresto, y que nunca le devolvieron, había 90 epístolas de Séneca, traducidas y anotadas. Solamente 11 han llegado hasta nosotros, junto con cuatro imitaciones de las epístolas de Séneca.

Mientras que el mismo Quevedo elude a las diferentes ediciones de Epicteto, consultadas por él para su traducción del Manual, nunca identifica las ediciones de las obras de Séneca, de las que tomó citas e hizo traducciones, pero puede ser reducido del exámen de su traducción, y de las notas que añadió a sus textos (105).

Quevedo siente predilección, pero tiene acceso además del senequismo de su filosofía de la vida, por el camino intelectual, por la lectura apasionada, traducción, imitación, del estilo, adecuación y hasta llegar a la coincidencia. Séneca es una presencia atrayente que descubre e intenta comprender, y después, maravillado, se hace su predicador, su difusor, como el que se ha convencido de algo bueno.

Podía surgir la duda: Quevedo fue a Séneca a perfeccionar su estoicismo natural y el descubrimiento del estoicismo es anterior a su relación con Séneca. Quevedo descubrió a un

tiempo a Séneca y al estoicismo y no es campo valdío sino rico, para explotar por nuestro caballero.

Según Pedro Lira U., Séneca fue el maestro constante, (106) y añade: Adelanta tanto la admiración por el latino que en algunos pasajes de sus escritos le hallamos esta frase admirativa "mi Séneca"; que se quedó corto, sin duda el Lira U., porque Séneca es mucho más que lo que pueda expresar esta simple muestra de afecto especial, paralela a la que Sta. Teresa apellidaba a su "ayuda" para la reforma del Carmelo: "nuestro senequita" (107).

Si su camino de acceso fue intelectual; conviene fijar bien cuál fue: ¿Indirecto, o sin intermediarios? Para Usca tescu, en su reciente libro, es sólo un descubrimiento indirecto, y mejor, un reencuentro, que un camino recto y natural de desarrollo personal (108). Señala que es a través de Justo Lipsio y quizá de Montaigne, cuando se puede hablar, si bien no de un atavismo ancestral, si de un temperamental senequismo (109); lo que no se puede negar fácilmente es la presencia decidida de Séneca en Quevedo, en esa aprehensión temperamental natural que se desarrolla por su natural expansión y que encuentra con satisfacción como una doble figura, que buscaba al encontrar su propio modelo.

Admiraba Quevedo la integridad moral del filósofo predilecto, aunque no siempre es como correspondería, "No supo vencer en todos los peligros el gran luchador y amante de los mismos (110). Pero cuando se halla ante la "Inmortalidad" admira y ama la doctrina que le habla del perdón y de la impasibilidad.

Con Julián Juderías podremos afirmar acaso que, en su siglo, nadie le adelantó en esta admiración y celebración del maestro cordobés. Quevedo es un senequista convencido y ade

más ferviente. Fondo y forma de su vida y doctrinas le interesan (111).

Además de admiración existe pues en Quevedo una: IMITACION de Séneca (112) en su estilo, en su filosofía de la vida, en su corte ético y moral.

Quevedo amaba el fondo de la obra senequista, en que se expone la repugnancia por lo corporal. Siempre ocurre en Quevedo esta como progresiva elevación que va, incluso en las poesías, en las expresiones más vulgares y naturalistas, cargada de una repugnancia que aleja y desprecia no acerca ni acaricia lo carnal. Mueve a repugnancia y a menosprecio al irritar los sentidos con su modo y preparación psicológica. Por otra parte lo que así empezó, siempre tiene un punto de contacto y elevación, desde este nivel hasta otro superior.

Quevedo imita la dignidad humana y las premisas que constituyen el fondo de toda filosofía estoica: menosprecio de la muerte y de los peligros; y amor a la virtud que es el gran bien, el único bien real humano.

Quevedo difiere en el estilo de su maestro en algunos puntos importantes, sin que por ello deje de imitarle en lo esencial, Séneca recomienda, incluso, que la expresión sea calmosa sin disonancias ni estridencias sin dejos de amargor, hinchazones, altisonancias o términos incomprensibles y sorprendentes (113); Quevedo, que es el lenguaje un auténtico genio alado, con una tan rica gama de producción, usa y abusa, que neogoliza sin cesar, rebusca por doquier y crea con facilidad, disiente de su maestro en esta manera indómita y libre de trabas.

Por el contrario, ambos buscan técnicas parecidas, términos de lenguaje popular. Sabemos cómo nuestro Quevedo reha-

bilitó y buscó, en este sentido, cantidad de terminos populares de extraordinaria fluidez algunos. (114) El eclecticismo de Séneca, por el que todos aprende, es superado por Quevedo que de todos toma y no es posible su clasificación entre los unos o entre los otros; poco amantes de una abstracción inconcreta, salpican sus razonamientos: Séneca con anécdotas, Quevedo de ejemplos y referencias de la vida cristiana. Ambos profundos, su profundidad no les viene de un ahondar barrenando, si no de un intuir genial y práctico que les hace sorprender. Por eso ambos emplean la frase incisiva y punzante, la expresión gráfica y plástica, que ponga inmediatamente ante los ojos lo que se quiere decir, con los labios, ojos y todos los sentidos. Le imita, en fin, la libertad de opinión y de expresión, de esta libertad de la que ambos tan amantes se muestran.

Fácil es concluir: el fondo estoico de sus famosas "Sentencias" (115), desprecio de los bienes y de la fortuna, alabanza de la virtud, preparación para la muerte, pero en su forma misma de proceder, en su estilo sentencioso de despacharse, y aún en los mismos ejemplos que aduce:

## Séneca

Cuerpo y alma (carta XV)  
Reduce a límite tu cuerpo y da ensanche al alma.  
Hagas lo que hagas vuelve, presto del cuerpo al alma.

## Quevedo

Cuerpo y alma (pág. 997)  
Mejor es que vuele el cuerpo y no el alma; causa debe ser de mucho resguardo mucha seguridad.

## Séneca

De la verdadera amistad (Carta VI)  
Muchos carecieron no de

## Quevedo

Sobre los amigos (pág. 997)  
Entre buenos amigos hay algunas cosas que reprender,

amigos sino de amistad,  
cosa alguna me deleitará,  
si he de saberla para mí  
solo. Largo es el camino  
que se recorre por pre-  
ceptos, breve y eficaz  
por ejemplos.

pero lisonjear, nunca.  
Para alcanzar la victoria  
que pretendemos, con igual  
ánimo, aunque sea  
por diversos caminos  
debemos correr.

Aquella famosa que repite en, por lo menos dos lugares,  
fin del Buscón Don Pablos y, que comenta en las lágrimas del  
Hieremías.

#### Séneca

Los viajes no curan el  
espíritu (carta XXVIII).  
El alma debéis cambiar  
no el clima; tus vicios  
irán en pos de tí  
dondequiera que vayas.  
Lo que importa no es  
el sitio donde vas,  
sino quien eres tú que  
vas. Yo no nací para un  
rincón. Mi patria es el  
universo mundo. Principio  
es de salud, tener con-  
ciencia de pecado.

#### Quevedo

Final del Buscón Don Pablos.  
Yo que ví que duraba mucho es-  
te negocio, y más la fortuna  
en perseguirme -no de escarmen-  
tado, que no soy tan cuerdo,  
sino de cansado, como obstina-  
do pecador- determiné, consul-  
tándolo primero con la Graja-  
les, de pasarme a Indias con  
ella, a ver si mudando mundo  
y tierra mejoraría mi suerte.  
Y fuéme peor, pues nunca me jo-  
ra su estado quien muda sola-  
mente de lugar, y no de vida  
y costumbres. (116)

En cuanto a las alusiones a la vida de Roma y su afición,  
bastará citar alguna de las que abundan en su repertorio: (117)

"De Tiberio dijo Tácito que ya las fuerzas le faltaban,  
pero no las simulaciones".

"A Augusto, su querida consorte Livia, le dió un buen

consejo en una ocasión bien apretada de venganza y castigo de una conjuración contra él maquinada y descubierta; que hiciese como los médicos, que en no sucediendo bien una medicina, aplican la contraria; y que pues no les había valido el rigor de los castigos anteriores, úsase de clemencia; hízolo así, y salióle bien".

"El Senado que instituyó Rómulo no le pudo sufrir, y ellos el que aceptaron por príncipe le querían compañero; él los que estogió por ministros quería por esclavos; para cada uno su límite, aquéllos en el obedecer, éstos en el mandar; y es cierto que el príncipe que levanta a alguno a su gracia quiere viva aniquilado por el beneficio, y el puesto para que le ayude trata de abatirle".

"Españtome de Rómulo, que no habiendo podido sufrir pocos días la compañía de un pariente y hermano que le había dado la naturaleza, pudo acabar consigo el sufrir muchos años la de un émulo que le dió la fortuna. Mas él puede ser que desease del hado la muerte del compañero o esperaba la ocasión del tiempo por no descubrir que el homicidio del hermano fue promovido de codicia de reinar, no de celo de justicia".

Se pueden comparar, de sus obras en verso, muchos fragmentos, para convencerse de la imitación constante de lo estoico bebido en Séneca.

-El Soneto: "A quien la buena dicha no enfurece" (Elogio de la virtud de Séneca)

-Los versos finales del soneto contra la hipocresía de Quevedo son la idea que contiene en "De ira" 1,14.

#### Quevedo

Pocos son malos, si a  
testigos miras.

#### Séneca

Nemo inquam invenitur, qui si  
possit absolvere: et innocentum

Si a la conciencia,                      quisque se dicit, respicien tes  
pocos son buenos.                      tem non conscienciam.

- Véase este paralelo del soneto de Quevedo (68 del Parnaso) en su primer cuarteto: (118)

"Todo lo puede despreciar	Uno puede menos preciar.
cualquiera;	Nadie puede tenerlas todas.
más nadie ha de poder tenerlo todo;	El camino más breve para las
Solo para ser rico es fácil modo despreciar la riqueza lisonjera".	riquezas es el desdén de las
	riquezas. (119)

- En el soneto 30 de la ordenación del Dr. Blecua (edición Planeta) encontró González de Sales un desarrollo del argumento de la Epist. 86 de Séneca.

Faltar pudo a Scipión, Roma	"O Escipión debía permanecer en Roma, o Roma debía
opulenta, más a Roma Scipión	quedar libre.
faltar no pudo, sea blasón de	Goza, Oh Patria, sin mi
su envidia, que un escudo que	de mis beneficios, dijo.
del mundo triunfó, desde a su	Yo mismo me destierro
afrenta. Si el mérito africano le amedrenta de hazañas y	si es que crecí más de
laureles me desnudo; muera en	lo que convenía".
destierro en este baño rudo y	
Roma de mi ultraje esté contenta.	

Fuentes Sénecistas de imitación no declarada, pero cierta, son las sentencias que tratan de la injuria inferida al sabio que reflejan los pasajes de: "de constantia sapientis", y en las máximas de gobierno para los reyes que el mostró, aunque varias veces las consigno en el "Marco Bruto", están el tratado: "De Clementia".

Fuente declarada por el mismo Quevedo es: "Nombre, origen, recomendación y descendencia de la doctrina estoica". Séneca me ocasionó esta interpretación; el juicio es mío, las palabras son suyas; él las dice yo las aplico. "Yo he tenido su doctrina por estudio continuo, no se si ella ha tenido en mí buen estudiante(121) Las veces que lo nombra y cita pasan de medio centenar; en un momento de entusiasmo, que sólo produce la imitación y, ese ir estudiando y copiando interior y verdadero, le vemos exclamar: "al que Séneca quiere aprovechar con Epicuro le asiste; Séneca, cuyas palabras todos los hombres grandes reparten por joyas en sus escritos, repartió en los suyos las de Epicuro:

!Oh gran Séneca que precias de lo que te aprovechas; nombras al autor ignorado de la sentencia que te ilustra! Eres lo que se ve raras veces: fiel y docto.

En Quevedo, existe una COINCIDENCIA con Séneca.

Algo que ha pasado de admiración contemplativa por el descubrimiento, a imitación admirativa por el convencimiento, a identificación en la obra, con su pensar y desear y razonar. Ni quiere decir todo esto: calco, falta de algo esencial y de superación; hay por lo contrario algo en Quevedo que no le deja parar en Senequista, como veremos.

Se identifica en sus defectos y en sus virtudes; hay en Quevedo, como en Séneca: una inconsistencia de método y sistema, para elaborar una argumentación sólida y bien trabada. Gran parte de su fuerza coesiva se pierde con la inclusión constante de digresiones, ejemplos, alusiones, al fin, follaje selvático que impide ver con claridad su conclusión. Menos logran ambos establecer un sistema filosófico o metafísico coherente, dejándose llevar más de lo emotivo que de lo racional.

Hay una coincidencia fácil de establecer, relacionando



paralelamente las vidas y las obras de ambos, tal vez, por externa y agradable, menos consistente. Una cronología probable (122), supone que Séneca escribió en su destierro de Córcega entre 41-50, después del desengaño y de su fracaso en la intervención de la vida política su: "Constancia del sabio".

Quevedo llegó a Nápoles, tras los duros golpes políticos y experiencias cortesanas, amargado para encerrarse en su Torre (de Juan Abad), y también él, para su consuelo, repite él: "Hagamos silencio os lo ruego, y aprestemos el alma y el oído a esta doctrina que exima al sabio de la injuria" (123).

Conocieron Quevedo y Séneca una euforia temporal tras el encierro en la "torre de marfil" y el destierro en la "Barbara praetuptis inclusa es Corsica saxis Horrica desertis undique vasta locis..." Quevedo vuelve a la corte del Conde-Duque y es adulado, mimado. Triunfó Lucio Anneo de Nerón, llegando a maestro y ministro predilecto. Séneca escribe lleno de optimismo: "De Clementia", "De Tranquillitate animi", "De beneficiis". Alegría de Quevedo, de nuevo en la corte.

Versos a Valladolid al trasladarse la corte:

No fuera tanto tu mal  
Valladolid opulenta,  
si ya que te deja el rey,  
te dejaran los poetas.

Da comienzo a las Zahurdas de Plutón y, el ámbito barroco bullanguero y teatral, se le mete por todos los poros. (124). Pero luego, y precipitadamente, viene el vencimiento total y la bancarrota sin paliativos. La inapelable sentencia y la fría cárcel de S. Marcos. Quevedo busca un sedante, un refugio seguro y cierto en el estoicismo; no vacila ni

oculta las fuentes: "mi Séneca"; consúltale y lee al filósofo; le imita y coincide con él en la próspera como en la adversa fortuna. Entonces sale su: "Providencia de Dios", bebida de Séneca. "Su Cuna y Sepultura", tan coincidentes, que parece copia una de la otra; el Capítulo II de esta obra, cuando describe qué es la ira, sus estragos, el olvido de la razón, la enfermedad del corazón y dice que es "locura, furor y centellear de los ojos, temblor de los labios, en el ceño de la frente un color, pérdida en el movimiento dificultoso de la lengua y repetición de las palabras", (125) invita a preguntar a Séneca qué piensa de su: "De ira", y tendremos esto:

"Unos sabios varones dijeron que era una breve locura, se cierra a toda razón y consejo, es ciega y para que veas que no están en su seso, fíjate en sus gestos y actitudes: rostro proceaz y amenazador, ceño tétrico, semblante torvo, manos inquietas, no mesura en el andar, color trocado, recio y profundo de suspirar, copioso rubor en la cara... habla truncada y vocablos a medio decir". (126)

Su coincidencia mayor, sin un calibrar muy apurado de matices, es en el aspecto escatológico.

Quevedo

Séneca (carta LIV)

Es pues la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. A la par empiezas a nacer y a morir, no es en tu mano el detener las horas...

En esto erramos, caro Lucilio, cuando pensamos que la muerte sigue a la vida, siendo así que la precedió y que la seguirá.

¿Qué diferencia hay entre no empezar y dejar de ser, cuando el efecto de una y otra es no ser?....

Almas sufrientes, solitarias, combatidas y combatientes,

especialmente expuestas a la luz y al calor de lo sensible, y a las múltiples variaciones del bien y del mal, de la vida y de la muerte y de la inmortalidad. "Quien no ve la hermosura que tiene perder la vida por no perder la honra, ni tiene honra ni tiene vida". Es difícil descifrar a quién de los dos pertenece exactamente; ni lo creeríamos si no lo hubiésemos leído en Quevedo (127).

Las citas de Séneca, y por consiguiente, las directrices que de sus obras sacó, son poco menos que innumerables en:

"Nombre y origen y descendencia de la doctrina estoica", se encuentran citadas:

De Ira	Epíst. 23, 24, 25.
Epíst. 6,	Epíst. 46, 47, 53.
Epíst. 9,	Epíst. 67, 74, 79, 88.
Epíst. 13,	

"Virtud militante" se citan:

"De Clementia",  
 "De Tranquillitate animi"  
 "Epíst. 105, 115.

"Constancia y paciencia del Sto. Job" se citan:

"De consolatione ad Marciam"  
 "De consolatione ad Helviam"  
 "De Providentia".

"Providencia de Dios encontramos igualmente citado:

Séneca con una profusión de fuente solicitada:  
 Quaestiones morales, Epístolas. 31, 73, 86, 115.

Pero, por lo demás, bien podemos decir que, en Quevedo, la admiración, la imitación y la coincidencia de pensamiento, temperamento y obras con Séneca han llegado al máximo: a la veneración. Quevedo es amigo de sus amigos y es enemigo de los que persiguen al filósofo cordobés.

Por esta veneración nacida, amaba Quevedo a Justo Lipsio

y no al revés (128).

Rebate con agresividad y venganza sentida, como satisfacción de propio triunfo, cuando se trata de algún enemigo de Séneca; ni temió la polvareda que esta devoción levantó en torno suyo y la enconada disputa que le obligó (129).

Quevedo fue hasta el límite, a mi entender, y levantó a Séneca a la altura de modelo ético y de !prototipo!, lo puso en la línea de Job y de Agustín, y con ellos le quiso hermanar, como veremos, y le colocó así en una altura y dimensión, para su Ética, imponderable.

#### Quevedo

#### Séneca

No es posible no sentir los males, mas es fácil sufrí-  
los y es gloria vencerlos.  
Un nervezuelo en una muela  
podrida triunfa del sufri-  
miento y de la paciencia y  
fortaleza de un hombre, y  
le disfama la boca con que-  
jas, y los ojos con lágrima-  
mas, y el rostro con visa-  
jes femeniles. ¿piensa el  
hombre que porque en la ca-  
ma no hace alguna cosa es-  
tá ocioso? Engañase; que  
la cama con la enfermedad  
es teatro para ostentar  
las fuerzas del alma y las  
del cuerpo. Sus batallas  
tiene el lecho, y sus haza-  
ñas la dolencia. Si el hom-  
bre luchando con los dolo-

Toto contra ille pugnet ani-  
mo; vincetur, si cesserit,  
vincet, si se contra dolo-  
rem suum intenderit.

"Dolorem gravem sentio".

Quid ergo? Non sentis, si  
illum muliebriter toleris?  
Sed nihil, inquit, "agere si-  
nit morbus, cui me omnibus  
abduxit officiis". Corpus  
tuum valetudo tenet, non et  
animus. Itaque cursoris mora-  
tur pedes, sutoris aut fabri  
manus inpediet; si animus ti-  
bi esse in usu solet, suade-  
bis docebis, audies disces,  
quaeres recordaberis. Quid  
porro? Nihil agere te credis,  
si temperans aeger sis? Os-  
tendes morbum posse superari

res los vence, más es buen soldado que mal enfermo; si agradece al mal la intermisión de los deleites, gloriosa victoria adquiere su alma; gran valentía es luchar bien con la calentura y demás accidentes; si no te fuerzan, si no te afligen, si no te derriban, grande y provechosos ejemplo eres. ¡Oh si los enfermos tuvieran auditorio y aplauso, cuán grande ocasión de gloria fuera es tar enfermo! Voz es de Séneca: "No te vea alguno, nadie te atienda, mírate tú a ti propio, tú te alabas".

Llámase desdichado el enfermo, y crece su mal con sus lamentos, porque en el verano, con los hielos entretenidos a pesar del calor, no bebe copiosamente en julio la condición del invierno; porque no bebe los vinos que con la peregrinación han adquirido mayor fuerza y precio; por

vel certe sustineri. Est, mihi crede, virtuti etiam in lectulo locus. Non tantum arma et acies dant argementa alacris animi indomitique te rroribus; et in vestimentis vir fortis apparet. Habes, quod agas: bene luctare cum morbo. Si nihil te coegerit, si nihil exoraverit, insigne prodixit exemplum. O quam magna erat gloriae materia, si spectaremur aegri! Ipse te specta, ipse te lauda

"O infelicem aegrum" Quare? Quia non vino nivem diluit? Quia non rigorem potionis suae, quam capaci scypho mis cuit, renovat fracta insuper glaciae? Quia non ostrea illi Lucrina in ipsa mensa aperiun tur? ... Hoc enim iam luxuria commenta est: ne quis intepescat cibus, ne quid palato iam calloso parum ferveat, cenam

que no ve en su mesa los ostiones y marisco que la gula fue a buscar entre las ondas. que la golosina descerraja de las clausuras de sus conchas; porque no puede ser pró . digo de su vida a persuasión de la miseria de su lujuria. !Oh malaventurado enfermo, que lloras de aquellas cosas mismas por quien sientes la falta de tu salud propia! (131)

En Quevedo el estoicismo tiene otras raíces que examinar, tal vez de un segundo orden, pero no poco fecundas en su obra; tal es Epícteto, el autor del Enquiridión (redactado por su discípulo Flavio Arriano).

Su inclinación hacia el estoicismo y su profundización en él, le lleva a tropezar con Epícteto, que mejor que nadie le hace venir después de Séneca de su humanismo ligero y fácil a un profundo sentido estoico.

Le viene de la mano con Séneca y en la misma línea y, acaso por esto también, le rinde un tributo en su trabajo de traducción del Manual de Epícteto.

Es interesante la cantidad y autoridades que encartela con el nombre de estoicos, tal vez en su afán proselitista, desde S. Jerónimo a S. Francisco de Sales, (que incluye el Manual de Epicteto en los capítulos de la humildad) (132) y al doctor salmantino Francisco Sánchez de las Brozas.

Coteja con seriedad y paciencia, impropia de su movilidad erudita, los pasajes de Job con los de Manuel de Epícteto. No solo encuentra concordancia de sentimientos bebida en Job, sino aún de confrontación de palabras. En solo el pri-

mer capítulo de las calamidades de Job, se puede leer lo que trasladó Epícteto por la traducción de sus antecesores a la doctrina estoica. Estoico o no estoico, estoico puro o no, quizá a Quevedo le importe más y mejor la ética que algunos practicaron o los principios que defendieron. En cuanto a su origen, Quevedo prefiere encontrarlos en Job antes que en Zenón de Citio, Cleantes o Crisipo: "Nombre, origen, intento y recomendación y descendencia de la doctrina estoica" (133) es una comparación con los valores éticos sacados de Epicteto pero superados en Job. Al comentar el pasaje "Desnudo nací del vientre de mi madre y desnudo volveré", se entusiasma y aclara, "En solo este capítulo se lee todo lo que trasladó Epícteto por la tradición de sus antecesores en esta doctrina. Léese la división de las cosas propias y ajenas, el recto uso de las propias que son las opiniones de las cosas y la fuga y la apetencia, el desprecio de las que son ajenas en la salud, en la vida, en la hacienda, en la mujer y en los hijos. En escribir esto, gasta Epícteto el cap. primero, segundo, tercero y hasta el nono, sin escribir precepto que aquí no se vea ejecutado; y este postrero que numeré, enseña que a los hombres no les perturban las cosas, sino las opiniones que de ellas tenemos por espantosas no siendo". (134)

Y añade como más entera coincidencia:

"Job no solo tuvo el espíritu invencible en los padecimientos, antes, con estas animosas palabras se mostró sediento de mayores calamidades. (Cap. VI de Job.)

"Quien empezó me quebrante; suelte su mano y acábeme, y esta sea mi consolación que afligiéndome en dolor me perdona" (135)

"Como pudo, trasladó estas hazañosas razones Epícteto cuando decía: "Plus Domine super me calamitates...." (136)

Todavía confronta a Job con otros pasajes de Epícteto, antes de llegar a una conclusión.

El fuego que había abrasado sus ganados y los pastores, y el viento que había enterrado en su propia casa a los hijos, y los sabeos y los caldeos que habían robado sin diferenciar del fuego y el viento a los ladrones, observa agudamente Quevedo, los reconoció por cobradores de los bienes que Dios le había dado y no dijo: "Robáronme los ladrones", antes exclamó: "Dios me lo dió, Dios me lo quita; como a Dios agradó, así se ha hecho; sea el nombre del Señor bendito".

Confirma este aserto con Palabras de Job XIX, 12 (137): "Juntos vinieron sus ladrones y se hicieron camino por mí y cercaron en torno de mi tabernáculo". (138)

Y las coteja con las de Epícteto:

"Nunca digas perdí tal cosa, sino restituíla.

¿Robáronte la heredad?.

También dirás que la restituíste, dirás que el es ladrón y malo el que te la robó.

¿Qué cuidado tomas tú del cobrador que envía al acreedor por lo que le debes".

(139)

Así después de una tercera prueba, sin señalar más que ambigüamente la fuente confronta y concluye:

"Epícteto traduce de Job aquellas palabras literalmente": Sicut Domino placuit, ita En Epícteto: Si Deo ita factum est. visum fuerit ita fiat.

Así queda ennoblecida la doctrina, cuando al origen estoi co, deducido de este libro Sagrado (140).

No es solo en esta ocasión, que Quevedo echa mano de Epícteto.



teto; en el proemio a la Cuna y sepultura recuerda sus principios estoicos y el capítulo analizado, recordando y citando su propia obra: "Son la cuna y la sepultura el principio de la vida y el fin de ella; y con ser al juicio del divertimento las dos mayores distancias, la vida desengañada no solo las ve confines sino juntas, con oficios recíprocos y convertidos en sí propios, siendo verdad que la cuna empieza a ser sepultura y la sepultura cuna a la postrer vida".

Peró quiere el mismo confesar su fe estoica y sus preocupaciones en la materia: "Yo no tengo suficiencia de estoico, más tengo afición a los estoicos. Hame asistido su doctrina por guía en las dudas, por consuelo en los trabajos, por defensa en las persecuciones, que tanta parte han poseído de mi vida" (141). Confesión que hace precisamente al acabar el "Nombre, origen y descendencia de la doctrina estoica".

He aquí una lista de pasajes acotados por Quevedo en las obras de Séneca y Epicteto:

Séneca		Quevedo (142)
Ad Helviam de consolatione		
V. 4	La Constancia de Job	II. 222b
VIII. I	Marco Bruto	I. 130
IX. 4-5	Ibd.	I. 130
Ad Marciam de consolatione		
IV. 4	Carta de Plinio	II. 394b
IV. 4	Carta 212	429
XXIV. 5	Providencia de Dios	II. 191b-192a
De beneficiis		
II. XX. 1-3	Marco Bruto	I. 130
IV. II. I	Defensa de Epicuro	III. 421

IV. II. I	Ibd.	III. 430
IV. II. 2	Ibd.	III. 430
IV. II. 3-4	Ibd.	III. 430
IV. IV. I	Ibd.	III. 430
IV. IV. 3	Providencia de Dios	II. 194b
IV. VII. 1	Prevención	III. 387
IV. VII. 2	Providencia de Dios	II. 195a
IV. VIII. 1	Prevención	III. 388
IV. VIII. 3	Ibid.	III. 388
IV. XXXV. 1	Su espada por Santiago	II. 432b
IV. XXXV. 2	Ibid.	II. 432a
IV. XXXV. 3	Ibid.	II. 432a
VI. XXIII. 2-3	Ibid.	II. 431b
De ira		
I. XVIII. 1	Política de Dios	I. 56b
I. XIX. 7 (?)	Providencia de Dios	II. 179a
II. V. 7	Alevoso manifiesto	I. 280a
III. XXI. 7	Virtud Militante	II. 127a
III. III. 1	Ibid.	II. 127a
III. XV. 4	Doctrina estoica	III. 417
De otio		
III. 2	Defensa de Epicuro	III. 423
De providencia		
V. 5-6	La constancia de Job	II. 224a
De vita beata		
XII. 4	Defensa de Epicuro	III. 421-2
XIII. 1	Ibd.	III. 422
XIII. 2	Ibid.	III. 422
Epistolae ad		
Lucilium		
I, 2-3	Carta 134	258
6,6	Defensa de Epicuro	III. 423

8,8	Ibid.	III. 423
9,20	Ibid.	III. 423
10,4	Epístolas de Séneca	II. 385a
12,11	Defensa de Epicuro	III. 423
13,4	Ibid.	III. 426
13,17	Ibid.	III. 423
18,9	Ibid.	III. 423
19,10	Ibid.	III. 423
21, 2-4	Ibid.	III. 423
21,7	Ibid.	III. 423
21, 8-9	Ibid.	III. 423
23,9	Ibid.	III. 424
24,23	Ibid.	III. 424
25,2	Su espada por Santiago	II. 458a
25, 4-5	Defensa de Epicuro	III. 424
25,6	Ibid.	III. 424
31,10	Providencia de Dios	II. 196a
32,3	Carta 134	258 carta
4,1	Epístolas de Séneca	II. 384b
41,5	Ibid.	II. 385a
46,1	Defensa de Epicuro	III. 424
47,1	De los remedios	II. 370
47,17	Ibid.	II. 370
52,3	Defensa de Epicuro	III. 424
66,47	Ibid.	III. 424-5
69,6	Doctrina estoica	III. 416
73,1	Política de Dios	I. 42a
73, 1-2	Doctrina estoica	III. 413-14
73, 15-16	Providencia de Dios	II. 195a
78,6	Virtud militante	II. 155a
78, 7-10	Ibid.	II. 160a
78, 21	Ibid.	II. 161a

79, 12-13	Ibid.	II. 158b
86,1	Ibid.	II. 154a
86,1	Ibid.	II. 158b
86,1	Providencia de Dios	II. 187a
92,25	Defensa de Epicuro	III. 425
93,1	La constancia de Job	II. 235a
93,1	Providencia de Dios	II. 196a
101,1	Virtud Militante	II. 138b
101,1	Carta 134	255 carta
115,14-16	Juicios prólogos	II. 492a
115, 14-16	Virtud militante	II. 130b
115, 17	Providencia de Dios	II. 185b
115, 17	Ibid.	II. 200b
117, 6	Ibid.	II. 194b
Naturales Quaestiones		
Pref. 13-14	Providencia de Dios	II. 194b-195a
II. XXXVIII. 3	Ibid.	II. 195a
II. XIV. i-3	Ibid.	II. 195a
VI. XXXII. 12	Virtud militante	II. 158a
Troades		
VV. 407-8	Virtud militante	II. 159a
Discursos		
I. IX. 16-17	Doctrina estoica	III. 417
I. XI. 39	Juicios, prólogos	II. 487a
Manual		
VII	Doctrina estoica	III. 418-19
XI	Ibid.	III. 415
XI	La cuna	II. 77
XIX, 1	Doctrina estoica	III. 418
XXXI, 1	Lo que pretendió	II. 344a
XXXI, 1	La constancia de Job	II. 235a
LIII. 3	Doctrina estoica	III. 415

Encontramos citas menos importantes de Séneca en las primeras obras de Quevedo, hasta 1632: son menciones más que citas de Séneca, o sobre él, más que un análisis del pensamiento del filósofo cordobés, o un trabajo de estudio de su pensamiento. (Notemos que este tipo de menciones se continúa a lo largo de toda la obra quevedesca, con la pequeña variante de que, desde 1632, se refiere a él mismo como "mi Séneca"..)

Cita a Séneca, en esta primera época, como autoridad reconocida, si bien no específicamente en temas o en ideas que son típicas de Séneca (característico de este tipo de citas de "autoridad", más que de contenido, son las que hallamos en la Homilía de la Santísima Trinidad o en los Memoriales por el patronazgo de Santiago.)

A partir de la doctrina estoica (1635), Quevedo va citando a Séneca por las doctrinas típicas del mismo: defiende en esta obra el origen bíblico del estoicismo, y analiza la doctrina, defendiéndola a las veces contra sus mismos autores.

La trilogía última de las obras de Quevedo incluye, la Constancia y paciencia del Santo Job, De la Providencia de Dios y la Vida de San Pablo, todas escritas o completadas en San Marcos de León. Aquí las citas se hacen más hondas, se ve mucho más de cerca que Quevedo se está jugando toda su relevancia en un momento de profundo abatimiento, para conseguir un alivio, siquiera intelectual, a su propia situación casi desesperada. La negación de relevancia al dolor, en favor de una univocidad del mal con sentido ético; impasibilidad postulada si no conseguida; el problema de la inmortalidad de nuevo, y en la Vida de San Pablo, una discusión más detallada de las posibilidades de mutuo influjo entre ambos.

Hay citas de Séneca en todas las obras de Quevedo, y hemos indicado los distintos matices de las mismas. Los textos utilizados comprenden virtualmente todas las obras de Séneca

con excepción de la "Consolatio ad Polybium" y el "De Cleme  
tia" (al que se menciona con todo). Con preferencia se citan  
las Cartas, como era de esperar, y a continuación "De Benefii  
ciis", "De ira", las Consolaciones y, muy de pasada, las Naa  
turales Quaestiones.

#### 4.4.3. El nebestoicismo de la Contrarreforma y Quevedo

Hemos dejado hasta aquí la última o mayor de las razones del estoicismo de Quevedo. El temperamento, la inclinación y su fuerza intelectual de atracción son razones sin duda, pero el existir en torno suyo un ambiente creado con sus exigencias, tiene poderosa contestación en Quevedo, que no podía ni ignorarlo ni dejar de sentirlo.

Es pues muy interesante constatar este hecho histórico, para cuanto se refiere a las fuentes éticas de Quevedo, que vendrán a reforzar, las que hemos descubierto en el estoicismo, romano de Séneca, Epicteto, de Zenón y Epicuro, pero que está matizado por la circunstancia ascética y mística, y aún moral, del momento que vive la Iglesia y en particular España. Notemos, pues, en primer lugar, que hay un fenómeno real y verdadero producido entre Renacimiento y Contrarreforma. (143)

Una descripción ajustada y profunda de Spengler, puede confirmar la proposición central: El Renacimiento no alteró en nada sustancial el modo de pensar y el sentimiento vital del Occidente europeo. Es una reacción que se hizo en nombre de lo antiguo: "fue un sueño de la existencia antigua", el sueño único que el alma fáustica de la civilización occidental ha podido soñar, el único que en ella ha podido olvidarse por un breve tiempo de sí misma.

Benedetto Croce nos declara así su visión histórica del acontecimiento religioso que fue la Reforma: "ni subjetivismo e introducción de la libertad del pensamiento ni tampoco liberación de los dogmas... al contrario opuso una teología a otra teología". (144)

Contrariamente, a lo que suele suponerse, nos asegura Ludwig Pfandl que no se puede oponer Reforma y Contrarre-

forma y concluir Reforma a favor del Renacimiento y Contrarreforma en su desprestigio. Erasmo sentenciará imparcialmente: "ubicumque regnat lutheranismus, ibi Litteraturam est interitus", a fuer de enterado y contemporáneo es especialmente digno de crédito.

Aunque se puede afirmar, según Pfandl, que en la tierra natal de la Reforma se acabó pronto y de raíz el Renacimiento, no así en España, continúa el historiador alemán, porque la innovación fue fácil y rápidamente vencida, que el Renacimiento siguió marcha ascensional. La Contrarreforma no fue enemiga del Renacimiento. (145)

Ahora bien, las primeras afirmaciones de los historiadores, apoyadas por las de Croce y Pfandl, nos permiten concluir una primera e importante hipótesis: El Renacimiento llevaba en sí, muchos gérmenes de pensamiento y de impulsos vitales, muchas ideas clave religiosas que no acabaron de desenvolverse o al menos de madurarse en la Edad Media y que sólo lo lograron en el Renacimiento, tales son entre otros: el platonismo nuevo y estoicismo nuevo.

Pero aún más, ¿No podría quizá afirmar que el cristianismo medieval exigente y la tendencia a una ascética ruda, sentía una afinidad latente hacia este neoestoicismo que esperó hasta ahora su eclosión?

No es un producto exacto del Renacimiento ni de la Contrarreforma, se encuentra cabalgando entre los dos grandes movimientos, como hijo de ambos a la vez, entre los que tuvo plena vida. Aventurados a dar fechas: ¿desde, hacia 1540 hasta 1600? se da esa simbiosis en España, cuyo producto pasa por los crisoles de lo platónico, lo ascético y desemboca en lo místico. El pensamiento principal neoestoico correspondería a esta segunda etapa. Para algunos, este renacer y este desarrollarse, se tiene que implicar en medio si



glo XVII y no quedarse sólo en su inicio. Hay varias razones en favor de esta suposición, particularmente en favor de Ludwig Pfandl, cuando apoya el nacimiento de este movimiento renovador en una neoescolástica que ahonda sus raíces por la Metafísica y Teología y termina en una renovación de la Ética.

Concretamente, en el grupo salmanticense del s.XVI hay en esta ansia sus mejores representantes: Vitoria (Metodología), Suárez (Metafísica), Domingo Soto (Derecho), Melchor Cano (Crítica), Molina (Ética).

No menos influencia habían de tener los escritos y los dichos de este avanzado de la renovación espiritual europea que fue Erasmo (146). Extrañamente coincidente con su espíritu estoico y de liberación, infunde principios básicos de nuevo estilo religioso y acción ascética. "Pensaba en la "gimnasia" ascética que le aseguraba méritos delante de Dios (147). Se puede presentar el neoestoicismo como reacción del cristianismo contra el estoicismo que tiende a suplantarlo de alguna manera. Renacimiento de un estoicismo con su culto exclusivo a la razón abría la puerta a una moral laica, una nueva religión-natural era pues peligroso.

Con todo no dejaron de reconocerlo como gran aliado de la dignidad humana, que mandaba el respeto y era más aliado que enemigo.

En nombre del cristianismo examinan y critican el estoicismo, pero con benevolencia, sobre todo en los dogmas constitutivos de toda moral y religión.

Es no solo un aliado sino la filosofía que conduce al cristianismo. Para J. Lipsio el estoicismo conduce a Dios, y no solo al Dios de los deístas sino al de la revelación.

Pero llega a confundirse; ¿su ética no está igualmente fundada por la razón como por la revelación? ¿Por qué se po

ne en guardia contra un enemigo que rinde tan fáciles armas?

Por su concepto del deber (honor) que el estoico pone tan alto, el dominio de sí, soportando la dificultad de la vida y aceptando sin murmurar el sufrimiento tiene con que seducir al hombre arrojado en la lucha y toda suerte de dificultades.

No se trata pues de despreciar el estoicismo sino de utilizarlo, no son como los primeros Padres Apologistas, sino humanistas.

La razón queda como soberana pero ha carecido de sensibilidad, de corazón, de optimismo y esperanza, no tienen entusiasmo ni sobrepasan. No hay héroes de verdaderas pasiones. Un estoico es demasiado razonador para enamorarse.

Paralelamente, y como efecto, hay un interés cada vez más acuciante por los estoicos latinos; traducciones, comentarios, divulgación, con una diferencia señalada, a medida que el Barroco hace su aparición. Primero se interesaron por sus tragedias y su teatro, después por su Ética.

Hay pues, como un anhelo ético del Barroco, producido por unas fuerzas de confluencia. Realismo y naturaleza del mundo y fuga ascética de esta realidad, en encontrada lucha y combate.

Hemos señalado ya a Molina como el que intenta echar a andar un movimiento renovador de una Ética escolástica decadente, pero no lo es menos en la práctica el espíritu fuerte y poderoso de Melchor Cano. Su tratado: "La victoria sobre sí mismo" nos habla de un espíritu enérgico, alentado por las auras estoicas. Se levanta duro como roca inmovible, renuncia voluntariamente a las prebendas y grita, puño alzado, contra la relajación. El donjuanismo, el culto refinado del alma, la vida religiosa demasiado independiente, fueron objeto de sus diatribas. No es necesario señalar to-

do el aspecto decadente de la vida, costumbres y gobierno de esta época, que corresponde al ámbito vital de Quevedo, por que lo reservamos, al menos como panorámica de conjunto, para encuadrar su actuar y su obra.

No podemos, sin embargo, dejar de ver, por los ojos de un buen analista, cuál fue la situación de este encuentro de fuerzas tan diferentes, en cuyo seno se desarrolló la ética cuya fuente propugnamos. (148)

El teatro se había metido en la Iglesia y lo ético-religioso inundó la producción artística: autos, obras, poesías, villancicos.

Y, sin embargo, a un siglo de santos sucedía un siglo de pícaros; a una literatura de tratados de mística, una de novelas y "comedias". Y, del mismo modo que los santos se quedan asomando a sus obras, los protagonistas de la picaresca lanzan sus aventuras malignas, a modo de éxtasis y milagros negativos, pero con un valor ascético y ético auténtico, que hay que detectar.

El Neostoicismo español, cabalgante entre Renacimiento y Contrarreforma quiere poner de relieve el problema esencial del Catolicismo. Frente a la paganización grecolatina y el caos ideológico de la Reforma, apetitos de lucro y mando, sensualidad frondosa y devastadora, voraz interpretación de la Escritura, planteamiento de los problemas candentes y acuciantes... ¿Qué soluciones éticas hay?

Don Juan y Don Pablos, Eusebio y Segismundo...

Ante la amenaza de lo divino responderá

el calavera de Don Juan: "Tan largo me lo fiáis"!

y al fin el calavera es condenado.

La muerte es el contrapeso de la lujuria.

"Más ¿quién a Don Juan ordena en tal desorden?"

Se pregunta un Criado del Burlador,  
 "Pues larga vida me queda,  
 dejar que pase la vida".  
 Pero el Comendador en estatuta responde:  
 "Adviertan los que de Dios  
 juzgan los castigos grandes,  
 que no hay plazo que no llegue  
 ni deuda que no se pague...  
 Mientras que el mundo viva  
 no es justo que diga nadie  
 !qué largo me lo fiáis!!  
 siendo tan breve el cobrarse."

(Terrible cantinela, entonada como canto fúnebre, para escarmiento, ante el sepulcro abierto de Don Juan).

En el "Mayor desengaño" de Tirso, todavía se plantea con claridad otro problema candente: Dión se condena por soberbia intelectual; Dión, doctor sapientísimo de la Sorbona se jacta de salvarse por sus méritos. Dión es enterrado con síntomas condenatorios; Bruno huye del mundo desengañado de todo:

"!Qué importan letras, estudios, dignidades, honras, grados; libros, cátedras, oficios, si se condenan los sabios!"

La semilla de los Cano, Suárez, Molina, fue fecunda en hombres de talla. Quevedo no fue pues ningún inventor de esta corriente. Quevedo, nacido en 1580, se encontró un ambiente formado en torno a sí, por Luis Molina, † 1600, y Domingo Báñez, † 1604, y Juan de Sto. Tomás, † 1644, y Martínez Ripalda, † 1648, y Juan de Lugo † 1660. No queremos decir que se dejó llevar por la circunstancia de una corriente ya hecha, sino que su aportación se vió favorecida y mejorada, o al menos modificada, por estos luminare de este siglo, de luchas y polémicas, que está inserto entre el XVI y el XVII,

sin agotar ninguno de los dos.

Tratemos sin embargo de sintetizar de qué fuente ambiental nueva, bebe nuestro Quevedo su experiencia intelectual y mejor, su concepción religioso-ética-moral. Veámos en qué consiste este neoestoicismo, en que se inserta necesariamente su existir:

Razón y naturaleza en pugna.

Régimen de tiranía y sentimiento ético-estoico de la dignidad humana individualista, libre, personalista.

Filosofía de las almas nobles que temple la contradicción y el dolor; mezcla de los sentimientos de dignidad, honor, magnanimidad, desprendimiento.

A estos elementos sueltos, flotantes, ni humanos ni divinos, la Contrarreforma va a añadir algo suyo, pero en realidad tiene el camino muy preparado. Los que, queriéndose conservar fieles al Evangelio, quisieron apoyarse al mismo tiempo en la doctrina estoica pudieron interpretar la elevada ética de Epícteto y Séneca como un anuncio, como un presentir providencial que había hecho posible la revelación de la Verdad hecha Carne.

Dios Providencia, la fortaleza, templanza, clemencia la idea del sumo bien, dominio de las pasiones, paciencia, resignación, idea de la muerte, amor a la pobreza, vanidad de las cosas del mundo, elementos tangenciales y comunicables en el Cristianismo y estoicismo. Este nuevo producto, esta nueva filosofía, que tiene dos puntos distintos de origen y coinciden en estos elementos, constituye el Neoestoicismo, al que perteneció Quevedo en alma y cuerpo. Hay que añadir, sin embargo, que no es fácil calificarle en uno u otro grupo de neoestoicos y, aún más, no es nada fácil ver hasta qué punto Quevedo no sobrepasa el estoicismo y no para él, sino que lo supera con creces.

Para verlo con mayor claridad, examinemos además de los elementos constitutivos materiales y de contacto entre cris tianismo y estoicismo, los elementos formales que los organizan y dan profundidad.

Pero es difícil separarlos, por no decir imposible. Lo metafísico y lo ético se dan la mano, forman un todo inseparable; todo intento de división es vano e imposible. La idea moral y la idea de la transcendencia y funciones de la divinidad son una sola cosa, un solo elemento y sistema. La Razón universal, la manifestación sensible de la Idea de Dios, como Providencia y como Destino.

Fundamentar metafísicamente será, pues, buscar las raíces en que ambos elementos, intelectuales y morales a la vez, tienen su punto de origen. Cosmología y Providencia es taban muy rícidamente entremezclados, de forma que desarrollan un ciclo completo panteístico del origen de las cosas y de su retorno periódico a donde salieron. No son fruto de un espíritu personal y libre, cuando el orden interno que late en la materia. Hay causas intermedias cuasifísicas, "las rationes seminales". Todo este tinglado metafísico tan difícil de coordinar con una concepción cristiana, dogmática y en torno a fe, es necesario tenerla en cuenta por el hombre; en su dependencia no puede concebirse con deberes y derechos, sin una vinculación a esta organización supraterrestre. Tiene una potencia cosmovisional su Ética, con profundidad que rebasa las concepciones de una antropología o de una psicología humana. La repercusión de su comportamiento es en cierto modo cosmovisional.

Una consecuencia inmediata es que los principios de la ética tienen repercusión teológica. Para acuñar los principios supremos del bien y del mal y del comportamiento, los corifeos del estoicismo se las vieron y desearon, y hasta

hubo diferentes formulaciones bastante divergentes.

"Vivir conforme a la naturaleza" de Cleantes, no es exactamente vivir naturalísticamente, sin razón o irracionalmente. Por el contrario es querer conformar lo más racionalmente posible el propio "telos" al gran "telos" de la Razón universal que rige todo. Ahora bien, si el hombre tiene ya en sí un "telos" y una "ratio", lo que sea para él conveniente, lo que sea para él justo será, en repercusión y en conjunto, bueno. Sin embargo crea un problema posterior, el saber hasta qué punto esta conveniencia del hombre está en conformidad con lo recto y con lo bueno.

De ahí salió un valor importante en la estoá: el sistema o forma de llegar a deducir cuál es el original y primitivo sentido bueno y recto, por el que deben interpretarse todas las cosas para lo bueno. Un ejercicio de reflexión y de reversión del propio yo, originó una autopercepción; ejercicio del estoico, para el conocimiento de lo recto, de lo verdadero. No se puede interpretar como una visión egoísta ni cerrada sino como una confianza en los valores y en la dignidad del hombre, que es capaz de hallar en sí la orientación, si es fiel al primigenio sentido ortogonal, que está en él sembrado, aunque oculto.

Es de notar que no se para aquí y que no es simple y moderna introversión, como acto puro de conocimiento, sino como acto origen y principio de comportamiento.

Tiene al mismo tiempo, y a partir de él, una expansión aloclétrica y altruista. Se pasa sucesivamente de una autorrelación a una heterorrelación. La relación primera al nosotros se hace dentro de un primer círculo concéntrico, y abarca los otros "yo", mis familiares y allegados; gradualmente se va haciendo más comprensiva, hasta transformarse en omnicomprensiva o social.

De hecho, y en el fondo, el fundamento de esta Ética es el "ser", bien que concebido de una manera un poco ingenua, hasta con mezclas de sensismo y realismo, el ser del hombre de carne y hueso con sus posibilidades y fluctuaciones. Fundamento que no sólo no llega a la transcendencia, sino que tiene algo de físico y apunta a fundamentar la naturaleza humana real, a la que nunca llega a transcender.

Hay un único concepto elemental de la Ética estoica, que en realidad añade de tal forma la nota peculiar a la Ética, que bien podemos decir, es la característica por la que se la conoce y que la ha valorado particularmente a partir de Kant.

El concepto de deber.

Al obrar según la conveniencia y según la rectitud que le señala la naturaleza del "ser" hombre, todavía no se ha llegado al más alto punto de moralidad. Tal obrar puede ser también el fruto casual y como una inclinación irreflexiva y despreocupada del hombre. Hay que observar sin embargo que el autopercebirse estaba encaminado a evitar esta incongruencia. Con todo, es cierto, que apurando a un estoico hasta este punto, habría de convenir en que también los animales eran capaces de obrar por una conveniencia y que, en un momento dado, tenían el mismo apoyo fundamental de obrar. Pero se añade por los estoicos que sólo llega a la moralidad plena, quién llega a hacer lo recto bajo la idea de lo debido, de lo recto, de lo que es el deber, por el deber mismo.

No es, y frente a Kant, éste el fundamento de la Ética estoica; si el segundo obrar estaba así aquilatado y se llamaba "kathortoma", está fundamentado en la primera "kathekon" que hemos visto se fundamentada en el ser, No se puede concluir con una ética moderna cualquiera, porque la entra-



da de unos valores ajenos, una axología y una jerarquización distinta han hecho que se releguen aquellos y suban estos. Los que preconizaban un estoicismo libre, y una vuelta a lo primitivo de la escuela, prepararon el camino a los que, fieles a unos valores tradicionales y dogmáticos, creían que habrían de ser o traidores o tergiversadores de los otros. Fue aquella una base que podía sustentar y elevar la carga de lo transcendente y lo alcanzado por la fe sobrenatural cristiana. Así tendremos un estoicismo por la misma base humana; pero con una elevación distinta y superior. A la estructura estoica sucedió la evangélica y a la que se sumaron los intentos de mezclar o hallar una fórmula compromiso entre los dos sistemas.

No sólo Quevedo no fue el inventor, sino que desde Erasmo hasta el final del siglo XVII hay una corriente neoestoica en todos los ámbitos del gran pensamiento español y aún europeo.

Erasmo fue el vanguardista o progresista, que supo conciliar lo viejo con lo nuevo; que comentaba a S. Pablo y su libertad y a S. Agustín, y lo mezclaba con ropajes de filosofía pagana. La admiración creció de tono por un hombre que supo presentarse con extraordinario talento polémico, como el tipo de sabio moderno sin temor a las procacidades de un lenguaje, de corte avanzado, y las intemperancias del pensamiento antiguo. Resultó un prototipo del que, a pesar de los recelos, pronto copiarán muchos imitadores.

Grandes prosistas y poetas del siglo XVI y XVII se contagiaron del nuevo tipo de estoicismo, al que difícilmente hubieran llegado por el ya antiguo de Séneca de yuxtaposición cristiana del cuatrocentismo.

Fr. Luis de León, el de: "decíamos ayer", olvidando todo lo ocurrido, y los que esperaban ansiosos su venganza en

los comentarios a su prisión. Francisco de Rioja y los Argensola; el autor de la epístola moral a Fabio, Cervantes y Gracián, y entre ellos Quevedo aventajando a todos, bebiendo a grandes sorbos de esta nueva fuente, a la que, en secreto, debe los mejores raudales de su inspiración ascética y ética, como veremos.

Solamente una de las obras de Quevedo trata directamente y con exclusividad de los estoicos y su Filosofía: "Nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la doctrina estoica" (puede aparecer con el título abreviado de las primeras ediciones: Doctrina estoica). Primero se publicó en la "Defensa de Epicuro" y su traducción de Epicteto y el Pseudo-Focílides en 1635. Este ensayo lo envió en 1612 a su amigo Tomás Tamayo Vargas, como introducción al Manual de Epicteto y por consiguiente es su primer trabajo estoico conocido. Tal vez este ensayo está basado en el *Manuductio* de Lipsio. Pero la idea de escribir una introducción tuvo que ser motivada verdaderamente por la Filosofía moral de los Estoicos. Apareció como prólogo en la edición de Lyon de 1594, edición de su traducción del Manual y referida por Quevedo como Doctrina de los Estoicos.

Después de la traducción de Lipsio "De constantia", "La Doctrina estoica" de Quevedo fue la primera introducción del Neoestoicismo.

Con todo, el primer intento serio de trazar el desarrollo del Neoestoicismo de Quevedo, no ha sido hecho más que recientemente por K. A. Blüher, en su historia de la influencia de Séneca en España.

Pero el análisis de Blüher sobre las obras estoicas de Quevedo, se vincula demasiado unilateralmente a la teoría que ya adelantó C. Lascaris Comneno de que Providencia de Dios marca un final y definitivo cambio de un "neosenequismo" de

tipo interiorista" a un "agustinismo" con metodología suareciana, porque él mantiene que, desde 1635 Quevedo subordina el Estoicismo al Cristianismo.

Blüher justifica menos la "Providencia de Dios", y hace escasas alusiones a "La constancia y paciencia del Sto. Job".

Quevedo subordinó el Estoicismo al Cristianismo igual antes de 1635 que después. Su actitud hacia los estoicos y el interés por sus enseñanzas persistieron compatibles desde principio a fin.

La transcendencia del estoicismo le viene por otro conducto, que hemos analizado en el proceso de transcendencia de D. Francisco.

Veamos un ejemplo, en que, con verdadera maestría, Quevedo realiza una fusión entre la doctrina estoica y la doctrina cristiana sin renunciar a los postulados de aquélla: "... en el temor de Dios empieza la sabiduría, crece el amor y se deshace el miedo de las demás cosas que nos hacen terribles las opiniones recibidas... Tú que a Dios te encaminas en todo, para ir a El fía dél solamente, y usa de las demás cosas sin hacer dellas más confianza de la que ellas dicen con sus fines y sucesos que merecen".

#### 4.4.4. Progresión de estoicismo a Agustínismo

Después de afirmar su estoicismo, su neoestoicismo y, si se nos fuerza, su neobenequismo, no nos quedamos satisfechos; al recorrer su obra, nos da la impresión de que Quevedo está ya en otro plano, que no para el estoicismo antiguo ni nuevo y que tiene otra solución a los problemas propios y ajenos. Sin adelantarnos a una conclusión de nuestro trabajo y, aún desde las mismas fuentes, tenemos que confesar un nuevo principio que da origen a aquella solución.

"Su inquebrantable y sana fe religiosa, suavizó en Quevedo la aspereza estoica." (149) Las aguas abundantes y aún torrenciales caídas en la juventud, tal vez, no calaron, pero en su vida turbulenta dejaron mella. A la hora del reposo y la calma, en el último quehacer de la vida, Quevedo vuelve a sus fuentes primeras. Ni quiere decir que necesita se conversión en la fe, ni que su vida fuese ociosa hacia el progreso hacia la luz completa. Parece, sin embargo, que en sus últimas producciones es cuando Quevedo llega a una visión más feliz para la que trabajó toda la vida. Parece que son raros los que buscan la verdad por sí mismos, por el esfuerzo constante de su razón y la descubren por su experiencia personal. Es más fácil creer a los antiguos o a los modernos, en sus demostraciones y leyes, para que recibieran el nombre y nosotros al seguirles merecer el nombre de creyentes. Esta credulidad, contraria a Quevedo, por su espíritu ingenioso, independiente y libre, por su verdadero espíritu filosófico, le llevó a no pararse en ningún estadio fijo y a progresar sin cesar de uno al otro. Lo que había aprendido en los libros lo llamará ahora agua de laguna llovediza, y la experiencia y la vida le han enseñado tantas cosas que ya se dirige hacia lo transcendente y "en las

avenidas de Dios, el dejarse llevar por el agua es más segura la navegación" (150).

En la "Cuna y sepultura" confiesa algunos de los pasos de su proceso: La Iglesia Católica nos ha enriquecido con la doctrina de tantos Santos Padres y doctores que no tenemos ocasión de mendigar enseñanzas de los filósofos. Mejor y más segura escuela es la de los santos.

Hay en Quevedo una serie de trabajos en los que lo moral, lo satírico, lo ascético y hasta lo místico se dan mezclados y unidos; es difícil separar lo uno de lo otro. Constituyen desgraciadamente el núcleo de obras que tienen este meollo filosófico práctico, que compensan al investigador de una ética en Quevedo. Pero justamente son lo que constituyen el Quevedo desconocido aún de los eruditos; el Quevedo filósofo, moralista y aún teólogo, y sus obras, los trabajos inútiles, que decía Quintana, puesto que ya tiene el gran público con que divertirse, con sus jécara<sup>s</sup> dichos y chispeantes chistes, mientras que "Los sueños", "Los comentarios al libro de Job", "Cuna y sepultura", "Las cuatro pestes y los cuatro fantasmas tienen una armonía profunda de conjunto, que se oculta a los profanos o a los que sólo se le han acercado por la superficie.

Parece, sin embargo, que en Quevedo apunta una contradicción, una especie de desprecio por la ciencia, por la filosofía, al estilo de Montaigne, y por otra parte un esfuerzo continuo en la busca de la verdad. Un refugiarse en la fe y en los dichos de los Padres y un razonar libre. ¿No es exactamente esto lo que pretende en "Cuna y sepultura", cuando afirma: "las invenciones de los filósofos no hacen más que complicarlo todo, nos llenan de prejuicios, nos lo cambian y después no podemos deshacernos de ellos" (151). La vida y las obras esclarecen este punto en Quevedo, sin dejar lu-

gar a duda. La agudeza de razonamientos, la sutileza y el ingenio, la fertilidad de la imaginación y la justeza de expresiones, son cualidades, además de filosóficas propias, para no someterse a reglas establecidas y hacer gala de su independencia.

Sin embargo, Quevedo no se fía de las alturas teóricas de la especulación y de la abstracción y busca, pie en tierra, la solución de los problemas próximos y cercanos; no pregunta por los problemas traídos y llevados del conocimiento u otros en que se debatieron las escuelas escolásticas y neoescolásticas vecinas y prefiere la solución de los problemas de conducta, del comportamiento en el dolor, del consuelo en la desgracia y de la dicha en el bien.

El trabajo en sí mismo y en este dominio favoreció su inclinación y desarrolló su progreso sobre el estoicismo. El, por otra parte, pensaba de esta manera cuando escribía en la "Cuna y sepultura": "Preguntárasme cuál es la cosa que el hombre ha de procurar aprender. No me parece que el trabajo y el estudio del hombre se logrará en nada, fuera del ejercicio y consideración de las virtudes, que es sólo lo que a un hombre pertenece" (152), y aún en esto y sobre esto, la ciencia y la filosofía y la religión misma tendrán su coronamiento en la Moral y en su experiencia y desarrollo es donde él pedirá auxiliares que le conduzcan adelante. He aquí su programa: "Procurar persuadir a amar la muerte, a despreciar la vida, a conocer tu flaqueza y la vanidad de las cosas que fuera de aquel solo Señor son; pues sólo el buen uso de todas, ordenado a aquel fin está a tu cargo" (153). Ciertamente comenzó en estoico lo que no termina en estoico.

No es fácil definir a Quevedo en ninguno de los múltiples campos, pero tal vez menos en éste de la Ética, bajo

su aspecto profundo e interior, al que hemos aludido ya varias veces, y en el que hay que contar con un progreso continuo de D. Francisco. Aunque ahora sólo nos ocupemos de las fuentes en que se pudo inspirar, de los lugares donde bebió, es necesario señalar, que no está todo acabado con decir que D. Francisco es Senequista y se inspiró en el neosenequismo y neoestoicismo de su tiempo.

En primer lugar, de una concepción estoica de naturaleza y conocimiento un tanto extraña para la fe, Quevedo arremete, valiéndose de los principios cristianos de la creación, independiente y voluntaria, y el mantenimiento providencial por lo que él llama la discordia armoniosa. Frente, pues, a una concepción cósmica, unida y dependiente, hasta llegar a un panteísmo indiscriminado entre el Todo, las cosas y seres y los hombres; Quevedo sale en defensa. Frente a una lógica de entendimiento inseparablemente unida a todo el conjunto propende al: "intus ire, in interiore homine habitat veritas" de tipo agustiniano. Pero es principalmente en los problemas de fe, Providencia, alma y Dios, donde Quevedo ya ha traspasado el confín senequista y entra en otro dominio. Su ansia de solución de los problemas concretos, le da una búsqueda ansiosa de los que sobrepasaron el límite de la reflexión pura sobre sí y ascendieron al trascendente, saliendo de sí mismos.

Los trabajos y las contradicciones que el hombre tiene que sobrellevar ¿qué solución tienen?. En la forma de un neosenequismo cristiano, en el cual no sólo hay ya el sabio impertérrito que resignadamente sobrelleva y aguanta. Este ideal de virtud se ha transformado en el ansia y problema de salvación; los trabajos y los sufrimientos adquieren ahora un sentido de dedicación, un sentido levantado y transcendente, porque por la separación ser-del-Todo y ser-del-hombre,

por el cual pasa de un monólogo relacional inconsciente a una "dialogía" con él, así se expresa ahora en Quevedo: "Si Dios da trabajos, es para excitarnos; si da descanso, es porque le alabemos, si da pobreza es porque merezcamos, si da abundancia es para que le sirvamos, y si nos castiga es que para que nos enmendemos. Y si nos da sequedades ¿quién duda que son para que no nos descuidemos?".

Quevedo ¿ha superado su posición inicial?

Quevedo se ha dirigido a otras fuentes.

S. Francisco de Sales (154), el hombre recio y prudente, el hombre de la vitalidad, adaptación, flexibilidad y dulzura, pero de la energía y del domeñarse a sí mismo y tener sujeta carne a espíritu, era un ideal para Quevedo. Quevedo bebe en sus fuentes un espíritu sobre el neosenequismo o una cristianización integral de un estoicismo. El hombre tiene que llegar a más, en el duro luchar consigo mismo, tiene que triunfar de sí mismo, cuando se encuentre corrompido por los vicios. La individualidad preconizada por el estoicismo ha quedado metamorfoseada por inversiones extrañas y ha perdido la perspectiva sobre sí misma; la miseria que le ocurrirá al hombre es que se perderá en la falsedad y a veces no puede desengañarse con la verdad. Como la perspectiva socrática y mitigada estoica no fueran suficientes, el ingrediente ha surgido de algún lado y la pureza de la deducción: verdad a bien, Razón universal a hacer lo conveniente, se han interrumpido de tal forma que necesitan otra perspectiva para resolver la "aporía", la terrible dificultad práctica.

El ascender de Quevedo en un camino exigente la hace pasar igualmente de un campo a otro, en un progreso cierto.

Si el primer escalón es el que un cuerpo hummillado, sometido y regido para que adquiriera todo su sentido, tiene



que encauzarse en la perspectiva redentora; el sufrimiento y la misma muerte adquieren así un sentido y dirección. Frente a la angustiosa y desesperanzada vaciedad del suicidio.

Lo que abre las puertas al ser entero, lo que le hace constituirse en su dimensión completa es la transcendencia, la que siempre le huye en este siglo, pero no por eso menos cierta.

Su contemplación le sirve de mitigación y así pierde todo su carácter destructor; no es la pérdida o el paso del ser a no-ser, es el paso del alma hacia sí misma, precisamente en cuanto que es el límite que impide al alma hallarse. El ascetismo puede engarzarlo en la moral; es el medio por el que el hombre se prepara a morir bien. Postular la posterior perfección del hombre, no es el campo racional, es la interna convicción, la exigencia radical de la fe y de la creencia del hombre que lo exige.

Parece como si el hombre al percibirse más próximo a sí mismo, se sintiera como creyente. La aspiración a un más allá de perfeccionamiento, aspiración que en esta vida queda vedado. El camino ascético de la moral estoica se encuentra pues abocado a un panorama distinto. ¿La inmortalidad del alma? ¿La existencia de un Dios providente? Quedan sin resolver. Superado completamente el senequismo, entra de lleno en S. Agustín, pero en expresión personal.

Quevedo se instala en una posición apologética del que se cree con la verdad y que es imposible que los demás no la vean. Son ciegos: "Quiero confundirte con afrentas ya que no te reduzco con razones"; pero pasa después a las razones, convencido de que la visión interna sólo puede servir para él. Las posiciones, conceptos, situaciones, actitudes personales, hacen de Quevedo menos un historiador objetivo

que describe fielmente, que un apologista que resalta con una intención marcada. Como si a través de Séneca y Epícteto, Quevedo quisiera hacer resonar otra voz. Como si los estoicos no fueran más que las "personas elegidas". Ciertamente con intención, pero en el fondo resonase otra voz. ¿Qué voces hay detrás de estos pretextos?

No falta quien escucha a Pedro Crisólogo redivivo o algunos de los Stos. Padres, en los que, a través de Séneca, perderían la agresividad contra la filosofía y adquirirían la fuerza y razón convincente del pensador romano.

Para otros, la solución es más sencilla, admiten la razón histórica de los contactos cristiano-estoicos como puede leerse en este texto: "Séneca, Epícteto, Juvenal y Persio, que vivieron en el tiempo de los Apóstoles, y veían las hazañas de fe de los cristianos y la perfección de la vida, y que la daban al fuego y al cuchillo, no solo con valentía, sino con gozo enamorado, mezclaron lo que veían con lo que escribieron; de tal manera, que su doctrina, con resabios de aquella atención es en muchas cosas bien parecida a nuestra verdad: tuvieron por maestros en la primitiva Iglesia a los mártires y oyeron la doctrina de sus triunfos". (155)

Pero ¿no se trataría, sobre todo, de un intento sintetizador de Quevedo, de hallar lo mejor de la ética estoica y de salvarlo y perfeccionarlo, si posible fuera? Cuando echa mano de los Santos Padres apostilla sentencias del Crisólogo (o de S. Agustín) es por darle más fuerza, para construir antídotos más potentes, contra la calamidad.

Para la Providencia sigue literalmente a Séneca: "Questiones naturales..." y recoge la definición de Cicerón: Providencia est "perquam futurum aliquid videtur antequam factum sit", pero termina en San Agustín: "Providentia est futurorum pertractans eventum cuius officium est presentibus

futura perpendere, adversus advenimentem clauitatem se consilio praemunire". (En Providencia de Dios).

La exigencia de la Providencia de Dios se la plantea con el Séneca de San Pedro Crisólogo. Ya que sería gran locura en el hombre no creer lo que desea que suceda.

Quevedo quiere llegar a Dios en las obras de madurez, pero una vez que llegó a la existencia de Dios, el hombre Quevedo, no pudo adelantar más; no supo qué verdad añadir a la de la existencia.

Las frases de San Agustín que no dicen, sino que nada se puede decir. "Su día no es cada día, su hoy no es el hoy, su día es la eternidad" (Homilías). "Dios huésped y hospedaje de sí mismo. Pero de Dios aún decir verdad es peligroso".

#### 4.4.5. Los Satíricos latinos y Quevedo

Al lector que inicia la obra de Quevedo le enfada el fárrago de autoridades, nombres propios y referencias, de que están llenas las obras más eruditas de Quevedo. Ciertamente no sabemos cuál era más fácil para D. Francisco, si sencillamente inventar, dejar correr la pluma como inconsciente, como quien sueña o consulta sus muchos libros, y confirmar con las autoridades que le rodean, o en fin, dejarse llevar de su prodigiosa memoria (156) para que nos recuerde lo que ha leído en latín, griego, hebreo, italiano, francés o inglés.

Dejaremos las que no hagan al caso y abandonaremos lo que no es propiamente origen ético, sino de otro género que vedesco.

Las formas de referirse a sus fuentes es diferente y varia. A veces conserva el tema y el ambiente que ellos crean o establece sencillamente un paralelo: "lo que entonces vosotros dijisteis digo yo ahora, porque tiene la misma enseñanza y procede igual aplicación". Ver en este paralelo que le hace a Marcial confirmada plenamente esta idea.

Ad Sabellum

A Armendáriz

Quod non insulte scribis, te  
trasticha quaedan, Distica  
quod bella pauca, sabelle,  
facis, laudo, nec admirror;  
facile est epigrammata be-  
lle. Scribere, sed librum  
scribere difficile est. (157)

Porque escribes, no sin sal,  
cuatro glosas, seis y diez,  
y, aunque muy pocas, tal vez  
haces bien un madrigal,  
alabo tu natural; pero no ad-  
miro la glosa, porque sería  
fácil cosa escribir bien  
otro tanto; más hacer un li-  
bro a un santo es cosa difi-  
cultosa. (158)

Otras, traduce simplemente los pasajes enteros y, formando composiciones completas idénticas o paralelas, tal es el caso en las epístolas de Séneca ad Lucilium (159). Pero más habitualmente Quevedo prefiere citar simples frases del mismo autor y aún más, combinando distintos autores hábilmente entretrejidas o glosar sus pensamientos y dichos. A esta última forma, de buscar una fuente, pertenecen los más de los epigramas sobre Marcial, a quien glosa a su gusto más que traduce a la letra. Así sucede entre otros muchos en este de Marcial "ad Gaurum", que Quevedo dirige a San Pinelo. Había escrito Marcial: Munera qui tibi: dat loclupeti; Gaure, senique, si sapis et sentis, hic tibi ait: morere". Quevedo lo hace más realista y descriptivo; si se quiere lo actualiza y "vulgariza", en el mejor sentido de la palabra.

El nieto que te presenta  
 los regalos por momentos,  
 sabiendo que cuatrocientos (millones)  
 tienes, Pinelo, de renta,  
 y que pasas de noventa  
 años; si sentido tienes  
 y como sabio previenes  
 sus astucias y quimeras  
 ése dice que te mueras  
 y que le dejes sus bienes. (160)

"Todo lo que oíla a Séneca era o podía llegar a ser digno de la atención sostenida de Quevedo" (161), e incluso, como añade después, corrige, aumenta y continúa la obra.

¿Por qué pues, acudió a los autores latinos con tanta ansia? ¿Es sólo por aquel tópico de que "todo siglo decadente" ha de tener un satírico y un moralista que le juzgue y le convenza de pecado"?

Menéndez y Pelayo con la soltura con que hace sus críti-

cas nos va a decir sin más: ¡Aquel gigante espíritu no pertenece a ninguna escuela, forma campo aparte, y si en las ideas tiene algo de todos, porque fue un gran removedor de ideas, en el estilo no se asemeja a nadie. Los ingenios que algo se le parecen son de temple muy distinto... La Moral de sus trabajos es rígida e inexorable como la de Séneca o Epícteto; sus Sermones estoicos recuerdan las de Persio; su sátira ardiente cruda sin velo, reproduce las tempestades de Juvenal; los cuadros picàrescos diríanse de la pluma de Petronio; los Sueños son fantasías aristofanescas más bien que imitaciones de Lucano. Pero el estilo no es de Séneca, ni de Epícteto, ni de Persio, ni de Juvenal, ni de Aristófanes, ni de Petronio; es un estilo aparte en que las palabras parece que están animadas, que hieren como espadas de dos filos; en que las frases saltan, corren, juegan y tropiezan unas con otras. (162)

El humanismo de Quevedo viene de lejos. Lo bebió en buenas fuentes, fueron las primeras frecuentadas y le sirvieron en el tiempo oportuno: fue el principio de su carrera universitaria en Alcalá y en Valladolid, en el auténtico fervor y en el río caudaloso del humanismo renacentista.

La sombra de Cisneros preside estos afanes estudiosos y llega a ser fecunda en frutos. Conoció a los grandes latinistas de su tiempo, a los helenistas y a los amantes de la cultura latina, los latinistas y helenistas que entonces mandaron las nuevas aguas: Ginés de Sepúlveda, Gaspar Cardillo, Pedro Martínez Brea, Pedro Simón Abril, Miguel Palacios, Sebastián Fox Morcillo, El Pinciano, García Matamoros...

Hemos hablado antes de una forma de 'vulgarización' del humanismo, y hay que señalar igualmente en Quevedo una profundidad ajena a los no especialistas, reservada a un públi

co selecto y cada vez más escaso. Combina constantemente estas dos facetas y se hace una de las figuras más originales aún en esto, en su humanismo.

Usa de lo nuevo y lo viejo, según le viene y recaba auxilios para revestir con pieles patriarcales las nuevas carroñas de sus mismos días.

No pierde ocasión de demostrar esta polifacética virtud de campar por todos los terrenos y de sacar partido de todo.

Peró así y todo, hay que afirmar, quizá su singularidad y su gigantismo incomparable. No se improvisa un humanismo tan rico y tan vario como el de que hace gala constantemente, en especial en algunas obras, como la que tituló "Epicteto y Phoclídes en español con consonantes".

Veamos sus fuentes en prosa, para los cantores latinos; las fuentes poéticas latinas que usa; nos detendremos especialmente en Juvenal y Marcial, que él mismo destaca, y veremos su frecuencia y de preferencia en algunas obras determinadas.

En las obras en prosa de más importancia ética y ascética, no deja de recurrir a los autores clásicos. Es notable entre otras la obra que titula "Providencia divina", que, como tema cristiano, debía usar autoridades cristianas y, sin embargo, acude con frecuencia e insistencia grande a los autores no solo estoicos cuanto los otros clásicos. Lucano es nombrado con tal frecuencia que es llamado "mi Lucano", con el cariñosos posesivo de los más familiares, como dice: "mi Lucilio", (163) "mi Séneca", "mi Santo", (S. Pedro Crisólogo). Acude a Lucano en el tema nombrado, al menos cuatro veces (164). Pero no sólo es Lucano el socorrido, también acude a Cornelio Tácito (165), Marcial lib.IV, Epigram. 21 (166), Claudiano "in Rufinum" (167), Persio, primera sátira (168).

Esa ansia de visión realista, le llevó a acudir a quienes fueron maestros en este difícil, de describir la realidad que se tiene delante. En "Política de Dios y Gobierno de Cristo", que es una de las obras en que menos acude a los profanos, la Biblia y principalmente el Evangelio, son sus fuentes; sólo Polibio, Símaco, Bartolomé Liccio, son citados eventualmente.

En el libro de Job también abundan los latinos y satíricos. Persio (de la sátira 2) (169), Fagio (170) y Lucrecio en "Sueño de la muerte".

El famoso párrafo final del Buscón que termina de forma no habitual en Quevedo, y como prometiendo una segunda parte de la vida del Buscón en América, ha sido traída y llevada para referencia de fechas, de publicación de las obras y como él mismo repite, puede ser punto de apoyo para estas conjeturas. Pero resulta que no es, al parecer, original: en la epístola I 11,27 de Horacio, que Quevedo sin duda conocía, se dice: "Coelum non animum mutant qui trans mare currunt". El olvido, descuido o intencionada omisión, no son obstáculos para ponerlo como fuente de su texto bien parecido, por no decir exacto. "Determiné pasarme a las Indias a ver si mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fué me peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente y de vida y

Quevedo, pues, pudo sacar de estos sustanciosos versos de Horacio, su recomendación moral en una forma y estilo adaptado. El completa y acentúa; sentencia su condición, su postura y la de todos: "quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres, nunca mejora; mas, le irá peor".

En su "Espada de Santiago", obra polémica de evento temporal, son abundantes las fuentes latinas señaladas: De Casiodoro señala: ("Variarum de libra, pondere et mensura")



(171), de Quintiliano cita el lib. 12, 8 (172), de Tácito, "Anima", 5 (173) y también nombra a Varrón (174).

Por autores, ya hemos señalado sus preferencias mayores: Marcial, Juvenal y también por Lucano y Virgilio.

A este último le cita bastantes veces, al menos en: Lince de Italia, Las cuatro pestes del mundo, La virtud militante, Constancia y paciencia de Job, El sueño de las calaveras, El martirio pretensor del mártir, Providencia de Dios, Al Excmo. Conde-Duque, Apuntes autógrafos, El Chitón de las ta rabillas.

Cita también a Lucano en La rebelión de Barcelona, Apuntes autógrafos, Vida de San Pablo, Carta al Rey Luis XIII, Descífrase el alevoso manifiesto... Las Zahurdas de Plutón, Constancia y paciencia de Job, El entremetido, La dueña y el soplón, Epístolas de Séneca.

Otro de los grandes, a quien acude con frecuencia, es Ci cerón, a quien comenta en la Carta al rey Luis XIII, Marco Bruto, Las cuatro pestes del mundo, Providencia de Dios, Epístolas a imitación de Séneca y Apuntes autógrafos.

Sin duda, hemos dejado muchos de nombrar, pero los principales y como fuentes éticas van más arriba; sí que hay que añadir que sus actividades humanísticas no se acaban aquí; sus versiones, ya en prosa, ya en verso, sus comentarios, sus imitaciones son curiosas y muestran aquella inabarcable erudición quevedesca que admira hoy a todos los es tudiosos de su obra.

He aquí una lista no exhaustiva de nombres conocidos en el ámbito de trabajo de Quevedo: Anacreonte, Heráclito, Esquilo, Focílides, Epicteto, Virgilio, Ovidio, Séneca, Marcial, Estacio, Juvenal, Lucrecio, Horacio, Propertio, Dante, Petrarca, etc.

Hemos nombrado Anacreonte y, aunque nuestro afán se diri

gía a los autores latinos, la obra: "El Anacreón castellano, con paráfrasis y comentarios" (175), es una de las mejores muestras de su erudición, de su agudeza y de su conocimiento de autoridades; a título de curiosidad hemos hallado el resultado asombroso de más de cuarenta fuentes citadas (176).

Pero las mayores preferencias las dedica a Juvenal y Marcial; los dos satíricos de las costumbres romanas decadentes fueron especialmente solicitados por nuestro humanista. Su capacidad por todo lo humano, su espíritu inquieto y universalista, dispuesto a aprender, aunque viniese la lección de lejos y, no sólo en satisfacción propia, sino en un verter a lo social, lo que juzgó equiparable en su tiempo y circunstancia.

Coinciden en el pensamiento y en la idea, y muchas veces en las palabras. Quevedo nunca es servil y, si traduce, lo declara. No puede acercarse a una fuente sin transformar y no puede contentarse con la simple copia. Veámoslo en varios ejemplos. (177)

Juvenal, en la Sat. VI (178), fustiga diversos tipos de nobles que estriban su nobleza en el linaje de la sangre: "Stemmata quid faciunt, quid prodest, pontice longo sanguine censerí, pictos ostendere ultos maiorum et stantis in curribus aensilianos et Curios iam dimidios umerosque minorem Corvinum et Galbam auriculis masoque carentem quis frustus, generis tabula iactari capaci Corvinum posthac multa contingere virga fumosos equitum cum dictatore magistros si coram Lepidis male vivitur".

Carta a Parra. "Acabamos de desengañar (dice un diablo) a un infante infatuado con su abolengo: que el que desciende del Cid, de Bernardo y Godofredo, y no es como ellos sino vicioso como Vos, ese tal, más destruye el linaje que lo hereda..."

En la epístola censoria alude al mismo tema: "Las descendencias gastan muchos godos".

El dinero es gran tema en Quevedo. Todos los satíricos latinos de la decadencia tienen su palabra que decir: Horacio se mofa de los que adulan al que posee; Juvenal ridiculiza el ansia de captar herencias a ricas viejas lascivas, y aplica sangrientos sarcasmos al nuevo rico.

Petronio nos ha legado un tipo de nuevo rico, bien retratado en su Trimalción.

De Marcial este epigrama IX 73: Dentibus antiquas solitus producit pelles et mordere luto putre vetusque solum. Praenestina tenes difunti rura patroni in quibus indignor si tibi cella furt.

.....  
frange leves calamos et scinde thalia libellos si dari sutori calceus ista potest.

Quevedo los comenta y se inspira directamente en Juvenal, para hacer este soneto a un orondo personaje. A la violencia e injusta prosperidad.

Ya llena de si solo la litera  
Matón, que apenas anteayer hacía  
(flaco y magro malsín) sombra, cabía,  
sobrando sitio, en una ratonera.

Hoy, mal introducida con la esfera,  
su casa, al sol los pasos le desvía,  
y es tropezón de estrellas; y algún día,  
si fuera capaz, pocilga fuera.

Cuando a todos pidió le conocimos;  
no nos conoce cuando a todos toma;  
y hoy dejamos de ser lo que ayer dimos.

Sóbrale tanto cuanto falta a Roma;  
y no nos puede ver, porque le vimos  
lo que fue esconde, lo que usurpa asoma. (179)

Y se burla también de los nuevos ricos que pierden neciamente lo antes logrado, al entrar en una nueva esfera:

"Señor nigromántico -repliqué yo-, aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntase de señores y enferman de príncipes. Y con esto y los gastos y empréstitos se apolilla la mercancía y se viene todo a repartir en deudas y locuras. Y ordena el demonio que las putas vendan las rentas reales dellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y después los hereda el consejo de Hacienda. La verdad adelgaza y no quiebra; en esto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran". (180)

Otro tema de los que fue fuente fecunda en los latinos satíricos son las diatribas contra la mujer. Juvenal consagró a satirizar a las mujeres de su tiempo la sátira más larga, la VI (unos 700 hexámetros), desde un punto de vista antimatrimonial. Quevedo tocó y repitió este tema, pero aún más otros sin diferencia de tipo de mujer; a la vieja lasciva y a la casada adúltera.

Niña, moza, mujer, vieja hechiza,  
bruja, santera, se la lleva el diablo.

Pero, contra el matrimonio, Juvenal había compuesto la famosa sátira para disuadir a su amigo Postumo, que comienza:

Viderunt primos argentea saecula mocchos.  
Conventum tamen et pectum et sponsalia nostra  
tempestate paras. iam que a tonsore magistro  
pecteris, et dirigo pignus fortasse dedisti.

O el más terrible y desenvuelto, lleno de indignación,  
que comienza:

Dormire virum cum senserat uxor,  
ausa Palatino tegentem praeferre cubili.

Y la de Quevedo:

Dirasme tú que hay muchas principales  
que en viendo al claro emperador dormir...

Marcial tiene todavía más títulos a su favor, para desta  
carlo como fuente de Quevedo. Se le podría casi estudiar en  
cada epigrama, para ver su paralelismo, su coincidencia en  
el tema, en el pensamiento (181).

El poeta burlón y satírico de los vicios, defectos, y la  
cras ha encontrado un buen imitador, no diremos superador.  
Aquí el dinero gastado en meretrices, puesto en solfa por  
bajo y por alto, disimulada y abiertamente. Allí el afemina  
miento de los hombres es expuesto con la visión grotesca y  
dura del crítico que desnuda aderezos:

"Cotile, bellus homo es: dicunt hoc, Cotile, multi.  
Audio: sed quid sit, dic mihi bellus homo. Bellus homo est  
flexos qui diriget ordine crines, balsama qui semper, anna-  
ma semper olet, cantica qui Nili, qui Gaditana susurrat".

Quevedo se ríe de manera perecida en: "El sueño del jui-  
cio final", cuando presenta a un caballero tan derecho, que  
al parecer quería competir con la misma justicia que le  
aguardaba, hizo muchas reverencias a todos y con la mano  
una ceremonia usada de los que beben en charco; traía un  
cuello tan grande que no se echaba de ver si tenía cabeza;  
preguntóle un portero de parte de Dios, que si era hombre,  
y él respondió con grandes cortesías que sí y que por más  
señas se llamaba don Fulano, a fe de caballero... (182)

Marcial y Quevedo se burlan especialmente de las viejas  
por sus adornos, por sus celos, por sus codicias, por sus

arreglos, por sus desfiguraciones en rostros, con ungüentos, en la boca con dientes postizos, en sus lascivias y hambrientas sensualidades. Quevedo participa en esta saña general contra la mujer y sobre todo por este engaño y dualidad.

Aún más si cabe contra el viejo que disimula la edad con sus teñidos y pinturas: véase este paralelo del epigrama de Marcial y la letrilla satírica de Quevedo (183):

Dice Marcial:

Mentiris fictos ungüento Phoebe capillos  
et etegitur pictio sordida calva comis.  
Tonsorem capiti non est adhibere necesse:  
radere te melius spongea Phoebe potest.

Dice Quevedo:

Que el viejo que con destreza  
se ilumina, tiñe y pinta,  
eche borrones de tinta  
al papel de su cabeza;  
que enmende a Naturaleza,  
en sus locuras potrero;  
que amanezca negro cuervo  
durmiendo blanca paloma,  
con su pan se lo coma.

.....

Así los vicios de soberbia, vanidad, lujuria, envidia, avaricia, son atacados por ambos por igual y con crueldad, y a veces, con manifiesto regocijo.

#### 4.5. OTRAS FUENTES ETICAS

No es fácil agotar las fuentes de Quevedo. No hemos negado que hubiese más fuentes fuera de esta doble corriente abundosa: lo estoico y lo cristiano, por eso nos apresuramos a señalar unas pistas para seguir ahondando en nuestro empeño: Quevedo imita y tiene precedentes de sus obras en los temas clásicos, a los que supo dar viveza, ingenio y finalidad.

Así, pues, fuera de las corrientes comunes señaladas, Quevedo frecuenta otras y otras. Veamos algunos ejemplos clarividentes.

En la "Visita de los chistes", se encuentra un epigrama latino de Sebastián Scheffer, poeta alemán del s. XVI. En él, la respuesta desenvuelta de la muchacha que refiere el rey Perico, la pone Quevedo distribuída en un diálogo entre la muchacha y su madre.

Al final de las Zahurdas de Plutón, Quevedo recuerda a otro lírico latino alemán: Helio Eobano (1488-1550) (184)

El soneto "Buscas en Roma a Roma ¡oh peregrino!", para Samuel Johnson, está tomado de Janus Vitalis, el poeta húngaro de los dísticos (1434-1472) según lo expresó en "The Life of Samuel Johnson"; XI primer glosario, 1778: "Luego de observar que la mayor parte de los edificios sólidos de Roma han perecido totalmente, en tanto que el Tiber permanece igual, agrega:

"Lo que era firme huyó, solamente  
lo fugitivo permenece y dura.

Véase en Janus Vitalis: "immota tabescunt; et quae perpetuo sunt agitata manent".

Pero aún aunque hubiese desconocido al poeta lírico húngaro, en 1558, Joachim du Bellay ya los había vertido al

francés en su "Antiquitez du Rome":

"Nouveaux venu qui cherches Rome en Rome  
et rien de Rome en Rome n'apperçois,  
ces vieux palais, ces vieux arcs que tu vois,  
et ces vieux murs, c'est ce que Rome on nomme.

Pero todo soneto en equivalencia está aquí:

Voy quel orgueil, quelle ruine: el comme  
celle qui mist le monde sous ses loix  
pour dont tout, se douts quelquefois.  
et devint proye an temps, qui tout consomme.  
Rome, Rome est le seul monument,  
Rome, Rome a vaincu seulement.  
Le Tiber seul, qui vers la mer s'enfuit,  
reste de Rome. O mondaine inconstance!  
Ce qui est ferme est par le temps destruit  
et ce qui fuit, au temps fait resistance.

Del mismo Joachim Dellay es este epitafio (libro IV de Poemata 1558): Latravi ad fures, tacui cum venit amator. Góngora, Quevedo e Iriarte lo imitaron en España. He aquí sus textos:

Iriarte:

Latratu fures excepi, mutus amantis  
sic placui domino, sic placui dominae.

Góngora:

A los ladrones ladré,  
al amante enmudecí,  
a mi amo agradé así,  
así a mi ama agradé.

Quevedo en el "Túmulo de la mujer de un avaro que vivió libremente", donde hizo esculpir un perro de mármol llamado "Leal":

Yacen en esta rica sepultura



.....  
 leal el perro que miráis se llama,  
 pulla de piedra al tálamo inconstante,  
 ironía de mármol a su fama.  
 Ladrón al ladrón pero calló al amante  
 así agradó a su amo y a su ama;  
 no le pises que muerde, caminante.

Se quiere buscar una filiación rara de los versos del famoso soneto festivo "érase una nariz", pero hay que tener en cuenta que para un hombre del siglo de oro español las antologías griegas y latinas y sus ideas, eran patrimonio común e iban entrando en sus escritos con la espontaneidad tal, que es difícil distinguirlos de la ocurrencia personal.

Es interesante, sin embargo, la comparación de este soneto de Luevedo ed. 1648 titulado "Amor constante más allá de la muerte".

Cerrar podrá mis ojos la postrera sombra  
 que me llevare el blanco día.

Y este otro de Camoens que pudiera llevar un título semejante:

Si el fuego que me enciende consumido  
 de algún más suelto Acuario ser pudiese;  
 si el alto suspirar se convirtiese  
 en aire por el aire desparcido;  
 si un horrible rumor siendo sentido  
 la alma a dejar el cuerpo redujese;  
 por estos mis ojos al mar fuese  
 este mi cuerpo en llanto convertido:  
 nunca podría la fortuna airada,  
 con todos sus horrores, sus espantos,  
 derrocar la alma mía de su gloria;  
 porque en vuestra beldad ya transformada,

ni del Estigio lago eternos llantos  
os podría quitar de mi memoria.

Si el original permite entrever la posibilidad conceptual, las guías sonoras, el artuculado en sabio dibujo, las sugerencias rítmicas ancauzan la expresión de modo que la gente, en vez de resolver el misterio poético, redobla la admiración porque todavía se erigió sobre mármol bruto.

Dante en su Divina Comedia, Luciano de Samosata, Hipólito, Villalón escribieron sueños y descripciones antes de nuestro Quevedo, y fueron sin duda conocidos y leídos por él, pero en su contenido, fines y movimiento, Quevedo es diferente aunque pudo copiar de todos.

Sobre la influencia de Luciano de Samosata en Erasmo y aún en toda la sátira dialogada del Humanismo se tiene que contar con los estudios de Bataillon, (*Erasme et l'Espagne*) (185).

Raúl A. del Piero (186) cree haber detectado algo de las fuentes originales del sueño del infierno, dice que las listas de herejes que Quevedo cita en el infierno (187), las toma de los que redactó Filastrio, obispo de Brescia, según la edición de Basilea de 1528. A cada hereje se le cuelga su sanbenito: dice por ejemplo a Orígenes, apóstata doctísimo, atormentado de sus errores y convencido de sí mismo. Estos comentarios también están inspirados en este famoso catálogo, pero añade de su cuenta, y califica por su parte a otros herejes a quienes condena en particular.

Las primeras 32 herejías enumeradas en el Sueño del infierno están tomadas del texto de Filastrio, y casi exactamente en el mismo orden:

#### FILASTRIO

#### QUEVEDO

1. Ophitae

Ofiteos

2. Caiani

Cainianos

3. Sthiani	Sethianos
4. Dositheus	Dositheo
5. Sadducaci	Saddoc, autor de los saddu ceos
6. Pharisei	Fariseos
7. Samaritani	- - -
8. Nazarei	- - -
9. Esseni	- - -
10. Heliognosti	Heliognósticos devictíacos
11. Renarum cultores	Los que veneran las ranas
12. Musoritae	Musoritos
13. Musca-Accaronitae	Los que adoran la mosca <u>ac</u> caronita
14. Trogloditae	Trogloditas
15. Fortuna Coeli	Los de la fortuna del cie- lo
16. Bahalitae	Los del Bahal
17. Astharitae	Los de Asthar
18. Haeresis de idolo Moloch et Remphan	Los del ídolo Moloch y <u>Ren</u> fán
19. Haeresis de ara Tophet	Los del ara de Tofet
20. Puteoritae	Puteoritas
21. Haeresis ob aeneum ser- pentem	Los de la serpiente de me- tal
22. Haeresis subterraneis in locis ad omnem turpidi- nem apta	- - -
23. Haeresis cum thamur si- mulachro	Las judías... que lloraban a Thamur en su simulacro
24. Belitae	- - -
25. Haeresis cum Bahal idolo	Bahalitas
26. De Pythonissa muliere	La pitonisa arremangada

## haeresis superstitiosa

- |   |  |
|---|--|
| 27. De Asthar et Astharot                                       | Los de Astar y Astarot                                   |
| simulachris haeresis  |  |
| 28. Herodiani   | Herodianos   |
| Catalogus eorum qui post Christi passionem haereseos arguuntur: |  |
| 29. Simon Magus   | Simón el Mago  |
| 30. Menandrus   | Menandro   |
| 31. Saturninus  | Saturnino  |
| 32. Basírides   | Basilides  |
| 33. Nicholavs Antiochenus                                       | Nicolás Antioqueño                                       |
| 34. Haeresis ab Iuda traditore                                  | (En varios lugares de la obra de Quevedo, pero no aquí). |
| 35. Carpocras   | Capócrates   |
| 36. Cerinthus   | Cerinto  |
| 37. Hebion  | Ebión  |
| 38. Valentinus  | Valentino  |

Para el juicio final, en particular, se pueden señalar abundantes fuentes: Alfonso Valdés: "Mercurio y Carón". "Fin del mundo y segunda venida de Jesucristo", del Beato Hipólito.

La visión de Filiberto. La vida y la muerte de Fray Fco. de Avila (1508). Las cortes de la muerte de Fray Hurtado de Toledo (1567). La tragicomedia alegórica del paraíso y del infierno (Burgos 1599). El tratado del Juicio Final del P. Nicolás Díaz (Madrid 1599). Dialoghi Piacevoli di Niccolo Franco, 1524. I mondi celesti terrestri et infernali d'Antonio Francesco Doni, 1562. En fin, las danzas medievales; a todos pudo llegar D. Francisco de Quevedo, pero no es menos cierto, que, aún así, no deja de ser original su obra.

#### 4.5.2. Fuentes para la Política de Dios.

Como posibles: al P. Mariana y a Suárez; los italianos Peruta, Campanella, Baccalini, Botero, ..., en la "Utopía" de Tomás Moro; en los franceses Bodin y Languet; en Justo Lipsio.

Ahora bien, la originalidad de la política ha sido discutida y cada vez menos admitida. Clotet elogia el sistema de Quevedo como original. Merimée fue uno de los primeros en analizar en su justo valor el pensamiento político de Quevedo. (Vie et oeuvres de Quevedo). Osvaldo Lira (visión política de Quevedo). Emilio Carilla, (Quevedo, Tucumán 1949), insiste en la falta de originalidad. Sobre política cristiana sacada de la Sda. Escritura y de los comentarios de los Padres que ya había escrito Francisco de Monzón, "Libro primero del príncipe cristiano", 1544. Felipe de la Torre, "Institución de un rey cristiano colegida principalmente de la Sagrada Escritura y sagrados doctores (1556). La del Padre Rivadeneyra: "Tratado de la Religión" 1595.

Quevedo aboga por una forma de gobierno de monarquía tradicional defendida en España, tomada del modelo divino (188). El Rey es, además, monarca absoluto y de origen divino (189).

El escoger a Cristo por modelo se puede explicar por un retorno a Cristo preconizado por los erasmistas.

Las virtudes exigidas al rey: ser modelo de obediencia, de servicio, de verdad, idea aplaudida por Don Francisco de Quevedo en la obra de Erasmo: "De institutio principis christiani", porque dice textualmente: *Vulgus nihil imitatur libentius quam quo a suo Principe conspexerit*. "Tal es el rey, tal es el reino".

Precedentes de su obra política hay muchos y ricos tratados, pero su singularidad no deja de extrañar aún hoy. Para

algunos fue una auténtica traición y superchería de engañaviejas el ir a buscar modelos al Evangelio, -práctica de devoción- venida a ser ley de estado, pero no lo es así para todos. La fuente del análisis de las funciones de los consejeros del rey. La falibilidad del hombre creado, analizada por los pensadores de la época y, por otra parte, la necesidad de declinar las funciones para un vasto imperio, hace pensar a Felipe Torre (O.C. 54) "que el rey tiene necesidad de ayuda que haga, que sirva como de ojos para poder ver y proveer lo que en el Reino acaeciere (ver Quevedo). Problema capital y original de Quevedo".

Aborrecimiento de la tiranía, que ya Ginés de Sepúlveda advertía en "De regno": (1571) (Ilerdae f. 12 v:) "Primum quod tota regis administratio ad subiectorum bonum publicum refertur; tyrannica vero ad privatam ipsius tyranni commune est".

A propósito de tiranicidio y de la justificación de la guerra... La política de Dios es de un tono moral y ético muy superior a todos los citados. Pero Quevedo no baja a las soluciones prácticas, frente a un Furió Ceriol (190) se queda moralizando sobre las virtudes del gobernante.

Lucha contra el "Príncipe" de Maquiavelo, que se levanta durante s. XVI y XVII en España. Quevedo se distingue por la enorme inquietud sembrada en los lugares comunes que expone, la fuente de ese cuidado, como lo llama Quevedo, es la enorme dificultad por imitar "la política de Dios", conocimiento lleno de angustia y pasión.

Fray Luís de León en los Nombres de Cristo: "Rey de Dios": sólo Christo supo ser Rey (San Juan 8,12); Kempis (1.1 al principio)... Cristo por naturaleza real es Rey. Frente a Erasmo en: Institutio principis christiani: "Exemplum administrandi potissimum ab ipso deo petendum et ab homine Deo-

que Christo e cuius dogmati praecepta quoque sumenda erunt potissimum" (191).

Erasmus siente la necesidad de meditar el asunto para persuadirse de su verdad, y así otros autores como Rivadeneyra M. en su "Tratado de la Religión"...(1595) p.42 cuando dice: "Aquí está cifrado todo lo que se puede decir a este propósito, que los príncipes tengan la ley delante los ojos que ella sea su espejo, dechado, su vida, su luz y con ella se levanten y con ella coman..." y Mártir Rizo, J. P. que siempre es necesario aprender, y lo que dice Quevedo: Pontífice, Emperador, reyes, príncipes... todos tenéis que aprender.

Arrogante y modesto, exégeta y predicador, intermediario y portador de la verdad, el sentimiento de inseguridad y de miseria que le obliga a vociferar, a tapar el abismo entre lo divino y lo humano.

#### 4.5.3. Fuentes del Buscón

De clara finalidad moral. Es tan útil como laborioso buscar sus fuentes de inspiración. Quevedo conocía y tenía presentes desde los personajes, hábilmente creados por Juan Ruiz (Arcipreste de Hita), los de la Celestina y los simpáticos bribonzuelos del patio del Monipodio, hasta el Diablo Cojuelo, publicado por primera vez, cuatro años antes de su muerte.

El infinito amor de Cervantes, derramado en sus criaturas artísticas nos hace hermanar la compasión y la simpatía hacia estos engendros, aunque sean el deshecho de la sociedad. Pero hay un pesimismo y acritud iniciado en el Lazarillo e intensificado en Mateo Alemán, por el que solo deja en el lector la sombría y cruda visión del mundo, proyectada sobre el alma. Quevedo aumenta si cabe esta oscuridad en su caricaturesco Buscón y las atenuaciones de lo jocoso, difícilmente borran esa sensación triste y desagradable.

Pero, si del Lazarillo, el Guzmán, el Marcos de Obregón o el Diablo Cojuelo admiramos la fidelidad, el retrato típico que nos mueve a exclamar: "si no existieron, pudieron existir", lo encontramos en la obra Quevedesca.

Quevedo va mucho más allá. La realidad no es punto de llegada, es punto de partida. La realidad se deforma en sus manos, se alarga, se retuerce y se transforma como en los pinceles retratistas del espíritu del Greco.

Se convierte en caricatura con nuevos aspectos aún dentro del mundo real. Frente a lo descriptivo y analítico de un Guzmán de Alfarache o a lo agridablemente primitivo y esencial del Lazarillo de Tormes.

Quevedo es la síntesis elaborada, mental que, prescindiendo de lo innecesario, hace resaltar abultado el gesto



que define el carácter. Y traza el garabato esquemático, que indica el estudio todo de un interior.

El ingenio y la originalidad socarrona de Quevedo sigue caminando en esta misma deformidad que él ha creado, se recrea y regodea, añade y aumenta hasta superarse a sí mismo, hasta el "barroquismo".

Pero aún hay que añadir, para dar con la fuente del Buscón algo esencial: "Hay en esta obra quevedesca como una doble carrera opuesta, iniciada un ansia de aventura desbordante y un anhelo psicológicamente acallado de huida del mundo". (Leo Svitzer)

Se explicaría esto pensando en la influencia de los recuerdos personales y la proyección misma de su vida. Se imprimió en 1626, ya tenía 46 años, pero se sabe que estaba compuesta 20 años antes y que el autor era joven, aún apenas acabados los estudios en Alcalá y Valladolid.

Se puede entrever Segovia, Alcalá, Madrid, Toledo, Sevilla tras las celosías, alusiones, hechos de sus halgaradas estudiantiles y de sus viajes. Pero una elaboración mental, trabajada y reflexiva los ha transformado.

Las lecturas se han mezclado con la experiencia y es difícil sacar luz sobre la confusión creada.

Su originalidad no la constituyen pues los asuntos nuevos ni las nuevas invenciones o creaciones literarias, sino de una manera de tratarlos, su fin, su composición.

Los jocundos versos de Juan Ruiz, la desgarrada prosa del Corbacho, la sentenciosa Celestina, pero además, como ya señaló Marcelino Menéndez y Pelayo, las famosas Maqamat del Hariri. Redactado por el Hariri (1054-1122) en el personaje Abu Zayd de Saruch es el que tiene a su servicio una serie de personajes, peones de su lucimiento. Es peregrino, maestro jurista o se transforma en orador, se pasa por li-

bertino o imán de la Margarita, predicador o gran pontífice de la cofradía de los vagos. Cambia con facilidad de figura y desempeña con rara habilidad los diferentes personajes... divierte, impresiona, encanta y hasta conmueve.

Vagabundo de ciudad en ciudad, busca la ocasión de arramblar con cuanto encuentra.

Canta las delicias de la vida mendicante. Justifica el aserto de que Dios es Padre del pobre y principio de toda generosidad. Los mendigos son la confradía más tranquila: no les alcanza la justicia, ni la guerra: ni temen a Dios ni al Diablo; por donde pasan recogen lo que hallan, Son como los pájaros del cielo que salen por la mañana con el vientre vacío y vuelven hartos.

Se encandila con el dinero.

Su astucia es proverbial. Prefiere un grano de mijo en la mano a una perla prometida. No se fía de los caprichos de la fortuna.

"La muerte nos circunda y ha trazado un círculo alrededor de cada criatura".

Gusta del vino tras de alguna de sus jornadas ganaciosas: "ilumina los dolores, corre y cura tus heridas, disipa las penas". Pasión por la independencia. "Ser pobre y correr de tierra en tierra, vale más que tener altos cargos".

Pero además, "el Spill" de Jaime Roig. Milá y Fontanals cree que la picaresca tiene que relacionarse con "el Spill" o libro de los consejos de Jaime Roig. El médico de la Reina Doña María, cuenta su propia vida, que tiene todo el aire posible de la de un pícaro del s.XVI ó XVII.

Su nacimiento dudoso; aparece como huérfano de padre; su madre le arroja de casa mal vestido y sin blanca. Un caballero catalán lo toma como paje, pero vuelve hacia Valencia, su tierra natal y es nuevamente despedido. Inicia sus correrías

a través del ancho mundo: Tarragona, Barcelona, Francia, Ve ziers, Puy, Sanit-Dénis, París y hasta se enriquece y pasa a la corte. Vuelve de nuevo por los antiguos reinos y empie za una serie de casamientos desgraciados,... descripción corbáchica de la mujer, hasta que Salomón se le aparece, le aconseja prepararse a morir con obras de penitencia y caridad.

Sus ediciones fueron raras, pero a fines del s.XVI se ha bla de él y en la Biblioteca de Hurtado de Mendoza figuraba la edición de 1561.

Finalmente hay para Quevedo una fuente viva y semoviente, la sociedad como objeto. Hay que señalar aquí, sin duda, es te valor en Quevedo. En efecto, frente a la masa viva y actuante fue para Quevedo un rico venero de experiencias no aprendidas en sus muchos libros y lecturas. Fuente ética y ascética de donde saca continuas lecciones y de donde quiere huir en un afán de superación. Para Quevedo la sociedad multiforme del mundo, porque abarca el anchísimo orbe del siglo, está enfrente, para meditarla para corregirla y para ser aleccionado y aleccionarla.

C a p í t u l o    V

" C R I T I C A

Y

P R O Y E C C I O N

D E

S U

P E N S A M I E N T O

E T I C O "

## V. CRÍTICA Y PROYECCION DE SU PENSAMIENTO

### 5.1. Crítica al pensamiento ético de Quevedo

Ha sido C. Burnier (192) que en su tesis sobre el neoes-  
toicismo, ha descubierto unos caracteres fijos en los estoi-  
cismos históricos, validamente aplicables, quizá, al neoes-  
toicismo quevedesco.

Es una ética de preceptos frente a una ética de dogmas.  
Frente a elaboraciones sistemáticas, conjugadas, coordina-  
das y constantes, como si la filosofía, el pensar reflexivo  
metafísico, descendiese de su pedestal y diese al pensamien-  
to capacidad de convertirse en exhortador, predicador, homi-  
liero. No es que pierda el vigor del pensamiento sino que  
se acerca al hombre concreto para hacerse su pedagogo.

Séneca lo había expresado en la Carta LXXXIX,13; y en la  
XX,2 se puede leer con esta misma intención: *facere docet  
philosophia, non dicere*. Su practicidad se convierte en sen-  
tencia: "*Quidquid legerit, ad mores statim referas*". (LXXXIX,13).

¿Viene de aquí su proyección a la sentencia enjundiosa,  
intencionada, preñada de intencionalidad? Basta leer algu-  
nas de las recopiladas con el título de Migajas sentencio-  
sas (193). Mas de 1.500 sentencias éticas sobre el vivir,  
las costumbres, la política, los bienes, las personas:

"Tiene viveza, aunque no es de igual juicio (dijo-  
se por un sujeto); está turbado por una secreta ambi-  
ción y otras pasiones, sin advertirlas. Vive muy en-  
gañado de su amor propio y está celoso de su gloria,  
que no admite compañeros en los trabajos de los nego-  
cios, ni se vale para ellos del consejo ajeno.

Aprehende muchas cosas a un mismo tiempo, y en las  
ejecuciones le falta la elección: quiere conseguir los

finés sin pasar por los medios" (194)

Quevedo enlaza con la antigua y nueva forma de frases paralelas de antítesis, sentencias breves, cortadas y rápidas que no corren seguidas y chocan y se cruzan con otras. Proceden de los Santos Padres donde él tanto gustaba de bucear y encontrar fondo. A veces pone la vehemencia de un predicador que quisiera emocionar a un gran público que le estuviera escuchando. De Mateo Alemán es la frase "Con esto me guardaré; qué podría tener talento para un púlpito". ¡Como si sólo desde el púlpito pudiera moverse al público numeroso!

Es una ética personalista, individualista. Una sentencia de Crisipo: "Vive según la naturaleza, conforme a la naturaleza", ha sido lema muy importante para los estoicos. El dominio, la vigilancia de sí propio, hasta llegar a obrar por sí mismo sin necesidad de preceptos.

No se trataría para Quevedo de conocer las cosas en sí mismas, el objeto en sí, y luego de transmitir su conocimiento. Su descripción no es realista, anodina, sencilla, ahí puesta, no es por aproximaciones descriptivas que nos conduzcan a él o hacia él. Son más importantes las relaciones, los puentes tendidos por el poeta (sujeto conceptista) que si no ocultan, niegan la visión directa, o la impiden a una primera mirada y nos obligan a contemplarla reflejada en otras cosas.

Hay una reflexión sobre objetos, seres, personas, que se refieren, que reflejan o revelan la realidad, mejor dicho, que dan testimonio, son el eco, o la voz de lo que él quiere comunicar. La creación variada puede ser como las distintas autotestimoniales del autor.

Muchos textos y alusiones se podrán traer para comprobar este estilo, sistema y contenido Quevediano. Para verlo con más claridad vamos a poner en paralelo dos descripciones so

bre el mismo tema: Cervantes describe la presentación de una Señora que maravillaba a don Quijote por su hermosura:

"Apenas hubo entrado cuando de una sala que en el patio estaba vió salir una moza, al parecer de quince años poco más o menos, vestida como labradora, con una vela encendida en un candelero. No puso Avendaño los ojos en el vestido y traje de la moza, sino en su rostro, que le parecía ver en él los que suelen pintar de los ángeles; quedó suspenso y atónito de su hermosura y no acertó á preguntarle nada; tal era su suspensión y embelesamiento. La moza, viendo aquel hombre delante de sí, le dijo:

- ¿Qué busca, hermano? ¿Es por ventura criado de alguno de los huéspedes de casa?

"Sucedió, pues, que otro día, al poner del sol y salir de una selva tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén o hacanea blanquísima, adornado de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora así mismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió a entender a Don Quijote ser aquella alguna gran señora, que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y así, dijo a Sancho:

- Corre, hijo Sancho, y dí a aquella señora del palafrén y del azor que yo, el Caballero de los leones, beso las manos a su gran hermosura."

Unas cuantas aproximaciones importantes, determinantes,

de lo que se trata: una moza, vestida de labradora, el rostro como el suelen pintar a los ángeles, su hermosura. El objeto centrado por las aproximaciones que le acompañan y enmarcan: el momento, el lugar, los vestidos, los ademanes, los adornos, ...

Una progresiva aproximación de la acción indicada por los verbos al ponerse el sol y al salir de una selva, llegando cerca conoció, llegóse más, vió.

Una constancia y permanencia de la contemplación del objeto real, cuya importancia, permanencia y actitud hay que destacar: venía, traía, debía ser, ... gallarda señora, sobre hacanea blanquísima, guarniciones verdes, sillón de plata, bizarra y rica. Una mujer hermosa.

Pero veamos en Quevedo una transmisión semejante y analicemos brevemente su contenido en comparación:

"Mira una mujer, en quien la Naturaleza ocupó los pinceles de más cuidadosa hermosura, cuánto estudio pone en desconocerse del ser humano en todo. Añádese la estatura con el chapín, disimula con zonas de plata y bordaduras de ámbar y oro el corcho; viste en pirámide pomposa la dimensión de su persona; miente el bulto que la falta. Añade su blancura al ampo artificial; baña de resplandor sus mejillas; enciende en rubíes sus labios; apretado el cabello con un zodíaco de diamantes, en que no arde menos encendido el sol. Con joyas y manillas, arracadas y sortijas, remeda el firmamento, sembrada de constelaciones cetellantes, persuadiendo a los ojos que es esfera racional: con que hipócrita de divinidad, es maravilla tirana de los sentidos y potencias más bien reportados, aprisionando en una visita descuidada, en un movimiento casual las letras en los doctos y las armas en los valientes; aherrojando en un



cabello libertades frequentosas y magníficas, encendiendo en volcanes la nieve, que la muerte con el último invierno ventisca en las canas. Y por la última y más insolente de sus hazañas, granjea la idolatría, multiplica herejes, es deslizadero de los virtuosos, despeñadero de los malos, moneda falsa que muchas veces nos compra lo temporal, y no pocas veces lo eterno."

"Venía una mujer hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban y dejando los corazones llenos de deseos; iba ella con artificioso vestido escondiendo el rostro a los que ya la habían visto, y descubriéndole a los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo, tal vez por tejadillo, ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, y ya se hacía brújula mostrando un ojo solo y tapada de medio lado, y descubría un tarazón de mejilla. Los cabellos martirizados hacían sortijas a las sienes; el rostro era nieve y grana y rosas, que se conservaban en amistad, esparcidas por los labios, cuello y mejillas; los dientes transparentes, y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones; el talle y paso ocasionando pensamientos lascivos; tan rica y galana como cargada de joyas recibidas y no compartidas."

El objeto se presenta de improviso y se da por conocido: "Mira una mujer de cuidadosa hermosura..." Venía una mujer hermosa... No es lo importante, ni lo que se quiere transmitir, como para olvidarlo, ni se prepara, ni centra.

Lo más importante es lo que hace, significa, proyecta, provoca: "pone estudio en desconocerse del ser humano", aña de estatura con el chapín, disimula, viste en pirámide pom-

posa la dimensión de su persona, miente el bulto que la falta, añade su blancura, baña, enciende, ... remeda ...

Las consecuencias, como mensaje, como transmisión de ideas éticas no bebidas en si en el objeto mismo, sino proyectadas por él, por el pensador que lo contempla, que sirve de puente y de trasladador: persuadiendo a los ojos, esfera racional, es maravilla tirana de los sentidos y potencias, aprisionando las letras de los doctos y las armas de los valientes, aherrojando, encendiendo, como en efectos multiplicadores causas y acciones de comportamiento posible: granjea idolatría, falsea religión, multiplica herejes, es deslizadero, despñadero, moneda falsa.

Como si Miguel de Cervantes se hubiera olvidado quién es el sujeto transmisor y sólo hubiera quedado el objeto contemplado, fuente de belleza, de realidad, de verdad.

Como si en Quevedo el objeto hubiérase convertido en una sombra que pasa y queda la reflexión, la proyección, la acción proyectada por el sujeto puente transmisor que arrastra a todos los sujetos que la contemplan y les compromete y aborda en una respuesta obligada. Como si el conocimiento engendrara responsabilidad, en vez de pura verdad, compromiso personal, individual, subjetivo, en vez de participación inocua ¿objetiva?...

Pero por si pareciera demasiado rebuscado el ejemplo, demasiado socorrido el elemento elegido por los poetas, buscamos otro paralelo en una oración fúnebre.

Cervantes. Habla Ambrosio: "Ese cuerpo, señores, que con piadoso ojos estáis mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Crisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave

sin presunción, alegre sin bajeza, y, finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó a una fiera, importunó a un mármol; corrió tras el viento, dió voces a la soledad; sirvió a la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojos de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, a la cual dió fin una pastora a quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieron mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo a la tierra."

Hay una presentación del cuerpo, del objeto, con una descripción minuciosa, progresiva, jerarquizada de sus cualidades, con una letanía de sus actos que intensivamente se van centrando y concentrando en él, con la técnica de contrastar con las desgracias y causas de su muerte. La leve alusión a los que le rodean: "que estáis mirando" en ningún momento borra el enfoque central del "objeto" que es el gran transmisor de verdad.

Quevedo. La oración fúnebre de Marco Bruto:

"Hoy no es día de hablar de Julio César, sino de enseñarle. Mejor os informarán vuestros ojos de sus heridas que mi lengua. Oíd a su cuerpo, que sus crueles puñaladas tienen voz, y os persuadirán mejor, abiertas con los puñales de sus parientes, que mi boca, cerrada con los suspiros y anegada con el llanto. Sus virtudes fueron las que merecieron tan grande envidia, y con esto digo cuán grandes fueron. Su valentía tan generosa, que para su muerte no dió lugar sino a la traición de su hijo y de sus más favorecidos amigos. Sus armas tan

justificadas, que si se ha de estar al parecer del cielo, los dioses (contra todos sus enemigos) con el suceso las aprobaron. Sus hazañas son toda la gloria vuestra y de esta ciudad, cabeza del mundo. Si Pompeyo venciera a César, mataran a Pompeyo, y a César lo mataron porque venció. Dedicaron estatuas a la desdicha de aquel y puñaladas a la victoria de éste. No pretendió quitaros la libertad, sino aliviáros la del dominio molesto de muchos padres, con el moderado de un hijo sólo. No le mataron porque era tirano, sino porque estaba baba que lo fuesen ellos. Ayer le dieron la muerte, y hoy los matadobres se han dado a sí mismos las provincias. Despedazaron al que las ganó para vosotros y repartiéronlas entre sí por premio de haberlo muerto, haciendo precio de un homicidio tan alevoso los triunfos esclarecidos de vuestro capitán. ¿Cómo podía querer usurparos lo que tenéis, quién, como habéis oído en su testamento, os dejaba a todos lo que tenía, y que si pudiera hablar, por el amor que os tuvo, agradecería a los traidores su muerte, por haber acelerado con ella, en el cumplimiento del testamento suyo, vuestro socorro? Herederos de César sois: ahí tenéis su hacienda, presente tenéis su cuerpo y sus homicidas. A vosotros toca repartir el fuego de suerte que juntamente le consuma difunto y le vengueagraviado".

Quevedo no trata enseñar el cadáver ni de hablar de Julio César, sino de las enseñanzas que su muerte nos transmite con esta circunstancia. Como puesto en un púlpito, va reflexionando para todos los auditores lo que ha pasado, lo bueno y lo contrastadamente aborrecible. Los protagonistas son los oyentes quienes tienen que aprender, reflexionar, observar, reaccionar. "Ahí tenéis su hacienda"... Quedan emplazados,

retados... "A vosotros toca repartir fuego" de suerte que juntamente consuma al difunto y a los homicidas...

Cervantes le va preparando el camino solamente al lector; espera que colabore con él y descubra el objeto que le quiere mostrar. No le espolea ni le aguijonea con una acción tras otra. Quevedo le deja sin aliento ni respiro con exigencias cada vez más comprometidas, más directas. Cervantes pone deliciosas partículas en el camino que preparan la entrada y el encuentro. Quevedo, en su estoicismo directo exigente y personalista, no se arredra con los cortes, bruscas afirmaciones, perfiles intelectuales, racionales, cortantes:

- Morirás. Esto es naturaleza del hombre, no pena. (De los remedios de cualquier fortuna.)
- Estudiemos algo para el que estudia; escribamos algo para el que escribe. (Nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la doctrina estoica.)
- Frecuente se lamenta David de la perfidia, idolatría, ceguedad y dureza de los judíos. (La primera y más disimulada persecución de los judíos contra Cristo Jesús y contra la Iglesia en favor de la sinagoga.)
- Vida y muerte que dejaron a España deudora de tantos beneficios, doctrina y milagros. (Epítome de la historia de la vida ejemplar y religiosa muerte del Bienaventurado fray Tomás de Villanueva.)
- Son la cuna y la sepultura el principio de la vida y el fin de ella. (La cuna y la sepultura.)
- Recelar, decir a vuestra merced que se muere, es acusarle el discurso de hombre y negarle la razón. (Doctrina para morir.)

Pueden compararse estos principios de obras de Quevedo, con estos otros:

"En un lugar de la Mancha..."

"Hechas, pues, estas prevenciones."

"Y así, fatigado de este pensamiento..."

"La del alba sería..." (Cervantes)

Todo, como siguiendo un pensamiento anterior; con miedo a romper, a cortar bruscamente, sin respeto, al lector.

Es una ética social y de encuentro con lo sagrado.

Como si Quevedo bajara a la calle, cansado de sus lecturas y tradiciones, y por natural reacción se metiera a buscar personajes para su ejercicio entre los innumerables pícaros, cuya vida se reduce a elementos esenciales, muy elementales: Su necesidad de vida y subsistencia; de convivencia, acción y reacción y un teleologismo más o menos cuestionable.

No se contradice con la afirmación anterior de su individual personalidad por lo que ha de entenderse social dentro de los límites, forma y conceptos en que se desarrolló el estoicismo y el neoestoicismo. Quiere decirse, quizá, simplemente que es una ética que supera el egoísta bastarse a sí mismo. En la que la amistad, la generosidad y las relaciones de benevolencia, defensa del honor de los demás se tienen en alto valor en su axiología.

Que encuentra fácil y hasta necesariamente el límite de lo sagrado.

Hay como una concepción implícita de la Naturaleza, en la que se aúnan doctrinas aristotélicas, con un providencialismo fuerte. Su menosprecio de las nascentes ciencias naturales hace que la Naturaleza quede en un segundo plano.

Constituye, sin embargo, como un supuesto previo a su antropología, que explica otras características más particulares de su ética.

Un elemento adicional que se encuentra redivivo en la doctrina del barroco es la teoría de la discordia; Quevedo lo hará intervenir frecuentemente.

"Nadie fue jamás tan obedecida del mundo como la discordia; perpetuamente reina en los elementos, sin que pueda tener tregua su guerra; no consiente un instante de paz a nuestros humores; si crees a los astrólogos, todo el cielo es una discordia resplandeciente: no hay estrella que no se oponga a otra, y todas militan con aspectos contrarios, con ella vivimos, della somos compuestos, a ella estamos sujetos por naturaleza. Mucho tiene de providencia esta disensión, que compone, sustenta y vivifica." (195) Esta discordia vivificadora es "... la discordia concorde del universo y la batalla amiga de los elementos, que se abrazan y se conquistan con un brazo de guerra y otro de paz, y que en ellos la disensión pariente es matrimonio perpetuo, de cuya fecundidad proceden todos los partos de la tierra, por la variedad hermosos, por la multitud admirables" (196).

En Quevedo se puede percibir, con cierta claridad al menos, lo que Helmut Hatzfeld llama el código del honor. En él los héroes quevedescos son rebeldes contra toda fuerza más poderosa que ellos mismos. Es la exaltación de la honra del caballero lo que está en juego: es como un destino.., una como necesidad inevitable, un pundonor, una tradición estoica.., una ascética ¿cristiana, quizá?

En ello estribará que: la defensa del pueblo, la defensa del débil atacado, la defensa de la (dignidad) de la mujer, ...adquieran ademanos y caracteres esenciales dentro de este código; no se mirará lo extremoso, fantástico, imperturbable, sin miramientos... Tiene un sentido mezclado e indefinido de grandeza militar, ademanos cortesanos de proteccionismo caballeresco y un si es no es de sentimiento cristiano y en nombre de la religión.

## 5.11. ETICA DE INTENCION O ETICA DE ESCARMIENTO

"La obra total de Quevedo es una lección para siempre, mientras dure la lengua hispánica" (R. Garciasol, Quevedo)

Decir de Quevedo que tiene escisiones contrapuestas y signos contrarios resulta hasta manido, pero analizar por dónde va su orientación ética y cuáles son las causas de este movimiento tensional de avances y retrocesos es insuficiente, costoso y trabajo difícil.

En Quevedo se da una ética no acabada y conclusa, definida y total, invariable y redondeada. Valle Inclán quiso definir a Quevedo y amontonó así: "feo, católico y sentimental" pero esto explica, poco quizá, de lo que en realidad es y quería Quevedo. Pensar así de su pensamiento es posiblemente, al menos, una equivocación.

El 29 de abril de 1626, Esteban de Peralta había leído la vida del Buscón de Quevedo y emitía este juicio:

"Agradecido al mandamiento del señor don Juan de Salinas, vicario general de este arzobispado de Zaragoza, que me obligó a ver un libro tan sazonado como su autor, juzgo que se le debe la estampa por la propiedad de las cosas, por la elegancia de las palabras, por la enseñanza de las costumbres, sin ofensa alguna de la religión. En Santa Engracia de Zaragoza, a 29 de abril, año de 1626." (197)

La licencia del ordinario esta datada en Zaragoza, 2 de mayo de 1626; firmado por Don Juan de Salinas y corroborado por el Notario Antonio Zaporta en la misma fecha; habla en tono aprobativo positivo:

"... por cuanto nos consta no haber en él cosa en que contravenga a nuestra santa fe católica y buenas



costumbres, y mandamos se ponga esta nuestra licencia al principio de cada libro." (198)

La aprobación real no es menos amplia con la novela picaresca de Don Pablos:

"... y porque habemos mandado ver y reconocer primero, se ha hallado que no tiene cosa contra nuestra santa fe católica; el cual es compuesto por don Francisco de Quevedo Villegas, caballero del Orden de Santiago." (199)

Pero el mismo año, el presbítero Ponce aseguraba que con tal aprobación la religión vendría a padecer agravio a los seglares y las costumbres sufrirían deterioro. (200) Pacheco, Niseno, Pineda y el Tribunal de la Justa Venganza se desataban igual contra la novela y contra su autor.

¿Estamos en la línea de combate de los amigos de los enemigos, de los proquevedistas y de los antiquevedianos?

Pudiera ser que nos encontráramos en la situación real de lo que sucede frecuentemente a los críticos de todos los tiempos: la crítica puede propender, a pesar de su inicial liberalización, a los mecanicismos y automatismos casi invencibles que cargan sobre ellos mismos, de los que quizá, no son del todo responsables y que, la sociedad y el ambiente les echa encima; tienen que clasificar la obra, al autor, lo que dice y lo que se espera de él, conforme a unos medios, ideas o patrones usables y se puede escapar lo más importante, lo más distintivo, el aspecto creador, revolucionario, etc.

En 1869 Canalejas clasifica así (201): "Ni las superficiales apologías de Fernández Guerra, ni el primoroso trabajo de D. Juan Valera, me han convencido de que D. Francisco de Quevedo merezca ser incluido en el número de los filósofos", naturalmente, según el concepto que tiene y se tiene en su

época de filosofía, y continúa en el análisis crítico:

"Educado en el escolasticismo, si algo filosófico le atrae, no son los temas fundamentales lógicos ni metafísicos, sino las derivaciones éticas y políticas genuinas de su temple batallador.

No existen para su criterio la verdad ni el error en sí, sino la conformidad o divergencia con el dogma. ¿Por qué enaltece el aristotelismo? ¿Por su valor científico? No. Porque en su lógica y su metafísica "se confeccionan los argumentos de las escuelas católicas" y por ser el antídoto del platonismo. ¿Rechaza el platonismo por deficiencias científicas? Tampoco. Únicamente porque en ella "todos los herejes informaron sus errores" (Prov. de Dios.)

La gran variedad de asuntos tratados por Quevedo le dan carácter de polígrafo, y hacen difícil sorprender en su obra una ley de unidad, pues la misma concepción estoico-pesimista de la vida al modo cristiano, es sello de la época, visible en todos los contemporáneos, si bien más o menos acentuado según la personalidad de cada uno." (202)

Así pueden funcionar otros automatismos que lo pueden clasificar y etiquetar con -ismos en un sentido u otro.

La intención ética de la obra y pensamiento de Quevedo ¿es algo sólido, definitivo, que recorre de principio a fin su producción? Posiblemente no. Quizá taxativamente no. Pero ¿Quevedo se limitó a la experiencia, al sentimiento trágico, al tremendismo, al humorismo negro y a reflejar fatales escarmientos?

Al dedicar al lector su Buscón, dice con curiosos e intencionados acentos:

"Que deseoso te consideró, lector o oidor -que los cie

gos no pueden leer-, de registrar lo gracioso de don Pablos, príncipe de la vida buscona.

Aquí hallarás en todo género de picardía -de que pienso que los más gustan- sutilezas, engaños, invenciones y modos, y no poco fruto podrás sacar dél si tienes atención al escarmiento; y, cuando se lo hagas, aprovéchate de los sermones, que dudo nadie compre libro de burlas para apartarse de los incentivos de su natural depravado. Sea empero lo que quisieres; dale aplauso, que bien lo merece; y cuando te rías de sus chistes, alabe el ingenio de quien sabe conocer que tiene más deleite saber vidas de pícaros, descritas con gallardías, que otras invenciones de mayor ponderación. (203)

Y al terminar, hay una sentencia, de cuya intención ética nadie duda:

"Yo que ví que duraba mucho este negocio, (204)

Pero se puede aludir que ya la misma novela en sí lo lleva, que está de forma admonitoria tiene un proceso histórico medieval que al resaltar el vicio en el relato, se suscita el ansia de la virtud opuesta. Al crear repugnancia, aunque divertida, la reacción psicológica provocada en el lector es la de rechazo del suceso y admiración de lo opuesto. (205).

Pedro Aldrete, albacea de la producción poética de Quevedo, asegura que todas las obras de su tío tienden y propenden a una intención ética:

"Todas ellas, así en verso como en prosa, sacras, serias y burlescas, se dirigen a la reforma de las costumbres y contienen alta enseñanza." (206)

Ha sido tachada de partidista, exagerada o tendenciosa, pero se podría examinar con detención cada una de las obras

y aún de las consideradas más cáusticas o agresivas hubo censores que aprobaron con complacencia.

Por sus especiales implicaciones, traemos aquí la aprobación, en Barcelona, de los Sueños:

"Estos tratadillos de diferentes argumentos, que han sidopreciados por hombres doctos y leídos, con mucho gusto por curiosos y amigos de buenas letras, procuran salir a luz con título de Sueños de verdades descubridoras de abusos, engaños y vicios, en todos los géneros de estados y oficios del mundo, por don Francisco de Quevedo Villegas, etc. Y para ese efecto los he reconocido y examinado por mandato y comisión del Excelentísimo señor obispo de Barcelona y digo que, conforme van en el original que yo he censurado, pueden salir en público por la impresión, sin peligro, por no haber en ellos cosa contraria a la fe católica ni buenas costumbres." (207)

Por más que llevaran halago y adulación, que de todo usó don Francisco, algunas dedicatorias de sus obras no dejan lugar a dudas, sobre su tipo de intención ética:

"A manos de V. Excelencia van estas desnudas verdades, que buscan no quien las vista, sino quien las consienta; que al tal tiempo hemos venido, que con ser tan sumo bien, hemos de rogar con él. Prométese seguridad en ellas solas. Viva vuestra Excelencia para honra de nuestra edad." (208)

Si no se mezclara excesivamente el proquevedismo con los que admiten la proyección de su pensamiento, se podría seguir esta tolerancia o defensa de actitud, desde su época hasta nuestros días, pero por elegir nos vamos a contentar con una rápida, pero significativa muestra de un representante de cada siglo pasado.

Siglo XVIII, Torres Villarroel (209):

"Lo desabrido no es esencia del desengaño; con el celo de lo deleitable se introduce mejor el pasado de lo útil".

Siglo XIX, Fernández Guerra (210):

"El Buscón encierra un pensamiento filosófico y una lección provechosa a la humanidad: la de que viciado el co razón en la niñez con fatales ejemplos, ni los estudios ni el desarrollo de un ingenio despejado alcanzan luego a enderezar sus torcidos y bastardeados instintos."

Siglo XX, Umbral, Francisco (211):

"España es país de muchos tacos. Los tacos vienen de la picaresca y de Quevedo. Fernando Fernán Gómez ha acertado plenamente a dar un poco de dignidad a nuestra T.V. con su serie "Los pícaros". Tenemos un sentido oficialista de la cultura como adorno. No sabemos, aquí en España, que la cultura es siempre contracultura, cuando se está haciendo, y que el genio pasa a las academias después de muerto... La mentira y el crimen son mayor escándalo que el taco."

Si se quiere tener en cuenta el conjunto del pensamiento filosófico de Quevedo (212), y no solo su concepción temporal neosenequista, neoestoicista o intentando sólo presentar su concepción antropológica a la luz de los automatismos de la picaresca, del barroco, o de una concepción filosófica como el pesimismo existencialista (213), no se le regatearon elogios de pensador de talla cuyo sistema salta y hay que conectarlo entre las tensiones que provoca la vida y el espíritu. A veces las negaciones de la ascética le produce el humor, y la ironía y la conciencia del mal y la podredumbre moral, le hace romper el difícil equilibrio que había que guardar.

Habría, quizá, que despojar a su barroquismo de su función literaria, (214) para dejarle en su función filosófica, con el valor intrínseco de su pensamiento y de su viviente existencialidad. Tomamos algunos sabrosos textos vivos y directos y juzguemos sin prejuicios su intención:

"Algunos autores buscan otros mejores ingenios que los suyos, a los cuales compran prólogos para con ellos dar muestras de su habilidad, y que los que compran sus obras atribuyan a ellos lo que en ellas no hay; y leídas ponderen su suficiencia y buen estilo con que engañan a los ignorantes que los leen para comprar la obra.

Yo no pretendo ganar nombre de autor. Quien quisiere experimentar lo que contiene mi tratado, léale y juzgue lo que le pareciere; que yo confío no le ha de reprobar por fabuloso.

Sólo ruego al benévolo lector advierta lo que hoy pasa y suceda en la corte, y que solo vendo el trabajo que confío ha de tener algún merecimiento cerca de los hombres curiosos." (215)

Puede explicarse como anhelo de juvenil ímpetu o es una intención marcada con trazos fuertes y frecuentes: que le reconozcan su veracidad, su no manipulación de lo que ve, su objetividad, su finalidad a lo que describe.

Su vida coincide con los momentos de madurez de la escolástica renacentista española. El año de la publicación de Genealogía de los modorros se publican las Disputaciones metafísicas (1597) y la publicación suareciana "De anima" (1621) coincide con la Política de Dios y gobierno de Cristo de Quevedo. Los últimos años de Juan de Santo Tomás se inscriben también dentro de la cronología quevedesca. Sus implicaciones éticas se harán notar. Lo que tal vez pueda

mejor definirle en su intencionalidad y tono ético es la afirmación de C. Láscaris Comneno:

"En la historia de la Filosofía existen dos modalidades de pensadores: los que reconocen tener maestros y se apoyan en sus textos, y los que disfrazan las influencias bajo las que se encuentran.

Quevedo es de los primeros, sin que esto quiera indicar total carencia de originalidad, ya que busca los filósofos que coinciden con su temperamento. A primera vista, esta actitud parece propensa al eclecticismo; así se han explicado algunas contradicciones patentes en la obra de Quevedo, sin tener en cuenta la evolución de su pensamiento, que, de un neosenequismo de tipo interiorista, pasa a un agustinismo con metodología suavizadora." (216)

Así apostillaría los "Grandes Anales":

"Ni algún odio me hace sospechoso este discurso para creerle, ni lástima popular para disculparle. No esfuerzo la pureza de mi verdad por mi reputación; sólo porque, cuando más allá de mi sepultura y apartada de los sucesos hablare con vuestros designios mi pluma, por creída pueda ser provechosos, y me deban muerto y olvido, el desengaño y la advertencia." (217)

## 5.1.2. LAS AMBICIONES DE QUEVEDO

La intención ética que atraviesa su pensamiento expresa o tácitamente expuesta, no tiene por qué explicar toda su conducta y comportamiento ni ocultar sus incumplidos propósitos, sus ambiciones latentes: literarias, aristocráticas, que sin duda estaban animadas por los desenfados de su energía, la avidez de su ingenio y por la tonalidad o manera de ser quevedesca, agresiva, insatisfecha.

La sentencia final del Buscón: "nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres", ha dado que sospechar: ¿Es sólo una manera de terminar algo que ya aburría? ¿Prometía una segunda parte, manera elegante: cambiarle de lugar y vida en América? ¿Es una manera de cumplir accidentalmente con el didactismo de toda novela picaresca?

Parece que no. Si nos retrotraemos, incluso en esta obra, a su interior contextura podemos seguir las ambiciones inmorales de Pablos.

Además de los castigos que son la compensación flagrante, el resultado a que lleva al lector es: un descenso cada vez más profundo en lugar de elevarse en la escala social, hasta parar en el mismo fondo de la sociedad. Despreciando la constancia y el trabajo, siguiendo la fascinación de la popularidad y del ascenso social llega a la hez y desprecio de lo más abyecto.

Se han querido ver elementos autobiográficos en el relato de la vida de D. Pablos. ¿Pero no habrá mucha más proyección, que de verdades cronológicas o de sucesos anecdóticos personales, de las secretas, y a veces manifiestas ambiciones de Quevedo?.

Desde la marcha a Madrid de D. Pablos y su entrada en la



corte puede representar la escalada de crédito social, el nombre, el parecer: D. Pablos se esfuerza en mantener una apariencia y distinción por medios fantásticos: robando,

"Somos gente que comemos un puerro y representamos un capón... Estamos obligados a andar a caballo una vez al mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas, y a ir en coche una vez al año, aunque sea en la arquilla o trasera, pero si alguna vez vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo con todo el pescuezo fuera, haciendo cortesías para que nos vean todos." (218)

Pablos medita en la cárcel donde ha sido conducido por robo... consigue la libertad mediante soborno. Está decidido a elevar su posición social más que nunca: intenta hacer un matrimonio provechoso, alquila un caballo por horas, se hace llamar don Felipe Tristán, consigue enamorar a una noble señorita (resulta ser pariente de Don Diego Coronel), se cae de su caballo prestado delante de Doña Ana, don Diego urde la venganza de la paliza y las cuchilladas en la cara, al dejarle sangrando uno de los caballeros dice: "Así pagan los pícaros embustidores mal nacidos" (219).

Quevedo va a dedicar su obra: Mundo por dentro, a su amigo el Duque de Osuna y entre otras cosas dice:

"Estas son mis obras. Claro está que juzgará vuestra excelencia que, siendo tales, no me han llevar al cielo; más como yo no pretendo dellas más de que en este mundo me den nombre..." (abril, 26 de 1612).

Quevedo tendría al escribir al Duque unos 32 años y su pretensión de gloria y ambición está expresa en las mismas dedicatorias de sus obras:

"Bien sé que a los ojos de V. Excelencia es más endemoniado el autor que el sujeto. Si lo fuere también el

discurso habré dado lo que se esperaba de mis pocas le tras, que amparadas, como dueño de V. Excelencia y su grandeza, despreciarán cualquier temor." (220)

Y en una carta dirigida al amigo de Zaragoza, a quien de dica el sueño del infierno:

"Envío a vuesa merced este Discurso, tercero al Sueño y al Alguacil, donde puede decir que he rematado las pocas fuerzas de mi ingenio (no sé si con alguna dicha). Quiera Dios halle algún agradecimiento mi deseo, cuando no merezca alabanza mi trabajo; que con es to tendré algún premio de los que da el vulgo con mano escasa; que no soy tan soberbio que me precie de tener invidiosos pues de tenerlos, tuviera por gloriosa recompensa el merecerlos tener." (221)

Una afirmación más, y definitiva, en este texto en él mismo reflexiona sobre su propia búsqueda de honras y fama.

"Verdad sea que para... que alaben estas obras de ingeniosas y agudas, confío dará poco trabajo y ningún cuidado a los aficionados a ellas y a su autor; pues ellas propias se traen consigo la recomendación y alabanza, y el Quevedo me fecit; porque son tales, que só lo tal autor podía hacer obras de tanta erudición y agudeza."

Estamos quizá aún preparando el camino de lo que Dámaso Alonso ha calificado:

"mordaz en la crítica; doblado sobre sí mismo, defendiéndose de un régimen autoritario, venenoso espíri tu anticlerical y antirreligioso". (222)

O bien ¿tiene que atender también a su medro con atención y cuidado sin descuidar la crítica social? ¿Acaso no le interesa destruir aún esta sociedad que, al menos le sirve materia de sarcasmo?

Quevedo no sólo escribió burlescamente del mundo, del hombre y de la sociedad. Habría para dudar de sus mismas intenciones y declaraciones, so pretexto de ortodoxia, quizá, pero esto no es resultado visto desde el final de su vida, desde su obra más reflexiva, más intensa, más profunda.

Tuvo que ir tanteando opciones sin reposo; se subleva por querer alcanzar lo que no puede y desea y quizá desprecia con sonrisa burlona lo que no consigue.

!Oh, cuán inadvertido el hombre yerra;  
que en tierra teme caerá la vida,  
y no ve que, en viviendo, cayó en tierra!

Ramón Garcíasol ha intentado sintetizar esta ambición al decir:

"Lo quiso todo: el poder, la gloria literaria, la grandeza poética, saciar la comezón nobiliaria, el esclarecimiento filosófico, el comportamiento moral, el sarcasmo por superioridad, el desprecio a lo torpe, el relincho visceral". (223)

¿Se puede explicar todo, todo el comportamiento quevedesco por esta actitud ambiciosa: esperanzada en la juventud, intentada en la madurez, resentida en la vejez?

Quevedo ambicionó gloria y poder, y Quevedo fracasó frecuentemente en sus intentos pero ¿le encerró de tal forma que sólo le guiara y dominara como orientación y norma?

Veamos en su escarmiento, en sus burlados intentos, en sus fracasos y en las grandes caídas de su vida, cuál es su reacción.

Hacia 1632 dedica el "Marco Bruto" al duque y señor del Infantado:

"Señor, no presumo que vuecelencia leerá esta libro;  
prométome le recibirá. Séame lícito compararme conmigo:  
si todo lo que he escrito ha sido defectuoso, esto es

lo menos malo. Si algo ha sido razonable esto es mejor. De mucho que debo a vuecelencia le doy lo menos, y me quedo con lo más." (224)

Lleva ya el frío de la muerte en sus huesos y quizá presume su fin. Cuando se ven más claras las cosas:

"Retirado en la paz destos desiertos  
con pocos, pero doctos, libros juntos,  
.....

Escucho con mis ojos a los muertos  
.....  
al sueño de la vida hallan despiertos  
.....

(la hora) el mejor cálculo cuenta  
que en la lección y estudios nos mejora" (225)

Con notas de humanidad de sentimientos de agradecimiento y consideración tenemos cartas de sus últimos años: A Sancho de Sandoval el 14-IX-1644.

"Es gran alivio tener tan cerca, después de tantas persecuciones, tales parientes que honran y alientan, con que yo voy olvidándome y cobrando algún vigor; preguntame vuestra merced cuál es mi enfermedad, más fácil me será (decir) cuál no lo es, después de cuatro años de prisión, estudiada por el odio y la venganza del poder sumo..."

Entre los años 1609 y 1612 la cabeza de Quevedo hirvió en proyectos. Es la época de sus Sueños, su España defendida y posiblemente su primer borrador de la Política de Dios. Recién salido de la Universidad, licenciado y literaro, se veía abocado a una "aurea mediocritas" en la que se consumirían sus mejores posibilidades. Osuna era la providencia. Si lograba manejar la turbina de esta energía en perpetuo movimiento, podría

derivar en su beneficio y en beneficio del propio Duque resultados satisfactorios. Ambición y orgullo: he aquí dos rasgos de su personalidad. Es interesante observar que la obra puramente literaria de Quevedo durante esos años fue casi nula; sólo escribió poesía de circunstancias. La carga de su saber acumulado se disparó silenciosamente sobre planos políticos y diplomáticos. Acompañó al Duque en sus viajes y empresas; intervino en asuntos financieros; actuó entre gentes sutiles y avispadas como los venecianos, los milaneses y el Papado; recorrió las antesalas del Palacio; hizo amistad con los validos; tuvo acceso a la propia cámara del Rey; ¡Cuántas posibilidades en germen! Y detrás, la mano firme, la decisión organizadora y el nombre prestigioso de uno de los grandes títulos españoles. Nunca podremos saber cómo fue la intimidad entre ambos, aunque de noticias insípidas de cortesanos como Zazzeta extraigamos datos bastante expresivos para entender desde fuera. Fueron como sombra y cuerpo, sin duda. La correspondencia entre ambos lo revela para quien sepa leer.

Informa a Osuna cómo, al descuido, hizo conocedores del valor de sus letras de cambio "a todos los que entienden desta manera de escribir" y cuánta conversación, visita y cortesía anduvo junto con ello. "Andase tras mí -dice- media corte, y no hay nombre que no me haga mil ofrecimientos en el servicio de V. E., que aquí los más hombres se han vuelto putas, que no las alcanza quien no da. Es cosa maravillosa: para los porteros ha sido una "attolite portas"; para los oídos un encanto, para los ojos un hechizo y para mí un temblor notable. Y aseguro a V. E. que en lugar de alargarme

me he arrugado, con el dicho dinero, como pergamino al fuego. A todos los tengo con esperanzas; hágoles gestos de dádiva; hablo palabras con barriga, preñadas; y sospecho que si V.E. me envió treinta mil y tantos... Señor, según yo veo, adelante ha de haber tiempo de un tar estos carros para que no rechinen; que ahora están más untados que brujas.

Los carros "untados" fueron el confesor del rey, fray Luis de Aliaga; don Rodrigo Calderón; el secretario, Tomás de Salazar; el fiscal de cohechos; don Andrés Velázquez; el secretario de Aragón, don Agustín Villanueva, y, finalmente, el duque de Uceda,. Este último durante los años del virreinato del duque de Osuna, recibió en total cerca de dos millones en efectivo, aparte de primorosos regalos en orfebrería, oro y piedras preciosas conseguidas en los abordajes de ga leones turcos por la flota a las órdenes del duque. De las entrevistas con don Rodrigo Calderón queda una anécdota inmejorable. Habiéndole expuesto Quevedo las dificultades que encontraba Osuna para echarse a la mar en corso por cuenta propia, por estar los bajeles atendiendo al servicio del rey, Calderón le aconsejó: "Déjese el duque de esas finezas y envíe los galeones a su corso". Toda esta escandalosa historia de cohecho apareció años más tarde cuando Osuna, destituido y apresado por orden del conde duque de Olivares, vióse envuelto en un proceso.

Al curso de estos donativos preparatorios del virrei nato trató Quevedo de conseguir para sí el hábito de ca ballero de alguna de las tres órdenes. Era vieja ya en él esta vanidad nobiliaria, comprensible si tratamos de entender el valor en activo que entonces tenían los ran

gos sociales. Ser ennoblecido significaba alcanzar privilegios con referencia a la persona y con ella la consecución de este "dulce et decorum" que hace apetecible y satisfactorio el vivir. Era Quevedo, además, un montañés, gente toda muy pagada de blasones, y quizá calculaba lo que esto le significaría en su trato futuro con Osuna y los medios nobiliarios italianos donde estaba destinado a moverse. De sus pretensiones linajudas tenemos una muestra en el manuscrito titulado El linaje de Villegas, encontrado por su sobrino Pedro Aldrete entre los papeles de la Torre, donde el escritor remonta su árbol genealógico hasta el siglo XIII. Pero no consiguió, por entonces, más que una pensión de 400 escudos y con ella hubo de conformarse.

... posiblemente Quevedo puso en la aventura de Venecia todas sus cartas: no de otro modo se entiende que corriese un riesgo como el que voluntariamente aceptó, casi a costa de su vida. Un confidente sencillo o un literato de adorno ni es enviado a tal empresa ni acepta comisiones tan delicadas y peligrosas.

Todo fracasó, como fracasan a veces las empresas mejor pensadas. Para Quevedo, el fracaso y la ruptura con el Duque debieron significar una grave desilusión, y al replegarse a Madrid de nuevo y reentrar en la fauna literaria, se sentiría fuera de situación; engañado y estafado por la vida. A partir de este momento en todos los escritos quevedianos se percibe cierta agrura de hombre desencantado, no tanto por los demás como por su mala suerte, viendo cómo se le iba de entre las manos la situación única. Difícilmente volvería a encontrar horma tan a su medida. Dos veces intentó, más tarde, reproducir la aventura, olvidándose de que la his-

toría no devuelve sus posibilidades de igual manera. Una de ellas fue su intento de aproximación al Conde Duque de Olivares, fracasado por la reserva y desconfianza de éste, quien sólo supo utilizar, a quien se le ofrecía para más amplios usos, como libelista a sueldo. ¡Que tristeza produce leer ese librito "El chitón de las tarabillas"; hecho a la fuerza y arrastrando, en busca de una oportunidad que no volvería nunca! De aquí la sana con que reaccionó más tarde contra el ministro de Felipe IV.

Puede ser frecuente y natural ley compensatoria que el deseo de una persona sea sobresalir por lo que no tiene y ambiciona, y considere como superado, necesario y obligado el mérito que ya se le reconoce. Se dice de Richelieu que sus aduladores le halagaban, sosteniendo que escribía versos mejores que los de Corneille. No le hubiesen perturbado hablándole de su habilidad política.

Tal vez en Quevedo hay como una aspiración pretenciosa, ambiciosa, que no fue del todo satisfecha en su vida. No sabemos si halagada por sus amigos o aduladores, pero que man tuvo alimentó viva: ¿aspiró a ser un gran político?. Junto con la ambición aristocrática y linajuda más o menos integrada, armonizada y acallada, al fin de su vida, la política le tentó siempre.

Astrana Marín afirma: "Ese constante cuidado del bien común le tentó siempre y puso cierta unidad en su vida". Quizá fue incluso uno de los grandes acicates de su obra literaria, como veremos, pero no se puede pensar fácilmente en Quevedo dominado y sometido a esta ambición, a quien vendiese su libertad y personalidad.

Sobre todo no se puede estudiar como sometido al dominio del dinero, y gobernado por esta ambición hasta límites que



lo sacaran fuera de sí.

"Poderoso caballero  
es Don Dinero".

¿Pudo conseguir en la Corte la holgura económica? ¿Prefirió vivir en eternos pleitos? Quevedo estaba inclinado a la satisfacción de altercar, y lo prefería antes que hipotecar su pluma, su honor, su libertad, su rango establecido. El autor de la copla no se dejó atrapar por él. Quizá pudo alcanzar más que un hábito de la Orden de Santiago. Quizá pudo aumentar más sus propiedades que el villorrio de la Torre de Juan Abad.

¿Se podría hablar de una aspiración política desinteresada?

¿Lo que le importaba y preocupaba era la suerte de España?

Su patriotismo se puede mostrar y rastrear con escritos y quizá con hechos, más o menos constantes y circunstanciales.

Una de sus ambiciones no conseguidas pudo ser: Su valor patriótico y su talento político, la experiencia adquirida en estos asuntos no fueron ni descubiertos ni bien empleados. No los reyes ni los validos, ni aún el mismo Duque de Osuna, lo habían utilizado más que en empresas subalternas. Quevedo había ambicionado más.

Quizá por su nacimiento, crianza, recepción en la Corte y armas políticas, al lado de un hombre tan ambicioso como el Duque de Osuna, Quevedo sufrió la mordedura de la ambición política de altos vuelos.

Quiso llegar sin duda al ánimo real, para cambiar las relaciones políticas y las costumbres, directa o indirectamente, por el valido o por otros medios. ¿No es ésta una forma poderosa de hacer ética? ¿Si hubiera logrado in-

troducir a Osuna en la privanza o al Duque de Medinaceli en vez de Lerma, Uceda y Olivares? ¿Qué hubiera sido Quevedo en la Corte? El cerebro gris, reflexivo, agudo, calculador, descubridor...

### QUEVEDO SE DEJO LLEVAR DE SUS AMBICIONES LITERARIAS

Quizá llegó hasta ser una costumbre y hasta una exigencia de la época querer gozar del poder real; ser el poeta de la Corte; ¿tenía por este hecho ganado el favor popular, del pueblo al que podía llegar el poeta?

Luis de Góngora o Lope de Vega, contemporáneos de Quevedo, no les hallamos menos aficionados al favor de la Corte, bien que haya una diferencia esencial: es difícil comparar la mordedura y picazón política de éste con la de aquéllos.

Pero la ambición literaria corre, quizá, parejos caminos, que los grandes amigos y enemigos poetas de su tiempo.

Mientras Quevedo finaliza su estancia en la ciudad universitaria de Alcalá el duque de Lerma se aprestaba a llevar la Corte de Valladolid (1600). El reinado de Felipe III, recién inaugurado, se traslada a la ciudad castellana. Francisco había cumplido los 20 años y es el año que aparecen las primeras obras en prosa: Las premáticas y la Genealogía de los Modorros.

No puede fácilmente dudarse de que D. Francisco no tuviera formadas ideas sobre la vida, las costumbres, sobre el amor... Le faltaba contacto directo con la sociedad en pleno y con la cortesana en particular. En estos años estaban también en Valladolid: Miguel de Cervantes y Luis Góngora.

Sabemos el ritmo cortesano de los primeros años en Valladolid: se despilfarraba en costosos actos. Quevedo pudo ser bien acogido en Palacio; todavía vivía el recuerdo de sus padres particularmente de su hacendosa madre (¿1601? Valladolid). Quevedo ¿aprovechó para el medro personal? Un éxito no se hizo esperar: en 1604 su nombre es popular como poeta. Colección de versos: "Flores de poetas ilustres", formada por Pedro Espinosa y dedicada a don Alonso López de

Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar, contiene 18 composiciones de Quevedo. Su nombre, sus versos, su juventud, su capacidad de humor, de jocosidad. Años gastados en lo poético, en el conocimiento y en la lucha por adquirir un peldaño entre los grandes.

Si, como se supone, el Buscón es de sus 25 años, (226) nos permite un sencillo análisis de su ambición literaria, su exhibición imaginativa y su afición y deseo de asombrar, anular el modelo o el rival.

Reminiscencias del Lazarillo

Lázaro se muere de hambre por culpa del cura de Maqueda.

Expresiones en el Buscón

Pablo sufre hambre canina en la Academia del Domine Cabra.

- ambos son hijos de padres deshonrados.

El amo de Lázaro es orgulloso hidalgo, decidido a no descubrir su pobreza o rebajar su honor.

Don Tristán, el caballero de caballo alquilado a horas.

- ambos tienen sueños de honor y ambiciones.

Sobriedad y realismo, ataque despiadado a la sociedad.

Brillante inventiva sobre la realidad, fantásticos escenarios sobre la sociedad conocida.

El hambre de Lázaro es verosímil: un muchacho ha olvidado como se come e intenta meterse la comida por los oídos y los ojos.

El hambre de Pablos es fabulosa: "sus bocas tienen que ser despolvadas de tan desacostumbradas a comer."

El escudero de Lázaro se metía en público el pali-

"Llevaba migas en una caja para rociarse con ellas".

llo entre los dientes para aparentar que había comido.

Muchos más elementos paralelos, se podrían hallar con la conversión en fantasías al pasar por el cerebro de don Francisco.

Esto es compatible, sin duda, con una voluntad ética amplia, realista en el Lazarillo, refinada y más oculta en el Buscón: don Pablos quiere ser un caballero y ambiciona serlo a toda costa; según la creencia de la época no podía saltar la barrera de clase establecida y debía aceptar su posición social. Quevedo es muy consciente de su ascendencia aristocrática y hay un cierto rencor contra la presión que viene de abajo y amenaza con sobrepasar sus límites.

Pero su ambición aristocrática y política propiamente dicha quedará analizada definitivamente, cuando veamos su motivación y punto de partida en sus convicciones iniciales.

Su ambición literaria no puede entenderse del todo sin tener en cuenta que vive con don Félix Lope de Vega y Carpio, y con don Luis de Góngora y Argote. ¡Amigos y enemigos! Todos adversarios, si son de la misma profesión.

El año 1613, Góngora irrumpió con su Soledades y Polifemo, éxito ruidoso y reducción manifiesta en el público culto y ávido de mostrar erudición. Hasta Lope reacciona, como ha mostrado Dámaso Alonso (227), a pesar de tener que cambiar de estilo, se ve picado por la moda. Caracterizado por la sencillez, se puede encontrar entre sus rimas, poesía tan hermética y conceptista como la de su coetáneo:

- "Pastor que con tus silbos amorosos." (Rimas)

- "Ir y quedarse, y con quedar, partirse" (Rimas)

- "¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?

Agudeza comedida, si se compara con muchos de Góngora,

pero sobrecargado con los que él mismo compuso antes.

Quevedo que fue el más severo crítico de Góngora, a pesar de estar ausente en Sicilia cuando lo de Soledades y Polifemo, le satirizó con poemas mordaces, en una desenfrenada guerra literaria, que prolongó a sus seguidores y a toda la "culto-latíniparla". Cuando en 1631 Quevedo publicó la poesía de Fray Luis de León, convirtió la epístola de su dedicación a Olivares en un ataque sin piedad contra los culteranos:

"Todo su estilo con majestad estudiada es decente a lo magnífico de la sentencia, que ni ambiciosa se descubre fuera del cuerpo de la oración, ni tenebrosa se esconde -mejor diré que se pierde- en la confusión afectada de figuras, y en la inundación de palabras forasteras. La locución esclarecida hace tratables los retiramientos de las ideas, y da luz a lo escondido y ciego de los conceptos."

Decir que la oposición nació del estilo, no es suficiente explicación, como veremos más adelante. Afirmar que Góngora es ampuloso, sensiblero y apegado a la naturaleza, no es justo, quizá, y se puede encontrar pasajes paralelos en Quevedo con tanto eco cálido como lo pudo tener Góngora en los más ricos momentos inspirados. Por citar uno:

Orfeo del aire el ruiseñor parece,  
y ramillete músico el jilguero...

Pero la ambición literaria de Quevedo no tuvo límite y es tan compleja como su vida misma, y tan intrincada y cortante como su estilo y concepción de las cosas. (228)

### 5.1.3. ¿ NEGADOR DE LA VIDA Y ATRAIDO POR LA FEALDAD ?

Cuando arremete contra Góngora y ataca su culteranismo Quevedo es, al menos, tan culterano como él, pero la resistencia de Quevedo a las cosas superfluas, al adorno poético, a la supresión sensacionalista gongorina ha sido interpretada como filosofía negadora de la vida, propicia a la fealdad; Quevedo como despreciador de la vida y de la belleza, y se trata a la ciudad de los hombres como muñecos desheredados, despreciables, desterrados...

Como si en Quevedo se diese una escisión metafísica, una doble alma, o como titula R. Bouvier: "homme du diable, homme de Dieu". Leo Spitzer piensa en una doble tendencia que le tensiona y organiza desde dentro y orienta sus actitudes: "Weltsucht und Weltflucht": búsqueda y huida del mundo: destructor u constructor a la vez.

Pero vayamos por partes y veamos distintos planos de la realidad de Quevedo: Es cierto que hay una poda sistemática de todo lo que es superfluo, simple adorno, hojarasca, desviaciones platónicas (229).

Antes hemos citado la poesía que por un momento se hace cálida:

Orfeo del aire el ruiseñor parece...

Pero bruscamente y como si advirtiera la equivocación, el descuido, o la desviación y termina con estos medidos versos síntoma de una actitud profunda:

Vive para tí sólo, si pudieres;

pues sólo para tí, si mueres, mueres.

Parece una consecuencia normal de su sistema adoptado: resistir al adorno, desechar lo superfluo; la fuerza ha de salir de su capacidad reflexivo racional y de su posición coloquialista.

En el soneto interiorista, saturado de "pathos" y un deje amargo de pesimismo revolucionario, con una reacción incubada contra la limitación casi no sale de sí mismo:

Sí-mismoElementos exteriores

La vida...	nadie me responde...
Los antaños que ha vivido.	La fortuna ha mordido.
Las horas mi locura esconde.	La salud la edad han huído.
No hay calamidad que no me	Falta la vida, asiste lo
ronde.	vivido.
Soy un fue, un será un es	Ayer se fue, mañana no ha
cansado.	llegado, hoy se está yendo.
He quedado en sucesiones de	Pañales y mortaja.
difuntos.	

Los pocos elementos exteriores son negativos, destruyen, cortan...

El ejercicio que propone en Providencia de Dios es significativo y dinámico a este respecto, aunque propuesta para probar la naturaleza distinta e inmortal del alma humana racional:

"Vuelve, pues, a desandar tu ser y tu vida desde este estado en que domina, peces, animales, tierra, agua, fuego y aire, a lo que fuiste antes que la alma racional te ennobleciese." (230)

Volver a desandar hasta llegar a tu origen. Dominar con sólo tu entendimiento antes que nada conocieses. ¿Es una catársis, una reducción o una síntesis de conceptos?

¿No es también una ambición de llegar a la verdad pura, la indispensable, la última, única y verdadera?

Quevedo quiere desnudar la vida de "peligrosos" encantamientos.

Como un Quijote, va golpeándola para hacerse salir de su encantamiento.



Su reacción puede ser violenta y pendular contra un neoplatonismo y exhuberancia gongorinos pero en su justo medio es un nivel característico de su pensamiento. Como si la vida, el optimismo de vivir, la belleza de las cosas, tuvieran peligrosos hechizos para quienes los contemplan sin reflexionar y se dejan atrapar por ellos. Elegimos cuatro textos fundamentales para probarlo: En soneto a la vida, un texto sobre su visión política, la descripción del amor a Floris, y la belleza de la mujer.

La vida empieza en lágrimas y caca

.....

Viruelas, baba, moco, trompo, matraca,...

Por sobreañadidura, un sobrepasar los límites de la caca fonía en un sólo soneto. Las edades de la vida humana han quedado despojadas de todos sus encantos, ni la niñez, ni la juventud, ni la misma edad madura o la vejez puede hechizar a nadie:

Funeral a los huesos de una fortaleza que gritan mudos desengaños.

Son las Torres de Joray

calavera de unos muros

.....

Toda la gloria guerrera es sólo destrucción y muerte, aves nocturnas y exequias de difuntos. Recuerda aquel salmo (XVII) en el que todo son avisos de muerte:

"Miré los muros de la patria mía,

si en un tiempo fuertes, ya desmoronados,

de la carrera de la edad cansados

por quien caduca ya su valentía.

.....

El campo, el sol, el monte,

los ganados, la luz del día.

En casa, mi báculo más corvo  
y menos fuerte.

Mi espada vencida a la edad.

... (todo) es recuerdo de la muerte. (231)

El nivel de posibilidades de Quevedo no se le cierra por el estilo, la limitación de técnicas o conocimientos. Hasta el mismo se regodea de equivocarse a quien siente fácil cátedra con afirmaciones determinantes; después de describir las torres, almenas, trabucos, torre del homenaje, el alcázar...:

Aquí, en cátedra de muertos,  
atento le oí discursos  
del Bachiller Desengaño  
contra sofisticos gustos.

Desde aquí comienza estrofas petrarquistas que él mismo se encarga de desvanecer y apuntillar con estribillo irónico:

Yo, que mis ojos tenía,  
Floris taimada, en los tuyos,  
presumiendo eternidades  
entre cielos y coluros;  
en tu boca hallando perlas,  
y en tu aliento calambucos,  
aprendiendo en tus claveles  
a despreciar los carbunclos;  
en donde una primavera  
mostró mil abriles juntos,  
gastando en sólo quedejas  
más soles que doce lustros,  
con tono clamoreado,  
que la ausencia me compuso,  
llore los versos siguientes,

más renegados que cultos:

"Las glorias de este mundo

llaman con luz, para pagar con humo".

El texto en que describe la belleza de una mujer, pero con los acentos puestos en lo que tiene que mirarse, fijarse y observarse más, para despojar lo que según Quevedo no es:

"Mira en una mujer, en quien naturaleza ocupó los pinceles de más cuidadosa hermosura, cuánto estudio pone en desconocerse del ser humano en todo". (232)

¿Es que le fascina la fealdad? En Góngora, Cervantes, en el mismo Lope encontramos sátiras y ridiculizaciones, a veces agresivas, pero en un respetuoso acercarse sin destruir, sin infundir repugnancia, les caracteriza, más bien. Ya hemos señalado que a pesar de sus andrajos, sus personajes pueden hacerse héroes, mientras los de Quevedo, aún en maravillas de la naturaleza va a encontrar:

El desengaño de la vida, la caducidad de las cosas, que nadie (el hombre) debiera poner ni hechizo ni encantamiento, ni demasiada admiración en las cosas de este mundo.

Más que atraído por la fealdad de las cosas, Quevedo desconfía del mundo de las cosas.

Sus objetivos son ciertamente los elementos más vulnerables: los fallos y las locuras ciertas, cotejadas; la falsedad y el engaño por él descubiertos; la debilidad y la desgracia; viejas haciéndose pasar por jóvenes, fanfarrones y cobardes, ignorantes y necios, avaros....

Podemos pensar que una de las actitudes practicadas por Quevedo es ciertamente la "incompasión". Cuando satiriza y aún cuando describe no da muestras de compasión.

No se mete en el mundo y no entra en contacto y en calor con las personas que trata, con los personajes que crea.

Ofrece el abstractivo del contemplador que mira a distancia los sucesos que por malignos, absurdos o ridículos pueden resultar divertidos. Semejante efecto produce el acumular hasta fuera de la medida, hasta abrumar, metáforas (233) y comparaciones ingeniosas.

Se ha hecho notar la frialdad de Pablos, el Buscavidas en los sucesos más adversos o más divertidos. Todo se estructura en torno suyo pero no tiene ligazón. Su final imprevisto, como si ya no interesase, como si ya hubiera acabado su función, deja un poco fríos a los lectores reflexivos.

Quevedo quiere dar más importancia a lo que él ve que a la realidad vulgar, miserable y de cuyas limitaciones no ha ce falta añadir más, pues Quevedo deja a todos fácilmente atrás.

Como si negara los valores meramente observables. Todo lo que es meramente humano y no sea capaz de ir más allá, lo buscará ansiosamente en su pensamiento y reflexión. De los pobres solo importa su hambre, de los harapientos solo importan sus tretas, las trampas de los jugadores...

Se ha dicho que sus personajes son como los títeres de un guiñol, solos, independientes, que se relacionan de cara al público pero no entre sí y que solo están verdaderamente vinculados al autor. Parecería cierto pero creemos que esto es insuficiente para comprender a Quevedo. Su filosofía negadora en el plano humano de las soluciones, ¿no será que busca por puro convencimiento otras posibilidades?

Sus personajes: estafadores, valientes, gariteros, mendigos, barberos, lindos, etc. se pegan, se burlan, se entrampan, se insultan, se acuchillan, se matan, pero no se da en tre ellos una verdadera relación vinculante, no ya de amistad y sentimiento afectivo humano tierno, sino que su vincu

lación no pasa de ser la de compañeros de aventuras que pasan por el escenario. Pero veámoslo en el plano más difícil de la poesía amorosa. No se puede negar que haya brillado con calidades propias (224). Aún en aquellas en que los tópicos petrarquistas son más socorridos, Quevedo les da una carga tal que amenaza con romper las convenciones poéticas, los contenidos expresivos y la validez misma de lo expresado.

Si tomamos el soneto dirigido a floralba:

!Ay floralba! Soñé que te ...¿dizelo?

Explota adrede los eufemismos petrarquistas con ingenio creador, que aún preserva bajo la imagen del sueño. No así en el soneto obseceno:

Quiero gozar Gutierrez; que no quiero  
tener gusto mental tarde y mañana,

La carnal inmediatez rompe las convenciones de los lenguajes poéticos, y la atracción rompe hacia el asco por la desmitificación, desmantelamiento de todo el aparato cortés y ficticio. (235)

Pero volvamos al plano más profundo para no valernos del movimiento pendular, y del juego entre los extremos de amor-odio, (asco-repugnancia-aniquilación).

Soneto a los cabellos de Lisi fluctuando en las ondas:

En crespas tempestad de oro undoso,  
nada golfos de luz ardiente y pura (236)

En él los límites de la futilidad, labilidad, poca consistencia se mezclan y entrecruzan con la ingeniosidad, el congegimiento y el concepto literario añadido. ¿No es una forma de escapatoria por transcendencia de lo vulgar, de lo socorrido?... Tan poca cosa: los cabellos dorados de Lisi que si los desata forman ondas... todo lo demás es una relación de figuras: Leandro, Icaro, Fénix, Midas, Tántalo.

Veamos confirmada esta suposición en el soneto amoroso:

"A fugitivas sombras doy abrazos;  
 en los sueños se cansa el alma mía;  
 paso luchando a solas noche y día  
 con un trasgo que traigo entre mis brazos."

La futilidad, lo vano y vacío, está tan patente que convence y ratifica; contemos:

<u>Los objetos</u>	<u>Los resultados</u>
Fugitivas sombras.	Doy abrazos.
Los sueños.	Se cansa el alma.
Un trasgo.	Luchando.
Temas con amor.	Se me desvía.
Imagen vana.	Me hacen pedazos.
	Búrlanme.
	Fáltanme bríos.
	Hago correr el llanto en ríos.

Saber que hay que perseguir lo que nunca se podrá alcanzar, ¿no es vanidad, futilidad, locura?

El más comentado soneto quevedesco, quizá,

"Cerrar podrá mis ojos la postrera  
 sombra que llevara el blanco día." (237)

Lleno de una intensidad y cargado de una concepción de constancia y perduración más allá de la misma muerte aún en los elementos tradicionales. Quevedo trasciende y sobrepasa por los dos únicos caminos, que ha nuestro entender le quedaban: el estoicismo y la superación cristiana.

El fundamento de esta desconfianza en la naturaleza humana brota también de un dolorido sentimiento de miseria propia, y no deja de tener su fundamento el suponer que algunas insolencias provocativas son esfuerzos desesperados por vencer su timidez y retraimiento natural, y que algunos excesos y alardes pueden tener origen en un espíritu delicado

y sensible, pero que al contraerse y rehuir el contacto busca refugio y protección como hace Quevedo. La diferencia del comportamiento ético y la actitud de Quevedo se la va a dar, por un lado, su capacidad de inteligencia e imaginación audaz, que es lo mismo que decir de transcendencia metafísica, poética, ingeniosa y por otra, sus ambiciones artísticas, literarias, aristocráticas y políticas, que desembocarán en bufonías, procacidades, y si es acosado, en terrible personaje, mejor como amigo que tener que temerle como enemigo declarado.

#### 5.1.4. ¿ ESTUICO CONVENCIDO O CONSERVADOR A ULTRANZA ?

Resulta tentador pensar en una actitud quevediana de censura fácil: desde sus principios inmutables del honor, la sangre, la posición social... Quevedo se encuentra instalado en una sociedad de privilegios, cuyas convenciones y creencias sino le satisfacen le conviene respetar, y desde esta atalaya de doble torre asetea y alancea todo lo que no es su castillo: las brujas, hidalgueros, ladrones, sastres, escribanos, los arbitristas y todos los desheredados, son fácilmente vulnerados y derribados por el vigilante de la torre encastillada...

Creemos que no es exactamente así.

Es cierto que en el Buscón podríamos encontrar algo de encastillamiento, separación y conservadurismo de su ascendencia. Como Pedro F. Navarrete:

"Apenas se halla hijo de oficial mecánico que por este tan poco sustancial medio (ponerse el título de "don" delante del nombre) no aspire a usurpar la estimación debida a la verdadera nobleza". (238)

Este era un problema antiguo sin resolver en la sociedad española; (239) desde el reinado de Fernando e Isabel por medio de ejecutorias, se permitía a los plebeyos convertirse en hidalgos, pero esto produjo un resentimiento de nobleza. Veamos como se lamentaban las Cortes de 1592:

"Del venderse las hidalguías resultan muchos inconvenientes, porque las compran, de ordinario, personas de poca calidad y ricas... Y para todo género de gentes es odioso el verder las hidalguías, porque los nobles sienten que se les iguale con sólo comprarlo a dinero, personas de tan diferente condición, y que se oscurezca la nobleza..., y los pecheros sienten que los que no tuvieron mejor nacimiento



que ellos se les antepongan por sólo tener dineros." (240)

La fuerza de los sentimientos y el rencor aristocrático se le escapan a D. Pablos, pero ¿Quevedo hubiera tenido tan fuertes y poderosos enemigos?, ¿hubiera dirigido sus dardos intencionados tan alto y contra su propio castillo?. Quevedo nos advierte, y pocos como él para saber su alcance:

"El favor de la privanza desvanece el entendimiento y el juicio humano como a la vista de los lugares altos" (241).

Muchos elementos eran desagradables en la sociedad que le tocó vivir, estuviesen en su mundo o en el de otros pagos; los hacía blanco de su saña aunque no le reportasen muchos agradecimientos. El ascendiente del dinero, sobre el valor o el mérito social o personal (242). Con dinero se compra la nobleza; al cobarde hace guerrero; quebranta cualquier fuero; es más estimado que la paz que rodela en la guerra. Es más fuerte que el mérito y es la aspiración de todos los estados. Pero si todavía hubiera una posible duda, en el mismo D. Pablos se cruza un hidalgo, don Toribio, venido a menos, puesto en solfa por ser reacio al trabajo, su ridícula pretensión de mantener su escala social, y la hipócrita manera de comportamiento externo que sobrelleva.

Pero hay una razón más fuerte y concreta en la obra de Quevedo: el poema de la Epístola satírica y censoria...

(243)

.....

Joya fue la virtud pura y ardiente;  
gala del mericismo y alabanza;  
solo se codiciaba lo decente.  
No de la pluma dependió la lanza,  
ni el cántabro con cajas y tinteros  
hizo el campo heredad sino matanza.

Y España, con legítimos dineros,  
no mendigaba el crédito de Liguria,  
más quiso los turbantes que los ceros.

Hay una especie de añoranza por el pasado, por una sociedad ideal más austera, gobernada, sin codicias más que de la virtud; pero sobre todo censura y dispara contra la nobleza, los dirigentes y los responsables del gobierno, del comercio exterior a nivel nacional y de las costumbres, ¿dónde queda su castillo?; ¿dónde su preservado mundo de la aristocracia?

La clave de bastantes actitudes podemos encontrarla en su estoicismo (244) o mejor su neoestoicismo. Tendría que librarse del apego de las cosas de este mundo. No quiere decir que lo consiguiese, ni menos que lo hiciese siempre. Es el paso previo para la inmunidad estoica para librarse del destino y no estar sometido a él. y también como anticipo y visión de la muerte.

Hemos advertido esta razón como motivo estilístico, frente a Góngora, pero es una actitud mucho más allá de su estilo poético y se convierte en una actitud ética ante la vida, ante el ideal, la sociedad, las costumbres. (245)

En la Epístola censoria contra las costumbres de los castellanos, hay una especie de fórmula perfecta, de la vida austera, que se hubiera propuesto como ideal: en lo político, en lo religioso, en lo personal. La concesión, vigor, retan a la idealización de la historia espartana que describe:

Nadie contaba cuánta edad vivía,  
sino de qué manera: ni aún una hora  
lograba sin afán su valentía.

La robusta virtud era señora

y sola dominaba al pueblo rudo;  
edad, si mal hablada, vencedora.

El contraste entre el Renacimiento y el Barroco español se da en que, en el primero, de Séneca solo interesan las tragedias, mientras que en el segundo solo interesan sus tratados filosóficos. Igualmente hay un hondo contraste con el resto de Europa, que abandona a Séneca, sobre todo en su concepción antropológica, a partir de los comienzos del XVII, mientras que en España es precisamente a partir de esa fecha se da el proceso inverso.

Para Quevedo el estoicismo se queda corto en su perfección tan solo por que a sus defensores les había faltado la doctrina cristiana.

Quevedo, lo mismo que antes M. Alemán se ve obligado a tratar una cuestión social con los medios y posibilidades que tiene. Un movimiento social de aspiración fuerte que ejerce constante presión pero que concentra unas características éticas y sociales indeseables. Consciente o inconscientemente hay una acusación social, educacional y de gobierno pero, además de esta solución lo que se obligado Quevedo a buscar y usar es lo que sabe y conoce, lo que cree y lo que considera únicos términos válidos para él: los principios de la ética y de la moralidad cristianas.

Implícita en la doctrina y pensamiento de Quevedo se halla una concepción de la Naturaleza que constituye un supuesto para su Antropología:

El hombre como ser en cuidado, se resuelve como lo haría un senequista neoestoico con espíritu del barroco, pero al que supera al enfrentarse con los planteamientos capitales de la fe : Dios , alma, Providencia, muerte.

Varios episodios de su vida muestran en Quevedo una continua inclinación del ánimo que merecería calificarse de

conservadora en grado sumo. Retrocediendo en el curso de su vida desde el momento en que nos asombra verlo plegarse a los deseos de su protector, el duque de Medinaceli, en la cuestión del matrimonio, el dilatado capítulo de sus relaciones con quien había sido su protector previo, otro grande de España, el duque de Osuna, está lleno de indicaciones acerca de su ferviente lealtad, más allá de la desgracia y de la muerte, hacia este príncipe impetuoso, impulsivo, imprudente e impredecible en la eminencia de su poder, personaje que ni siquiera había sabido portarse bien con su fiel secretario. Diríase que es ese poder lo que sin embargo, admira don Francisco en el gran Osuna. Como si la intemperie le resultara intolerable, se afana en buscar ansiosamente el amparo de estos maganates, la sombra del palacio, el arrimo protector de la autoridad constituida.

## 5.2. PROYECCION DE SU PENSAMIENTO

"Más de un poco de rubor produce comprobar la escasa fortuna que ha tenido entre los editores y algunos biógrafos la extraordinaria obra poética y figura de don Francisco de Quevedo. ...Sí Góngora ha podido pasar a la posteridad como un poeta cultísimo y hermético; si pudo contar con un Chacón Pellicer, un Salcedo Coronel y editores modernos de rigor... D. Francisco contó con un fiel amigo, González de Salas, que más de una vez, "refingió" o retocó los versos; con un sobrino que ya le ahijó bastantes poemas que no eran suyos, un admirador, simpático y modesto, Tarsia, que dió entrada en su biografía a más de una fábula" (246) Y también es cierto, continúa don J. M. Blecua, que hasta hace muy pocos años, la gran obra de Quevedo, una de las mejores de Europa, en los ss. XVI y XVII, no había sido leída con el amor y la inteligencia que merecía.

Enguilaz, en "Una broma de Quevedo", pone en boca del autor una supuesta contestación a Dña. Esperanza, su esposa que fue:

Gracias. Mi humor es chancero  
Refieren mis tonterías,  
Amén de muchas no más  
Que soy noble y caballero.  
Cita esa piadosa gente  
Mis obras de hacer reír;  
No las que han hecho salir  
Arrugas ya en esta frente,  
Y de esto, señora, infiero  
Que el vulgo ve con razón  
Siempre a Quevedo el bufón  
Nunca el noble caballero.

Hay una incidencia en lo que, aunque apene confesarlo es verdad, la significación y la importancia de Quevedo ha sido hollada por el vulgo, que, poco escrupuloso normalmente, le ha convertido en un gracioso desvergonzado. Le ha perseguido mientras vivió y hubo de perseguirle después de muerto, la contradictoria, aunque explicable fatalidad, de que una parte considerable de su obra de escritor le asegurase una enorme popularidad, y otra parte, no menos considerable, fuera, si no desdeñada, a lo menos incomprensible. Si os inquieta, decía él mismo, que sobreescriba mi nombre en estudios severos y no queréis acordaros sino de los distraimientos de mi edad, considerad que pequeña luz, encendida de pajas, suele guiar a buen camino. Para su época Quevedo representó sólo el donaire, la agudeza, la gracia espontánea, de senfadada y mordaz, la burla implacable, prologada en las cartas del Caballero de la Tenaza, en las Pragmáticas, en las letrillas y en las jácaras, quedando a los ojos de la generalidad ocultas y como desdeñadas sus grandes concepciones filosóficas, sus originales máximas aplicables al gobierno de la Patria...

Tal vez se proyectase con opinión sombría y determinante, en algunos sectores del famoso "Tribunal de la justa venganza" que le apellidaba: maestro de errores, doctor en desvergüenzas, licenciado en bufonerías, bachiller en suciedades, catedrático de vicios y protodiablo entre los hombres. Acaso el Tribunal no podía decir mejor de Quevedo, porque compuesto por enemigos personales del autor (247) había sido tantas veces por él ridiculizado, pero llegó hasta la Inquisición que, como consecuencia de los trabajos del P. Niseno cerca del Ordinario, prohibió todas las obras impresas hasta 1631, en tanto el autor no las reformase. Ciertamente fue un motivo de mayor popularidad, pero los durfisi

mos epítetos con que le calificaron perduran, sobre aquellos que no han llegado a estudiar a Quevedo con alguna amplitud.

Hay hechos concretos y estadísticos incluso, que pueden mostrar la importancia de Quevedo, proyectando su pensamiento sobre las literaturas y pensadores de los siglos XVIII, XIX y XX.

James Crosby en la Guía bibliográfica para un estudio crítico de Quevedo, London 1976, consigna no menos de mil obras y artículos de revistas diferentes publicados, existentes actualmente en los fondos bibliotecarios al uso, referentes al pensamiento de Quevedo. En la edición de Obras completas de poesía que manejamos para nuestro trabajo, se hace una referencia bibliográfica a más de 80 libros diferentes referidos al autor.

Las ediciones de sus obras catalogadas en la edición Planeta Barcelona 1963, son las siguientes:

- . Madrid, 1648 a costa de Pedro Coello, mercader de libros.
- . Zaragoza 1649 don Joseph Antonio González Salas, Hospital real.
- . Madrid 1670, Imprenta Real, Mateo de la Bastida.
- . Madrid 1877, Biblioteca de Autores Españoles, tomo III M. Rivadeneyra.
- . Sevilla 1897, y 1903, Sociedad de bibliófilos andaluces.
- . Madrid 1932 y 1946, Luís Astrana Marín.

Los manuscritos en la Biblioteca Nacional son no menos de 72 legajos registrados, y los repartidos en la biblioteca de la Academia de la Historia, seis grandes legajos; Biblioteca Menéndez y Pelayo de Santander, 8 legajos. Otros de varia importancia: manuscrito Antequerano, manuscrito de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, manuscrito de la Colombina de

Sevilla. Todo lo cual puede permitir inicialmente afirmar que Quevedo fue, ha sido, autor leído; autor imitado o fuente de inspiración.

Quevedo fue un autor leído con avidez, durante algún tiempo por lo menos, una de sus obras más distinguidas fue *Política de Dios gobierno de Cristo* (Parte I, Madrid 1626; Parte II, Madrid 1655), una obra sobre política cristiana cuya primera parte empezada alrededor de 1617, va dirigida a Felipe IV, y la segunda escrita entre 1634 - 1639, al Papa Urbano VIII. La parte primera se reimprimió más veces en su primer año que cualquier otra obra española de su tiempo, ya que en 1626 aparecieron nueve ediciones. Es evidente que la obra fue considerada como oportunísima: de hecho es un comentario apenas velado sobre el reinado de Felipe III, cuya ineptitud e indecisión Quevedo había tenido amplia ocasión de observar. Aunque, por lo general los tratados sobre el arte de gobernar tomaban de los principios cristianos su orientación, Quevedo tomó con audacia la vida del mismo Cristo como ejemplo a ofrecer al nuevo rey. Parte de la premisa de que Cristo fue rey: el único rey verdadero, puesto que sólo se dedicó por entero a su pueblo, y actuó libre de pecado y de la tiranía de las pasiones.

"No admitió lisonjas de los poderosos, como se lee en el Príncipe que le dijo Magister bone, ni se retiró en la Majestad a los ruegos de los necesitados, ni atendió a cosa que fuese su descanso o su comodidad; toda su vida y su persona fatigó por el bien de los otros, punto en el que todos han tropezado, y que, conforme a la definición de Aristóteles, sólo es rey el que lo hace; y según Bocalino, nadie lo hizo de todos los reyes que ha habido,." (248)

En 1640, muy pocos años después, Diego Saavedra Fajardo (1584 - 1648), plenamente coetáneo de Quevedo, publica



(Munich) "Idea de un Príncipe político cristiano". El príncipe tiene que ser capaz de aprender a separar la vida pública y la privada, en el sentido de sus obligaciones y entrega al servicio común:

"El príncipe... es más de todos que suyo... los particulares se gobiernan a su modo; los príncipes según la conveniencia común. En los particulares es doblez disimular las pasiones, en los príncipes razón de estado". (249)

No es ciertamente la propuesta de Quevedo que eleva a las virtudes del Evangelio las que tiene que practicar el rey, pero su ortodoxia considerada como una réplica cristiana a Maquiavelo, su estilo lúcido, conciso y enérgico, algo inclinado a lo epigramático, imita el modelo común, Séneca, a quien Quevedo copió primero. Se puede comparar este pasaje con los paralelos evangélicos, de forzadas deducciones, traídos por Quevedo:

"Dudoso es el curso de la culebra, torciéndose a una parte y otra con tal incertidumbre que aún su mismo cuerpo no sabe por dónde la ha de llevar la cabeza; señala el movimiento a una parte, y le hace a la contraria, sin que dejen huellas sus pasos ni se conozca la intención de su viaje. Así, ocultos han de ser los consejos y desinios de los príncipes". (250)

Del pasaje de la curación de la hemorroísa (Mt. 9, Mc. 5, Lc. 8) "¿quién me tocó? y Jesús dijo: Alguno me tocó porque yo conocí que salía de mí virtud?... El buen rey, Señor, ha de cuidar no sólo su reino y de su familia, más de su vestido y de su sombra y no ha de contentarse con tener ese cuidado; ha de hacer que los que le sirven y están a su lado, y sus enemigos, vean que le tiene.

El humorismo de Quevedo no es escéptico, porque no podía

ser escéptico el autor de la Providencia de Dios, de la Política de Dios y gobierno de Cristo etc.

No hay confusión sistemática de los valores, ni se da la mezcla de lo grande y lo pequeño, la necesidad, el vicio y la virtud.

Si acaso, hay un ataque universalizado a todas las flaquezas doquiera se puedan presentar y observar, pero la afinidad como sujeto de humanidad, y el reconocimiento de sus límites y debilidades, la impedirán extender más la enfermedad, más allá de los enfermos o querer erradicar la calamidad, matando a los que la padecen.

Visto desde nuestro ángulo cronológico y ambiental, la preocupación del siglo XVII español tiende a centrarse excesivamente en las inclinaciones pecaminosas de la ciega humanidad. Por otra parte, se echa a faltar una verdadera alternativa a la sociedad criticada. No hay utopías en las letras españolas del siglo XVII. ¿Faltó libertad para proponerlas? ¿Era ya excesivo atrevimiento proponer la alternativa del pasado (léase la Epístola censoria de Quevedo) como para tolerar la prospección y la utopía de futuro? Los canales de la homilía, la sátira, el sueño fueron muy socorridos; en ellos fue maestro don Francisco de sus contemporáneos y de sus seguidores. El pasajero de Cristóbal Suárez de Figueroa (1571 - 1639) escrita en forma de conversaciones entre cuatro viajeros que van de Madrid a Barcelona y a Italia, es una miscelánea instructiva que trata gran variedad de temas. Buena parte del libro es de carácter satírico. Suárez de Figueroa ridiculiza el afán de hidalguía, la fatuidad, la presunción, y muchas otras grandes y pequeñas vanidades entre las que figuran la comedia nueva y el culteranismo. En su prólogo, el autor, dice proponer llevar a los lectores al desengaño y conocimiento de sí mismos, con el fin de alcan-

zar "alguna reformati3n de las costumbres".

Célebre en éste sentido el publicado por Antonio Liñán y Verdugo (Madrid 1609) bajo el título: Guía de avisos de forasteros que vienen a la Corte.

"Los peligros de Madrid" (Zaragoza, 1646) por Baptista Remiro de Navarra, tiene una intenci3n más incisiva, así como: "El día de fiesta por la mañana, (Madrid, 1660), ambos firmados por Juan Zabaleta.

Francisco Santos terminó la serie con "Día y noche de Madrid, (Madrid, 1663) que es también una sátira contra la vida de la Corte.

Las ediciones primeras de los Sueños de Quevedo fueron los precedentes de estas sátiras burlescas, y a este propósito es interesante consignar las vicisitudes de sus ediciones:

El Sueño del juicio final y El alguacil endemoniado son de 1607, El sueño del infierno de 1608, El mundo por dentro de 1612, El sueño de la muerte fue escrito en 1621 - 1622. Los cinco fueron publicados con el título de Sueños y discursos descubridores de abusos, vicios y engaños en todos los oficios y estados del mundo, (Barcelona, 1627), reimpresos a continuación bajo un nuevo título (Zaragoza), 1627, y vueltos a publicar como juguetes de la niñez y travesuras del ingenio (Madrid, 1629), esta vez muy alterados bajo las presiones de los censores de la Inquisición: entre otros cambios, las referencias a figuras e instituciones cristianas fueron suprimidas, y los títulos de los primeros sueños y el último se cambiaron por el de Sueño de las calaveras, El alguacil algucilado, las zahurdas de Plutón y Visita de los chistes. Se añadieron otras piezas ligeras para llenar el volumen.

La fantasía, la exuberancia lingüística, y los contenidos satíricos y éticos inspiraron muchas otras dentro y fuera de las fronteras de la lengua.

"Los anteojos de mejor vista", (Sevilla), sin fecha, pero aproximadamente, 1630 de Rodrigo Fernández de Ribera, en la que el autor encuentra en la cima de la Giralda a un tal Licenciado Desengaños cuyos cristales muestran a los hombres como realmente son. "El mesón del mundo", (Madrid, 1631), una serie de cuadros picarescos, satíricos, escenificados en la Posada del Mundo, del mismo autor, puede haber también algo a Quevedo.

La fantasía satírica más notable, después de la de Quevedo es "El diablo cojuelo, (Madrid, 1641) de Luis Vélez de Guevara, (1579-1644); es una historia que da una panorámica satírica sobre la vida española, mientras cuenta las aventuras de don Cleofás Leandro Pérez Zambullo y su cómplice, el diablo cojuelo. La brillantez ingeniosa con que está escrito, la escapatoria, a media noche de don Cleofás por los tejados, huyendo de la justicia, son buenos ejemplos de la forma y estilo quevedescos:

"... no dificultó arrojarse desde el ala del susodicho tejado, como si las tuviera, a la buharda de otro que estaba cofinante, nordesteando de una luz que por ella escasamente brujuleaba, estrella de la tormenta que corría, en cuyo desván puso los pies y la boca al mismo tiempo, saludándolo como a puerto de tales naufragios (251)

Antes de finales de siglo la fama de Quevedo se había extendido por Europa, e igual que muchas de sus obras se habían traducido e imitado. Sin embargo la observación de J. Barker puede tener gran objetividad:

"Las obras de Quevedo ofrecen serias dificultades a los lectores extranjeros, y el conceptismo de sus escritos

ha sido un estorbo para que alcanzasen popularidad" (252).

De la misma mano de J. Barker obtenemos estos datos sobre su influencia en la literatura y pensamiento inglés:

El Buscón, publicado en 1626, parece haber sido traído desde España por "una persona de alta categoría", que había reconocido los méritos de la nueva novela picaresca. Apareció la versión inglesa en 1639, y otra traducción (reimpresión) en 1657.

The Life and Adventures of Buscon The Witty Spaniard.  
Put into Emglish by a Person of Honour. To which is added.  
The Provident Knight, 1652.

Davies, John: The Life and Adventures of Buscon the Witty Spaniard. (With) The Provident Knight, 1657.

W.B.: The Famous History of Auristella. Originally written by Don Gonzalo de Céspedes. Together with the pleasant history of Paul of Segovia, 1683 .

Autores españoles representaron delante del Rey Charles I en Londres, el 23 de diciembre de 1635, porque el interés en los asuntos españoles estaba ya en su apogeo durante el reinado de los primeros Estuardos.

Las siguientes traducciones aparecieron a intervalos:

Crowshawe, Richard: Visions, or Hells Kingdoms, 1640.

Messervy, Edward: Hell Reformed or A Glasse for Favourites, 1641, (Traducción del Discurso a todos los diablos o in fierno enmendado).

L'Estrange, (Sir) R.: The Visions of Don Francisco de Quevedo Villegas, 1667.

Una compilación intitulada The Novels of Don Francisco de Quevedo with the Marriage of Belphegor. 1671, (No son de Quevedo, porque D. Diego de Noche es de Salas de Barbadillo y Belphegor de Giovanni Brevio.)

L'Estrange Rgoer : Visions, 1668, 1689, 1696.

R. S.: The Travels of D. Francisco de Quevedo through te  
rra Australis incognita. A novel originaly in Spanish. Lon-  
don, 1684.

Stevens (Capt), J.: Fortune yn her Wits or, the Hour of  
All Men, 1679.

The new Quevedo, or Visions of Charron's Passagers, 1702

Stevens, (Capt),: J.: Quevedo's Comical Works 1707.

Una traducción titulada Quevedo's Works, Edimburgh, 1798.

Praz (253) también señaló cinco poemas de Ayres traduci-  
dos de Quevedo, y dió los primeros versos de la traducción  
y del original como sigue:

Philip Ayres

Quevedo

Invokes Death

Llama a la muerte. Soneto,

Come terror of the wise,

1634.

and valiant come.

Ven, ya miedo de fuertes  
y de sabios

The Fly

Letrilla burlesca, 1612 (?)

Out of the wine pot, cried

Dixo a la rana el mosquito.

the fly.

El oro considerándolo en

On Gold

su origen y después en su  
estimación.

Soneto, 1620.

This glitt ring metal,

Este metal que resplandece

dazzler of the eyes.

ardiente.

Love's new philosophy

Nueva filosofía de amor,

contraría a la que se lee

en las escuelas.

Canción.

Who'er a lover is of Art.

Quien nueva ciencia y arte

Platonic love.

Amor que sin detenerse en

el afecto sensitivo pasa

al intelectual. Soneto.

Chaste Cynthia bids me love,  
but hope no more.

On a Child sleeping in Cyn-  
thia's lap.

Sleep, Happy boy, There  
sleep and take thy rest.

The Restles Lover.

The birds to wanton in the  
air desire.

Mandóme ¡ay Fabio!, que la  
amase Flora.

A una niña muy hermosa, que  
dormía en las faldas de Li-  
si.

Descansa en sueño ¡oh tier-  
no y dulce pecho!

Amante sin reposo.

Está la ave en el aire con  
sosiego.

Otras influencias directas incluyen a *Burlesque In verse of the Visions, by a Person of Quality*, 1702; una traducción anónima del soneto sobre Orfeo, y un soneto en John Massfield *Philip the King and other poems*, 1914.

La gran extensión de las obras de Quevedo, el número de asuntos que abarca, clásicos y nacionales, filosóficos e históricos, satíricos y burlescos, como también su misma técnica de composición, pudiera muy bien sugestionar a autores de diversos temperamentos. L'Estrange y Stevens con sus contemporáneos se interesaban por los elementos picarescos de el Buscón; y las picardías de Pablos se añadieron al repertorio de diabluras de los demás vagabundos. De otra parte, Philip Ayres, consciente o inconscientemente, escogió poemas de origen clásico y de tema filosófico. Una "Person of Quality" 1702, parece ser el único escritor inglés, excepto el caso de Swift, que hizo extenso uso del elemento burlesco. Dos poetas más modernos, por traducir un soneto cada uno, parecen haberse interesado en la arquitectura de esta forma métrica.

Políticos de los siglos XVII y XVIII solían aprovecharse de fábulas, traducciones o pseudo-traducciones para sostener sus ideas o atacar a sus adversarios, costumbre que dió ori

gen a un libro curioso publicado por un lord inglés: Becker, J. (printer): The Controversy about resistance and Non-resistance discours'd in Moral and Political Reflections on Marcus Brutus Who slew Julius Caesar in The Senate- House for assuming the soberignty of Rome. Written in Spanish by don Francisco de Quevedo Villegas, author of the visions of Hell. Translated into English and published in defence of doctor Henry Sacheevrell by order of a noble Lord who-wted on his behalf, 1710.

Las dificultades de estilo, mal gusto y retruécanos pueden explicar en cierta medida el olvido ( en comparación con un Cervantes, por ejemplo) en que han caído las obras de Quevedo, pero el verdadero motivo se halla en algo más hondo y arraigado. El inglés medio ve a España de un lado como un país de romance, país de ensueño y de amor romántico, de alegría y de sol, de buen vino y buen pan, de picardías picarescas y de lances de humor. La visión negra de Quevedo está en plena contradicción con tal visión. Del otro lado, el inglés del siglo XVII leía con afán los manuales de devoción y los tratados de los ascéticos y místicos españoles. La sátira y la suciedad de Quevedo tampoco encajaban con este país místico y que admiraban y temían los ingleses.

De la proyección en Francia nos habla Saint-Andéol, M. Hélène (254). Helmut Hatzfeld le dedica un estudio sobre la repercusión de sus Sueños en las Gesichte de Hans Michad Moscherosch (255).

Para Pabón Núñez, L. Quevedo es antecesor de Papini y se compara la fortuna con seso de Quevedo con la novela Gog de G. Papini (256).

Pinna, Mario cree que ha influido en la lírica de Ciro de Pers (257).

Rauhut, Franz habla de la influencia de la picaresca espa



ñola en la literatura alemana, con indicación expresa y subrayada de Quevedo (258).

Shepard, S. encuentra un paralelismo entre el Talmuz y el Koran con algún pasaje de Quevedo en el Sueño de las Calaveras (259).

En cuanto a la difusión en América y su programación sobre los pensadores de allende el Atlántico, hay testimonios precisos de su decisiva influencia:

En Brasil ha sido estudiado por Enrique Martínez L. en estudio bastante reciente y documentado (260).

Juan Carlos Chiana encuentra presente a Quevedo e influyendo en las letras argentinas, con gran determinación para sus vates y literatos (261)

Jiménez Rueda ha estudiado este fenómeno en el México virreinal; en paridad Quevedo y Torres Villarroel pasaron a la Literatura Mexicana con fuertes ecos y acentos. (262)

Repercusiones inmediatas y patentes también en las literaturas peninsulares catalana y valenciana:

- . Suñé, R. titula su obra: "Albert Llanas: El Quevedo catalán". (263)
- . Ros, Carlos en: "Rondalla de rondalles a imitació del cuento de los cuentos de Quevedo", (264) encuentra también continuidad.
- . Para Amado Alonso, Quevedo era el "antepasado poético más directo de Neruda, y quizás el poeta clásico más querido de Pablo Neruda" (265)

### 5.3. C O N C L U S I O N E S

#### . QUEVEDO HA ELABORADO UNA ETICA ORIGINAL

Contrariamente a la tendencia, casi unánime, de cimentar la gloria de Quevedo en su labor festiva y satírica únicamente, nos ha convencido de la importancia de sus obras serias: teológicas, éticas, filosóficas, ascéticas, políticas y morales.

Quevedo, en su persona y en su obra es un autor polémico, difícil; su infravaloración ha sido confirmada injustamente por voces y pareceres autorizados, forzados por las circunstancias, a veces, cegados por las situaciones, en ocasiones difíciles, deslumbrados por deformaciones que arropaban mal un contenido rico, profundo, fundamentador, al menos de un pensamiento ético.

Pasando por las risas tristes, que proporcionan sus escritos satíricos y jocosos, Quevedo exige principios éticos y ascéticos válidos. Aquellos mismos que querían ya elevar a la gente, al pueblo, por el procedimiento de mostrar los defectos de una sociedad decadente, tocando sus partes más descarnadas y susceptibles de herida, haciendo aborrecer lo falso, lo engañoso y lo inauténtico.

Quevedo ha dedicado directamente a consolidar principios y valores éticos que interrogan, cuestionan y sorprenden al hombre en su indigencia y en su posibilidad más profunda: principios de orden teológico, escatológico, con lo que manifiesta un espíritu al mismo tiempo transcendente y en cierta manera "existencialista". Con la transcendencia intenta, en primer lugar, superar los defectos del mundo en que vive, desde los más externos hasta los más internos. Constituye luego una axiología vivencial, basada en la auten

tividad del "ver por dentro" de las cosas, del hombre, del mundo... Un segundo valor, base de la conducta humana que propugna, es la superación del cuidado, de la preocupación de las cosas, de los bienes y de los males. La superación de la confusión, del desorden y de todo tipo de alienación, diríamos hoy, que impida al hombre llegar a la autosuperación.

En esta axiología quevediana se echan de ver las raíces profundas y las múltiples fuentes que le influyen en su vida y en su pensamiento, fuentes que hemos procurado señalar ordenadamente y justifica con paralelos escogidos.

La impronta de D. F. de Quevedo se hace notar, y en cualquier caso, a pesar de la indudable inspiración en tal texto, hay un cariz original, genial, a veces, por el que lo hace suyo y distinto.

Principio ético, patente o subyacente en su obra es la superación de la realidad concreta, el salto a la máxima transcendencia; principio ético escatológico bebido en la Sda. Escritura.

No es posible pensar en serio en la obra ética de Quevedo, sin tener presente el libro de Job o la ley paulina del comportamiento humano.

Quevedo elabora una filosofía de la muerte, que le sirve a la vez de apoyo a su pensamiento ético.

Puede parecer, a algún lector poco iniciado en Quevedo, que la muerte es un pretexto más de burla, sarcasmo y entretenimiento, dado su gusto macabro, a veces, o exagerado otras, pero no es así. La muerte se convierte en la verdad central y en la primera categoría humana de la existencia; la verdad desnuda e indiscutible que le guía en su descubrir la realidad del mundo y de las cosas.

Pero la muerte es, en Quevedo, verdad que aguijonea la

vida; entra en el ideario humano en sus aspectos negativos o privatorios del desengaño, la fragilidad, el igualitarismo con que vasalla o la universalidad con que se adueña de todo. Parece propio de Quevedo haber descubierto en la muerte el valor positivo de la familiaridad y una especie de pedagogía del hecho transcendente, que tiene a la vez finalidades éticas y ascéticas.

La muerte se convierte en Quevedo en un signo ético; un proceso antropológico de transcendencia que se inicia desde la limitación anticipada, admitida y domesticada en la propia existencia.

#### . QUEVEDO HA REALIZADO UN IDEAL ETICO.

Por su pensamiento ético guardaba en el fondo de su alma un deseo de perfeccionamiento propio y de la sociedad que le rodeaba, y aún de la nación entera. Pero fue un hombre de su siglo que pasó por la vida a través de las tentaciones, de la juventud... Tuvo defectos como humano, como hombre ansias de elevación.

Quevedo realista es espejo de vitalidad acusada, influido por las circunstancias ambientales, políticas y sociales.

Muy importante, a nuestro entender, descubrir que su pensamiento ético y ascético es anterior a la prisión de S. Marcos, al escarmiento de su vida y las desgracias personales. Se puede hablar de un denominador común de su pensamiento ético a través de su obra. De un temple y un sentido ético presente en la realización de su personalidad.

Quevedo es una personalidad singular que emprende una lucha individual, no irreal, no idealista, frente a la decadencia de una sociedad y de un país entero.

Su pensamiento ético proclama el valor de la guerra ante el enemigo. Su clara visión tiene matices proféticos para

la política, lo social, y lo ético; a pesar de todo, él presenta los remedios del alma y las medicinas del cuerpo.

#### . VALIDEZ DE LA ETICA DE QUEVEDO

Podría parecer que no se puede hablar de una verdadera ética, sin recurrir tarde o temprano a la teología. Quevedo se apoya en la Sda. Escritura y en la transcendencia cristiana concreta y ocupada del hombre en todo su hacer; no tiene necesidad de acudir a la teología para lograr su practividad ética. Podría demostrarse su preocupación teológica, según una visión amplia y sintética, pero Quevedo parece fundarse en la revelación ontológica que sigue actuando en nosotros, más que en materias o verdades, por ser reveladas en sí. Esto no le impide, sin embargo, admitir y fundamentar su pensamiento en la transcendencia revelada, en el Cristianismo.

La ética que propone persigue un fin explícitamente pragmático humano; ontológicamente no solo es natural sino sobrenatural, pero a la vez real y existencial. Sin embargo no se puede hablar fácilmente de que se trate de una ética evangélica. Hay en Quevedo un cierto egoísta precaverse, un tener prevista la jugada, y usar con éxito de todas las tretas para saberse descartar en el juego.

Quevedo no quisiera acompañarse con quien le pudiera deslucir, difícilmente daría sin obligar, sin haber sabido vivir intensa y puntualmente la ocasión circunstanciada.

Quevedo piensa en el señorío de sí mismo como en el señó río más provechoso, pero que hay que añadir la sal y la pimienta del saber tomar las cosas por el lado más conveniente.

Tras la impresión general de una sucesión de cosas secundarias y superficiales, que a menudo deja amontonadas la sátira de Quevedo, se refleja en un estado de ánimo unitaria-

mente pesimista, profundamente ético que solo en algunos casos se puede justificar por motivos biográficos. Quizá trata de despreciar más que de mejorar el mundo, de quien indudablemente induce a huir.

La relación de Quevedo con su sátira no puede medirse con módulos modernos. Su compromiso es de tipo distinto a los compromisos del hombre actual. Su creación se basa sobre temáticas en parte populares o fijadas literariamente y sobre ellas monta su originalidad y le libra de todo lo circunstancial ya conocido.

Una dosis de maliciosa sabiduría del escarmiento, que la ofrece como mercancía de su experiencia. Si las cosas vienen erizadas no las tomes por el repelo; hay que saber excusar pesares, pasarles suavemente la mano y no concederles fácilmente el menor mal.

La ética de Quevedo es, quizá, capaz de superar las fronteras cronológicas, al menos en el ámbito español. No sería difícil que, al leer hoy, paladeando textos de D. Francisco, se sintiese la sensación de algo escalofriante que sintieron sus contemporáneos: la sensación de asomarse a un espejo. Muchas y singulares calidades, muchos defectos, vicios y costumbres están reflejados con mano maestra, y al amonestar y corregir, al enfrentarse con la propia realidad enseña y urge lo que convendría realizar y lo que no debe continuar haciéndose.

Lope de Vega hizo a su pensar ético el mejor juicio de gratitud:

"No es nada lo que le alabamos en comparación de lo que debemos"

Julián Juderías, no hace muchos años, llegó a esta conclusión:

"Si Quevedo resusitase y viese la nueva sociedad espa-

ñola, no sabemos si tendría mucho que enmendar de su Política de Dios, y si no le daríamos ocasión de componer algunas de sus obras con solo cambiar los nombres."

#### . EL PENSAMIENTO ETICO DE QUEVEDO TIENE UNAS CATEGORIAS

La preocupación ética de los grandes problemas humanos puede encontrarse subyacente, en alguna de sus formas de pensamiento constante, en la obra de Quevedo, pero matizada y transidas de unas calidades desde las que se puede advertir su unidad.

Su agresividad hiriente, su insatisfacción fundamental, su desengaño y desconfianza, junto con sus ambiciones literarias-estéticas, éticas y políticas, difícilmente colmadas y cumplidas.

Creemos, con Anatole France, que la revelación de las flaquezas de nuestros contemporáneos es una indiscreción y la revelación de las flaquezas de nuestros antepasados se reivindica como erudición, pero negar u omitir esta característica de la obra de Quevedo, sería pecar de inexactitud o quizá de justicia.

Quevedo se ha imbuído del pensamiento y de la ética del neoestoicismo de su tiempo, aunque en una búsqueda y progresiva liberalización hacia fuentes y seguridades más definitivas.

La axiología del pensamiento quevediano es personalista e independiente y tiende como fin a un apoyo último en la escatología cristiana, y en el pensamiento de la muerte del hombre.

Es una ética de profunda y subyacente intencionalidad.

Valera califica al tratado de Providencia de Dios, escrito en las postrimerías de su vida, como el testamento de su inteligencia. En él nos encontramos con esta síntesis de

confesión:

"He aprendido qué cosa sea la riqueza en la las ansias de los ricos y qué cosa sea la pobreza en la paz de los pobres".

Su pensamiento ético trata de hacer una aproximación antropológica a los valores de una ética transcendental. "Sus violentas invectivas, ha dicho Roberto Bula Priz, buscan despertar las virtudes que hacen ser hombre y la exposición de sus flaquezas no es más que un episodio de esa búsqueda. (266) Azorín cree que Quevedo representa un gesto grandilocuente de protesta y rebelión singular contra la época que le tocó vivir. (267) Y reivindicando para él el más alto puesto entre los maestros y discípulos españoles, podemos desear como José Ruiz:

!! QUIEN PUDIERA OBLIGAR A LOS MAESTROS  
DE ESCUELA RURALES Y URBANOS, A REIVINDICAR  
ANTE SUS DISCIPULOS LOS PRESTIGIOS LITERARIOS  
Y TODOS LOS PRESTIGIOS DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO  
Y VILLEGAS !!



#### NOTAS AL CAPITULO IV

1. "No conozco poeta alguno español versado más, en los que viven de hebreos, griegos, latinos y franceses de cuyas lenguas tuvo noticia y de donde a sus versos trujo excelentes imitaciones" (Su amigo González Salas en el Parnaso español. Prevenciones al lector)
2. TARSIA (PABLO A.) de Tarsia: "Vida de D. Francisco de Quevedo y Villegas. Madrid 1844. Ed. Obras festivas de P. Mellado.
3. Dice D.A. TARSIA que llegó a reunir 5.000 volúmenes... puede ser exageración, pero Mártir Rizo (Juan Pablo) añade que: "su librería es de los libros más preciosos ....."
4. Notas de libros prestados: Dejo prestada a Sebastián Pérez: La Descendencia de los Girones; a Antonio Carrillo: La Poética de Scalígero, Píndaro en Prosa, Anacreón y Ascanio.
5. Poseía una carta original del Almirante de Castilla a Carlos V, un libro del Infante Don Enrique de Villena en que se habla de la Gaya Ciencia.
6. Tenía 16 años y sus estudios fueron además de las lenguas antes citadas, el graduarse en Artes, 25 de marzo de 1599.
7. Cfr. pág. 379 de O.C. Ed. Aguilar, Madrid 1961.
8. Quevedo se formó opinión decidida y categórica de muchos autores clásicos, sirvan de ejemplos estas afirmaciones suyas: "Cátulo tiene sus errores, Quintiliano sus arrogancias, Cicerón algún descuido, Séneca bastante confusión, y en fin, Homero sus ceguerras, y el satírico Juvenal sus desbarros, sin que le falten a Egecias conceptos, a Sidonio medianas sutilezas, a Enodio acierto en algunas comparaciones..."
9. Cuando su juicio se deja arrastrar por la vehemencia del patriotismo suele ser demasiado benévolo y quizás obcecado: Cisneros, Nebrija, Vives, son los autores de nuestra españolísima sabiduría. Los nombres de Mariana, Albuquerque, Mármol, Cabeza de vaca, Florián, Ocampo, se citan con unción. Así a Zurita que compara con Tito Livio, Fray Luis de León, Arias Montano,

Garcilaso, Boscán, etc. etc.

10. Puede pensarse a este propósito, al ser trasladado a la cárcel de S. Marcos.
11. Ante mi las obras en Prosa de Luis Astrana M. y la nueva ordenación y anotaciones de Felicidad Buendía. La primera titúlase crítica, pero no resiste la que le puede levantar un investigador de mediana talla. Esperamos con ansia la que nos tiene prometida el Dtor. J. Manuel Blecua para cotejar con exactitud.
12. Cfr. las que entresacamos solo son una muestra o ejemplo: Habla en ocasiones de S. Gregorio, sin tener en cuenta a quien se refiere exactamente, al de Nacianzo, el Niseno, el Tours, el de Utrecht, pues de todos ellos trata y la referencia es difícil de comprobar. Aristeas puede ser el matemático griego del siglo III, Aristeo el antiguo o el poeta del Proconeso. Algunos nombres propios al españolizarlos, y en su ansia de neologizar, inducen a la confusión. Metrodoro Chico (El mundo por dentro) quiere decir Metroro de Chios, filósofo griego del siglo IV, de la escuela atomista. Cicardo Lubino es Eilhard Lubin, humanista contemporáneo de Quevedo, etc.
13. Cfr. "La Grecia Literaria" París, MICHAUD. Pág. 209.
14. Cfr. "Quevedo" PAPILL Ed. ctda. - pág. 535.
15. Lo cita extensamente en "España defendida". Pág. 496 - 498 y 502 - 504 y en "Nombre y descendencia de la doctrina estoica". Pág. 575 - 577. o.c. Ed. Aguilar F.B.
16. De las fuentes latinas y cristianas se trata más adelante, con más amplitud.
17. Según opinión común de los historiadores, gracias a este dominio logró escapar de una muerte segura, en la famosa conjuración de Venecia.
18. Murió en Venecia en 1613, y fue un ferviente enemigo del dominio español en Italia.
19. Es frecuente su costumbre de españolizar los nombres extranjeros. Habla de él en el Marco Bruto, en Vida y Anatomía del Cardenal Richilieu y en: Nombre y origen, intento, recomendación y descencia de la doctrina estoica. Defiéndese Epicuro de las doctrinas vulgares.

20. En la "España defendida" demuestra poseer unos conocimientos no comunes de estas lenguas, al dar la etimología de algunas palabras.
21. En los siglos XII y XIII, por los movimientos de Cátaros y Valdenses, se originó en España una serie de prohibiciones transitorias sobre el uso de la Biblia, emanadas de Inocencio III y Jaime I. Pero en los tiempos posteriores renació con nuevos bríos, tal vez como reacción, su lectura y el querer acercar al pueblo sencillo su contenido.
22. Conoció y manejó, al menos, los de Alvar Gómez de Ciudad Real, gentil hombre de Carlos V, discípulo de Erasmo: La Talicristia (1825) en verso latino; Musa paulina (1529) sobre Epístolas de S. Pablo, Proverbia Salomonis (1536), Septem Elegiae in Septem penitentiae psalmos (1538).
23. Pero no sólo los característicamente místicos, pero los Argensola, Valdivielso, Lope, Juan Coloma, Diego Ujeda, Alonso Acevedo o Hernández Blasco, hasta Tirso o Calderón.
24. D.C. III, 215
25. Remitimos al análisis de Quevedo por dentro y sus diversos pasos y progresos.
26. Quevedo parecería, a primera vista como un desarraigado:
  - Por la expresión desengolada, llana y directa parece un moderno...:
    - . justicia e igualdad de cada uno
    - . verdadera libertad raigal,
    - . predominio del pensar como distintivo del humano,
    - . religiosidad que llegue más allá del rito.
  - Nacido tarde, pues algunas de sus ideas guerreras tienen la reminiscencia imperialista y el Imperio ya había pasado.
  - Nacido pronto, porque la razón y sus dominios, principios y leyes aún no habían llegado a regir y gobernar.
27. Cfr. Boletín Biblioteca Menéndez y Pelayo - Santander JOSE MARIA DE COSSIO 1954 pág. 416.
28. No aprovechamos todas las posibilidades que nos brinda

este breve texto, porque es tema de toda una parte; nos contentamos con señalar.

29. O.C. p. pág. 826

30. Sabida es la participación activa y decisiva que tuvieron los españoles destacados en la asamblea de Trento. Antonio Agustín, arzobispo de Terragona, Arias Montano, Domingo Soto, Melchor Cano y los jesuitas Diego Laínez, Juan Polanco, Alfonso Salmerón, etc, fueron los convencidos representantes de la actitud resuelta y enemigos de las contemporizaciones de la Curia Romana. Respecto a la Sda. Escritura, el problema se centró en este nudo neurálgico: La Biblia, ¿es fuente del dogma y su interpretación pertenece a la Iglesia? -Lutero-: La Biblia es de interpretación arbitraria y particular, con independencia de la autoridad eclesiástica...

31. Es sabido como el desarrollo de las lecciones se recopilaban en estos "cursos": anotamos los famosos "Cursus Co-imbricensis" y "Cursus Complutensis", aunque a todos superó el del P. Suárez "Disputationes Metaphisicae". (Su título completo es: Metaphysicarum disputationum, in quibus et universa theologia ordinate traditur et quaestiones omnes XII libros Aristotelis pertinentes accurate disputantur.) Tomi duo. Salamanca 1597. La primera edición salió en Lyon, en obras completas, solo en 1632.

32. Fue impresa en 1563. Es un monumento de construcción y claridad admirables; un dominio de la materia magistral.

33. Los humanistas se agarraban a su fuerte: las lenguas clásicas; su interpretación, la crítica textual, la exégesis medurada, la utilización de las diversas fuentes con sus variantes y sus traducciones hebreas y griegas. De todo este barullo resultaba un peligro claro: la falta de unidad interpretativa, el embrollo sin nombre, creado en las mentes no iniciadas, la poca autoridad y aún el desprestigio de lo tradicional, léase Vulgata.

34. Se fijó este canon en 1546; su obra impresa no sobrepasó el 1563.

35. Pero quedaban muchas objeciones que hacer y controversias a disputar:

- Los autores inspirados se pudieron engañar, al transmitirnos las verdades inspiradas por Dios.
- No era seguro ni absoluto qué libros debían considerarse indudablemente inspirados.
- La Vulgata no tenía por qué ser el único texto, sin desconfianza científico para la autenticidad.
- El sentido de exégesis que se da al texto ¿Por qué solo es inspirado, cuando lo hace el Magisterio eclesiástico?

A los primeros, contestó Melchor Cano en sus "loci". La Asistencia de Dios garantiza la Sda. Escritura en su conjunto y en sus frases. La Vulgata es el tesoro adquirido y modelado por la fe cristiana occidental. Prueba poco sólida y de fuertes controversias. Del mismo modo la hebrea es el tesoro de la fe judía y la griega de los orientales. Pero el mismo Cano concede que la crítica textual, puede ser de utilidad extraordinaria, como ciencia auxiliar, si actúa dentro de los límites que le son propios: "Es una ayuda de la inspiración".

36. Loci (l. 7, c3)

37. HERNANDO JARAVA era capellán de Leonor, reina de Francia, para quien tradujo en 1543 varios salmos y las lamentaciones de Jeremías. Esta carta la tomamos, en tipografía moderna de la "Introducción y notas aclaratorias a las Lágrimas de Hieremías castellanas" Pág. XXVI Ed. C.S.I.C. Madrid 1953. por D.E. Wilson y D. José Manuel Blecua.
38. HERNANDO JARAVA, carta a Leonor, reina de Francia.
39. Cfr. "Historia de los Heterodoxos españoles" Libr. IV pág. 432, por D. MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO. V. Suárez Madrid 1928
40. Obra de BARTOLOME DE CARRANZA, tan llevada y traída durante el proceso, que uno afirma, de entre sus mismos jueces, lo que los otros niegan.
41. El subrayado es de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
42. Cfr. en la vida de S. Francisco de Borja por el P. RIVADENEYRA Ed. Madrid 1945.
43. Véase sobre esta abundancia de estudios de la Biblia,

las notas laboriosas de E.M. WILSON Y J.Mª BLECUA en las que se pasa relación nada más y nada menos que las de Hernando de Jarava a Dña. Leonor de Francia con su glosa ascética; las traducciones, "modas", judaicas de Ferrara. La exposición de San Fco. de Borja conservada en sus biografías principalmente por el P. Rivadeneyra.

Las de las biblias protestantes; modelos hebráicos de Casiodoro de la Reina (1569) y a quien corrigió Cipriano de Valera (1602).

Cfr. C.S.I.C. 1953 con el: Lágrimas de Hieremías Castellanas de Don Fco. de Quevedo y Villegas.

44. El Concilio de Trento prohibió la lectura de traducciones de la Reforma y exigió licencia eclesiástica para suprimir textos bíblicos. La Inquisición española en el Index, F. "Valdés", Inquisidor General, prohíbe poseer, leer, imprimir, copiar y divulgar la Sgda. Escritura en la lengua del pueblo.

45. Véase, además, la Aplicación que de los trenos jeremías cos hace MALON DE CHAIDE en su obra: "La Conversión de la Magdalena (1558) y en Cristobal Castro la "Super Flúmina Babylonia". Las no menos interesantes poéticas de Fray LUIS DE LEON y sobre todo de LOPE DE VEGA en "Jerusalén conquistada.

Sobre estos mismos temas puede consultarse la obra de D. MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO: Historia de los Heterodoxos españoles.

46. Hay numerosas ediciones anteriores y contemporáneas, que seguramente debió consultar Quevedo. Citemos las más importantes:
- 1517: Políglota complutense - 1530 Fco. de Encinas -
  - 1543 Francisco de Encinas: Traducción del Nuevo testamento (Amberes) - 1553 Biblia en lengua española (Ferrara) - 1556 El Testamento Nuevo. Traducción de Juan Pérez (Venecia) - 1558 Arias Montano: Traducción en verso de los Proverbios de Salomón (Cuenca) - 1569 Casiodoro de la Reina: La Biblia, que es lo sacros libros - 1570 León de Castro: Commentaria in Esaiam Prophetaria (Salamanca) - 1570: Gaspar de Grajal: In Micheam Commentaria (Salamanca) - 1572 Miguel de Palacios: In Esaiam (Salamanca) - 1573 Arias Montano: Biblia (Antuerpiae) - 1574 Arias Montano: Davidis... Psalmi ex Hebr. Veritate in latinum carmen... conversi (Antuerpiae) - 1580 Fray Luis de León: Cantar de los Cantares

- 1581: Oratoria quaedam in Cantica Cantaria. Orozco (Toledo) - 1584 Fray Diego de Zúñiga: In Iob Commentaria. (Toledo) - 1584 Francisco Vatablo: Biblia Sacra cum duplici translatione et scholis (Salamanca) - 1585: Fco. Vatablo: Idem. Vol. II - 1585: Fray Cosme Damian Hortola: In Cantica Canticorum (Venecia) - 1585: Jerónimo Almonacid: Commentaria in Cantica Canticorum (Alcalá) - 1585: D. Portolá: Los libros de la Biblia (Gerona) - 1597: Juan de Pineda: Comm. lib. de Job (Madrid) - 1599: Fray Luís de Sotomayor: Comentario sobre el "Cantar de los Cantares".
47. Edición C.S.I.C. Madrid 1953  
Cfr. en C.VII y siguientes... curiosas anotaciones.
48. Cfr. O.C. 1331
49. Cap. XIV "Política de Dios y gobierno de Cristo" O.C. 563.
50. "Doctores antiqui in tantum philosopharum doctrinis, atque sententiis suos reperserunt libros, ut nescias quid in illis prius admirari debeas eruditionem, saeculi, an scientiam scripturarum". En la aprobación de la "Política de Dios". Fr. Cristóbal de Torres 27-VIII -1626. Edición Princeps, Madrid.
51. Este carácter se opone por lo demás a las pretensiones del trabajo que no es de cálculo y número de veces, versos, o frases que faltan, sino investigación de principios y fuentes. Admitimos que no se puede prescindir en él de estos caracteres, en determinados momentos.
52. Es curioso que en esta obra, en la introducción, al manifestar su deseo y voluntad a seguir, dice con energía: "No traigo autoridades de la Sda. Escritura ni de los Santos porque los ateístas negando que hay Dios, Providencia y alma inmortal, consiguientemente desprecian todo lo que con Dios se autoriza".  
O. C. 1390.
53. A ellos dos se la dirige como consta en los preliminares de la edición príncipe - cf. O.C. 528 y 529.
54. Cf. O.C. 533, 536, respectivamente.
55. Es de notar cómo en esta obra, Quevedo no cita por

simple erudicción; saca al maximum partido de las citas. No se pueden contar, por lo demás, las frases seminiadas tomadas de la Escritura y que le vienen como sin querer.

56. Prov. 6 (531) la página de O.C. va entre paréntesis Ex. 17 (684); lev. 26 (684); Eclo. 49 (621); Eccl. 10 (531).
57. Para cf. en O.C. Juec. 1, IIR, 22; IR 17 (586); 8 (587) Sal 77 (620); 52 (627); 6 (531); 7 (532)
58. No nos podemos dejar llevar de un purito de exactitud numérica en este comentario, por dos razones. En primer lugar son muchas las citas que se entremezclan en su decir y comentar, a las que preferimos no catalogar como fuentes, porque son incalculables. Además, los si nóticos tienen coincidencias y participaciones en las citas y no nos podemos detener a confrontar cuál es la que correspondería a uno y otro.
59. Cfr. en O.C. S. PEDRO CRISÓLOGO (533); San Cirilio Ca-tech 4,6 (535); San Agustín (529) y San Juan Crisóstomo (628, 674), San León I, Sermo de Passione, 8 (634, 635); Tertuliano, Adversus Marcionem (640, 660, 662), De patientia (664).
60. El subtítulo que le pone Quevedo es elocuente: "El fin que tuvo en apurar Dios la paciencia del Santo Job, y el sumo rigor de sus trabajos; el primor inimitable con que los dispuso, y el soberano método con que los eslabonó".
61. Su sentido antropológico y de las cosas, indispensable para buscar su razón ética y su ascesis progresiva, se rán estudiadas en otro lugar.
62. Quis mihi tribuat auditorem, ut desiderium meum audia Omnipotens: et scribat librum ipse qui iudicat. Job 31, 35.
63. O.C. pág. 1328
64. En "Nueva Revista de Filosofía" 52, 1958  
Es indudable que Quevedo tuvo a mano este Dictionarium Syro Chaldaicum, puesto que la obra de Guido Fabricio apareció en el volumen VI de la monumental Biblia Re-



gia o Poliglota de Amberes (sacada a luz por Arias Montano entre 1569 y 1572, y mencionada expresamente por Quevedo, p: 217). Y no cabe duda que Quevedo tuvo a la vista la obra de Arias Montano

64. a) Cf. O.C. 1328, discurso previo.
65. Fue publicado en Amberes en 1572.
66. O.C. pág. 533.
67. O.C. pág. 1338.
68. O.C. pág. 1339.
69. Cfr. OC. pág. 1353.
70. Cfr. OC. pág. 1361.
71. Cfr. OC. pág. 1373.
71. a) O.C. p. pág. 1386.
72. Cfr. OC. pág. 174.
73. Cfr. OC. pág. 175.
74. Cfr. O.C. pág. 175.
75. Cfr. O.C. pág. 1357; la razón la da a continuación:  
Postquém autem locutus est Dominus verba haec ad Job,  
dixit ad Eliphaz Themanitem: Iratus est quoniam non  
estis locuti coram me rectum, sicut servus meus Job".
76. "Ego enim ostendam illi quanta oporteat eum pro nomine  
meo pati" (palabras de Ananías).
77. En O.C. p. pág.: Hebr. 9, (534). Rm. 5, (539); 1, (583).  
2Cor 2, (571); 1Cor. 1, (673). Hech. 10, (696).
78. "Et unicuique sicut Dominus dedit".
79. Así le llama a S. Juan Crisóstomo, que gusta repetir  
Quevedo en varios lugares.
80. Cfr. OC. pág. 404.
81. Cfr. OC. pág. 407.

82. Cfr. en OC. pág. 1477.
83. Cfr. en OC. pág. 1482.
84. Cfr. en OC. pág. 1514.
85. Léase Constancia y Paciencia del Sto. Job, Vida de S. Pablo, Política de Dios y Gobierno de Cristo, etc.
86. Se podría establecer un paralelismo en su pensar y tratar de las cosas y bienes, éste lo tenemos reflejado en sus mismas palabras hacia el fin de sus días: "Adquiérense con afrenta, posénse con trabajo, piérdense con dolor, y déjanse con arrepentimiento. Los que Dios da, o son prueba del ánimo o ejercicio de la virtud; los que quita alivio, rescate y premio. El tesoro es tentación rica, solo quien le desprecia la merece. Las desdichas, las prisiones, pérdida de la hacienda de la casa y de los hijos, llámase desgracia, y es antídoto al veneno del cariño con que se tienen".
87. Excluimos los estoicos, por hacer mención posterior de ellos.
88. Su Tratado de la Tribulación es de 1591.
89. Su "Doctrinae Asceticæ sive apiritualium Institutio-rum Pandectæ" es de 1643, pero la "Diferencia entre lo temporal y eterno" es de 1633 y próxima a esta fecha: "Vida divina y camino real para la perfección.
90. Tesoro escondido en las enfermedades y trabajos (1615)
91. Ejercicio de Perfección y Virtudes Christianas (1614)
92. Práctica y breve declaración del camino espiritual (1629)
93. Las cifras entre paréntesis indican los lugares de referencia a O.C.
94. Aprobación en la princeps: 16 marzo 1651, por Fray Bartolomé Foyas.
95. Salmo 22 (Martirio pretensor del mártir) pág. 1326.
96. Salmos 44 y 67 (carta a Luís XIII) pág. 888.

97. Salmo I (las cuatro pestes).
98. Salmo 71 (Virtud militante).
99. Salmo 100 (Su espada por Santiago) pág. OC. 404.
100. Cita salmos, por ejemplo, en diferentes obras suyas. No se pueden controlar todas las demás fuentes de un hombre tan fecundo en recorrer y de una cultura tan basta. Las fuentes que él mismo cita, aunque a veces son de segunda mano, casi siempre son originales, cuando se dan por tales en su texto. En cuanto a las otras, a las esporádicas, no es posible afirmar son de aquí o de allí. Son reflexiones y comentarios ya habituales en él, sin poder señalar su origen.  
Salmo 85, en "La Constancia y Paciencia del Sto. Job." OC. pág. 1342.  
Salmo 72 y 52 en "De providentia divina" en OC. (1443 y 1429).  
Salmo 77 y 52 en "Política de Dios y Gobierno de Cristo" en OC. (620 y 627).
101. Cfr. MONTOLIU "Alma de España" Ed. Cervantes, Barcelona. s. f.
102. OC. prosa pág. 978.
103. Hace Ganivet una distinción sustanciosa entre el filósofo andaluz o cordobés y su pretendido atavismo histórico, para el alma estóica española. Podía haber nacido en cualquier ciudad, en cualquier centro ibero, más, Séneca no hizo más que recoger lo que ya estaba sembrado y naciendo, antes de que las diferencias se esparciesen en nuestro pueblo.
104. Cfr. OC. pág. 1428.
105. Las anotaciones las hizo Quevedo sobre la edición de Lyon de 1555 y fueron publicadas por L. Astrana Marín en 1932. Criticadas por P. U. González de la Calle por los yerros cometidos en la edición.
106. Cfr. P. LIRA URQUIETA "Sobre Quevedo y otros clásicos" Ed. Cultura Hispánica pág. 45 y stes.
107. No es que admitamos parentesco o imitación, pero sí, tal vez un clima de neoestoicismo como veremos.

108. Cfr. GEORGE USCATESCU "Séneca nuestro contemporáneo" pág. 98 Ed. Nacional, Madrid 1965.
109. Indudablemente hay que perfilar este senequismo fácil que se tiene como patrimonio desde Menéndez y Pelayo hasta Gaviñet, y que ni todo es virtud, ni gloria; ni todo es ni puede ser español, como estudia A. Castro.
110. Sabida es, por ejemplo, la vanidad complacida y empedernida con que se firma y afirma: "Señor de la Torre Juan Abad y Caballero del Habito de Santiago".
111. Cfr. JULIAN JUDERIAS pág. 176 "Quevedo, la época, el hombre, las doctrinas" Ed. Jaime Ratés. 1923.
112. Siempre nos referimos a Lucio Anneo Séneca el filósofo: Es necesario aclararlo, a causa de que Quevedo también tradujo e imitó, sin duda, a Séneca el ORADOR, el retórico.
113. "Tienes dominio de la palabra; la frase no se te lleva ni te arrastra más allá del punto que te propusiste. Lo que la fortuna no dió, la fortuna no puede quitarlo".
114. Epist. LUCILIO LIX Cfr. O.C. Edición Aguilar Madrid. 1943 pág. 471.  
Se podría formar una lista larga de estos términos: gorques, penengue, coque, aladar, roznar, achocar, burato, osquillo, morra, buz, desviñar, pelamela.
115. La última Edición de Aguilar, con la ordenación de Felicidad Buendía las llama Migajas sentenciosas.
116. O.C. pág. 350.
117. O.C. pág. 1006, y ss.
118. El soneto 72 según la ordenación del Dr. JM. Blecua, que corresponde al 68 de la edición Parnaso.
119. Cfr. Ep. 62 pág. 426 de la Edic. Aguilar. Madrid 1943.
120. Es de notar además que este argumento romano, lo repetirá después en un doble: "a la inmortal memoria de D. Pedro Girón duque de Osuna".
121. Cfr. O.C. pág. 978.

122. La que señala LORENZO RIBER en la edición de las obras completas de Séneca. Ed. Aguilar. Madrid 1943.
123. Cfr. O.C. de Séneca pág. 165.
124. Toros, saraos, teatros, Para el rico no hay vida mejor ni ciudad más asequible y edénica. Para el pueblo, nada existe que aplaque sus dolores prolijos y el hambre más espantosa como las representaciones teatrales (Conde de Schack Cfr. Hª Litª Espª y del Arte dramático en España. Mad. 1887 vol. V pág. 253)
125. Cfr. O.C. pág. 1204.
126. Cfr. O.C. pág. 4.
127. Cfr. en "Suasoria Séptima", "Vida de Marco Bruto".
128. Llegó a transferir la veneración, cuando reclama en favor de este último, al traducir sus epístolas: ¡Oh mi Lipsio grande honra de Francia!; tanto como España debe a Córdoba, porque le dio a Séneca te debe España, porque se le resucitas y se le defiendes". (cartas).
129. Se sabe de disputas mantenidas con Núñez de Castro (Alonso Núñez de Castro - "Séneca impugnando por Séneca". Ed. Madrid 1650); Diego Ramírez de Abelda ("Por Séneca sin contradecirse"... Zaragoza 1653); Juan de Baños (Lucio A. Séneca Madrid 1670) Pero sobre todo a Julio Escalígero, Marco Mureto ("No hago a Séneca teólogo cristiano, rescátote de filósofo necio y de calumnia de Mureto) (Comentario a la Epist. 41 de Séneca) y en fin, contra Balboa de Mogronejo (en "Su espada por Santiago").
130. SENECA, Epist. 78,15; 78,17; 78,23.
131. OC. de la edición A. FERNANDEZ GUERRA Y ORBE vol. I, II, III, Madrid 1946, II, pág. 160 y 161.
132. Habla de Introducción a la vida devota.
133. Completa el título con: Defiéndese Epicuro de las calumnias vulgares. Fue impreso en 1635.
134. OC. pág. 972.
135. La versión que da la BAC. en su edición 1965 de Nacar y

Colunga es un tanto diferente. !Quien me diera se cumpliera mi petición, y que Dios me otorgara lo que espero, y se dignara Dios aplastarme, soltando su mano para acabar conmigo! Ese sería luego mi consuelo; me alegraría luego en la amargura por no haber ocultado los secretos del Santo". Job VI, 8-10.

136. Cfr. O.C. pág. 972.

137. Quevedo no cita versículo y en el texto BAC citado dice así: "A una llegaron sus milicias se atrincheraron contra mí en su camino y han acampado en torno de mi tienda".

138. Cfr. OC. pág. 973.

139. Cfr. OC. pág. 972.

140. QUEVEDO añade, tal vez, no sin cierta malicia. (Resta probar cronológicamente este origen). Por otra parte, añade Fernández Guerra en su edición de la tradición de Epícteto y Focílides, que ha visto el original griego y las versiones latina, francesa e italiana, más las castellanas de Sánchez de las Brozas y Gonzalo Correa, que él mismo declara en este comentario y que con todo es desaliñada y prosaica.

141. Cfr. OC. pág. 978.

142. El número Romano anterior a la página en la obra de Quevedo hace referencia al volumen. Para esta búsqueda comparativa se ha usado la edición A. Fernández-Guerra y Orbe y F. Janer B. A. E. vols. XVIII (I), XIX (II), y XX (III), (Madrid 1946).

143. Cf. Historia de la Filosofía, J. Hirschberger II, pág. 3 Ed. Herder - Bna. 1962. No es nuestro plan adentrarnos por una polémica histórica de embargadura sobre el lugar y los motivos que han caracterizado el Renacimiento en Filosofía y la posición exacta que para nuestro estoicismo nuevo encontraríamos. Nos basta saber que en la opinión de Hirschberger no se puede hablar de rupturas violentas entre un período y otro: "Cuando Nietzsche llama todavía a Kant un escolástico camuflado, no hay que ver en ello un simple desahogo de su genio apasionado, después, y en nuestros días, la filosofía de la existencia ha trazado respecto a Descartes y de su

metafísica esencialista, líneas de delimitación histórica, completamente diferentes de las que el Neokantismo trazó en su tiempo, ¿habrá que tomar más en serio la expresión de Nietzsche?

144. DER BEGRIFF DES BAROCK. Die Gegen reformation - Zwei Essays - Zürich, 1925.
145. Cf. ideas en Hª de la Literatura española en la edad de oro. pág. 30 - Ed. Gustavo Gili - Bna, 1952
146. Su influencia espiritual en España es de una transcendencia grande y poco estudiada. Cuando se teme que se propague bajo su nombre la doctrina protestante, es de demasiado tarde para detener una penetración ya hecha su til y extensa.
147. Cfr. sus ideas en "Erasmé, sa pensée religieuse et son action" pág. 25,26 y anteriores, A. RENAUDET. Ed. PUF - 1923.
148. Para VAL-BUENA PRAT, La gran Literatura, el arte, el querer relacionarlos con los motivos de la Contrarreforma y los efectos del Concilio de Trento, se tiende a juzgar sólo el aspecto peyorativo del influjo de estos últimos en los valores aportados por el Renacimiento a los primeros. "Es equivocado pensar que lo rectilíneo del Renacimiento es fuente original, y la retorsión universal de las formas barrocas son la corrupción de las primeras. No, no se habían agotado las fuentes rectilíneas, sino que nuevas fuentes dinámicas decorativistas les vinieron a dar fuerza que, como viejas, no tenían. Lo sacro juega un papel decisivo, lo sacro en el sentido de lo ético y a veces en el peyorativo de lo casuístico.
149. Cf. PEDRO LIRA URQUIETA: "Sobre Quevedo y otros clásicos", pág.52. Ed. Cultura H Madrid 1958.
150. Citado en P. LIRA URQUIETA, OC. pág. 53.
151. Cf. O.C. pág. 1207
152. Cf. O.C. pág. 1208.
153. Idem.
154. S. Fco. de Sales murió en 1628. Seis años después saca

ba Quevedo la traducción de su obra principal: "Introducción a la vida devota".

155. Epístola XLI OC. páq. 1722.

156. Es presumible que bastantes citas de fuentes las hace por este procedimiento o fiado de su prodigiosa memoria que, naturalmente, algunas veces peca de inexactitud.

157. Ex. lib. 7 Epig. 85.

158. Juan de Armendáriz, poeta salmantino (1585-1614)

159. Para comprobar la fidelidad de Quevedo en este trabajo y también la de los editores quevedescos, habrá que consultar el trabajo extenso que P.U. González ha hecho, usando los trabajos y las apostillas de Quevedo a las traducciones del epistolario de Séneca a Lucilio. Cfr. O.C. páq. 307 de la Ed. México, 1965.

160. Catalogado en (F 200 a) y número 902. O.C. v. páq. 1407.

161. Cfr. o.c. de P.U. GONZALEZ DE LA CALLE, páq. 191.

162. Cfr. en MENENDEZ Y PELAYO: "Horacio en España", V. II páq. 103.

163. Dice en la Epístola XXXIX: "¡Oh mi Lucilio! El negocio principal del hombre es vivir, y acabar de vivir de manera que la buena vida que tuvo y la buena memoria que deja, le sean urna y epitafio. El acierto está en desnudarse bien deste cuerpo, no en cubrirle con la fanfarria de los jaspes ni la soberbia de las pirámides".

164. Cfr. en las páginas de O.C. 1397, 1404, 1437, 1450.

165. Cfr. O.C. páq. 1404

166. Cfr. O.C. páq. 1424

167. Cfr. O.C. páq. 1427

168. Cfr. O.C. páq. 1430

169. Cfr. O.C. páq. 1340

170. Cfr. O.C. páq. 1348



171. He omitido intencionadamente las alusiones no necesarias. Cfr. O.C. pág. 350.
171. a) Cfr. O.C. p. pág. 403
172. Cfr. O.C. pág. 402
173. Cfr. O.C. pág. 404
174. Cfr. O.C. pág. 405
175. Tiene una segunda parte que titula: "Paráfrasis y traducción de Anacreonte según el original griego más corregido, con declaración de lugares dificultosos".
176. Hay citas de Ovidio, Marcial, Homero, Virgilio, Hesiodo, Aristóteles, Propertio, Julio Scalígero, Plutarco, Teócrito, Focilides, Pindaro, Henrico Stéfano, Cecerón, Estrabón, Opiano, Sófocles, Agatón, Ateneo, Teofrasto, Dioscórides, Aquiles estacio, Tertuliano, Francisco de Rioja, Plinio, Xenofanes, Platón, Remi, Velau, Catulo, Muretto, Camaleón Heraseota, Bayfio, Francisco de Aldana, Petronio, Elías, Andrea, Eunio, Sexto Pompeo, Apuleyo, Leucipo, Filón, Gregorio Nacianceno, Erasmo, Silvio Lucilio, Diógenes Laercio y José Scalígero.
177. Los sacamos de los estudios de SANCHEZ ALONSO en "Revista de Filosofía española". Influjo de los satíricos latinos en Quevedo. 1924 pág. 57 y ss.
178. Collection Université de France
179. OC. V. pág. 50.
180. OC. pág. 184.
181. La relación ordenada de esta doble relación que nos trae la edición de la obra en verso de Quevedo, dirigida por Dr. JM<sup>e</sup> Blecua, nos libra de un trabajo de confrontación. En ella queda fijada con claridad los lugares de origen y la exactitud de los términos.
182. Cfr. OC. pág. 130 y 131.
183. Letrilla satírica (con su pan se lo coma) N<sup>o</sup> 654 en la edición Planeta pág. 706.
184. Estaba ahorcado de un pie (por haberse convertido al

protestantismo.)

Helio Eobano, célebre poeta competidor de Melanchthon).  
!Oh cómo lloré su gesto torpe con heridas y golpes y  
afeados con llamas sus ojos!.

185. Cfr. en pág. 685 y ss. y también en 117 y ss. Pero se ha de tener en cuenta además como se verá en la "proyección de su pensat<sup>o</sup>", que en el s. XVIII aparece la parodia tradicional del mas allá. "Diálogos de los muertos de FONTENELLE y los Sueños morales y la Barca de Aqueronte de TORRES VILLARDEL".
186. Cfr. en Nueva Revista de Filosofía Hispánica. XII 1958 pág. 36.
187. Cfr. pág. 160 y 161 de OC. Comienza con los nombres de las sectas y después con los propios de Tertuliano, Orígenes, Simón Mago, Saturno, Basílides, etc....
188. Razón en la obra de SANCHEZ AREVALO: "Suma de la Política" pág. 90. Ed. Madrid. 1944.
189. Citas escriturarias de cómo la potestad viene de Dios Prov. 8,15; Rom. 13,1.
190. El Consejo y consejeros del "Príncipe", cap. I, Amberes, 1559.
191. ERASMI. Opera Omnia t.4 Basilea 1540 pág. 447.
192. Cfr. BURNIER, C. : La morale du Sénèque et le Néo-Stoïcisme, Lausanne, 1908.
193. O.C. prosa, pág. 991.
194. Idem pág. 1125
195. "Carta CLXVIII a persona desconocida". 1907.
196. "Prov. de Dios", 1281.
197. o. c. prosa 285.
198. o. c. prosa 286.
199. o. c. prosa 286.
200. Cfr.: o. c. ASTRANA, LUIS 1945, 771

201. Cfr. CANALEJAS: Estudios de la filosofía española, 1869.
202. Cfr. Idem pág. 329.
203. o. c. pág. 287.
204. o. c. pág. 350.
205. Es muy de tener en cuenta en esto la diferencia de relación de Quevedo Cervantes u otros autores, Cfr. en este aspecto E. MORENO BAEZ. Lección y sentido del Guzmán de Alfarache. Madrid 1948, pág. 13 - 18.
206. ALDRETE, P. Quevedo Obras en verso. Ed. Astrana 1943, Madrid pág. 922.
207. o. c. pág. 124.
208. o. c. pág. 124.
209. Cfr. TORRES VILLARROEL, Visiones y Visitas, 1746
210. FERNANDEZ GUERRA, Bibl. Aut. Esp. XXIII, XXI.
211. Madrid 10, Especial para la Vanguardia (23 - III - 1977)  
(Los tres tacos de Don Camilo José Cela)
212. Parcialmente se pueden cfr. K. VOSLER que le atribuye un carácter ascético (al pícaro): Realismo en la Literatura española del Siglo de Oro, (1926). La soledad en la poesía española, Madrid 1961 ...
213. Cfr. M. HERRERO, Nueve interpretaciones de la novela picaresca RFE XXIV; 1937 pgs. 351 - 352. Cfr. Leo Spitzer, Die Kunst Quevedó's in seinen Buscón, Archivum Romanicum XI, 1927, 511 - 580.
214. Cfr. R. DE BOUVIER, Quevedo, h. du diable, h. du Dieu, París, s.f.
215. o. c. pág. 49.
216. C. LASCARIS, C. RFE, IX, 1950, 464 - 85.
217. o. c. pág. 730.
218. o. c. pág. 321.

219. Cfr. Cap. VII Buscón o. c. pág. 337 ss.
220. o. c. pág. 132.
221. O. C. pág. 140.
222. Cfr. H. HATZFELD, Estudios sobre el barroco, Madrid 1966, 437 ss.
223. R. GARCIASOL, Quevedo, Espasa- Calpe, Madrid 1976
224. O. C. prosa 820.
225. O. C. verso 105.
226. Su publicación es del 1626, pero corría de mano en mano un primer borrador anterior en dos décadas, quizá.
227. Cfr. DAMASO ALONSO, Poesía Española, 472 - 487.
228. Para estudios sobre su poesía y estilo es indispensable Cfr. el estudio de Dámaso Alonso en Poesía Española, así como la introducción a Quevedo de José Manuel Blecua, en Obras Completas, I: Poesía original (Barcelona, 1963) utilísimos, a pesar de limitarse a ciertos aspectos de la poesía de Quevedo. Véase también la introducción de R. M. Price a su Anthology of Quevedo's Poetry, Manchester 1969.  
Véase A.A. Parker, "La agudeza en algunos sonetos de Quevedo", Estudios dedicados a Menéndez Pidal, III, Madrid, 1952, págs. 345 - 360.
229. Cfr. contra el platonismo su inquina lo muestra bien clara en Providencia de Dios... "todos los herejes informaron (en ella) todos sus errores" o. c. p. 1394 ss.
230. o. c. pág. 1395.
231. o. c. poesía 31 - 32.
232. o. c. pág. 1395.
233. Cfr. La sátira: "corrido y confuso me hallo" O.C. p. 1173.
234. Cfr. La Ed. Planeta de 1963 cataloga más de 130 poemas. Solo el ciclo de Lisi es de una riqueza y ejercicio creador innegable.

235. Cfr. OTIS GREEN, El amor cortés en Quevedo, Zaragoza, 1955.
236. Cfr. A. PARKER, La agudeza de algunos sonetos de Quevedo, Madrid, 1952.
237. Es este uno de los sonetos más socorridos de Quevedo. Sobre él han escrito, entre otros (véase bibliografía final) Amado Alonso, Fernando Lázaro Carreter, María Rosa Lida, J.L. Borges...
238. PEDRO FERNANDEZ NAVARRETE, Conservación de la monarquía, Madrid 1626. B.A.E., 25 pág. 472.
239. El deseo de ingresar en las filas de la nobleza se fundaba en tres cosas: la perenne aspiración humana a los honores sociales, la exención que disfrutaba la nobleza del impuesto como pago del servicio real (impuesto que recaía solamente en los pecheros), y el creciente y obsesivo deseo de exhibir prueba pública de limpieza de sangre. Asociada a la última estaba la extendida repugnancia a dedicarse a trabajo manual o al comercio.
240. J.H. ELLIOT, La España imperial, Barna. 1970, 120.
241. Quevedo no se equivocó con la caída de Lerma, pero se equivocó, y mucho, con la caída del célebre Conde-duque. Le creyó perdido antes de tiempo y esto explica su última y rigurosa prisión. Porque conviene saber que estas intrigas cortesanas costaban más caro que nuestras veleidades políticas. A veces se pagaban con la vida y a menudo con el confiscamiento de los bienes y con la prisión.
242. Cfr. La Letrilla: Poderoso caballero es D. Dinero, de Flores de poetas, D.C. v. p. 734.
243. Del año 1627 !dirigida al Conde-duque de Olivares
244. Bien entendido como matización de su tiempo y como progreso gradual al que él mismo llegó.
245. Como ya hemos indicado, Quevedo se sintió atraído por la fuerza por el movimiento neoestoico que nació en la Europa del s. XVI; incluso intercambió unas cuantas cartas entre 1604 y 1605 con el que se reconocía como jefe del movimiento, el gran erudito flamenco Justo Lipsio, de la Universidad de Lovaina. La atracción que

sintió Quevedo por el estoicismo, evidente en gran parte de su obra, resulta explícita en algunas de sus obras ya citadas.

246. Inicio el prólogo a la edición de obras completas, Ed. Planeta, Barcelona, 1963.
247. El librero Alonso Pérez había comprado a don Francisco, la Política de Dios y gobierno de Cristo, pero no quiso adquirir la propiedad del Buscón que se publicó en Zaragoza con general aplauso y lleva por título Historia y vida del gran tacaño.  
Debió arrepentirse Alonso Pérez de no haber adquirido aquella obra e hizo de ella una edición secreta, que descubierta por Quevedo le valió la persecución y castigo de los tribunales de justicia; así como la viuda de Alonso Martín en cuya imprenta se cometió el fraude. No tiene, pues, mucho de extraño que el doctor Juan Pérez Montalbán, hijo del librero Alonso Pérez, fuese el alma del Tribunal de la justa venganza ayudado de su gran amigo fray Diego Niseno y don Luis Pacheco de Narváez.
248. O. C. pp. pág. 538.
249. o. c. de DIEGO SAAVEDRA FAJARDO, Edición A. González P. Madrid 1946.
250. o. c. pág. 370.
251. Obra traducida y adaptada por LESAGE, con el título de "Le diable boiteux"
252. Cfr. BARKER, J. W. ":Notas sobre la influencia de Quevedo en la literatura inglesa". B.B.M. P. XXI, 1945.
253. PRAZ, MARIO: Stanley, Sherburne and Ayres as Traslators and Imitators M.L.R., XX, 1925.
254. SAINT-ANDEOL, M. HELENE, La fortune littéraire de Quevedo en France, París, 1966. Helmut H. Ref. N R F H. xx (1971, 339.
255. Estudios sobre el barroco, 437...ss Ed. Gredos Madrid 1974.
256. PARON NUÑEZ, LUCIO: Quevedo antecesor de Papini en el libro Quevedo Político.

257. Influenze della lirica di Quevedo nella tematica di Giro de Pers. ANALI DI CA'FOSCARI (Venecia) v, (1966) 105-14.
258. RAUHUT, FRANZ, Influcencia de la picaresca española en la literatura alemana R F H, I (1939) 237-56.
259. SHEPARD, S. TALMUDIC and Koranic parallels to e. passage in Quevedós. Sueño de las calaveras- Ph. Q, 52, (1973) 306-307.
260. Cfr. MARTINEZ LOPEZ. "Contribución al estudio de las influencias del barroco español en las coloniales del Brasil". Rev. Univ. Madrid XIII (1964) 594-655.
261. CHIANO, JUAN CARLOS, "Quevedo y su presencia en las le tras Argentinas". Logos rev. de la F. de F. y let. B.A. (1964) 119-126.
262. JIMENEZ R. Influjo de Quevedo y Torres Villarroel en el México virreinal. Estampas del siglo de oro, México. (1957) n R. de Filosofía hispánica XII (1958) 507 ss.
263. SUÑE, RICARDO "Albert Llanas: el Quevedo catalán, Barcelona, 1964 (prólogo de Josefa Llanas).
264. ROS, CARLOS "Rondalla de rondallas a imitació de C. de los c. de Quevedo", Valencia 1820.
265. AMADO ALONSO, Poesía estilo de Pablo Neruda. B.A. 1968 p. 317.
266. R. BULA PRIZ, Quevedo nunista, Sur, Buenos A. 139, mayo, 1946, pág. 61.
267. Cfr. AZORIN, Quevedo, Clásicos y Modernos, Madrid, 1932, pág. 165-70.

#### 5.4. B I B L I O G R A F I A

##### I OBRAS DE CONSULTA, EN GENERAL

- QUEVEDO, Obras completas, (Poesía original) Ed. Planeta,  
1963, Barcelona.
- QUEVEDO, Obras completas, (poesía) Ed. Parnaso, Madrid, s.f.
- QUEVEDO, Obras completas, (prosa) Ed. Aguilar, Madrid, 1961
- QUEVEDO, Obras completas, (poesía y prosa) A.F. Guerra, B.A.E.  
vls: XVIII, XIX, XX. Madrid 1946
- QUEVEDO, Obras completas, (poesía) Ed. Aguilar, Madrid, 1961
- QUEVEDO, Obras completas, (poesía y prosa) Astrana Marín,  
Luis, 1932.
- QUEVEDO, Parnaso español y Musas castellanas, Monte en dos  
cumbres dividido, Madrid, 1729, Barcelona, 1868,  
Zaragoza, 1886.
- AMADOR DE LOS RÍOS, Historia de la crítica de la literatura  
española, Madrid, 1861.
- ARANGUREN, Etica, Revista de Occidente, Madrid, 1958
- ARISTOTELES, Gran Etica, Espasa Calpe, Madrid, 1953.
- ASTRANA MARIN, Luis, Vida azarosa de Lope de Vega, Barcelona,  
1935.
- ASTRANA MARIN, Luis, Vida turbulenta de Quevedo, Madrid, 1945.
- BONILLA Y SAN MARTIN, Historia de la filosofía española,  
Madrid, 1911.
- BREHIER, E. Historia de la filosofía, Buenos Aires, 1944
- CANALEJAS, Estudios de la filosofía española, 1869
- CANOVAS DEL CASTILLO, Historia de la decadencia española,  
Madrid, 1854
- CAMPANY, Vida de Quevedo, Teatro histórico crítico de la  
elocuencia española, 1794.
- CASTELLANOS, Obras de Quevedo, Madrid, 1891, v. 6
- CATALINA, S. Documentos inéditos relativos a Quevedo, (Semi



- nario pintoresco español, 12 de febrero de 1852)
- CEJADOR, J. Historia de la lengua y de la literatura Castellana, Madrid, 1916.
- DIAZ PLAJÁ, G. La poesía lírica española. Ed. Labor, Barcelona.
- FARINELLI, Consideraciones sobre los caracteres fundamentales de la literatura española, Madrid, 1922.
- FERNANDEZ NAVARRETE, Bosquejo histórico sobre la novela española, B.A.E. Madrid, 1854.
- GONZALEZ SALAS, Musas de Quevedo, Madrid, 1648
- HURTADO G. PALENCIA, Historia de la literatura española, Madrid, 1932.
- IBÁÑEZ, Memorias para la historia de Felipe III, Madrid, 1723.
- JANER, F. Obras poéticas de D. Francisco de Quevedo, B.A.E. Madrid, 1877.
- MENENDEZ Y PELAYO, M. Horacio en España, Madrid, 1885
- Historia de las ideas estéticas, Madrid, 1920.
- MENENDEZ Y PELAYO, M. Antología de poetas líricos castellanos, Madrid, 1770.
- MENENDEZ PIDAL, Antología de prosistas castellanos, Madrid, 1920.
- MONTOLIU, M. Literatura castellana, Barcelona, 1937
- OLIVER ASIN, Iniciación al estudio de la literatura española, Madrid, 1939.
- PALAU, DULCET, A. Manual del librero hispanoamericano, vl. XIV, Barcelona, 1962.
- PFANDL, L., Historia de la Literatura española, Ed. Araluce, Barcelona, 1927.
- PFEIFER, La poesía, Méjico, 1954.
- RODRIGUEZ MARIN, Doce cartas de Quevedo, (Bol.Ac. Española,

1914, I, 586.)

SAINZ, R. Introducción a la mística en España, Madrid, 1927

SALCEDO RUIZ, Resumen histórico y crítico de la literatura  
española, Madrid

SENECA, Tratados morales, Ed. Espasa Calpe, Madrid

SIMON DIAZ, Manual de bibliografía de la literatura española,  
Barcelona, 1966

TICKNOR, Historia de la literatura española, V.II, Barcelona,  
1937.

VALBUENA PRAT, Historia de la literatura española, V.II. Bar  
celona, 1937

VOESLER, K. Introducción a la literatura del siglo de oro,  
Madrid, 1934.

II BIBLIOGRAFIA ORDENADA

- AGUADO, E. , Francisco de Quevedo, Nuevas Ed. - Unidas,  
Madrid, 1962
- ALARCOS, E. El dinero en las obras de Quevedo, Valladolid,  
1942
- ALARCOS, E. Quevedo y la parodia idiomática, Oviedo, 1955.
- ALONSO, A., Materia y forma en poesía, Madrid, 1965
- ALONSO, D. Poesía española, Ensayo de métodos y límites es-  
tilísticos, Madrid, 1962.
- El fabio de la epístola moral, Ed. Gredos, Madrid,  
1963.
- Dds españoles del siglo de oro, Ed. Gredos, Madrid,  
1968
- ARTIGAS, J. Séneca, la filosofía como formación del hombre,  
C.S.I.C. Madrid, 1952.
- ASENSIO, E. Itinerario del entremés, (cinco inéditos de Que-  
vedo,) Ed. Gredos.
- ASTRANA MARIN, L. Ideario de D. Francisco de Quevedo, Queve-  
do y su época, Madrid, 1925.
- AXELOS, KOSTAS, Heraclite et la philosophie, París 1962.
- AYALA, F. Hacia una semblanza de Quevedo, Ed. La Torre, San-  
tander, 1969
- Realidad y ensueño, Ed. Gredos, Madrid, 1963
- AYUSO, J. El concepto de muerte en la poesía romántica espa-  
ñola, Madrid
- BATAILLON, M. Erasmo y España, F.C.E. México, 1960
- BENNETT, J. Four metaphysical Poets, New York, s.f.
- BERGAMIN, Quevedo en fronteras infernales de la poesia, 1959
- BLANCHOT, M. Les poets précieux et baroques du XVII em. s.  
París, 1942
- BONILLA y S. Martín, A. F. de Córdoba y los orígenes del re

- nacimiento filosófico en España, Madrid, 1911.
- BORGES, J.L. Otras disquisiciones, Buenos Aires, 1950
- BORGES, J. Menoscabo y grandeza de Quevedo, Rev. de Occidente, Madrid, 1924
- BOUVIER, R. , L'Espagne de Quevedo: Voyages au monde caduc avec le chevalier des Tenailles, Paris, 1936.
- Quevedo hombre du diable, homme de Dieu, Ed. Champion, Paris.
- BURNIER, C. La morale du Sénèque et le Néo-stoïcisme, Lausanne, 1908.
- CAMPAGNUOLO, Carla di Mateo, F. de Quevedo nella storia e nella cultura italoiberica, s, XVII, Milán 1961.
- CAMPOAMOR, A. Vida y obra de Quevedo, Ed. Gay Saber, Buenos Aires 1945.
- CANDAU, ROBERT, Sentido último de la vida, Ed. Gredos, Madrid 1967.
- CASTRO Q.A. La realidad histórica de España, México, 1966
- Algo sobre el nihilismo creador de C.J. Cela en el libro hacia Cervantes, Madrid, 1967
- CARILLA, E. Quevedo entre dos centenarios, Tucumán, Ed. Universidad, 1948
- CAZ, E. El libro de los misterios, Ed. Gredos, Madrid, 1974
- CILVETI, Introducción a la mística española, Ed. Catedra, Bña. 1973.
- COLLARD, A. Nueva poesía, Madrid, 1967
- COSTA, J. Concepto de derecho en la poesía española, Madrid, 1884.
- CROSBY, J. En torno a la poesía de Quevedo, Madrid, 1967.
- Guía bibliográfica para un estudio crítico de Quevedo, London, 1976. (Printed in Spain, A. Graf. Soler, Valencia)
- En torno a Quevedo, Ed. Castalia, Castellón, 1967

- CUESTA, SALVADOR, El despertar filosófico, Ed. Aula, 1954  
 ----- El equilibrio pasional en la doctrina estoica v en la doctrina de S. Agustín, C.S.I.C. Madrid, 1947.
- DELEITO PIÑUELA, La España de Felipe IV, Madrid, 1928
- DIAZ PLAJA, G., La muerte en la poesía española, Ed. Aguilar, Madrid, 1955.  
 ----- , El espíritu del barroco, Ed. Apolo, Barcelona, s. f.
- DIAZ, O. Lección permanente del barroco, Ed. Ateneo, Madrid, 1956
- EDGAR, MORIN, El hombre y la muerte, Ed. Kairós, Barña. 1973
- ELIOT, T.S. Seleted prose, Hardmondsworth, Middlesex, 1958
- ELORDUY, ELEUTERIO, Estoicismo, Ed. Gredos, Madrid, 1972
- ENTRAMBASAGUAS, Joaquín, Varios datos referentes al inquisidor Juan de la Parra, Madrid, 1930  
 ----- , Miscelánea erudita, Madrid, 1957
- ERASMO, Elogio de la locura, Enquiridión, Espasa Calpe, Madrid, 1953.
- ESPINA, A. Quevedo, Ed. Atlas. Madrid, 1960
- ETTINGHAUSEN, H. Pensamiento de d. Francisco de Quevedo, Madrid, 1971  
 ----- , Francisco de Quevedo and the Neostoic Moviment Oxford U. Press., 1972
- FINLAYSON, C. Francisco de Quevedo y los grandes temas del hombre, Ed. T.P. Mac. Hale, Santiago de Chile, 1969
- FUCILLA, JOSEPH, Riflessi delle Adonne di G.B. Marino, nelle poesie di Quevedo, Nápoles, 1962.
- GALLO, U, Storia de la Literatura Spagnola, Milán, 1952.
- GARCIA BORRON, M., J.C. Séneca y los estoicos, Barcelona, 1956.
- GARCIA H. VICTOR, Pedagogía de la lucha ascética, C.S.I.C.

Madrid,

GENTILE, MARINO. I Fundamenti metafisici della morale de  
Séneca, Milán, 1932

GOICOECHEA COSCULLUELA, A. Quevedo filósofo, moralista y po-  
lítico de acción, (Discurso), Madrid 1945

GOMEZ DE LA SERNA, R. Quevedo, Madrid, 1953

GONZALEZ DAVILA, Vida y hechos del Rey Felipe III, Madrid,  
1773.

GONZALEZ DE AMEZUA, Las almas de Quevedo, discurso en la R.  
A. Española, 1946.

GONZALEZ PALENCIA, A. Del Lazarillo a Quevedo, Madrid, 1946

----- Quevedo por dentro, Madrid, 1946

GONZALEZ DE LA CALLE, Quevedo, y los dos Sénecas, México,  
1962.

GOYOAGA ESCARIO, J.L. D. Francisco de Quevedo y su signifi-  
cación en la literatura española, Bilbao, 1942

GREEN, OTTIS, El amor cortés en Quevedo, Biblioteca del his-  
panista, Zaragoza, 1955.

HANRAHAN, T. La mujer en la novela picaresca, Ed. Bibliote.  
Tenanttla.

HAZARD, PAUL, . El pensamiento europeo en el s. XVII, Madrid,  
s.f.

HERRERO GARCIA, M. Ideas de los españoles del s. XVII,  
Madrid,

HERRERO, D. Séneca y la proyección europea de su obra. Estu-  
dios de literatura comparada, Málaga 1968

HELMUT, HATZFELD, Estudios sobre el barroco, Ed. Gredos,  
Madrid, (bibliografía de la nueva estilística apli-  
cada a las nuevas literaturas románicas), Madrid,  
1955.

ILSE NOLTING-HAUFF, Visión, sátira y agudeza de los Sueños  
de Quevedo, Ed. Gredos, Madrid, 1974

- JIMENEZ R. VIOLETA, O. Francisco de Quevedo, su mundo, su muerte. Nueva York 1972.
- JUDERIAS Y LOYET, J. D.F. de Quevedo y Villegas, La época, el hombre, las doctrinas, Ed. Jaime Rates, Madrid, 1922.
- Los favoritos de Felipe III (Rev. Ac. B. Mus.) 1908.
- LAIN ENTRALGO, P. La aventura de leer, Ed. Espasa C. Madrid,
- LASSO DE LA VEGA, A. La danza de la muerte en la poesía castellana, Ed. Medina, Madrid, s.f.
- LAZARO CARRETER, E. Originalidad del Buscón, Madrid, 1966
- Espiritualidad del barroco y personalidad creadora, Salamanca, 1966
- LIDA, RAIMUNDO, Letras hispánicas, México, 1958
- LIRA, OSVALDO, Visión política de Quevedo, Seminario de estudios hispano-americanos, Madrid, 1948
- LIRA URQUIETA, P. Sobre Quevedo y otros clásicos. Ed. Cultura hispánica, Madrid, 1958
- LOWRY, NELSON, Baroque, LYric Poetry, New Haven, 1961
- LUCAS MARRACIN, Séneca en tres ensayistas del barroco español: Quevedo, Saavedra Fajardo y B. Gracián, Madrid, 1970.
- LUKACS, Probleme des Realismus, Berlin, Luchterhaud, 1964
- LUCIANO DE SAMOSATA, Diálogos de los muertos, Ed. Aguilar, Madrid, 1964
- MARAÑON, JESUS G. El Conde Duque de Olivares, Espasa Calpe, Madrid, 1965
- MARTINEZ, N. Francisco de Quevedo, Madrid, 1910 (ensayo de biografía jurídica)
- MAS AMADEE, La caricature de la femme, du mariage, et de l'amour dans l'œuvre de Quevedo, Ed. hispano-américanas, París, 1957

- MAURA Y GAMAZO, Conferencias sobre Quevedo, Ed. Calleja, Madrid 1945.
- MAYANS Y SISCAR, Cartas morales, Madrid, 1734
- MENENDEZ Y PELAYO, La filosofía española, Ed. L.C. Madrid, 1955.
- MERIMEE; ERNEST, Essais, sur la vie et les euvres de Francisco de Quevedo, París 1886.
- MONTOLIU, M de. El alma de España y sus reflejos en la literatura del s. de Oro, Barcelona, s.f.
- MORRIS, C.B. The Unity and Structure of Quevedo's Buscón, Hull, 1970
- MUÑOZ CORTES, M. El juego de las palabras en Quevedo, (Tesis doctoral inédita)
- MOURGUES ODETTE, Methaphysical, Baroque and précieux Poetry, Oxford, 1953
- NAVARRO DE KILLIE, E. La poesía metafísica de Quevedo, Madrid, 1973
- ORIBE, E. Quevedo adentro, Montevideo, 1939.
- OROZCO, E. Temas del barroco, Granada 1947
- PABON NUÑEZ, Lucio. Quevedo antecesor de Papini en el libro: Quevedo político. (se compara a Quevedo en la Fortuna con seso con Gog)
- PAPELL, A. Quevedo, su tiempo, su vida, su obra, Barcelona, 1947.
- PARKER, ALEXANDER, La agudeza de algunos sonetos de Quevedo. (Estudios dedicados a M. Pidal), Madrid, 1952
- PARVILLEZ, A. de. La joie devant la mort. Ed. Montaigne Aubier, París, s.f.
- PENZOL, P. El estilo de Quevedo, Madrid 1931
- PEREZ CARNERO, Pensamiento político de Quevedo, Madrid, 1969
- PEREZ CLOTET, P. La política de Dios, su contenido ético jurídico, Madrid, 1928



- PEREZ CARNERO, Moral y política en Quevedo, Orense, 1971
- PFANDL, L. Introducción al s. de Oro, Ed. Araluze, Barcelona, 1929.
- PINNA, MARIO, Influence della lirica di Quevedo nella tematica di *Ciro di Pers.* Annali di Ca' Foscari, Venezia, 1966.
- PFEIFER, J. La poesía, Méjico, 1954.
- PORRAS, A. Quevedo por dentro, Ed. Madrid, 1930
- PRAT, V. J. El sentido del barroco español, Ed. Partenon, Zaragoza, 1940.
- RAIZISS, SONA, The Methaphysical Passion, Filadelfia, 1952
- RENAUDET, ERASME, Sa pensée religieuse et son acion, P.U.F. París, 1923.
- REYES, A. Cuatro ingenios. Ed. Espasa . Madrid, 1950
- Páginas escogidas de Quevedo, Ed. Calleja, Madrid, 1916.
- RODRIGUEZ ARAUJO, C. El zumbido de Quevedo, Palma de Mallorca, 1973
- RODRIGUEZ VILLA, La corte y la monarquía de los años 1636 a 1637, Madrid, 1886.
- ROS, CARLOS, Rondalla de Rondalles a imitació de "cuento de los Cuentos" de Quevedo, Valencia, 1820.
- ROVATTI, M.L. Saggio de un repertorio di arte e mestieri nei Sueños de Quevedo, Padova, 1973.
- RUILOBA PALAZUELOS, F. Ideas filosóficas de Quevedo, (Tesis inédita)
- SAN MARTIN BONCOMPTE, F. Tácito en España, Barcelona, 1951
- SAINZ, RODRIGO, P. Introducción a la mística en España, Madrid, 1927.
- SELDEN ROSE, ROBERT, The Patriotisme of Quevedo en Modern Language Journal, January, 1925.
- SEMPRUN GURREA, J.M. Quevedo humano en el libro "Crítica

- Varia" Madrid, 1934.
- SERRANO PUNCELA, SEGUNDO, Quevedo hombre político, Madrid, 1936.
- , Forma de vida hispánica, Ed. Gredos, Madrid, 1963.
- SOLER CAYETANO, ¿Quién fue d. Francisco de Quevedo? Ed. L. G. Barcelona, 1898.
- SPITZER, LEO. Zur Kunst Quevedo's in seinen Buscon. Arch. R. 1927.
- A Method of Interpreting Literature. Northampton, Mass. 1949.
- SUÑE, R. Albert Llanas el Quevedo catalán, Barcelona, 1964.
- TAPIE, Le baroque, P.U.F. París, 1961.
- TARSIA, P. A. Vida de D. Francisco de Quevedo, Madrid, 1794.
- UBEDA . El barroquismo, (estudio general) Seix i Barral, Barcelona, 1944.
- VALBUENA PRAT, El sentido católico del barroco español, 1946
- VERES D'OCÓN, ERNESTO, La anáfora lírica en Quevedo, Notas para su estudio. Castellón, 1949.
- VIZUETE, Las zuhaldas de Plutón, Madrid, 1900.
- VOSSLER, KARL, La soledad en la poesía española, Madrid, 1941.
- , Lope de Vega y su tiempo, Madrid, 1933.
- WRANNKE, FRANK, European Methaphysical Poetry, New Haven, 1961.
- WANDLEIGH, FRANK, Ch. La novela picaresca en España, Ed. La España Moderna, Madrid.
- WARREN, AUSTIN, A Study in Baroque Sensibility, Baton Rouge, 1939.
- WILLIAMS, ROBERT, H. Boccacini in Spain: A Study of his Influence on Prose Of the Seventeenth Century, Nencesha Wiscosin, 1964.

WEISBACH, WERNIVER, El barroco arte de la Contrarreforma,  
Espasa Calpe, Madrid, 1942.

YNDURAIN, F. El pensamiento de Quevedo, Zaragoza, 1954.

ZANTA LEONTINE, La Renaissance du Stoicisme au 16 e., Paris,  
1914.

ZABALA, IRIS, M. La muerte en la poesía de Quevedo, tema del  
s. XX, en el libro "La angustia del hombre en la  
Literatura. México, 1965.

## III BIBLIOGRAFIA ORDENADA (REVISTAS)

- ABAD, J. Pleitos de Quevedo en la villa de la Torre de Juan Abad, Boletín R.A.E. 1927.
- AGUILERA, IGNACIO. Sobre tres romances atribuidos a Quevedo, Boletín de la B.M.P. XXI, 1945, pp. 494 - 532.
- ALARCOS, GARCIA E. Variantes de una poesía de Quevedo, Castilla, I, 1940, pp. 143 - 147.
- El poema heroico de las necedades y locuras de Orlando enamorado. Mediterraneo, IV 1946, pp. 25 - 63.
- Quevedo y su parodia idiomática, Archivum V, 1955, pp. 3 - 38.
- ALATORRE, A. Quevedo, Erasmo y el Doctor Constantino, Nueva R.F.H. VII, 1953, pp. 673 - 685
- ALBERTI, R. Francisco de Quevedo, poeta de la muerte, Rev. Nacional de cultura de Caracas, XXII, mayo, 1960, pp. 11.
- ALONSO, DAMASO, Sonetos atribuidos a Quevedo, Rev. Ensayos de poesía española, 1944.
- ALONSO CORTES, N. Estudio sobre el Buscón Revue hispanique 1918, junio
- Un nuevo dato para la biografía de Quevedo, Rev. contemporanea XXVIII, 1902, 147 - 50
- ARANGUREN L.J.L. Actitudes actuales ante la muerte y concepto cristiano, Cuadernos hispanoamericanos, 1957.
- Etica y su etimología, Arbor, mayo de 1955
- ARCO Y GARAY, R. del, Estimación española del Bosco en los ss. XVI y XVII, Rev. de Ideas Estéticas, X, (1952) 417 - 33
- AYALA, FRANCISCO. Sueño y realidad en el barroco, Un soneto de Quevedo, Insula, marzo 1962.

- AVILES, A. Erratas seculares, Rev. de Archivos, III 1899, pp. 423.
- BARKER, J.W. Notas sobre la influencia de la literatura inglesa, Holt. B.M.P. XXI, 1945.
- BENICHO-ROUBAUD, Sylvia, Quevedo helenista, /El Anacreón castellano/, NRFH. XIV 1960, pp. 51 - 72.
- BELMONTE, F. Estudio sobre el estoicismo en España, Rev. de España, XXI, (1873) 313 - 40
- BERRUETA, M. Estudios sobre Quevedo, Rev. castellana, Valladolid, VI, 40
- BLANCHET, E. Quevedo moralista, Rev. contemporanea, V, 103, 1896.
- BLANCHOT, MAURICE, Les poètes précieux et baroques du s. XVII em. siècle, Paris, 1942
- BLECUA, J.M. Un ejemplo de dificultades: El memorial "Católica, sacra real majestad, N.RFH. VIII, 1954, 156 - 173.
- BORGES JORGE, L. Menoscabo y grandeza de Quevedo, Rev. de Occidente, VI, 1924.
- BUCETA, ERASMO, Apuntes sobre el soneto con estrambote en la literatura española, R.H. LXXII, 1928, 460 - 474
- Nuevas apuntaciones sobre el soneto con estrambote, R.F.E. XVIII, 1931, pp. 239 - 350
- BUCHANANN, MILTON, A. A. Neglected Versión of Quevedo's Romance on Orpheus, MLN. XX 1905 pp. 116 - 118
- CARAVAGGI, GIOVANNI, Il poema eroico de las necesidades de Orlando enamorado di Francesco de Quevedo y Villagas, Letteratura Moderna, XX, 325 - 342,
- CARILLA, E. Quevedo y el Parnaso español, Boletín de la Academia Argentina de Letras, XVII, 1948 pp. 373-40
- CASTANIEN, DONALD G. Three Spanish Translations of Epictetus Sp, LXI 1964, pp. 616 - 626.

- CASTANIEN, DONALD G. Quevedo's A Cristo resucitado, Symposium, XIII, 1959, pp. 96 - 100.
- CASTELLANOS, D. Quevedo y su Epicteto en español, Bol. Real Academia Nacional Let. Montevideo, I.
- A. CASTRO, A. Escepticismo y contradicción en Quevedo, Humanidades, XVIII, 1928, pp. 11 - 17
- CERECEDA, F. Patriotismo y ascetismo español en Quevedo, Razón y Fe, 1945.
- COSSIO, J.M. Lección sobre un soneto de Quevedo, Boletín de la B.M.P. XXI, 1945, pp. 409 - 428.
- COUNSSON, E. L'influence de Sénèque Philosoph, Revue, Le Musée belge, VII, 1903, 132 - 67.
- CROSBY, JAMES, O. A Little Noticed "Parecer by Quevedo", MLN. LXX, 1955 pp. 518 - 521
- Noticias y documentos de Quevedo, 1616 - 1617, Hispanofila, Nº 4, 1958 pp. 1 - 2.
- The de Text of the Memorial "Catolica, sa tra, real Majestad, Lawrance, 1958.
- CUERVU, R.J. Dos poesías de Quevedo a Roma, Revue Hispanique XVIII, 1908.
- CHACON Y CALVO, J.M. Quevedo y tradición senequista. Realidad, III, 1948.
- CHIANO, JUAN C. Quevedo y su pensamiento en las Letras argentinas, Logos, Rev. Fac. F. y L. Buenos Aires, 1964, 119 - 26.
- DE LA CRUUX, P. Quevedo et Sénèque, Bulletin hispanique, LVI, 1954, 305 - 307
- DONALD, W. Bleznick, Política de Dios y pensamiento político del s. de Oro, 1955, NRFE., p. 385.
- DURAN MANUEL, en Cuadernos Americanos, XIII, 1924, pp. 273-78.
- ETTINGHAUSSEN, HENRY, Quevedo's Marginalia: His copy of

- Florus Epitome. M.L.R. LIX, 1964, pp. 391 - 97.
- FARCILLA, G. Some Imitations of Quevedo and some wrongly attributed to him, Rom. Rev. 1930. XXI, 228 - 35
- FERNANDEZ, SERGIO, El inmanentismo en el infierno de Quevedo, Filosofía y Letras de, XXIII, 1952, 175 - 181.
- FRANKEL, HANS HERMAN, Quevedo's Letrilla, Flor que cantas, flor que vuelas, R.P. VI, 1953, pp. 259 - 264.
- FRITZ, RILELEN VON, Una mística de la muerte, Rev. de Filosofía, 1950, 357.
- FUCILLA, J. Intorno ad alcune poesie attribuite a Quevedo, Quaderni Iberoamericani, Nº 21, 1957, pp. 364-65.
- Some Imitations of Quevedo's and some Poems Wrongly attributed to him, Romanic Review, XXI, 1930.
- GIACOMAN, H.F. El hombre visto como ser-para-la-muerte, en Job, Séneca, S. Agustín y Quevedo, Papeles de Son Armadans, Nº CLVIII, (1969), 123 - 42.
- GILMANN, STEPHEN, An Introduction to the Baroc Ideology of. de Baroc in Spain, Symposium, I, 1946, pp. 82 - 107
- GILI Y GAYA, S. Guzmán de Alfarache y las Premáticas y Aranceles Generales, Bol. B.M.P. 1945, pp. 436 - 43.
- GREGORES, EMMA, El Humanismo de Quevedo, Anales de Filología Clásica, VI, 1953, pp. 91 - 105.
- GIERSON, H.J.C. Poetas españoles de resonancia universal, S. Juan de la Cruz, Góngora, Lope, Quevedo, Calderón, Hispania, XL, 1957, pp. 261 - 69
- GOMEZ DE LA SERNA, R. Entrada a Quevedo, Rev. Cultura, 1950, Nº 8, pp. 23 - 29
- Supremacías de Quevedo, Rev. de Educación, Nº 85, 1949.
- GONZALEZ HABA, Mª J. Séneca en la espiritualidad de los ss. XVI y XVII Rev. de Filosofía, 11, 1952, pp. 287 - 302.

- GONZALEZ MORAL, F. El espiritualismo ontológico y moral de las obras de Séneca, Rev. de Filosofía, 1946, pp. 11 - 73.
- GONZALEZ PALENCIA, A. La novia de Quevedo, Rev. de BB. Arch. y M, 1945, pp, 255 y ss.
- Quevedo, Tirso y las comedias ante la Junta de Reformatión, Bolt. de la R. Academia, 1946.
- GONZALEZ DE AMEZUA, Las almas de Quevedo, Boletín de la R. Academia, 1946, 251, ss.
- GUERRA FLORES, J. La angustia existencialista de Quevedo, Abside, México, 23, 1959, pp. 216 - 19
- HATFEL, HELMUT, Predominio del espíritu español en las literaturas del S. XVII, RFH. III, 1941, pp. 9 - 23.
- HOLGUIN, ANDRES, ¿fue un filósofo Quevedo?, Universidad de ac. de Colombia, (Bogotá), Nº 3, 1945, 55 - 63.
- IRACHETA, CARDENAL, Algunos rasgos estéticos y morales de Quevedo, Rev. de Ideas Estéticas, 1947, Nº 17.
- JIMENEZ RUEDA, V. Influjo de Quevedo y Torres Villarroel en el Mexico virreinal, . NRFH. XII, (1958), 507.
- LAIN ENTRALGO, P. Vestigios, Madrid, 1948,
- Quevedo y Heidegger, Jerarquía, Nº 3, Pamplona, 1938.
- La vida del hombre en la poesía de Q. Cuadernos Hispanoamericanos, Nº 1, 1948, Madrid,
- LANZA ESTEBAN, Quevedo y tradición literaria, de la muerte Rev. de Literatura, IV, 1953, pp. 367.
- LASCARIS C.C., Senequismo y agustinismo de Quevedo, Rev. de Filosofía, II, 1950, 461 - 85.
- La demostración de Dios en el pensamiento de Quevedo, Rev. Crisis, (Madrid-Murcia), 1955, 427-40.



- LASCARIS C. C. Existencia y pecado, según Quevedo, Rev. de Filosofía de la Univ. de Costa Rica, II, (1959-60) pp. 39 - 44.
- LAZARO CARRETER: F. Quevedo entre el amor y la muerte, Papeles de Son Armadans, I, 1956, pp. 146 - 60.
- LEGANES, JUAN D. Una rectificación del texto del Buscón, Rev. Ibero hispanoamericano de Buenos Aires, 1918, No 3.
- LEVISI, M. La expresión de la interioridad en la poesía de Quevedo, MLN. 88, (1973) 355 - 65.
- LIDA, R. Nota para las fuentes de Quevedo, Rev. de Filología H. 1939 pp. 369 - 75
- Quevedo y la Introducción a la vida devota, NRFH. VII, 1953, pp. 638 - 58.
- Un estudio sobre Quevedo, Rev. Sur, 1931, Buenos Aires, No 3,
- Sobre Quevedo y su voluntad de leyenda, Rev. de Filología, Buenos Aires, (1962), VIII, 273-306
- LIDA, MALQUIEL MA Rosa, Para las fuentes de Quevedo, R.F.H. I, 1939, pp. 369 - 75.
- Cinco ensayos sobre Quevedo, 1958, Letras hispánicas.
- LIHANI, JOHN, Quevedo's Romance/sayagués burlesco, Symposium, XII, 1958, pp. 94 - 102.
- LOPEZ GRIERA, L. El estilo de Quevedo en sus tratados ascéticos, Rev. de Univ. de Madrid, 1965, (resumen)
- MARCILLY, C. L'angoisse du temps et la mort chez Quevedo, Revue de la Méditerranée, Argel, XIX (1959) 363 - 83.
- MARICHAL, JUAN, Montaigne en España, NRFH, VII, 1953, pp. 259 - 278.
- El escritor como espejo de su tiempo, Volun

tad y estilo, 1957.

MARTINEZ LOPEZ, E. Contribución al estudio de las influencias del barroco español en las letras coloniales del Brasil. Rev. Univ. de Madrid, XIII (1964) 594-6

MILLE GIMENEZ un soneto interesante depara la biografía de Quevedo. Rev. Helios, Buenos Aires, 1918

MONREALE, MARGARITA, Luciano y Quevedo: la humanidad condenada, R.L. VIII, 1955, pp. 203 - 27

MUNOZ CORTES, M. Sobre el estilo de Quevedo, Mediterráneo, 1946.

NACARINO, Quevedo, Rev. Archivos, 1910, v. 22, pág. 431.

NAVARRO LEDESMA, Venera perteneciente a D.F. de Quevedo, Rev. de Arch. y Bibliotecas y Museos, 1900, pp. 513 - 15.

OVEJERO Y MAURI, Prólogo a la Política de Dios y Gobierno de Cristo, Biblioteca de Filof. Madrid, 1930.

PARKER, ALEXANDER, The Psychology of the pizarro in Buscon, Modern L.R. 1947, pp. 58-69.

PASCUAL, ESTIVILL, L. La idea de la muerte en la poesía de Quevedo, ABC, 27 marzo, 1973, Madrid.

PIERO DE R. Algunas fuentes de Quevedo, NRFH. XII, 1958, 36

----- Las fuentes de Job en Quevedo, NRFH. XIV, 1960, pp. 216 y ss.

PITOLLET, CAMILLE, A Propos d'un romance de Quevedo, BHI, VI, 1904 pp. 332 - 46

PRAT, JOSE, El estoicismo español y F. de Quevedo, Rev. América, 1945,

PRICE, R.M.A. Note on Three Satirical Sonnets of Quevedo BHS. XL, 1963, pp. 79 - 88.

PROEL, Homenaje a Quevedo, Boletín de B.M.P., 1945 Santander Cuaderno de poesía Nº 18.

RAUHUT, FRANZ, Influencia de la picaresca en la literatura

- alemana. RFH. I, 1939, 237-56.
- ROCAMORA, PEDR. Quevedo o la aventura de la libertad, Arbor, LVII, 1964, pp. 137-54
- ROIG DEL CAMPO, J.A. La muerte en la poesía de Quevedo, Rev. de humanidades, Comillas, XIX, 46, 1967, 79-101.
- ROU-BAUD, SILVIA. B. Quevedo helenista, NRFH. XIV, 1960, pp. 61.
- SANCHEZ ALONSO, Los satíricos latinos y Quevedo, Rev. F.E. XI 1921, pp. 33-62.
- SAINT-ANDEOL, M. Hélène: La fortune littéraire de Quevedo en France, París, 1966, NRFH. XX, 1971, 331...
- SELDEN ROSE Poésies inédites de Quevedo, Revue Hispanique, V, XXXIV.
- SCHALK, FRITZ: Quevedo's Imitations of Marcial, Hamburgo, 1959 Rev. F.F.H.T. 202-12.
- SHEPARD, S. Talmudic and Koranic parallels to the passage in Quevedo. Sueño de las calaveras Ph. Q. 52- 1973, 306-7.
- SOLANA, MARCIAL, Ideas de Quevedo en torno a la hidalguía, Bol. B.M.P. 1945, 4, 449-55
- SPITZER, Leo, El barroco español, Bol. del inst. de invest. Históricas. XXVIII, 1944, pp. 17-30
- TAMAYO, JUAN A. El texto de los Sueños de Quevedo, Bol. B.M.P. 1945. pp. 456.
- TERRY, A. Quevedo and the Metaphysical conceit, BHS. XXV. 1958, pp. 211-22.
- TORRE Y DEL CERRO A. de. La Universidad de Alcalá, Datos para la historia. Rev. B. Arch. y M. 1909, XV, II
- VALLINA FAUSTINO, Comentarios en torno a un párrafo de Quevedo, Bol. B.M.P. 1945. 526...
- VIVES COLL, A. Algunos contactos entre Luciano de Samosata y Quevedo, Helmantica, Salamanca, V, 1954, 193-208

WILSON, E.M. Quevedo, for the Masses, Atlente, III, 1955,  
pp. 151, 166

----- Spanish and Inglish Religious Poetry of the  
Seventeenth Century, J. of, &, History, IX, 1958,  
pp. 38-53 .

ZAMADIO DE PREDAN, JOSEFA, A. Las denominaciones de la muer  
te en los sonetos de Quevedo. Rev. literaria, XXX,  
III, 1918, 209...

